



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



FERRER DE NAVAS

VIDA DE NUESTRO ADORABLE REDENTOR

JESUCRISTO.

TOMO II.

**Es propiedad de los EDITORES, y será denunciado ante la ley el que la
reimprima.**

VIDA DE JESUCRISTO

TOMO II

VIDA DE NUESTRO ADORABLE REDENTOR

JESUCRISTO,

CONFORME CON EL TEXTO ORIGINAL LATINO DE LA QUE ESCRIBIO

El Rev. P. **LUDOLFO DE SAJONIA**, Monge cartujo,

ILUSTRADA DESPUES CON VARIAS NOTAS

Por **JUAN DADREO**, Doctor teólogo en la Universidad de París.

TRADUCIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA

POR D. ANTONIO ROSELLO Y SUREDA,

presbitero misionero apostólico.

ADORNADA CON VISTAS, PAISAJES Y VIÑETAS, GRABADAS POR EL ARTISTA

DON JOAQUIN SIERRA Y PONZANO.



EDITORES, CELESTINO G. ALVAREZ Y JOAQUIN SIERRA.

MADRID: IMPRENTA DE LOS SEÑORES VIUDA DE JORDAN E HIJOS.

1847.

R. 369.748



CAPITULO I.

**DE LA ELECCION DE LOS DOCE APOSTOLES, Y DE LA INSTRUCCION
QUE JESUCRISTO LES DIO.**

No era seguramente la situacion de Jesus en la Judea la mas ventajosa para hacer prosélitos: su humildad y pobreza eran un obstáculo casi insuperable para que los judios creyeran en El, porque

ambicionando la gloria que en otro tiempo su nacion habia tenido, deseaban ver en el Mesías que esperaban un rey poderoso y conquistador, que en muy poco tiempo los hiciese dueños de aquellos grandes imperios que en otro tiempo los habian esclavizado; por eso no solo le aborrecian, sino que hacian cuanto estaba de su parte para oscurecer sus milagros, y debilitar toda la fuerza de su doctrina. El Precursor, que habia atraido al desierto multitud de gentes con la predicacion de su nueva doctrina, se hallaba preso y no quedaba mas predicador que Jesus, el que predicando á los pueblos con nuevo y mayor fervor el establecimiento de su Iglesia, que comunmente llamaba el reino de Dios, confirmaba su doctrina, con tantos, tan públicos y tan estupendos milagros, que contra su publicidad y evidencia nada podian las inicuas maquinaciones de los ministros de la Sinagoga; y mientras estos mas se esforzaban en perseguirle y desacreditarle, mas evidentes eran las demostraciones del Salvador á los pueblos, para persuadirles la necesidad que tenian de recibir el Evangelio que les enseñaba para gozar de los bienes que los Profetas les habian anunciado: exhortándoles cada vez mas á la penitencia, para que por ella se hiciesen dignos de merecer aquellos; sin dejar, empero, de echar en cara á los pontífices y magistrados la aberracion con que caminaban, y la iniquidad y perfidia con que procuraban engañar y seducir á los que ya creian en El.

Vosotros, les decia, os llamais hijos y discípulos de Moises, y rehusais darle crédito habiendo escrito tan claramente de Mí. El os anunció un nuevo legislador que saldria de en medio de sus hermanos, cuya voz os convendria escuchar, y cuyas lecciones deberiais seguir; ¿por qué, pues, no le creeis, viendo cumplidos sus oráculos en mi persona? En vano os digo, pues, que Yo soy, porque os habeis forjado un Mesías á vuestro antojo, y no viendo en Mí, lo que en aquel deseais, siempre os obstinareis en no creerme. Pero nada de esto importaba: Jesus era dueño de los corazones de los fieles, y como los atraia con beneficios, y cuando queria hacia hablar á los mudos, lejos de disminuirse el número de sus oyentes y de los ministros de su palabra, se aumentaba cada dia mas; y ni la prision del Bautista, ni las amenazas de los magistrados les imponia ni arredraba. Suave y eficazmente habia preparado el Señor los ánimos de sus discípulos, y por sin número de creyentes que iban en pos de El, y todos estaban dispuestos para oir grandes verdades, pudo decir muy bien á los escribas y fariseos,

Yo soy el Hijo de Dios, igual á mi Padre, y Dios como El; porque le acreditaban de tal, la edificacion de su vida, el esplendor de sus milagros, el sucesivo cumplimiento de los oráculos de los Profetas, y porque ya confrontando todo esto con las profecías, no se podria dejar de creerlo sin la mas notoria criminalidad.

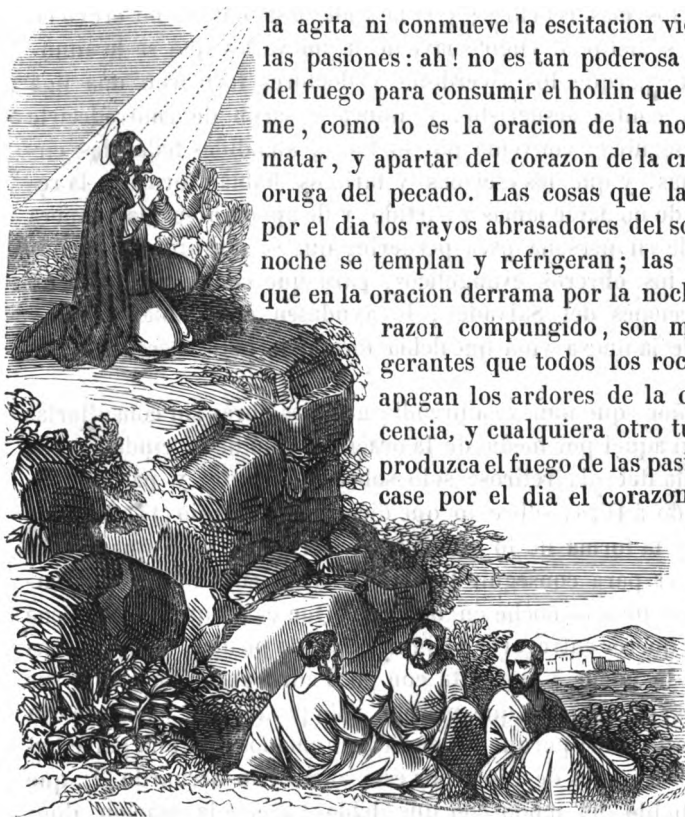
De todas partes salian en tropel los turbas para oir á tan divino Maestro; despoblábanse las ciudades para ir en su seguimiento, y solo aquellos que debian estar los mas bien dispuestos para prestarle fé, porque eran los mas versados en las Escrituras Santas, eran los mas rebeldes; y si la Judea toda entera no creyó en El, ni se sometió al yugo suave de la nueva ley que se le anunciaba, fue porque los sacerdotes y doctores formaron una liga espantosa contra Jesucristo, y nunca cesaron de contradecirle ni de perseguirle: convenia por lo tanto, atendidas todas las circunstancias, y que los escribas y fariseos habian formado la resolucion de no darse jamás á partido, y de apoderarse á la primera ocasion de su persona para perderle; que se multiplicase el número de los obreros evangélicos, para que con la autorizacion é instrucciones del Salvador, le ayudasen en la plantacion y cultivo de la nueva viña que debia formar la bella heredad de su Padre.

El Señor, que nunca emprendia grandes obras sin consultarlas antes con aquel por medio de la oracion, salió de la ciudad cerca de la caida del sol, retiróse solo sobre un monte, y pasó la noche orando á Dios: sobre lo que dice San Ambrosio (1). Se te da el modo y la forma de lo que debes hacer. ¿Qué es lo que te conviene hacer para conseguir tu salud eterna, cuando por tí Jesucristo pasa toda la noche en oracion? Qué es lo que te conviene hacer al querer entregarte á algun oficio de piedad, cuando Jesus ora toda la noche y consulta con su Padre antes de elegir sus Apóstoles? Y advierte que marchó solo para orar, y cuando ora siempre está solo; porque los consejos humanos ninguna parte tienen en los consejos de Dios: por esto añade San Bernardo (2), que cuando habló del modo con que debia hacerse la oracion, dijo: *Cuando tú orares, métete en tu cuarto, y cerrada la puerta, ora á tu Padre; y este que penetra y ve los escondrijos mas secretos, despachará*

(1) Div. Ambros. cap. VI. in Luc.

(2) Div. Bernar. in cap. VI. Maoth.

benignamente tus súplicas y oraciones. El practicó lo que enseñaba. Solo ora toda la noche, no solo escondiéndose de las turbas, sino que no admite en su compañía ni á alguno de sus discípulos, ni á alguno de sus domésticos: así tú cuando orar quisieres, lo mismo debes hacer. Levántate tú, pues, dice el Crisóstomo (1), para orar en medio de la noche, porque entonces parece que está mas pura el alma; porque las mismas tinieblas de la noche la escitan mas á compuncion, y está como mas desnuda de los afectos de la tierra para volar hasta el cielo. Entonces ante la vista de la imágen pavorosa del silencio del sepulcro, no la molesta la gloria vana, ni



la agita ni conmueve la escitacion violenta de las pasiones: ah! no es tan poderosa la accion del fuego para consumir el hollin que lo carcome, como lo es la oracion de la noche para matar, y apartar del corazon de la criatura la oruga del pecado. Las cosas que lastimaron por el dia los rayos abrasadores del sol, por la noche se templan y refrigeran; las lágrimas que en la oracion derrama por la noche un corazon compungido, son mas refrigerantes que todos los rocíos; ellas apagan los ardores de la concupiscencia, y cualquiera otro tumor que produzca el fuego de las pasiones. Sécase por el dia el corazon que por la noche noseriega con este rocío. Ora por tanto por la noche, y

da á conocer, que no solo el dia, sino tambien la noche, al alma pertenece. Deja el mundo, y ora de noche huyendo á la soledad, y no dudes que en ella te hablará el Señor, y tal vez te hará claras

(1) Div. Crisostom. Hom. 42. ad popul. Antiochen.

é importantes revelaciones como las hizo siempre á sus amigos y favorecidos.

Cuando Cristo ora, nos enseña la teórica, y cuando predica y enseña, nos demuestra la práctica de la vida del cristiano; no sea cosa que alguno por la enseñanza y cuidado del prógimo que debe tener, se resfrie ó entorpezca en el cuidado de la contemplacion; ó que por el continuo ejercicio de esta, deje los trabajos de la vida activa que deben refluir en beneficio y favor de aquel. Por esto acostumbra á repetir con frecuencia á sus monges el santo abad de Caraval (1): Venid, y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y allí nos enseñará sus caminos, sus intenciones, sus pensamientos, su voluntad, sus afectos y todo lo que piensa y medita en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Venid, subamos al monte del Señor, en el lugar alto desde donde nos observa y mira, y ve todos nuestros cuidados, solicitudes, afanes y penas: desde donde mas de cerca nos oye, y se apresta para consolararnos y remediarnos. Subamos, y El nos saldrá al encuentro: ¡ Oh ! y cuán pronto. Las turbas seguian á Jesus, y subian al monte para oirle, y El descendia del monte para hablarles; pero era de dia: mas luego que fue de dia, y antes de bajar á la llanura, que aunque era un lugar desierto, estaba poblada de personas hambrientas de oir la divina palabra, y de enfermos que le habian seguido desde Judea y aun de Jerusalem, pues aun contaba esta ciudad gran número de fieles á quienes no habia podido pervertir la envidiosa malicia de los fariseos, y otros desde Tiro y Sidonia y de las costas de los mares; llamó á la altura del monte á cierto número de discípulos (2), *los que quiso*, los que aunque no todos hubiesen contraido para con Su Magestad empeños particulares, no obstante se manifestaban mas adictos á su persona que otros muchos que asimismo le seguian, y les dió á entender que queria distinguirles sobre todos los demas, elevándoles á un mas alto destino.

Doce eran las tribus de Israel, y segun el número de ellas eligió á doce, que ya no habian de ser solamente discípulos suyos, sino que tambien bajo sus órdenes habian de desempeñar las funciones de coadjutores, ministros, y predicadores, y le habian de ayudar á estender la doctrina de su Evangelio. A estos les dió el nombre de Apóstoles, esto es, enviados; los revistió de su autoridad, y

(1) Div. Bernard. lib. I. Medit.

(2) Marc. cap. III. v. 13.

los fortaleció con su poder. No hay duda que hecha la eleccion por Jesucristo, ella sola era una declaracion manifiesta de la gracia particular de que estaban adornados, y el número de doce era el complemento de muchos enigmas y figuras que hasta entonces no habian podido comprenderse. Los doce Apóstoles estuvieron designados y figurados en los doce Patriarcas de la antigua ley cabezas y padres de las doce tribus (1), porque ellos engendraron espiritualmente todo el pueblo cristiano. Lo estuvieron en las doce fuentes de Helim (2), porque con sus doctrinas regaron el hermoso jardin de la Iglesia que plantaron en todo el universo. En las doce piedras del racional del Sumo Sacerdote engastadas en oro, y en las que estaban escritos los nombres de las doce tribus (3), porque revestidos del oro purísimo de la caridad adornaron la Iglesia santa con sus virtudes y ejemplos. Y lo estuvieron en tantas y tan repetidas cosas que no es posible traerlas todas á la memoria para esponerlas en este lugar: sobre todo fueron doce los Apóstoles para designar un gran misterio que ya fue prefigurado en el racional del Supremo Sacerdote. En cuatro órdenes mandó el Señor se colocasen las piedras preciosas que debian adornarle, porque tres veces cuatro, son doce; y en el primer número se manifestaba el adorable misterio de la Santísima Trinidad, que habia de ser anunciado por los doce Apóstoles en las cuatro partes del mundo bautizando todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, segun la mision que les habia de dar el Maestro Divino: por lo que, de la Jerusalem Santa, Ciudad del Señor que bajó del cielo, está escrito (4); que tenia un muro grande, y alto, con doce puertas; y en las puertas doce Angeles, y nombres esculpidos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel, tres puertas al Oriente, tres al Norte, tres al Mediodia, y otras tres al Poniente. Y el muro de la ciudad tenia doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Con cuyas figuras ó alegorias se demostraba, que por la predicacion de los Apóstoles y de sus sucesores, todas las naciones de la tierra han de entrar en el gremio de la Iglesia por la confesion de la Santa é individua Trinidad.

Nombró pues el Señor públicamente á los escogidos para Após-

(1) Genes. cap. 35. vs. 25. 24. 25. y 26.

(2) Exod. cap. 15. v. 27.

(3) Exod. Cap. 38. vs. 17. 18. 19. 20.

(4) Apocaliyp cap. 21. vs. 12. 13. 14.

toles, los que fueron *Simon*, por sobrenombre *Pedro*, hijo de *Juan*; y *Andrés* su hermano; *Diego*, y *Juan*, hijos del *Zebedeo*; *Felipe* y *Bartolomé*, que se cree fue *Nathanael*. Estos seis hacia ya mas tiempo que se habian dedicado al servicio de *Jesus*; pero principalmente *Pedro*, *Juan* y *Diego*, casi siempre lo habian acompañado desde su primera vocacion, por lo que les distinguió constantemente, y les dispensó las mayores confianzas. Si de los otros se exceptua *Mateo* ó *Levi* hijo de *Alpheo*, á quien el Salvador habia llamado poco antes convirtiéndole de publicano en Apóstol, ninguno de los demas parecia merecerle tanta confianza; sin embargo fueron asimismo proclamados Apóstoles *Tomás*, ó *Didymo*: *Diego*, ó *Santiago el Menor*, hijo de *Jacobo*: *Simon Cananeo*, á quien los Griegos dieron el sobrenombre de *Celoso*, ó *Celador*, porque era de *Caná*, que significa *celo*, y *Judas* el traidor llamado *Iscariote*, porque era de *Carioth*, que fue el que despues vendió y entregó su Maestro á los judios; por cuya razon se escribe siempre su nombre, y se pronuncia con horror. Con todo, es de notar que no les comunicó desde luego todos los dones y gracias aligadas al apostolado: solo les concedió el privilegio de andar mas cerca de su persona, y aunque les honró con el nombre de Apóstoles, no les dió todavia ciertos poderes necesarios para llenar este nombre; los que les comunicó despues al tiempo de su mision; y cuando los envió á predicar de dos en dos.

Es muy digno de notar que ninguno de los cronistas sagrados deja de poner á *Simon Pedro* á la cabeza del Apostolado nombrándole siempre el primero entre los Apóstoles y discípulos del Salvador, y no falta quien observa, que *Simon*, á quien Su Magestad dió el nombre de *Pedro*, era el primero; esto es, el cabeza y príncipe del Colegio Apostólico. *Santiago* ó *Diego*, y su hermano *Juan* tambien se llamaron por el Señor *Boanerges*, esto es, hijos del trueno, porque despues de *Pedro* fueron los mas ardientes y fervorosos en el celo y servicio de su Maestro. Tres de los últimos Apóstoles eran conocidos por el parentesco cercano con el Salvador, por ser sobrinos de *San José*, Padre putativo de *Cristo*, el que tuvo á *Cleophas* por hermano, que casó con *Maria*, que por esto se llamó *Maria Cleophé*; y *María Salomé*, que casó con el *Zebedeo* (1); y no falta quien dice que tuvo tambien otra hermana cuyo nombre se ignora, que se casó con *Galileo*, llamado *Jacobo*, del cual suponen que fueron hijos *Judas*, ó *Tadeo*, que fue Apóstol, y *San Simeon*,

(1) Véase el árbol genealógico de *Jesus* que dimos en el tomo 1.º

discípulo del Salvador. Sea empero de esto lo que fuese, siempre resulta, que Jacobo el menor, Simon y Judas, Apóstoles de Jesucristo, eran sus primos hermanos; y en este concepto se les nombra comunmente hermanos de Jesús.

Entre los Apóstoles fue elegido Judas Iscariote para demostrar que en esta parte se habia cumplido tambien la profecia de David cuando dijo: *Un hombre con quien vivia yo en dulce paz, de quien yo me fiaba, y que comia de mi pan, ha hurdido contra mí una grande traicion* (1): como tambien para evidenciar la inculpabilidad de los buenos, cuando en su asociacion y compañía, se asocia ó mezcla algun malo. O para manifestar, como dice San Ambrosio, (2) cuán grandes, cuán sublimes, cuán incontestables son las verdades que el Señor predica, cuando no se invalidan ni destruyen teniendo por contrario uno de los ministros que habia elegido para anunciarlas al mundo. Quiso ser abandonado, quiso ser vendido, quiso ser entregado por su Apóstol, para que cuando tú lo seas por tu compañero ó amigo lo llesves con paciencia, y no te irrites por haber errado tu juicio, y haber perdido el beneficio que le hiciste. Nombra á los Apóstoles por sus propios nombres, para que los pseudo ó falsos Apóstoles, no pensasen ingerir los suyos en la lista de los verdaderos; y conocidos estos por los fieles, fuesen escluidos aquellos: y los eligió de humilde nacimiento, rudos, y deshonorados á la vista de los hombres; para que se conociera que todo lo grande y admirable que ellos hiciesen, El mismo lo hacia y obraba con ellos.

No faltará quien á vista de esto piense y crea, que la carrera del Apostolado fue por lo mismo la de los goces y satisfacciones, porque elevados y sostenidos por un hombre de tanto poder como Jesucristo, seguramente dicen, que debieron merecer y gozar: pero cuánto se engañan. La carrera del apostolado no fue sino la de los trabajos, la profesion de la pobreza y la escuela del martirio, hasta que pasados los tiempos borrascosos de los primeros siglos, y las sangrientas persecuciones de los tiranos, pudieron sus sucesores ejercer de alguna manera su autoridad sin tan manifiesta oposicion de parte de los gobiernos; aunque hayan tenido siempre que luchar con la pertinacia de los hereges, y combatir la necia y obstinada contradiccion de los impios: por consiguiente la honrosa distincion que el Maestro Divino les dispensó, fue para hacerlos compañeros de sus trabajos; á este efecto, les dió poder y autoridad

(1) Ps. 40. v. 10.

(2) Div. Ambros. in. cap. 6. Luc.

para curar los enfermos, y lanzar los espíritus malignos de los cuerpos que poscian; mandándoles que fuesen á predicar el Evangelio del Reino de Dios: pero es preciso advertir que no fue esta aquella mision general, que despues les dió, porque esta fué particular y muy limitada.

No marcheis, les dijo, á naciones estrañas, ni entreis en sus ciudades. Significábales el Señor la Tiberiades, Cesárea de Philippo, Julia, y algunas otras pobladas de griegos y romanos, que se hallaban situadas en los contornos de Cafarnaum, y en toda la Galilea, mandándoles espresamente que no visitasen las de los samaritanos; sino que fuesen á buscar las ovejas que se habian perdido de la casa de Israel, porque á estas era muy conveniente ofrelas desde luego la luz.

El principal encargo que Su Magestad les dió, fue el que predicasen la penitencia porque se acercaba á ellos el reino de los cielos; esto es, el tiempo en que se iba á establecer el reino del Mesias que habia aparecido ya entre los hombres para fundar su Iglesia, en la que no queriendo entrar los judios habian de ser abandonados, y los estraños ocuparian el lugar destinado para los hijos: y que para atraerlos empleasen todos los medios que ponía en sus manos para justificar y autorizar su mision, curando á sus enfermos, resucitando sus muertos, limpiando sus leprosos, y lanzando los demonios que atormentaban sus cuerpos, repartiendo graciosamente estos beneficios, ya que graciosamente se les conferia el poder para obrarlos. Era preciso ser Hijo de Dios para tener un poder tan estenso, y conferirlo.

Como el espíritu de pobreza sobresalia de una manera tan grande en Jesucristo, queria que fuese uno de los caracteres distintivos de sus Apostóles, y asi les previno que en aquellos viages que iban á emprender no llevasen oro ni plata, ni especie alguna de moneda en sus bolsillos: ni aun alforja, ni provisiones para el camino: ni vestidos dobles, ni aun calzado para mudarse en caso de necesidad: llegando á tal grado su estremado celo por la pobreza, que hasta les previno no llevasen báculo que indicase ser instrumento de su propia defensa, sino solamente un cayado para apoyarse y sostenerse. Tal era tambien la confianza que queria tuviesen en su providencia, para que supiesen que El que los enviaba tendria cuidado de que nada les faltase. Mas á pesar de todo esto no quiso el Señor desconociesen la nobleza y elevacion de su destino, y por esto les dijo: tan luego como entrareis en alguna ciudad, ó pueblo, ó aunque sea un pequeño castillo ó aldea, informaos, cuál sea la

persona mas digna; y allí hospedaos, quedando en su casa hasta que salgais de la ciudad: que fue lo mismo que si les hubiera dicho: sabed, que por la cualidad *de enviados y ministros mios, se os debe la mayor consideracion, y que se honra mucho á si mismo el que os recibe por huéspedes* (1). Vosotros empero saludareis la casa y á los que la habiten cuando entreis; dándoles en mi nombre la paz; esto es, deseándoles todos los bienes y prosperidades que por su caridad y virtudes sean dignos de merecer. Si lo fuesen, Dios oirá vuestros ruegos, y los llenará de bendiciones; pero si desgraciadamente no lo fuesen, vuestra paz recaerá sobre vosotros, recogereis las bendiciones del cielo, y con ellas el premio de vuestra caridad: porque es la voluntad de Dios que esta virtud que tanto le agrada, reciba todas las recompensas y misericordias que la ha vinculado.

La ingratitud, que es el carácter distintivo de los hombres, asentar á alguna vez contra vosotros sus tiros, y sucederá que aunque les llevais tan felices anuncios, no quieran recibiros ni en sus ciudades, ni en sus casas; entonces salid prontamente de ellas, y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio de vuestra justa indignacion: asi les anunciareis la maldicion de Dios, y este polvo que arrojareis sobre sus frentes, atestiguará contra ellos en el dia de la justicia del Señor, que se les anunció el Evangelio y no quisieron oirlo, ni sujetarse á él. En verdad os digo, que la iniquidad de los de Sodoma y Gomorra será mas tolerable á los ojos del Señor en aquel espantoso dia, que la ingratitud de aquellos que despreciaren la misericordia y la gracia que les vais á ofrecer.

Parece que estas prevenciones que hizo Jesus á sus Apóstoles para que desempeñasen con dignidad y fruto este primer ensayo de su apostolado, eran mas que suficientes para ello; pero no se contentó Su Magestad Divina con ellas, puesto que despues de su muerte les habia de confiar empresas mas grandes en las que tendrían que arrostrar mayores peligros, y mas terribles y espantosas tribulaciones; y asi les añadió: ved ahí que Yo os envio como ovejas en medio de los lobos; esto es, solos, desarmados y sin defensa; os encargo por lo tanto la prudencia de las serpientes, y la simplicidad de las palomas: la primera, para que atentos á las astucias de los perseguidores del Evangelio, examinando todas sus acciones y pasos, sepais oportunamente precaveros, manteniéndoos siempre firmes en la fé que vais á anunciarles, evitando como las palomas los lazos, sin hacer daño alguno á los que os los armaren.

(1) Math. cap. 10. v. 11.

Guardaos repito otra vez de los hombres, que cuanto mas bien les hagais, tanto mas aumentarán contra vosotros sus desprecios y malos tratamientos. Os entregarán á sus consejos y tribunales, y sereis en sus sinagogas cruelmente azotados. No queriendo sufrir la predicacion de la doctrina santa que les anuncieis, harán mil esfuerzos para que no habéis: os entregarán á los presidentes y reyes acusándoos en su presencia por el grande odio que tienen á mi Persona y doctrina; mas vosotros les dareis entonces testimonio de quién soy. En estos casos debeis hablar llenos de confianza, no dudando el como ó lo que habeis de hablar, sino que debeis anunciar con intrepidez las verdades del Evangelio, sin miedo á las persecuciones; dando á conocer á todos, que llegó ya el reino de Dios.

No hay duda que la persecucion que sufrieron los Apóstoles y los primeros cristianes de parte de los gentiles fue horrible; pero ello es por desgracia demasiado cierto, que no fue menos atroz de parte de los judios. Pedro y Juan, fueron entregados con ignominia al tribunal de los Ancianos de la Nacion y de los Principes de los Sacerdotes, y el mismo Pedro se hallaba ya en visperas de ser sacrificado para satisfacer las exigencias del judaismo. Santiago lo fue con el mismo objeto, y por el propio tirano. Pablo fue azotado hasta cinco veces en los concilios de su nacion, conducido ante Felix y Festo, presidentes de la provincia, y citado ante Agrippa, rey de Judea: y Esteban fue apedreado en un sedicioso tumulto de la Sinagoga: ademas de otros muchos cuya memoria no nos supieron conservar los historiadores de aquellos tiempos, ó por el miedo de la persecucion, ó porque los archivos é instrumentos públicos fueron en su mayor parte arrebatados y destruidos por los tiranos. Pero lo que ha podido conservarse es muy bastante para dar á conocer cuán atroz fue la persecucion que tuvieron que sufrir de parte de sus hermanos los judios, cuántos fueron los obstáculos que tuvieron que vencer, cuántos los combates que tuvieron que sufrir, y cuántos los oprobios é insultos que tuvieron que tolerar, para dar cima á los importantes designios que su Maestro les habia confiado. Aunque tambien es innegable, que fue muy conveniente les previniera, no fuese cosa, que al ver desencadenarse contra ellos persecucion tan inaudita y bárbara, hubiesen creído que Su Magestad los habia abandonado.

Estos sublimes documentos, que convendria continuamente repetir para que no los olvidasen jamás los sucesores de los Apostoles, y muy particularmente en aquellos tiempos en que la feroz impiedad se desenfrena, y despliega todo su furor contra los ministros

del Evangelio ; no fueron sino como los preludios de otras mayores promesas, y mas grandes descubrimientos; y asi continuó Jesus diciéndoles : cuando os viereis entregados y vendidos; y presentados en los tribunales fueseis interrogados por ellos, no mediteis vuestras respuestas, porque en aquella hora se pondrá en vuestra boca todo lo que habeis de decir. Echad á fuera todos los recelos y cuidados, vuestras razones serán incontestables, brillará en vuestras respuestas el celo, la rectitud de vuestras intenciones, y la verdad de vuestra doctrina, porque inspirados de lo alto, no sereis vosotros los que hablareis, sino el Espíritu de vuestro Padre, el espíritu de la sabiduría y la verdad, que hablará por vuestra boca.

La experiencia de todos los siglos demostró que no fue vana esta inefable promesa de Jesus. Los tribunales y los tiranos se avergonzaron y confundieron, siempre que la presuncion y orgullo de la vana y mundanal filosofía quiso entrar en contestaciones con todos aquellos á quienes el Espíritu Santo servia de director y maestro. Consejero de los Mártires, y su ayuda y fortaleza, hizo discretas las lenguas de los niños, y varonil y esforzada la infancia, aun en el sexo mas tímido y delicado; dando á los defensores de la fe tanta elocuencia para hablar, como valor para sufrir. Les avisó tambien que sus propios padres y hermanos se levantarían contra ellos, les harían traicion, y los entregarían á los tribunales y magistrados, llegando hasta el exceso de sacrificarlos alguna vez con sus propias manos; siendo la causa principal de este odio tan encarnizado el ver la valerosa constancia con que anunciarían su santo nombre, que ellos poseidos de un furor frenético habían siempre de abominar. Exhortóles con este motivo á la paciencia, asegurándoles que ninguno se salvaría sino el que perseverare hasta el fin; porque los ataques serían largos y obstinados, y que era preciso pelear hasta morir gloriosamente en la demanda.

Todo esto les hubiera podido inducir á creer que el Maestro queria obligarles á que fuesen á buscar directa é inconsideradamente los peligros y la muerte, y para desterrar de ellos esta equivocacion, les dijo: cuando fuereis perseguidos en una ciudad, huid á otra. En verdad os digo, que no habreis acabado de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del hombre. Asi perseguidos, os servirá la misma persecucion de camino, ó medio para anunciar á otras ciudades la gracia del Evangelio. Sabed empero que el discípulo no es superior á su Maestro, ni el siervo es de mejor condicion que su Señor: básteles al uno y otro

ser tratados como lo fueron el Señor y el Maestro. Y cuando para insultar al padre le llamaron *Beelcebud*, ¿cómo deben esperar ser tratados los hijos y los domésticos? Todo lo que fue lo mismo que decirles: fijad en Mí vuestra vista, reparad bien cuántos insultos, y cuánto género de ultrages no he tenido Yo que sufrir y padecer aun de parte de aquellos á quienes he venido á sanar? Pero nada os espante, tened buen ánimo: ahora vivis ignorados y desconocidos, pero vendrá dia en que sabrán los que ahora os persigan y desprecien, que vosotros erais los destinados para publicar y anunciar las verdades, que Yo os habia enseñado, pues nada hay tan encubierto que no haya de descubrirse, ni nada tan secreto que no haya de saberse. Ahora os hablo como en tinieblas porque estamos solos, y tal vez se os figura que os hablo como al oido, y que esta no es mas que una confianza de amigo á amigo, pero no es asi: Yo os autorizo y mando que anunciéis á la luz del medio dia, y á todo el mundo, cuanto á solas os he dicho; y que publiqueis aun por encima de los techos de las casas, todo lo que se os figura que os he dicho al oido: pues dia ha de venir despues de mi muerte, en que asi lo anunciareis con toda claridad. Grande y honrosa promesa! Encubierta empero con el espantoso velo de otras mil amarguras, para cuyo sufrimiento se necesitaban auxilios muy eficaces de la gracia del Señor.

Cuanta era ya entonces la fe de los Apóstoles, cuanta la confianza que tenian en su Divino Maestro, y cuanto el deseo de padecer por El, se ve claro en esta importante instruccion. Nada de lo que hasta aqui les habia dicho bastó para arredrarles; y como para probar mejor su fidelidad, y asegurarla mas y mas, les añadió: hallareis en el mundo hombres furiosos y desalmados, que no contentos con martirizaros de muchas maneras se empeñarán despues en quitaros la vida, pero no temais ni á ellos, ni á los tormentos ni á la muerte: su poder no alcanza al alma, martirizarán y matarán el cuerpo; pero la salvacion, ó tormentos eternos del alma pertenecen esclusivamente á Dios; á El solo pues, es, á quien habeis de temer: á El solo, que puede precipitaros, ó salvaros del abismo. Los hombres nada pueden, pues ni aun la vida del cuerpo está abandonada á su discrecion. Todos estan en las manos de Dios, y viven bajo la direccion de su providencia siempre vigilante y amorosa para con los que le aman y temen: y nada puede suceder sin su órden ó permiso. Contemplad los tiernos pajarillos, aun aquellos que os parecen mas despreciables por el ínfimo precio á que se venden; ninguno de ellos cae sobre la tierra sin que

lo entienda y sepa vuestro Padre celestial. ¿Y cuánta diferencia hay de vosotros á ellos? Dios es su criador, pero no es su Padre: es Padre vuestro, y quiere que le llameis con este nombre; y vosotros sois mucho mas estimables á su vista, que infinitas avecillas de aquellas; El tiene contados todos los cabellos de vuestra cabeza, y sin su voluntad no os faltará ni uno solo.

Este cuidado sumo que vuestro Padre tiene de vosotros, os empeña á cumplir fielmente los deseos de su voluntad: estos son de que sea conocido de todas las gentes, y que me conozcan á Mi que soy su enviado. Yo reconoceré por discípulo mio á todo aquel que hiciere profesion de reconocermé delante de los hombres por Hijo y enviado de Dios, y al que delante de ellos me desconozca y niegue, tombien le desconoceré Yo delante de mi Padre. No imagineis, que Yo he venido á traer la paz á la tierra: esto es, aquella paz que ama el mundo, porque se funda en el goce de los bienes del mundo, y de los placcres de la sensualidad. No: porque aunque mi reinado es el de la paz, pues he venido para reunir los judios y los gentiles; y á llamar todas las naciones bajo el imperio y cetro suave de mi ley: con todo la publicacion de mi Evangelio será una verdadera declaracion de guerra: por él se separarán el hijo del padre, la hija de la madre, y la nuera de su suegra; en todo aquello en que la union y la amistad sean contrarias á los preceptos de mi nueva ley, y á los intereses de mi reino. El fiel no podrá vivir con el incrédulo, y el sectario de Moisés tampoco podrá amalgamarse con el que milite bajo las banderas de Cristo. Mi Evangelio será una espada de dos filos que penetrará hasta el espíritu, y cortará con admirable dulzura todo aquello que pueda inficionarle, perderle, ó corromperle; y en una misma casa habrá sangrientos combates, porque mi religion y mi ley tendrán por implacables enemigos todos los que á ella se opongan aunque sean de una misma familia: así que, si el hijo ó la hija amasen á su padre, ó á su madre mas que á Mi; ó los padres y madres amasen á sus hijos mas que á Mi; ninguno de ellos será digno de mi persona; esto es, ninguno de ellos merecerá mi cariño, obtendrá mis bendiciones, ni entrará á reinar conmigo en el reino de mi Padre. Yo quiero que de tal manera vivan, que nunca atropellen ni desprecien mi ley; que sean fieles observadores de ella, y de los preceptos de mi doctrina; y que por observar aquella y no quebrantar estos, desprecien sus intereses, y todas sus conveniencias temporales; rompiendo para ello en caso necesario todos los vínculos de la carne y de la sangre.

Pero no son estas solas las grandes obligaciones que han de

pesar sobre todos aquellos que hayan de ser mis discípulos y seguidores. Nadie puede vivir en el mundo sin grandes padecimientos y molestias, esta es una cruz que á muchos parecerá muy pesada; y sin embargo el que no abraza su cruz, y no la lleve con paciencia y amor, no será de los míos, no entrará en mi reino, no será digno de Mí: seguirme han los que me amen, confesando mi nombre, y siguiendo mi doctrina, aunque sea preciso esponder para ello su vida, y perderla; porque perderla por Mí, y conservar á este precio la fe que vine á traer á la tierra, es salvar su alma, y asegurar una vida que no tendrá fin. ¡Ah! No sois vosotros capaces todavia de comprender las dulzuras y goces que Yo tengo preparados á todos aquellos que me sirven y aman. Nada hay en la tierra que pueda compararse con ellas: mi espíritu es mas dulce que la miel, y la posesion de mi reino mas sabrosa y esquisita que todos los panales.

Su Magestad habia penetrado bien el fondo del corazon de sus Apóstoles; y creyó por lo mismo muy oportuno referirles tambien aunque muy á la ligera, los premios que en el mundo les tenia destinados; y la liberalidad con que asimismo remuneraria los que les favoreciesen en sus necesidades, y les ayudasen en sus penalidades y trabajos. No desmayeis les dijo, discípulos míos: el que fuese tan caritativo y generoso que os reciba en su casa cuando vayais á predicarles el Evangelio de mi reino, llevando á los pueblos la luz hermosa de la fe con que Yo quiero sean iluminados, será mirado por Mí, como si á Mí mismo me recibiese; y ya sabeis, que el que me recibe á Mí, á mi Padre recibe, que es el que me envió al mundo. Es omnipotente, é infinitamente rico, y derramará con profusion sobre él sus carismas y consuelos: no dejará sin recompensa abundante las caritativas mercedes que se hagan al profeta y al justo que Yo envíe: no lo dudeis, la paga será igual. Tanto merecerá el predicador de mi Evangelio, ó anunciador de mi doctrina, como aquel que en su casa le hospedare, y tratare con caridad; y tanto galardón y premio recibirá el que honrase y obsequiase al justo y amigo de Dios, cuanto será el que recibiese el mismo. En fin: ya veis cuán poca cosa es dar en mi nombre, ó por mi amor, un vaso de agua fresca al que está sediento, ó á cualquiera de los pequeñuelos que en Mí creen, y hacerlo porque es uno de mis discípulos; pues Yo os aseguro, que esto será á mis ojos un acto heroico, que lo será á los de mi Padre celestial, y que el que esto hiciere no perderá su premio.

Así terminó el Salvador esta instruccion importantísima á sus

Apóstoles y discípulos al tiempo de enviarles á su primera mision, sobre la que haremos despues algunas observaciones.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que por tu inestimable misericordia veniste al mundo, para apartar los pecadores del camino del error, y conducirlos por el de la penitencia; dignándote al mismo tiempo elegir muchos de estos para tus secretarios y discípulos especiales: aparta Dios misericordioso del camino de la perdicion á este miserable pecador, que camina errado, abraza al que á Ti vuelve: conforta al que está enfermo, instruye al ignorante, y aunque sea indigno admiteme en la compañía de tus discípulos, apartándome totalmente del deseo de las cosas terrenas, y elevando mi entendimiento y corazon á la contemplación de las celestiales; para que oyendo y entendiendo tus palabras cumpla fielmente tus preceptos. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está contenida en el décimo del Evangelio de San Mateo, desde el v. 1.º hasta el 42. La contestan San Marcos, capítulo III desde el v. 13 al 19: y capítulo VI desde el 7 al 11. Y San Lucas capítulo VI, v. 13 al 16: capítulo IX, v. desde el 1 al 6: y capítulo X, v. desde el 4 al 11, todos inclusive.

La Iglesia usa de estos Evangelios en las misas y dias siguientes:

En la misa *In virtute* del comun de un mártir no pontífice, usa del de San Mateo desde el v. 34 al 42.

En la misa *Lætabitur* del mismo comun, usa desde el v. 26 al 32: y este mismo lo usa en el dia de San Policarpo á 26 de enero.

En el de San Atanasio á 2 de mayo, y en el de San Calixto papa y mártir á 14 de octubre, usa desde el v. 23 al 28.

En el de San Bernabé Apóstol, á 11 de junio; y en el de la Commemoracion de San Pablo á 30 del mismo, usa desde el v. 16 al 22, del mismo capítulo X de San Mateo; todos inclusive.

En el de San Marcos Evangelista á 25 de abril: en el de San Vicente de Paul fundador, á 19 de julio; y en el de San Ignacio de Loyola, tambien fundador á 31 del mismo, usa del capítulo X de San Lucas desde el v. 1 al 11.

Y en el de San Bartolomé Apóstol, á 24 de agosto; y en el de San Lucas Evangelista á 18 de octubre, usa del capítulo VI del propio San Lucas, desde el v. 1 al 19; todos inclusive.

NOTA. Como la historia que se ha descrito en el capítulo que an-

tecede es del Evangelista San Mateo, se pone solo su contenido, y se dejan los demas.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo X desde el v. 1 al 42.

1. En aquel tiempo, habiendo convocado Jesus á sus doce discípulos, les dió potestad para lanzar los espíritus inmundos, y curar toda especie de dolencias y enfermedades.
2. Los nombres de los doce Apóstoles son estos. El primero Simon, por sobrenombre Pedro, y Andrés su hermano.
3. Santiago hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé. Tomas y Mateo el publicano, Santiago hijo de Alpheo, y Tadeo.
4. Simon el Cananeo, y Judas Iscariote, el mismo que le vendió.
5. A estos doce envió Jesus, dándoles las siguientes instrucciones. No vayais á tierra de gentiles, ni tampoco entreis en poblaciones de samaritanos.
6. Sino id mas bien en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel.
7. Id y predicad, diciendo: que se acerca el reino de los cielos.
8. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: dad graciosamente, lo que graciosamente habeis recibido.
9. No lleveis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos.
10. Ni alforja para el viage, ni mas de una túnica y un calzado, ni tampoco palo: porque el que trabaja merece que le sustenten.
11. En cualquiera ciudad ó aldea que entrareis, informaos quien hay en ella que sea digno de alojaros: y permaneced en su casa hasta vuestra partida.
12. Al entrar en la casa, sea vuestra salutacion: la paz sea en esta casa.
13. Y si en verdad la casa la merece, vendrá vuestra paz á ella: mas si no la merece, vuestra paz se volverá con vosotros.
14. Si alguno no quiere recibiros, ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa ó ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.
15. En verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el dia del juicio, que no la tal ciudad.

16. Mirad que Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto habeis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

17. Guardaos empero de los hombres. Pues os delatarán á los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas.

18. Y por mi causa sereis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de Mí, á ellos y á las naciones.

19. Pero cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el como ó lo que habeis de hablar; porque se os suministrará en aquella misma hora lo que hayais de decir.

20. Porque no sois vosotros los que entonces hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros.

21. Entonces un hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir:

22. Y vosotros vendreis á ser odiados de todos por causa de mi nombre: pero el que perseverare hasta el fin, este se salvará.

23. Cuando empero os persigan en una ciudad, huid á la otra. En verdad os digo, que no acabareis de recorrer las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del hombre.

24. No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su amo:

25. Baste al discípulo el ser como su maestro; y al criado como su amo. Si al padre de familias le han llamado Beelcebud: ¿cuánto mas á sus domésticos?

26. Mas no por eso les tengais miedo; porque nada está encubierto, que no se haya de descubrir; ni oculto, que no se haya de saber.

27. Lo que os digo de noche, decidlo á la luz del dia; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados.

28. Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno.

29. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre?

30. Hasta los cabellos de vuestra cabeza estan todos contados.

31. No teneis, pues, que temer; valeis vosotros mas que muchos pájaros.

32. Todo aquel, pues, que me reconociere y confesare delante de los hombres, Yo tambien le reconoceré y confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos.

33. Mas á quien me negare delante los hombres, Yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos.

34. No penseis que Yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz, sino la guerra.

35. Pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra.

36. Y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa.

37. Quien ama al padre ó á la madre mas que á Mí, no es digno de que Yo le ame: y quien ama al hijo ó á la hija mas que á Mí, tampoco merece ser mio.

38. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de Mí.

39. Quien á costa de su alma conserva su vida, la perderá: y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar.

40. Quien á vosotros recibe, á Mí me recibe: y quien á Mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á Mí.

41. El que hospeda á un Profeta en atencion á que es Profeta, recibirá premio de Profeta: y el que hospeda á un justo en atencion á que es justo, tendrá galardón de justo.

42. Y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razon de ser discípulo mio, os digo en verdad que no perderá su recompensa (a).

OBSERVACIONES.

Si la insidiosa crítica y malignante rechifla de los impíos fuese capaz de avergonzarse, comprendiendo, como no pueden menos de comprender lo que son las verdades del Evangelio, se confundirian para siempre viendo tan completamente refutadas las calumniosas imputaciones con que pretenden desnaturalizar, y aun destruir el espíritu de tolerancia, de mansedumbre y de paz, que en el precedente capítulo tanto recomienda el Salvador á sus Apóstoles y discípulos. Para estendernos algo mas en este importante asunto, omitiremos á beneficio de la brevedad la investigacion de si inmediatamente despues de esta vocacion y mision de los doce Apóstoles, que tambien refiere San Lucas en su capítulo nono, sucedió la designacion de los setenta y dos discípulos que asimismo

(a) Se han puesto los números en los versículos de este Evangelio, para evitar la multiplicacion de notas, en la separacion de los Evangelios de las festividades.

envió á todas las ciudades y lugares, donde pasado algun tiempo pensaba ir, ó si tardó algun tiempo mas en realizarla; puesto que las palabras *Post hoc* con las que el propio Evangelio encabeza su capítulo décimo, se refieren á los sucesos que espresa acontecieron despues de la vocacion y mision de aquellos. Lo que hay de cierto, es, que ningun Evangelista marca la época y circunstancias en que esta última se verificó, aunque sean las mismas las instrucciones que se dieron á los unos y á los otros.

Tampoco examinaremos si los discípulos enviados fueron setenta como se lee en el testo griego y en las versiones siriaca, arábiga y ethiópica, ó si fueron setenta y dos como dicen la périca y la vulgata. Los católicos deben atenerse á esta última, porque es la recibida por la Iglesia.

Las instrucciones dadas por Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos son de la mas alta importancia aun miradas bajo el aspecto político, que era el punto de vista por donde las contemplaban los soberbios hijos de Judá. Esperaban un Mesías dominador de todo el universo por la fuerza de su espada; pero como se les presentó pacífico y humilde no quisieron reconocerle, y fueron los primeros, que segun su modo de comprender, hallaron en su doctrina repugnantes contradicciones. Pero si al fin se domina; ¿cuánto mas útil y ventajoso es para las naciones dominar, y ser dominadas con la dulzura y la paz, con la mansedumbre y caridad, con la fraternidad y el orden, con la concordia y levamen mútuo de las miserias y penalidades de la vida, que no con la disension y el desorden, con la intolerancia y la crueldad, con la desesperacion y el furor, con la desolacion y el espanto, con la guerra y la muerte? Del modo primero vino el Salvador para dominar al mundo, y este consintió ser dominado, porque conoció cuanto mas ventajoso le era sugetarse á la ley del amor, que al imperio de la fuerza, siempre tiránica y opresora. Del modo segundo dominaron todos los tiranos enemigos de la religion del crucificado, pero como su imperio era el del terror no pudo echar las raices necesarias para sostenerse. El amor hace hijos, la tirania esclavos; por esto la dominacion del Mesias, que era de amor y de paz, se estendió por todo el universo, y á despecho y pesar del infierno dura, y durará hasta la consumacion de los siglos; pero la de los tiranos, que era de esclavitud y muerte, desapareció con ellos; y aun ella misma les hizo descender de un trono, que manchaban frecuentemente con la sangre de la inocencia y la virtud. Las naciones todas prosperaron bajo la dominacion del Evangelio; los judios pe-

recieron bajo la de los Romanos; y las águilas del Imperio se ahogaron con la sangre de los mártires, y no pudieron llevar el cetro imperial al seno de Júpiter para que lo salvase.

El Salvador del mundo llevó los designios de su caridad y amor mucho mas allá de lo que los hombres podian presumir ni esperar: mandó como un precepto el mas grandioso de su ley el perdón de los enemigos, y lo confirmó con su ejemplo regando con su sangre desde el árbol de la Cruz, la preciosa semilla de todas las virtudes sociales, que durante la predicacion del Evangelio habia sembrado con profusion.

Los apóstoles de la impiedad no se atreven á negar los ejemplos de modestia, de dulzura, de paciencia, de mansedumbre, de tolerancia y amor con que Jesucristo esmaltó su vida, y confirmó su predicacion; puesto que ninguno de los escritores contemporáneos lo ha desmentido, y á ninguno de los antiguos rabinos le ha ocurrido siquiera la idea de dudarlo, antes bien muchos de ellos lo han confirmado, esclareciendo con muy notables esplicaciones las misteriosas alegorías con que los Profetas anunciaron el reinado pacífico del Salvador. En dos sentidos habia dicho David: (1) con nosotros está el Señor de la fortaleza: el Dios de Jacob es nuestro defensor. Venid y ved las obras del Señor, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra; ha alejado la guerra hasta el fin del mundo. Romperá los arcos, hará pedazos las armas, y entregará al fuego los escudos.—Reciban del cielo los montes la paz para el pueblo, y los collados la justicia.—Florecerá en sus dias la justicia, y la abundancia de la paz, hasta que deje de existir la luna. Y dominará de un mar á otro, y desde el rio hasta las estremidades de la tierra (2). Dios es conocido en la Judea, en Israel es grande su nombre. Fijó su habitacion en la paz, y su morada en Sion. Allí rompió las saetas y los arcos, los escudos, y las espadas, y puso fin á la guerra (3).—Oiré todo aquello que me hablará el Sr. Dios: pues El anunciará la paz á los pueblos, y á sus santos, y á los que se convierten de corazon (4). Anunciando con esta claridad la paz de la Iglesia, en cuyo seno habia de vivir el nuevo pueblo de Dios cristiano y pacífico, formado por la fé que se habia de derramar en sus corazones por el Espíritu Santo; y la paz que habia de

(1) Ps. 46. v. 8. 9. 10.

(2) Ps. 71. v. 3. 7.

(3) Ps. 75. v. 1, 2. 3.

(4) Ps. 84. v. 9.

traer Jesucristo al mundo todo, reconciliándolo con la justicia del Padre por medio de su muerte, rompiendo todas las armas con que el infierno lo dominaba y esclavizaba.'

Con no menos claridad habia tambien anunciado Isaias, el carácter manso y pacífico del Salvador, y la paz de que habian de gozar los pueblos que se sometiesen á su ley. El será, dijo, el juez supremo de todas las gentes, y convencerá de error á muchos pueblos; los cuales de sus espadas formarán rejas de arado, y hoces de sus lanzas; entonces no desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán mas en el arte de la guerra (1). Ha nacido un parbulillo para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros su principado, *ó la divisa de su reino*; y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz. Se extenderá su imperio, y su paz no tendrá fin (2). Reposará sobre El el Espíritu del Señor.... El no juzgará por lo que aparece exteriormente á la vista, ni condenará solo por lo que se oye decir: sino que juzgará á los pobres con justicia, y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra... Habitará el lobo juntamente con el cordero: y el tigre estará echado junto al cabrito: el becerro, el leon y la oveja andarán juntos, y un niño pequeñito será su pastor. El becerro y el oso irán á los mismos pastos, y sus crias se echarán en un mismo sitio: y el leon comerá paja con el buey: y el niño que aun mama estará jugando en el agujero de un aspid; y el recien destetado meterá la mano en la madriguera del basilisco. Ellos no dañarán ni matarán en todo mi Monte santo; porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como el agua llena el mar (3). Y en los hechos de los Apóstoles se dice: Dios hizo entender sus designios á los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo, que es el Señor de todos (4).

Esta última cita de los hechos apostólicos no hay duda que esclarece todas las anteriores, porque aunque las de Isaias anuncian una paz tan general que parece ha de alcanzar no solo á los hombres y á los niños, sino tambien á las fieras, los enemigos implacables de Jesus, que dicen que esto nunca ha sucedido, toman de ahí pie para negar no tan solamente su doctrina, sino tambien su venida

(1) Isaïæ. cap. 2. v. 4.

(2) Idem, cap. 9. v. 6. et 7.

(3) Idem, cap. 11 v. á 2. ad 9.

(4) Actor. cap. X. v. 56.

al mundo, y los mas antiguos rabinos, citados por el antiquísimo y erudito *Moses han Maimon* (1), á quien siguen los no menos insig-
nes *David Rumchi*, *Samuel*, y el *Thalmud en su código sabbatico*, se burlan de las ineptias en que incurren los judios y judaizantes (co-
mo ellos dicen), que tomando al pie de la letra, ó en el sentido ma-
terial las palabras de *Isaias*, creian ver pasear sobra la tierra en
el nacimiento de Cristo, y durante su reinado en el mundo, esas
manadas de lobos y corderos, de tigres y cabritos, de becerros y
leones, que el Profeta describe: sin advertir que todo esto no es
mas que una hermosa alegoría, con la que quiso dar á conocer la
envidiable paz que habia de gozar el pueblo de Israel representa-
do en la mansedumbre del cordero, de la oveja, y del becerro; y
el camino de la humildad y sumision en que habian de entrar las
gentes feroces, tan luego como las iluminase la luz de la verdad
que se esparciria por todo el mundo con la predicacion de la nueva
doctrina, que el nuevo y eterno legislador habia de enseñar á los
hombres; y que el lobo, el tigre, el oso, y el leon, designaban
los ídolos y dioses vanos que tenian atemorizados los hombres con
los sacrificios de sangre humana que de ellos exigian, los que ha-
bian de destruirse á la vista del Dios verdadero, que venia para li-
bertar á todos del poder y de la servidumbre del demonio.

Para esplicar mas estos mismos pasages de la Escritura, acuden
á otros no menos misteriosos y alegóricos que los primeros, y aña-
den: «tambien se lee en las Escrituras, que en los últimos dias el
»monte en que se erigirá la casa del Señor, tendrá sus cimientos
»sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los colla-
»dos (2)... Que de todo monte alto, y de todo collado elevado cor-
»rerán arroyos fértiles de aguas (3): y cómo ha de ser esto posible,
»continuan, cuando el mismo Profeta asegura, que todo valle ha de
»ser exaltado, esto es *alzado*, y todo monte y cerro aplanado; y
los caminos torcidos se harán rectos, y los ásperos se tornarán
llanos (4)? Nadie puede conciliar el significado de estas Escrituras
si atiende solamente á su significacion literal; es preciso, pues,
buscar su sentido misterioso y espiritual para comprenderlas y
esplicarlas: por lo que dijo *Tertuliano* (5): otros sentidos hay mis-

(1) Rab. Mos. ben Ma. in *Jadim. Ghazacuh*, lib. 4.º part. 4.ª

(2) *Isaiæ*, cap. 2. v. 2. et *Micheæ*, cap. 4. v. 1.

(3) *Isaiæ*, cap. 30 v. 25.

(4) *Idem*, cap. 40. v. 4.

(5) Lib. 3. contra Marc. cap. 5.

teriosos en las Escrituras, que siendo figurados, alegóricos, enigmáticos, ó siendo lo que se dice verdaderas parábolas, deben entenderse de otra manera de lo que estan escritas: y así cuando leemos, que los montes han de destilar dulzura, no hemos de comprender que los panales han de salir de las piedras, que los rios de miel han de manar de las peñas, y que su propia dureza ha de producir natas y cuajadas de la dulce leche que destilen: no, porque esto da precisamente á conocer la dulce tranquilidad, la calma y la paz en que rebosa la alma, sobre la que viene á descansar el espíritu del Señor. Esta esplanacion la confirmó con la autoridad y doctrina del Apóstol, que para explicar el derecho que tenían de ser alimentados por el pueblo los que les anuncian la palabra de Dios, citó á los de Corinto la ley que prohibia se atase la boca al buey que trillaba las mieses (1), y para enseñarles las gracias que se nos comunican por Jesucristo, les habló de los raudales de agua que salieron de la peña dura del Oreb, que seguian en todas direcciones al pueblo cuando caminaba por el desierto: asimismo para explicarles los dos Testamentos, les habló de los dos hijos de Abraham; y de la union del varon y la muger en el principio del mundo para darles á entender la union de Jesucristo con su Iglesia, cuyo reino es espiritual. Así pues, aquella paz prometida, y dada por el Salvador, es la paz de la conciencia, la paz alcanzada por Jesus, entre Dios y los hombres: sobre lo que el rabino Judas en el libro que intituló de la Eternidad de Israel, afirmó: que todas las cosas que se habian escrito del Mesias por los antiguos Profetas y á El decian referencia, todas eran espirituales y celestes.

Acosada empero la impiedad y confundida en todas direcciones aun por los mismos rabinos, como se dijo antes y se acaba de demostrar, no cesan todavia los malvados, sino que mas obstinados cada vez, acuden á nuevas cabilosidades; presentando como un hecho demostrado, que Jesucristo se propuso dominar y vivir á costa de sus prosélitos, esclavizar á todo el mundo y hacer á sus Apóstoles, y á sus sucesores, otros tantos instrumentos de su política; como si el dominador eterno de todo el universo, necesitase otros agentes que los deseos de su propia voluntad para verificar la conquista universal de todo el mundo, y la de millones de mundos si los hubiese; y obtener, como indisputablemente obtiene, el dominio absoluto en el cielo y en la tierra; siendo así, que al lado de su omnipotencia y poder, brillan en competencia la humildad mas pro-

(1) Deut. cap. 25. v. 4.

funda, la mansedumbre mas heróica, la abnegacion mas admirable, y la obediencia mas asombrosa á la voluntad de su Padre; virtudes todas que quiso fuesen tambien como el carácter distintivo de sus Apóstoles. En mil ocasiones predijo lo afrentoso de su muerte, y se entregó voluntariamente á ella. Confesó que la conversion del mundo no seria obra esclusivamente suya, sino del Espíritu Santo, que el Padre enviaria en su nombre, y prohibió altamente á sus Apóstoles y discípulos el espíritu de dominacion, de orgullo, de interés, de intriga y de ambicion, exigiendo de ellos una total abdicacion y renuncia de los bienes de la tierra, sin prometerles por ello otra recompensa en este mundo, mas que trabajos, sufrimientos, persecuciones, y odio público. Y por ventura al través de la horrenda persecucion que mas de medio siglo ha, sufren la Iglesia y sus ministros, ¿no han acreditado ser mas bien los herederos del espíritu apostólico, y de su infatigable celo, que no estar poseidos del de ambicion y avaricia de que tan calumniosamente se les acusaba? Por ventura el haber obtenido el dominio, la posesion, y el usufructo de ciertos bienes en la tierra, pudo merecerles estas abominables notas? Remontémonos hasta el principio del mundo, y hallaremos que si los soberanos de la tierra recibieron de Dios el derecho de proteccion sobre todos los bienes de sus súbditos, ó *el dominio eminente*, como llaman algunos, Dios no pudo enagenar jamás el *dominio soberano* que tiene sobre la tierra en calidad de criador: y este dominio supremo lo posee desde la eternidad, y lo poseerá eternamente, á pesar de cuantas resistencias pueda ó quiera oponerle la lamentable ceguedad del espíritu humano.

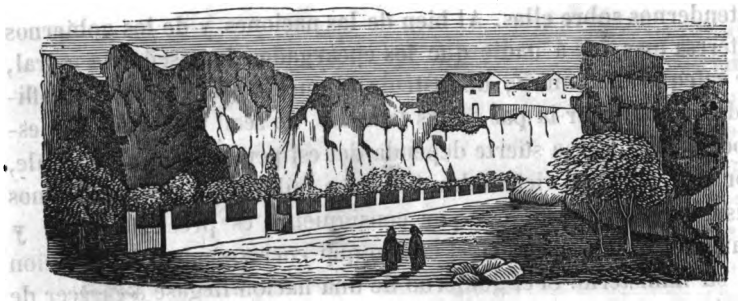
En uso de este dominio reservó para sí un arbol en el principio del mundo, é impuso la pena de muerte y condenacion eterna al que se atreviese á comer una sola de sus frutas; poco tiempo despues reservó para sí las primicias de todos los frutos y ganados, y en la ley escrita lo consignó en sus leyes, exigió el tributo de los diezmos, y mandó se reservasen cuarenta y ocho ciudades para sus sacerdotes; y como El de nada necesita, lo reservó para su culto, para sus sacrificios, para sus templos, para sus altares y para el honor exterior que como á autor y dispensador supremo, de justicia le es debido. Lo exigió y reservó para sus sacerdotes y ministros, para sus tribunales y para todos aquellos que hacen observar sus leyes, sin que la posesion de todos estos bienes fuese incompatible, ni enervase ó debilitase en manera alguna la potestad de distribuir los bienes espirituales que reciben de Dios.

Es el hombre en todas partes un ser mortal : así lo han confesado los mas enverecundos impíos, y no lo niegan ni el patriarca de Ferney, ni el hombre de la montaña, Wolter y Russó : por consiguiente esta confesion demuestra, que en todos tiempos, y en todos los paises, siempre tuvo necesidad de sacerdotes que le hablasen en nombre, y de parte de un Señor mas alto y poderoso que todos los Señores de la tierra, de un Señor infinitamente sabio, que todo lo ve, todo lo puede y de quien todo depende; para que domesticada su fiera por la razon, y sujeta con el freno de la moral, domase las pasiones feroces, la inmoralidad y el libertinage, por amor á Dios, en bien de sí mismo, en obsequio de sus semejantes, y para conseguir el premio de la inmortalidad. Solo así se le hizo conocer la dependencia que tiene del Criador, el dominio supremo de este sobre todas las cosas de la tierra, sobre todos los hombres y sobre los soberanos mismos que de El reciben tambien su mision, y gobiernan en su nombre los pueblos y naciones de la tierra. Solo así se pudo persuadir al hombre la obligacion de obedecer la potestad civil, y el derecho que esta tiene de regirle y gobernarle, y de echar contribuciones é impuestos sobre los bienes y frutos de la tierra que posee, sin que sea permitido á aquel apelar á su razon ó á su fuerza particular, para oponerse á las órdenes ó mandatos de aquella. Y solo así se persuade y convence con facilidad, que Dios pudo destinar para su culto y para sus ministros, todo aquello que le pareció justo, decoroso y conveniente, sin que por su posesion y uso tengan los hombres facultad de acusarlos de ambiciosos ó avaros. Sirven al santuario y al pueblo, y del santuario y el pueblo deben vivir: el derecho natural y el positivo así lo exigen, y el decoro de los Reyes y de las naciones está interesado en ello, y el ministro del altar, tiene una accion al premio de su trabajo, y un derecho de optar á una subsistencia decorosa, independiente y segura, como se la señaló Dios en uso de su suprema é independiente autoridad: todos los pueblos indistintamente, fieles, paganos, idólatras y salvajes, han reconocido esta importante doctrina, y pagado por consiguiente los tributos al sacerdocio con tanto gusto como á los Soberanos ; porque la ley de Dios es la base de los imperios, y como sin el sacerdocio no se asegura la observancia de aquella, tampoco sin él estan seguros aquellos, y sin él es absolutamente imposible que sean felices los pueblos.

A qué cúmulo tan inmenso de reflexiones nos conducirian estas ideas, si los estrechos límites de unas observaciones permitiesen

estendernos sobre ellas. Al bien de las naciones y de los gobiernos interesa mas que á nadie que los encargados de enseñar la moral, de catequizar la niñez, de instruir al pueblo, de consolar los afligidos y mantener la paz en las familias, no sean unos hombres estipendiarios, cuya suerte dependa del estipendio que se le señale, por los azares y vicisitudes á que en mil ocasiones los gobiernos mismos se ven espuestos; por consiguiente es preciso colocar y mantener al sacerdocio en el estado que corresponde á la elevacion de su ministerio. Si el gobierno de una nacion llegase á carecer de fondos para mantenerse, la nacion caeria en la mas espantosa anarquía; y si el sacerdocio careciese de ellos, la inmoralidad mas abominable se apoderaria de todos los espíritus, y todo se hundiria despues por su propio peso. Estos desastres quiso precaver la Sabiduría infinita dando á sus Apóstoles al tiempo de enviarlos un poder tan amplio, y una autoridad tan elevada como les concedió, enviándoles á predicar la paz y la guerra. Paz y bendicion eterna á los que los recibiesen, anatema y maldicion á los que les negasen el sustento necesario, y no quisiesen recibir su paz; porque tamaña iniquidad es mas abominable que el pecado de Sodoma. Dios tratará con mas rigor á los que desprecien y ultragen á sus enviados, que á los sodomitas; y si sobre Sodoma llovió fuego, ¿qué lloverá sobre los perseguidores del sacerdocio?





CAPITULO I

SERMON DE JESUCRISTO EN EL MONTE, Y DE LAS OCHO BIEN-AVENTURANZAS.

Instruyó el Señor completamente á sus discípulos en cuanto convenia que supiesen para representar dignamente el papel de enviados suyos, y luego les habló un language al parecer mas consolador para que se calmasen en todo las pequeñas zozobras en que su corazon fluctuaba. San Agustin asegura (1), que fue este razonamiento de Jesus un sermon tan completo, y tan sembrado de sublimes documentos, que es el compendio mas perfecto de todos los preceptos de la vida cristiana, y de cuanto necesita el hombre para reformar sus costumbres, y arreglarlas enteramente á la moral sublime del Evangelio.

(1) Div. August. lib. I. De sermon. Dom. in monte.

San Mateo y San Lucas refieren este suceso (1), pero de distinta manera, aunque convienen en la verdad del hecho. San Mateo dice, que el Señor predicó primero este sermón á sus Apóstoles y discípulos estando solos, y sentado á manera de doctor sobre la cima del monte; y San Lucas observa que lo predicó á los discípulos y á las turbas, no en la cima, sino á un lado del monte: y no sentado, sino de pie, á manera de predicador: y varios espositores aseguran que primero habló el Salvador á los Apóstoles y discípulos que se hallaban solos con El en la cima del monte, y que luego descendió con ellos desde la eminencia á una llanura que se hallaba á un costado del mismo, donde le esperaban todas las turbas, y que allí habló entonces á todos. Sea empero de esto lo que fuere, es innegable que Jesucristo habló á los Apóstoles y á las turbas, que les hizo un gran sermón, y que en el principio les propuso ocho bienaventuranzas ó virtudes, y que les propuso tambien un premio proporcionado á cada una de ellas: el mérito consiste en la virtud, y así es preciso obtenga primero el mérito el que desea conseguir el premio. Ninguno hay, continua el mismo doctor (2), que no quiera ser bienaventurado; pero adviértase bien, que el que desea la paga no debe rehusar el trabajo con el que aquella se gana. Inflámesse el ánimo, y corra gozoso al certámen, con la esperanza cierta de conseguir el premio. Con este designio quiso dar el Salvador á sus Apóstoles una puntualidad del sagrado ministerio á que los habia llamado, y enseñarles las máximas morales, en que convenia que en adelante se fundasen sus afectos y sentimientos, y se arreglase su porte y conducta.

Jesús habia pasado la noche solo y en oración en lo mas elevado de la montaña, y allí llamó á sus discípulos por la mañana. Despues de haber elegido sus Apóstoles se marchó con ellos á una ladera espaciosa de la misma, donde estaba mas alto que el pueblo que le escuchaba (3), el cual habia venido de toda la Judea y Jerusalem, de la Marina y de Tiro y Sidon, para oírle y curarse de sus enfermedades, y los que eran atormentados de los espíritus inmundos sanaban. Y la multitud procuraba acercarse á él y tocarle, porque salia de El una virtud y los curaba á todos. No queriendo Su Magestad contristar á ninguno, deseoso de sanar sus

(1) Mat. cap. V. Lucæ. cap. VI.

(2) Div. August. lib. De Beata vita.

(3) Así concuerdan perfectamente San Mateo y San Lucas.

almas antes que sus cuerpos, les dió las reglas de perfeccion que no miran solamente á los varones apostólicos, sino que contienen tambien la doctrina necesaria para todos los que hacen profesion de seguir el Cristianismo; y sin preámbulo alguno puso á la vista de todos un retrato de la verdadera felicidad, que no podia menos de sorprenderles sobremanera y admirarles; viendo en tan pocas palabras compendiadas las principales verdades, y las máximas mas sublimes é importantes del Evangelio, y les dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de Dios*. No desconoció el Salvador que hablaba á un pueblo dominado por los escribas y fariseos, cuyo espíritu era orgulloso y vano; que amaban mucho el fausto y aparato exterior, y que en su imaginacion se creian ricos en obras y en merecimientos, y estaban por ello orgullosos y arrogantes; y por esto les persuadió en primer lugar la pobreza, ofreciéndoles en premio de ella un reino celestial y eterno, el reino de Dios.

Bienaventurados los pobres, pero no cualesquiera pobres. No aquellos que siéndolo de bienes de fortuna miran con envidia feroz la riqueza de los ricos, y codician en su corazon cuanto ellos poseen. No aquellos que miran la pobreza como un azote ó una desgracia insoportable, y acusan por ello á Dios de injusto. No aquellos que la tienen como la carga mas aflictiva y pesada, la arrojan de sí con despecho, y la detestan y blasfeman: sino *los pobres de espíritu*; esto es, aquellos que lo son de voluntad y corazon. Aquellos que siendo pobres no anhelan por las riquezas, ni las conveniencias de la vida, en perjuicio de su alma; porque conocen, como lo conocieron tambien hasta los mismos gentiles, que en esta pobreza consiste la verdadera felicidad de la vida temporal; porque en verdad, nadie es feliz en este mundo, ni goza de dicha, ni de paz interior en su corazon, sino el verdadero pobre de espíritu, el que está contento con su suerte, el que nada ambiciona ni apetece. ¿Porque, de qué le sirven al hombre grandes bienes, riquezas inmensas, largas posesiones, hermosas heredades y millones de tesoros en su gaveta, si cada dia, cada instante y momento es agitado y conmovido su espíritu con seiscientas mil olas de ambicion, de avaricia, de insaciabiles deseos de tener y poseer mas, y de enriquecerse sin medida? Al contrario empero el pobre de espíritu, sumido en la miseria nada apetece, y lleno de riquezas vive tan separado de ellas como si nada poseyera: la desgracia no le irrita, y la opulencia no le ensorbece: nada ambiciona ni desea, solo Dios es su gozo; Dios solo su única ánsia y el único deseo de

su corazon. Por esto enseñaba San Gerónimo (1) que el camino mas seguro para alcanzar la verdadera felicidad era la pobreza de espíritu; y que el que poseia esta virtud gozaba de mayor y mas envidiable paz en medio de las penalidades y tribulaciones de la vida, que el rico circuido de todos los recursos que sus riquezas podian proporcionarle (2).

Bienaventurados los pobres de espíritu. Esto es, aquellos que ricos de bienes temporales por disposicion del Cielo, como lo era Abraham, obedecen con tanta prontitud las órdenes de Dios, como las obtemperó aquel esclarecido Patriarca. Rico en su pais y lleno de honra, quiere Dios probar su fidelidad, y le manda dejar todo lo que allí posee, obligándole á marchar á una tierra estraña. *Nuevo género de probacion* ó de probar los hombres, dice San Agustin (3): se le manda ir á una tierra que podia considerarse como un desierto, y se le condena á emprender un largo camino, sin permitirle antes explorar el terreno. Compélese al hombre rico á que se haga de repente pobre, sin otra recompensa que la de darle duplicados bienes en el pais á donde se le destina. Al hombre que goza de reposo y paz bajo la tienda que habita, se le manda levantar el campo y caminar por ásperos senderos, sin que determinadamente se le señale el lugar donde ha de fijar su residencia: tan solo se le dice, sal de tu tierra, deja tu parentela, y ven al pais que Yo te mostraré. Déjalo todo, confia en Dios; El solo debe ser tu esperanza. ¿Y quién hubiera podido obedecer un tal mandato á no haber tenido viva fé, firme esperanza colocada en Dios, y un corazon enteramente desprendido de todas las cosas de la tierra? Este es uno de los primeros ejemplos de esta sabia verdad, que despues en la Ley escrita, y últimamente en la de Gracia, ha tenido tan grandes y dignos imitadores. Fue Abraham el padre de los creyentes, y tambien el modelo ejemplarísimo de los pobres de espíritu: antes del Evangelio obedeció el precepto y el consejo del Evangelio, y esto aun sin tener ningun ejemplo que imitar.

Jacob, nieto de Abraham, perseguido por el furor de su hermano, sale huyendo de la casa paterna, dejando todas sus comodidades y regalos, pobre y mendigo, sin llevar mas que su báculo, pero riquísimo porque confia en la providencia de Dios. José, hijo de este, y viznieto de Abraham, conserva el espíritu de po-

(1) Div. Hieronim. Ep. 34. ad Julianum.

(2) Idem. Lib. 8.º contra Jovinianum.

(3) Div. August. Serm. 68. de temp.

breza elevado por Faraon á la primera dignidad en la tierra de Egipto. Daniel en la corte de Nabuco; Mardoqueo y Esther en la de Assuero; Elias, Eliseo, Jeremias, David, los dos Tobias, todos estos miraron á su padre Abraham, oyeron la voz del Señor, y manifestaron el desprecio que les merecian todas las riquezas de la tierra, por no perder la gracia y amistad de Dios, que es la única y verdadera riqueza del alma. No es extraño, pues, que despues que en la Ley de gracia sonó la voz del Salvador, y dijo al jóven, que San Mateo refiere (1): *Si quieres ser perfecto, marcha, vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven, y sigueme.* Y despues que dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos*; se gloriasen al parecer los Apóstoles de haber renunciado por su Maestro cuanto sobre la tierra poseian, y le digesen: *Ved ahí, ó Maestro, que nosotros hemos abandonado cuanto poseíamos para seguirte; ¿qué será de nosotros?* Y que el Señor para premiar su fé, y la voluntaria pobreza á que se condenaron, les respondiese: *En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en el dia de la regeneracion venidera, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su magestad y grandeza, tambien os sentareis vosotros sobre doce sillas, para juzgar á las doce tribus de Israel* (2). Esto es, vosotros que me habeis seguido pobre, y que sin reparar en mi pobreza os hicisteis pobres por obedecer mi llamamiento, renunciando cuanto teniais, sin aspirar en esto á la recompensa de algun premio; vosotros sereis ricos conmigo; y cuando Yo aparezca el mas rico del universo, tambien vosotros aparecereis ricos á la vista de los hombres, sentados sobre magníficos tronos, para ser jueces, juntamente conmigo, en el dia de mi juicio y justicia.

San Bernardo empero (3) hace sobre este lugar una reflexion muy prudente y digna de observarse. Al ofrecer, dice, Jesus el premio de esta bienaventuranza, no habla como en las demas de un premio futuro, sino de uno presente; y así no dice, *de ellos será el Reino de los Cielos*, sino *de ellos es*. Y en efecto, porque aunque de hecho no le poseais ya, es sin embargo vuestro, porque lo habeis comprado para vosotros con el desprecio de todas las cosas terrenas: así como es ya una piedra muy preciosa de aquel que la compró con una gran suma de oro, aunque persevere algun tiem-

(1) Math. cap. 19.

(2) Idem. Ibid.

(3) Div. Bernd. in cap. 5. Math.

po despues en poder de aquel que la vendió , asi tambien es ya el Reino de los Cielos de aquel que lo compró con la pobreza voluntaria de su espíritu , porque para comprarlo ya dió de contado todo cuanto tenia , porque darlo todo es no reservar algo para sí ; y aunque sea poco lo que se tiene , da mucho el que nada para sí reserva ; y da muchísimo mas el que renuncia el apetito ; y hasta el deseo de poseer , que es en lo que consiste la verdadera pobreza de espíritu : por esto los pobres de espíritu son del Reino de Dios , y de ellos es su Reino. -

Bienaventurados los mansos , porque ellos poseerán la tierra. Despues de la pobreza sigue la mansedumbre , porque aunque esta bellísima virtud es á todos los hombres necesaria , parece serlo mas particularmente á los pobres , que en razon de su pobreza , son muchas veces insultados y despreciados de los demas. La mansedumbre puede considerarse de dos maneras , que algunos autores distinguen con los nombres de *mansedumbre* y *mansuetud* : y asi manso se llama á aquel que á nadie ofende : y mansueto el que tolera con paciencia las injurias , aun siendo injustamente ofendido. El manso nunca siente en su ánimo afecciones interiores que turben la paz de su corazon ; y siempre persevera en aquella bonanza que cada vez mas la afirma y asegura. El mansueto modera con valentía los ímpetus de las pasiones ofensivas , y á nadie vuelve jamás mal , por el que á él se le hizo. La mansedumbre se manifiesta en el *afecto* , la mansuetud en el *efecto*. Esta clase de hombres mansos y mansuetos , modestos , humildes , pacíficos , sencillos en la fé , siempre sufridos , que ninguna amargura sienten en su alma , que jamás se irritan , que siempre ceden en las contiendas , enemigos de pleitos , nada querellosos , que sirven á Dios con simplicidad santa en medio de las divisiones públicas , y en medio de la escasez ó medianía que el Señor les hubiese dado ; estos son los que poseen , y poseerán verdaderamente la tierra ; la de su cuerpo que dominan mientras viven en esta vida transitoria , caduca y perecedera ; y la del Paraíso que buscan , que es la permanente y eterna : gozarán de paz en la tierra de los que han de morir , y gozarán de Dios en la tierra de los vivos ; y como se poseerán y dominarán á sí mismos en la tierra de los murientes , asi tambien poseerán y gozarán de la heredad de su Padre celestial en la de los vivientes : por lo que decia San Agustin (1) : entonces sin duda alguna poseerás la tierra , cuando te unas por la mansedumbre á aquel que hizo el

(1) Div. August. Serm. in Festo Omn. Sanctos.

Cielo y la tierra. La verdadera mansedumbre consiste en no resistir á Dios, y en hacer el bien solo por agradarle á él: no por agradarnos á nosotros mismos, y en no obrar el mal porque á El le desagrada, y no porque nos desagrade á nosotros. Entiende, pues, oh hombre, que entonces darás gusto á Dios cuando á tí mismo te disgustes; y á El disgustarás cuando á tí mismo diceses gusto. Deja que riñan los demas y se peleen por las cosas temporales. Bienaventurados los mansos, porque ellos, que nada ambicionaron en el mundo, que por nada de la tierra se afanaron ni riñeron, ellos solos son los que poseerán la tierra (1). Y si el Reino de los Cielos se promete á los pobres, y la tierra á los mansos, ¿qué es lo que queda para los orgullosos y soberbios? El infierno solo: solo el infierno (2).

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bien se conoce que la sabiduría increada era la que ordenaba este sermón. Despues del desprecio del mundo por la pobreza; despues del sosiego del entendimiento y del corazon, fruto de la mansedumbre; entra el hombre dentro de sí mismo, y nada halla que no sea motivo de amarguras y llanto, y por esto empieza á llorar: y es cierto que llorar se debe, no tanto por la ocasion de los daños temporales, cuanto para evitar los tormentos eternos. Asi en verdad, son bienaventurados los que lloran, porque consolándolos Dios, enjuga todas las lágrimas de sus ojos: por lo que dijo San Bernardo (3): ; Feliz lágrima que mereció ser enjugada por la mano de nuestro piadosísimo y misericordioso Señor! Las lágrimas, perdon no piden; y sin embargo, lo merecen: las lágrimas no dicen la causa que las motiva; y con todo consiguen la misericordia. Las palabras no pueden en muchas ocasiones espresar todos los asuntos, y las lágrimas patentizan todos los afectos. Los que lloran serán consolados en este siglo y en el futuro: en este, por los consuelos espirituales que comunica á los penitentes el Espíritu Santo Paráclito, esto es, el Consolador: y en el futuro, porque serán llevados á la gloria, donde no hay llanto, ni suspiros, ni dolor alguno, sino un gozo y alegría eternos. Llore el hombre por cuanto ve y conoce no puede servirle sino de motivo de llanto: mírese á sí mismo, ó á sus prójimos, no ve sino pecados propios y miserias ajenas; no ve sino la prolongacion de un destierro que le priva del

(1) Idem. Lib. I. De verb. Dom. cap. 3.

(2) Ven. Bed. in cap. 6. Luc.

(3) Div. Bern. Serm. 32. in Cantie.

goce de la felicidad y bienaventuranza eterna: no ve sino el peligro y la duda de merecer el infierno: no ve sino la dilacion de alcanzar la gloria. Bienaventurados, pues, los que lloran en la presente vida, porque ellos serán plenamente consolados en la futura. Bienaventurados los que en la afliccion no se mantienen sino del pan de las lágrimas, porque sus lágrimas y tristeza se convertirán en alegría; y á proporcion de los trabajos que sufran en esta vida, serán colmados de consuelos en la otra (1).

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Hasta aquí quiso la Magestad divina arrancar los hombres del mundo con las tres bienaventuranzas primeras, y con las que siguen quiso levantarlos hasta el cielo. La primera de ellas es verdaderamente hambre y sed de justicia, porque mientras dura la vida no podemos tenerla verdadera, pero sí podemos ansiarla y apetecerla; por esto llamó el Señor bienaventurados á los que tienen hambre y sed de ella: esto es, los que la apetecen con vehemente deseo: con esto quiso darnos á entender, que no deben los hombres considerarse jamás en estado de perfecta justicia, creyendo que son bastante justos; sino que cada dia, y continuamente deben arder en mayores deseos de aprovechar y justificarse (2). San Gerónimo enseña (3), que no nos basta querer la justicia, sino que es preciso tener hambre de ella, para que así conozcamos que siempre debemos ocuparnos en hacer obras de justicia, sin saciarnos jamás de practicarlas. Tiene hambre de justicia aquel que siempre habla segun la justicia de Dios, y que viviendo una vida recta y justa, no solo apetece y desea retener en sí la justicia y la virtud, sino que la desea tambien en todos los demas (4): y esta es la justicia que da á cada uno lo que es suyo: á Dios, al prójimo, y á sí mismo. A Dios el honor como Criador, el amor como Redentor, el temor como Juez. Al prójimo, la obediencia á los superiores; la paz, la fraternidad, y la concordia con los iguales, y la beneficencia con los inferiores: y á sí mismo, la pureza de corazon, la custodia de la boca, y la mortificacion de la carne. Así, pues, son en verdad bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán de tal manera hartos y saciados con la hartura de la gloria, que la lograrán en un grado mucho mayor que lo fue la hambre y

(1) Ps. 93. v. 19.

(2) Ven. Bed. in cap. 6. Luc.

(3) Div. Hieronim. in cap. 5. Math.

(4) Div. Crisostom. Hom. 9. Oper. imperfect.

sed que tuvieron. David, que padecía esta hambre y sed, confesaba que nunca se vería saciado sino cuando se le manifestaría la gloria de Dios (1), porque solo entonces estaría seguro de haber obtenido la justificación de su alma, por la que tan de veras suspiraba. La verdadera abundancia para saciar el espíritu, solo se halla en la casa de Dios: y solo se satisface la sed de justicia, cuando se bebe en el torrente de las celestiales delicias. Y aquellos que prefieren al alivio de sus propias necesidades, el conocimiento del Evangelio, donde se encuentra toda la justicia y la perfección del culto de Dios á que aspiran, verán plenamente satisfechas sus ansias, recibiendo con la abundancia de las luces mas puras, la corona inmarcesible porque suspiran.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Llámense misericordiosos los que tienen un corazón tierno, compasivo, y muy propenso á remediar los males ajenos, doliéndose de ellos como si fueran propios. Son asimismo misericordiosos, los que con tanta prontitud como alegría, perdonan las injurias recibidas, sin conservar en su corazón odio ó resentimiento alguno, haciendo al ofensor todo el bien que puedan así espiritual como corporal. La misericordia, empero, tiene un orden metódico y propio que se debe seguir: su primer ejercicio y uso debe recaer sobre los males propios, según el consejo del Eclesiástico (2): *Apídate de tu alma, procurando agradar á Dios.* El segundo uso y ejercicio de la misericordia, se dirige al prójimo, interesándose de tal manera por él, que no debe rehusarse molestia, peligro, ni sacrificio alguno por árduo que parezca, ó sea, para librarle de su desgracia, ó socorrerle en su necesidad, aunque sea el de la propia vida, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. El tercero, es respetuoso y filial, y tiene por objeto al mismo Jesucristo Redentor y Salvador nuestro. El primer uso de esta misericordia, nos la alcanza para nosotros, y nos merece la remisión de todas nuestras culpas: el segundo nos merece la disminución de la pena temporal, que por aquellas merecemos; porque el que disminuye la pena de otro por amor de Dios, puede estar seguro de que el Señor le condonará la suya propia: y la tercera nos hace merecedores de la gloria, porque si padecemos con Jesucristo, y tenemos compasión de sus dolores, es para ser glorificados con El (3). Esta virtud de la misericordia pa-

(1) Ps. 16. v. 15.

(2) Eccli. cap. 30. v. 24.

(3) Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 8. v. 17.

rece que es sobre todas las demas la propia y característica de la Divinidad, y es tambien la que en el dia del juicio aprovechará muchísimo á los pecadores; porque escrito está: Se hará un juicio sin misericordia, al que no usó de misericordia; pero esta sobrepuja al rigor del juicio (1): y San Mateo espresa con toda claridad lo que dirá el Divino Juez en aquel dia á los justos y á los réprobos, para salvar á unos y condenar á otros; lo que justifica cuánto en aquel dia valdrá á los primeros el haber usado de misericordia, y cuánto dañará á los segundos no haberla usado (2).

San Agustin enseña que son bienaventurados los que socorren á los menesterosos, porque de tal manera usará el Señor con ellos de misericordia, que serán enteramente libres de la miseria. Dá, y te se dará: haz, y se te hará: haz con otro, lo que quieres que se haga contigo. Como tú obrases con aquel que te pide, así obrará Dios contigo cuando tú le pidas á El (3). Tanto es el gusto que Dios tiene de ver que usamos de misericordia con quien nos la suplica y ruega, que promete no usar de ella sino en favor de los que la practicaron con sus prójimos (4). No nos admire, pues, que el Dios de las misericordias llame bienaventurados á los misericordiosos, anunciando que ninguno alcanzará misericordia sino el que la use; y aunque parezca que es igual la retribucion, no lo es en efecto; porque la misericordia divina es infinitamente superior á la humana: y la que Dios usa con nosotros, es mucho mayor que la que nosotros usamos con nuestros prójimos (5). Así que en vano pedirán misericordia los tiranos que se ensangrentaron con sus crueldades: porque solo son bienaventurados los misericordiosos, y ellos son los que alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bien debia colocar la sesta bienaventuranza en la limpieza de corazon, el que la recomendaba en el sexto mandamiento de su ley, prohibiendo al hombre la fornicacion y toda especie de deshonestidad é inmundicia. Bien merecia el sexto lugar entre las bienaventuranzas, aquella por la que el hombre criado en el sexto dia á imagen y semejanza de Dios, se hace digno de ver á Dios y de gozarle eternamente, recobrando la gracia y amistad de Dios por la

(1) Div. Jacob. Ap. Ep. cap. 2. v. 15.

(2) Math. cap. 25. vs. á 34. ad 46.

(3) Div. August. lib. I. De sermon. Dom. in mont. cap. 6.

(4) Div. Hilar. Canon 4.º in Math.

(5) Div. Crisostom. hom. 15 in Math.

muerte y pasión del hombre Dios en la sexta edad del mundo. Coloca el Señor esta bienaventuranza después de aquella en que encarga el uso de la misericordia, porque el que la practica llevado de la vanagloria, y no con un corazón limpio y puro, ningún mérito contrae por aquella (1). Esta limpieza interior de corazón que Dios exige de nosotros para darnos la bienaventuranza, no es aquella limpieza exterior y aparente de los hipócritas que solo cuidan de limpiar su cuerpo, y dejan llena de manchas su alma: es sí aquella limpieza de conciencia que no tiene pecados con que argüir al hombre que no vive según la carne, ni se saborea con las cosas que son de la carne: sino que vive según el espíritu, y gusta precisamente las que á él pertenecen: porque sabe que la sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte; y que la sabiduría de las cosas del espíritu es vida y paz: por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios; como que no está sumiso á la ley de Dios, ni es posible que lo esté, porque es enteramente contraria á ella. Así que, los que viven según la carne, no pueden agradar á Dios. El que vive con arreglo á la ley del espíritu, Dios habita en él, tiene el espíritu de Jesucristo, y es de Jesucristo: y á los que tiene previstos también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo, que es el espejo sin mancha de la magestad de Dios, y la imagen de su bondad (2). Los así limpios de corazón, se apartan de todo lo malo, y obran todo el bien que pueden con buen fin, y recta intención; puesto que solo así se verifica que los limpios de corazón vean á Dios. Esta limpieza sola es la que une al hombre con Dios, que es la sana limpieza; y el que es sumamente limpio no puede ser visto sino de los limpios. Si el corazón está limpio y libre de malos pensamientos y afecciones, todo el hombre está limpio de iniquidades; porque del corazón salen todos los vicios y pecados, y allí se arraigan para fructificar después; pero si allí se cortan y abrasan las raíces con el fuego del amor de Dios, ya no crecen otra vez; y Dios, que es puro espíritu, y no puede verse con los ojos de la carne, se ve entonces con los del corazón, esto es, con los del espíritu, ó con los ojos linceos de la fé.

Ninguna sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas; ninguna concordia entre Cristo y Belial (3); por consiguiente los de co-

(1) Div. Ambros. in cap. 6. Luc.

(2) Ad Rom. cap. 8.º per Tot.

(3) Div. Paul. Ep. 2. ad Corint. cap. 6. vs. 14 et 15.

razon impuro no pueden ver á Dios, que habita una luz inaccesible; el camino que andan es tenebroso y resbaladizo; el Angel del Señor les perseguirá constantemente (1). Si los Angeles son sus ministros, si solo esperan sus órdenes para cumplirlas, y las del Señor, son, que arrojen de su presencia á los impuros; ¿que esperanza les queda de ver á Dios? ¿Quieres verle? Limpia tu corazon y le verás, ahora por la fé, despues en su Reino: ahora como familiar y consejero, despues como Rey inmortal y glorioso; y cuanto mayor sea tu limpieza, tanto mas la vision será despejada y pura. Bienaventurados, pues, los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Feliz anunció para el hombre que ama con todo su corazon, y posee en él aquella paz interior que constituye la verdadera felicidad en la vida presente, y le hace esperar con certeza el goce de la paz eterna en la futura: sin embargo es preciso advertir que esta paz verdadera, sólida, y santa que hace bienaventurado al hombre y le adquiere el renombre de hijo de Dios, ha de ser *paz con Dios, paz con el prójimo, y paz consigo mismo*; y que es absolutamente imposible que el hombre obtenga y conserve esta paz interior consigo mismo, si antes no procuró obtener la paz con Dios por medio de la penitencia, y la paz con el prójimo por medio de la caridad: porque no siendo asi, no podria aquella llamarse paz, sino que seria una confianza vana, un aletargamiento cruel, una sordera mortal, y un sueño pesadísimo, con el que no haria el hombre mas que manifestar la relajacion de su conciencia, y la poca aprension que le causan los remordimientos y estímulos por la inveterada y criminal costumbre en que se halla: el fruto de esta paz, es la muerte y la condenacion eterna; asi como el de la primera es la reconciliacion con Dios, una prenda de su amistad, un bien mas estimable que todos los bienes de la tierra, el derecho en fin, de ser llamado hijo de Dios. El gozo y el deleite que esta paz infunde en el corazon, es superior, infinitamente superior á todos los gustos y deleites de la tierra; y su valor y precio solo pueden comprenderse y estimarse cotejando las dulzuras de aquella paz, con los remordimientos y amargas que causa el pecado. Este es el bien entre todos los bienes mas apetecibles; este es el fin de todos nuestros votos, afanes y trabajos; y por él se sostiene la continua y cruda guerra que hay entre la carne y el espíritu: pero como esta paz y descanso del co-

(1) Ps. 34. v. 6.

razon no puede hallarse entre los bienes y goces de la tierra, sean los que fuesen, es preciso buscarla en Dios, que es la fuente inagotable de todos los bienes puros, sólidos y permanentes, y que es él solo el que puede llenar el vasto espacio del corazon de la criatura: y por esto se llama Dios de la paz y de todo consuelo.

Cuando, pues, dice el Señor bienaventurados los pacíficos, da á entender habla de aquellos que tienen paz consigo mismos, y que para conservarla arrojan de su corazon todo mal pensamiento, toda palabra vana, toda obra pecaminosa, sin permitir la entrada en él de cosa alguna que pueda turbarla; conservándola cualesquiera que sean las adversidades que ocurran: y que no solo procuran conservar consigo mismos esta paz interior, sino que se afanan para unir con el vínculo de la caridad y de la paz á todos sus prójimos cuando descubren entre ellos enemistades y disensiones. Cinco cosas hay que se oponen al goce de esta tan apetecible paz, y son: las guerras, los pleitos, los tumultos, las inquietudes y las molestias. Los pacíficos de corazon ponen toda su eficaz cooperacion en sedar ó apaciguar las guerras, en dirimir los pleitos, en sosegar los tumultos, en acallar las inquietudes, en dulcificar las molestias: porque estas son las funciones y oficios propios del hijo de Dios, que pacífico en sí mismo, pacificó á todos con su muerte, y nos reconcilió con su Eterno Padre: por esto de los pacíficos se dice con toda propiedad que serán llamados hijos de Dios.

Llámanse asimismo pacíficos los que por los afectos de su corazon se unen íntimamente con Dios, que es la suma paz y bondad, y asi nada buscan fuera de El; y en El, y con El viven seguros y pacíficos; y en El y con El, y por El tienen su paz y su gloria. Son llamados hijos de Dios por la semejanza que tienen con El: porque como es propio de Dios gozarse en sí mismo, y ser El mismo su contento y su gozo; asi tambien los verdaderos pacíficos, teniendo á Dios en el fondo de su corazon, sin salir de El, se gozan y recrean en El, y alli tienen todo su contento y alegria; por lo que decia David (1). ¿Qué cosa puedo apetecer yo en el Cielo, ni que he de desear sobre la tierra teniéndote á tí, oh Dios mio? Tú eres el Dios de mi corazon, tú eres mi posesion y mi gozo, y lo serás eternamente.

Litiguen pues entre sí, y muevan riñas con otros los inquietos y desasosegados imitando á su padre el diablo, mientras gozan en paz de su bienaventuranza los que conservan la paz en su corazon, y la

(1) Ps. 72. vs. 25. et 26.

mantienen con sus prójimos y hermanos, estos serán llamados hijos de Dios por la gran semejanza que tienen con El. El es la paz y el sosiego sumo, todo lo dispone y ordena con tranquilidad y paz; y sus hijos gozarán con El de eterna y envidiable paz; mientras aquellos no gozarán con su padre el diablo sino de desesperacion, inquietud, rabia y tormentos eternos.

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos. Declarada la bienaventuranza para los pacíficos, no quiere el Señor se persuadan los hombres que sus hijos siempre han de gozar de paz; quiere que sepan tambien que han de ser perseguidos, que han de sufrir calumnias, ultrajes, pasiones y malos tratamientos, por no faltar á la fé, á las creencias de su ley Santa, ni á las prácticas y virtudes de su religion (1). Esta bienaventuranza prepara y perfecciona al hombre para padecer bien, asi como las anteriores le preparan para obrar bien: porque asi como á la virtud toca obrar bien, tambien es propio de ella padecer bien: y despues de la bienaventuranza de la accion, sigue oportunamente la de la pasion. Son bienaventurados no solo los que obran bien, sino los que padecen persecucion; pero no una persecucion cualquiera, ni por sus crímenes ó delitos; sino por la justicia, que incluye toda virtud, toda verdad y la santa y verdadera piedad. Persecucion por la justicia que incluye la justa, legal y racional defensa del prójimo injustamente herido, maltratado y oprimido: de los asi perseguidos es el Reino de los Cielos. ¿Pero por ventura me espondré á la muerte por la libertad de la Iglesia? Sí: por ella, y por otras cosas que son espirituales: no por los campos, ni por las rentas de la Iglesia, ni por otras cosas semejantes: muchas veces nos oponemos á esto llevados mas de la avaricia que de la justicia: hasta aqui San Crisóstomo. San Ambrosio resuelve esta grande é importantísima cuestion con las siguientes palabras (2). «Si me pidiese el emperador lo que es mio, esto es, mi campo, mi plata, ó dinero, ú otra cosa semejante, sepa que no me le he de oponer, aunque todas las cosas que son mías, sean de los pobres: pero aquellas que son divinas, no estan sujetas á la potestad del Emperador. Si pedis el patrimonio (de la Iglesia) invadidlo: si pedis mi cuerpo, yo os saldré al encuentro: quereis llevarme á la cárcel, quereis llevarme al cadalso ó á la muerte, yo tengo volun-

(1) Div. Crisost. Hom. 45. in Math.

(2) Ponemos el testo original latino para que nada padezca por nuestra traduccion.

» tad de padecer lo uno y lo otro : no creais que yo me acoja á la proteccion de los pueblos, ni que me agarre de los altares suplicando » por mi vida, sino que por los altares, y por las cosas espirituales » que á la misma Iglesia pertenecen será sacrificado. » Si à me petierit *Imperator quod meum est, id est, fundum meum, argentum meum, et hujusmodi, sciat me non refragatorium, quamquam omnia que mea sunt, sint pauperum: verum ea que divina sunt, imperatoris potestati non sunt subjecta. Si patrimonium petitis, invadite: si corpus, occurrat: vultis in vincula rapere, vultis in mortem rapere, voluntatis est mihi: non ego me vallabo circumfusione populorum, nec altaria tenebo vitam obsecrans, sed pro altaribus et spiritualibus, ad ipsa pertinentibus immolabor* (1).

Esta octava bienaventuranza es el complemento de todas las demas, y la principal de todas las coronas, porque cuando ya por las otras se halla el hombre en estado de verdadera perfeccion, vuélvese por esta apto y digno de padecer: por lo que dice San Crisóstomo (2): abre el Señor el camino para la observancia de todas, empezando desde la primera, y forma de ellas como una cadena de oro: porque el que es humilde, es por consiguiente manso; el que posee la virtud de la mansedumbre, no hay la menor duda que tambien llorará sus pecados; y el que los llora con compuncion y ternura, declara bien con su llanto tener hambre y sed de justicia. El que esta hambre tiene, no puede dejar de ser misericordioso; y el misericordioso y justo compungido, forzosamente será limpio de corazon: y este tal ha de ser sin duda alguna pacífico. Por último, el que con tales virtudes esté perfeccionado, preparado se halla para sufrir todos los trabajos, y no se amilanará á vista de los peligros, ni se confundirá aunque á miles lluevan sobre él. Bienaventurado, pues, el que tales virtudes tiene, y mucho mas dichoso y bienaventurado el que sabe conservar su posesion entre los peligros y persecuciones. Las siete primeras perfeccionan al hombre, la octava le clasifica, y demuestra la sólida brillantez de la misma perfeccion; porque la paciencia perfecciona todas las obras. Asi es, que en esta octava y última bienaventuranza habla el Señor como en la primera: de los pobres de espíritu dice, que es suyo el Reino de los Cielos, y tambien dice que es de los que padecen persecucion por la justicia: á los primeros se les promete, porque á los que por

(1) Div. Ambr. Ep. 33. Citat à R. P. Ludol. De Vit. Chi. cap. 33. pág. 151. colum. 2.^a

(2) Div. Crisost. ex variis in Math. cap. 6.

Cristo renuncian las riquezas temporales, justo es que reinen con Cristo en los goces eternos: y á los que padecen persecuciones por Cristo, y son oprimidos como el Salvador lo fué, justo es tambien que en el Reino de Cristo triunfen con El y dominen á los opresores.

Ya no tienen porque quejarse los hombres de la misericordia, ni de la justicia de Dios: Jesucristo les anticipó el fallo infalible é inevitable de su juicio: el camino del Cielo está ya patente á todos, y á todos se manifiesta con claridad el que conduce á la muerte y á la condenacion eterna. La pobreza de espíritu, la renuncia de las riquezas y comodidades de la vida: el amor á la paz, el ejercicio de la caridad, el socorro de los infelices, la compuncion y las lágrimas, la pureza de corazon, la paciencia en fin en los malos tratamientos y persecuciones por la justicia, son lo que constituyen la felicidad del hombre en la tierra, y su ventura y eterna dicha en el Cielo: lo contrario, pues, es lo que le conduce á la muerte y condenacion eterna. ¡Bondad de Dios, cuándo te conocerán bastante los hombres! Y conociéndote, por qué no te amarán! Cuándo dejarán de ser ciegos, y depondrán esa obstinacion necia que les impide ver y probar tantas dulzuras como en sí encierra la adorable religion del Crucificado! Los gritos aterradores de los malvados, sus estremecimientos horribles, la espantosa desconfianza que les atormenta en los últimos momentos de su vida, como lo atestigua una tristísima y cotidiana experiencia, todo nos dice, que no hay contento, ni felicidad, ni paz para el hombre en la tierra, sino en el seno de esta religion augusta al parecer tan sembrada de espinas; seguida de pocos de los que dicen que aspiran á conseguir su eterno bien; y abandonada de todos los que cifran su bienestar y su dicha en el goce de las pasiones mundanales. En ella sola se oye la voz de la verdad que desengaña, porque aquel para quien nada hay oculto, que penetra bien los secretos del corazon, y que con su comprehension y sabiduria infinita descubre las vicisitudes de todos los tiempos, y hasta los espacios inmensos de la eternidad, no queria privar á ninguno de cuantos corrian en pos de él para oirle y empararse de sus máximas, y mucho menos á sus Apóstoles y discípulos, de este importantísimo secreto, puesto que ellos habian de ser los primeros que habian de beber el cáliz de tantas amarguras que el Señor tiene reservadas para los que le siguen, para vivir despues y reinar eternamente con El.

Aunque esta octava y última bienaventuranza parece que se dirige mas particularmente á los ministros y predicadores del Evan-

gelio, persuadiéndose Su Magestad que los Apóstoles y discípulos no la habrían comprendido cual convenia, se encaró mas con ellos, y les dijo: *Bienaventurados sereis cuando mintiendo los hombres por odio contra mí, os maldigieren, os persiquieren y digieren todo mal contra vosotros: gozaos entonces y alegraos, porque el premio que os está guardado en los Cielos es sin duda alguna muy grande y superior á todos vuestros deseos. No temais, porque tambien los Profetas que vinieron antes que vosotros á anunciar á este pueblo los oráculos de Dios, fueron perseguidos, y vosotros no lo sereis menos que lo fueron ellos.* En verdad: asi como entre los Profetas se leen una multitud atroz y cruelmente perseguidos, asi tambien entre los Apóstoles y discípulos, y entre los seguidores de Jesus, se cuentan una infinidad de miles de perseguidos, encarcelados y crucificados; pero es muy de notar que entre tantos no se ven infelices y desventurados, porque la infelicidad de la vida y la desventura de la muerte no puede traer su origen de una causa tan noble y santa como es el seguir á Jesucristo: ellas nacen solamente del seguimiento de las pasiones que su religion condena. Asi despues de aquella primera general estampada en las bienaventuranzas, dió esta otra mas especial para sus Apóstoles, y les especificó las diversas persecuciones que habian de sufrir; porque unas habian de ser de corazon, otras de palabra y otras de obra. Las primeras se manifiestan por las palabras, *sereis bienaventurados cuando os maldigieren*: no es por el odio que en su corazon conserven contra vosotros; las segundas por lo que añade, *y os aborrezcan los hombres*, porque entonces desatarán contra vosotros su lengua, y dirán toda especie de mal para denostaros, infamaros y calumniaros, y las terceras por aquellas en que concluye, *y os exprobaren diciendo todo mal contra vosotros, y desecharen vuestro nombre como malo porque predicais la doctrina que os enseñó el Hijo del Hombre, y le defendeis*; y asi para estas tres especies de persecuciones dió tambien el Señor tres remedios muy eficaces, á fin de que en su aplicacion se conocieran sus verdaderos seguidores, y tuviesen en ello un verdadero mérito: tales son, perdonar las injurias, compadecerse de los pecados del prógimo, y rogar por los perseguidores y calumniadores (1).

Como que enviaba los Apóstoles á cosas mas árduas, tambien debia darles mayores precauciones; por esto en esta amonestacion se convierte ó vuelve á aquellos á quienes enviaba como á cordeiros entre los lobos, y que se habian de presentar llenos de gozo á

(1) Ven. Bed. in.

á la presencia de los concilios, porque eran dignos de padecer persecuciones y oprobios por el nombre de Jesus; lo que fue como si les dijera: Con vosotros hablo, discípulos míos, sabed que indóviles los judíos como los gentiles y paganos, se irritarán con vuestra predicación, y despreciarán vuestra doctrina, aunque la vean confirmada con milagros, como Yo la confirmo ahora que la anuncio; y dominados por el espíritu del error, os maldecirán y calumniarán con todo género de calumnias. Me aborrecen á Mí, y os aborrecerán á vosotros solo por la calidad de discípulos míos: y su coraje y rabia crecerá de punto cuando os vean empeñados en atraer los pueblos á mi creencia y fé. Pero en medio de tantas y tan crueles persecuciones, no decaiga vuestro valor, porque se menoscabaría vuestra fé y vuestro mérito, y conózcase entonces mas que nunca el gozo y la alegría santa que inunde vuestro corazón: grandes serán vuestros trabajos en la tierra, pero mas grande, infinitamente mayor es el gozo que en el Cielo os espera.

San Gerónimo, espositando este pasage del Evangelio, dice (1): Toda obra por pequeña que sea, se hace con gusto con la esperanza de la paga, y la recompensa del premio aligera el peso del trabajo. Alegraos, pues, todos los que por el Señor padecéis persecuciones y sois calumniados, conducidos ante los tribunales, encarcelados, azotados y muertos: alegraos, esto es, interiormente en vuestro corazón; y gozaos, esto es, exteriormente en vuestro cuerpo, manifestando este gozo exterior por el buen ejemplo que debeis dar, por la paciencia que debeis tener, por la fortaleza que teneis un deber de mostrar, por la esperanza del premio y de la gloria que os espera, porque vuestra paga no será como la de los demas, sino que será *copiosa*, mucho mas que proporcionada en los Cielos. Mucha será, para compensar la paciencia de los que padecen en la tierra. Esta paga, *es grande: es mucha: es preciosa: es duradera*. Tan grande, que no puede comprenderse: tan mucha, que no puede numerarse: tan preciosa, que no puede ponerse precio: y tan duradera, que no ha de tener fin. Esta paga será tanto mas abundante, cuanto mas brillase la fé, el gozo y el contento, en medio de las tribulaciones; porque Dios no tanto estima y premia la cantidad ó número de los trabajos, cuanto la cualidad de ellos, el modo con que sufren, y la raiz de donde nacen.

Desgraciados, empero, nosotros nos engañamos con mucha frecuencia, y nos dejamos engañar: nos gozamos y alegramos cuando

(1) Div. Hieronim. in cap. 5. Math.
TOMO II.

nos vienen viento en popa todos los negocios de la tierra, y cuando el vulgo necio, falaz y engañador nos adula y lisongea; siendo así que entonces deberíamos llorar mas y entristecernos, por ser mayores los peligros que nos rodean entre las prosperidades, que en el seno de las desgracias: mayores entre las alabanzas, que entre los vituperios y calumnias. Alegrémonos, pues, y regocijémonos con los Apóstoles, á quienes enseñó el Maestro Divino el gozo y el contento saludables, cuando les dijo que en las tribulaciones, calumnias y tormentos, debían alegrarse; para que nuestra recompensa y premio sea copiosa en el Cielo. No busquemos la gloria vana, y no nos entristeceremos cuando por Dios nos viesemos humillados y afrentados á la vista de los hombres: porque el que la gloria en el Cielo busca, no debe rehuir la afrenta en la tierra. Nunca serás feliz, dijo Séneca, aunque gentil (1), si alguna vez no se burlaron de tí, y no te insultaron las turbas. Si quieres ser dichoso, lo primero que has de aprender es á despreciar los desprecios. Insúltete el que quiera, pronuncie contra tí calumnias ó maldiciones, nada padecerás si eres virtuoso.

No se admiren, pues, ni se asusten, los que padecen persecuciones porque siguen á Cristo; no es esto nuevo ni desusado. Antes de Cristo las padecieron los Profetas. Vino Jesucristo al mundo, y las padeció El: las padecieron sus Apóstoles y Discípulos, las padecieron los mártires, y las padecerán todos los que quieren vivir virtuosamente con arreglo á la ley del mismo Señor (2), ó bien de los enemigos de la fé, ó bien de los malos cristianos, ó bien de nuestra misma concupiscencia. Cada día á las puertas de la Iglesia persigue Cain á Abel: Hismael á Isaac: Esaü á Jacob: esto es, el impío al justo: y si alguno no sufre persecucion de los estraños, tiene que sufrirla de los falsos hermanos: y como las persecuciones no cesan, nos es indispensablemente necesaria la paciencia, para alcanzar las divinas promesas. ¡Ay de aquellos que la pierden, porque pierden tambien la corona que por ella merecemos!

De estas ocho bienaventuranzas que pone San Mateo, San Lucas solo pone cuatro, pero es porque en las ocho se contienen las cuatro, y en estas tambien se comprenden las ocho (3): porque la mansedumbre y la paz se refieren á la paciencia; la limpieza del corazon á la pobreza de espíritu; y la misericordia á la sed de jus-

(1) Senec. Lib. De bonis moribus.

(2) Div. Paul. 2.^a ad Timoth. c. 3. v. 12.

(3) Div. Ambr. in cap. 6. Luc.

ticia. Y porque quiso incitar y llamar á los pueblos á la práctica de las virtudes con los premios que les proponia, quiso tambien apartarlos de los pecados, con la amenaza de los suplicios eternos. Ay, pues, de vosotros, ricos! no todos, empero, sino los que teneis aquí en la tierra, y gozais de los consuelos, gustos y gozos que apeteceis, abusando de las riquezas para los deleites de la vida: no tendreis la riqueza de mi amistad y gracia, ni en la presente, ni en la futura vida: y como antes habia dicho que el reino de los Cielos era de los pobres de espíritu, condena el afán y abuso de las riquezas, y demuestra que el que las ama y apetece, se enagena voluntariamente del reino de los Cielos, y se condena por su voluntad á oír de la boca del Supremo y rectísimo Juez en el dia del juicio: *Acuérdate hijo que ya recibiste los bienes en tu vida* (1). Como el mismo rico rabiara de hambre y sed eterna, los que en la vida se hartaron y glotonearon: por lo que dijo el venerable Beda (2): Si son bienaventurados aquellos que siempre tienen hambre y sed de justicia, por el contrario, han de ser infelices aquellos que pasando su vida en el goce y satisfaccion de sus deseos, se consideran bastante dichosos si nunca se ven privados de lo que apeteecen.

Ay de vosotros que ahora reis con desordenada y destemplada risa, y que injuriando os gozais con gozo vano: llorareis un dia lágrimas irremediables, por el dolor interior que padecereis en vuestro espíritu, y por el exterior que sufrireis en vuestro cuerpo: llorareis porque carecereis del sumo y mas estimable bien, y porque tendreis á la vista el sumo y eterno mal que habreis de padecer, los ardores sempiternos en que siempre debereis estar envueltos: *Alli será el llanto y el rechinar de dientes* (3).

Ay de vosotros cuando los hombres os alabaren y bendijeren, adulándoos y levantando ó ensalzando vuestra opinion y fama sobre todos los demas, dándoos tales aplausos que os hagan volver ciegos, inconsiderados y tan olvidadizos, que ni aun á vosotros mismos os conozcáis; ni tampoco tengais presente el sublime consejo de San Pablo (4): *Si yo pretendiese agradar á los hombres, no seria siervo de Cristo*: y mas desgraciados aun los que así alaban á los hombres, porque mas daña la lengua del adulador que la espada del perseguidor. El que adula á los que obran mal, pone una

(1) Luc. c. 6. v. 25.

(2) Ven. Bed. in cap. 6. Luc.

(3) Luc. c. 13. v. 28.

(4) Div. Paul. Ep. ad Galat. cap. 4. v. 10.

blanda almohada bajo la cabeza del que duerme, para que engreído con las alabanzas, duerma con mas sosiego sobre el borde del mas espantoso precipicio.

Si son, pues, bienaventurados los que por odio á Dios son maldecidos injustamente por los hombres, con razon han de ser considerados infelices los que tambien son bendecidos y adulados injustamente, porque por el mismo odio que á Dios tienen, los malvados los inciesan y adulan: no hay duda que es una grande ira y venganza del Señor, que falte al pecador la correccion ó el aviso, cuando le sobra la adulacion; porque con esta se duerme mas en la culpa y se hace digno de mayor pena. ¡Qué castigo! Y aun no tiemblan los hombres á su vista!

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que para enseñar á los hombres lo mas escelso y elevado de todas las virtudes, subiste con tus discípulos al monte, y allí les enseñastes las mas sublimes, y les prometiste el premio á cada una de ellas conveniente: concede á esta criatura frágil que oyendo tu voz procure adquirir el mérito por el ejercicio de aquellas, para despues conseguir el premio ayudado de tu misericordia. Haz que considerando la paga, no rehusé el trabajo por el que se me ofrece, sino que la esperanza de merecer la salud eterna, mitigue el dolor que me causa la presente medicina; y se inflame mi ánimo para emprender con alegría el trabajo. Aunque miserable, hazme ahora, Señor, bienaventurado con tu gracia, para que despues sea bienaventurado contigo eternamente en la gloria. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo está contenida en el V de San Mateo desde el versículo 1.º al 12, y en el VI de San Lucas desde el versículo 17 al 23, todos inclusive.

La Iglesia lo usa como propios en los dias y festividades siguientes: el de San Lucas en el dia 20 de enero, fiesta de los Santos Mártires Fabian y Sebastian.

El 10 de marzo, fiesta de los cuarenta Santos Mártires.

El 28 de setiembre, fiesta de los Santos Cosme y Damian.

En la vigilia de Todos los Santos, en la misa *Sapientiam* del comun de Mártires, y en otros varios dias.

Y el de San Mateo lo usa como propio del dia de Todos Santos, y en el comun de Mártires, lo tiene señalado para otros varios dias. Uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. V, vs. 1 al 23.

En aquel tiempo: viendo Jesus la mucha gente (*que le seguia*) subió á un monte, y habiéndose sentado se llegaron á El sus discípulos, y abriendo la boca les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos. Bienaventurados sereis cuando por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos porque es muy grande la recompensa que os espera en los Cielos.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Cap. VI, vs. 17 al 23.

En aquel tiempo: bajando Jesus del monte se paró en un llano con la compañía de sus discípulos y una grande muchedumbre de pueblo de toda Judea y Jerusalem, y de la marina de Tiro, y de Sidon, que habian venido á oírle, y para ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos, eran curados. Y toda la muchedumbre á porfía procuraba tocarle, porque de El salia una virtud que curaba á todos. Y elevando El los ojos hácia sus Discípulos decia: Bienaventurados, ó pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis. Bienaventurados sereis cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren (*de sus sinagogas*), y os injuriaren, y abominaren de vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día, y regocijaos, porque os está reservada en los Cielos una grande recompensa. (*Hasta aquí el Evangelio de las festividades citadas*).



CAPITULO III.

CONTINUACION DEL SERMON DE JESUCRISTO SOBRE LA MONTAÑA.

Habia echado ya Jesucristo los principales y mas sólidos cimientos para levantar la suntuosa fábrica del apostolado, exhortándoles á la paciencia, y al sufrimiento de las tribulaciones, y creyó muy justo perfeccionar esta grande obra haciéndoles ver por medio de escelentes y gratas comparaciones á qué grado de santidad queria que aspirasen, y hasta dónde les habia de conducir su celo por la salvacion de los pecadores. Comparólos á *la sal*, á *la luz*, á *la ciudad fortificada*, ó á *la fortaleza*, y á *la vela encendida y colocada sobre el candelero*. Las dos primeras de estas semejanzas ó comparaciones, se dicen como por afirmacion, las dos segundas como por negacion: aquellas manifiestan para lo que son enviados, esto es, para sazonar los afectos de la voluntad, y para iluminar el enten-

dimiento: y las otras indican lo que no han de hacer, esto es, esconder su persona, ó huir el cuerpo; y ocultar la doctrina divina que deben anunciar: *vosotros sois la sal de la tierra*. Vuestro empleo será en un todo igual al de la sal. La sal sazona las comidas: vosotros debéis sazonar de tal manera las costumbres y la fe de todas las criaturas con vuestra predicacion y ejemplos, que podáis presentarlas á mi Padre como un manjar sazonado y delicioso. La sal impide la corrupcion, y vosotros debéis preservar las almas de la corrupcion del pecado. Sal de la tierra debéis ser por la perfeccion de vuestra vida, con la que debéis perfeccionar la de los demas hombres, y condimentar el entendimiento de todos aquellos que todavia saben, ó tienen sabor de las cosas de la tierra. La sal esteriliza la tierra, y condimenta las comidas, seca las carnes, se hace del agua y del fuego, y se ofrece en todos los sacrificios: asi el ejemplo de la santidad mitigando las afecciones de la tierra, esteriliza y hace infecundo el corazon para lo malo: sazona y condimenta los santos deseos haciendo grata y sabrosa para el espíritu la práctica de la virtud: diseca la carne por medio de la mortificacion, y constriñendo los ímpetus de la liviandad preserva el entendimiento de la corrupcion: fórmase esta sal santa del agua de la devocion, y del fuego del amor, cociéndola en la hoguera de la penitencia: y se ofrece en la moderacion de todos los apetitos, y en la direccion de todas las buenas obras.

De esta suerte quiso el Señor instruir á sus Apóstoles para poderles decir despues: si vosotros por quien los pueblos deben ser ilustrados y fortalecidos en la fé, os llegais á esconder por el temor del trabajo, ó por huir la persecucion ó el martirio: si con una fuga vengonzosa os hicierais una sal insipida y fátua; ¿á quién se encargará instruir á los hombres para que sean preservados de la corrupcion? Si la sal, una vez que llega á perder su fuerza y buenas cualidades, para nada sirve sino es para arrojarla, y que la pisen cuantos pasan, ¿qué juicio tan terrible no os esperará á la presencia de Dios si por el temor de la persecucion dejais de hablar, si faltos de celo dejais de predicar, si amantes del reposo y codiciosos de la prosperidad, si hinchados y soberbios amantes de la gloria vana, ó poseidos de efectos carnales, ó seducidos por la negligencia ó la pereza, rehusais cumplir con vuestro ministerio? ¿Con qué sal se sazonará y perfeccionará entonces el pueblo siempre enfermizo y malo, si le falta la del buen ejemplo de la vida y doctrina de los pastores? Con esto prescribió Jesucristo á los Apóstoles, y en su persona á todos los prelados y doctores de

la Iglesia, la pureza de la doctrina, la integridad de la fé, la sabiduría, el celo, la prudencia, y la gracia en la predicacion del Evangelio; porque dicho estaba ya por el Espíritu Santo (1), que de la boca y labios de los varones justos manaria la sabiduría, y destilarian las gracias. Que la ciencia del sabio rebosaria por todas partes como una avenida de un caudaloso rio, y sus consejos serian como fuente perenne de vida: Que la boca del varon prudente se buscaria en las grandes asambleas, y que cada uno meditaria en su corazon las palabras que le oyese (2). Y por lo mismo decia San Pablo á los de Efeso. Asi El mismo (Jesucristo) á unos constituyó Apóstoles, á otros Profetas, á otros Evangelistas, y á otros Pastores y doctores: á fin de que trabajen en la perfeccion de los Santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo, hasta que arribemos todos á la unidad de una misma fé, y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros: por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aqui ó allá, de todos los vientos de opiniones humanas, por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza. . . . De vuestra boca no salga ningun discurso malo; sino los que sean buenos para la edificacion de la fé, que den gracia á los oyentes (3).

El mismo Apostol comprendió tan altamente, y con tanta claridad la importancia de este consejo evangélico dado por el Divino Maestro á sus Apóstoles, y á todos los Prelados de la Iglesia, Pastores, Maestros y Directores de las almas, que no titubeaba en repetirlo á cada paso. A los colosenses les decia: la palabra y doctrina de Cristo habite en vosotros abundantemente, tanto que os haga ricos en sabiduría (4). Conducios con prudencia, portaos sabiamente con los estraños, esto es, los que estan fuera del gremio de la iglesia: ganando y aprovechando la ocasion. Vuestra palabra y conversacion sea siempre con agrado y con gracia,azonado con sal, de manera que sepais como responder á cada uno como

(1) Prover. cap. 10. vs. 31. et 32.

(2) Eccli. cap. 22. vs. 16. et 20.

(3) Div. Paul. ad Efes. c. 4. vs. á 12. ad 12. et 29.

(4) Id. ad Colos. cap. 3. vs. 16.

conviene (1). A Timoteo le decia: Bien sabes que al irme á Macedonia te pedí que te quedases en Efeso , para que hicieses entender á ciertos sugetos que no enseñasen doctrina diferente de la nuestra, ni se ocupasen en fábulas y genealogías interminables: que son mas propias para escitar disputas que para formar por la fé el edificio de Dios. Pues el fin de los mandamientos es la caridad que nace de un corazon puro , de una buena conciencia, y de fé no fingida. De lo cual desviándose algunos han venido á dar en charlataneria , queriendo hacer de doctores de la ley , sin entender lo que hablan , ni lo que aseguran (2). El Espíritu Santo dice claramente, que en los venideros tiempos han de apostatar algunos de la fé , dando oidos á espíritus falaces , y á doctrinas diabólicas, enseñadas por impostores llenos de hipocresia, que tendrán la conciencia cauterizada de crímenes... Pórtate, pues, de manera que nadie te menosprecie por tu poca edad: has de ser dechado de los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en la fé, en la castidad. Entretanto que yo voy, aplícate á la lectura, á la exhortacion, y á la enseanza. No malogres la gracia que tienes, la cual se te dió en virtud de *particular revelacion*, por la imposicion de las manos de los presbíteros. Medita estas cosas , y ocúpate enteramente en ellas : de manera que vea todo el mundo tu aprovechamiento. Vela sobre tí mismo, y atiende á la enseñanza de la doctrina: insiste en estas cosas, porque haciendo esto te salvarás á tí, y tambien á los que te oyeren (3).

No eran menos eficaces y saludables las instrucciones ó consejos que en otro lugar le daba. Huye, le decia , de contiendas, de palabras; porque de nada sirven, sino para pervertir á los oyentes. Ponte en estado de comparecer delante de Dios, como un ministro digno de su aprobacion, que nada hace de que tenga motivo de avergonzarse, y que sabe dispensar bien la palabra de la verdad. Evita por tanto y ataja los profanos y vanos discursos de los seductores; porque contribuyen mucho á la impiedad; y la plática de estos cunde como la gangrena. . . . Por tanto huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fé, la caridad y la paz con aquellos que invocan al Señor con corazon limpio y puro. Evita las cuestiones necias, y que nada contribuyen á la instruccion; sabiendo que son un manantial de alteraciones. Al siervo de Dios no le conviene el altercar: sino ser manso con todos, propio para instruir,

(1) Id. Ibid. cap. 4. vs. 5. et 6.

(2) Id. ad Timoth, 1. cap. 1. vs. 3 ad 7.

(3) Id. Ibid. cap. 4. vs. 1. 2. 12. ad 16.

sufrido, que reprehenda con modesta dulzura á los que contradicen la verdad (1). Y á su otro discípulo Tito le decia tambien: tú has de enseñar cosas conformes á la sana doctrina: como que los ancianos sean sobrios, honestos, prudentes, constantes y puros en la fe, en la caridad, en la paciencia: que las ancianas sean de un porte ajustado y modesto, enseñando el pudor á las jóvenes para que amen á sus maridos, cuiden de sus hijos; y sean honestas, castas, sóbrias, cuidadosas de su casa, para que no se blasfeme de la palabra de Dios. Exhorta del mismo modo á los jóvenes á que sean sobrios. En todas cosas muéstrate dechado de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de costumbres, en la gravedad de tu conducta, en la predicacion de la doctrina sana, é irrepreensible; para quien es contrario, se confunda, no teniendo mal ninguno que decir de nosotros (2).

No fue solo San Pablo el que comprendió que solo así sus discípulos y los demas Pastores y Prelados de la Iglesia serian la sal de la tierra, y que conservando como sal verdadera el sabor de la doctrina sana y santa, lo comunicarian á los fieles, sino que así lo pensaron, y creyeron tambien todos los padres y doctores, que vinieron despues de aquel grande Apóstol y doctor de las gentes. El Concilio Cartaginense tercero, mandó, que los obispos y los clérigos fuesen todos instruidos antes de su consagracion de las resoluciones y decretos de los Santos Concilios, no fuese cosa que tuviesen despues que arrepintirse, y hacer penitencia por haber dicho ó enseñado alguna cosa contra los estatutos y cánones conciliares (3). El Toledano cuarto, mandó que todos los Sacerdotes supiesen los sagrados cánones para que pudiesen edificar á todos tanto en la ciencia de la fe, cuanto en la de la disciplina, y buenas costumbres (4). Y lo mismo determinaron antes y despues de estos muchos concilios, y entre ellos es muy digno de notarse el Niceno egundo.

El Grande Julio I decia á los obispos del Oriente (1): No os equivoqueis, no erreis, hermanos míos carísimos, no os dejéis llevar de doctrinas nuevas y estrañas. Ahí teneis á vuestra vista las instituciones de los Apóstoles y de los varones apostólicos: gozaos en

(1) Id. Ep. 2.^a ad Timoth. cap. 2. per tot.

(2) Id. Ep. ad Tit. cap. 2. per tot.

(3) Concil. Carto. III. ann. 397. cap. 3. Refertur can. 7. distin. 38.

(4) Concil. Toletan. IV. ann. 633. cap. 25. Refert. can. 4. distin. 38.

(5) Julius I. Pap. Ad Episcop. Orient. Ep. 1.^a ann. 337.

ellas, rodeaos de ellas, deleitaos con ellas y armaos con ellas; para que con ellas pertrechados, rodeados, fortalecidos con la alegría santa y armados, podais resistir los tiros de todos los enemigos de la fe, haciendo que esta siempre prevalezca y triunfe. Lo mismo repitió treinta y siete años despues San Dámaso Papa, y añadió: que los que voluntariamente violaban los sagrados cánones ó los ignoraban, eran juzgados gravemente por los Santos Padres y condenados por el Espíritu Santo, por cuya inspiracion aquellos se habian formado (1). Lo mismo repitió otra vez á San Próspero obispo (2). Y casi lo mismo, y con las mismas palabras San Leon Papa á todos los obispos de Sicilia (3), y San Celestino tambien Papa á todos los de la Apulia y Calabria (4).

No sin fundamento habian escrito y pensado asi Padres tan grandes y doctores tan eminentes, puesto que el mismo Dios, antes que dijese á los Apóstoles por boca de su unigénito Hijo, *Vosotros sois la sal de la tierra*, al describir á Moises el *Racional* y el *Ephod* que habia de vestir el Sumo Sacerdote, ya le habia mandado, que, *En el mismo Racional del juicio se escribiesen estas dos palabras, DOCTRINA y VERDAD, las cuales Aaron habia de llevar sobre su pecho cuando se presentase delante del Señor* (5): lo que como observa San Agustin (6), y con él otros muchos padres y doctores, no era sino un recuerdo al Sumo Sacerdote de las dos principales cualidades que debian adornar su alma, para que fuese la verdadera sal que formase el pueblo del Señor segun el gusto de su Magestad Divina. Y como si todo esto le pareciese poco, mandó otra vez á Aaron, que ni él ni sus hijos bebiesen vino, ni otro licor ó bebida que pudiera embriagar cuando entrasen en el tabernáculo del testimonio, bajo la pena de muerte: asi por ser este un precepto perpetuo para su posteridad, como para que tuviesen conocimiento para discernir entre lo santo y lo profano, lo puro y lo impuro, y enseñar á los hijos de Israel todas las leyes que les habia intimado por medio de Moises (7). Por último, cuando por boca de Oseas intimó á Israel los castigos que habian de venir sobre él, y

(1) S. Damas. Pap. ann. 374. Refert. can. 5. n. 25. q. 1.

(2) Id. Ep. 4. ad Prosper. Episcop.

(3) S. Leo. I. ad Episcop. Siciliae. ep. 4. Cap. 6.

(4) S. Celestin. Univer. Episcop. per Apul. et Calabri. constitut. ep. 5.

(5) Exod. cap. 28. v. 30.

(6) Div. August. in Exod. Quæst. 117.

(7) Levit. cap. 10. vers. 9. 10. et 11.

los motivos porque habia de castigarle, le dijo: Tú, oh Israel, perecerás hoy, y perecerán contigo tus profetas (ó sacerdotes): en la noche obligaré á tu madre (la nacion judáica), á que guarde un profundo silencio. Quedó mi pueblo sin habla porque se hallaba falto de la ciencia de la salud. Por haber desechado tú la ciencia, Yo te desecharé á tí, para que no ejerzas mi sacerdocio; y pues olvidaste la ley de tu Dios, Yo tambien me olvidaré de tus hijos (1).

Con esta claridad dieron á entender, Dios en la Antigua ley, y su Hijo unigénito Jesucristo, Redentor y Salvador nuestro en la Nueva, de qué modo los Apóstoles y sus sucesores habian de ser la sal de la tierra, y cómo habian de sazonar y condimentar con la predicacion de la divina palabra, amenazando á los unos y á los otros, si por negligencia, pereza ó descuido dejaban de cumplir con las obligaciones de su ministerio; ó por veleidad, capricho ó desprecio de la ley santa del Señor, y de los ministros que la anuncian, no querian los otros cumplirla.

Por todas estas razones los llamó tambien luz del mundo, esto es, de los hombres que estan en el mundo por la enseñanza de la doctrina, con la que deben iluminar á los ignorantes en las cosas que deben creer y hacer. Asi como el sol y la luna iluminan los ojos del cuerpo, asi los Apóstoles y doctores iluminan los del entendimiento. Antes que enseñar bien, es preciso aprender bien; y como para aprender bien es indispensable vivir bien, y el que vive bien, enseña, edifica, y preserva con su buen ejemplo; por esto despues que los llamó sal de la tierra indicándoles la santidad de su vida, les apellidó tambien luz del mundo: sal, por el buen ejemplo de su vida, y luz por la buena enseñanza de su doctrina. Sabia bien el Señor no habian de faltarle siervos que lejos del bullicio del mundo, sin esplendor ni ruido, se habian de santificar en el retiro, y servirle en el silencio y en la soledad; pero no queria que sus Apóstoles fuesen de este número, y sí que fuesen la luz del mundo. De Jesucristo nos dice San Juan, que era la luz verdadera, que ilumina todo hombre que viene á este mundo; y El mismo nos asegura que es la luz del mundo, y que el que le sigue no camina entre tinieblas; por esto cuando dice á sus Apóstoles vosotros sois la luz del mundo, es preciso entender que hay tres especies de luz: la una *no iluminada*, sino *iluminante*: la otra *iluminada é iluminante*, y la tercera *no iluminante y sí iluminada*. La primera es la luz de Dios que no recibe claridad ni resplandor de nadie, y á todos

(1) Osee cap. 4. vers. 5. et 6.

ilumina. La segunda es la de los Apóstoles, y de los prelados y doctores de la Iglesia, que es iluminada por la sabiduría de Dios, é iluminante por los rayos de doctrina que esparce: y la tercera es la de la virtud de los justos y sencillos de corazon, que no es iluminante, sino iluminada por la claridad de Dios. La primera es la claridad del sol, la segunda la de la luna, la tercera la de las estrellas. Comparándose, pues, la luz de los Apóstoles y prelados de la Iglesia, á la de la luna que ilumina y luce por la noche, se da á entender que su luz debe ahuyentar las tinieblas de la ignorancia y del pecado, con sus instrucciones y reprensiones públicas á los pecadores, y con la edificacion ejemplar de sus virtudes.

Atendiendo á estas misteriosas significaciones, que aunque no podian ser enteramente ocultas, podian muy bien no ser perfectamente comprendidas, les añadió el Señor: Considerad que una ciudad puesta sobre un monte se ve desde muy lejos, y no puede en manera alguna ocultarse. Yo os elevo sobre todos los demas hombres, no para ocultaros á su vista, sino para que luzcais y brilléis á su presencia como las estrellas en el firmamento: la lámpara no se enciende para esconderla bajo el celemin, sino para colocarla sobre el candelero para que ilumine á todos los que estan en la habitacion. Asi es como la luz de vuestras buenas obras ha de brillar y resplandecer á los ojos de los hombres, para que estos den la gloria á vuestro Padre que está en los Cielos, como al autor de todo bien. Mas aprovechan y edifican al prójimo las buenas obras y ejemplos, que las palabras y doctrinas; porque es mayor el resplandor de las obras que el de las palabras. El que solo habla y no obra, predica á lo mas una hora en una semana; y el que predica con las obras y los ejemplos predica por el dia y por la noche, y en todo tiempo y hora: por esto, de los justos que se purificaron como el oro en el crisol por medio de las tribulaciones, y tormentos, dejó escrito el sabio: (1): Brillarán como el sol, y volarán de una á otra parte como centellas que corren por un cañaveral. Asi es que notó San Ambrosio (2), que enseñar con las palabras solamente, y no con las obras, es una pura vanidad, y aprovecha muy poco. Y San Bernardo tambien dijo (3): Lengua habladora, y mano vacia y ociosa; grande erudicion y doctrina, y vida estéril de buenas obras, es una monstruosidad. Deben lucir con sus buenas obras y

(1) Sap. c. 3. v. 7.

(2) Div. Ambros. lib. 53. Moral. cap. 4.

(3) Div. Bernard. serm. De Custodia linguæ.

ejemplos, buscando como fin principal de todos ellos la gloria y alabanza de Dios, y no la suya propia y la edificacion del prójimo: el que á la vista de las buenas obras que en Dios, y por Dios se hacen, glorificará tambien al Señor, autor y consumidor de todo lo bueno.

Bien conocidas eran del Salvador las innumerables dificultades que habian de encontrar los fundadores de su Iglesia, y primeros predicadores de su religion, para precisar á los soberbios y obstinados sectarios del judaismo, á que abrazasen los dogmas de su Evangelio, y los confesasen sin rubor á vista de los Magistrados y Príncipes della Sinagoga, con el fin de establecer un culto digno de Dios sobre la tierra; y por esto les dijo: Bienaventurados los que padecen por la justicia, asegurándoles que los trabajos, persecuciones y tormentos sufridos por este motivo, les labraba su corona en el Cielo. Pero no era menos dificultoso tambien asegurar la esperanza del triunfo en los combates, en el corazon de unos hombres naturalmente flacos y tímidos, sabiendo que habian de lidiar con armas muy desiguales en su concepto, contra el furor de un pueblo fanatizado por la envidia de sus pretendidos maestros: contra los dogmatizantes de las escuelas judáicas; contra la altivez orgullosa de los escribas, y contra la feroz venganza de la Sinagoga; puesto que habian de predicar y enseñar contra las falsas interpretaciones que ellos daban á la ley, alterando enteramente su sentido, y corrompiendo su moral: y por esto les añadió el Salvador: No penseis que he venido á destruir ó quebrantar la ley y la doctrina de los Profetas. No. Yo he venido para darla su debido complemento.

En verdad: todas las cosas que se escribieron en la Antigua Ley no eran mas que el tipo y la figura de las que habian de verificarse en la Nueva, y por esto dijo San Agustin (1), que esta espresion del Señor tenia dos sentidos. Dar complemento á una ley puede ser añadir alguna cosa que le falte, ó puede ser tambien cumplir lo que en ella se previene. El Señor, pues, no quebrantó la que habia hallado, sino que la perfeccionó; añadiéndole lo que la faltaba; y confirmó, dándole la sancion mas esplicita con su obediencia: sin embargo es preciso advertir, que en la ley de Moisés habia muchas cosas invariables y permanentes, y que los hombres en manera alguna podian alterar; y aludiendo á esto dijo su Magstad Divina, que habia venido para cumplirlas. Encerraba aque-

(1) Div. Aug. lib. I. De Serm. Dom. c. 14.

la ley una multitud de preceptos divinos sobre los que estribaban los principios de la mas santa, pura y perfecta moralidad; y no era posible que el autor y legislador Supremo de la moral mas austera y sublime, viniese á quebrantarlos. Comprendia ademas los preceptos especiales de una religion admirable, por cuya observancia y práctica se acercaba el hombre á la Divinidad, y conocia desde luego la necesidad de un culto público mediante el que formaba el empeño de adorar á Dios, y de guardar con sus semejantes todas las consideraciones que la caridad le prescribe, que la humanidad le manda, y la sociedad le ordena; y luego se sentia interiormente compensado, viendo desplegarse en beneficio suyo los empeños mas grandiosos de la providencia de Dios: y asi pudo decir muy bien el Salvador á sus Apóstoles: *No penseis que he venido á destruir la ley, ni á derogar los oráculos de los Profetas.*

Dos conceptos tenia tambien esta segunda espresion de Jesus. Los Profetas debian considerarse como órganos del Espíritu Santo anunciando los sucesos futuros, y una gran parte de ellos habian tenido su complemento en la venida del Salvador al mundo: estos, pues, ya no podian derogarse, y los que faltaban debian necesariamente cumplirse. Y podian ser considerados como los ministros del Señor, enviados é ilustrados por Dios para renovar la memoria de su ley, restaurar el vigor de su observancia, y detener el curso de las prevaricaciones de Israel. En este concepto pudo asegurar el Salvador que venia tambien para darles el complemento perfeccionando la predicacion de aquellos, confirmándola con la sancion infalible de su eterna verdad, y con la multitud de portentos que obraba. Asi unió en su discurso la ley y los Profetas, y como un precepto esplicito de la ley, y como una confirmacion espresa de su doctrina con la de los Profetas, predicaba la justicia y la caridad, y hacia de estas dos grandes virtudes todo el móvil de sus obras y doctrina: asegurando despues á sus propios Apóstoles y Discípulos, que en la observancia de estos dos preceptos se encerraba toda la sustancia de la ley y los Profetas; y que cuanto en ellos estaba escrito, hasta *una jota y una tilde*, subsistiria bajo el yugo suavísimo de la nueva ley del Evangelio.

No hay duda que para llevar Dios á cabo la ejecucion de sus designios eternos en beneficio y favor de los hombres, y conservar un depósito de verdades sagradas en medio de las tinieblas y de la corrupcion universal del género humano, se habia valido de la ley que dió á su pueblo por mano de Moisés, la que de cuando en cuando se dignaba confirmar por medio de los Profetas; pero como le

parecia poco haber provisto solamente á las necesidades de Israel, conduciéndole como de la mano por entre repetidos milagros, quiso que así aquella, como estos, no fuesen sino como el preludio y la figura de la grande obra de misericordia que meditaba á favor de todos los hijos de los hombres: y mientras pasaban los siglos que debian transcurrir antes que ella se verificase, la marcaba con señales que no pudiesen ser desconocidas, y consolaba á la tierra con la continuacion de las promesas del remedio: se habia hecho anunciar como una luz que iluminaria los pueblos que gemian entre las tinieblas de la muerte, y era efectivamente la luz del mundo por su doctrina, por sus milagros, y por el modelo bellísimo de sus virtudes; todo lo que consignado en el Evangelio, le hace aparecer como el código sagrado del cristianismo, la regla inviolable de la Fé, de la moral, y del culto interior y exterior que á Dios debemos. En esta inteligencia continuaba el Maestro Divino su discurso, y asceraba á sus Apóstoles y Discípulos que mientras subsistan el Cielo y la tierra, mientras haya hombres sujetos á Dios por las obligaciones de su religion santa y augusta, todos los preceptos de su ley que no recaigan sobre puras ceremonias legales, figurativas y pasajeras, se mantendrán en su vigor, y no admitirán dispensacion: porque la ley de Dios es el vínculo que liga á todos los hombres, es inviolable y su duracion es eterna.

Pero es forzoso advertir que Jesucristo dijo, que todas las cosas que estaban escritas en la ley y los Profetas debian cumplirse con tanta exactitud, que á su cumplimiento no habia de faltar ni una jota ni una tilde de ella, *hasta que todo estuviere cumplido*: y en verdad que habiendo nacido su Magestad como hijo de Judá, se sujetó de tal manera á la ley de Moisés, que desde su infancia hasta su muerte no se dispensó siquiera ni una de las ceremonias al parecer mas insignificantes de la ley; y por consiguiente mucho menos sus preceptos: se circuncidó, se abstuvo de todas las viandas prohibidas, celebró los sábados y todas las fiestas, y un poco antes de morir celebró tambien la Pascua con todos los ritos prescritos para esta solemnidad: así fue que cuando en el dia de su Pasion se buscaron testigos falsos que le acusasen, no se encontró siquiera uno que declarase haber predicado contra la ley, ni haber adoptado alguno de los ritos de las naciones estrañas: por esto podia añadirles como les añadia: hasta los preceptos mas mínimos de la ley han de observarse: el que violase ó quebrantase el mas pequeño de ellos, y enseñase á los hombres á hacer lo mismo, con el pretesto de que son pequeños, él será tambien el mas pequeño

en el reino de los cielos; mas el que los guardare y enseñare á los hombres á guardarlos, será grande, y reputado y tenido por tal en el reino de los cielos; que fue lo mismo que decir: El que quebrantare algo de lo que en la ley se reputa por menor, ó menos obligatorio, ó que él juzga por no tan grave; y no guardándola toda enseñare á los demas, y les estimulare de palabra á que la guarden: ese será menor en la Iglesia militante, significada aqui (1) por el reino de los cielos, ó en la venida gloriosa de Cristo cuando venga á tomar posesion de su reino.

Espantoso es seguramente este castigo mirado con los ojos de la fé, siempre atenta á la constante duracion de la eternidad: tanto como es consoladora la promesa que en seguida les hace: El que hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos. Dos cosas cual mas grata y acepta á los ojos de Dios: *Hacer y enseñar*: á cada una de ellas ha hecho el Señor en particular grandes promesas: y los prelados y ministros del Altísimo que llegasen á reunir en sí la una y la otra, no hay duda que merecerán grande premio. Vela sobre tí mismo, y atiende á la enseñanza de la doctrina, decia San Pablo á Timoteo (2); insiste y sé diligente en estas cosas. Porque haciendo esto te salvarás á tí, y tambien á los que te oyeron. Cuando Job describe su antigua felicidad no deja de hablar de sus discursos, y de los saludables efectos que producian sus consejos en todos los que los escuchaban. Cuando yo salia, dice, á las puertas de la ciudad, ó al lugar donde se purgaban los hombres, me disponian en la plaza un asiento distinguido. En viéndome los jóvenes se retiraban por el respeto que me tenian, y los ancianos se levantaban y mantenian en pie. Los príncipes no osaban hablar los capitanes, y con la lengua pegada al paladar. Bienaventurado me llamaba todo el que oia mis palabras, y decia bien de mí cualquiera que me miraba; pues yo habia librado al pobre que no tenia defensor, y al huérfano que clamaba por socorro. Me llenaba de bendiciones el que hubiera perecido sin mi auxilio, y yo confortaba el corazon de la viuda desconsolada. Porque siempre me revestí de justicia, y mi equidad me ha servido como de régio manto y diadema..... Los que me escuchaban estaban aguardando mi parecer, y atendian silenciosos mi consejo: ni una palabra se atrevian á añadir á las mias; y como rocío, asi caian sobre ellos

(1) Div. August. lib. De Civit. Dei. Cap. 9.

(2) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Timoth. cap. 4. v. 16.

mis discursos. Aguardábanme como á la lluvia los campos, y abrian su boca como hace la tierra seca á las aguas tardias del otoño (1). Decia, y hacia : enseñaba en su doctrina y ejemplos, y aspiraba por este camino á ser grande en el reino de los cielos. Digno ejemplo para los prelados virtuosos, y para los ministros santos del Evangelio.

Esta perfeccion de vida tan ardientemente recomendada en este pasage del Evangelio, y que se requiere en los prelados para que sus súbditos tomen el ejemplo y se edifiquen, y den gloria á Dios, es la que obligó á muchos Santos á mirar con espanto la dignidad episcopal, y cualquiera otro oficio de la misma naturaleza. No tengo por siervo perfecto de Jesucristo, decia San Gregorio Nacianceno (2), al que con ánimo alegre desea ser cabeza de la Iglesia... Grande ganancia puede hacer un prelado, mas es tan temible su riesgo, que quiero mas ser monge pobre y vivir en un rincon. Gocen los demas de sus honras, de sus pompas y trofeos; tengan muchos criados á quien mandar, mucha riqueza y ornato de casa que mirar; que yo harto tendré que mirar en mí. Esperen los demas espaciosas mansiones en el cielo, que á mí un rinconcillo me basta. Bajeza de ánimo parece, pero yo le escojo por vivir mas seguro, y estar mas lejos del peligro que trae consigo la dignidad. Palabras dignas de tan gran doctor; porque seguramente no merece el nombre de prelado, ni el de operario evangélico, el que edifica con una mano, y destruye con otra; y asi son los que pretenden edificar con su doctrina, y con sus obras convidan á la relajacion; edifican con una aparente humildad, y destruyen con su soberbia. El que hace, dice San Crisóstomo (3), aunque calle, corrige á muchos con su ejemplo; pero el que enseña y no hace, sobre no corregir á nadie, escandaliza á muchos. Por el contrario, el que enseña, y hace lo que enseña; el que con la boca y con la mano, es decir, con la predicacion y el ejemplo, atrae miembros vivos al cuerpo de la Iglesia; el que es igual en el consejo y en las costumbres, tomando para sí, y haciendo lo que predica á los otros, este será llamado grande en el reino de Dios; siendo acá escuchado y seguido como caudillo y doctor del pueblo cristiano, y en la corte celestial honrado y gallardonado como siervo fiel, que con los pocos talentos que se le entregaron, acrecentó el caudal que el gran Padre de familias le habia confiado.

(1) Job. cap. 29. per tot.

(2) Div. Greger. Naz. Apot. cap. 1. et 2.

(3) Div. Crisostom. Oper. imperf. in Math. Hom. 40.

Terrible cargo, dice San Gregorio el Grande (1), espera á aquellos que dicen y no hacen: porque es preciso se desprecie la predicacion de aquel cuya vida se condenó en público de antemano. ¡Oh! ¿Cuántos hay en el día de hoy en la Iglesia de Dios tan estrechamente pequeños y mínimos, y que sin embargo quieren ser y parecer muy grandes? Consiguiente es, pues, que sea mínimo en el reino de los cielos, cual es la Iglesia militante, y que no entre en el reino de los cielos, cual es la Iglesia triunfante, el que enseñando lo que quebranta, no puede pertenecer á la sociedad de aquellos que hacen lo que enseñan, y continuamente repiten (2). A cuyo propósito dice tambien San Crisóstomo (3), enseñar y no hacer, no solo no acarrea ningun provecho, sino que causa un grandísimo daño. Grande condenacion espera al que pone gran cuidado en pulir y limar sus discursos, y descuidan el arreglo de su vida, y la justicia de sus obras. Otros hay empero que viven bien, y enseñan bien, y de estos es precisamente de quienes se dice, *el que hiciere, y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.*

Avanzó en seguida Jesucristo su discurso, y previno sabia y oportunamente la contestacion que pudieran darle sus Apóstoles representándole la conducta de los escribas y fariseos; y les añadió: Que El no se contentaba con el sencillo cumplimiento de la ley, y con que no se quebrantase; sino que era necesario se cumpliese superabundantemente, y que la virtud y la justicia de sus seguidores fuese mucho mayor que la de los escribas y fariseos que decian, y no hacian; y El queria que los suyos enseñasen é hiciesen, porque para conseguir la salvacion eterna no basta la buena doctrina; es indispensable la buena vida: lo que fue lo mismo que decirles: os miraré como indignos de la eleccion que he hecho de vosotros, y lejos de ser fundadores y príncipes de mi Iglesia, ni aun merecereis ser del número de sus miembros é individuos, y de entrar en el reino celestial. Apóstoles y discípulos míos, constituidos maestros y doctores del pueblo fiel, debeis ser sus verdaderos guías; á vosotros deben seguir: por esto al proponerles los artículos de la ley les dijo: debeis ser sencillos y exactos: clara vuestra esplicacion, y tan fácil de comprehender, que en vuestras obras y ejemplo tengan siempre una leccion práctica que imitar: asi vuestra justicia será mas perfecta y escelente que la de los escri-

(1) Div. Gregor. Hom. 3. in Ezechielem.

(2) Div. Augustin. lib. 1.º De Sermon. Domini in mont. cap. 16.

(3) Criv. Crisostom. Hom. 16. in Math.

bas y fariseos, que siempre adulteran el Testamento Santo de la ley con esplicaciones caprichosas acomodadas á los vicios y pasiones que les dominan.

San Gerónimo dice (1), que todas las especies de virtud se comprenden en esta palabra *justicia*, y que por esto la usó el Señor en esta ocasion, para dar á entender á sus Apóstoles que no les bastaba poseer una ú otra virtud; porque como príncipes de la Iglesia debían poseerlas todas: y que fija entonces la atencion del Divino Maestro en la observancia de todos los preceptos del decálogo á la que queria que indujesen todos los hombres, les declaró las verdaderas intenciones de los judíos, y los errores en que se precipitaban, condenándolos á todos con su declaracion, circunscribiéndola á un precepto.

Era doctrina corriente entre los judíos, que por los preceptos negativos del Decálogo se prohibían solamente los actos exteriores con que se quebrantaban, pero no los movimientos y actos interiores de la voluntad y el ánimo; y así concluían que los actos malos de la voluntad no eran pecado si no llegaban á tener su efecto: y que por este precepto *no matarás*, lo único que se prohibía, era el acto, ó hecho de matar; no el deseo, ó el propósito de dar la muerte: por lo mismo, al querer Jesucristo refutar y destruir completamente una esposicion tan contraria al espíritu de mansedumbre y caridad que se encierra en la misma ley, queria que su pensamiento brillase de un modo sobresaliente en el Evangelio, y exigía en sus discípulos mayor perfeccion y justicia que en los escribas y fariseos, hombres de corazón duro, y que estaban muy lejos de la justicia. Exigia en ellos aquella inocencia en las obras y limpieza en el corazón que es la verdadera justicia, según dice David (2); y que como discípulos suyos tuviesen mayor santidad que los maestros más justificados del antiguo Testamento. Y sobre todo exigía en ellos la guarda y custodia espiritual de la ley, y que no fuesen como los judíos que la guardaban casualmente en razón de la dureza de su corazón: que lo enseñasen así con su doctrina y ejemplos, porque los cristianos que no viviesen según el espíritu de la ley manifestado claramente en el Evangelio, no conseguirán el premio prometido en él, que es el reino de los cielos: ni en la Iglesia militante los contará Dios en el número de sus escogidos, ni en la triunfante en el de los bienaventurados. Tal es la alteza y sublimidad de

(1) Div. Hieronim. in cap. 56. in Isaiam.

(2) Psal. 44. v. 3.

la perfeccion de la ley evangélica, y el modo con que quiere el Salvador que la guarden sus Apóstoles y discípulos, y todos los que se honran con el nombre de cristianos.

Como Su Magestad penetraba el corazon de los hombres, y no ignoraba lo que pasaba en el de los escribas y fariseos, coneretó muy particularme su doctrina á ley del homicidio, que tan malamente aquellos expositaban, y dijo á sus Apóstoles: *Habeis oido que fue dicho á los antiguos: no matarás, y cualquiera que matarè, merecerá ser condenado por el juicio: pues sabed, que Yo soy Hijo de Dios, y que como á tal estoy en el pecho de Dios, y sé toda su voluntad; Yo tengo una autoridad igual á la de mi Padre; Yo que soy la Sabiduria de Dios, dador de toda la ley á quien toca interpretar su letra, y mostrar su espíritu; Yo os digo, que puesto que los homicidios suelen nacer de ira ó enojo interior escondido en el pecho, ó manifestado con palabras injuriosas; cualquiera que se enfureciese contra su hermano, merecerá ser condenado por el juicio: esto es, será tratado en el juicio de Dios como lo son los homicidas en el de los hombres segun el rigor de la ley; siendo cierto que para Dios es verdadero homicida el que llega á aborrecer á su prójimo. Asi siguiendo el órden de los tribunales de la tierra, en los que se determinan mayores ó menores penas segun la gravedad de los delitos, hizo el Salvador el juicio comparativo de los diversos grados de ira y de odio contra el prójimo, y de los castigos que por cada uno de ellos respectivamente se merecia.*

Cualquiera pues, continuó el Soberano Maestro, que no refrenando como debe la pasion de la ira se propase á manifestar su rencor con el semblante, ó con la voz, ó con alguna otra señal que indique la indignacion del ánimo, y tratase á su hermano de un modo injurioso, llamándole con desprecio hombre vil, ó le dijese algun dichterio insultante, como *raka*, merecerá ser condenado por el concilio (1); esto es, por el tribunal de los ancianos, que vituperarán semejante denuesto, pues con él manifestó á los circunstantes el esceso del furor de que estaba poseido; y contra él se determinará tambien en el tribunal del Soberano Juez.

Si alguno en fin que no tenga derecho para reprehender, ni aun para corregir, sin necesidad de mantener los derechos de Dios, sin

(1) La palabra *raka* usada entre los hebreos, es propriamente siriaa: carecia de significacion particular, y denotaba un desprecio injurioso del prójimo, que solia expresarse mas con la accion de escupir al suelo.

obligacion de reparar su gloria, y solo por aborrecimiento y ultraje tratarse á su hermano de loco, de insensato, ú otro nombre que segun la costumbre de cada provincia se tenga por afrentoso é infame, *este merecerá ser condenado al fuego del infierno*; como hombre que atendida la flaqueza humana, dió bastante ocasion para que sucediese rencilla sangrienta, y homicidio. El Señor pronunció la palabra *gehenna*, que denotaba el valle de *Heñnon* donde los malos quemaban á sus hijos para sacrificio de *Moloc*, el que era imagen del infierno, como asegura San Gerónimo. ¡Juicio terrible! Espantoso castigo! Que se llevará á debido efecto contra tanto verdadero insensato, que so pretexto de la vindicacion y defensa de un honor mal entendido, y quizás de una frusleria vana, no solo pronuncia denuestos, vomita imprecaciones, y amontona palabras injuriosas sobre la cabeza de su prógimo; sino que conservando en su corazon un odio feroz, una ira implacable, y la mas rabiosa venganza, provoca el desafio, intenta el homicidio, y no se da por satisfecho si no lo consigue. ¡Ah! La iniquidad y la injusticia del mundo podrán prevalecer algun tiempo, y hacer que las pasiones feroces salgan á la defensa de la ira; pero llegará el dia de la venganza del Señor, y su justicia y verdad condenarán sin remedio la seduccion y ceguedad voluntaria de los hombres, premiando para siempre la mansedumbre, la paciencia, y la caridad.

Asi instruyó perfectamente el Salvador á sus discípulos sobre la prohibicion del homicidio, sobre el deber de reprimir los movimientos de la ira, y sobre los deberes y derechos recíprocos de unos hombres para con los otros: para que despues lo enseñasen ellos á todas las gentes, no como una doctrina nueva, sino es como verdadera inteligencia y estension de la legítima ley; asegurando por este medio la vida de todos, que siempre hubiera quedado espuesta sin una tan formal prohibicion, y sin la intimacion de tan terribles castigos.

Pero entraba aun en el cálculo previsor de la Sabiduría infinita de Dios no solo condenar el homicidio, y obstruir todos los medios ó caminos de llegar á él; sino el de curar tambien el estrago que la venganza y la ira pudieran haber abierto en el corazon de la criatura: por esto les añadió: *Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano, y despues volverás á presentar tu ofrenda*: que fue lo mismo que decirles: Ya os he enseñado cuanto os interesa que no tengais ira ni rencor con nadie, ni deis ocasion á que con vosotros se tenga: pero si alguna vez os sedujese la malicia, si un desquido criminal os arrastrase á la

venganza, y dieseis con ello ocasion á la rencilla ó á la queja contra vosotros, y se enfureciere vuestro hermano; sabed, que no aceptará Dios ningun sacrificio ni ofrenda vuestra, hasta que reanimados con el espíritu de la caridad, y de la paz, ofrezcais á Dios vuestros dones, que le serán entonces mas aceptos, por cuanto irán acompañados con el sacrificio interior de la abnegacion de la propia voluntad, que debe preferirse á todas las víctimas: si asi no lo hicieris no aceptará Dios vuestra ofrenda, perdereis el tiempo y la víctima, y nada bastará á reconciliaros con el Señor, si no precede antes la reconciliacion con el prógimo.

Lamentable desgracia es que los hombres se obstinen en no querer conocer la importancia de las verdades sublimes que el Salvador nos enseña: no dice el Maestro, *si tú tienes algo contra tu hermano*, sino, *si tu hermano tiene algo contra tí*: si tiene motivo de queja por haberle tú ofendido: porque si tú eres el ofendido, no es necesario vayas á reconciliarte con el ofensor, porque entonces bastará el sacrificio interior de tu corazon, el acto heroico de la caridad; rogar á Dios por los enemigos y ofensores, y pedir por ellos perdon á Dios (1): y sobre todo nótese bien cuanta es la solicitud amorosa de Dios para que reine la paz y la concordia entre los hombres, cuando tan encarecidamente nos manda que la busquemos, y con tanta claridad nos da á entender que sin ella le es abominable nuestro sacrificio. Sea cual fuere la ocupacion del hombre, nunca será tan grande como el llenar los deberes de gratitud, de reconocimiento, de accion de gracias, y de humillacion á la presencia de Dios, para merecer sus misericordias; y si Dios mismo se da por contento de que el sacrificio, que á este fin se le ofrezca, se interrumpa y deje para que aquel vaya á reconciliarse con su enemigo, ¿quién podrá escusarse de verificar este acto de reconciliacion tan del gusto de Sn Magestad Divina, alegando los vanos y frívolos pretestos con que el mundo pretende enervar y destruir la fuerza de los preceptos del Señor? ¡Oh grandeza! ¡Oh escelencia! Oh elevacion incomprensible de la virtud de la caridad! Solo las lenguas angélicas pueden esplicarte: solo la sabiduría infinita de Dios puede comprenderte. Solo Dios, que es todo caridad, pudo por este medio dar á conocer á los hombres cuanto sea de su gusto la práctica de esta virtud. Por esto decia San Pablo á los de Corinto (2): «Aunque yo hablase todas las» lenguas de los hombres, y el lenguaje propio de los Angeles, si no

(1) Div. Augustin. lib 1.º De Serm. Domini. cap. 20.

(2) Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corinth., cap. 13. v. 1. et seq.

»tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena, ó campana que retiñe. Y cuando tuviera el don de profecía, y tuviese la »dicha de penetrar todos los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase »de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada. »Y aunque distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y aunque entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me »falta todo lo dicho no me sirve de nada.» Y enumerando despues todas las bellas propiedades de la caridad pone en primer lugar la *paciencia, la benignidad, la dulzura*, como las mas inherentes á ella; y como si le pareciese poco decirlo una vez, lo repite hasta tres, añadiendo, *todo lo sufre, lo soporta y tolera todo* (1): y concluye con decir, *la caridad nunca fenece.... Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza, y la caridad; pues de las tres la caridad es la mejor, la mas escelente de todas* (2).

No se crea, empero, que en Dios hay imprudencia ó injusticia cuando nos manda dejar el sacrificio, é ir á buscar á nuestro hermano para reconciliarnos con él; porque esto se entiende cuando está cerca y puede buenamente hacerse; pero no cuando está lejos y hay grandes inconvenientes que vencer para practicarlo; como si se hubiese de hacer un largo viage, transitando provincias y reinos; ó si se hubiese de navegar por los mares; porque la ley de Jesucristo es el compendio de la prudencia, de la sabiduría y de la ciencia; y en la ejecucion de lo que manda quiere que se guarden tambien las reglas de la misma prudencia: y asi es, que el cumplimiento de este precepto exige tiempo, y lugar conveniente, y las demas circunstancias que en cualquiera obra virtuosa deben concurrir: aunque es innegable que en la preparacion de la voluntad debe cumplirse lo que manda el Señor sin tardanza, ni escusa ni condicion alguna; estando pronto el ánimo para hacerlo, como El lo dice, en el tiempo, lugar y ocasion que primero se presente. Esta es la práctica que usa constantemente la Santa Madre Iglesia; ella absuelve al reo que se presenta á confesar su delito; pero le impone la obligacion de dar satisfaccion cumplida á aquel á quien se causó algun daño.

Tambien conviene saber, que si la ofensa fue pública, y llegó á entenderla y conocerla aquel á quien se ofende, entonces subsiste el deber de pedir la reconciliacion; pero si fue oculta, y el ofen-

(1) Idem. Ibid. v. 4. et 7.

(2) Idem. Ibid. v. 8. et 13.

dido no llegó á entenderla, no hay un deber de manifestársela; no fuese cosa que entonces se le provocase á la venganza; en cuyo caso se manifiesta el delito al sacerdote mediante la confesion, y á Dios se pide la reconciliacion: por lo que decia San Crisóstomo (1): Si ofendiste con el pensamiento, reconcíliate con el pensamiento; si con palabras, de palabra debes reconciliarte tambien; y si con obras, la reconciliacion debe ser con obras; porque la satisfaccion ha de ser en todo proporcionada á la ofensa: y en otra parte concluia el mismo santo doctor (2): ¡Oh admirable benignidad, é inefable dignacion del amor de Dios para con los hombres! Parece que el Señor mira como con desprecio su propio honor, cuando trata de que se restablezca y conserve la caridad entre los hermanos; pues nada procura tanto como el unirlos con los vínculos de tan peregrina virtud: por esto hizo Dios todas las cosas y El se hizo hombre tambien; para unirnos á todos con los vínculos de la caridad.

Despues de este tan grande precepto, dió el Salvador á sus apóstoles un consejo de sumo interés é importancia: *Compite con tu adversario (les dijo), mientras estás con él en el camino, no sea cosa que te ponga en manos del juez, y este te entregue al ministro y te metan en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues el último maravedí.* Breve sentencia; pero que encierra un pensamiento misterioso y sublime. Desterrados en este valle de lágrimas, caminamos hácia el tribunal de Dios, por donde hemos de pasar antes de llegar á la patria; y si allí lleva nuestro hermano quejas contra nosotros y nos acusa, ¿qué será de nosotros? y aunque sea El tan bueno que nos perdone, si nuestros odios y venganzas son nuestro mas terrible fiscal y nos acusan, ¿dónde iremos á parar? El Supremo Juez admitirá su testimonio, y despues de pronunciar contra nosotros su fallo inapelable, nos entregará á los ministros de su justicia vengadora, y seremos eternamente atormentados.

No bastaba que Jesus hubiese manifestado tan esplicitamente los deseos de su voluntad sobre un precepto tan interesante; así fue que, deseoso de continuar las reglas de perfeccion que iba dando á sus Apóstoles, para uniformar en todo su espíritu y su corazon con las máximas de la moral sublime que queria que enseñasen al mundo, les habló de la inocencia de las costumbres, y de la pureza de corazones que debian guardar los que hacian profesion

(1) Div. Crisostom. Hom. 11. Oper. imperfec.

(2) Idem. Hom. 16. in Math.

de seguirle, diciendo: *Habéis oído que se dijo á los antiguos no cometerás adulterio* (1): pero no basta ateneros á las palabras de la ley dada á vuestros padres: ella al parecer no prohíbe sino el adulterio consumado: mis deseos son mas elevados y santos: la nueva ley que á los hombres anuncio, se estiende á mas: Yo os digo que la muerte entra por los ojos en el coracon, luego que la voluntad consiente: el que mira una mujer y la desea con afecto libidinoso, *adulteró ya en su corazon*. En esta materia no se prohíbe solamente los actos exteriores, sino tambien la complacencia interior, la intencion y los deseos. Una mirada con intencion, un deseo ardiente y vivo, y aun el esponerse á una ocasion próxima de desear, ó de pecar, bastan para incurrir en la malicia del adulterio. Grande ha de ser, pues, vuestro cuidado en evitar y huir todas las ocasiones: no abuseis de los sentidos de vuestro cuerpo, y mucho menos de la vista; y cuando ellos sean ocasion ó motivo de pecar, mas vale mutilarlos y arrojarlos lejos de vuestro cuerpo, que no que sean ocasion de escándalo y ruina de vuestra alma. No gana el Cielo sino aquel que se hace violencia, y sacrifica en caso necesario una parte de su cuerpo para conseguirlo; porque es preferible sin comparacion alguna este sacrificio á la conservacion de todo el cuerpo; si por conservarle sin lesion ha de ser para siempre precipitado en el abismo.

No cabe duda en que Su Magestad no quiere que sus palabras se entiendan tan materialmente, y como suenan, de los miembros de nuestro cuerpo; sino que por el ojo derecho y mano derecha, que son los que señala, se signifiquen y entiendan aquellas cosas y personas, cuya privacion podria ser tan sensible y dolorosa al alma, como lo es al cuerpo la privacion y separacion de uno de sus miembros: así que, por sensible que sea la separacion del trato, amistad y compañía de una persona, que escandaliza y precipita al pecado; es preciso hacerse violencia y separarse de ella, aunque para la comodidad y conveniencia nos parezca ser tan útil como las manos y los ojos; y que esta separacion no sea como quiere el mundo, sino como Dios lo ordena y manda: sea una separacion hecha con la energia de la virtud, con la valentia que el amor de Dios inspira, y con la fuerza de la conviccion, como quien no duda que si no corta de raiz una pasion criminal que le domina para no admitirla otra vez en su corazon, como se corta y arroja lejos del cuerpo un miembro gangrenado que ya no puede unírsele

(1) Exod. cap. 20. v. 14.

otra vez, arrebatado por la violencia de aquella será irremisiblemente arrastrado hasta el infierno.

En todas las ocasiones en que la virtud peligra es precisa esta separacion por mas dura y violenta que parezca, y lo es muy especialmente en todas aquellas en que peligra la castidad. Nada hay mas delicado que esta virtud; es flor que se marchita aunque no se toque: una mirada sola basta para ajarla y hacerla perder toda su belleza: la fetidez de un aliento impuro la empaña y ennegrece; y es preciso conservarla con tanto mas cuidado, cuanto que quiere el Maestro Divino que en sus nuevos discípulos y seguidores, sea mucho mas perfecta que lo fue en la ley de Moises: á aquellos se les dijo: *Si toma el hombre una mujer y despues llegase á ser mal vista ó mirada por él por algun vicio notable, hará una escritura de repudio, y la pondrá en manos de la mujer, y la despedirá de su casa* (1); pero esto mismo que se permitia á vuestros antepasados atendida la dureza de su corazon, no puede tolerarse en la ley evangélica. Despues de mi venida al mundo, y despues que Yo os declaro que el matrimonio es un vínculo indisoluble formado por Dios, el hombre no puede deshacerlo por su veleidad, por sus caprichos ó por su inconstancia; asi que, *cualquiera que dejase á su mujer por otro motivo que el de su infidelidad es responsable de su adulterio, y el que se casase con la repudiada, será tambien adúltero.*

Segun esta doctrina del Salvador parece claro que el adulterio es una causa justa para el divorcio, y que el marido no es responsable de la vida desarreglada de la mujer, que con su infidelidad dió lugar á aquel; pero tambien es cierto que la mujer divorciada aun por motivo de adulterio, no puede contraer segundo matrimonio mientras vive el primer marido, porque en este caso la mujer y el segundo consorte ambos serian adúlteros. El lazo subsiste mientras viven los dos esposos, y el acto del divorcio no prevalece, ni puede destruir la institucion de Dios, tan claramente representada en la union de Jesucristo con su Iglesia.

Otras varias máximas espositó el Maestro Divino, que los doctores no esplicaban con aquella claridad que ellas por su naturaleza requerian: asi, despues de hablarles del modo con que debia guardarse la fe del matrimonio, creyó muy oportuno esplicarles la fidelidad con que han de cumplirse las promesas, especialmente las que se confirman con juramento; y enseñarles que se ha de guardar muy bien cualquiera de jurar en vano. Dios habia dicho

(1) Deuteronom. cap. 24. v. 1.

antiguamente á su pueblo: *No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios; porque no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano el nombre del Señor Dios suyo* (1): lo mismo les reiteró en el Levítico; y Moisés lo repitió en el Deuteronomio: sin embargo, el juramento era muy frecuente entre los judíos; juraban por costumbre sin necesidad ni justicia, por el cielo y por la tierra, por la ciudad santa, y hasta por su propia cabeza poniéndose las manos sobre ella. Los escribas y fariseos no solo no condenaban esta costumbre como debían atendidos los mandamientos espresos de la ley, sino que hasta cierto punto los autorizaban y aplaudían: por esto para condenar el Salvador la tolerancia criminal de los doctores, dijo á sus discípulos: *De ninguna manera jureis, ni aun con las fórmulas introducidas que admiten los maestros de la Sinagoga, porque es un abuso sacrílego.*

La ley dice: *No tomarás en vano el nombre de tu Dios, y se jura por el Cielo que es el trono de Dios, sin reparar, que jurando por el trono del Altísimo se jura por Dios del Cielo que está sentado en él: No jurareis, pues, por el Cielo, llamándolo por testigo de la verdad que afirmais. Tampoco jurareis por la tierra, porque es la alfombra ó tarima de los pies de Dios: es el reflejo de su Omnipotencia, y la belleza de la naturaleza nos hacen ver como en un espejo sus divinas perfecciones. No jurareis por Jerusalem, porque es la ciudad del Gran Rey. Es la ciudad real, la ciudad santa, que eligió el Señor para morada suya. Ni jureis en fin por vuestra cabeza, porque sobre ella no teneis potestad alguna, ni aun á un solo cabello podeis mudar el color convirtiéndole de blanco en negro: ella es la imagen de Dios, al Señor pertenece, y jurar por ella, sería jurar por el nombre y la grandeza de su Criador que en ella brilla y resplandece. Usad pues en vuestras aseveraciones ó negociaciones de frases espícitas y sencillas, como son, si ó no; porque ellas solas bastan para dar testimonio de vuestra verdad, persuadiéndoos que todo lo que á estas dos palabras añadiéreis procede de un mal origen, y hará sospechosa vuestra honradez y verdad. Por esto decia Séneca (2): Nada importa que afirmes ó que jures: sabe que se trata de la fé y la religion, siempre que de la verdad se trata: y si tomas de jurar la costumbre, con mucha facilidad te deslizarás en el perjurio.*

Duplicó Jesucristo la afirmacion y la negacion cuando dijo á

(1) Exod. cap. 20. v. 7. Levit. 19. v. 12. Deuteron. 5. v. 11.

(2) Senten. Lib. de Justitia et jure.

sus Apóstoles sean vuestras palabras *sí, sí, ó no, no*; para demostrarnos, que lo que está dentro del corazón es lo que ha de pronunciarse la boca; y que las cosas han decirse como están en la conciencia, tanto afirmando, como negando y como son en sí; así debe pronunciarse la lengua. Con esta claridad y sencillez nos dejó á todos las máximas de la moral mas sublime, se opuso á las falsas tradiciones que autorizaban los escribas, condenó los abusos mas groseros, y abolió la criminal tolerancia que habia de ultrajar y ofender al prójimo, sin darle una satisfaccion cumplida despues de haberle ofendido quedando impune el ofensor. Así nos enseñó á huir el adulterio, evitando hasta las ocasiones de desearlo; previniendo las tentaciones, previniendo la privacion y apartamiento de las cosas mas amadas por lícitas que nos parezcan; porque en muchas ocasiones nos ponen en la próxima de pecar. Así enseñó á los esposos no ser lícito separarse de la mujer legítima sino por causa de infidelidad y adulterio; y que aun en este caso que justifica el divorcio, quedaban imposibilitados de contraer segundo matrimonio mientras vivan ambos consortes. Y así en fin nos enseñó que no era lícito jurar sino con verdad, con necesidad y justicia; y que á El solo tocaba espositar la oscuridad de la antigua ley, conformándola con la nueva del Evangelio en todo aquello que podia parecer oscuro ó dudoso; pues era el Legislador Supremo á quien todas las criaturas no podian menos de obedecer.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que deseoso de que la justicia de los hijos del pueblo cristiano fuese mayor y mas excelente que la de los antiguos, prometiste á estos los bienes temporales, y á los cristianos los eternos: concédeme la gracia de que luzca con mis obras y palabras en tu divina presencia y en la de mis prójimos; de que no quebrante tu ley, sino de que la cumpla con toda perfeccion y plenitud. Librame de toda ira y de que ofenda á mis hermanos, para que todo don que te ofrezca con la voluntad, las palabras ó las obras, sea acepto á tu divina Magestad. Enséñame oh Dios clementísimo, á refrenar la concupiscencia, á apartarme de la vista de todo lo malo, y á evitar todo juramento: para que me abstenga de ofenderte, y de ofender á mi prójimo, y en todas las cosas siempre te agrade. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está contenida en el V del Evangelio de San Mateo, desde el v. 13 hasta el 37. La

contestan San Marcos, cap. IV, v. 21. San Lucas, cap. VIII, versículo 16: cap. XI, v. 33 y 36; y cap. XVI, v. 17. Todos inclusive.

La Iglesia usa de estos Evangelios en las misas y días siguientes:

En la Misa *In medio Ecclesie* del comun de doctores, usa de el de San Mateo, desde el v. 13 hasta el 19.

En el día de San Juan Crisóstomo á 27 de enero.

En el de Santo Tomas de Aquino á 7 de marzo: y en el de otros muchos Santos Doctores y Prelados de la Iglesia.

En la Dominica quinta despues de Pentecostés, desde el v. 20, hasta el 24. Lo restante de este evangelio no tiene aplicacion particular: dice asi:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. V, desde el v. 13 al 19.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra: si la sal pierde su fuerza, ¿con qué se la volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo: La ciudad colocada sobre un monte, no puede estar escondida: ni encienden la luz para ponerla bajo un celemin, sino sobre el candelero para que alumbré á todos los que estan en la casa. Brille asi vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos. No penseis que he venido á destruir la ley ó los profetas: no he venido á destruirla sino á cumplirla. Porque en verdad os digo, que antes faltarán el Cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella. Por lo cual, el que quebrantare uno de estos mandamientos por mínimos que parezcan, y enseñare á los hombres á hacer lo mismo, será tenido por muy pequeño en el reino de los Cielos; pero el que los cumpliese y enseñare, este será llamado grande en el reino de los Cielos.

EVANGELIO PARA LA DOMINICA V, DESPUES DE PENTECOSTES.

Capítulo V de San Mateo desde el v. 20 al 24.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Si vuestra justicia no fuera mas llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no

entrareis en el reino de los cielos. Habeis oido que se dijo á los antiguos no matarás: y que cualquiera que matare será condenado por el juicio. Mas Yo os digo, que cualquiera que se airase contra su hermano, merecerá ser condenado por el juicio. El que le dijese á su hermano raka, merecerá ser condenado por el concilio. Mas el que le llamase fátuo, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra tí; deja allí tu ofrenda ante el altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano, y volverás despues á presentar tu ofrenda.

Sigue la historia del mismo capitulo desde el v. 25 al 37.

Composte luego con tu contrario, mientras estás con él todavía en el camino; no sea cosa que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue en las del alguacil ó ministro, y te metan en la cárcel. En verdad te digo, que de allí no saldrás, hasta que pagues el último maravedí. Habeis oido que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio. Mas yo os digo, que cualquiera que mirare á una mujer, y la deseara con mal deseo, ya adulteró en su corazon: Si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácatelo, y arrojale fuera de tí; pues te conviene mas el perder uno de tus miembros, que todò el cuerpo sea arrojado al infierno. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo córtala, y tírala lejos de tí; pues te conviene mas que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno. Háse dicho: Cualquiera que despidiere á su mujer, déle libelo de repudio. Pero Yo os digo: que cualquiera que despidiere á su muger, si no es por causa de adulterio, la espone á ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es asimismo adúltero. Asimismo habeis oido, que se dijo á vuestros mayores: No jurarás en falso; antes bien cumplirás los juramentos hechos al Señor. Mas Yo os digo: que de ningún modo jureis *sin justo motivo*; ni por el cielo, pues es el trono de Dios: ni por la tierra, pues es la peana de sus pies: ni por Jerusalem, porque es la ciudad del Gran Rey: ni tampoco jurareis por vuestra cabeza, pues no está en vuestra mano el hacer blanco ó negro un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar si, si; ó no, no: que lo que pase de esto, dé mal principio proviene.

OBSERVACIONES.

Siempre que los hombres no distingan entre los consejos, y los preceptos del Evangelio, tropezarán con mucha facilidad en el establecimiento y eleccion de los principios morales, y tendrán que acudir como los doctores de la Sinagoga á comentarios é interpretaciones ridículas y absurdas en los preceptos y consejos mas importantes. Sabido es, que hablando generalmente, los consejos no obligan á cada uno de los cristianos: pero es innegable, que constituyen una parte esencial del Evangelio, y es muy conveniente que siempre tengan observadores entre los discípulos mas fervorosos del Salvador, para confundir la impiedad filosófica, que se desgañita en querer persuadir que son ridículos, absurdos, imposibles de observar, y sobre todo contrarios á los principios de la naturaleza y la razon.

No son leyes, dicen, no son preceptos; por consiguiente no hay obligacion, ni necesidad de observarlos. Lo primero es cierto, lo segundo es un absurdo, una incoherencia, una declaracion vana y estéril. No son preceptos, pero contienen el meollo, el gusto, el espíritu y la perfeccion del Evangelio. Ninguno está obligado á guardarlos en todo tiempo y lugar: pero su práctica debe conservarse en el cuerpo de la sociedad cristiana é Iglesia verdadera del Señor; y juzgarse el hombre siempre dispensado de todos ellos, seria tal vez esponerse temerariamente á quebrantar los preceptos. Es cierto tambien, que ningun consejo determinado hace de suyo ley: pero tampoco puede dudarse que sucede muchas veces que atendiendo las circunstancias de lugares, tiempos y personas, el consejo pasa á ley, y viene á ser un precepto.

Los impíos tachan tambien á Jesucristo de injusto cuando habla de la pena en que incurrén los que se enfurecen contra sus hermanos, porque dicen que manda castigar con la misma pena á los homicidas y á los iracundos: error grosero. El Salvador solamente dice, que la misma ley que prohíbe el homicidio, prohíbe tambien y condena la ira, la venganza, los insultos, y las injurias y ultrajes contra los hermanos. El Señor clasifica esas diversas clases de pasiones innobles, que con tanta frecuencia conciben los hombres y conservan en su corazon, é indica el tribunal que debe juzgarlos: añaden empero los refractarios que á mas de todo esto hay

una contradiccion muy marcada entre lo que aqui espresa el Divino Maestro, y lo que poco antes habia manifestado; á saber, que El no venia á quebrantar la Ley y los Profetas, sino á darles entero cumplimiento: ¿y cómo ha de cumplir lo que ellos dijeron si condena el enfurecimiento, ó la ira? ¿No es cierto que David dijo: enojaos, y no pequeis (1)? Por qué, pues, dice ahora que el que se enfurece contra su hermano es reo de juicio? Objecion infundada y pueril, á la que se contesta victoriosamente con una muy sencilla reflexion.

David no dice que los hombres se enojen y enfurezcan contra sus semejantes, sino que el pecador se enoje y enfurezca contra sí mismo; castigue su cuerpo y le reduzca á la servidumbre, para que la carne no se rebele contra el espíritu, y todas las pasiones queden amortiguadas y sujetas á la ley del mismo espíritu. Esta es aquella ira santa de que al parecer se armaban en muchas ocasiones los Profetas contra los pecadores obstinados que se glorificaban en la multitud de sus iniquidades, y hacian alarde de insultar públicamente al Señor: pidiendo á voces los castigase ejemplarmente, quejándose en otras de que tan liberalmente los perdonase. Pero este furor ó enojo, es con toda verdad aquel celo fogoso y ardiente que abrasaba su corazon en defensa de la ley, y de la gloria de Dios: y no es aquella ira viciosa, culpable y funesta, que envilece y degrada: no es aquel apetito desordenado, aquel movimiento de venganza feroz que arma la mano airada del hombre contra el miserable, que tal vez sin intencion tuvo la desgracia de ofenderle. Esta siempre es criminal, aquella es laudable y santa.

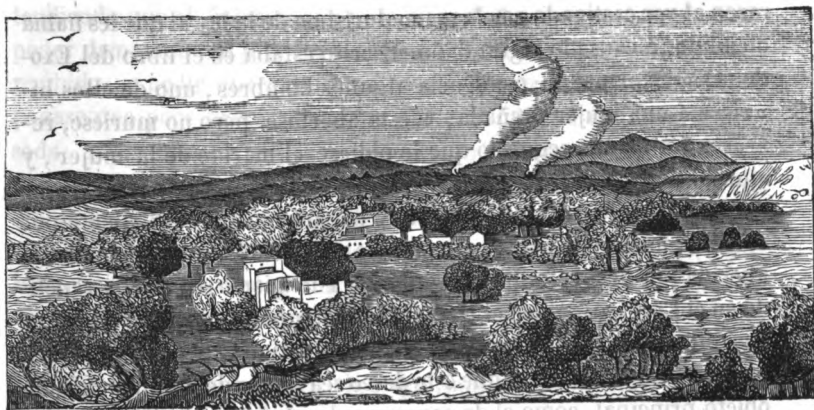
En efecto: ¿qué es el hombre arrebatado de los ímpetus furiosos de la ira? Es una fiera capaz de destruir el mundo entero. En su corazon no hay sentimientos, ni virtudes: desconoce los deberes y obligaciones: no le contienen ni los lazos de la amistad, ni los de la carne y la sangre: ni los principios de la moral, ni las inspiraciones de la religion, ni los ayes lastimeros de la humanidad: olvidando todos los respetos, y hollando todas las leyes, es capaz de volver su furor, no solamente contra aquellos de quienes se siente ofendido, sino contra sí mismo, si no puede satisfacer su implacable, y muchas veces impotente rabia; pero la ira santa y laudable produce efectos enteramente contrarios.

Mas atento el hombre á las voces de la religion que á las exigencias del amor propio, la paciencia le es genial, la dulzura forma su carácter, la tolerancia y la paz son su primer móvil, y los afectos

(1) Ps. 4. v. 5.
TOMO II.

que mas le dominan son los deseos de la felicidad de sus prógimos con los que se contempla unido con los duplicados lazos de la religion y de la sociedad. Feliz el hombre que asi se irrita y enfurece! Desdichado aquel que todo destruirlo quiere!





CAPITULO IV.

CONTINUA JESUCRISTO DANDO INSTRUCCIONES A SUS APOSTOLES Y DISCIPULOS, Y LES PRESCRIBE LAS REGLAS DE GENEROSIDAD Y BENEFICENCIA QUE HAN DE TENER LOS HOMBRES ENTRE SI.

Nada mas natural y propio de la sabiduria infinita del Supremo legislador, que dar reglas á los cristianos del modo como debian conducirse con sus prógimos cuando de ellos recibieron agravios; despues que les enseñó que á nadie habian de injuriar, ni hacer irreverencias ó desacatos al Nombre santo de Dios. Pocas palabras habló Su Magestad, pero muy suficientes para que todos los hombres consigan la perfeccion, y para recomendar y persuadir con eficacia las virtudes de la longanidad y paciencia.

Explicóles en primer lugar la inteligencia, ó el modo con que debia entenderse cierto precepto judicial, sobre el que erraban torpemente los judios, creyendo que podian apetecer la venganza, ó viandicta judicial y pública, solo por el placer que sentian en su co-

razon al ver castigado por la mano durísima de la ley al que les habia ofendido, ó causado algun daño. Escrito estaba en el libro del Exodo (1): «Si armando pendencia algunos hombres, uno de ellos hi-
»riera á una mujer preñada, y esta abortase, pero no muriese, re-
»sarcirá el daño, segun lo que le pidiere el marido de la mujer, y
»juzgaren los árbitros. Pero si se quisiese la muerte de ella, paga-
»rán vida por vida, y en general se pagará ojo por ojo, diente por
»diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura,
»herida por herida, golpe por golpe.» Y lo mismo se hallaba repeti-
do en el Levítico (2) y en el Deuteronomio: y por esto creian ellos que
absolutamente hablando, el deseo de este castigo era bueno y apeteci-
ble; pero no es así. Para que este deseo sea bueno debe animarle otro
objeto principal, como el de conservar los derechos y el órden de la
justicia: la enmienda del que delinquiró; el terror de los malos, y la
conservacion de los buenos: la gloria de Dios: la paz de la repúbli-
ca: ó algun otro semejante: pues donde no se presume que ha de
provenir algun bien de la pena que á uno se impone, sino que an-
tes se teme que ha de provenir escándalo, ó que ha de suscitarse ó
seguirse un mal mayor, entonces el hombre debe desistir de buscar
la vindicta pública; y en este caso es la desistencia una necesidad;
fuera de él, es una obra de supererogacion. Así que, no resistir al
malo, es en ciertos casos un precepto; en otros un consejo: pero si
los malos se insolentan mas por no hallar una resistencia legal, y
de ahí toman brios para molestar y mortificar á los buenos; en este
caso puédese legalmente resistir á su malicia: pues al mal de la
culpa, siempre se le debe resistir; pero no al mal de la injuria, si-
no es por los motivos antes dichos.

La incivilizacion del pueblo judio, y aun la ferocidad de que le
habian precisado á revestirse los malos tratamientos que recibió de
los egipcios, necesitaban de un rigor nunca visto para contenerle
en los justos límites de su deber, por consiguiente la pena del *Ta-
lion* podria no solo ser útil sino en muchísimos casos necesaria, pa-
ra represar los excesos de furor y barbarie que con mucha frecuen-
cia cometian. El Salvador empero que queria derramar el espíritu
de fraternidad entre todos los hombres, no podia dejar pasar estas
disposiciones sin aclararlas suficientemente, y darlas una explica-
cion bastante para que no quedasen autorizadas las venganzas per-
sonales, y los hombres no se armasen los unos contra los otros: en-

(1) Exod. cap. 21. vs. 22. 23. 24. 25.

(2) Levit. cap. 24. v. 19. et 20. Deuteronom. cap. 19. vs. 16. et seq.

tendiendo que el único recurso, que por la ley les quedaba, era el poder demandar en justicia la reparacion de la injuria que habian recibido, y pedir que se contuviese al agresor, obligándole á que pagase una pena proporcionalada y correspondiente á la injuria causada: asi se puso coto á la insolencia de los que siempre estaban dispuestos á ofender sus prógimos, y se reprimió la audacia de los que se hallaban no menos resueltos á vengar por su mano las ofensas.

La ley dada por Moises decia una consideracion al ministro público que no se derogó por el Evangelio de Jesucristo, ni tampoco en él se deroga sin distincion ni reserva la facultad que aquella concede á los hombres ultrajados, despojados, maltratados, ó deshonrados, de pedir la justicia, que jamás deben tomarse por su mano; pero quiere el Señor que se prevengan los corazones con los afectos de la caridad, que nunca se sigan, ni se dé oídos á las violentas impresiones de la ira, de la venganza, y del odio; sino que contentiéndose cada uno en los límites de la moderacion legal, pida si quiere, por los medios que prescribe la prudencia acompañada de la caridad, la satisfaccion, ó restitution de aquello en que se le perjudicó. Pero esto no es precepto, ni aun un consejo: es solo una permission en circunstancias dadas, y con las precauciones referidas; pues muy lejos de mandar, ó aconsejar el Señor que se pida justicia ante los tribunales por los agravios y ofensas, añade: «No os deis jamás por ofendidos de la injuria. No hagais resistencia al agravio. Sufrid con alegria, á lo menos con paciencia los malos tratamientos. Si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele tambien la otra. Si alguno te moviese pleito para quitarte la túnica, dale tambien la capa: y si alguno te forzare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil, y concédele de buena gana doblado de lo que te pide.» Esto es, si alguno, sin derecho ni razon te precisa á que hagas por él oficios penosos porque se cree mas fuerte ó poderoso que tú, y porque te ve sin defensa te hiciere tomar su carga mil pasos, ofrécele llevarla dos mil mas allá. Sobre todo lo que dice San Agustin (1): No tan solo se te manda que no contestes con un bofetón al que te pegó primero, sino que si te arremete con otro, estés dispuesto á sufrirlo con paciencia.

Con estos preceptos evangélicos nos confirma el Señor en la paciencia y humildad, que quiere sea como propia y peculiar de todos sus hijos; por lo que dice el Crisóstomo (2): El que al recibir

(1) Div. Augus. lib. 1.º De Serm. Domini. cap. 34.

(2) Div. Crisostom. Hom. 42. Oper. imperfet.

un bofetón vuelve otro á su prógimo, cumple con el mandato de la ley, pero no la de Cristo. Tú dirás, digno es el que me hiere de que yo le hiera también: pero á tí no te está bien la repercusión, porque eres discípulo de aquel que cuando le maldecían, no maldecía; y cuando le herían, tampoco hería á nadie. Y Beda añade (1): Nada hay mas grande como ofrecer la otra mejilla, al que ya nos hirió en una. ¿Por ventura, no se quebrantan con tan humilde acción los ímpetus del enojo? ¿No se aplacan los furores de la ira? ¿Y por ventura, por la humildad y paciencia, no se conmueve y muda el corazón del agresor, y se le provoca á la paciencia? Por el cumplimiento pues de este mandato, el hombre se conforma con Cristo, el diablo es vencido por el hombre, y se consigue entre los hombres una paz llena y perfecta.

Todo esto sin duda pareció poco al Señor, y añadió: No se ha de contentar con esto vuestra caridad: ha de ser mas sublime: ha de ser mas parecida á la caridad eterna que Dios tiene á todos los hombres. No solo no se ha de retornar mal por mal sino, que es preciso hacer al prógimo mucho bien. Dad libremente á todos los que os pidan; y no os escondais, ó negueis el rostro á aquellos que pretendieren de vosotros algun préstamo. Es ser inhumano el no compadecerse de las miserias del prógimo, y apartar los ojos por no verle. Es pecar contra la ley natural no ser tan caritativo con los demás, como quisieramos que lo fuesen con nosotros. Si no tenemos posibilidad ó facultades para socorrer, por lo menos no deben faltarnos buenas palabras para consolar: así pues, al que en su necesidad te pide una cosa corporal, ó espiritual, concédele el don, ó no le niegues el consuelo, ni la oración rogando á Dios por él, siempre que pida con necesidad y razón: pero aun cuando estas dos cosas faltaren no le niegues la palabra prudente y modesta con que debes enseñarle la sinrazón con que pide, y la causa de tu justa negación, para que de tu presencia no marche con el corazón vacío. Esta doctrina es parte de las obras de justicia y de la limosna espiritual: así si, el que injustamente, ó sin necesidad te pidió, no recibió de tí lo que quería, lleva sin embargo otra cosa mejor, que es la corrección fraternal: y así tú darás siempre á todo el que te pida, aunque no des siempre todo lo que se te pide. No es menos criminal y abominable, dice San Ambrosio (2), quitar á uno lo que tiene, que negar á los indigentes lo que piden, cuando aquel á quien se

(1) Ven. Bed. in cap. 6. Luc.

(2) Div. Ambrosio. cap. 6. Luc.

pide tiene con abundancia. El pan que tú retienes, es del hambriento: los vestidos que encierras en tus arcas, son de la viuda y el pupilo: y los dineros que en la tierra escondes son el precio de la redencion y libertad de los miserables y cautivos. Y la vena de oro del Crisóstomo añade (1): Las riquezas no son nuestras, sino de Dios; pues quiso que todos fuesemos dispenseros, no señores, de sus riquezas. Asi que, da, y reparte, pero no vendas: porque vende aquel que espera que le rueguen muchas veces: vende, el que difiere para mañana la concesion de lo que se te pide: vende, el que cuando da al pobre, le moteja ó insulta: vende, el que da con semblante, y ánimo triste; y vende en fin el que dice, que para dar, debe esperarse una coyuntura favorable.

Entre los consejos que el anciano Tobias dió á su hijo sobresale el de la limosna, diciéndole (2): Haz limosna de aquello que tengas, y *no vuelvas tus espaldas á ningun pobre*: que asi conseguirás que tampoco el Señor aparte de tí su rostro. Sé caritativo segun tu posibilidad. Si tuvieres mucho, da con abundancia; y si poco, *procura dar de buena gana* aun de lo poco que tuvieres: pues con eso te atesoras una gran recompensa para el dia de tu necesidad. Y San Pablo tambien decia á los de Corinto (3): Haga cada cual la oferta como lo ha resuelto en su corazon, pero no de mala gana, ó como por fuerza: *porque Dios ama al que da con alegria*. Por lo que, cuando en el Evangelio dice, *da al que te pidiere, y no te niegues al que te pide prestado*; es preciso conocer, que siguiendo este consejo evangélico debemos dar de buena gana, con alegria, y sin resistencia alguna aquello que se nos pide; aunque para nosotros sea útil, ó conveniente: y cuando se nos pide prestado tambien lo debemos dar, sin exigencia, ni usura alguna. Nunca debe el hombre dejar de ser misericordioso, pero la recompensa de su misericordia no debe esperarla del hombre, sino de Dios; que premia con mucha usura, todo aquello que se hace porque El lo manda.

Asimismo debe advertirse que este cousejo comprende dos especies de beneficios, que son, ó el dar de buena voluntad sin esperar retribucion alguna, ó cuando prestamos con la esperanza de que se nos devuelva; y á lo uno, y á lo otro siempre hemos de estar dispuestos. Si se nos pide misericordia, hagámosla con la alegria, liberalidad, y prontitud que podamos, para que precediendo este mérito

(1) Div. Crisostom. Hom. 12. Oper. imperfect.

(2) Toh. cap. 4.^o vs. 7. et seqs.

(3) Div. Paul. Epist. 2.^a ad Corinth. cap. 9. v. 6.

to, consigamos mas facilmente de Dios lo que le pedimos : porque si despreciamos á los que nos piden ¿cómo podremos esperar que Dios nos atenderá á nosotros? Y no debe enterderse esto solamente de la limosna natural que se nos pide, sino de aquella otra especie de riqueza que jamás falta; de aquel tesoro inestimable que trasladado á manos de otros siempre crece y se aumenta en beneficio del que lo dió; esto es, de la sabiduria y de la doctrina que jamás debe negarse al que la pide. Es pues un deber darla por Dios, cuando por El se pide, y al que la pide prestada para enseñar á otros se le ha de dar con alegria, porque retribuirá el Señor con grandes usuras la enseñanza de la doctrina sana, que á otros se dé (1).

Con estas máximas tan sublimes aleccionaba el Señor y formaba el corazon de sus Apóstoles, porque esta caridad que en ellas resplandece era necesaria no solo para la conversion de todo el mundo, sino para el establecimiento del Evangelio aun entre los mismos judios: para los Apóstoles eran leyes que debian observarse á la letra, porque predicadores de una nueva ley que habia de tener muchos enemigos, era preciso fuesen los modelos de la perfeccion evangélica; y asi el Divino Maestro no les dejó libertad en la eleccion sobre estos puntos. Para el resto empero del comun de los fieles no eran sino consejos, que el que los cumple con fidelidad, bien puede decirse que se entrega á la perfeccion de toda la ley: pero aunque estas máximas tan perfectas no sean preceptos rigurosos para los fieles de todos estados y condiciones, sin embargo se ve por otra parte que Jesucristo reprueba y condena las miras interesadas y los fines torcidos con que muchos acostumbran á hacer los beneficios. Quiere que el hombre haga bien á sus semejantes todas las veces que pueda, únicamente con el fin de cumplir los deberes de la humanidad y de la caridad: pero no quiere que la retribucion ó el lucro temporal, sean el objeto, ó el principal agente de las acciones generosas, porque esto seria mas bien un cambio ó comercio de beneficios, que acciones caritativas y cristianas. Con todo, el Evangelio no condena como un crimen (segun opinan aun los moralistas mas severos) exigir en los empréstitos un interés moderado, en consideracion á las circunstancias de las personas, á los peligros, á las pérdidas y perjuicios á que se esponen los prestamistas: podrán sí perder en muchas ocasiones el mérito de la virtud, mas no incurrir en pecado, salvo en los casos en que la razon y la ley natural dicen otra cosa. Hasta los antiguos judios pensaron de la misma ma-

(1) Div. Grisost. Hom. 20. in Math.

nera, y así como condenaron por injusta y abominable la usura desmedida que exigía una mitad de interés del valor prestado, así también juzgaron muy tolerable un módico interés, menos en los casos exceptuados por la ley.

La ley de los judíos era clara al parecer y terminante, tanto con respecto á la beneficencia con los pobres y menesterosos, con los amigos, domésticos y conciudadanos, como con respecto á los extraños: decía una de ellas (1): «Si prestares dinero al necesitado de mi pueblo que mora contigo, no le apremiarás como un exactor ni le oprimirás con usuras. Si recibieres de tu prógimo el vestido ó manta en prenda, se lo volverás antes de ponerse el sol. En el Levítico se leía también (2): Si tu hermano empobreciere, y no pudiendo valerse, le recibieres como forastero y peregrino, y viviere contigo, no cobres usuras de él, ni más de lo que le prestaste. Teme á tu Dios, á fin de que tu hermano pueda vivir en tu casa. No le darás tu dinero á logro, y de los comestibles no le exigirás aumento sobre aquello que le has dado.» En estas dos leyes nada se dice con respecto á los extraños, y solo se habla de los hermanos pobres, y menesterosos de su país, ó de los conciudadanos y correligionarios; pero en el Deuteronomio se decía (3): «No prestarás á usura á tu hermano, ni dinero, ni granos, ni otra cualquier cosa, *sino solamente á los extranjeros*. Mas á tu hermano le has de prestar sin usura lo que necesita, para que te bendiga el Señor Dios tuyo en todo cuanto pusieres mano en la tierra que vas á poseer:» de modo que por esta ley parece que la usura quedaba autorizada con respecto á los extranjeros.

Mas el Salvador Divino que anunciaba á los hombres una ley toda de mansedumbre y caridad, y no para un solo pueblo ó nación, sino para todas las del universo; quería que la generosidad y beneficencia fuese extensiva á todos; y reputándolos á todos por hermanos en su misma persona, como que todos habían de ser redimidos por él, no hizo distinciones, ni exclusiones en la intimación de su consejo: y así dijo: *da al que te pidiere, y no te niegues al que te pida prestado*. Da, porque de la misma manera que te condujeres con los hombres, así ellos se conducirán contigo. Haz bien á tus semejantes porque esto es lo sumo de la ley y de los Profetas: esto es lo más alto y sublime, lo más heroico y perfecto, lo más dulce y suave; y so-

(1) Exod. cap. 22. vs. 25. et 26.

(2) Levit. cap. 25. vs. 35. 36. et 37.

(3) Deuter. cap. 24. v. 19. et 20.

lo aquellos que por inclinacion, por vocacion, ó por obligacion asi lo practicaren, conocerán que son los mas dichosos y felices entre todas las criaturas de la tierra. Da y se te dará una medida colmada de dones y de gracias, que con superabundancia derramará el Señor en tu seno. Da en la tierra, y se te dará en el cielo. Da lo transitorio, y se te dará lo eterno. Da lo vil, y se te dará lo inapreciable. Da la escoria, y se te dará el oro purísimo: porque es infinitamente rico, y remunerador eterno, aquel en cuyo nombre, y por quien tú dieres en la tierra.

ORACION.

Señor mio Jesucristo: Maestro mansísimo, y modelo de toda humildad y paciencia, ya que soy el último, y mas despreciable de tus siervos, concédeme la gracia de que sea de todos despreciado por tí, y pisado; que sepa sufrir con paciencia todas las injurias; y que dispuesto mi ánimo para sufrir todavia mas, sepa libremente socorrer á todos mis prógimos tanto en sus necesidades espirituales como corporales, sin esperar otro premio mas que á Ti mismo, que eres el premio eterno de los que en tí esperan. Amen.

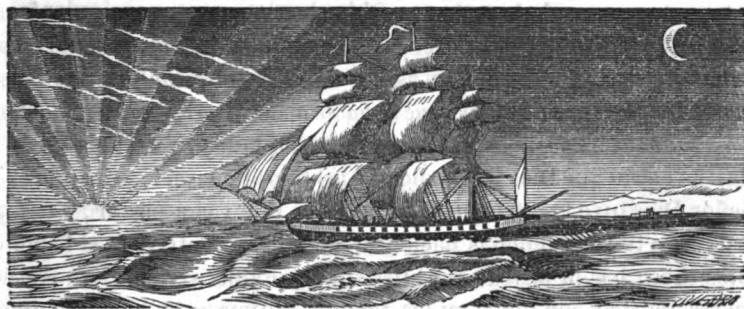
NOTA. La historia de este capítulo se halla en el V de San Mateo, desde el versículo 38 hasta el 42 ambos inclusive: la Iglesia no lo usa como propio en ningun dia. Dice asi:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

En el cap. 5. desde el v 38 al 42.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dijo. Ojo por ojo, y diente por diente. Yo empero os digo, que no hagais resistencia al agravio; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele tambien la otra: y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica alárgale tambien la capa: y á quien te forzare á ir cargado mil pasos, ve con el otros dos mil. Al que te pide, dá-le: y no apartes tu rostro del que pretende de tí algun préstamo.





CAPITULO V.

**AMPLIA MAS JESUCRISTO EL PRECEPTO DE LA CARIDAD CRISTIANA
MANDANDO AMAR A LOS ENEMIGOS, Y HACER BIEN A LOS QUE NOS
ABORRECEN.**

Como todas las obras de justicia son infructuosas si no quedan unidas á la raíz de la caridad, porque todo lo que se manda en la ley de Dios, en la caridad se funda; pareció conveniente al Maestro Divino instruir á sus Apóstoles en lo mas sublime y perfecto de esta grandiosa virtud, despues de haberles explicado lo mas encumbrado y santo de aquellas; porque en el precepto del amor del prógimo tambien erraban torpemente los judios: pues estando mandado en la ley amar al prógimo cada uno, como á sí mismo; y amar á los amigos; inferian que debian aborrecer á los enemigos. Olvidaban que todo hombre debe ser amado segun el orden de caridad por cuanto es criado á imágen y semejanza de Dios, y es capaz de conocimiento y amor; y no solo habian destruido casi enteramente el pre-

cepto, sino que casi habian desvanecido el consejo : por consiguiente, era muy importante restablecer el precepto á su fuerza, y devolver al consejo toda su estension; y asi les dijo: *Vosotros habeis oido enseñar á los Maestros de la ley, que se ha de amar al prógimo, y se ha de aborrecer al enemigo*: mas ellos no entienden la ley, y asi abusan de ella: Es cierto que Dios habia dicho á los hijos de Israel: «Cuando el Señor Dios tuyo te introdujere en la tierra que vas á poseer, y destruyere á tu vista muchas naciones. . . y te las entregare el Señor Dios tuyo; has de acabar con ellas sin dejar alma viviente. No contraherás amistad con ellas, ni las tendrás lastima.» (1): Pero para entender bien el espíritu de esta ley, era preciso medir la enorme distancia que hay entre un israelita fiel y un extranjero infiel y contagioso. La ley no decia, ni aun queria significar, que la enemistad, y el aborrecimiento del corazon estuviesen autorizados respecto de algun hombre cualquiera que fuese; aunque prohibia tener comercio con los pueblos vecinos, que todos eran idólatras, y Dios queria destruirlos en castigo de sus pecados; y tambien para quitar á los hebreos la ocasion de contraer sus vicios y abominables supersticiones: asi lo manifesto, y espresó claramente el Señor diciendo: «No emparentarás con las tales, dando tus hijas á sus hijos, ni tomando sus hijas para tus hijos; porque los seducirán para que me abandonen, y adoren á dioses extranjeros: con lo que se irritará el furor del Señor, y bien presto acabará contigo» (2).

A pesar de lo terminante de esta ley, no queria Dios que en el interior, esto es, en el fondo del corazon se aborreciese directa y personalmente á los individuos de aquellas naciones; ni que se tuviese enemistad ú odio contra alguno de ellos, pues la naturaleza misma prohibe tener odio ú aborrecimiento á nadie: con todo, puede ser que haya alguna vez razon ó motivo bastante para huir el comercio ó compañía de un hombre que antes era nuestro amigo; pero esto debe ser sin dejar de amarle, sin desearle mal, y sin procurárselo en venganza de alguna ofensa, ó en castigo de alguna infidelidad que contra nosotros haya cometido. Sin esa enemistad funesta, sin ese rencor criminal, que desnaturaliza al hombre se puede, sin faltar á la caridad, no prevenir al enemigo que no quiere reconciliarse, con aquellas demostraciones de afecto exterior y benevolencia, que nacen de un reconocimiento fundado, de una sincera gratitud de una simpatía natural, y de un cariño acendrado; porque se le

(1) Deuterón . cap. 7. v. 1. et 2.

(2) Ibid. v. 3. et 4.

puede socorrer en sus necesidades, se le pueden dispensar los buenos oficios que la caridad pide con todos, rogar por él, comun y particularmente; y darle todas aquellas pruebas de union y fraternidad, que la humanidad, la sociedad, y la religion exigen de los hombres.

Para que esta caridad no nazca precisamente de los afectos de la naturaleza, sino que sea aquella que nos manda Dios, ha de ser aquella caridad benigna, paciente, sufrida y bienhechora que á todos abraza; y que es la rama mas frondosa de aquella otra caridad eterna con que Dios á todos ama; porque sus motivos duran siempre, y los vicios ó la ingratitud de los hombres no pueden destruir, ni aun enervar la fuerza del precepto de la ley de Dios; pero si la de Moisés mandaba á los israelitas que se tratasen como hermanos y amigos, les prohibia el comercio con las naciones vecinas, é idólatras, y les ordenaba espresamente que las tratasen como á enemigas, que las arruinasen y destruyesen, aborreciendo con odio de abominacion sus perversas costumbres; mas nunca les fué lícito el aborrecimiento de corazon á las personas, aunque fuesen sus mayores enemigos; sin embargo no habia en ella un precepto que mandase espresa y positivamente el amor de los enemigos como lo manda el Evangelio: siendo preciso advertir, que las palabras con que se nos intima el nuevo precepto de la caridad, envuelven tambien los consejos, las reglas, y las máximas de perfeccion de esta virtud. En él se nos manda amar á nuestros enemigos; desear bien, al que nos desea mal; hablar favorablemente de aquellos que nos desacreditan; hacer buenos oficios con los que nos los prestan malos; y rogar por los que nos persiguen, calumnian, ultrajan, y nos ponen en prisiones. Los que se precian de discípulos de Jesus han de subir por estos grados la escala de la caridad para conseguir su perfeccion.

Esta hermosa graderia del amor es la formada por nuestro Padre celestial que está en el Cielo; y es preciso subir por ella si queremos que este amable Padre nos reconozca por hijos suyos: El hace nacer todos los dias el Sol sobre los buenos y los malos, y hace caer la lluvia y el rocío para fertilizar de la misma manera y al propio tiempo los campos de los justos y de los pecadores. No amar sino al que nos ama, es privarnos de la recompensa prometida á la caridad perfecta, y seria un comercio usurario (1) de amor, mas bien que una virtud tan heroica. No hay pecador tan abominable, ni hombre por feroz que sea, que no se sienta naturalmente inclinado á corresponder á los que le aman, y en esto ¿qué mérito se contrae? ¿qué

(1) Lucæ. cap. 6. vs. 32 et seqbs.

premio puede la criatura por ello prometerse? Esto mismo lo hacen los publicanos aunque sean pecadores. Y no saludar, ni anticipar señales de urbanidad, de concordia y caridad sino á nuestros hermanos, compatriotas y amigos, ¿es por ventura hacer otra cosa que lo que hacen los paganos? Por esto decia San Agustin (1): Han de amarse los hombres, pero no sus errores. Hemos de amar á nuestros enemigos deseándoles bienes de gracia y de gloria de los que no pueden hacer mal uso; pero no se les han de desear los de naturaleza ó fortuna sino con cierta generalidad: y en cuanto puedan aprovechar para conseguir su salvacion eterna, lo que solo Dios sabe; porque de ellos pueden usar bien, ó mal, y asi acerca de estos nada se ha de pedir determinadamente al Señor. Aunque amar á los amigos es una deuda, tampoco la deja Dios sin premio; pero se lo dá el Señor mucho menor. El amor de los enemigos es mas meritorio que el de los amigos, porque es mas difícil, y necesita mayores esfuerzos de una buena voluntad. Es mas puro, porque proviene del movimiento interior de la gracia, y no de la naturaleza que inclina el hombre á amar á su bienhechor. Es mas liberal, porque no proviene de los favores recibidos; y porque no queda estancado en el fondo del corazon, sino que se justifica con las obras que se hacen en favor del enemigo.

Haced bien á los que os aborrecen procurando su salvacion de un modo debido y posible; porque asi como tenemos obligacion de amar á los enemigos en cuanto á los bienes de gracia y de gloria, asi tambien la tenemos de hacerlos aquel bien. El enemigo en cuanto es prógimo, debe ser amado *de necesidad de precepto*, porque se dice amareis á tu prógimo: pero amarle con un amor especial, no es de precepto, sino un acto de mayor perfeccion, porque es una obra de supererogacion. El precepto no obliga á amar á todos con un amor especial, porque esto no es posible, sino con un amor general en cuanto todo hombre es prógimo. Al decir pues la Magestad Divina á los Apóstoles que amasen á los enemigos, é hiciesen bien á los que les aborrecian, y rogasen por los que les perseguian y calumniaban, les dió tres remedios eficacísimos contra las tres clases de pecados con que generalmente se injuria y se ofende al prógimo; se le injuria *con el corazon*, y esto es lo que se llama odio, rencor ó venganza: se le injuria *con la boca*, y esto se llama maldicion ó detraccion: se le injuria *con las manos*, y esto se llama lesion ó daño corporal. Contra el odio ó la venganza, les mandó el amor: contra la maldicion ó detraccion, les mandó hacer bien á los

(1) Div. Augustin. lib. 1. De Serm. Dom. cap. 41.

que les aborreciesen: y contra la lesion ó daño corporal, rogar por los que les persiguiesen. Contra vosotros pelearán, les dijo, los hombres con el odio, con las palabras y con los tormentos; y vosotros les debeis oponer el amor, la oracion, y las buenas acciones: por esto os he acercado á mi Persona, y elevado á la dignidad de Discípulos míos: vuestros deberes y obligaciones no son las propias y ordinarias de los publicanos, y los etnicos, ó paganos. Porque os he dado un gran percepto, por esto os ofrezco tambien un gran premio, *amad, haced bien, rogad por vuestros enemigos y sereis hijos de vuestro Padre Celestial que está en los cielos.*

Es indudable que la práctica de estos tan grandes y sublimes preceptos, que de la caridad comun para con los enemigos, pasan hasta el afecto y amor especial de las personas; y del perdon de la injuria hasta prevenir las atenciones, y derramar los beneficios, tiene grandes dificultades que vencer; pero por esto mismo es preciso conocer que si no nos esforzamos para llegar á esta perfeccion es fácil quedemos muy distantes de cumplir con lo esencial de este precepto. Es demasiado fuerte la impresion que hace el recibir una afrenta, para que se borre con medianos esfuerzos: aborrecer al que la hizo, es un acto natural, y es forzoso violentarla para atraerla á aquella caridad generosa que de Dios y Jesucristo, á quien amamos, se estiende hasta aquellos que nos aborrecen: por esto conviene oponer muy luego al furioso ímpetu de la voluntad, el precepto y el ejercicio del amor; porque cuanto mas se arraiguen en el corazon los movimientos de la ira, menos seguros estamos de que no les aborreceremos. La necesidad del buen ejemplo y edificacion que debemos dar á nuestros prógimos, que nos mira mas atentamente despues que fuimos ultrajados, y está mas atento á nuestros procedimientos, nos obliga mas á los actos externos de caridad; y la consoladora idea de que nuestros enemigos contribuyen con su odio al aumento de nuestra virtud y mérito, hace que bien pronto los amemos con un amor verdadero, olvidando enteramente los agravios recibidos. Asi somos hijos de Dios por la imitacion de su bondad, por la adopcion de su gracia, por la educacion en sus preceptos, y por la consecucion en su heredad: porque asi como lo somos por la naturaleza y la creacion, lo seamos tambien por la gracia y la imitacion en aquello que á El le es propio: porque propio y exclusivamente suyo es, el ser por naturaleza misericordioso y benéfico (1). Ningun premio mayor pueden recibir los

(4) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

hombres moradores y formados de la tierra , que verse convertidos repentinamente en hijos del Altísimo , y hasta en los Cielos.

Como comprobante de esta eminente y preciosa doctrina añadió Jesus á sus Apóstoles, que su Padre celestial hacia nacer el sol sobre los buenos y los malos, y disponia que las nubes lloviesen igualmente sobre los campos de los justos, que sobre los de los injustos: haciendo de esta manera bien no solo á los que le aman, sino tambien á los que le aborrecen: sobre lo que dice S. Gerónimo (1): No niegues tú, lo que Dios á nadie niega, aunque sea un blasfemo ó un impío. Da sin distincion á todos no mirando á quien, sino por quien das: y haciendo bien á todos, no creas que solo á los otros aprovechas, sino que asimismo á tí te haces un gran bien: y como el amor no puede pasar mas allá que amar á los enemigos, añadió por esto; *sed perfectos como vuestro Padre celestial, que está en los cielos, es perfecto tambien.* Sed imitadores de Dios como hijos muy amados; y ejercitaos mutuamente en obras de caridad. Amaos como Cristo nos amó, y se entregó á sí mismo á Dios en oblacion y hostia de olor suavisimo (2). Por lo cual, bien apercibido y morigerado vuestro ánimo, vivid animados con la perfecta esperanza en la gracia que se os ofrece, hasta la manifestacion de Jesucristo..... pues está escrito, sed santos, porque Yo lo soy (3): con todo, esta sublime sentencia del Salvador no puede, ni debe entenderse con el materialismo del sentido con que está escrita.

El Maestro Divino ya nos esplicó por sí y por sus Apóstoles, en qué consiste esta santidad y perfeccion que exige de nosotros. El mismo se nos da y ofrece por modelo y ejemplo, y quiere que le imitemos; así lo espresó despues del lavatorio de los pies á aquellos, en la noche de su pasion, diciendo (4): *Yo os he dado ejemplo en lo que he hecho con vosotros, para que así tambien lo hagais.* Y San Pedro nos dice: Para esto fuisteis llamados á la altísima dignidad de hijos de Dios; puesto que tambien Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo, para que sigais sus pisadas. El cual no cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca: quien cuando le maldecian, no retornaba maldiciones: cuando le atormentaban, no prorumpia en amenazas (5). Y San Juan añade: Quien guarda los mandamientos, en ese está verdaderamente la caridad de Dios, que es perfecta: y

(1) Div. Hieronim. in Math. cap. 5.

(2) Div. Paul. ad Efes. cap. 5. vs. 1. et 2.

(3) Div. Petr. Ep. 1. cap. 1. vs. 13. et 16.

(4) Joann. cap. 13. v. 15.

(5) Ep. 1. Petr. cap. 2. vs. 20. 21. et 22.

por esto conocemos que estamos en El, *esto es en Jesucristo*. Quien dice que mora en El, debe seguir el mismo camino que El siguió (1). Asi que seremos perfectos é imitadores de Dios si guardamos sus mandamientos, y el gran precepto del amor de Dios y del prógimo, en que se halla compendiados todos los quilates de la moral evangélica: si nos ocupamos en hacer bien á todos los hombres sin distincion de amigos, con el fin de parecernos al Padre celestial que hace brillar su sol, y caer su agua del cielo sobre los buenos y los malos, y sobre los pecadores y los justos: y si practicamos las virtudes tan recomendadas por Jesucristo, y huimos de los vicios que nos prohibe; entonces en cuanto puede la humana flaqueza nos asemejaremos á El, ayudados con los ausilios de la divina gracia.

Si el ejercicio y práctica de todo esto es harto difícil, no es sin embargo imposible. Jesucristo ha multiplicado los conductos por donde nos comunica sus gracias para alentar nuestra flaqueza, á fin de que vencamos las dificultades que pueden oponerse al cumplimiento de los deberes que nos impone. ¿Por ventura no nos ofrece la religion millares de ejemplos de héroes que los practicaron con la mayor escrupulosidad? ¿Por qué hemos de decir que no podemos hacer y practicar lo que aquellos practicaron é hicieron? Aun consultada la sola razon natural, y la conveniencia de la sociedad en que vivimos, ninguna humana ley puede autorizar la venganza, y reprobar el perdon de los enemigos: el hombre vengativo, no es el hombre formado para vivir en la sociedad, ni menos para mantener la buena armonía y la paz indispensable para conservarla. La venganza es una pasion vil que nos arrastra: el perdon es un sentimiento generoso de virtud que nos ensalza: la venganza siempre deja un vacío funesto en el corazon vengativo, y un presentimiento amargo que acibara inhumanamente los mas dulces placeres de la vida; pero el perdon de los enemigos es un placer sabroso y dulce que le llena de satisfaccion y consuelo. Obliga con beneficios á tu enemigo, decia Séneca, y si no tiene un corazon feroz ganarás un amigo: véngate de tu ofensor y ganarás muchos enemigos. La ira nunca ganó voluntades: la paciencia y la dulzura las esclavizan todas. ¡Oh! Qué sublime y encantadora es la moral del Evangelio! Hasta los mismos gentiles aplaudieron y encargaron la importancia del cumplimiento de sus preceptos.

(1) Ep. 1. Joan. cap. 2. vs. 5. et 6.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, amador eterno de los hombres, que por el grande amor que les tienes, les diste el admirable ejemplo de amor pidiendo por ellos perdon á tu Eterno Padre, escusándoles en su presencia, y constituyéndote su abogado en el tribunal de la Divina justicia; concédeme, el que segun tus mandamientos y deseos, ame no solo á mis amigos, sino á mis enemigos, y á todos los que me aborrecen y persigen con el corazon, con la boca, y con las obras; y que les haga bien, les bendiga, y por ellos ruegue: para que por tu gracia merezca ser contado en el número de tus hijos y escogidos, con quienes eternamente te alabe en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está comprehendida en el V del Evangelio de San Mateo, desde el versículo 43 al 48; y en el VI de San Lucas, desde el versículo 27 al 36, todos inclusive.

La Iglesia usa el primero como propio en la feria sexta ó viernes primero despues de Ceniza: dice asi:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo V, vs. 43 al 48.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: habeis oido que fue dicho: amarás á tu prógimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas Yo os digo; amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian: para que seais hijos de vuestro Padre celestial: el cual hace nacer su sol sobre los buenos y los malos: y llover sobre los justos y los pecadores. Si pues solo amais aquellos que os aman, ¿qué premio habeis de tener? ¿Por ventura, no lo hacen asi los publicanos? Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? por ventura, no hacen tambien esto los paganos? Sed pues vosotros perfectos, asi como vestro Padre celestial es perfecto.





CAPITULO VI.

ESPLICA JESUCRISTO LA PUREZA DE INTENCION CON QUE DEBEN
HACERSE LAS BUENAS OBRAS.

Despues que el Maestro Divino dió tan esclentes y sublimes reglas de caridad á sus Apóstoles, demostrándoles cuanto mas pura y preciosa era la moral del Evangelio de amor que predicaba, que la que practicaban los escribas y fariseos; pasó á instruirlos en otros principios que necesitaban saber como miembros de la nueva Iglesia, de la que eran ellos como los fundamentos, y como predicadores de su nuevo Evangelio: la humildad, el espíritu de oracion, el desinterés, el abandono de sí mismos en manos de la providencia, eran unas virtudes de cuya perfeccion necesitaban; y comenzó sobre ellas su nueva leccion, encargándoles estrechamente que huyesen los escollos de la vanidad: porque es muy difícil que en el ejercicio y práctica de estas virtudes, se evite enteramente la vana-

gloria. Con una sola palabra llamó su atencion: *Atended*, les dijo: esto es, sed cautos, estad prevenidos, considerad con diligencia, y armaos contra las asechanzas de la soberbia, porque tambien el enemigo envidioso la opone á vuestras buenas obras para desvirtuarlas, y haceros perder el mérito de ellas. Si una accion no tiene de bueno sino el mérito exterior con que se viste, mas que una virtud, viene á ser un pecado. No deis pues limosna, ni practiqueis la oracion y el ayuno, con el fin de ser vistos de los hombres, y merecer sus elogios; porque asi serán estas obras muertas, y no merecerán premio alguno de parte de vuestro Padre que está en los cielos: cuando las obras se hacen por agradar á Dios, por cumplir los preceptos de su ley, y por la edificacion del prógimo, entonces adquieren el mérito, y el derecho á la recompensa y al premio; y Dios lo da cumplido, cuando las obras se hacen por su mandato, ó amor. Injusta é infundadamente espera el hombre el premio y la recompensa de Dios, si obró por amor al hombre, y no por amor á Dios; pues solo debe recibirle de aquel á quien solo deseó agradar.

Jesucristo no nos manda solamente que no hagamos nuestras obras para ser vistos de los hombres, sino que nos encarga que procuremos ocultarlas; porque no es igual procurar con estudio no ser visto, que procurar ocultar (1): sin embargo no se nos prohíbe por esto el que hagamos buenas obras á la presencia de los hombres para mayor gloria de Dios, y edificacion del prógimo; porque esto es bueno y meritorio á la presencia del Señor. Es obra de barones muy perfectos y consumados en la virtud, hecha la buena obra buscar de tal manera la gloria del Supremo autor, que solo por la alabanza que á aquel se da, se alegre el que la ejecutó: pero como es tal la debilidad de la flaqueza humana, que con dificultad acierta á despreciar perfectamente las alabanzas, es preciso que esconda y oculte las buenas obras que hace (2).

Despues que el Salvador pronunció esta palabra *Justicia* al principio de su discurso, denotando con ella todo género de buenas obras se concretó particularmente á la limosna, á la oracion, y al ayuno, prohibiendo de un modo especial que se busque en ellas la vanagloria; porque son las tres mas acometidas de este vicio. Ellas son tres obras de satisfaccion, ó satisfactorias, que se hacen por tres especies de pecados, á saber: la limosna, por los que se cometen contra el prógimo: la oracion, por los que se cometen contra Dios: y el ayu-

(1) Div. Crisostom. Hom. 49. in Math.

(2) Div. Gregor. Lib. 8. Moral. cap. 30.

no, por los que se cometen contra uno mismo. Tambien sirven estas tres obras para atacar y destruir tres raices del pecado, que estan en nuestro corazon: la limosna, destruye la concupiscencia de los ojos: la oracion, la soberbia de la vida: y el ayuno, la concupiscencia de la carne. Por esto quiere el Señor que para que no se eche á perder el mérito de estas buenas obras, no se hagan para ser vistos y aplaudidos de los hombres, sino para recibir la recompensa de nuestro Padre celestial.

Con este mismo designio añadió: Cuando haces limosna, *bien sea corporal ó espiritual*, no la hagas con estrépito y ruido, mandando tocar la trompeta, como hacen muchos; no para llamar los pobres á quienes se debe aliviar, sino para llamar la atencion del vulgo para que los aplauda. Asi lo hacen los hipócritas á la entrada de sus casas, en los lugares de concurso, y en las Sinagogas. Ellos quieren que el pueblo sea testigo de su generosidad, y quieren ser honrados por ella: pero Yo os digo en verdad que ya recibieron su paga. Querian los aplausos y alabanzas del mundo, ya las lograron: no recibirán otro premio de la mano de Dios. No se entienda empero que no es grata á Dios la limosna que se ve, sino la que se da precisamente para ser visto; y como el que asi lo hace solo busca el honor vano y transitorio, por esto pierden el eterno: recibieron el premio de su obra, les resta recibir la pena de su intencion.

No os suceda, pues, asi á vosotros discípulos mios. Cuando hicieris limosna, hacedla tan secretamente que no llegue á entender vuestra mano izquierda lo que hace la derecha: esto es, no sepa la intencion perversa, lo que hace la intencion santa: porque la izquierda denota lo malo, y la derecha lo bueno. La izquierda denota el apetito y el deleite de la humana alabanza, y de las comodidades terrenas; y la derecha, la intencion de cumplir los preceptos divinos, el amor de Dios, y la esperanza del premio celestial: y asi vuestra limosna estará escondida y en lo oculto, por lo menos en cuanto á la intencion, aunque no lo esté en cuanto á la obra: y *vuestro Padre celestial os dará por ella la debida retribucion*. Sobre lo que dice San Crisóstomo (1): Puede muy bien alguno dar limosna á la presencia de los hombres, pero no darla para hacer ostentacion de su virtud; ni para ser por esto aplaudido: y puede alguno darla en secreto, pero con deseo de que se divulgue y publique lo que al parecer hace á escondidas: asi que, no la obra, sino la intencion ó el fin con que se hace, es la que merece la corona, ó el castigo. La

(1) Div. Crisostom. Hom. 43. Oper. imperfect.

virtud consiste, pues, no en dar la limosna, sino en la voluntad con que se da, y en darla segun conviene; como acto de caridad con que se socorre al prógimo, y por agradar á Dios, por amor suyo, precisamente, y por cumplir su mandamiento. Asi la obra se ve por aquel, que ve lo escondido y secreto, y viéndola no puede dejar de premiarla; porque es fiel y veraz, y cumple todas sus promesas.

Cuanto dijo el Señor á sus Apóstoles sobre la limosna, otro tanto les repitió sobre la oracion, para que huyesen la vanagloria, y no perdiesen todo el mérito de ella. Cuando oráreis, les dijo, no imiteis á los hipócritas: ellos oran de pie en las Sinagogas, en las encrucijadas, y en los ángulos de las plazas, con el fin de ser vistos de los hombres, y tenidos por fervorosos, y los mas devotos de la nacion. En verdad os digo, que tambien recibieron ya su paga. Creed, discípulos míos, creed: ese vano honor que buscan será todo su premio, y el fruto de sus oraciones: no lo hagais como ellos. No creais que la publicidad de vuestras oraciones las hace mas gratas y aceptas al Señor, ó que le obliga á despachar mas pronto y con mejor éxito vuestras plegarias; todo al contrario: Dios reprueba y desestima semejantes oraciones. Cuando querais orar retiraos á lo interior de vuestro aposento, cerrad la puerta, y allí á solas cuando nadie os ve sino vuestro Padre Celestial, allí orad: recoged ante El vuestro espíritu, dirigidle desde la soledad vuestros ruegos y oraciones, y El será vuestro consuelo y vuestro premio. Básteos que aquel que es solo el escrudiñador de los corazones (1), sea el solo conocedor de vuestra oracion; y conociendo que en ella solo buscáis su gloria, El procurará vuestro provecho.

Sagaz y astuto el engañador comun suele tambien persuadir á los hombres que oren en secreto, para que cuando los demas conozcan su abstraccion y retiro, les prodiguen por ello mayores alabanzas: y entonces el que así ora, mira antes á los hombres que á Dios: y su oracion es infructuosa y vana, porque aspira á dos alabanzas: una porque ora, y otra porque ora en secreto. Pero cuando el que ora lo verifica en público, y no tiene presente sino á Dios, y su entendimiento, y los afectos y deseos de su voluntad estan fijos en Dios, entonces puede decirse que ora en secreto (2), porque el que tiene su corazon escondido en Dios, en secreto tiene todo lo que hay en él.

Previene Jesucristo á sus Apóstoles que para orar entren en su

(1) Ps. 7. v. 10.

(2) Div. Crisostom. Hom. 13. Oper. imperfect.

apósito; esto es, en el secreto de su corazón; y que cierren la puerta, esto es, á los sentidos de la carne, por los que los objetos y afectos esternos se introducen con audacia y frecuencia, turbando fuertemente á los que oran, con la multitud de ilusiones fantásticas que les presentan; para que cerrada así la puerta del entendimiento, y recogidas las fuerzas del espíritu, la oración espiritual se verifique en lo mas íntimo del corazón, y se dirija con mas fervor á Dios. Cuanto mas desprecia la criatura lo que está fuera de sí, mas se recoge interiormente, mas se enfervoriza en la oración, y mas se acerca á Dios por la contemplación: entonces ora en secreto, y desde el escondido retrete de su corazón, sube su oración hasta el trono de Dios su Padre, y de El recibe su premio.

Tampoco en la oración debeis guardar la costumbre de los gentiles y paganos, los que hablan mucho cuando oran, porque creen que así obligan mas á Dios, y que por sus estudiados discursos han de alcanzar mas, y mas pronto lo que le piden: ellos dirijen sus ruegos á los dioses que se fabrican, que no tienen ojos para ver, ni oídos para oír, ni entendimiento ni voluntad para retener y premiar; y como les consideran poco instruidos en sus necesidades, por eso forman largas arengas para obligarles, y moverles con su elocuencia. Nada hables inconsideradamente, ni sea ligero tu corazón en proferir palabras indiscretas delante de Dios, dice el Eclesiástico (1): porque Dios es el Señor que está en el Cielo, y tú un vil gusano sobre la tierra: sean pues pocas y muy meditadas tus palabras.... porque el que mucho habla, siempre pronuncia necesidades. El Señor oye prontamente el deseo de los mansos y humildes, y no se le ocultan sus gemidos (2). De lejos penetra los pensamientos, averigua los pasos, y las medidas de los hombres: prevé todas sus acciones, aunque la lengua no pronuncie una palabra (3). Mas no por eso condena el Salvador la oración larga, ó que dura mucho tiempo, porque El mismo pasaba con frecuencia toda la noche en oración, y constituido en la agonía en el huerto de las olivas oraba mas largamente: sino que condena el uso de largos discursos en la misma, á semejanza de los gentes.

No puede en manera alguna parecer extraña á los verdaderos creyentes esa doctrina del Salvador. El hombre ilustrado por la fé, sabe bien que Dios es inmenso, infinito, y eterno en todos sus

(1) Eccli. cap. 5. vs. 1. et 2.

(2) Ps. 39. v. 10.

(3) Ps. 103. vs. 3. et 4.

atributos y perfecciones; que todo lo llena con su inmensidad, con su magestad y grandeza, y que por consiguiente nada se le oculta de todo cuanto ocurre en el universo, y que es espectador de la conducta de los hombres, y de los secretos y mas ocultos pensamientos de su corazon, y que en la mas profunda soledad, y en el mas obscuro retiro, el Señor todo lo ve y oye: animado de esta confianza derrama su corazon á la presencia del Altísimo, y sin estrépito de palabras implora confiado la divina clemencia imitando la conducta de los Santos, y la de los verdaderos y humildes penitentes. Por tres causas ó motivos, quiere Dios que usemos de la oracion vocal; y son, para que honremos á su Magestad Divina con el corazon, con la boca y con las obras. Quiere Dios que le roguemos, para que no tengamos por cosa de menor cuantía todo lo que nos dá: y para que adorándole por esto mismo y rogándole mas y mas, merezcamos tambien mas con nuestros ruegos y súplicas.

Conviene que á Dios roguemos dice San Crisóstomo (1), no porque le enseñemos algo que no sepa, sino para obligarle, y familiarizarnos mas con El, con la frecuencia de la oracion: para humillarnos en su divina presencia con la memoria de nuestras culpas y pecados; y para que por medio de la significacion de las palabras sea mayor nuestra compuncion, y la elevacion de nuestro entendimiento á Dios; porque el hombre se eleva al Señor unas veces por la meditacion, y otras por la filial y afectuosa expresion con que le habla. San Agustin cierra al parecer con llave maestra esta importante doctrina (2). Cuando rogamos á Dios, dice, es preciso tener mas piedad que loquacidad; porque una cosa es hablar mucho, y otra amar mucho: mas se adelanta en la oracion con gemidos, que con palabras; mas con lágrimas, que con expresiones: pero esto debe entenderse de las oraciones privadas y particulares, mas de ninguna manera de las públicas, porque estas deben hacerse con palabras para que puedan percibirse de los demas.

Entrar pues debe el hombre en comercio con su Magestad Divina, por medio de la oracion, porque animada asi su confianza le propone con mas cariño sus necesidades; asi el mas amoroso Padre oye las humildes súplicas de sus hijos, y derrama sobre ellos el socorro que le piden; y asi tiene el gusto de ser buscado de unos hijos sinceramente amados; y llena despues sus grandes y vehemen-

(1) Div. Crisostom. Hom. 49. in Math.

(2) Div. Agustin. lib. 2. de Sermon. Dm. cap. 7.

tes deseos, colmándoles de los consuelos y gozos, que rogándole en el secreto de su corazón supieron merecer.

ORACION.

Señor mio Jesucristo: Que en todas tus obras nos diste el mas grandioso y admirable ejemplo de humildad, y nos enseñaste á huir la soberbia y la vanagloria: guárdame y fortaléceme por dentro y por fuera contra las asechanzas de tan mortales vicios, para que por ninguna parte tengan entrada en mi corazón los enemigos de mi alma: y concédeme asimismo la gracia de que en la limosna, la oracion y en todas las buenas obras que haga, nunca busque la alabanza humana, ni el favor de los hombres; sino que las practique puramente por la gloria de Dios, y la edificacion del prógimo; ni que jamás piense ni presuma gloriarme de ellas, no fuese cosa que recibiendo aquí por premio la alabanza de los hombres, me viese privado de recibir los premios celestiales, y fuese condenado á los tormentos eternos; de los que tu misericordia me libre. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo, corresponde al VI, de San Mateo, desde el versículo 4.º al 8. ambos inclusive.

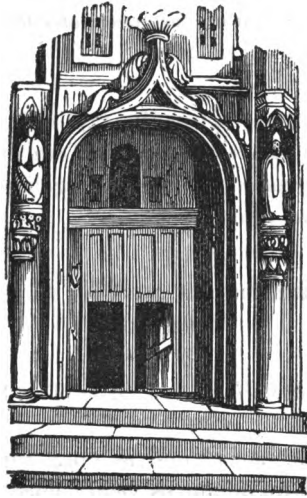
La Iglesia lo usa como parte del Evangelio de la Misa de la feria VI despues de Ceniza, dice asi:

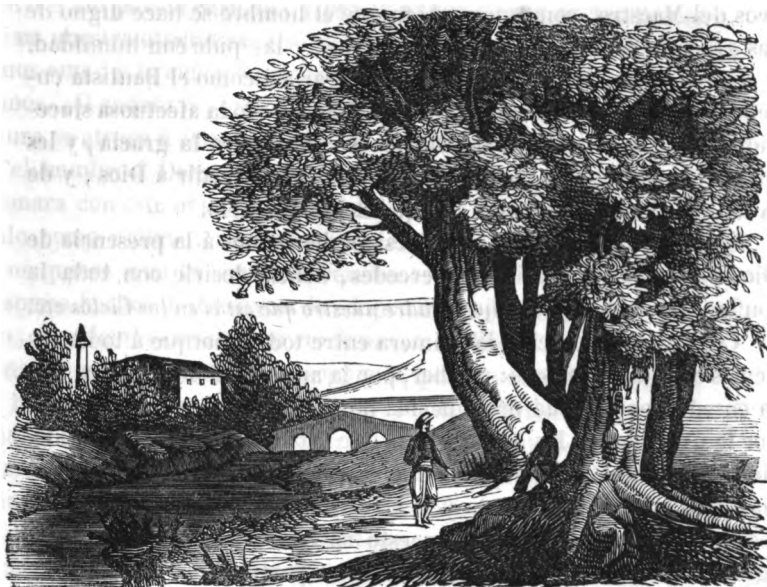
PORTE DEL EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA VI DESPUES DE CENIZA.

San Math. cap. 9, vs. 1 al 8.

Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean, porque asi no recibireis el premio de vuestro Padre, que está en los cielos. Asi pues cuando das limosna, no quieras publicarla á son de trompeta, como hacen los hipócritas en la Sinagoga, y en las calles, á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas cuando tú des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta y tu Padre, que ve lo mas oculto, te lo recompense. Asimismo cuando orais, no habeis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen á orar de pie en las Sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres: en verdad os digo, que ya recibie-

ron su recompensa. Tú, al contrario, cuando hubiéres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto á tu Padre, y tu Padre que ve lo mas secreto te premiará. En la oracion no afecteis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan ser oídos á fuerza de palabras. No querais pues imitarlos, que bien sabe vuestro Padre lo que habeis menester, antes de pedirselo.





CAPITULO VII.

**DE LA ORACION DOMINICAL, Y DE LA PUREZA DE INTENCION QUE
SE DEBE TENER EN EL AYUNO.**

Despues de haber dado el Salvador á sus Apóstoles tan útiles y saludables documentos para que no perdiesen el mérito de sus buenas obras, como necesarios para que hiciesen con fruto su oracion, parece que se retiró algun tanto de ellos, y se puso á orar. No pueden decirse ni aun comprenderse las inundaciones de luces que cubrian el rostro y el cuerpo sacratísimo de Jesus, siempre que por medio de la oracion trataba con su Eterno Padre del importantísimo negocio de la salvacion de los hombres, que habia tomado á su cargo: lo que observado atentamente por los Apóstoles, al levantarse el Divino Maestro de orar, fué invitado por ellos para que les enseñase el modo como debian hacerlo: porque no dudaban de que en la oracion recibirian sus espíritus las luces y consuelos que necesitaban, para llenar cumplidamente las importantes obligaciones que les imponia el empleo á que Jesus los habia elevado. Previnieron los de-

seos del Maestro, como que sabian que el hombre se hace digno de las gracias, cuando las desea con fervor, y las pide con humildad: y así le dijeron: Maestro, enséñanos á orar así como el Bautista enseñó tambien á sus discípulos. Como el Señor vió la afectuosa sinceridad con que lo pedian, no difirió el concederles la gracia, y les instruyó en el mismo instante de lo que debian pedir á Dios, y de la fé, humildad y confianza con que debian pedirlo.

Cuando os humillareis con vuestros hermanos á la presencia de Dios para pedirle gracias y mercedes, debeis decirle con toda la confianza de verdaderos hijos: *Padre nuestro que estás en los Cielos etc.*

Colócase esta oracion la primera entre todas, porque á todas las demas aventaja y escede: á saber, por la autoridad del Maestro que la enseñó: porque fué pronunciada por la propia boca del Salvador: por la precision de los términos en que está concebida: por la suficiencia de las peticiones que contiene, pues comprende las necesarias para la felicidad de esta y la otra vida: y por la fecundidad de los misterios que encierra: por esto se repite tantas veces por la Iglesia en comun, y por sus miembros en particular.

Ensánchase nuestro corazon cuando llamamos á Dios nuestro *Padre*, y llegamos á él con la confianza que un hijo llega al que le dió el ser. Este nombre amoroso mueve sus entrañas de misericordia, y le obliga á prestarnos una cariñosa atencion. *Nuestro* le decimos, y lo es verdaderamente, no solo porque nos crió, nos mantiene, y conserva, sino porque lo es tambien de un modo mas perfecto por la gracia de adopcion que nos mereció el mismo Jesucristo, por la que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria. *Nuestro*, y no mio, porque aunque somos hijos de Dios con un modo tan admirable, ninguno lo es con la propiedad que Jesucristo Hijo de Dios vivo, que tiene la misma naturaleza que su Padre; y por esto El solo es el que con toda propiedad puede llamarle Padre mio. *Nuestro* en fin, quiere que le digamos aun cuando oramos en particular, para que en nuestra oracion tengamos presentes á nuestros hermanos, y nos persuadamos de que todos no formamos mas que un cuerpo místico, cuya cabeza es el mismo Jesucristo, que nos dió á su Padre por Padre nuestro.

Esta misteriosa oracion tiene ocho partes, á saber: La primera la captacion de la benevolencia de Dios, á la que siguen siete peticiones. Esta benevolencia se grangea de la parte del rogado llamándole *Padre*, de parte de los que ruegan diciéndole *nuestro*, y de la parte de los que asisten continuamente á la presencia del rogado, añadiendo *que estás en los Cielos*. De Dios somos hijos por la

fé: se nos dió por la caridad, y por la ayuda de sus cortésanos se reanima nuestra esperanza. *Padre*, en quien creemos; *nuestro*, porque nos ama, y le amamos; *que estás en los Cielos*, porque de El esperamos. ¡O cuánta fé, y cuánta confianza es necesaria para que la hechura se atreva á llamar Padre al Hacedor, la criatura al Criador, el hombre á Dios. Jamás en la antigua ley permitió Dios que se llamara con este nombre. Hacíase llamar Señor, y trataba á su pueblo como esclavo: mas ahora quiere se le llame Padre, porque no quiere que le sirvamos con temor, sino con amor, porque somos hechos hijos suyos de adopción por la Sangre de Jesucristo, y podemos decirle con confianza, ¡oh Padre mio! (1). Así tenemos una seguridad de conseguir lo que le pediamos: porque, ¿qué ha de negar á sus hijos, el que antes de pedirle los elevó á la dignidad de tales? Desde el instante feliz en que á ella fuimos sublimados ya no tienen los ricos y poderosos de la tierra por qué despreciar á pobrecillos y humildes, porque todos tiene igual derecho para decir, *Padre nuestro que estás en los cielos*.

En el Cielo está y en todas partes por esencia, por presencia, y por potencia, y en todas partes está todo entero, porque es infinito, inmutable, omnipotente, é inmenso; pero se dice *que estás en los Cielos* porque allí es donde hace una mas pomposa ostentación de su gloria; y allí es donde nos tiene prevenida nuestra bienaventuranza, porque ella es la preciosa heredad de todos los que son llamados hijos de Dios.

Conseguida así y ganada la benevolencia divina, se dirigen á Dios en esta oración siete peticiones las mas conducentes á su gloria, y las mas necesarias y provechosas para nuestro bien. La primera es, que *sea santificado su nombre*: esto es, que sea conocido y reverenciado por santo por todas las criaturas del cielo y de la tierra. Que las que en la tierra vivimos, alcancemos y tengamos una vida santa, como la tuvieron sus siervos y escogidos, que alumbre y vivifique todo el mundo; sirviéndole con tanto amor y temor, con tanta religion y vigilancia, que manifiesten nuestras obras la gloria de su nombre santo: que todos los corazones se unan para amarle, que todas las lenguas se junten para bendecirle y alabarle, y que todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno doblen la rodilla para adorarle: porque El solo es el Dios santo, fuerte, omnipotente, y celoso de su honra y de su gloria.

Adviértase empero que cuando le decimos que sea su nombre

(1) Div. Augustini. lib. 12. de Serm. Dm. in mont. cap. 8.

santificado, clarificado y engrandecido, no hemos de pedir que lo sea en sí mismo, como si hubiera de sobrevenirle un nuevo título ó motivo de santidad, por ser esto absolutamente imposible; porque El es santo por esencia y naturaleza; y así es infinito, y eternamente santo: sino que hemos de desear, que su santidad brille cada vez mas en sus criaturas, y en las obras que estas hacen; porque todas ellas deben hacerse á mayor gloria de Dios, como dice San Pablo (1). Digna es por cierto esta oracion, de aquel, que antes que nadie podia llamar á Dios su Padre, y nada mas propio de tal hijo, que interesarse por la gloria de su Padre Dios. *Sea santificado su nombre* en la conversacion de los hombres, y al contemplar estos la hermosura del cielo, den gloria al que tan admirablemente hace resplandecer en ellos su virtud (2); y consérvese, y confírmese en nosotros la noticia de la Paternidad del Padre, y de la generacion del Hijo por la fé, para que mas conocidos el uno y el otro, sean mas temidos, honrados y glorificados

Venga á nos el tu reino: esto es, reinad Señor ahora por gracia en nuestros corazones: estableced en ellos vuestro reino: destruid en nuestro interior, y en todo el universo el reino del demonio y del pecado; triunfad de todos vuestros enemigos y reinad en nosotros con tan soberano imperio, como reinais en el cielo á la presencia de los Angeles. Reconozcan todos los hombres vuestro dominio, y sepan que vuestro reino no tiene límites, y que su duracion no ha de tener fin. ¡Oh Padre eterno! Padre celestial y divino. criador de los ángeles y de los hombres, haced que las naciones que aun no os conocen se unan á nuestros adoradores; para que vivamos todos juntos en vuestro imperio, y bajo el reinado de Jesucristo vuestro divino Hijo, á quien enviasteis; hasta que llegue el dia que teneis destinado para entrarnos en la posesion del reino celestial, que Jesucristo nos ganó con su pasion y muerte: diríjase á El todos nuestros deseos, ya que nos compró en el precio infinito de su sangre: y reine en nosotros acá en la tierra, para que despues eternamente reinemos con El en el cielo: porque es imposible que con El reinemos en la gloria, si no viene primero á reinar en nosotros por su gracia (3).

Hagase tú voluntad, así en la tierra como en el Cielo: esto es: Haced Señor, que sean á vuestra Divina presencia tan eficaces nues-

(1) Div. Paul. Epist. 1.^a ad Corinth. cap. 10. v. 31.

(2) Div. Grisost. Hom. 20. in Math.

(3) Idem. Ibidem.

tros ruegos por la union de los méritos infinitos de Jesucristo, que por ellos nos concendais, que todos los hombres sin distincion de judios y gentiles se sometan con el debido rendimiento á vuestra Soberana autoridad; y que como todos los Angeles os obedecen en el cielo, asi se porten tambien en la ejecucion de vuestra santa voluntad todas las criaturas que viven en la tierra; unidos todos inviolablemente á Vos, conformados con vuestros divinos preceptos, sirviéndoos sin culpa para que eternamente os gocen. *Hágase tú voluntad*, asi como en los justos, tambien en los pecadores; para que se conviertan á tí único Dios vivo y verdadero, y todos te obedezcan, en tí crean, y de tí esperen todo aquello que les convenga; bien sea prospero ó adverso; firmemente persuadidos de que aquella es tu voluntad. *Hágase*, asi como en el espíritu, tambien en la carne; para que esta no se rebele contra aquel, sino que como el espíritu bueno no te resiste, asi el cuerpo no resista al espíritu, y ni uno ni otro á tí; para que aborrezcan, todo lo que tú aborreces; amen todo lo que amas; y cumplan, todo lo que mandas.

Hacer la voluntad de Dios, es hacer todo lo que Jesucristo hizo, y nos enseñó á practicar con sus doctrinas y ejemplos: humildad en la conversacion, estabilidad en la fé, modestia en las palabras, justicia en las obras, misericordia en nuestros hechos y deseos, moderacion en las costumbres, no injuriar á nadie, sufrir con paciencia las injurias, tener paz con los hermanos, amar á Dios porque es Padre, temerle porque es Dios: no preferir ni anteponer nada á Cristo, porque nada antepuso á nosotros: unirnos inseparablemente á El por la caridad; estar junto á su Cruz con confianza y fortaleza: y cuando se trate de su honor y de la gloria de su nombre, tener en el certamen constancia para confesar, fé entre los tormentos para resistir; y paciencia en la muerte para recibir la corona. Esto es, querer ser heredero de Cristo; esto es, hacer lo que enseñó é hizo Cristo: esto es, en fin, hacer y desear que se haga la voluntad de su Padre (1).

Hasta aqui nos enseñó Jesucristo á suplicar á su Padre todo aquello que á su mayor honra y gloria conducia; y despues quiso que le representasemos nuestras necesidades pidiéndole el alimento necesario para mantener la vida del cuerpo, y la del alma; diciéndole: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy*. ¿Pèro qué pan es este que quiere que pidamos todos los dias á su Padre? No es solo el pan material, de que cada dia necesitamos para la vida del cuerpo, sino el

(1) Div. Ciprian. tract. De orat. Dominic.

pan espiritual que sustenta el alma, cuya sustancia es superior á todas las demas sustancias; el pan vivo que nos sirve de prenda, y despues nos servirá de viático para la vida eterna á que aspiramos. Ademas de este pan material y espiritual, quiere Dios que con esta peticion le pidamos cuanto es necesario y propio para nuestro sustento: y quiere que se lo pidan todos, pobres y ricos; los pobres porque no lo tienen; los ricos, porque tengan presente que han recibido superabundantemente de Dios, de quien depende su conservacion, y que por lo mismo deben repartir lo sobrante con sus hermanos pobres; y que es bien le pidan, para que despues no les falte. Todo lo que nos da Dios, bien sea por medio de la oracion, bien sea por medio del trabajo, no nos lo dá solo para nosotros; sino para que lo partamos con los demas: asi pues el que de lo que adquiere con su trabajo no presta ó dá á los necesitados, no solo come su pan, sino el ageno. A aquel da Dios pan, que se lo adquiere con justicia, esto es, con un trabajo honesto: á aquel empero que se lo adquiere con el pecado, se lo da el diablo (1). Quiere Dios que le pidamos pan, no carnes, ni pescados, ni otras cosas superfluas, sino tan solamente aquello que es para la vida necesario; lo que está bien significado por el pan: porque como dice el Eclesiástico (2), lo esencial para la vida del hombre, *es agua y pan*.

Dánosle hoy: porque nada podemos tener por nosotros mismos, á no ser que nos lo dé aquel que da de comer á toda carne; asi al tomar alimento debe el hombre pensar que Dios es el que se lo da por su propia mano. *Hoy:* esto es, el que para hoy nos baste; porque ignoramos si á mañana llegaremos. O asombrosa sabiduría de Dios, y admirable providencia, que nos enseñó á pedirle solamente pan, y solo para hoy; para que de un golpe se arrancasen de nuestro corazon la codicia, la avaricia y hasta la esperanza de vivir mañana: y en la gloria no se quitará el alimento espiritual á los que lo merecieron, el que consiste en la fruicion beatifica de Dios, con la que se saciarán eternamente, segun lo que dijo David (3): *quedaré plenamente saciado, cuando se me manifestará tu gloria*.

Y perdónanos nuestras deudas, asi cómo nosotros perdonamos á nuestros deudores. Sabia bien Jesucristo que todos eramos pecadores, por esto, cuando enseñó á sus Apóstoles á orar intercaló esta gran-

(1) Div. Crisostom. Hom. 14. Oper. imperfet.

(2) Ecli. cap. 29. v. 28.

(3) Ps. 16. v. 15.

de é importantísima súplica en aquella oracion, á fin de que, el mismo bien que compungidos pedimos á Dios para nosotros, convertidos á Su Magestad Divina lo pidamos tambien para nuestros prógimos (1). Nos enseñó á orar para que llamando á las puertas de la misericordia de Dios nuestro Padre, le pidamos el perdon de nuestras culpas, y de las deudas que por ellas hemos contraido: el que nos prometió el perdon, nos impuso tambien una ley obligándonos á una condicion, sin cuyo cumplimiento no solo no será oida nuestra súplica, sino que ella será nuestro fiscal en el tribunal de la Divina justicia. Dios en cierto modo nos hace árbitros y jueces de nuestra propia suerte: de nosotros quiere recibir la medida de su perdon é indulgencia. Si nosotros somos prontos en perdonar á nuestros hermanos las faltas que contra nosotros cometieron, nuestro Padre celestial nos perdonará pronta y benignamente las que contra El hubieremos cometido: pero si por desgracia nuestra fuésemos iracundos, vengativos é inflexibles contra nuestro prógimo, Dios lo será contra nosotros, y nos exigirá con el mayor rigor la paga de nuestras deudas (2).

No nos enseñó Jesucristo á pedir primero perdon á su Padre, obligándonos nosotros á perdonar despues de obtenido el nuestro; sino que quiso que el pedir el perdon, y el ofrecerle nosotros, fuese simultáneo; y asi decimos, perdóname Señor como yo perdono; porque si asi no lo hacemos, es lo mismo que si dijéramos: No me perdones, Señor, porque yo perdonar no quiero. Niégame Dios tu clemencia, porque yo la mia niego. No quiere Dios que lo aguardemos para despues. Sabe Su Magestad que todo hombre es mentiroso, y que si recibieren el perdon de su deuda antes de perdonar ellos, no perdonarian despues: por lo mismo los que tuvieron la desgracia de ser ofendidos del prógimo, deben dar gracias al ofensor, juntamente con el perdon de la ofensa, porque con tan poca cosa como le ofrecemos, nos proporciona el ganar un tesoro inmenso de misericordia. Nuestras deudas son muchas y grandes á la presencia de Dios, y todas se nos perdonan, por un pequeño perdon que demos. Ved ahí, esclama San Agustin, cuanto aborrece Dios el odio y la venganza que tenemos contra nuestros hermanos, cuando solo con la condicion de perdonar las injurias recibidas, nos ofrece el perdon de nuestras deudas (3). San Anselmo añade: No tendrás indulgencia, si no la die-

(1) Div. Gregor. lib. 40. Moral. cap. 44.

(2) Div. Ciprianus. Trac. De Orat. Dominic.

(3) Div. Agustin. lib. 2. De Sermon. Domini.

res, ó no la tuvieses con tu prógimo (1). Y Séneca, aunque gentil, decia : Perdona siempre á los demas; á tí mismo nunca.

Y no nos dejes caer en la tentacion : para que la carne no nos sumerja para siempre por los deleites con que nos tienta : el mundo no nos abraze por los deseos : y el demonio no nos pierda por las iniquidades. Dános Señor la sabiduría para que no caigamos indiscretamente en los lazos que el enemigo de nuestra salud pone á nuestras almas : danos valor para resistir sus asaltos, para vencerle, y ahuyentarle cuando claramente nos hace la guerra. No nos envíes aflicciones y calamidades, que sean para nosotros ocasion de espantosas caidas; que puedan causar en nuestras almas el olvido de tu Magestad y de nuestras obligaciones. No permitas que nos veamos reducidos á miseria y necesidad tan estrema, que nos provoque á murmurar de tu bondad, que nos incite á la desesperacion, y que altere ó nos haga perder la fe; y ya que le complaces en ponerla á prueba por medio de la tentacion, nunca permitas que seamos vencidos por ella.

Mas libranos de mal. Amen. Es tal y tan grande nuestra flaqueza y miseria que sin Vos, oh Dios omnipotente, nada podemos; sucumbimos vergonzosamente cada dia y cada instante bajo el peso de nuestra propia flaqueza, y por todas partes nos amenazan muchos males: libranos Señor de todos ellos. De los de este mundo, en cuanto sea necesario para nuestra salud; y ap los del infierno donde ejercita su poder el príncipe de las tinieblas, y donde no habrá jamás remision para el pecado, ni consuelo para el pecador. Libranos del mundo, del demonio, y de la carne: del hambre, de la peste y de la guerra; y de todos los azotes bien sean temporales, bien sean eternos, que una y mil veces hemos merecido por el abuso que hacemos de tus misericórdias y beneficios. Libranos de toda culpa, porque ella es el peor de todos los males: libranos de toda pena: de todo mal visible é invisible: de todo mal pasado, esto es, merecido por las culpas pasadas; y de todo mal presente, para no incurrir en la pena futura, que es el mal futuro de que tambien deseamos que nos libres. *Amen.* ¿Y de qué servirá, Señor, que suplicándote la criatura diga *amen* al fin de sus oraciones, si Tú mandando revestido de tu omnipotencia, no dices tambien *amen*, concediéndole todo lo que te pide? Di *amen* Dios mio, esto es, concedido está lo que me pides; *hágase*: *Fiat*: ¡O magnífica y eficazísima palabra! Con ella oh Padre eterno y sumo creaste todas las cosas en el principio. *Dijiste, y todo quedó hecho; mandaste, y todo queda crea-*

(1) Div. Anselm. in Math.

do. Con esta misma palabra reparaste nuestra caída, cuando aquella Purísima, Santísima, é Inmaculada criatura que elegiste para Madre de tu Hijo dijo al ángel que le enviaste, *hágase en mí, segun tu palabra.* O palabra saludable! O palabra omnipotente! O palabra de admirable eficacia! O Jesus mio, Verbo del Padre, palabra de vida y de consuelo, completa Tú mi oracion, perfecciona mis palabras, dictadas y enseñadas por Tí. O dulce amor mio! O dulce palabra! O dulce *amen!* Hágase todo Señor segun tu voluntad.

Todavía despues de esta oracion hizo notar Jesus otra vez á sus discípulos la obligacion que ella misma les imponia de perdonar á todos los que les ofendiesen, pues que sin esto no podian alcanzar el perdon de sus culpas; porque Dios su Padre tenia resuelto tratarles de la misma manera que ellos tratasen á los demas; de modo que parece, que en esta oracion hacemos pactos con Dios, y que si faltamos á lo pactado no solo no es meritoria ni fructuosa nuestra oracion, sino que se convierte contra nosotros. Tal es la ley que Dios impuso al hombre, y que el hombre se impone á sí mismo: ser tratado como tratase, y recibir gracia, si la hiciese.

A la oracion y á la limosna añadió el Maestro Divino el ayuno, que debe ser el compañero inseparable de aquella, y como su principal fundamento. No consiste la felicidad del hombre en amontonar oro y plata, ni en acumular riquezas sobre la tierra: no es eso lo que atrae sobre su cabeza las bendiciones del cielo. Una oracion fervorosa, acompañada de la limosna, y sostenida por el ayuno este es el manantial de los méritos de una alma fiel, y la llave de los tesoros de Dios. El ayuno empero tiene tambien como la oracion sus cualidades y condiciones. Cuando ayunais, no imiteis á los hipócritas, cuya virtud no está en el corazon, sino en el semblante: no ayuneis para manifestar vuestra austeridad en la atenuacion y palidez de vuestro semblante, y en la debilidad y flaqueza de vuestro cuerpo; sino para manifestar á Dios la humildad de vuestro corazon, y el deseo de aplacar su justicia por la sincera y verdadera mortificacion de la carne. Soberbios aquellos ambicionan la admiracion y aplausos de los hombres, publicando con un exterior triste y un aspecto macilento el ayuno á que se dedican para ser tenidos por virtuosos. En verdad os digo que los aplausos y admiraciones que consigan, serán todo su premio y recompensa: obtendrán la reputacion de hombres mortificados, pero ningun mérito tendrán para con vuestro Padre celestial: antes al contrario, por la páfida simulacion que usaron, obtendrán la condenacion eterna que no temieron.

:

Obsérvese detenidamente la espresion con que el Salvador instruye á sus Apóstoles, y se colegirá con facilidad cuan breve es y momentánea la alabanza que adquieren los hipócritas por su aparente y simulada mortificacion; pues dice: *En verdad os digo, que ya recibieron su premio*: no dice reciben, sino recibieron, porque el gozo de su premio es tan pasajero y veloz, que cuasi nada tiene de presente. Esto mismo habia dicho Job (1) en medio de sus dolores contestando á uno de sus amigos: *Una cosa sé, y es, que desde el principio, desde que el hombre fué puesto sobre la tierra, la gloria de los impios dura poco, y el gozo de los hipócritas no es mas que un momento*. Asi que, cuando ayuneis vosotros para aplacar al Señor, ungid, ó perfumad vuestras cabezas; lavaos bien la cara para que resalten los colores; para que no reparen en vosotros los hombres: y cuando os miren, no adviertan la austeridad de vuestra vida; pero sabed que por mas que oculteis vuestra penitencia y mortificacion, vuestro Padre la descubrirá y verá; para El nada hay oculto, y premiará oportuna y largamente la piedad que anima vuestro ayuno, y la humildad con que procurais esconderlo. El Señor no prohibe ni condena la tristeza de la penitencia por los pecados, sino la tristeza fingida para merecer aplausos: y asi como esta recibirá castigos; aquella merecerá premios, unos y otros eternos; pues dicho está por el sabio (2) que *Dios dará á los justos el galardón de sus trabajos*.

Despues de tan graves y tan sublimes intenciones pasó el Maestro Divino á darles otra de no menos sublimidad é importancia; tal fué, el enseñarles á huir la terrible pasion de la codicia que tanto consume á los hombres llevándoles siempre afanados por adquirir y amontonar bienes en la tierra, señalándoles un caudal inagotable de liberalidad, no en las riquezas, y en la abundancia, que no siempre hacen generosos á los hombres que las poseen, sino en el desinterés y en la pobreza misma, donde los que confían en Dios encuentran siempre el remedio de sus necesidades. No queráis, les dijo, juntar grandes tesoros en la tierra, porque los consume la polilla, los roen los gusanos, y los ladrones los roban: atesorad tesoros para el cielo, ponedlos en manos de vuestro Padre celestial, depositadlos ó escondedlos en el seno del pobre y del necesitado, y estad seguros de que allí, ni los consumirá la polilla, ni los roerán los gusaus, ni los robarán los ladrones. Bien seguro está en el se-

(1) Job. cap. 20, vs. 4. et 5.

(2) Sap. cap. 10, v. 17

no de Dios todo lo que depositeis en la mano del pobre : los tesoros espirituales no los arrebatara la mano sacrilega del ladrón ; la caridad para con los hombres, recibe su mas precioso esmalte de la confianza en Dios ; sobre todo lo que dice San Crisóstomo (1). ¿ Qué diré de aquel mandato tan precioso por el que nos manda el Señor no atesorar tesoros en la tierra, lo que seguramente hacen muy pocos ? No parece sino que al oír los hombres el precepto, todos lo entendieron al revés ; y se dan tanta prisa en acumular riquezas sobre la tierra, que parece que se han vuelto locos ; y que estan poseidos de un rabioso frenesí que de tal manera les pega á la tierra, que les hace olvidar enteramente el cielo. Conviértanse los bienes temporales, transitorios y perecederos, en bienes espirituales y eternos, y no haya miedo que se consuman ó desperdicien. No atesoremos, pues, bienes en la tierra que hemos de dejar un dia para no volver á ella ; sino en el cielo , donde debemos anhelar quedar para siempre. San Gerónimo añade (2): es una necedad muy grande esconder los tesoros en un lugar de donde hemos de salir, y no mandarlos delante nosotros á la patria donde siempre hemos de vivir. Coloca, oh hombre , tus riquezas y toda tu sustancia , allí donde tienes la patria. Y San Gregorio concluye (3): los justos no quieren edificar, ni atesorar riquezas en la tierra, porque se conceptuan huéspedes y peregrinos en ella ; y como esperan gozarse en su propia patria, no quieren felicidades en la ajena. Los tesoros en la tierra arrastran el corazón de la criatura hácia la tierra, y nada le permiten esperar del cielo, y ni aun levantar la vista para mirarle : y para qué ha de levantar á él sus ojos el que nada tiene allí depositado (4). No teniendo bienes sino en el cielo, allí estará siempre nuestro corazón: Dios solo será su dicha y su premio.

ORACION.

Padre nuestro, escelso en la creacion, suave en el amor, rico por tu eterna é inmensa heredad. Que estás en los cielos: espejo de la eternidad, corona de la alegria, tesoro de la felicidad. Santificado sea tu nombre: para que sea miel en nuestra boca, melodia en nuestro oido, devocion en nuestro corazon. Venga á nos el tu reino ; feliz, sin mezcla

(1) Div. Crisostom. Lib. De Compunctione cordis. tom. 5.

(2) Div. Hieronim. in Math.

(3) Div. Gregor. lib. 12. Moral.

(4) Div. Crisostom. Hom. 15, oper. imperfect.

de males; tranquila, sin que jamás se perturbe; seguro, sin que haya miedo de perderse. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; para que aborrezcamos, todo lo que Tú aborreces; amemos, todo lo que Tú amas: y cumplamos, todo lo que á Ti te agrada y deseas. El pan nuestro de cada día dánosle hoy: á saber, el pan de la doctrina, de la penitencia, y de la virtud. Y perdónanos nuestras deudas: esto es, los pecados que contra Ti hemos cometido, contra el prógimo, y contra nosotros mismos. Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: que nos ofendieron con palabras y obras, en nuestras personas, y en nuestras cosas. Y no nos dejes caer en la tentación: del mundo, del demonio, y de la carne. Mas libranos de mal: presente, pasado, y venidero. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo correspondiente al VI de San Mateo desde el versículo 9 hasta el 21 ambos inclusive.

La Iglesia usa desde el versículo 16 hasta el mismo 21, como propio de la feria cuarta de Ceniza; uno y otro dicen así.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo VI, vs. 9 al 15.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ved ahí el modo como habeis de orar: Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre. Venga á nos el tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas libranos de mal. Amen. Porque si perdonais á los hombres las ofensas que cometen contra vosotros, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Pero si vosotros no perdonais á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados.

EVANGELIO DE LA FERIA VI DE CENIZA.

San Mateo, cap. VI, vs. 16 al 21.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Cuando ayuneis, no os pongais caritristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros, para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su galardón. Tú al contrario, cuando ayunes perfuma tu cabeza, y lava bien tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre, que está presente

á todo, aun lo que hay de mas secreto: y tu Padre, que ve lo que pasa en secreto, te dará por ello la recompensa. No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consume: y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma: ni tampoco ladrones que los desentierren y robén: porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.





CAPITULO VIII.

DE LA CONFIANZA EN DIOS, Y DEL DESPRECIO DE LOS CUIDADOS DE LA TIERRA.

Despues que el Maestro Divino procuró arrancar del corazon de sus discípulos no solo el apego de las riquezas perecederas, y el afecto á las vanidades de la tierra que cautivan el corazon, sino tambien la aficion á todo lo que es terreno, caduco y transitorio, representándoselo consumido y carcomido por el orin del tiempo, y por el gusano de la inestabilidad; quiso demostrarles que todo lo que ha de tener duracion, belleza y bondad debe tener su origen en él, y derramarse de nuevo en él, porque todo lo que no tiene á Dios por principio y último fin, no es mas que vanidad, tormento y afliccion para el espíritu. Por las cosas temporales y terrenas se entienden no solamente las que tocamos con nuestras manos, y descubrimos

con nuestros sentidos ; sino todo lo que se refiere únicamente á la tierra y al tiempo, y todo lo que no se propone por objeto á Dios, en quien deben refundirse el amor, y todos los afectos del espíritu. La razon es como la luz del alma, y la enseña á dirigir bien sus intenciones, y á no proponerse en todas ellas sino un fin honesto; por esto el que dotó al hombre de razon, y es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, añadió en el discurso que pronunciaba á sus discípulos unas ideas tan sublimes, que apenas puede comprenderlas el entendimiento humano, pero que eran indispensablemente necesarias para ilustrar y esclarecer su razon.

Es tu ojo, les dijo, la antorcha de tu cuerpo; si tu ojo fuere sano, sencillo y sin intencion torcida, todo tu cuerpo será luminoso; es decir, en todas tus intenciones y acciones se verá el orden metódico de la justicia, y de la virtud, y todas ellas se dirigirán perfectamente á Dios. Pero si tu ojo se malea con algun humor extraño, esto es, con malas y depravadas intenciones, todo vuestro cuerpo será tenebroso, denegrado, feo, caminará entre densas tinieblas, y en él no se verá sino la deformidad del vicio. Y si sucediese que las luces que se os han comunicado para ilustrar vuestras almas se obscureciesen, sumergiéndolas vosotros en la estimacion de los bienes de la tierra, ¿qué luz os quedará para gobernar los movimientos de vuestros apetitos, y de la concupiscencia, que por su naturaleza son movimientos ciegos é impetuosos? Llevados de su furioso arrebato tendreis valor para resistirlos? Cuán grandes serán entonces las mismas tinieblas?

Toda esta bella locucion de Jesucristo es verdaderamente metafórica. El cuerpo moral es aqui el retratado: pues asi como el ojo material rige todo el cuerpo material, y dirige las operaciones de todos los miembros, asi el ojo moral, esto es, *la intencion*, dirige las varias operaciones del entendimiento á su respectivo fin, y por esto dijo, *si tu ojo fuere sencillo*: esto es, si tu intencion fuese recta sin mezcla de simulacion, ni de error; todo tu cuerpo será bello y hermoso, porque todas tus obras serán buenas y meritorias; de otro modo no procederian de una buena intencion.

Esta pureza de intencion debe guiar tambien al hombre en las cosas temporales; para esto le dió Dios la razon, que es la antorcha que ilumina el alma, la que encendió el soplo del Omnipotente: por esto le decia David (1), Tú eres, oh Señor, el que haces lucir la antorcha que me alumbra; ilumina las tinieblas que cubren y ofus-

(1) Ps. 37. v. 29.
TOMO II.

can mi entendimiento. Solo la razon ilustrada por Dios nos pone á nosotros , y á nuestras relaciones esteriores en su verdadera claridad : si Dios no la ilustra , el hombre piensa y obra fuera de lo que á aquel Señor es relativo , anda errante en la obscuridad , y sus obras no pueden ser sino confusion y tinieblas. La luz de Dios enciende la caridad en el corazon , é ilumina el espíritu con verdades: el que sigue esta luz verdadera , camina siempre delante de Dios; ama á Dios; no tiene mas voluntad que la de Dios; y está en sociedad con Dios; por esto decia el mismo Dios á Abraham (1): Yo soy el Todopoderoso , camina delante de mí como siervo fiel , y sé perfecto. Job, que no tenia mas voluntad que la de Dios, y caminaba siempre en su presencia , cuando la desgraciada muerte de sus hijos , con la que el implacable Leviatan echó al parecer el sello á sus desventuras , solo dijo: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. El Señor me lo dió todo, el Señor me lo ha quitado, como fué su voluntad asi lo hizo; bendito sea el nombre del Señor* (2). Y David, que caminaba á la presencia de Dios, y estaba en sociedad con Dios, le decia (3): Tú me asiste de la mano derecha , guíáste me segun tu voluntad , y me acogiste con gloria. Y ciertamente qué cosa puedo yo apetecer en el cielo , ni que he de desear sobre la tierra fuera de Tí , oh Dios mio. ¡Ah! mi carne y mi corazon desfallecen : oh Dios de mi corazon: Dios que eres la herencia mia por toda la eternidad. Asi se conoce que el hombre tiene el ojo , esto es, el corazon ó su intencion, claro, sencillo y hermoso; y todas sus operaciones son puras y buenas á la presencia de Dios: asi con la sencillez busca á Dios; y con la pureza le halla y le goza ; y asi disfruta en el interior de su corazon de la mas dulce y envidiable paz. Procura , pues, dice Séneca, aunque gentil (4) , que no sea perversa tu intencion, porque si lo fuese , corromperá todo lo que intentares hacer.

Como no ignoraba el Salvador la astuta perversidad del corazon humano , quiso destruir preventativamente la perniciosa cabilacion con que pretenden muchos todavia cohonestar la perversidad de sus intensiones diciendo: que se puede muy bien atender á los negocios temporales , al mismo tiempo que á los eternos , sin que el cuidado de los unos desvie la recta intencion de los otros; y asi continuó su

(1) Genes. cap. 17. v. 1.

(2) Job. cap. 1. v. 21.

(3) Ps. 72. v. 24. 25. et 26.

(4) Séneca in Proverbis. Verbo Vitiosum.

mon demostrando á sus discípulos, que no es posible que uno sirva bien á dos amos ó señores á un mismo tiempo, y mucho menos cuando mandan cosas encontradas ú opuestas entre sí: porque si se ama al uno, forzosamente se ha de aborrecer al otro; y si se ejecuta con fidelidad la voluntad de este, es preciso se miren con indiferencia y aun con desprecio los mandamientos del otro. No podeis servir á Dios y á Mammon (1). Ni es posible que vosotros á quienes destino á predicar el Evangelio, os ocupeis al mismo tiempo en este ministerio santo, y en el afan y cuidado de aumentar los bienes de la tierra: y no entendais que es á vosotros solos á quienes dirijo esta instruccion; ella es tambien sobremanera necesaria para todos los que hacen profesion de servirme: por tanto no debeis cavilar ni inquietaros por las cosas necesarias para la vida; esto es, para comer y vestir. ¿Por ventura, no es mas preciosa la vida, que el mantenimiento, y el cuerpo mas que el vestido? El que os dió pues tan generosamente la vida, y el cuerpo, no dejará de daros alimento y vestido. Sobre esta importante doctrina dijo el venerable Beda (2) nadie puede amar á un mismo tiempo las cosas transitorias y las eternas; ni mirar con un mismo ojo al cielo y á la tierra: y asi como esto no es posible, tampoco lo es el que se ame á un mismo tiempo á Dios y el mundo.

Observan los naturalistas que las aves cierran los ojos con la pupila inferior, y las fieras y demas bestias de la tierra con la superior. Por las aves entienden los padres, los varones espirituales, que cerrando los ojos á lo de la tierra, los abren únicamente para las cosas del cielo; y por las fieras bestias de la tierra, los hombres mundanos que los tienen cerrados para estas, y abiertos para las de la tierra. San Crisóstomo (3) esplana este pensamiento diciendo: Dos señores, dicen, los que juntan cosas contrarias: porque los que juntan muchas cosas que se adunan con facilidad, y avienen entre sí, no son muchas, sino una: la avenencia y la concordia de muchos hacen solamente uno. Estos dos señores á quienes á un mismo tiempo no se puede servir, son, los vicios, y las virtudes; las cosas del cielo, y las de la tierra; la carne, y el espíritu; Dios y el diablo: porque como contrarios, incitan á cosas contrarias, y asi es preciso amar al uno y aborrecer al otro: por esto, cuasi como declarando es—

(1) Mammon es una voz siro-caldea que significa riquezas; tambien era el nombre de una diosa de la Siria.

(2) Ven. Bed. lib 4. en Luc.

(3) Div. Crisostom. Hom. 22. in Math.

te pensamiento dijo el Señor: *no podeis servir á Dios y á Mammon.* Dios es el que manda y ama la pobreza, la humildad, el desprendimiento, y todas las virtudes. Mammon es el demonio que preside las riquezas, y manda á los hombres ser ambiciosos, usureros, avaros, no porque él pueda dar ó quitar las riquezas, sino porque los tienta con ellas, y les inspira su mal uso: y aunque no se puede servir á Dios y á las riquezas, puédese sin embargo servir á Dios con las riquezas. Aquel sirve á Dios y á las riquezas que las desea y ama como á su último fin, que las retiene injustamente, y que las guarda con codiciosa avaricia: pero no sirve á las riquezas aquel que las espende en obras de misericordia y piedad; que las distribuye con largueza entre los pobres y necesitados, y que se sirve de ellas como de un precioso instrumentó para mejor practicar las virtudes. Dos señores se nos ofrecen, Dios y el diablo: el primero nos manda, é incita con premios á la misericordia; el segundo á la avaricia: aquel nos conduce por el camino de la salud, este por el de la perdicion: el uno nos ofrece la vida eterna, el otro la muerte y la eterna condenacion; ¿á cuál pues de los dos deberemos seguir? A aquel por cierto que nos ofrece la vida, no á aquel que nos conduce á la muerte. Nada hay tan malo para el hombre como el separarse de Dios por el apego á las riquezas, asi como nada tan bueno para él como el desdiciirlas por unirse estrechamente con Dios. Las riquezas, dice San Ambrosio (4), impiden á los malvados acercarse á Dios, y facilitan á los buenos el medio de unirse estrechamente con El: por lo que quiso el Salvador arrancar de nuestro corazon toda solicitud superflua y desordenada, diciendo que no habiamos de pensar en la comida, ni en la bebida, ni aun en lo que habiamos de vestir.

Para obligarles, y obligarnos á todos á colocar nuestra esperanza en nuestro Padre celestial que está en el cielo, les dijo: fijad vuestra consideracion en las aves que vuelan por los aires, no siembran, ni siegan, ni tienen provisiones ni graneros, y vuestro Padre que está en los cielos que es su criador, y no su padre, tiene cuidado de alimentarlas. Y qué valen para con Dios las aves del cielo en comparacion vuestra, que no solo sois sus criaturas, sino tambien sus hijos? Mas, ¿quién de vosotros puede con sola su industria ó inteligencia añadir un codo á su estatura? El hombre no se hizo á sí mismo; él es la criatura, Dios el criador, el Señor tendrá cuidado de su obra. Todas las aves del cielo crió Dios para el hombre, pero á este le crió para sí mismo; y si á las aves y demas animales sus-

(4) Div. Ambros. Hom. 2. in Luc.

tenta Dios para que sirvan al hombre, ¿podrá olvidar el sustento de este, criado para que le sirva á El (1)?

Tampoco por el vestido debeis afanaros ni inquietaros. Considerad los lirios del campo, ved como crecen, como se erian y mantienen; siendo asi que no trabajan, ni labran, ni hilan: y sin embargo, Yo os aseguro, que ni Salomon con toda su riqueza y gloria, con todo su fausto, ostentacion y magnificencia, se vió tan magníficamente vestido como uno de ellos: porque aunque el arte imite á la naturaleza, con todo, los artefactos nunca consiguen la perfeccion que alcanzan las obras de aquella: lo que prueba, que aunque Salomon fuese un rey poderosísimo, nunca vistió tan perfectamente como las flores del campo, vestidas de hermosa variedad por la mano del Criador (2). Y á la verdad: ¿Qué seda, qué púrpura real, ni qué belleza en los tejidos puede compararse con la hermosura de las flores? Vistió las yerbas y las flores de tanta galania y belleza, añade el Crisóstomo (3), para demostrar su sabiduría, y la superabundancia de su virtud, á fin de que en todas partes resplandezca la hermosura de su gloria, y no sean solos los cielos los que la anuncien, sino que tambien la cante pasmosamente la tierra. Si Dios, pues, á las flores, y á las yerbas, que hoy hermosean los prados, y mañana arden en los hornos, adorna con tanta belleza, *¿cuánto mas pródigo será con vosotros, hombres de poca fe?*

¡No es fácil de comprehender toda la gravedad misteriosa que encierran estas palabras salidas de la boca de aquel que es infinitamente sabio! Esto es como si les hubiera dicho: Si con tanto regalo sustenta Dios á las criaturas irracionales: si con tanta ostentacion y hermosura viste á las insensibles, que el mas rico y opulento Rey que ha habido en el mundo, aun cuando quiso hacer ostentacion de su grandeza, no pudo igualar al adorno de una sola flor de las que andan tiradas por el suelo; ¿cuánto mas cuidará de vosotros á quienes dió sentido y alma dotada de razon? Para vosotros crió de la nada todas las cosas, ¿y ahora habia de olvidaros y abandonaros? Vuestra afanosa solicitud nace de vuestra poca fé. No engendre vuestro corazon una desconfianza criminal que os haga indignos de las bondades de mi Padre: arrojad en sus manos los cuidados que os aquejan, que siendo como es, infinitamente misericordioso, próbido, y veráz, nunca deja frustradas las esperanzas de los que en El confian. No se oiga decir jamás en ofensa de su paternal vigilancia, que

(1) Div. Crisostom. Hom. 16. oper. imperf.

(2) Div. Hieronim. in cap. 6. Math.

(3) Div. Crisostom. hom 23. in Math.

comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos? estos eni-
dados son propios de los gentiles, que en Dios no creen ni esperan.

Tristísimo es que haya aun en el mundo gentiles y paganos que
no conozcan á Dios, que le ignoren, y que yerren, no reconociendo
una providencia gobernadora de todo el mundo; y que por lo mismo
anden afanados por buscar de mil modos, y por mil caminos lo
que esperan conseguir solo por su industria y saber: no hay duda
que este es un error muy funesto; pero no es estraño que incurran
en él, porque al cabo no tienen fé, única medicina que cura radical-
mente estas dolencias. Pero que esto lo hagan aquellos á quienes lle-
gó la noticia de la escelsa sabiduría, poder y omnipotencia de
Dios: que lo hagan aquellos que le conocen por la fé, y que no pue-
den dudar que todo lo vé, dispone, y ordena, con admirable provi-
dencia y concierto: que lo hagan aquellos que le llaman Padre, y le
tienen por tal, y que aunque quisieran no pueden negarlo porque
todos los dias reciben pruebas ciertas de que lo es; no hay duda de
que mas que error, es una obstinacion atrevida, es una vileza de áni-
mo, es una ingratitud horrible, que demuestra, que en ellos no hay
fé, y que son de peor condicion que los gentiles.

Vuestro Padre, que no cierra sus entrañas de misericordia y amor
para sus buenos hijos, sabe que necesitais de todas estas cosas, y os
las dará si vuestra infidelidad no os hace indignos de ellas. Porque
es Padre vuestro, quiere; y porque es celestial, puede; y porque
puede y quiere nos dará sin duda todo aquello que para nuestra sa-
lud convenga. Sabe el médico celestial lo que nos ha de dar para
nuestro consuelo, y lo que nos ha de quitar para ejercitar nuestra pa-
ciencia (1), puesto que ni aun el hombre quita sin causa la comida á
su jumento. Si sabe pues lo que nos hace falta, porque todo lo ve y
sabe; y quiere dárnoslo porque es Padre, y puede porque es omni-
potente, no hay que recelar ó temer que nos falte su providencia.
Conviene empero saber, que por muchas causas nos abandona Dios
al parecer, y nos falta lo necesario para la vida. La primera, por
causa de nuestros pecados: la segunda, para ejercitarnos en la pa-
ciencia, y en la virtud: la tercera, para castigar la importunidad de
nuestra avaricia: la cuarta, para mortificar los deseos de la super-
fluidad que siempre nos acompañan: la quinta, para refrenar el abu-
so que siempre se hace de las cosas temporales, pues bien merece
que Dios le castigue con la falta de lo necesario el que abusa de lo
que tiene: la sesta, para humillar la ingratitud, porque es digno el

(1) Div. Agustín. Serm. 16. ad Fratres.

ingrato de que se le nieguen todos los beneficios y constélos: y la séptima para que creamos que Dios nos da los bienes temporales no por un débito de justicia, sino por su buena voluntad; y que nos los quita cuando quiere, porque es soberanamente árbitro, y obra siempre según los deseos de su corazón.

Prohíbe Dios la solicitud que nace de la desconfianza y del temor, pero permite aquella que nace de la providencia y del trabajo. Prohíbe la solicitud desordenada y superflua por la que se impiden y posponen los bienes espirituales, pero permite la solicitud moderada y necesaria según las reglas de la recta razón, de la justicia, y de la prudencia; y así decía San Pablo: que cargaban sobre él las ocurrencias de cada día, por la solicitud y cuidado de todas las iglesias (1): y esta solicitud no solo se permite, sino que se manda, porque está fundada en la caridad. Hay una solicitud vituperable, otra tolerable, otra recomendable. El hombre debe ser solícito por las cosas eternas, no por las terrenas: y esta solicitud encierra tres bienes, el celestial, el espiritual, y el temporal: al primero corresponde el don de la gloria, al segundo el de la gracia, al tercero los dones de fortuna; y dónde hay padre que tenga valor para negar á sus hijos estos dones si aun con la afanosa solicitud de lo temporal solo desean agradar á Dios? Por esto les añadió en seguida: *Buscad pues lo primero el reino de Dios y su justicia, que todas las demás cosas sin las que no podeis pasar sobre la tierra, se os darán como por añadidura.*

En este precepto nos dió el Salvador esprimida toda la sustancia y el meollo de la vida cristiana. Vosotros, dijo á sus Apóstoles, y con ellos á nosotros, poned todo vuestro cuidado en la edificación de vuestra fé, y en el ejercicio de las buenas obras, que os ha de abrir el reino de los cielos: este ha de ser el primero entre todos vuestros cuidados, porque si no todas vuestras buenas obras se harán sin concierto ni orden: y ya que con tanto afán procurais atender á las necesidades del cuerpo, tratad también de edificar en vuestra alma el templo espiritual de la justicia, donde more Dios como Rey: así que, no se condena el trabajo, ni la prudente solicitud que los hombres deben tener, condenados por Dios á comer el pan con el sudor de su rostro, condénase solamente el afán que sofoca la atenta vigilancia del espíritu para conseguir los bienes espirituales y celestes: puesto que el mismo Señor á quien servían, y ministraban los ángeles todo lo necesario, también permitía que sus discípulos tuviesen algún repuesto ó depósito, para cuando les era necesario com-

(1) Div. Paul. Ep. 2. ad. Corinth. cap. 11. v. 28.

prar vitualla; y esto lo permitió para dar ejemplo, é informar é instruir á su Iglesia. A esta regla pues redujo el Señor este grandioso precepto, á fin de que ninguno por la ambiciosa solicitud de los bienes temporales, pierda enteramente de vista los eternos. Cuandó el hombre aparta su vista de Dios, y la fija en la tierra, no es extraño que Dios se aparte tambien de él, y le abandone. Quiera pues Su Magestad Divina concertar de tal manera las obras y los deseos de las criaturas, que ninguna de ellas se atreva á buscar otra cosa mas que la expansion de su santo reino, la honra de su nombre, y la glorificacion que deben darle en la tierra, como se la dan los espíritus bienaventurados en el Cielo: para que así engrandecido y alabado, y buscado con afan el reino de Dios y su justicia, gocen en la tierra de todos los consuelos, y en el Cielo consigan el eterno premio.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, repartidor inefable de todos los bienes, concédeme que no me afane en atesorar los perecederos del mundo, sino en amontonar méritos para recibir en el cielo los eternos. Vos sois el único é inmutable bien con que la fe nos convida; y ya que en vos creo y espero, nõ me negueis la gracia de que solo en Vos, tesoro y riqueza mia, ponga mi corazon: desterrad de él el tirano cruel de la avaricia: no permitais, Señor, que elija yo servirle, en competencia de un Padre tan dulce, tan benéfico, y tan amoroso como vos. En los brazos de vuestra paternal providencia me arrojo, con la firme esperanza de que no me dejareis perecer. Lejos de mi toda afanosa solicitud por las cosas temporales; y solo me acongoje el ver que no os sirvo con todo el fervor de mi corazon: fatígueme solamente la memoria de lo mucho que os he ofendido: y sean mis solos deseos llorarlas todo el resto de mi vida; para que cubierto con el hermoso candor de las virtudes, y desnudo del asqueroso heno de los vicios que destinaís al fuego eterno reinceis vos siempre en mí, para que reineis yo con vos eternamente en el cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está comprehendida en el VI de san Mateo, desde el versículo 22 al 33, ambos inclusive. La contesta san Lucas en el capítulo XII, desde el versículo 22 al 31 tambien inclusive.

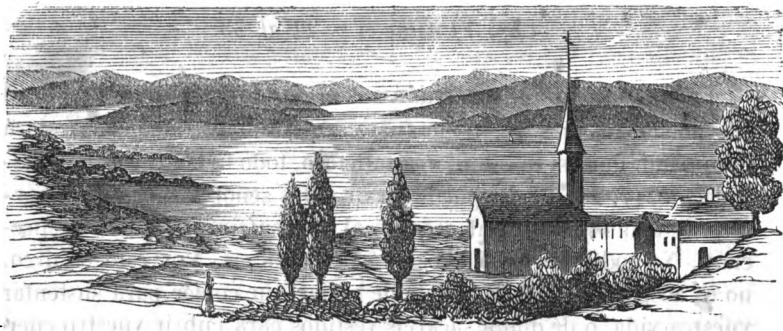
La Iglesia usa del Evangelio de san Mateo como propio de la Dominica XIV despues de Pentecostés, y en el dia de san Cayetano fundador á 7 de agosto, desde el v. 24 al 33.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. VI desde el v. 22 al 33.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo todo tu cuerpo estará iluminado. Pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará obscurecido. (v. 24). Nadie puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro; ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo, no os acongojeis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, ó de donde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso el alma no es mas que la comida, y el cuerpo no es mas que el vestido? ¿Mirad las aves del cielo como ni siembran, ni siegan, ni amontonan granos en las trojes, y vuestro Padre celestial las sustenta? ¿Por ventura no valeis vosotros mucho mas que ellas? ¿Mas quién de vosotros por mas que lo piense puede añadir un codo á su estatura? Y por el vestido ¿por qué os acongojais? Contemplad los lirios del campo como crecen; ellos no trabajan ni tampoco hilan. Mas os digo que ni Salomon con toda su grandeza llevo á estar vestido como uno de estos. Pues si al heno del campo que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios lo viste así ¿cuánto mas á vosotros hombres de poca fé? No querais pues andar solícitos diciendo: ¿qué comeremos ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Todos estos cuidados son propios de los gentiles. Porque vuestro Padre ya sabe que necesitais de todas estas cosas. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán como por añadidura.





CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL SERMON DE JESUS EN EL MONTE:, CONDENA LOS JUICIOS TEMERARIOS, Y AMENAZA A LOS QUE ASI JUZGAN A SUS PROXIMOS.—DA ADVERTENCIAS PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS FALSOS PROFETAS.—E INDICA EL EMPENO QUE DEBEN FORMAR LOS HOMBRES PARA ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA DE LA SALVACION.

Muchos autores clásicos de la Vida de Cristo, entre los que debe contarse al reverendo Ludolfo de Sajonia, intercalan en este admirable sermón de Jesucristo, según lo refiere San Mateo, varias doctrinas que este no cita, y se hallan esparcidas en los capítulos VI, XI y XII de San Lucas, y en el IV de San Marcos. No entraremos en polémica con ellos sobre este asunto á beneficio de la brevedad, valiéndonos para refutar la narración de algunos de la incontrastable autoridad de los Santos Gerónimo y Agustín; sino que admitiendo en ella lo que parezca mas justo, seguiremos sin desvío la senda marcada por el respetable varón que nos hemos propuesto por modelo.

Después que Jesucristo exhortó tan eficazmente á sus discípulos

á depositar toda su confianza en la Divina Providencia, prohibiéndoles, no el trabajo que nos manda, sino los cuidados que perturban, las inquietudes y la solícitud que daña, y la desconfianza sobre las necesidades de la vida, ordenándoles que tuviesen cuidado de representarlas todos los días á Dios, les mandó *que fuesen misericordiosos como su Padre lo es tambien*. Dios nuestro Padre se compadece de nosotros, y remedia nuestras miserias y necesidades, no como si esperase alguna cosa de nosotros, sino por sola su bondad; significándonos con esto, que al remediar nosotros las necesidades de nuestros prógimos, no debemos hacerlo por nuestro bien; sino por el amor á su bondad, y por el bien y salud de nuestros hermanos: el que por su comodidad y provecho propio hace bien al prógimo, no tiene caridad, porque en sus obras no busca la utilidad de aquel á quien debe amar como á sí mismo, sino la suya propia: Dios quiere que le imitemos en la misericordia, no en el poder; este le apeteció Luzbel, y fue arrojado al infierno: quiere que le imitemos en la bondad, no en la sublimidad de los conocimientos que solo á El estan reservados; esto lo ambicionó el hombre y fue arrojado del Paraíso: imprime en nuestras almas el sello de su misericordia, y quiere que seamos misericordiosos con nuestros semejantes como Su Magestad lo es con nosotros: por esto escribía San Gerónimo á Nepociano: *No me acuerdo haber leído que haya muerto jamás de mala muerte el que se ejercitó alegremente en obras de piedad, este tiene á la presencia de Dios muchos intercesores, y es imposible que no oiga Dios los ruegos de muchos.*

El Salvador enseñó á sus discípulos que de tres modos podia usarse la misericordia. No juzgando mal, ni pensando temerariamente de nadie, ni condenando á alguno con la misma ligereza y temeridad con que de él hubiesemos pensado; porque si no seremos juzgados y condenados en el tribunal divino, como acá en la tierra hubieremos juzgado y condenado. Echad á buena parte lo que se puede interpretar bien, quiso decirles; no digais mal de lo que se puede escusar; no censureis de aquellos que estan á vuestro cargo. Si os apartareis de estas obligaciones, sereis juzgados con rigor, pues Dios quiere aun aqui medir su conducta sobre la vuestra, y hacer de vuestros juicios para con vuestros hermanos, regla de los que hará en vuestro favor, ó contra vosotros. Siendo jueces favorables para con ellos, lo encontrareis lleno de misericordia; y siendo críticos severos, y censores sin piedad, os espera un juicio sin ella. Tomad, pues, en vuestra mano la vara recta, la medida benigna, porque con la que á vuestro prógimo midiereis, con ella sereis me-

didós también. Guárdate, decia San Bernardo (1), guárdate bien de ser curioso escudriñador ó juez temerario de las cosas, de las acciones y palabras de tus hermanos, y sea lo que fuese lo que en ellos adviertas, no les juzgues temerariamente, escúsales mas bien. Escusa la intencion si no pudieses la obra, y atribúyela á ignorancia; atribúyela á engaño ó equivocacion, reputa la casualidad, y si de ninguna manera pudiera disimularse ó disculparse el hecho, recógete á tu interior, y di en el fondo de tu corazon, ¿cuán terrible seria la tentacion que derribó á mi hermano? ¿Qué hubiera sido de mí si con igual violencia me hubiese acometido? Y el Crisóstomo repetia (2): no conviene ser un inexorable exprobador de los delitos, ni dejarse caer con insolente orgullo sobre el desventurado que cometió la culpa; sino avisarle con clemencia, y ayudarle con sanos consejos. Si fueses sobradamente severo, y juzgador temerario, entiende, que ya no juzgas y condenas á tu prógimo, sino que á tí mismo te juzgas y condenas: tú obligas á la justicia divina, á que tome contra tí la mas severa venganza aun por tus faltas mas pequeñas. Tú diste la ley al Juez Supremo para que con mas severidad sean examinados tus pecados, puesto que juzgaste sin coamiseracion ni piedad los de tu prógimo. Conoce pues que estas son acechanzas y tentaciones diabólicas, porque el que severamente discute sobre la vida ajena, nunca, jamás merecerá el perdon de sus propios delitos.

El segundo modo con que enseñó el Salvador á usar de misericordia, fue diciendo á sus discípulos: Escusad y perdonad las injurias que vuestro prógimo os hiciere, aunque no os parezcan excusables ni dignas de perdon; porque solo así sereis vosotros también excusables y dignos de que se os perdone: solo así usarán los demás de indulgencia con vosotros y tolerarán vuestros defectos. Y conociendo el Maestro Soberano que no se necesitaba mēnos caridad para sufrir con paciencia las imperfecciones de sus hermanos y juzgar bien de ellos, que para socorrerles en sus necesidades, les añadió el tercer modo de usar de misericordia diciendo: ved ahora la medida de que Dios se sirve en la distribucion de sus bienes: no es como la de los avarientos, los ingratos y los hombres de mala fe. Es buena, grande, llena, y superabundante, de modo que no se llena y aprieta bien, sino que se da con colmo, y hasta que se vierte por los costados. De la abundancia del premio nos hace Dios cada vez mas

(1) Div. Bernard. Ser. 4. in Cantic.

(2) Div. Crisostom. Hom. 24. in Math.

liberales para hacer bien y usar de misericordia, pues por un vaso de agua que diéremos en su nombre ó en el de su discípulo nos ofrece el premio de la bienaventuranza eterna: esta es *la medida buena*, porque es sobre la exigencia de nuestros merecimientos; y buena porque es bueno su premio, esto es, sobre todo lo bueno, y que encierra en sí y comprende todo lo que es bueno y mejor. *Conferita*, esto es, llena, porque escede sobremanera lo condigno de nuestros merecimientos, pues llena de tal manera nuestra alma de celestial bienaventuranza, que nada le deja que no esté lleno de gloria. *Coagitada*, porque es sobre todo lo que se puede desear; y porque es firme y eternamente duradera. *Sobre afluyente*, porque es infinitamente mayor que todo lo que se puede pensar, escediendo también infinitamente todos nuestros merecimientos, pues se nos da lo eterno por lo temporal, lo divino por lo humano: sin embargo de esto, es muy de admirar que diga la verdad eterna, que se nos medirá con la misma vara que midieremos, esto es, que el *premio* es igual á la *dávda*: mas esto solo significa la correspondencia que hay en el modo de hacer bien (1), porque aunque bien se hace, al que bien hace Dios premia con mas largueza y abundancia de lo que merecemos: premia no solo las obras, sino hasta las palabras, los pensamientos y los deseos, y segun cada una de estas cosas es mayor, es asimismo mayor la remuneracion que por ellas se nos da: mas esta grandeza no debe estimarse ó valuar-se por el mérito exterior que se ve, sino por la grandeza del afecto interior con que se hace, por la elevacion del deseo con que se dirige, y por sublimidad y magnificencia del objeto á quien se aleva y representa: asi aquella pobre viuda que echó dos dineros en el gazophilacio, echó mas segun el testimonio del Salvador, que muchos ricos que habian echado grandes sumas.

Quería Jesus mover á sus oyentes á aborrecer de todo corazon un vicio tan detestable, tan perjudicial y feo como era ese modo de juzgar y condenar temerariamente á su prógimo, y comparó las personas sujetas á él, á los que tienen los ojos enfermos, ó les falta enteramente la vista, diciendo: ¿Si un ciego sirve de guia á otro ciego, y encuentra en el camino un hoyo, ó un precipicio, no caerán ambos allí infaliblemente? Asi como el discípulo no es mas sabio que el maestro que le enseña, tampoco el que es conducido ve mas que el conductor. Esto era espresarles enérgicamente su aver-sion á la falta de caridad, á la injusticia y al orgullo que entran en

(1) Div. August. Serm. 15. de verb. Dei. cap. 10.

nuestros juicios temerarios: esto era condenar con vigorosa vehemencia el juicio que ordinariamente formamos acerca de aquel que nos ofendió, como antes habia condenado el rencor que se guarda contra el mismo ofensor. Nosotros no vemos sino la accion, no descubrimos sino su exterior; pero solo el que todo lo vé penetra la intencion y el motivo; y cuando nosotros no le hallamos sino para acriminar, tal vez el que pesa con su balanza justísima y fiel, los halla para excusar y aun para justificar á nuestro prógimo. ¿Y podríamos nosotros ignorantes y ciegos formar un juicio exacto sobre todo lo que observamos y vemos en nuestro prógimo? El que se erige en público censor de sus hermanos, y se toma la licencia de juzgarles y censurarles, debe estar perfectamente exento de las faltas que en ellos reprende. El necio no puede enseñar al necio, y dirigirle segun las reglas de la justicia, sino que es preciso que ambos á dos caigan en la hoya de la perdicion, en la hoya de la culpa, en la fosa del infierno. Cuando el pastor camina por entre las breñas, es consiguiente que el rebaño le siga al precipicio; esto fue lo mismo que si dijera á sus discípulos: De tal manera debeis obrar, que iluminando á los demas con vuestra doctrina y ejemplos, seais dignos de gobernarlos y conducirlos, no seais del número de los ciegos especuladores de la Sinagoga, porque es una cosa muy ridícula un especulador ciego, un doctor ignorante, un precursor cojo, un prelado negligente y un pregonero mudo. Si tú, pues que á los demas juzgas, caes en las mismas culpas que en los otros condenas, ya eres un ciego que guias á otros ciegos. ¿Cómo podrás salvar á los otros, si tú siendo maestro y doctor te precipitas?

Con otra semejanza no menos natural y hermosa anatematizó la conducta de los fariseos y escribas que se tenian por santos, y les dió á entender de dónde provenia la gran dificultad que tenian en conocer sus propios defectos, cuando tan escrupulosamente notaban los de los demas. ¿Por qué os ingeris, les dijo, á buscar una paja en el ojo de vuestro hermano, y no veis una grande viga en el vuestro? ¿Gustais de reprenderlo sobre una falta ligera, y os disimulais y permitis á vosotros mismos los vicios mas groseros? Veis ahí hipócritas vuestro verdadero retrato, y hasta dónde llega vuestra ceguedad. ¿Os parece que veis con bastante luz, y que todos los demas estan ciegos, ó que andan á obscuras? Abrid los ojos alguna vez, volvedlos á vosotros mismos: curaos los primeros, y despues procurareis curar á los otros. Lo que os impide ver el estado infeliz de vuestra conciencia, es una grande viga; esto es, un enorme pecado que ocupa vuestra alma y ofusca vuestra razon. ¿Ni cómo ha-

¿veis de poder tampoco sacar la paja del ojo de vuestro hermano, si os falta la caridad, que es la principal medicina? Si la soberbia, la vanidad y el amor propio son lo que llevan la mano, ¿cómo quereis que salga bien la obra? Obrando de este modo haceis padecer al prógimo, y no le sanais; esto es, no le sacais la paja que tiene en el ojo. El amor propio siempre es necio, indulgente para sí, y tirano para con los demas; todo lo vé bajo un punto de vista falso, porque él mismo se constituye como el centro, pero la dulzura de la caridad nos hace ver en Dios el punto central de todas las cosas y de todas las relaciones, y el que mira desde este centro todo lo vé y contempla con discrecion y caridad.

Con todo eso, estas máximas importantísimas de la doctrina de Cristo no deben estenderse mas allá de los límites que el mismo Salvador las señaló. Hay hombres que por su estado tienen el cargo de juzgar á los otros hombres, y los hay tan corrompidos que si su conducta no fuese condenada, se convertiria en escándalo, y vendria á ser un contagio. Vosotros pues que sois mis Apóstoles, tenéis derecho y estais en la obligacion de hacer diferencia y discernimiento de aquellos con quienes ejercitais vuestro ministerio. La doctrina que yo os confío es santa; mis lecciones son perlas preciosas: son unos secretos de que no se debe dar parte indiferentemente á todo el mundo, pues no todos son capaces de entenderlos; y es fácil contradecirlos mas que penetrarlos; ellos no pueden bastante estimarse, y asi como no se entregan á los perros las cosas consagradas á Dios, ni se arrojan las piedras preciosas á los puertos, asi no se han de anunciar esta suerte de verdades á almas bajas y terrenas, á hombres sucios como los animales inmundos, ó furiosos como perros; ni á gentes llenas de ignorancia y malicia, que despues de haber menospreciado vuestra doctrina, y puesto de bajo de sus pies lo que podeis decirles mas santo y venerable, se levantarán contra vosotros y no cesarán de desacreditaros con sus calumnias. Dos cosas dice San Agustin (1) son las que impeden el que recibamos como debemos las cosas grandes y sublimes que la Iglesia nos enseña, á saber: el desprecio y el odio: lo primero se refiere á los puercos, lo segundo á los perros. Guárdese pues el ministro de la religion de descubrir los arcanos misteriosos al que no los comprende, ni está en disposicion de comprenderlos; porque mejor busca aquel lo que para él está cerrado, que lo que le está abierto y patente; porque ó lo inficiona con el aliento pestífero

(1) Div. Augustin. lib. 2. de Serm. Dom. cap. 31. et 32.

de su odio como el perro, ó lo desprecia orgulloso como el puerco.

Esta contradiccion palmaria y manifiesta que Jesucristo anunciaba á sus Apóstoles, no les dispensaba la obligacion que tenian de predicar el Evangelio por todo el mundo, y muchas veces á presencia de sus mas feroces é implacables enemigos; esto solo era prevenirles que no anticipasen el tiempo de declarar sus misterios á los hombres, cuyas pasiones los hacian indignos de ellos, y cuyas preocupaciones los hacian incapaces, y como no queria que ninguno de los que enviaba pudiese escusarse con su ignorancia, ni con las dificultades y obstáculos que habian de encontrar para desempeñar cumplidamente su ministerio, les animó á que pidieran los socorros del cielo y la sabiduria de lo alto por medio de la oracion, alentándoles con la confianza de que recibirian los socorros y gracias necesarias para desempeñar la altísima mision de su apostolado. *Pedid*, les dijo, *y se os dará; buscad y encontrareis; llamad y abriros han*. *Pedid* con fé y orando. *Buscad* con la esperanza y viviendo bien. *Llamad* con la caridad y la perseverancia. Porque eran mayores, dice el Crisóstomo, los mandatos (1) que se les habian dado que las fuerzas humanas; los encamina el Maestro Divido á Dios, para cuya gracia nada hay imposible, y les dice: *pedid y se os dará*; para que lo que no podia consumarse por la fuerza de los hombres, tuviese cumplido efecto por la gracia de Dios, pues asi como á los demas animales les proveyó de todo lo necesario, á los unos con la ligereza de sus pies, á otros con la velocidad de su vuelo, y á otros con la rapacidad de sus uñas, la fiereza de sus dientes, y la fortaleza de sus cuernos, asi dispuso tambien que el hombre aunque dotado de razon y conocimiento tuviese tan poca fortaleza y virtud que siempre hubiese necesidad de acudir á su Dios y Señor.

Muy oportunas son las reflexiones que sobre estos pasages del Evangelio hacen varios padres y doctores de la Iglesia. San Gerónimo (2) dice: si al que pide se le dá, y el que busca halla, y al que llama se le abre; claro es, que aquel á quien no se dá, que no halla, y á quien no se abre, es porque no pide bien, ni busca, ni llama bien. San Crisóstomo añade (3): condénase el mal modo ó la negligencia del que pide; cuando no puede dardarse de la misericordia del que dá. Y San Agustín concluye (4): Jesucristo que nos en-

(1) Div. Crisotom. Hom. 48. oper. imperfect.

(2) Div. Hieronim. in cap. 7. Math.

(3) Idem. Ibid.

(4) Div. Augustin. Serm. 29. de Verb. Domini.

señó á pedir, es el dador con su Padre; y si no nos quisiera dar, no nos exhortaria con tanto amor para que le pidamos. Avergüéncese pues la pereza humana, mas quiere darnos aquel que nosotros recibir: mas deseos tiene de usar de misericordia, que nosotros de salir de la miseria. El que nos exhorta á que á él acudamos, por nuestro bien nos exhorta. Dispertémonos, démonos prisa, y toda vez somos exhortados, creamos al que promete; roguémosle con perseverante confianza, para que nos alegremos cuando nos dé con abundancia, segun nos lo tiene prometido por la grandeza de su corazon.

Es sobre impía inhumana la opinion de los modernos refractarios que reprueba y condena la práctica de la oracion, diciendo, que no tiene ninguna virtud ni merecimiento alguno para con Dios; y que solo es provechosa al hombre y grata á Dios á título de acto de confianza y de elevacion de nuestro corazon á su Divina Magestad, el cual no oye, dicen, nuestras súplicas, porque no necesita que le espongamos nuestras miserias; pero la práctica de todos los pueblos y de todos los hombres desde el principio del mundo condena esa impiedad espantosa y blasfema: la Escritura (santa nos recomienda la oracion, y el mismo Jesucristo nos la enseña con su doctrina y ejemplos.

Tres cosas empero deben concurrir en la oracion para que sea oida: la primera es que sea *pia y justa*, esto es, para pedir á Dios todas aquellas gracias y auxilios que son necesarios para conseguir la salud espiritual de nuestras almas, y lo que mas nos convenga para alcanzar la corporal: la segunda es que sea *perseverante*, esto es, que no se interrumpa por algunos actos contrarios ó repugnantes á la misma oracion, porque no cesa de orar el que no cesa de hacer bien: la tercera es que sea *fervorosa*, porque si no está inflamado el corazon por la caridad, mal será oida del Dios de la caridad: y esto es lo que principalmente denotan aquellas tres palabras *pedid, buscad, llamad*. *Pedid con piedad*: buscad con *perseverancia*: llamad con *confianza y fervor*; y concurriendo estas tres cosas, *se os dará, hallareis y se os abrirá*. Luego es necesaria la perseverancia para que recibamos lo que pedimos, para que hallemos lo que busquemos, y para que se nos abra cuando llamemos. Con la repeticion de estas palabras nos manifiesta el Señor que quiere seamos solícitos, molestos, importunos y hasta obstinados en el pedir: porque aquello que se pide para la salud y salvacion nuestra, no siempre se nos da luego que se pide, sino que se difiere para darlo despues en el tiempo conveniente, y para que *retardándose mas el dar, se estime mas el don cuando se dé*.

En la oracion deben evitarse las distracciones , porque , como asegura San ambrosio (1), no oye Dios aquella oracion á la que no tiene el que ora toda su atencion. Dios quiere que le pidamos con fé lo que tiene prometido darnos ; y por esto nos promete muchas veces antes de dar , para que la promesa escite mas nuestra confianza , y merezcamos por la oracion aquello que graciosamente habia determinado darnos (2). Aunque Dios ve mejor que nosotros lo que necesitamos , nos ha iluminado acerca las necesidades de nuestra alma , y para satisfacerlas nos dió su único Hijo , y nos da el Espíritu Santo para que nos enseñe á orar y ore en nosotros. El Espíritu ayuda nuestra flaqueza , dice San Pablo (3) , porque no sabemos orar como conviene ; pero el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inefables. Jesucristo ruega tambien por nosotros y le tenemos por abogado á la presencia de su Padre , el que le oye por la reverencia que se le debe ; y su amor paternal desciende entonces hasta nosotros y nos oye. David nos asegura (4) que el Señor está cerca de todos los que le invocan , de todos los que le invocan en verdad. Hará la voluntad de los que le temen , oirá su súplica y los salvará.

De la sublimidad de las doctrinas espirituales descendia con mucha frecuencia el Maestro Divino á la vulgaridad de las cosas mas naturales , para hacer aquellas mas fáciles de comprender , y así lo hizo tambien en esta ocasion diciendo á sus Apóstoles y discípulos : ¿ Podreis dudar vosotros de que es muy cierto cuanto acabo de decir , siendo todo ello una cosa muy natural entre los hombres ? Quién hay entre ellos de corazon tan duro , que en vez de dar á su hijo el pan que le pide , le dé una piedra ; y que en lugar de un pez de que tiene gana , le ponga en la mano una serpiente ? Pues si esto lo hacen los hombres siempre inclinados al mal , que son menos padres para sus hijos , que lo es para vosotros vuestro Padre celestial que está en los Cielos , no os ha de dar este los verdaderos bienes y los consuelos y dones que rendidos le pidaís , si los pedís con fe , con perseverancia y amor , asegurados como debeis en el infalible cumplimiento de sus promesas ?

Dios empero exige de nosotros una cooperacion muy particular para concedernos los dones que le pidamos , y la marcó su Hijo con

(1) Div. Ambros. in cap. 11. Lucæ.

(2) Div. Bern. hom. 4. super Evang. Misus est.

(3) Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 8. v. 26.

(4) Psal. 144. v. 18. et 19.

hermosa precision cuando dijo, *dad, y se os dará*, por esto inmediatamente despues de haber exhortado á sus discípulos á que depositasen su confianza en la bondad de su Padre, les añadió: Asi que, todo lo que quereis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo vosotros antes con ellos: no les negueis lo que tienen derecho á pedirlos. Tratadlos como quereis ser tratados: hacedles bien si quereis que os lo hagan: esto es lo que manda la ley, esto es lo que enseñan los Profetas. Asi cumplireis el primero, y el mayor de los mandamientos, que es amar á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á vosotros mismos: en esto se encierra toda la ley de los Profetas: y con esta cooperacion de vuestra parte, bien podeis acudir á Dios en todas vuestras necesidades sean las que fueren, que no serán vanos vuestros ruegos, ni infructuosas vuestras oraciones. Todos los demas preceptos de la ley que ordenan las acciones del hombre, y las dirige al bienestar, reposo y felicidad del prógimo, no son sino como consecuencias legítimas de este gran principio de la caridad, y por esto dijo San Pablo (1): No tengais otra deuda con nadie, que la del amor que os debeis siempre unos á otros, puesto que quien ama al prógimo tiene cumplida la ley.

San Crisóstomo dejó correr su elegante pluma en la esposicion de estas palabras, y dijo (2): En estas breves palabras comprendió el Señor todas las cosas que eran necesarias para afirmar nuestra fe, y merecer nuestra salvacion: asi conocemos claramente el deber que tenemos de hacer para todos los demas, lo que queremos que hagan con nosotros. Grande precepto, en el que todos se encierran: por esto dijo el Señor, *esta es la ley y los Profetas*: porque asi como las innumerables ramas de un árbol proceden de una sola raiz, y en ella se contienen; asi tambien de este como de su raiz, parten todos los demas mandamientos, y en él se contienen. Si de los otros, pues, deseamos recibir aquello que para nosotros es útil y conveniente, en gracia de la caridad y amor que les debemos, tambien para ellos hemos de hacer cuanto les sea necesario, útil y conveniente: esta es la ley y los Profetas: solo asi conseguiremos la salud y la salvacion eterna.

Suave es, no hay duda, el yugo del Señor, y muy ligera la carga que nos impone; pues está reducida y compendiada en una regla tan breve. ¡Pero cuán raros son los hombres que la observan! Durísima se les hace la ley, pesadísima la carga: Yo no sé, añade el

(1) Div. Paul. Ad. Rom. cap. 13. v. 8.

(2) Div. Crisostom. Hom. 48. Oper. imperfec.

mismo Crisóstomo, si hoy será fácil encontrar un solo hombre que la observe. ¡Oh ley suave y dulce! Solo el Legislador infinitamente sábio podia dictarte, y darte á los hombres. *Todo lo que quereis que hagan por vosotros los hombres, teneis un deber de hacer por ellos.* Nada mas justo, pero nada mas olvidado, ni despreciado.

No se le ocultaba al Salvador la grande resistencia que habian de oponer los hombres á la práctica de esta saludabilísima é importante máxima, y por esto les anunció que debian hacerse violencia combatiendo en su prodio corazon las pasiones que la contrariasen. *Entrad, les dijo, por la puerta angosta: Haced para eso todos los esfuerzos posibles é imaginarios, que asi es menester para abrazar una forma de vida evangélica, que enflaquezca y debilite al hombre carnal. La puerta ancha y el camino espacioso, conducen á la perdicion; y son muchos los que entran por él. La puerta angosta y el camino estrecho, conducen á la vida, ¡pero cuán pocos son los que la hallan!* Digna es de notarse la palabra con que Jesucristo presenta á sus Apóstoles esta doctrina. *Esforzaos*: porque el reino de los cielos no se alcanza sino haciéndose el hombre una gran violencia: forcejad para entrar por la puerta estrecha, porque no puede lograrse sino trabajando con grandes esfuerzos que el hombre terreno se haga ciudadano del Cielo. La lucha continuada para lograr tan alto fin es buena y santa: ella era la que alentaba los antiguos pobladores de la Tebaida y de la Palestina, y les presentaba como dulces todas las privaciones y penalidades del desierto. Más hoy en el mundo se esfuerzan y luchan los hombres por cosas muy distintas y ajenas de la profesion de los cristianos. Hoy se dirigen todos sus esfuerzos y conatos á adquirir la superioridad y primacia sobre todos los demas: en amontonar riquezas y tesoros: en satisfacer todas las pasiones y deseos de su corazon: en llevar á cabo todos los instintos de la venganza: y en entonar himnos de servil adulacion á quien en la tierra puede favorecerles, despreciando enteramente á Dios, y blasfemando de su providencia.

Despues que nos dice el Salvador que nos esforcemos y trabajemos para entrar por la puerta estrecha, nos da la razon por qué debemos hacerlo; ella conduce por un camino estrecho y sembrado de espinas á la vida y á la salvacion eterna; y la puerta ancha y el camino espacioso conducen á la muerte y á la perdicion eterna; y sin embargo son muchos los que entran por esta puerta y siguen este camino, y pocos los que siguen aquel y entran por la puerta estrecha. Violentaos pues, y forcejad para entrar por ella; porque ayudar, velar, mortificar la carne. domar sus apetitos, refrenar sus

pasiones , privarse de los deleites de la sensualidad , negar su voluntad propia , y sujetarse enteramente á la aiena , renunciar al mundo , y á todos sus halagos , honores y gloria para abrazar la cruz de Jesucristo y seguir todos sus pasos ; ser humilde hasta con los inferiores , obedecer aun á los indiscretos , sufrir con paciencia las injurias , perdonar los agravios , hacer bien y rogar por los mismos enemigos , ¿ á quién no parece árduo , estrecho y espinoso este camino? Pero el comer , beber , glotonear , descansar en blanda y mu-llida cama , satisfacer todos los apetitos y exigencias de la carne , dar rienda suelta á las pasiones , mandar á todos y á nadie obedecer , enriquecerse á costa del prógimo , entregarse á los ímpetus de la venganza , y llenar los caprichos de una voluntad ambiciosa sin contradiccion de ninguna clase , ¿ á quién no parece este camino eucantador y ameno? Mas ah ! que por este camino ancho caminan muchos , por el estrecho viajan pocos.

Pero , que es lo que haces , oh hombre? Qué es lo que hablas? Qué es lo que piensas? Se te ha mandado entrar por la puerta angosta , y caminar por el camino estrecho , ¿ por qué te afanas en buscar en este mundo sosiego y descanso , felicidad y abundancia , goces y placeres? No sabes que no pueden hallarse en los caminos sembrados de espinas? Si este es estrecho , ¿ por qué buscas en él anchurosos espacios para recrearte? Puede haber alguna cosa peor que buscar esta permutacion? Puede darse mayor perversidad que el desearla? Los que sirven á los príncipes de la tierra , solo quieren saber si sus servicios serán bien recompensados , y seguros de que lo serán , ya no rehuyen ningun trabajo , no evitan ningun peligro: ninguna bajeza escusan , ni se niegan á ningun oficio por bajo y servil que sea. Con gusto emprenden penosas peregrinaciones á lejanas y estrañas tierras ; y con la esperanza del premio sufren alegres la mudanza de climas , los peligros espantosos de los mares , los ímprobos trabajos , los desprecios y hasta los tormentos con que los molestan y afligen los rivales y enemigos de su principe y rey. Ni temen ser defraudados en la miserable esperanza que concibieron ; ni una muerte prematura al visitar un pais que desconocen , cuyo clima puede serle sobremanera contrario ; tampoco les detiene ni arredra la separacion de sus espesas , la privacion de sus hijos , ni el alejarse tal vez para siempre del pais que les vió nacer , y de la patria que tanto aman ; sino que inflamados por la ambicion y la codicia , obran como dementes furiosos y frenéticos sin sentir ningun trabajo , sin probar ninguna pena en su corazon. Nosotros empero que no buscamos las riquezas perecederas de la tierra , sino

las permanentes del cielo, las que no puede ver el ojo del hombre, ni su mano tocar, ni su entendimiento comprender, y que para alcanzarlas debemos estar dispuestos á sufrir todos los trabajos del mundo, no debemos preguntar por el sosiego y descanso en la tierra. ¡Oh! cuánto mas miserables somos, mas flojos y débiles que los sectarios, paganos é infieles. Qué dices, ó hombre, qué haces? Te preparas para escalar y subir al cielo, para invadir aquel reino, y preguntas si te ha de ser muy áspero y dificultoso el camino? Y no mueres de confusion y vergüenza? Y no vas á esconder tu debilidad y miseria en las entrañas de la tierra? Aunque para conseguir tanto y tan grande bien te sucediesen todos los males, aunque para lograrlo te amenazasen todos los peligros, asechanzas, injurias, ignominias, calumnias, puñales, hierro, bestias, fuego, precipicios, hambre, sed, enfermedades y cuantas calamidades y desgracias pueden imaginarse y decirse, todo debia parecerte ridículo y despreciable, á trueque de conseguir tanto y tan grande bien. Si esto temes, ó hombre, sabe, que este es un miedo propio de un ánimo afeminado, envejecido en el crimen y en la iniquidad. El que desea subir al cielo, no debe pensar, ni buscar descanso en la tierra, siempre ha de estar en continua vela, siempre en una lucha continuada, y todos los peligros, males, y calamidades de la tierra, risa, quimeras y sombras vanas deben parecerle. Hasta aqui San Crisóstomo (1).

Es innegable que del fondo de nuestro corazon nace una resistencia tenaz á obrar todo lo bueno, y cada vez nos alejamos mas de Dios, aguijoneados por el instinto feroz del pecado que nos compele y domina: por lo que decia San Pablo á los romanos (2): Bien conozco que nada de bueno hay en mí, esto es, en mi carne: pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla. Y mas adelante les decia (3): Los que viven segun la carne, se saborean con las cosas que son de la carne, y los que viven segun el espíritu, gustan las que son del espíritu. La sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte; en lugar de que la sabiduría de las cosas del espíritu es vida y paz: por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, como que no está sumisa á la ley de Dios, ni es posible que lo esté, siendo contraria á ella.—Asi que, hermanos mios, somos deudores no á la carne, para vivir segun la carne, sino al espíritu de Dios. Porque si viviereis segun la car-

(1) Div. Crisostom. De Via lata et porta Augusta. Hom. 24. in Math.

(2) Div. Paul. Ad Rom. cap. 7. v. 18.

(3) Id. Ib. in cap. 8. v. 5. 6. 7. 12. 13. et 18.

ne, morireis: mas si con el espíritu haceis morir las obras de la carne, vivireis.⇒Pues yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos ó penas de la vida presente no pueden compararse con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros. Por lo tanto aunque sea estrecha la puerta, y angosto y espinoso el camino que conduce á la vida, parecerá y será en verdad muy ancho y espacioso para los que mirando solo al cielo ven dilatarse su corazón con la esperanza de la gloria futura; y será angosta la puerta y sembrado de congojas y penas el que conduce á la perdicion, porque el corazón se estrecha y amortigua con la idea de la poca duracion de los bienes de la tierra, y de las inmensas dificultades que siempre al hombre se presentan para satisfacer cumplidamente todos los deseos de su alma.

Estas condiciones obligaban al grande Crisóstomo á continuar diciendo: Si molestas, pesadas y de inmenso trabajo te parecieren las cargas que Jesucristo te impone, entiende, que por su amor las recibes y llevas; y entonces te parecerá ligero y muy alegre lo que antes se te figuraba pesado y triste. Si este pensamiento nos ocupara siempre, nada nos seria molesto, sino que al contrario, toda penalidad nos serviria de gozo: el trabajo no nos pareceria trabajo, sino que cuanto mas penoso fuese, tanto mas nos seria dulce y satisfactorio. Cuando asaltase pues tu espíritu el deseo de los goces de la tierra, y la costumbre de pecar te sitiase mas terriblemente, habla entonces con mas ardor á tu alma, y dila: Estás triste, porque te defraudo y cerceno los deleites y goces del cuerpo? mejor debias alegrarte porque con este fraude piadoso y justo, te proveo de lo necesario para alcanzar el reino de los cielos. Advierte que no trabajas tú por el hombre, sino por Dios. Aliéntate, sufre un poquito mas, espera un instante, y verás que cúmulo tan inmenso de bienes se te está preparando. Aprende á sufrir con magnanimidad y constancia las tribulaciones de la vida, y te alegrarás despues con la infinita liberalidad de Dios. Si estas máximas inculcamos siempre á nuestra alma, prontamente arrancaremos de ella todos los vicios. Una sola cosa exige Dios de nosotros, y es, que vivamos en continua guerra con nuestros capitales enemigos porque lo son tambien del Señor; y que por el honor del Rey eterno, del Rey inmortal de los siglos, y por nuestra propia salud, todas las penalidades recibamos con gusto; y arrostrems con placer todos los peligros. Si esto le ofrecieremos, El consumará todas las batallas y luchas, que nosotros emprendiesemos; y hará que nos parezcan leves, llevaderas y muy amables, cuantas cosas juzgamos ahora son inso-

portables é imposibles. Mientras permanecemos envueltos entre los vicios áspera y difícil nos parece la práctica de la virtud, mas luego que arrojamus la pesada carga de aquellos, apetitosas y dulces nos parecen todas las virtudes. Y Séneca no titubeó en afirmar, que algunas cosas nos parecían muy difíciles porque no nos atrevíamos á emprenderlas, pero luego que las acometíamos nos parecían acederas y muy fáciles.

Nótese empero bien que dijo Jesus, que eran pocos lo que entraban por la puerta angosta y seguían el camino estrecho; y para que no creyesemos que los hereges y hombres perversos que falsamente aparentan seguir el camino de las virtudes no nos engañasen con facilidad, persuadiéndonos que eran ellos del número de los pocos, añadió: *vivid alerta, y cuidad mucho de no dejaros engañar por los profetas falsos y doctores hipócritas*. Ellos os mostrarán caminos fáciles, y os querrán perder por ellos. Guardaos bien de ellos, que vienen á vosotros con la mansa piel de las ovejas, y en su exterior y fondo son lobos carnívoros y robadores. En su exterior aparentan sencillez y verdad, y en la realidad son maestros de la mentira y del engaño, y bajo un bello exterior ocultan una doctrina que mata; son maestros y directores detestables, enseñan perniciosas máximas, y recomiendan el camino ancho que conduce al infierno: y para que no nos sorprendan nos da luego las señas para que los podamos conocer.

Cúbrense, nos dice, con la piel de la oveja para entrar con salvoconducto en el rebaño de Jesucristo, para cebarse y encarnizarse despues contra él. Cúbrense con el manto hermoso de la verdad y de la virtud, conservando en su interior la mas feroz crueldad; y así mezclados entre las ovejas introducen primero entre ellas la division y el cisma, y así separadas y desunidas las persiguen á su placer, las destrozan y las matan.

El precepto de guardarnos de los falsos profetas es gravísimo, y para complirlo estamos obligados á averiguar quiénes son, y no como quiera, sino de suerte que no quede de ello la menor duda. Es innegable que este escrutinio seria muy árduo y difícil si el Salvador no nos diese dos señales infalibles para distinguir las ovejas de los lobos encubiertos con la blanca piel de aquellas. La primera es examinarlos, no por su doctrina, que es lo que en ellos hemos de indagar, ni por sus acciones particulares, por especiosas que sean, pues con ellas pueden alucinar á los incautos y sencillos, sino *por sus frutos*, que son los efectos de su doctrina, siempre funestos y detestables. Así como de un árbol se hace juicio no por

la frondosidad de sus hojas, sino por la bondad de sus frutos; así también se conocen los hombres, no por la dulzura de su locuacidad, sino por la belleza de sus virtudes. Ninguna heregía se levantó jamás, ni cisma alguno se suscitó en el seno de la Iglesia católica, que no se haya presentado vestido con los hermosos atavíos de la virtud, de la pública felicidad y de la paz universal; siendo así que siempre han introducido el desorden entre los miembros de la Iglesia, la discordia en las familias, la guerra en las naciones, la desolación en las provincias, la calumnia, la pobreza, el robo, el saqueo, la violencia, todos los horrores, la muerte y la sangre en todo el universo: y otro tanto se ha visto en los errores contra la moral evangélica, con los cuales, envenenado el corazón de los pueblos, han caído en el desvario de canonizar la senda ancha de la perdición reprobada por Cristo. ¿Qué diremos de la política irreligiosa sobre que algunos pretenden ahora con nuevo celo fundar la felicidad pública? Por los frutos amargos para los reyes y los pueblos que se están cogiendo de este nuevo plan, conoceremos las manos hipócritas que lo estendieron y quieren llevarlo á cabo. A pesar de su afectación, de su disfraz y fingimiento, ya van descubriendo lo que son.

Falso profeta es aquel que predica y promete una cosa, y cuando conviene á sus maquinaciones y designios la quebranta (1), y así engaña á los hombres. La carne es un profeta falso, que promete seguros deleites, y solo da eternas aflicciones. El mundo es otro profeta engañador, que para que le sigamos nos promete bienes y felicidades y solo nos proporciona la desgracia y miseria sin fin. Y el demonio es otro tercer profeta mentiroso é hipócrita, que inspirándonos pensamientos de soberbia nos promete elevación y grandezas, y solo nos acarrea la mas penosa é interminable de todas las humillaciones. Con facilidad el espíritu de las tinieblas se transforma en ángel de luz para seducirnos y engañarnos; por lo que nos advisa San Juan (2), diciendo: *Queridos míos, no queráis creer á todo espíritu, sino examinar los espíritus si son de Dios, ó si guen su doctrina, porque se han presentado en el mundo muchos falsos profetas*. Muchos vendrán á vosotros para engañaros, aparentarán religión en vuestra presencia, y no tendrán ninguna: vestirán un traje humilde como los ministros de justicia, y serán estremadamente injustos; manifestarán hacer fervorosas y prolijas oraciones,

(1) Div. Hilar. Can. 6. in Math.

(2) Div. Joann. Ep. 4.^a cap. 4. v. 1.

y meditarán vuestra ruina; fingirán mansedumbre, ostentarán humildad, blasonarán de misericordiosos, hablarán con blandura, y serán interiormente, y en la voluntad de engañaros, lobos rapaces y devoradores; no deis crédito á estos halagos y simulaciones, antes bien guardaos de ellas. Nada lastima tanto á los buenos, ni les hace una guerra mas cruel, como la simulacion y el engaño: el mal encubierto no se ve ni se teme (1).

Acaso, continuó Jesus, *pueden cogerse uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? por sus frutos los conocereis*. Las palabras manifiestan y dan á conocer las ideas del entendimiento: las obras, las afecciones del corazon. Si aplicamos esta regla á los filósofos mundanales, y pesamos y medimos sus obras con el barómetro que nos da San Juan, desde luego conoceremos que no es de Dios el corazon que da los frutos del mundo, ni tampoco lo es el entendimiento que solo concibe ideas contra Jesucristo y su Iglesia. La filosofia carnal y terrena, poseida de un odio infernal contra la religion adorable del crucificado, concibió la diabólica idea de humillarla y destruirla, y para lograr sus intentos se cubrió con el manto régio de la religion misma, é intentó su reforma; y con ella le hace una perpetua guerra, y emplea todas sus armas y ardides para acabarla. ¿Puede darse mayor iniquidad? Estas ideas dicen, que el entendimiento no es de Dios: asi como tampoco lo es el corazon cuyos frutos son la impureza, la impaciencia, el odio, la venganza, la discordia, la envidia, y todos los vicios; porque los frutos del corazon que es de Dios, son la caridad, castidad, paz, modestia, paciencia, longanimidad, continencia, etc., porque estos son los frutos del Espíritu de Dios.

Todo buen árbol produce buenos frutos, y el árbol malo los produce malos. Ni aun es posible que un árbol bueno, mientras es bueno, produzca frutos malos y corrompidos; y que el malo, mientras es malo, los dé sazonados y saludables; por esto el árbol malo será cortado, y arrojado al fuego. Asi el hombre bueno da buenos frutos, porque los dá del tesoro bueno de su corazon, esto es, de la buena intencion y voluntad que en él residen: y el hombre malo, los dá malos, porque tienen mala voluntad é intencion. Lo mismo es, dice Beda, el tesoro del corazon del hombre que la raiz del árbol (2); y asi como de esta salen los frutos que el árbol dá, y salen buenos si la raiz está sana, y malos si la raiz es endeble y enfermiza; asi tambien de un corazon sano y virtuoso salen frutos de virtud y santidad, y de un corazon enfermizo y corrom-

(1) Div. Crisost. Hom. 49. oper. imperfect.

(2) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

pido por el pecado no pueden salir sino frutos amargos y pestilentes : el fin de este corazon será el fuego eterno, asi como el fin del árbol malo será el fuego material de este mundo. La raiz del árbol bueno es la voluntad informada y regada con el rocío de la divina gracia : las hojas son los pensamientos puros y castos : las flores son las palabras llenas de unción y virtud ; y los frutos son las buenas obras hechas en caridad. Pero la raiz del árbol malo es la voluntad destituida de la gracia de Dios, cuyas hojas caen, cuyas flores se marchitan, y cuyos frutos se pudren y corrompen (1). De la abundancia del corazon salen los pensamientos, las palabras y las obras ; si aquel es sano, todos sus frutos serán sanos ; pero si es malo, todos serán malos. ; Corazon malo, y que das malos frutos, qué otra cosa puedes esperar sino el fuego eterno !

Arbol que no da buen fruto, es el desidioso, que se contenta con no cometer maldades, y no procura hacer buenas obras. ¿En qué muestra pertenecer á Cristo el que no vuelve á Dios por medio de la caridad los dones que recibe de su misericordia? Si te descuidas hoy en dar fruto de virtud, acaso no podrás mañana : y nota bien, que por la sentencia del Supremo Juez serás separado de la compañía de todos los buenos, y del número de los fieles ; y la ejecucion de la sentencia será encargada á los ángeles ministros de la justicia del Señor, por cuyo ministerio serás entregado al eterno fuego. Advierte, que el mismo Jesucristo manda arrojar á él, no solo á los que obraron mal, sino tambien á los que dejaron de hacer el bien : *Id, les dice, malditos al fuego eterno; tuve hambre, y no me disteis de comer, sed, y no me disteis de beber.* Asi que, la desidia en obrar el bien manifiesta un corazon estéril é infructuoso. Los frutos que da el corazon son la contricion, la meditacion de los preceptos divinos, la reminiscencia de los beneficios de Dios, la memoria de la muerte, y la compasion para con el prógimo. Los frutos que da la boca, son la oracion, la predicacion, la accion de gracias, el consejo que se da al que lo necesita, la correccion del que yerra, y la instruccion del que no sabe. Los frutos de las obras, son la penitencia, la limosna, la obediencia, y la tolerancia en sufrir las injurias que recibimos del prógimo. Y aun para que no nos engañemos alguna vez al ver estos frutos en la mano ó en la boca de los malvados, nos da el mismo Jesucristo una regla infalible. *No todos los que me dicen : Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos ; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el*

(1) Div. Augustin. lib. 1. de libero arbitrio.

reino de los cielos. No juzga Dios el corazón por las palabras, sino por las obras. La confesion de la fé sin las obras, no basta para conseguir la salud; porque es fé muerta, asi como la de aquellos que confiesan á Dios con la boca, y le niegan con los hechos. Y en verdad, ¿de qué sirve decir con la boca, Señor, Señor, si el corazón está distante de Dios? Hipócritas! bien retratados por Isaías cuando en nombre del mismo Dios, dijo: este pueblo me honra con las palabras, pero su corazón está muy distante de mí. Sobre lo que dice San Agustín (1): ¿Por ventura no será Dios el Señor, aunque nosotros no le digamos Señor, Señor? Reconocerle por Señor es amarle y creerle con el corazón, confesarle con la boca, y testificarle con las obras, porque lo uno sin lo otro, es negarle. El que le llama Señor y no le obedece, se burla de El: esos no buscan á Dios, ni le sirven de veras. ¡O cuánto se ve de esto en el centro mismo de la cristiandad! Siervos que hablan mucho, y trabajan poquísimos; domésticos de la fé, que se consuelan con los hombres, y no se acuerdan de Dios; estos no serán contados en el número de los escogidos, y serán de aquellos que en el día mas notable y famoso, terrible para los impíos, suspirado por los justos; en el día del juicio, cuando, segun San Crisóstomo (2), hablarán los corazones, y callarán las bocas; cuando no se preguntará á las personas, sino que se escudriñarán las conciencias; cuando no habrá testigos aduladores, sino ángeles veraces; dirán tambien, Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre? No fuimos revestidos de vuestra autoridad para explicar á los hombres los misterios de vuestro Evangelio? No hemos predicado la verdadera fé? Con la invocacion de vuestro nombre, y en confirmacion de vuestra doctrina, no curamos los enfermos, lanzamos los demonios, é hicimos otras muchas obras milagrosas? ¿Por qué pues ahora Señor nos eres contrario? ¿Por qué nos arrojas de tu presencia? ¿Por qué nos has preparado un fin tan desastroso que nosotros no supimos preveer?

El Juez Supremo, en cuyo rectísimo y severo tribunal no tienen entrada las apelaciones ni excusas, rechazará con indignacion estas frívolas respuestas, y les dirá: Nada tengo que agradeceros, ni tomar en cuenta para vuestra salvacion eterna los milagros que obró mi Padre por vuestro medio á la invocacion de mi nombre; no para dar testimonio de vuestras falsas virtudes, sino para autorizar vuestras palabras contra la perversidad de vuestras mismas costumbres. Yo no os conozco: jamás os he mirado como á discípulos y siervos

(1) Div. August. Serm. 182. de temp.

(2) Div. Crisostom. Hom. 25. in Math.

mios: nada hay en vosotros que merezca mi aprobacion, ni nada tengo que premiaros, *lejos de Mí, obradores de la iniquidad*. No dice el Señor *lejos de Mí los que obrasteis*, sino los que obraís la iniquidad, para que no se crea que escluye tambien los que la obraron é hicieron penitencia, sino los obradores, ó lo que es lo mismo, los que la obraís; esto es, los que hasta la hora presente, habiendo llegado ya el dia del juicio, aunque no tengais ya la facultad de pecar, conservais sin embargo el afecto: porque los malvados despues de la muerte, no dejan de ser malvados, y aunque no pueden pecar, no pierden por esto la facultad de hacerlo (1): pues la muerte separa el alma de la carne, pero no muda los propósitos.

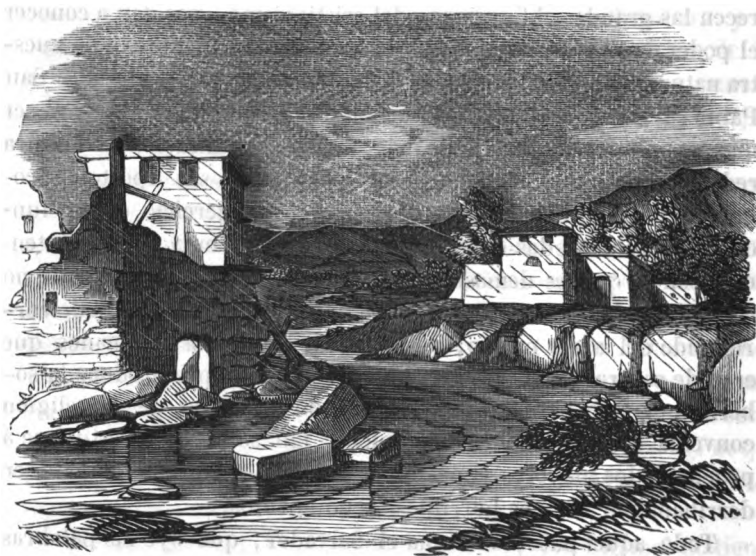
¿Qué diferencia tan notable hay entre la solidez y precision de este famoso discurso del Salvador, y los de los profetas falsos y herejarcas? Estos nos desvian del camino de la verdad, y nos introducen en la senda de la perdicion; al paso que los de aquel nos esclarecen las grandes obligaciones del cristianismo, nos dan á conocer el poder de su religion augusta, la corrupcion y debilidad de nuestra naturaleza, y nos aseguran y nos demuestran, como dice San Pablo (2), que Jesucristo nos fue dado por Dios su Padre para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion, y nuestra redencion. Por esto mas de una vez las repitió á sus Apóstoles, como que habian de serles muy necesarias en el ejercicio de sus funciones; y echó á ellas el sello con una parábola muy fácil de entender; con la que les demostró, que cuando el árbol de la virtud no echaba sus raices en la tierra de la humildad, sino en el lodo corrompido del amor propio, no podia dar los frutos sazonados que eran de esperar, sino los corrompidos que siempre produce la soberbia; y que para levantar la suntuosa fábrica de su religion convenia colocarla sobre un cimiento tan sólido, que estuviere á prueba de los mayores y mas furiosos embates, sin que pudiese ser derribada por los mas horribles sacudimientos.

Todo aquel pues, continua el Salvador, que oye las palabras que os acabo de decir, y las cumple, se asemejará á un varon prudente que edificó su casa sobre piedra; esto es, sobre Cristo: porque hará todas sus obras por Cristo con pureza de corazon y rectitud de intencion, y así cumplirá con la plenitud de la ley evangelica, que es la caridad que está en el mismo Jesucristo; y sobre El se afirma no el que oye las palabras de la ley, sino el que cumple sus

(1) Idem. Ibid.

(2) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Corint. cap. 1. v. 30.

preceptos. Y así como aquel es la piedra angular que une los estre-
mos mas opuestos y distantes, porque une el cielo y la tierra, la
divinidad y la humanidad; así el hombre une por Cristo en su co-
razon el amor de Dios y del prógimo, y cumple con la ley y los pro-
fetas. Viene despues la lluvia; esto es, la tentacion carnal de la las-
civia y de la concupiscencia: salen de madre los rios mundanales
de la codicia y avaricia: soplan los impetuosos vientos de la vani-
dad, y los huracanes de la soberbia; y por la impetuosidad é impor-
tunidad de las tentaciones se arrojan con ímpetu sobre aquella casa;
esto es, sobre aquel suntuoso edificio de virtudes levantado sobre
el sólido cimiento de la religion de Cristo, y como está fundado so-
bre esta piedra solidísima, por la fé, la esperanza y la caridad, no
bambolea ni sucumbe. Por el contrario, aquel que oye mis palabras



sin aprovecharse de ellas, el que escucha mis máximas sin practicar-
las, es parecido á un hombre fátuo, que edifica su casa sobre arena,
cayó la lluvia, y vinieron los rios, y soplaron los vientos, y se pre-
cipitaron sobre aquella casa, y se arruinó, y su ruina fue grande.
Sí, dice el Crisóstomo (1), fue grande, porque fue la ruina y la

(1) Div. Crisostom. Hom. 25. in Math.

desgracia eterna del alma, creada á imagen y semejanza de Dios; comprada y redimida con la sangre del Hijo de Dios; y santificada con la gracia y amor del Espíritu de Dios: y no fue de cosas pequeñas, sino que ocasionó los suplicios y penas eternas, y la eterna pérdida del reino de los cielos. Y el venerable Beda añade: Es patente y manifiesto que acometiendo cualquiera tentacion, los malos al instante se hacen peores, hasta que llegan al extremo, y se precipitan para siempre en el fuego eterno (1).

Acabado este tan precioso discurso, tan sencillo como grave, pero pronunciado con tanta magestad y grandeza, que los oyentes no pudieron menos de quedar tan sobremanera admirados, que estaban como extasiados y fuera de sí, al contemplar la superioridad y escelencia de las doctrinas del Salvador sobre las de los doctores y escribas; y que les enseñaba, como Maestro Divino, cuya autoridad era infinitamente superior á la de todos los hombres; bajaban del monte en compañía de Jesus, y le seguian con la mayor humildad y rendimiento. Contempla pues al Señor, concluye el Crisóstomo (2), con cuánta afectuosa benignidad habla á sus oyentes y les induce á la práctica de las virtudes. Contempla la admiracion de las turbas, que se sobrecogian de pasmo al reconocer su grande potestad, porque no les imponia y daba sus preceptos como una segunda persona que recibia de otra su mision, como lo habian dicho Moisés y los Profetas; sino que manifestaba claramente que era El solo el que tenia autoridad de mandar y sancionar en su propio nombre los preceptos y leyes que les imponia; mostrando ser el supremo y severo Juez que en el dia terrible los habia de premiar ó castigar; y contempla en fin la reverencia y humildad de los discípulos, la afectuosa atencion con que le miran, la admiracion con que escuchan su encantadora doctrina, la prontitud con que la aprenden y cumplen, y la alegria con que gozan de la amable presencia de tan Divino Maestro, pues era el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, y la gracia se veia esparcida por sus labios (3), y con estas consideraciones, alégrate tú tambien, figurándote que le ves y oyes como aquellos: obedécele como ellos: síguele con prontitud, y no dudes que siguiendo al que es el camino, la verdad y la vida, conseguirás la eterna.

(1) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

(2) Div. Crisostom. Hcm. 25. in Math.

(3) Peal. 44. v. 2.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que nos enseñaste á usar de misericordia con todos, y á no juzgar á nadie temerariamente; concédeme la gracia de que cumpla con fidelidad lo que enseñas, para que cuanto yo haga sea digno de tu agrado. Tú nos exhortas á que oremos, y es sin duda porque estás pronto á darnos, cuando siempre nos dices que roguemos. Pido, pues, porque lo mandas: busco, porque así lo quieres: llamo, porque lo previenes. Tú que me haces pedir, haz que reciba: Tú que me dices que busque, haz que halle; y Tú que me mandas llamar, ábreme para que entre: y ya que solo de Tí espero lo que deseo, de Tí solo lo consiga. Concédeme también que por el estrecho camino de la justicia, y la puerta angosta de la penitencia, entre en los palacios eternos de la gloria: que evite la falacia de los que desean engañarme: que imite la simplicidad y la inocencia de aquellos que te sirven y aman: que los afectos de mi corazón estén siempre fijos en el cielo, y jamás en la tierra; para que te sea fiel no solo de palabra, sino con el fruto de las buenas obras; y con los que perseveran en la fidelidad, y la justicia eternamente te alabe. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo se halla repartida en todo el capítulo VII del Evangelio de San Mateo. En el XI de San Marcos, versículos 24, 25 y 26. En el XI de San Lucas, desde el versículo 5 hasta el 13, ambos inclusive. En el VI del mismo Evangelista, desde el 36 al 49, y en el XIII desde el 23 al 27, todos inclusive.

La Iglesia usa de una parte de estos Evangelios en los días siguientes: del capítulo VII de San Mateo desde el versículo 15 al 21, en la misa de la Dominica VII después de Pentecostés.

Del capítulo VI de San Lucas en la Dominica 1.^a también después de Pentecostés, desde el versículo 36 al 42.

Del capítulo XI del mismo en la misa de las letanias mayores, y en la votiva *contra paganos* desde el versículo 5 hasta el 13.

Y en la votiva *pro remissione peccatorum* desde el versículo 9 hasta el 13, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

Nota. Para evitar repeticiones siempre molestas é inoportunas se transcribirán solamente los Evangelios de las misas que se han citado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VII, DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Math. cap. VII, vs. 15 al 21.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces: por sus frutos ú obras los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da malos frutos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos; ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Por sus frutos pues los podreis conocer. No todo aquel que me dice, ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA I, DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Lucas, cap. VI, vs. 36 al 42.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Sed misericordiosos, así como tambien vuestro Padre es misericordioso. No juzgueis, y no sereis juzgados: no condeneis, y no sereis condenados. Perdonad, y sereis perdonados. Dad, y se os dará; y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame. Porque con la misma medida con que midiereis á los demas, se os medirá á vosotros. Proponiales asimismo esta semejanza: ¿Por ventura puede un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos en el precipicio? No es el discípulo superior al maestro: pero todo discípulo será perfecto, como sea semejante á su maestro. Mas tú, por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que tienes en el tuyo? ¿O cómo puedes decir á tu hermano, déjame sacarte la mota de tu ojo, no reparando en la viga que tienes en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y despues podrás ver como has de sacar la mota del ojo de tu hermano.

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS LETANIAS MAYORES Y EN LAS VOTIVAS *contra paganos , y pro remissione peccatorum.*

Capitulo VI, de San Lucas , vs. 5 al 13.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : ¿ Quién de vosotros tendrá un amigo, é irá á él á media noche y le dirá: amigo, préstame tres panes , porque acaba de llegar de viage un amigo mio y no tengo que ofrecerle; y el otro respondiese de adentro diciendo: No me molestes , la puerta está ya cerrada , y mis criados estan como yo acostados , no puedo levantarme á dártelos. Y si el otro perseverare llamando á la puerta , dígoos que ya que no se levantara á dárselos por ser su amigo , es cierto que por librarse de su impertinencia se levantaria al fin , y daria cuantos panes hubiese menester. Dígoos pues á vosotros: pedid , y se os dará: buscad , y hallareis : llamad , y se os abrirá. Porque todo aquel que pide , recibe: y el que busca , halla: y al que llame , se le abrirá. Que si alguno de vosotros pidiese pan á su padre , ¿por ventura le dará él una piedra? ó si pide un pez , por ventura le dará una serpiente? ó si pidiese un huevo , por ventura le dará un escorpion ? ¿ Pues si vosotros siendo malos , sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos , cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno á los que se lo piden?





CAPITULO X.

CURA JESUS MILAGROSAMENTE A UN LEPROSO Y AL CRIADO DEL CENTURION: RESUCITA AL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM: SOSIEGA EL MAR ALBOROTADO, Y DA LIBERTAD A DOS POSEIDOS DE LOS ESPIRITUS INMUNDOS.

Despues que Jesucristo dió á sus Apóstoles y discípulos esa admirable y preciosa multitud de preceptos y consejos evangélicos, bajó del monte seguido no solamente de aquellos, sino de una turba inmensa que todavia deseaba con ansia oir las saludables doctrinas con que la instruia; y el Señor quiso no solo instruirles, sino confirmarles en la fé y creencia de cuanto les habia enseñado, por medio de los milagros que se disponia obrar á su vista: sobre lo que dice San Gerónimo (1): Despues de la predicacion de la doctrina obra Jesus maravillas, para que edificados y consolados los oyentes, crean con mas firmeza lo que antes oyeron. Y San Crisós-

(1) Div. Hieronim. in cap. 8. Math.

tomo añade (1): á las palabras siguen los milagros, porque el que era maravilloso en la sabiduría manifestase tambien serlo en las obras.

Bajó el Señor del monte para hacer milagros, para que á la vista de estos fuese creido sin repugnancia el mayor que habia obrado, bajando del encumbrado monte de la divinidad al valle profundísimo de la humanidad; quedando lo que era, y tomando lo que no era: tomando la forma de siervo, sin dejar de ser Dios: porque si el Hijo de Dios no hubiera bajado á un estado tan humilde, nunca el hombre hubiera ascendido á la altísima dignidad de hijo de Dios, ni á la cumbre de la gloria que por sí no podia merecer.

Bajó del monte, y lo primero que hizo fue limpiar al leproso; para que en esto se conociese que en aquel se habia dado el Nuevo Testamento, y que la gracia del Evangelio era mayor y de mas virtud que la antigua ley; porque esta desechaba á los leprosos y aquellos los sanaba; pero era cuando bien dispuestos en su corazon, llenos de confianza y fe se acercaban á suplicarle, porque entonces el Señor se complacia en ejercer sobre ellos sus misericordias. El leproso era un objeto digno de compasion; por la naturaleza de su mal se hallaba precisado á vivir errante por los montes y desiertos, y cuando salia á pedir limosna en los caminos tenia que avisar desde lejos á los pasajeros el mal de que se hallaba herido.

No es claro si la historia de este leproso es la misma que refieren San Marcos y San Lucas, ó si fue otro distinto del que ellos cuentan; la diferencia solo parece estar, en que el leproso que San Mateo refiere fue curado despues de bajar Jesus del monte, y el que aquellos cuentan lo fue antes de subir á él. No hay inconveniente alguno en creer que fueron dos, ni es extraño que los dos se esplicasen de una misma manera, y con las mismas afectuosas espresiones le rogasen; y que del mismo modo los curase el Señor mandándoles que fuesen á presentarse á los sacerdotes; porque era riquísimo en misericordias, y su omnipotencia y poder eran infinitas como El mismo.

La multitud y conmocion de las turbas que seguian á Jesus, y alborotaban los caminos, avisaron al leproso de que por allí pasaba Su Magestad; y estando privado de entrar y aun de acercarse á las poblaciones, miró esta ocasion como la mas oportuna para conseguir su salud: acercábase gritando, y la multitud le abrió bien presto el camino por el temor de mancharse con el contacto de un leproso. Mas el Señor no se apartó, y al enfermo le fue muy fácil el

(1) Div. Crisostom. Hom. 24. Oper. imperfec.

reconocerle por la benignidad con que le permitia acercarse á su Persona. Acercábase, mas inflamado por la fé de su corazon, que por el deseo de conseguir la salud corporal: y asi es que se postra, que pega su cara contra el polvo de la tierra, que le llama *Señor*, que confiesa su *omnipotencia*, y que publica esperar en su *bondad*. *Señor*, le dice, *si Vos quereis, podeis limpiarme*. Súplica que se hacia con tanta fé, esperanza y humildad, no podia dejar de ser pronto y bien despachada.

Sobre este modo de pedir tan humilde y reverente dice San Ambrosio (1): Pegar el leproso su cara contra el polvo de la tierra para implorar la misericordia del Salvador fue vergüenza y humildad; para significar que cada uno debe tener vergüenza de las culpas y pecados que ha cometido; pero la vergüenza no le estorbó la confesion. Manifestó al médico soberano la enfermedad que padecia, y le pidió el remedio. Con todo, no dudando de su poder, no le dijo *limpiame*, *Señor*, sino que se resignó á la disposicion de su voluntad, y aguardó con paciencia que la manifestase. Si quieres, le dijo, *bien puedes limpiarme*. Tu voluntad sola es el remedio mas eficaz para curarme: eres Todopoderoso, y haces por consiguiente todo lo que quieres. Asi manifestó la fé de su corazon, confesó el poder de Dios, publicó la esperanza que tenia en su bondad, y logró que el Señor estendiera hácia él su mano, que le tocara, y le dijera: *Quiero; Sed limpio*; y que al pronunciar estas palabras desapareciese el mal, y quedase inmediatamente limpio. Estendió su mano como liberal, y condenó la avaricia de los que se niegan á este acto de generosidad para remediar las necesidades de sus prógimos. Le tocó, é hizo alarde de su humildad, para abatir nuestra soberbia. Dijo quiero, mostrando su clemencia divina, contra la envidia feroz que en miles de ocasiones nos impide ser clementes y misericordiosos con los infelices y necesitados. Y quedó limpio, condenando la incredulidad de los que no creian en El, á pesar de los milagros que obraba en beneficio de todos para confirmar su doctrina.

Varios son los leprosos de que nos hablan las Escrituras Santas, y varios son tambien los modos ó medios con que fueron curados. Naaman, ~~general~~ general del Rey de Siria, lo fue lavándose siete veces en el Jordan como se lo mandó Eliseo (2): Para sanar la lepra de Maria, hermana de Moisés, le mandó á este el Señor que le hiciera vivir apartada fuera del campamento de los hijos de Israel

(1) Div. Ambros. in cap. 5. Lucæ.

(2) Lib. 5. Reg. c. V. vs. 10. et 15

por espacio de siete dias (1). El mismo ordenó al propio Moisés, para justificar la altísima mision que le habia dado de sacar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, metiese la mano en su seno á presencia de Faraon y la sacaria llena de lepra; y para curársela se la metiese otra vez en el seno y quedaria limpia (2). A los diez leprosos les mandó que fuesen á manifestarse á los sacerdotes, y cuando iban quedaron curados en el camino (3); y al que San Mateo refiere lo curó el Señor tocándolo con su propia mano; ya para demostrarnos la eficacia y virtud de su mano omnipotente, ya lo grato que era á Dios su Padre el heroismo de su humildad; y ya en fin lo escelso y asombroso de su misericordia, que no se desdenaba de tocar á un leproso. Es cierto que la ley prohibia á los leprosos mezclarse con los judios, y á estos acercarse á aquellos; pero no les impedia usar de misericordia con ellos: por esto Jesucristo, autor de la ley, y legislador supremo, se dispensó de la letra de la ley, y se conformó con el espíritu del legislador, usando de misericordia con el leproso. Llegó á él, dice el Crisóstomo (4): no solo por el gran misterio que la curacion del leproso figuraba, sino para ser modelo de humildes, y ejemplo de compasion para todos aquellos que padeciesen algunas necesidades ó angustias; á fin de que cualquiera que fuese la enfermedad que los hombres padeciesen, ninguno por grande y elevado que fuese en la tierra, se desdenase de acercarse á él, y consolarle.

Mandó el Señor al curado que á nadie dijese la gracia que habia recibido, porque no queria que los sacerdotes tuviesen noticia del suceso antes que ellos mismos pudiesen atestiguar por su propia confesion la verdad del hecho; porque como conocia bien su perversidad y suspicacia, recelaba que mirasen como delito en el enfermo haber sido curado, y en El mismo haber usado de su caridad. Mas despues que el paciente hubiese sufrido su examen ordinario, presentando la ofrenda señalada, y el sacerdote la hubiese aceptado, declarándole perfectamente limpio, y que podia volver al trato y comercio con los demas hombres, ya no se opinia Su Magestad á que supiesen los sacerdotes la parte que El habia tenido en la curacion; pues en tal caso ya llegaba tarde la calumnia, y no habia lugar á la revocacion del testimonio que habian dado de la

(1) Numer. cap. 12. v. 14.

(2) Exod. cap. 4. vs. 6. et 7.

(3) Luc. 17. v. 14.

(4) Div. Crisostom. Hom. 26. in Math.

perfecta sanidad del doliente. Esta fue sin duda la causa que tendria á primera vista el Salvador para mandar sériamente al leproso que se retirase, diciéndole no revelase á nadie que El lo habia curado, sino que fuese á presentarse al pontífice, para que lo examinase y restableciese al comercio de sus hermanos.

Tan rico en humildad como en poder y gracia, envió el Señor al leproso á los sacerdotes, y le encargó ofreciera el don mandado por Moisés, por cinco razones muy principales y poderosas. La primera porque aunque estaba sano, no era tenido por tal; ni debia segun la ley ser admitido á vivir entre los sanos, sin que el juicio de los sacerdotes le declarase limpio; ofreciendo al Señor el don que mandaba la ley en reconocimiento del beneficio recibido: porque asi como por órden de los sacerdotes era separado de las ciudades, tampoco podia volver á ellas sin su autorizacion y permiso. La segunda para darnos ejemplo de humildad, porque aunque El obraba con autoridad y omnipotencia divina, no quiso defraudar el honor y respeto que se debia á los sacerdotes, enseñando á los demas la reverencia que en todas ocasiones y bajo todos conceptos se les debe tener. La tercera para cerrar la boca á la maledicencia de los fariseos, que le acusaban de quebrantador de la ley, dando á conocer que aunque sanaba las enfermedades con una virtud muy superior á todas las leyes humanas, no por eso mandaba cosas contra lo prevenido en las leyes. La cuarta para hacer entender á los sacerdotes, que curado aquel leproso por la gracia y eficacia de la virtud divina que en El residia, el sacerdocio santo que ejercia y venia á establecer entre los hombres, era de una virtud y naturateza muy superior al que ellos desempeñaban, pues su virtud no alcanzaba á curar y sanar las enfermedades y dolencias. Y la quinta para probar la fé de aquel sacerdocio y quitar todo motivo de duda ó excusa, con que pudieran cohonestar ó paliar su incredulidad; por lo que dijo el Señor al leproso, que ofreciera el don á los sacerdotes *en testimonio á ellos*, que significa en testimonio contra ellos, si visto el milagro todavia no le diesen crédito.

Significanos claramente el Maestro Divino que el pecador, de quien era figura el leproso, tiene obligacion de presentarse al sacerdote y mostrarse á él por la confesion, aunque esté ya limpio de la lepra del pecado por la contriccion; porque es preciso que se rinda y humille, y que acepte por consejo del sacerdote la penitencia que se le imponga, ofreciendo por este medio el don de la satisfaccion: por esto le dijo, anda, ve, muéstrate al sacerdote: esto es, muéstrale lo que hiciste, lo que pensaste, lo que hablaste:

no le escondas tu vida, no pudieses tus crímenes, y los disminuyas con frívolas y vanas excusas; sino manifiéstale claramente y sin rebozo lo que hay en tu interior; y ¡sabe que solo al sacerdote es á quien debes hacer esta manifestacion.

Obedeció el infeliz al Salvador aunque no en todo. Sacado repentinamente de la miseria y libre de una humillacion, que le confundia y avergonzaba, tenia mucha dificultad en no publicar el beneficio recibido, la bondad de su libertador, y en ocultar su poder milagroso. Estaba tan fuera de sí, que ó no comprendió la órden de Jesucristo, ó no se juzgó obligado á obedecerla. No podia persuadirse, que una formalidad ó ceremonia como la que se le mandaba de presentarse al sacerdote, obligase á tan dura prueba su reconocimiento. En efecto, él se retiró de la presencia del Salvador, pero fue para ir á publicar en alta voz la maravilla obrada en su persona, y para hacer de ella otros tantos testigos cuantos hombres encontraba que lo habian conocido por leproso, y huido de su trato y conversacion. Pero asi como la lepra es una enfermedad asquerosa, que inficiona el cuerpo y se comunica y contrae hasta por el aliento, asi la gratitud y reconocimiento del leproso parecen que contagiaban tambien infinitos corazones, que agolpándose sobre el Salvador, le hubieran oprimido con sus súplicas y admiraciones, si su misericordia y humanidad no hubiesen sido igualmente infinitas: y aunque se retiraba con mucha frecuencia á los desiertos para huir de las turbas, orar y tratar mas familiarmente con su Padre, la necesidad ó la ansia y el deseo de los pueblos de oir su divina palabra y experimentar sus bondades, le sacaban de su retiro, y obligaban á recorrer las villas y ciudades por donde mas de una vez habia ya transitado.

No hacia mucho tiempo que habia salido Jesus de Cafarnaum; y casi á la fuerza le impelieron las turbas á que volviese allá, porque eran muchos los que en aquella ciudad le esperaban; entre ellos habia un gentil mas digno de los favores del Mesias que muchos de los judios que aparentaban ser sus admiradores y secuaces: este era un hombre de guerra que mandaba una compañía de cien hombres, por lo que se llamaba centurion: permanecia en Cafarnaum, que era la metrópoli de Galilea, entonces ciudad muy opulenta y poderosa, mas hoy muy pobre y abatida, con el objeto de cobrar los tributos que los galileos pagaban á los romanos, y con el de impedir que aquellos se rebelasen contra estos; y habiendo oido decir que Jesus habia llegado á la ciudad, se presentó á El, é imploró su misericordia con aquella sencillez, franqueza y buena

fé, que gana los corazones para con los hombres, y asegura para con Dios el buen despacho en las súplicas que se le dirigen; y como acostumbran á hacerlo los hombres de su profesion cuando tienen religion y fé. Acercóse á El con fé, deseo, y reverencia, mas que con la presencia y rendimiento corporal. Acercóse el extraño por la genealogia, pero doméstico por el corazon: el extranjero por la nacion, pero muy cercano por la fé: el príncipe de los soldados, pero compañero de los Angeles: el que no era judio sino gentil; y por esto reputándose como indigno de acercarse á Jesus y merecer sus favores, no se atravió á verificarlo por sí inmediatamente, como asegura Orígenes, sino que envió primero los ancianos de los judios, se asoció y mezcló con ellos, como mas familiares y amigos de Jesus, y por su mediacion le rogó y dijo (1): *Señor*; en cuya potestad estan la enfermedad y la salud, la muerte y la vida, *mi muchacho*, esto es, mi criado y súbdito: y adviértase que le llama muchacho, por la corta edad y mucha familiaridad que con él tenia, y para condenar la soberbia de los amos altaneros y orgullosos que desprecian la humilde condicion de los criados: *está paralítico en mi casa*, con lo que condena tambien la inhumanidad de los señores, que viendo á sus criados enfermos los despiden de sus casas y envian á los hospitales, olvidando los buenos servicios que en los dias de su salud les prestaron: *y lo pasa muy mal*, porque es atormentado de graves y fuertes dolores.

Tres palabras pronuncia, á saber: *está postrado, está paralítico, y lo pasa muy mal*, para indicar las angustias del enfermo, los afectos con que por él ruega, y escitar de esta manera la misericordia del Señor: sobre lo que dice San Crisóstomo (2): Vé como por medio de los nuncios solo espone la enfermedad, y el remedio de la salud le deja al cuidado de la misericordia ya bien pública de aquel á quien la súplica se dirige. Permision fué de la Divina providencia fuesen los ancianos de los judios como los postuladores de la misericordia, para que fuesen mas inescusables en el tribunal de la Justicia divina, si viendo el milagro y creyendo el gentil, no creyesen ellos tambien. Bastó al centurion solo el oir referir los milagros que Cristo obraba, para creer firmemente que podia sanar su criado á quien amaba, y el que sin duda alguna pereciera si Cristo no le sanara; por lo que era tan solícito en rogar por su salud: en lo que debemos nosotros aprender la misericordia que he-

(1) Origen. Homil. 5. in diversos. De laude centurionis.

(2) Div. Crisostem. Hom. 22. oper. imperfec.

mos de usar con nuestros consiervos y súbditos, y el cuidado que de ellos hemos de tener cuando les vemos enfermos y tendidos en el lecho del dolor; no debe ser mayor el que tengamos de nosotros mismos estando sanos, que el que tengamos de los súbditos enfermos; ni tampoco debe ser mayor el afan por nuestras comodidades y regalos, que la solicitud y vigilancia por el consuelo y alivio de aquellos.

Rogó á la verdad, pero mas solícito por aliviar las angustias de su criado, y mas deseoso de su curacion que de su propio honor, no instó para que el Salvador fuese á su casa, no dudando de la Magestad de Cristo, ni de la reverencia y honor que se le debian: por lo que Jesus, que conocia bien el fondo de la humildad con que se le rogaba, y la respetuosa devocion con que iba acompañada la súplica, contestó á los internuncios con la humildad y misericordia que le caracterizaban, y dijo: *Yo iré y le sanaré. Yo iré*, esta es la humildad: *y le sanaré*, esta es la misericordia: y en el acto mismo empezó á marchar con ellos. Iba, porque ya sabia lo que habia de suceder. Iba, con toda la plenitud que tenia de poder para obrar, y sanar los enfermos sin que para ello se necesitase su presencia corporal. Iba á visitar á un pobre, aunque era el médico soberano, para confundir la poca caridad de los médicos de la tierra, que desatienden á los pobres para atender á los ricos. Iba, y el centurion pensaba; y ya no muy distante de su casa, ilustrado por la fé, y por un acto explícito y verdadero de ella, se humilla á la presencia de Cristo, cuya grandeza y magestad no desconoce, y le dice: *Señor! Yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada: una sola palabra vuestra es mas que suficiente para que mi criado recobre inmediatamente —a salud*: pronunciadla sin moveros del lugar donde estais, y yo estoy seguro que apenas hableis le encontraré enteramente bueno.

Ruega con humildad y con fé, y como por la fé conoce su pequeñez á la presencia de la grandeza de Cristo, no llama á su morada casa, y mucho menos palacio, sino *techo*, ó morada pobre, indigna de recibir Señor tan alto. No se le oculta que es gentil, y que vive como gentil, y teme que se ofenda la delicadeza de Cristo al entrar en su morada, porque le cree verdadero Dios. Confiésase indigno, y entonces se hace digno de que entre el Hijo de Dios, no solo dentro las paredes de su casa, sino dentro de su propio corazon (1). Y porque se confiesa indigno de recibir á Cristo en su casa,

(1) Div. Augustin. Serm. 6. de verb. Dmo.

se hace por lo mismo digno de su reino (1). Asombrosa fé! Escelsa y heróica fe que cree que el decir en Cristo es lo mismo que el hacer. En las palabras y en las obras de este gentil creyente brillan sobremanera la humildad, la fé, la prudencia, la caridad. La humildad, porque cuando Jesus estaba dispuesto á entrar en su casa, no se juzgó merecedor de esta honra, y humildemente la resistió. La fé, porque siendo gentil creyó firmemente que con hablar una palabra restituiria el Señor á su criado la completa salud. La prudencia, porque conoció la Divinidad encubierta con la humanidad, y al que veia caminar con el cuerpo y mudarse de un lugar á otro, le consideró presente en todos en razon de su Divinidad. Y la caridad en fin, porque cuando otros muchos se acercaban al Señor á suplicarle para sí mismos, ó para sus hijos, ó para las personas que mas amaban, él se acercó para rogarle por un pobre criado.

Manifestó no solo la fé, sino la constancia y la firmeza de su fé, cuando resistiendo humildemente la marcha del Señor hácia su casa, le dijo: Yo sé bien que las enfermedades mas obstinadas os obedecen, como los soldados á sus gefes y capitanes. Yo que os ruego ahora con la humildad posible, no soy mas que un pobre subalterno, sujeto á la autoridad del tribuno, y á la del emperador, y sin embargo, mis soldados me estan tan subordinados y dependientes de mi voluntad, que con solo hablarles todos se ponen en movimiento y me obedecen. A uno le digo, marcha á tal punto, y luego parte; á otro le mando venir, y viene sin réplica; y á mi criado le ordeno que haga esto ó aquello, y lo ejecuta sin resistencia: ¿cuánto mejor Vos, cuyo poder es soberano é independiente, os hareis obedecer de todas las criaturas cualquiera que sea la órden que les intimeis? ¿Cuánto mas Vos que sois Dios omnipotente, á quien sirven rendidas todas las potestades del Cielo, á quien obedecen los ángeles, y cuya órden y mandato nadie puede resistir, podreis curar á mi criado con hablar tan solamente una palabra? Ninguna necesidad hay pues de que os fatigueis en entrar bajo mi techo: habladla, Señor, y mi criado quedará perfectamente sano (2).

Oyó el Señor como con admiracion las palabras tan espresivas de la fé que en su corazon latia; y la comparacion militar con que quiso corroborarla, no dejaba de ser maravillosa en la boca de un gentil: pero sin quedar por esto sorprendido, porque infinito en comprension, sabiduria y poder, nada podia sorprenderle; manifes-

(1) Div. Crisostom. Hom. 27. in Math.

(2) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

tó una especie de admiracion por lo que habia oido, y aprovechó la ocasion para dar á los mismos ancianos de los judios una leccion muy útil, previniéndoles contra la incredulidad de otros muchos de sus hermanos para quienes no bastaria la repeticion y multiplicacion de milagros para sacarlos de aquella. Se admiró celebrando los rápidos progresos de la fé del centurion, y admiró en él las misericordias inefables de su Padre, para enseñarnos á celebrar y admirar las bondades de Dios en beneficio y favor del hombre, que todavia tiene necesidad de ser asi avisado: porque tales movimientos de gozo y admiracion en Jesucristo, no indican el movimiento ó alteracion de su ánimo, sino la bondad del maestro sapientísimo que asi quiere enseñarnos la gratitud y el reconocimiento que á Dios debemos (1): y asi fué, que admirando su fé, y proponiéndola por ejemplo á los que se hallaban presentes, les dijo: *Yo os aseguro en verdad, que no he hallado tanta fé en Israel.* Esto es, desde que predico entre vosotros, no he encontrado en Israel una fé comparable á la de este centurion: no he visto persuasion tan viva del poder de mi Padre, y mio; no obstante que este es un extranjero. De los presentes habla, dice San Gerónimo (2), no de los Patriarcas y Profetas que les habian precedido. O tal vez en el centurion es preferida la fé de los gentiles, á la de los judios. Grande afrenta para el pueblo circuncidado, que un gentil le haga ventaja en la fé del Mesias, y en la creencia del poder inmenso de su gracia; un gentil criado entre el ruido de las armas, y privado de las luces que suministraba la ley de Moisés á los hijos de Jacob, puesto que nunca podía ser igual el mérito de la fé entre un judio y un gentil. El judio creia despues de haber visto muchos milagros, y el gentil creia sin haber visto alguno, y solo por oir decir que los obraba (3).

Admiró, y celebró tanto el Señor la fé del centurion, no solo por la rapidez con que la vió crecer, sino porque fué el signo figurativo de la fé de los gentiles, y de la mayor velocidad con que se habia de propagar entre ellos, antes que entre los judios (4): pero los judios no cayeron para no levantarse jamás. Su caida vino á ser una ocasion de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de estos les escite la emulacion para imitar su fé, como asegura San

(1) Div. Augustin. lib. 1. contra Manicheos.

(2) Div. Hieronim. in cap. 8. Math.

(3) Div. Crisostom. Hom. 27. in Marth.

(4) Ven. Bel. in cap. 6. Luca.

Pablo (1). Este es el gran misterio del acebuche injerto en el olivo, y de las ramas del olivo desgajadas y arrancadas del tronco: por lo que les decia el Apostol: « Con vosotros hablo ¡oh gentiles! Ya »que soy el Apostol de las gentes, he de honrar mi ministerio, »para ver tambien si de algun modo puedo provocar á una santa »emulacion á los de mi linage, y logro la salvacion de algunos de »ellos. Porque si el haber sido los mas de ellos desechados, ha sido »ocasion de la reconciliacion del mundo, que será su restableci- »miento ó *conversion á la fé, al fin de los tiempos*, sino resurreccion »de muerte ó vida? Porque si las primicias de los judios son san- »tas, esto es, *los Patriarcas*, lo es tambien la masa de la nacion: y »si es santa la raiz, tambien las ramas. Si algunas de ellas han sido »cortadas, y tú ¡oh pueblo gentil! que no eras mas que un acebu- »che, has sido injertado en su lugar, y hecho participante de la »savia ó jugo, que sube de la raiz del olivo, no tienes de que glo- »rriarte contra las ramas naturales. Y si te glorias, sábetete que no »sustentas tú á la raiz, sino la raiz á tí. Pero las ramas, dirás tú, »han sido cortadas, para que yo sea injerido en su lugar. Está »bien: lo fueron por su incredulidad: y tú estas ahora firme en el »árbol, por medio de la fé, mas no te engrias, antes bien teme. »Porque si Dios no perdonó á las ramas naturales, esto es, á los ju- »dios, debes temer, que si faltas, tampoco á tí te perdone. Consi- »dera pues la bondad, y la severidad de Dios: la severidad para »con aquellos que cayeron, y la bondad para contigo, si persevera- »res en el estado en que su bondad te ha puesto; de lo contrario tú »tambien serás cortado.»

La conversion de la gentilidad es un hecho que demuestra la misericordia y el poder de la gracia; y asi pudo muy bien decir Je- sus á los judios, Yo os digo que lo mireis como el anuncio de la multitud de gentiles, que en pos de El vendrán del Oriente, y del Occidente: entrarán en mi Iglesia, que es el reino de los Cielos; y teniendo en su cabeza á Cristo, su verdadero rey, serán admitidos á mis banquetes espirituales, y se sentarán con Abrahan, Isaac y Ja- cob, en calidad de hijos legítimos de estos Santos Patriarcas, cuya fé imitarán; porque á ellos se hizo la promesa de la tierra de pro- mision, por la que se entiende la patria de los justos. Si tú, pues, te ves sumido en la cloaca inmundada de los vicios, cubierto con la le- pra del pecado, y atollado en el cieno de la inmundicia, alientate; tratas con Dios omnipotente y propenso á perdonar: El es el ofen-

(1) Div. Paul. ad Rom. cap. 11. vs. 11. et sequenbs.

dido y te convida al perdón. Abierto está el seno de su clemencia para el que se vuelve á El con fé y confianza de hijo. Si el pecado te hizo hijo de ira, la fé te hará hijo de la promesa. Mas los hijos del reino, esto es, los israelitas, hijos de los Patriarcas segun la carne, y destinados á vivir bajo el imperio de Cristo como los primeros hijos de su Iglesia, serán entregados á las tinieblas de la incredulidad, de donde pasarán á las eternas, donde no habrá sino llanto, amargura y continuo crujir de dientes. Los hijos del reino, que desecharon el imperio de Dios y le pidieron un rey á semejanza de los gentiles (1) por boca de Samuel, los hijos del reino por vocacion y promesa, serán arrojados de la vista y presencia de Dios, y sepultados en las tinieblas exteriores, porque en su entendimiento y corazon ya tienen las interiores: estas consisten en la ceguedad del uno, y en la dureza del otro; y las exteriores en la noche eterna de la condenacion (2): porque el fuego del infierno no luce para manifestar á los condenados lo que puede servirles de consuelo, sino lo que es para su mayor tormento. Ven, no para alegrarse, sino para que cuanto á su alrededor vean, les sirva de motivo para un eterno llorar: por esto llorarán allí sus ojos mortificados por el hedor del humo y por el ardor del fuego que los abrasará sin impedirles el mirar lo que eternamente no quisieran ver; y porque la muerte entró por aquellas ventanas que miraron atrevidas lo que no era lícito desear, llorarán con lágrimas irremediables, lo que con ellas ya no podrán espiar. Allí será el crujir de dientes por la intensidad del frio con que se helarán, y por la soberbia indignacion de su afecto, porque ya no llegó á tiempo el arrepentimiento de su pecado.

Dos milagros obró Jesus en Cafarnaum que merecen confrontarse, y nunca olvidarse: estos son, la curacion del hijo del régulo, y la del criado del centurion: el primero le ruega que vaya á su casa antes que muera su hijo, y el Señor no condesciende con su súplica; y el segundo no se considera digno de presentarse en persona para rogarle, y mucho menos de que pase á su casa para sanar al enfermo, y el Señor quiere ir allá en persona, lo que resiste el centurion con la mayor humildad. ¡Qué leccion tan importante! ¡Qué documento tan sublime! No vá á visitar al hijo del régulo, para que no se creyera que iba atraído por las riquezas, por la ambicion, ó la lisonja, y que no era el verdadero espíritu de la caridad

(1) Lib. I. Reg. cap. 8. v. 5.

(2) Div. Gregor. lib. 9. Moral.

el que le impulsaba á usar de misericordia con los que se la suplicaban: y marcha sin que se lo rueguen á visitar el criado del centurion, para que no se creyera que despreciaba la condicion del siervo, y que á su presencia habia distincion entre los siervos y los libres, los ricos y los pobres, y que no se extendia igualmente á todos el espíritu de su caridad (1). Como es altísimo, y el mas escelso y elevado de todos los seres, vé y penetra desde la region inaccesible donde habita, el corazon de todas las criaturas: fija su atencion en las humildes, y desprecia, y arroja lejos de sí á las altivas (2): por esto le decia lleno de confianza David: Si me hallare, oh Señor! en medio de la tribulacion Tú me alentarás y sostendrás, porque estendiste tu mano contra el furor de mis enemigos, y tu diestra omnipotente me salvó de todos ellos. Sí: el Señor tomará mi defensa; eterna es, oh Señor, tu misericordia: no deseches las obras de tus manos.

Si es digno de la admiracion de los hombres el buen uso que hacen de su autoridad para con sus criados, es mucho mas digno de las atenciones de Dios ver ennoblecida y exaltada esta misma autoridad, no con una caridad estéril, frívola y aparente, con la que mas bien se busca el aura popular, que el mérito de la virtud; sino con aquella fervorosa y heroica, que es la espresion sincera del amor y ternura de un padre para con sus hijos, y se ordena á conseguir á un tiempo mismo la salud espiritual y corporal de todos sus familiares y domésticos. El Señor que vió practicar al centurion ese heroismo de caridad, quiso premiárselo largamente, concediéndole la salud repentina del criado, y libertando al uno y al otro de la parálisis del alma, que es la mayor y mas peligrosa entre todas las dolencias; y haciéndole testigo de la prediccion que hacia á su pueblo, en orden á la reprobacion próxima de Israel, y á la substitucion y llamamiento de los gentiles. Habia bajado del cielo para buscar al hombre perdido sin distincion de paises ni naciones; por esto no se desdénaba de ir á la casa de aquel que le buscaba con tanta humildad y fé, para sanar á su criado (3). El centurion conoció muy pronto el llamamiento que Dios hacia á todos los gentiles, y no quiso ser de los últimos en corresponder agradecido á esta tan escelsa demostracion del divino amor; rehusaba hospedarle en su casa, y ya lo habia recibido no como huésped, sino como Señor y Dios en el fondo de su corazon. ¿Qué acriminacion tan

(1) Div. Ambros. in cap. 6. Luc.

(2) Psal. 137. vs. 6. 7. et 8.

(3) Div. Gregor. Hom. 28. in Evang.

terrible para el cristiano orgulloso que desestima las visitas misericordiosas del Dios de la caridad y del amor? De qué aprovecha llamarse hijo de Dios, tener á Dios en su casa, y aun recibirle en su pecho, sino se le da la morada que El quiere, que es el corazon? Y quién le prepara este hospedage sino la humildad? Quién le adorna sino la caridad? La demanda del centurion está basada sobre estas dos grandes virtudes, por esto la despachó el Salvador pronta y benigne-mente. *Anda en paz*, le dijo, *y segun lo ha creido tu gran fé, así se ejecute*. Y en efecto, el milagro se obró en el mismo instante en que Jesus hablaba; y el criado del centurion fiel quedó libre del rabioso mal que le molestaba.

¡Ah! Qué cristiano podrá decir que tiene fé, y oyendo la narracion de este portento no tomará fuerza y brio para seguir á Cristo? Confirmó el milagro la fé y la esperanza en el corazon del centurion. Habló el Señor, y su paladra, que es la expansion de su voluntad eficaz y omnipotente, obró el prodigio que el nuevo fiel creia que podia obrar, y justificó que no era menos eficaz para dar la salud á los cuerpos, que á los espíritus. La fé humilde con que conoció el supremo dominio que tiene la voluntad de Dios sobre la del hombre, le obligó á un acto de sumisa y reverente adoracion, y supo atribuir á la misericordia y á la gracia de Dios lo que la soberbia humana no quiere en manera alguna agradecer. El hombre insano cree que la obra de la santificacion y de la salvacion de su alma es esclusivamente suya; y resiste dar gracias á Dios por las de su misericordia y amor: así el pueblo circuncidado pasó por la dura afrenta de que un gentil le aventajase en la confesion de la fé del Mesias, y del poderio de su gracia; y así este recibió las del Señor, proporcionadas á la medida de su fé; y así la cura maravillosa de su criado se debió á la fé, á la oracion, y á la humildad, cuyos méritos le dió el mismo Jesucristo, el que desea vivamente sanar nuestros corazones de los vicios de que adolecen, y hacerles dignos de la salud eterna.

Poco tiempo despues marchaba Jesus con sus discípulos, y una turba inmensa de gentes que le seguian atraídas por la novedad é importancia de sus milagros, por la suavidad y dulzura de su doctrina, y por la devocion que les inspiraba su virtuosa amabilidad y modestia, á una ciudad de Galilea que se llamaba Naim, distante dos millas del monte Tabor, dominada enteramente por las alturas del Endor, por cuya falda corre placentero y alegre el arrollo de Cison. Antes de llegar á una de las puertas de esta ciudad, en la que acostumbraba á ser siempre muy extraordinario el concurso de las

gentes, salió Jesus al encuentro de una gran porcion de ellas que conducian á la sepultura á un hijo único de una pobre viuda, y hacian el duelo con la madre. No fue sin divina permission y providencia que acompañára tanta gente al difunto, para que fuese mas público el milagro que habia de obrarse, y la abundancia de tantos y tan diversos testigos no dejase ningun lugar á la duda. Muchos eran, pero todos pecadores; todos muertos espiritualmente por la culpa, y el Señor queria obrar á un mismo tiempo muchas y muy diferentes resurrecciones; porque resucitando al difunto que se conducia al sepulcro, queria resucitar á los muertos por la culpa, á la vida de la gracia; queria usar con ellos de misericordia, ya que se ocupaban en obras de caridad y misericordia, como eran enterrar el difunto, y consolar á su madre viuda. San Gregorio Niceno (1) pinta con muy pocas palabras la triste situacion de la madre, y los consuelos que necesitaba. Era viuda, dice, y no esperaba parir otro hijo, no tenia en quien poner sus ojos sino solo en aquel que era único, á él solo habia dado de mamar, á solo él tenia dentro su casa para su consuelo y compañía, y solo él era todo su tesoro. Escesiva era la pena de esta mujer, y muy bastante para provocar á lágrimas y á compasion á cuantos la veian y contemplaban: observóla Jesus, y para consolarla en tanta angustia le dijo: *No llores*, acercóse al féretro, y parándose poseidos de respeto los que lo conducian, lo tocó el Señor con la mano, dirigió su voz al difunto, y con aquella eficacia omnipotente, con la que sacó en el principio todas las cosas criadas del seno de la nada, arrancó al difunto del lago y poder de la muerte; le restituyó la vida, y lo devolvió á su madre. Grande milagro, esclama el venerable Beda (2), propio de la grandeza y de la misericordia de Dios, que siendo consolador de los que lloran, enjuga las lágrimas de los justos, consuela á los penitentes, y se duele de los pecados y miserias de sus hermanos.

Esta tan grande bondad de parte de Jesus, nos enseña que debemos seguir todo ejemplo de piedad, y nos avisa para que no nos desconsolamos á la vista de la muerte temporal, siendo tan cierta la resurreccion que esperamos para la vida eterna. Lloren en buena hora los paganos y gentiles que no creen la resurreccion, ni esperan la vida eterna; pero los cristianos que esto creen, solo deben gemir y suspirar por la incertidumbre de si consiguen-

(1) Div. Gregor. Nicen. in cap. 7. Lucæ.

(2) Ven. Bed. in cap. 7. Lucæ

ron los difuntos la felicidad futura; para aplacar la justicia divina si acaso aquellos murieron en su desgracia, y satisfacerla por ellos porque ya no están en estado de merecer. No pueden pasarse como olvidadas las doctrinas de San Agustín (1) sobre este pasage importantísimo de la vida del Salvador. Interesantes son, dice, todas las personas, acciones, y cosas que se observan en este gran milagro. El difunto representa al pecador muerto á la vida de la gracia: la madre viuda que llora la muerte de su hijo, es la imagen de la Iglesia que llora la muerte espiritual de cada uno de los suyos como si fuera único, estando toda ella metida en las entrañas de todos sus miembros con el espíritu de caridad y misericordia con que continuamente los engendra y ama, hasta que Jesucristo se forme en su corazón. Las lágrimas visibles de aquella madre, y los pasos que da en seguimiento del hijo muerto, son figura de las que invisiblemente llora la Iglesia por los pecados de los suyos, y de las amorosas diligencias que practica para conseguir su espiritual resurrección, no desfalleciendo hasta verlos restituidos á la vida, temiendo no sean sepultados en el infierno; donde no hay esperanza de que hallen otra vez á Jesús. Los que á aquella acompañaban, denotan los buenos hijos de esta que permaneciendo fieles en su seno lloran con ella la muerte espiritual de sus hermanos, y ruegan por su resurrección. El encuentro de Jesucristo con el difunto, es el símbolo de la predestinación, que al parecer (por los medios carnales del mundo, aunque realmente dispuestos por su altísima sabiduría suelen convertir á los que se apartaron del buen camino. La compasión que el Salvador tuvo de aquella buena madre, muestra la benignidad con que oye los clamores de la Iglesia: y el haberle dicho el Señor que no llorase, demuestra el consuelo que por Sí mismo dá ahora á los que derraman lágrimas de dolor por los males públicos y ocultos de la Iglesia, y el que dará á los miembros vivos de ella cuando haya perfeccionado la obra de la santificación de todos los escogidos. ¡Oh! Cuán admirables y dignas de la gratitud de los hombres son todas las obras de Dios! Su misericordia y amor brillan en todas ellas: y el hombre estúpido á la par que ingrato no sabe conocerlas, ni admirarlas, ni agradecerlas.

Acercóse el Señor y tocó el *lugarcillo*, ó el estrecho y pequeño recinto en que estaba encerrado el difunto, para que la obra

(1) Div. Agustín. Sermon 98. De verb. Dom. núm. 3.º

de la salud se verificase por el contacto de su mano; y se conociese que su Cuerpo santísimo unido á la Divinidad era el instrumento de que se valia la Omnipotencia divina para obrar aquel milagro; y de otros muchos visibles é invisibles que por la imposición de sus manos, y por la de sus ministros habian de verificarse por el poder y virtud que habia de concederles; y en señal de que los golpes que su mano santísima dá á los pecadores para que vuelvan en sí, todos son ordenados por su providencia adorable á la resurrección del alma que está muerta á su gracia: y llama *lugar estrecho* ó pequeño recinto al féretro para que se entienda la gran mudanza que hay de la vida á la muerte: pues al rico y poderoso, al príncipe ó al rey, y á quien cuando vivo no le bastan grandes y anchurosos palacios para vivir y habitar, le basta despues de muerto un pequeñuelo espacio bastante para encerrar el féretro que sus cenizas contiene; por lo que dijo un gran filósofo en la muerte de Alejandro: *El que ayer en todo el mundo no cabia, hoy le tiene encerrado una pequeñuela arca.*

Al tacto del féretro, siguió el llamamiento del Señor, y la prontitud del muerto en obedecer su voz; lo que demuestra el efficacísimo poder de la gracia que triunfa de los corazones mas obstinados, haciéndoles amar de repente el mismo bien que antes aborrecian. El féretro simboliza el pecado: los que lo llevan son imagen de los apetitos desordenados, que despeñan al hombre en el abismo insondable del infierno, si no le contienen los frenos saludables del amor, del temor y de la gracia de Dios. El sentarse el mozo, y comenzar á hablar luego que Jesus le llama, indica la presteza con que hemos de obedecer las inspiraciones y llamamientos de la gracia, el modo con que hemos de agradecer á Dios las mercedes que nos dispensa, y que para que nuestra conversión sea verdadera y perfecta hemos de levantarnos luego del féretro de nuestros vicios, sacudiendo todas las ligaduras, señales y ocasiones de la muerte pasada. Y por último, el entregar el Señor este hijo á su madre, demuestra el espíritu con que el convertido vuelve á ser miembro vivo de la Iglesia; porque Dios resucita al pecador del pecado á la gracia para consuelo de esta tan buena y cariñosa madre, á fin de que otro tanto se consuele con la nueva vida de su hijo, cuanto se habia entristecido con su pasada muerte: y sobre todo demuestra esta entrega del hijo á la madre, que así como los hijos deben estar sumisos y obedientes no solo á su padre, sino tambien á su madre, aunque sea viuda, así tambien los hijos de la Iglesia deben es-

tar sujetos á las disposiciones de esta Madre santa, pura, inmaculada, sin mancha ni arruga alguna, á la que rige y gobierna el espíritu de la vida, del amor y de la gracia, á sus leyes canónicas, y á la discreta severidad de sus ministros.

Llámase el pecador hijo único de su madre la Iglesia, porque así llora á cada uno cuando muere por la culpa, como la madre carnal llora y se entristece en la muerte temporal del hijo único que tenía, y al que amaba con la mayor ternura. Los dolorosos estremos á que se entrega Jacob, y las violentas exclamaciones en que prorrumpe en la muerte creída de su hijo José (1), ó las lastimosas quejas de la madre de Tobias juzgándolo muerto durante su ausencia (2), pueden darnos una idea de la pena y sentimiento de una madre verdadera en la inopinada muerte del hijo único de su corazón. Dos cosas hay empero que advertir, y son, que cuando los pecadores vuelven á la Iglesia después de su resurrección por la gracia; no es porque ella los separe de su seno por el pecado mortal cuando ellos por la heregia no desatan ó rompen el vínculo de la fé, sino porque siendo muertos los vivifica, y les da parte otra vez en el jugo de la raíz de ella, que es la caridad, y los dispone para la perseverancia en la santa vida, por la cual han de vivir siempre unidos al cuerpo inmortal de Jesucristo. Y la segunda es, el llamarse mística ó misteriosamente viuda la Iglesia; llámase así porque fue redimida por la muerte de su Esposo, ó porque en tanto que padece destierro ó peregrinación, está privada de la familiaridad de sus dulces brazos; por lo que de ella está escrito, *yo bendeciré bendiciendo á su Viuda* (3). Por las plegarias, pues, de esta Madre viuda, y por los méritos de su Esposo Cristo Jesus, vuelven los pecadores á participar del Espíritu de esta misma Iglesia. El Espíritu Santo se derrama en sus corazones, porque atiende á los gemidos de esta amantísima Madre, que El mismo pone en sus entrañas, para que de lo hondo de ellas clame, y le pida la resurrección de sus hijos muertos; y como este clamor es el de la caridad mas fervorosa y pura, cuando clama la Madre, escucha el Padre, atiende el Esposo, y se despacha pronta y benignamente la súplica, porque se trata del bien del hijo; por lo que decia San Ambrosio (4), si es tan grave tu pecado que no puedes lavarte tú con lágrimas, llore

(1) Gen. c. 37. vs. 34. et 35.

(2) Tob. c. 10. vs. 4. et 5.

(3) Psal. 131, v. 15.

(4) Div. Ambros. super. Luc. lib. 5. núm. 92.

por tí la Iglesia, que es madre viuda, la cual intercede por cada uno de sus hijos como si no tuviera otro.

Sobrecogiéronse de temor todos los que se hallaron presentes al milagro de la resurreccion, no porque temiesen les sobreviniese algun mal, sino porque la consideracion del poder y de la bondad y misericordia de Jesus les amilanaba y confundia: contemplábanle como á un gran profeta enviado por Dios para salvar á su pueblo; y no titubeaban en darle el dictado de grande, porque veian los grandes milagros que obraba. Sostenia los débiles, levantaba á los caidos, y resucitaba á los muertos, para animar á todos enseñándonos que cualquiera que sea la situacion de nuestra vida, ninguno debe presumir no caer; y si cayéremos, ninguno debe desesperar de levantarse: por lo que decia San Crisóstomo (1): No oigamos estas cosas los que parece que estamos firmes, como si no tuviesemos necesidad de ellas, sino dígase cada uno á sí mismo: *el que piensa que está firme guárdese que no caiga*: y si caemos, no desesperemos, mas digamos en nuestros corazones, ¿por ventura el que cae no se levantará? Y en verdad: muchos subieron á la cumbre de la virtud y de la perfeccion cristiana, y mostraban en su vida toda conformidad y paciencia, mas por poco que se descuidaron, pecaron, y vinieron á grandes miserias y culpas; y otros por el contrario, despues de verse sumidos en el profundo abismo del pecado, subieron hasta el cielo; y desde el lago tenebroso de la muerte, fueron trasladados á la compañía y vida de los Angeles: y tanta virtud adquirieron y mostraron, que lanzaron los demonios de los cuerpos, y obraron muchas maravillas.

Sobrecogiéronse los circunstantes por el temor y el espanto, y la viuda se alegró por la resurreccion de su hijo. En la diversidad de tan opuestos efectos producidos por una misma causa, debemos conocer cuán diversas son tambien y opuestas entre sí las afecciones de una buena ó mala conciencia. Temen los unos, porque conociendo el mal estado en que viven no tienen valor bastante para armarse con la penitencia, para salir de él. Del mancebo resucitado se goza la madre viuda, y de los pecadores que cada dia resucitan en espiritu se goza la Santa Madre Iglesia (2), porque aquel era muerto cuanto al cuerpo, y estos cuanto al alma. La muerte visible de aquel era visiblemente llorada, y por esto el gozo fue asimismo visible: mas la muerte invisible de los otros ni se advierte,

(1) Div. Crisost. Hom. 27. in Math.

(2) Div. Aug. Serm. 44. de verb. Dm.

ni se llora; antes al contrario muchas veces procura ocultarla la maligna y astuta hipocresia, y solo la conoce aquel que conoce los muertos, y puede restituirlos á la vida; por lo que decia San Crisóstomo (1): No hay cosa en el mundo que tanto junte las almas con Dios como las lágrimas que por el dolor del pecado y por amor á Dios se derraman; ora las llore alguno por sus propios pecados, ora las derrame por los ajenos. Dime tú, ó pecador, por qué razon te desatas en risas desordenadas, pues que por tus propios pecados eres causa de tantos lloros, debiendo estar temblando delante del trono terrible del juicio de Jesucristo? Cosa es, por cierto, muy peligrosa que el pecador permanezca en sus pecados, y que como muerto se olvide de su salvacion, quedando como impasible entre las heces de sus vicios, y en la muerte de su alma, no procurando remediarse por la penitencia; siendo como es indudable, que vino el Salvador al mundo para destruir la muerte, y dar vida á los muertos. Si á esto no hubiera venido el Señor, no diria el Apostol: Levántate tú que duermes, resucita de entre los muertos, y te alumbrará Cristo. En este caso y otros de igual naturaleza se cumplió al pie de la letra lo que el mismo Jesus habia anunciado no mucho antes, cuando dijo (1): Como el padre levanta y resucita los muertos, asi tambien el Hijo á los que quiere dá vida. Yo os aseguro que vendrá tiempo, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren vivirán.

Este milagro tan público ganó para Jesus una crecida porcion de nuevos creyentes y admiradores de su omnipotencia y bondad, que uniéndose á los que ya le seguian, imposibilitaban hasta cierto punto su entrada en las pequeñas poblaciones, y aun casi en las ciudades mas populosas; por cuya razon resolvió ir su Magestad Divina á visitar un parage de Galilea de las naciones donde todavia no se habia dejado ver. Era ya muy entrada la tarde, y salió el Señor con designio de embarcarse, pasar al otro lado del lago de Genesareth, y retirarse á un lugar apartado con sus discípulos; pero las turbas acostumbradas á seguirle, no lo dejaron y lo fueron acompañando hasta la ribera. Detúvose un poco el Señor antes de embarcarse, para que aquel pueblo inmenso que le seguia, pudiese gozar algun tiempo mas de su presencia, y entonces fue cuando acercándosele tres personas una tras otra, quiso oirlas; no porque esperase obligarlas á seguirle, sino para darnos á conocer con su

(1) Div. Crisost. Serm. de Poent. Lacrimandum, etc.

(2) Secund. Joan. cap. 5. vs. 21. et 25.

infelicidad, cuan dañosas son las aficiones humanas, pues frecuentemente estorban el efecto de nuestras buenas resoluciones, á las cuales sofocan muchas veces en su mismo origen.

El primero que se presentó fue un Escriba, ó doctor de la ley, el que se apartó de las turbas para hablar en particular al Señor. No tenia el Salvador costumbre de recibir grandes señales de afecto, ni muy sinceras demostraciones de confianza de personas de este carácter: con todo escuchó al Escriba con la misma benignidad que á todos los que iban á consultarle: saludóle como á su *maestro*, y le dijo: *á cualquiera parte que fuéreis os seguiré*. Que fue lo mismo que decirle: yo me hallo ilustrado con vuestras instrucciones, y convencido por vuestros milagros: para mí es poco ser del número de los israelitas fieles que creen en Vos; dignaos, pues, de recibirme entre vuestros discípulos, singularmente unidos á vuestra persona. Yo tengo tomada mi resolución, y ya nada me arredra ni detiene, estoy determinado á seguiros á todas partes.

Arrogancia temeraria, y atrevimiento audaz era el de este hombre, cuando tanto al parecer se prometia de su fervor, sin contar con los auxilios de la gracia que para ello necesitaba. Tal vez su intencion no era del todo pura, y en ella se mezclaba algo de interés y de ambicion. Quiso probarlo el Salvador, y él manifestó bien pronto su flaqueza; aunque ya la habia dado á entender en su salutacion. No le habia saludado como Señor, sino como maestro; porque no se le presentaba para servirle, sino para hacer un comercio lucrativo con lo que aprendiese. Instigado por la grandeza de los milagros que el Señor obraba, queria seguirle para aprender en su escuela el modo de obrarlos, y adquirir despues riquezas y nombradia. Jesus, que habia penetrado su corazon, contestó á sus apetitos antes que á sus palabras, y le dijo: *Las zorras tienen sus cuevas á donde se refugian, y las aves del cielo sus nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinarse su cabeza*. Que fue decirle muy claramente: ¿Me conocéis bien? Habeis meditado por ventura la proposicion que acabais de hacerme? Yo no quiero que os llameis despues engañado: sabed primero la vida que hago, y sobre lo que deben contar los que se empeñan en vivir en mi compañía. Los animales de la tierra, y las aves del cielo, tienen sus cuevas, y sus nidos á donde acogerse y descansar: y Yo, que soy el primogénito y la cabeza de todos los hombres, no tengo casa propia, ni aun cama en que descansar y reclinarse mi cabeza: por todas partes donde voy, soy un huésped y un extraño. Ve aqui lo que Yo soy sobre la tierra, y lo que deben ser los que me sigan. Consulta ahora contigo, y mira

bien si semejante empeño te conviene. Yo no he venido solamente á predicar la pobreza, sino á practicarla con toda austeridad: así pues, vanos son tus pensamientos cuando te propones seguirme por ganancias y lucros temporales. Sobre este pasage dice con mucha oportunidad el Crisóstomo (1): Mira de qué manera demuestra Jesus con sus obras lo que antes habia enseñado con sus palabras: no tiene mesa, ni candelero, ni casa, ni alguno de todos los utensilios que los hombres se adquieren para amueblarla. Para hospedage tuvo el vientre de una Virgen, para reclinarse tuvo un pesebre que no era propio, para morir una cruz, y para enterrarse un sepulcro extraño.

Las palabras del Maestro Divino tan capaces para inspirar un vehemente deseo de la perfeccion produjeron un efecto enteramente contrario en aquel hombre vano é interesado; el cual dejó con aspereza á Jesus, no pudiendo resolverse á seguirle pobre, y queriendo mas hacerse esclavo del mundo que discípulo del Salvador. No hay duda que podia haber creído en Jesucristo sin hacer la vida austera y pobre que su Magestad habia abrazado; mas para ser del número de sus discípulos destinados á predicar su doctrina, era preciso imitarlo renunciándolo todo: y pareciendo esta condicion muy onerosa al Escriba, se retiró con despecho, porque vió frustrados todos los deseos de su corazon.

Despues de haberse separado este pretendiente al apostolado, demasiadamente flaco para sostener su peso; para instruccion de los que á él tenia destinados, llamó el Señor á un particular de las turbas que le seguian, y le dijo: *sígueme*: palabra era esta capaz de hacerle romper á la hora todos los respetos de la carne y de la sangre, y todas las demas consideraciones que podian detenerle; y aunque no le faltaba ni fervor ni resolucion, con todo no sabia aun que para seguir las grandes vocaciones y cumplir con ellas, es preciso no ajustarse á las reglas y las leyes de la prudencia mundanal, enemiga de la prudencia del espíritu, y que aquello que en otras circunstancias seria una obligacion, viene entonces á ser un obstáculo reprehensible. Feliz él, si hubiera conocido la bondad del que le hablaba, y el bien que queria hacerle, ¡con qué prontitud le hubiera seguido! Detúvole empero un respeto, una consideracion que el mundo no solo juzgará por justa, sino como una de las mas grandes y estrechas obligaciones que el hombre tiene sobre la tierra, calificada por tal por el mismo Dios en uno de los preceptos del de-

(1) Div. Crisost. Hom. 28. in Math.

calogo, cual es el respeto, el honor y la gratitud debida á los padres: pero que para seguir á Jesucristo no dejó de ser un obstáculo muy reprehensible, pues escrito está, que el que no renuncia todo lo que posee sobre la tierra no puede ser su discípulo.

Parece que el nuevo prosélito no desairó la propuesta invitacion del Salvador, y así le dijo: *Señor*: desde luego me entrego á vos, estoy resuelto á seguiros: *solamente os ruego que me permitais vaya antes á dar sepultura á mi padre*. San Agustin (1) admira la respetuosa sencillez de esta respuesta, y dice: Saludó el nuevo llamado á Jesus dándole el nombre de *Señor*, que indica *reverencia*; y le dijo *permíteme*, que equivale á una protestacion de *obediencia*; que vaya á dar sepultura á mi padre, *que es una obra de misericordia*: sin embargo el Señor, que no juzga las cosas segun la razon humana, no quiere que se dilate un punto la obediencia á la vocacion de Dios, como ni la ejecucion de sus mandamientos. Sobre lo que dice un espositor sabio (2): No desprecia el discipulado, pero desea cumplir antes con los respetos de verdadera piedad, todos los deberes de hijo, para entrar mas desembarazadamente en la nueva carrera á que se llama: asi como Eliseo llamándole Elias por órden del mismo Dios para que fuera su sucesor en el ministerio profético, le dijo: *Permíteme que vaya á dar el ósculo de despedida á mi padre, y á mi madre, y luego te seguiré*: á lo que respondió el Profeta: *Anda, y vuelve, que lo que á mi me tocaba hacer contigo, ya lo hice* (3): pero Jesus no contestó asi al que habia llamado: dióle un consejo mas sublime, esplicóle segun su costumbre un precepto mas interesante. No repuebo esa obra de caridad que alegas y pretendes hacer, pero no está en el órden de la caridad anteponer un bien menor á otro mayor; *Deja*, pues, *á los muertos que entierren á sus muertos*. Esto es: deja que los muertos que han perdido la vida del alma lleven al sepulcro á los que perdieron la del cuerpo: acaso la memoria de esta muerte hará que ellos recobren aquella vida. Los que han de seguirme han de morir al mundo, y contar con los muertos, aun á los suyos, que estan en él: deja por lo mismo á estos que entierren á sus muertos; y tú, que has de vivir por la fé, renúncialo todo, y ven, anuncia en mi seguimiento el reino de Dios.

(1) Div. August. Hom. 7. de verb. Dm.

(2) Raban. in Eundem locum.

(3) Lib. 3. Reg. cap. 19. v. 20.

Afluente y sublime como siempre el grande Crisóstomo, dice sobre este lugar lo siguiente (1): Con esto manifestó el Señor, que los afectos carnales han de renunciarse enteramente por los que quieren seguirle. Reprocha al que con simulada intencion le dice, yo te seguiré: y al que con intencion sana quiere seguirle no le permite ir á dar sepultura á su padre, porque otros habia que podian hacerlo, y no le convenia retardar el cumplimiento de otras cosas para él mas necesarias y urgentes. Desprecia al soberbio, orgulloso y vano; y llama al sencillo, respetuoso y devoto: llámale, y cuando llama á la vida no quiere que vuelva á la muerte: que es lo mismo que si le dijera, Yo soy tu vida: Yo soy tu Padre: Yo soy tu Criador: sígueme, y anuncia á todos el reino de Dios: no las fábulas y curiosidades vanas que anuncian los hombres, ni nada de la que al mundo huele. Anuncia el reino de Dios, y resucita á los que estan muertos en el alma, que es una obra de misericordia mayor que el dar sepultura á un cadaver: deja lo menos por lo mas: porque si es meritorio el dar sepultura á tu padre, mas digno y meritorio es anunciar mi palabra; y vale infinitamente mas vivificar solamente á uno ejerciendo este ministerio santo, que sepultar á todos los muertos. Y concluye: era en efecto un grande inconveniente para la pureza de su fé, que el que habia empezado ya á creer en Dios su padre celestial y vivo, y en su hijo Jesucristo, pensase todavia en su padre terreno y muerto: siendo asi que por seguir á aquel se nos manda renunciar á nuestros padres en la tierra aun cuando vivan.

No cayó desestimada en la tierra la doctrina del Salvador, y la pronta fidelidad con que fue obedecido, parece que atrajo otro tercer discípulo no menos dispuesto que el segundo: pero antes de examinar las cualidades de este, es preciso advertir, que carece de fundamento y no puede apoyarse en el contesto del Evangelio la doctrina de algunos que afirman, que el padre de este segundo llamado no habia muerto aun (2); pero que estaba ya viejo y caduco, y que su hijo pedia no dejarlo hasta despues de su muerte; porque en este caso su contestacion hubiera sido mas bien un pretexto para no seguir á Jesus, que un motivo justo al parecer y fundado para diferir pocos instantes el cumplir con el divino llamamiento: y hubiera sido faltar claramente á la verdad; porque una cosa era asistirle y cuidarle hasta que muriese, otra el darle sepultura inmedia-

(1) Div. Crisost. Hom. 28. in Math.

(2) Senio confectum, et brevi moriturum. Lyr. et alii hic, post. S. Cyril.

tamente, como lo indica el permiso que se pidió; en cuyo caso, el Salvador no hubiera dejado de acriminar una falta tan grosera y reprobable: y no apareciendo en el Evangelio ningún cargo hecho con este motivo, no le hay tampoco para creer fundada esta opinion.

Igualmente justas y puestas en razon parecen á los ojos del mundo las excusas alegadas por el tercero, para diferir tambien por un poco de tiempo el seguir al Salvador; pero fueron igualmente reprobadas. Señor, le dijo, *yo os seguiré con gusto; permitidme empero os ruego, que vaya á renunciar lo que tengo en casa*. Los negocios domésticos y los cuidados temporales son un grande embarazo para seguirlos. Iré, dispondré de mis bienes, los venderé, distribuiré lo que tengo, y muy luego, sin detenerme un instante volveré á vuestra compañía. Mas Jesus, que queria mayor despego de todas las cosas no aprobó esta dilacion en un hombre que se presentaba como pretendiente al Apostolado, y como acriminándole, le dijo: *Ninguno que pone la mano en el arado, y mira hácia atrás, es apto para el reino de Dios*. Que fue lo mismo que decirle: Si un hombre que se pone á mirar hácia atrás, despues de tener la mano puesta en el arado, no es buen labrador, sabe tambien que ninguno es capaz de servir á Dios, ni de anunciar su reino, si no se propone adelantar siempre en el camino del Cielo, ir derecho donde el espíritu de Dios le llama, y pone su vista y sus deseos en lo que hay mas sublime en la perfeccion: si tocaron, pues, tu corazon la multitud de mis trabajos, la paciencia y la constancia con que los sufro, y el afan con que ves que los busco, y desear acompañarme en ellos, ¿será conveniente para la predicacion del Evangelio, que conserves inquietud en tu corazon por los bienes que dejas en la tierra?

Justísimo parecia, prudente y muy fundado el deseo de este joven de deshacerse de todos sus bienes, sin reservar cosa alguna para sí, por seguir á Jesucristo. Nada mas habia pedido su Magestad á otro á quien amaba, en otra ocasion muy parecida á esta; pero la respuesta de Jesus no caia sobre el proyecto de despojarse de todo, sino sobre la resolucion equívoca del sugeto cuya flaqueza conocia, y á quien contemplaba muy espuesto á volverse á sumergir en los embarazos del siglo, al primer esfuerzo que hiciera para despegarse de él, por lo que dijo muy oportunamente San Gerónimo (1) á cierto sugeto que le pedia su parecer para retirarse prontamente

(1) Div. Hieronim. Ep. Ad. Nepocian.

del mundo: *Cuando la navecilla está enredada en el puerto borrascoso, no te detengas en soltar las cuerdas, sino córtalas de un golpe, y sal fuera luego.* Y como es cierto que la disposicion del sugeto nada tenia que no fuese laudable, no parece que la contestacion de Jesus tuviese tanto de reprehension severa, quanto de un amoroso aviso de precaucion que le daba para lo venidero; con el que sin duda alguna quiso decirle: Tú quieres dejarlo todo para ser mi discípulo, y tienes razon, pues Yo no quiero entre los predicadores de mi Evangelio sino es hombres tan pobres como Yo: mas no precipites las cosas, y pesa con madurez la resolucion que tomas. Aun eres dueño de conservar tus bieues, teniendo de ellos un cuidado moderado y prudente, y una vez que te despojes de ellos, y te consagres á mi servicio, te será preciso olvidar para siempre cuanto has dejado en el mundo. Si desgraciadamente llegases á arrepentirte de lo hecho, sabe que te harias indigno de tu vocacion, y del grande empleo á que te llamo. Sobre todo lo que dijo San Agustin (1): Echa su mano al arado el que es muy afectuoso para seguir, pero mira atrás el que pide dilaciones, esperando ocasion de conferenciar con sus amigos: el afecto de este no es sincero, ni muy segura su conversion.

Como no hay acasos para la Providencia Divina no puede creerse que fuese casualidad encontrar estas tres personas á quienes dió el Señor tan sabias é importantes lecciones; sino que fue una disposicion admirable de ella, para animar á sus antiguos discípulos á que llevasen con resignacion y gusto las pesadumbres y molestias del nuevo estado en que se hallaban, sin pensar otra vez en los pocos bienes que habian dejado para seguirle, renunciando para siempre todas las esperanzas de volver á ellos, y con el afecto todas las riquezas del mundo, prefiriendo vivir pobres y desnudos por seguir al Salvador, y cumplir mas desprendidamente con las grandes obligaciones de su ministerio, sin desear jamás aun en medio de las mayores angustias y necesidades, las comodidades y conveniencias que hubiesen dejado. Tales fueron en el principio, tales son ahora, y tales serán siempre los empeños y obligaciones de los que se dedican á la vida apostólica: asi como es tambien otra de sus mas sagradas y primeras obligaciones huir los aplausos de los pueblos, los lugares públicos y de mucha concurrencia, y nada hacer por pública ostentacion y fausto.

Jesus, que confirmaba con sus ejemplos cuanto enseñaba con

(1) Div. August. Hom. 7. de Verb. Dni.

su doctrina , se iba acercando insensiblemente á la ribera , y disponia á sus discípulos para una leccion tan grande de fortaleza y confianza en los peligros , cuanto era sublime la de abnegacion y renuncia que acaba de darles : pero las turbas que ya penetraban el intento que el Señor tenia de dejarlas , cuanto le veian avanzar sobre el mar , tanto mas se empeñaban en acercarse á su Persona: mas como ya era tarde , subió sin detenerse á una nave que le tenian prevenida , y en ella entraron tambien sus discípulos; pero las turbas aprovecharon la ocasion de otras muchas navecillas que se hallaban en el mismo lugar , subieron en ellas , y se encaminaron tambien á la otra parte del lago , siguiendo el rumbo que les marcaba la nave donde iba embarcado el Señor.

Tres lugares tenia Jesus donde se refugiaba con mucha frecuencia cuando se veia como ostigado por las turbas ; el mar , el monte y el desierto: y asi despues de haber obrado en la tierra grandes y portentosos milagros , se pasó al mar para obrar allí otros prodigios mas escelentes (1), para que asi constase que era el verdadero dueño de la tierra y de los mares. Siguiéronle sus discípulos , y no seguian solo sus pisadas , sino tambien segun que cada uno mejor podia seguian é imitaban su santidad ; porque de tal manera los tenia vencidos la suavidad de sus palabras , las maravillas de sus obras , y su muy amable conversacion , que les era cosa muy dificil apartarse de él. Tres ó cuatro leguas á lo mas tenia el tránsito que debian andar , y á pesar de ser tan corta la travesía se levantó de repente una tan horrible tempestad , que estuvo á punto de sumergirse el barco que conducia al Salvador del mundo : cubriánle furiosas y encrespadas olas , pero el Señor reposaba tranquilo cuanto mas arreciaba la tormenta. De la barca de Pedro fue figura la Arca de Noe , que no pereció ni naufragó aun cuando fué combatida por la impetuosidad de las olas que cubrieron todo el universo : y esta barguilla del Apostol lo era de la Iglesia , á la que no han de sumergir caantas furiosas tempestades levante contra ella el inferno hasta la consumacion de los siglos.

Dormia el Señor , fatigado por el ministerio de su predicacion y continuos trabajos ; y dormia tranquilo mientras se enfurecian los vientos , y se alteraban las olas ; en lo que demostraba su grandísima humildad (2). Dormia segun el cuerpo , mas velaba segun la divinidad ; porque escrito está en los cánticos santos , *Yo duermo , y*

(1) Orig. Hom. 6. in divers.

(2) Div. Crisostom. Hom. 29. in Math.

mi corazon vela (1). Dormia en la pequenuela nave en que navegaba el que á todo el mundo gobierna, y dormia en buen sueño el que guarda á su pueblo en vigilia eterna. Mientras los discipulos se lisongearon que podrian con su industria vencer la violencia de la tempestad respetaron el reposo del Divino Maestro; pero tan luego como se desesperaron de poderlo conseguir corrieron á Jesus sobre-cogidos de un temor vergonzoso, que debiera haber sosegado su vista, aunque le mirasen dormido, si el ver tan de cerca la muerte dejara á la razon entera libertad para darse á conocer. Señor, le dicen, dáte prisa, levántate, sálvanos, que perecemos. Dormia el Señor para probar la fé de sus discipulos, no porque El no supiese lo que en sus corazones pasaba, sino para que ellos se conociesen mejor asimismos; y queriendo que fuesen mas fervorosos y frecuentes en la oracion; (2) porque si velando Jesus sobreviniera aquella tormenta, por ventura no temieran ó no rogaran. Ven el peligro, y le temen; y porque temen, ruegan; y ruegan con fervorosa instancia: sobre lo que dice Orígenes (3): Oh verdaderos discipulos, teneis con vosotros al Salvador, y temeis el peligro? temeis á la muerte? ¡Qué estrañeza! Alejad el temor: recobrad la confianza que perdisteis! *Sálvanos*, le dijeron, y mostraron que la tenian: *perecemos*, y confesaron su flaqueza y la pequenez de su corazon: y le *dispertaron*, porque tenian poca fé: por eso les reprendió el Salvador diciéndoles: *Gente de poca fé, porque estais temerosos?* Esto es: ¿Qué teneis que temer estando en mi compañía?

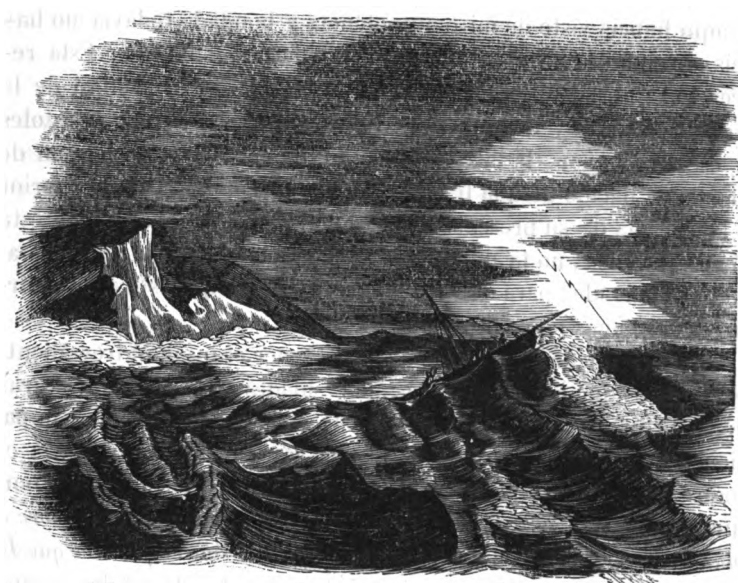
Cuán dignos son de veneracion y respeto los juicios de Dios! De todo se vale la bondad del Señor para atentar al hombre en medio de los trabajos, animándole á que deposite enteramente en El toda su confianza. A la vista de Jesus sufren los Apóstoles una tormenta que pone á prueba su fé, y se nos descubre el grande recurso que tenemos en Jesucristo en los trabajos y males de la vida, colocados en el seno de la Iglesia que fundó; avisándonos con esto, que aun en el seno de esta buena y cariñosa madre no estamos exentos de sufrirlos; y que aun cuando se escondan á la vista del cuerpo, la fé siempre debe preveerlos, y prevenirse contra ellos. Los peligros de la vida, y la contradiccion de las pasiones que se levantan en nuestro corazon, figurados en tan horrible tempestad, no deben debilitar la fé de nuestra alma; porque si como los Após-

(1) Cant. c. 5. v. 2.

(2) Div. Crisost. Hom. 29. in Math.

(3) Orig. Hom. 6. in diversos.

toles acudimos oportunamente á Cristo, no hay duda que nos salvará. En la nave se hallaban, y esta se veía tan combatida y espuesta, que le pasaban las olas por encima, y la cubrían: los Apóstoles temieron porque ignoraban que la nave de Pedro podía ser combatida, pero no sumergida. Embarcados nosotros en la nave de la Iglesia vemos las encrespadas olas de la impiedad, de la injusticia, de la heregia y del error que la agitan y combaten; los justos acometidos por el furor de los impios: los tímidos amenazados por el escándalo de los réprobos: la virtud insultada y persegui-



da por las oleadas infernales de la abominable corrupcion del siglo, empujadas por el viento impetuoso de la soberbia; sin embargo, subsistirá la nave; llegará salva al puerto, y los que naveguen en ella, y de ella no se salgan, se salvarán; pero para los que de ella se salen no hay salvacion. El sueño misterioso del piloto Salvador es para probar la fidelidad de los remeros, porque quiere que experimentando ellos su propia flaqueza, conozcan la necesidad que tienen del socorro de Dios, y que son perdidos si no acuden á El con el clamor de la fé y de la esperanza mas sólida y

verdadera, mediante la oracion fervorosa, uniéndose con el lazo de la caridad.

Vivifica el Señor esta fé, alienta esa esperanza, y reanima esa caridad cuando al oir el clamor de los Apóstoles se levanta, manda á los vientos que se amansen, y al mar que serene sus embravecidas olas, á la soberbia que calle y se sosiege, y al ímpetu de aquellos que cese: y se amortigua el viento á la primera intimacion, aplácase la ferocidad de las olas, y aparecen la serenidad y la calma: y en este estado de tranquilidad, libres de susto los ánimos, se oyen mejor en el fondo del corazon las dulces reprensiones con que el Señor los representa su poca fé, y les exhorta á la esperanza. ¿Por qué temeis, hombres de poca fé? Con tantas pruebas como hasta aqui habeis visto de mi omnipotencia y bondad, todavia no habeis aprendido en quién debeis tener vuestra confianza? Esta reprension del Salvador destierra del mundo hasta la sombra de la humana timidez y desconfianza. Reprende Cristo en sus Apóstoles el escesivo temor, la tardanza en acudir á él, la imperfeccion de su ruego, nacido de una fé débil, y de una confianza muy inferior á la eficacia de su presencia y de su omnipotente poder. Mas esta fé aunque flaca, no la desprecia; esta oracion, aunque imperfecta, no la desatiende; para que nadie, por atrasado que esté en las virtudes cristianas, deje de acudir á Cristo.

Sublime documento es este para contener el insano atrevimiento de aquellos que en medio de las adversidades de la vida murmuran de la providencia y bondad de Dios, y sienten las mayores impaciencias; asi pues, aunque la fé nos es sumamente necesaria en todos los eventos de la vida, lo es mucho mas en los adversos, porque como nos dice San Juan, *lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo es nuestra fé* (1), *y nadie vence al mundo sino el que cree que Jesus es Hijo de Dios*. Esta creencia y fé la tienen los Apóstoles, y aunque imperfecta, pasaron del temor cobarde de la muerte, á los afectos de un temor respetuoso, tan luego como le vieron dispierto, y admiraron el repentino sosiego de los vientos y los mares. De la misma admiracion participaron los marineros y pasajeros de las otras navecillas que habian experimentado el peligro, y que aunque menos conocedores del Salvador, confesaban tambien que le debian la vida, y mirándose los unos á los otros se decian: ¿Quién es este, á quién obedecen los vientos y los mares? Admiráronse, y se serenaron de tal manera sus ánimos, que no les quedó

(1) Ep. 1.^a Jean. cap 5. v. 4. et 5.

ni siquiera el menor recelo de que se turbasen otra vez los elementos. ¿Quién es este? Qué grande es! Qué poderoso! Cuánta es su dignidad y poder! Este no es hombre puro, sino Dios verdaderos (1). El Salvador quiso acreditar que era lo uno y lo otro. Como hombre subió á la nave: como Dios conturbó los mares con su presencia. Como hombre duerme en la nave; como Dios manda á los vientos y á los mares, y con su palabra enfrena toda su soberbia (2). Sobre lo que dice con su acostumbrada erudicion el Crisóstomo: El sueño le manifiesta hombre, la tranquilidad con que duerme acredita que es Dios: y así preguntan, ¿quién es este? porque como hombre duerme, como Dios obra milagros; y en esto hay tres cosas que admirar: el hombre que duerme, Dios que manda, las criaturas insensibles que obedecen cuando las racionales resisten obedecer al Criador (3).

A la intimacion de este Criador universal y omnipotente sosegóse la tempestad, apareció la calma, y con ella renació la alegría y el contento en el corazon de todos: empuñaron con ahinco los remos, y prontamente abordaron á los contornos de Decapolis en el pais de los Gerasenos, donde llegaron con felicidad. Gerasa era una ciudad insigne de la Arabia situada á la otra parte del Jordan, junta al monte Galaad, en la tribu de Manases; en cuyo lugar alcanzó Laban á Jacob cuando huia de su casa, no lejos del mar de Tiberiades, circunvalada por la parte opuesta por el mar de Galilea de las gentes, opuesta tambien á la que propia y solamente se llamaba Galilea: á cuya porcion de tierra se daba el nombre de pais ó region de los *Gerasenos* ó *Gedarenos*, segun algunos quieren, tomando la denominacion de la ciudad. Los israelitas que habitaban este parage estaban rodeados de gentiles, sirios, griegos y romanos: y es muy creible, que aunque la ciudad de Gerasa tuviese el nombre hebreo, y la habitasen principalmente los hijos de Jacob, no estaba exenta de la mezcla de estrangeros (4).

Durante la travesia vieron á Jesus sus discípulos, y las turbas que le seguian mandando á los elementos, y ahora debian verle mandando á los demonios, á los espíritus feroces, é implacables enemigos del género humano, haciéndoles por fuerza obedecer. Al

(1) Div. Hieronim. in cap. 8. Math.

(2) Div. Ambros. in cap. 8. Lucæ.

(3) Div. Crisostom. Hom. 29. in Math.

(4) Joseph. lib. 3.º de Bello Judaico, cap. 5. et lib. 2.º cap. 49. et 20

salir del barco se le presentaron dos hombres poseidos del demonio, acaso los mas dignos de compasion de cuantos hasta allí habia consolado y aliviado, y los que menos se hallaban en estado de ir á implorar su socorro: habitaban en los sepulcros debajo de la tierra, cavados en forma de cuevas profundas, de donde no salian sino es como bestias feroces, de las cuales todos huyen, y no habia en el pais hombre tan atrevido, que osase acercarse á su habitacion. La clemencia divina fué á buscarlos, y puede creerse que ellos fueron el principal objeto de su viage. Uno de ellos era tan furioso, que todos los esfuerzos que se hacian con él eran inútiles para sujetarlo (4): no habia cadenas tan fuertes que bastasen á contenerlo; pues habiéndole atado con esposas y grillos las manos y los pies, todo lo habia roto: habitaba de dia y de noche entre los muertos, y salia desnudo por los montes y campos, que espantaba con horribles gritos: convirtiendo á veces contra sí mismo su rabia, y maltratando cruelmente su cuerpo con golpes que se daba contra las piedras. Esta es verisimilmente la razon porque de los tres Sagrados historiadores que cuentan el suceso, los dos no hacen mencion sino de uno de los dos poseidos; como si el exceso de su desdicha hubiera hecho olvidar la desgracia del otro.

¡Cuán grande es la bondad de Dios, y cuán irresistible aun para el infierno mismo su omnipotente poder! Bien pronto conocieron los demonios que tenian á su vista el *Fuerte armado* á quien no podian vencer, que venia á quitarles su presa. Convirtiéronse repentinamente en demostraciones de humildad aquellos furiosos movimientos, y dejando las obscuras cavernas que habitaban, trajeron á los pies del Divino Maestro los esclavos de su tiranía. Desde lo mas lejos que los dos miserables alcanzaron á ver al Salvador, corrieron á su encuentro, y se postraron á su presencia: y revistiéndose entonces Jesus de aquella magestad y absoluto señorío que solo á El es propio, y de que acostumbraba á usar cuando queria ser prontamente obedecido, dijo al demonio: *Espíritu inmundo, sal del cuerpo de este hombre*. Mas clamando el espíritu de las tinieblas y dando fuertes ahullidos respondió al Señor: *Y qué, Jesus, hijo de Dios Altísimo, no habeis venido al mundo sino es para hacernos guerra? Qué tengo yo con Vos? No me hallais aun bastante miserable? Tiempo vendrá en que ya no podremos mas hacer mal á los hombres, y seremos condenados á nuestro último tormento, dejadlo venir; por*

(4) *Unus eorum erat clarior*. Div. August. lib. 2.º De consen. Evang. cap. 24. *vel ex aliis, crudelius sæviens*.

qué lo adelantais? No nos quiteis antes de él la poca libertad que tenemos de tentarlos y hacerlos padecer (1). Pero Jesus les replicó en el acto: Salid inmediatamente de esos cuerpos, Yo os LO MANDO. Mas antes dime tú, que con tanta crueldad maltratas á ese desdichado, ¿cómo te llamas? Mi nombre es *Legion*, respondió el espíritu maligno, porque son muchos los que tengo conmigo en el cuerpo de este hombre. Al punto saldreis tú y tus compañeros, repuso el Salvador; que no permitiré abuseis mas largo tiempo de vuestro poder contra unos desdichados cuya miseria me com-padece.

Bien hubiera querido el espíritu maligno poder resistir las intimaciones de aquel, que él mismo reconocia por verdadero hijo de Dios; mas no pudieron aunque tantos en número, y tuvieron que humillarse á suplicarle no los echase del todo de aquella region, desterrándolos desde luego á los calabozos del abismo como á su propia morada. Tres fueron las súplicas que con este motivo le hicieron; Primera: que no los ahuyentase de aquel pais, donde hacia tanto tiempo estaban establecidos por órden de su príncipe. Segunda: que no los obligase á volver al abismo, ni los pusiese en estado de que no tentasen á los hombres, lo que para ellos es un verdadero tormento. Y la tercera: que si los echaba fuera del cuerpo de los hombres, les permitiese entrar en los de una piara de cerdos que guardaban unos pastores en un monte vecino. Deben sin embargo advertirse dos cosas sobre este pasage evangélico, que con mucha oportunidad observan los Padres de la Iglesia; á saber: Que los cerdos no eran para el gasto de los judios, que segun la ley no podian alimentarse de ellos; pero no juzgaban estarles prohibido el criarlos para el comercio y venderlos á los gentiles (2): y que las súplicas de los demonios á Jesus no nacia de aquella humildad respetuosa que tienen los hijos á sus padres, sino de aquella violenta coaccion á que la presencia é irresistible poder de un Señor Omnipotente obliga á los malvados á que tiemblen á su vista (3): pues como asegura San Gerónimo (4), la sola presencia del Salvador es un tormento para el demonio. Y San Cri-

(1) Ante tempus extremi judicii, quod peracto, non poterunt nocere hominibus, in terra de gentibus: quod malum ingens reputant. *Div. Thom. hic, et Test. et infra frequenter.*

(2) *Div. Thom. hic.*

(3) *Div. Hilar. can. 8. in Math.*

(4) *Div. Hieronim. in cap. 8. Math.*

sóstoimo añade (1): Que eran azotados, punzados, heridos, y que padecían tormentos intolerables por la presencia de Jesús.

Nada hay comparable con el vehemente é infernal deseo con que el maligno espíritu desea tentar, atormentar y perder á los hombres; pero por grande que sea este furor y deseo nada puede el infeliz contra sus personas y bienes, sino en cuanto se lo permite la justicia Divina, cuando determina castigarlos por alguno de aquellos designios de su providencia adorable, que solo El conoce y comprende. Bien conocia Jesús los intentos del espíritu de las tinieblas, pero no los temia; y concediéndoles lo que le pedian, dejaron de atormentar á los hijos de su amor, y pasaron á ejercitar su furor en aquellos animales inmundos, que eran cerca de dos mil, descargando sobre ellos toda su rabia: pusiéronlos tan furiosos, que subiéndose á lo alto de un monte se precipitaron todos al mar, ahogándose todos sin quedar salvo ni siquiera uno. Los pastores encargados de la guarda de aquel ganado huyeron con presteza á los pueblos y aldeas circunvecinas, publicando la novedad de un suceso tan asombroso. Ellos no sabian sino la certeza del suceso, porque no profundizaban el misterio; pero como lo sabian, así lo contaban: solamente decian, que todos aquellos animales unidos se habian ido á ahogar en el lago; y que los dos endemoniados tan famosos en aquel pais habian quedado enteramente quietos y tranquilos. Los habitantes de las aldeas, y en particular los de Gadara, todos salieron corriendo hácia el punto donde decian habia tenido lugar el suceso: y fué tan grande la afluencia de gentes, que puede decirse habia salido toda la ciudad para enterarse del hecho y notar bien sus circunstancias. Una de las que mas sobresalen, y en este hecho tal vez menos se notan, es la de haber pedido los demonios poder introducirse en los puercos, porque como no hay animal mas inmundo que el puerco, ni que mas se alegre y goce de revolcarse entre el cieno y la inmundicia, así no hay lugar donde quiera habitar mejor el demonio que en el corazon inmundo por la concupiscencia, embrutecido con el cieno de la lascivia: por lo que dice San Agustín (2): permitió el Señor que los demonios entrasen en los puercos para dar á entender que ellos tienen un dominio y asiento particular y propio en el corazon de todos los que viven como puercos.

Agitábanse, corrían, y se conmovían las turbas, y Jesús con-

(1) Div. Chrisost. Hom. 29. in Math.

(2) Div. August. tractat. 6. in Ep. Joan.

versaba tranquilo con aquellos dos israelitas que habia sanado en el cuerpo y en el alma. Bien dispuestos ya con un beneficio tan poco esperado de ellos, los instruia con paciencia y dulzura; mandólos vestir con decencia, y los tenia sentados junto á su persona en compañía de sus discípulos: y como no les habia quedado el menor efecto de sus manias antiguas, hablaba con ellos con la mayor familiaridad. Este espectáculo tan sorprendente, sirvió de poco para la salud y provecho de los gerasenos. En vano se les refirió toda la série del suceso, como aquellos miserables habian quedado libres con sola la palabra de Jesucristo, y como precisados los demonios á salir de los cuerpos de los hombres habian pedido permiso para apoderarse de los cerdos. El espíritu de la avaricia causó á los unos mas sentimiento y pena, que veneracion y respeto el milagro; y en otros paró la ligereza en una admiracion estéril y sin fruto: asi fue como manifestaron no estar bien dispuestos para recibir á Jesus en su pueblo, porque aunque le tenian alguna especie de respeto, hasta creer que no le merecian por huesped, este sentimiento estaba mezclado con un temor bajo y servil; que efectivamente les hacia indignos de tan grande dicha. Ellos poseian el mas grande é inestimable de todos los tesoros, pues tenian en su casa al Hijo de Dios, al Mesias prometido, al Salvador de los hombres, y al Maestro de la doctrina celestial. El Señor se daba á conocer con señales bastantemente sensibles, para que se empeñasen en detenerlo. No ignoraban cuanta era la reputacion y crédito de Jesus, no solamente en Galilea, sino es tambien en la Siria y en Decapolis. Con todo, en vez de desear los gerasenos la permanencia de Jesus en su tierra, llegaron á temerla, é imaginaron que si se detenia algun tiempo mas en sus vecindades llegaria á acabar con todos sus ganados.

No hay duda que en esta ocasion quisieron los gerasenos parecerse á los puercos. A ellos se parecen los hombres quando comen con avidez impelidos por la gula; quando obesos y gordos no piensan sino en saciar los apetitos de la carne por la lujuria; quando se revuelcan en el estiércol fastidiados por la pereza; quando para esconder sus tesoros cavan afanosos en la tierra dominados por la avaricia; ó quando espuman frenéticos como el mar inflamados por la ira: porque manifestaron estar dominados de todos estos vicios (1), y asi no llegaron á sospechar, que aquellos sus animales inmundos, que habia permitido precipitasen los demonios en el

(1) Div. Crisost. Hom. 29. in Math.

mar, hubiesen perecido en castigo del menosprecio con que miraban la ley santa de su Dios: pero eran culpables mas de lo que pensaban por tener en sus tierras aquella especie de animales: pues no queriendo Dios que los comiesen, no podian mantener tan grande número, sin esponerse manifiestamente á la tentacion, y por consiguiente al peligro de contravenir á la ley: ó era por lo menos una mala condescendencia que usaban con los gentiles que habitaban la Judea manteniendo con esta nacion infiel un vergonzoso comercio: por todo lo que miraban el castigo que acababan de sufrir como una venganza injusta que temian se repitiera. Este temor era causa de que quisiesen mejor privarse de la dulzura y frutos de su conversacion, que volver acaso á experimentar su cólera; y se juntaron para dirigirle una súplica, no solo descortés, sino injuriosa. Repasad, Señor, le digeron, otra vez el mar, y retiraos de nuestras tierras: esta es la gracia que os pedimos al despedirnos de vos. ¡Desgraciados! dejaron la luz para sepultarse en las tinieblas; se privaron de la verdad que debia alimentar sus almas, y despreciando al autor de la vida, eligieron la muerte y la condenacion eterna. Asi se malogran y dejan pasar los momentos de salud y salvacion, cuando la gracia que nos llama y atrae no se acomoda á nuestros intereses. Asi por complacer nuestras pasiones y vicios se desechan las visitas del Cielo y se desprecian los favores con que nos busca el Salvador. El castigo mas terrible con que Dios castiga al pecador es abandonarle para siempre.

Apartóse Jesus en seguida de toda la muchedumbre, y se halló solo con sus discípulos, y con los dos pobres que habia libertado del demonio: mas uno de ellos al advertir que iba á subir á su barco, corrió precipitadamente hácia El y le rogó humildemente que le admitiese en el número de sus discípulos, protestando con sinceridad que jamás se apartaria de su bienhechor; pero el maestro Divino, que no quería que la semilla evangélica que habia derramado en aquel pais se perdiese para siempre, sino que á su tiempo retoñase y fructificase, no condescendió con sus deseos; y quiso que por lo menos aquel cuyo mal habia sido mas violento, y cuya curacion era por lo mismo mas desesperada, ya que era tan famoso por su pasada desgracia, llegase á serlo aun mas por anunciador de las maravillas de Dios en aquel pais; y asi le ordenó, que fuese á su casa, y dijese á todos los suyos las gracias singulares que habia recibido de la Divina bondad. Que fue lo mismo que decirle: No te aflijas, ni creas que te desprecio y abandono porque no admito tu ofrecimiento: de lejos, lo mismo que de cerca te libertaré

de los demonios: no me serás inútil: Yo quiero servirme de tí en todo tu pais, donde serás conocido como objeto de mi benevolencia y amor: sea en tí un deber de gratitud referir á todos la grandeza del beneficio que de Dios has recibido, y predica sus misericordias. Obedeció al momento, y publicó no solo en Gadara, sino en todo el territorio de Decapolis, con universal admiracion de cuantos le oian, el milagro que en él se habia obrado.

No hay que admirarse de esto, porque la gratitud es capaz de formar y forma Apostóles en todos los estados y condiciones. ¡Cuántas serian las conquistas que haria para Dios esta virtud excelente, si todos aquellos á quienes colma de sus gracias tuvieran un corazon reconocido! Habiendo encontrado Jesus en el pais de Gerasa uno á quien encargar los intereses de la gloria de su Padre, subió á su nave, y mandó tomar la vuelta hácia la costa de Cafarnaum. Esta navegacion fue tan quieta y tranquila, como tempestuoso habia sido el viage anterior. El Salvador la aprovechó para instruir á sus discípulos sobre la grandeza de los misterios que encerraban los importantes sucesos de que acababan de ser testigos. El poder de Dios y de su Hijo precioso, el furor y la malicia de los demonios, y la estúpida ingratitud de los hombres, acababan de manifestarse muy sensiblemente, para no ser durante el camino, materia de una conversacion igualmente agradable que provechosa. Procuremos pues nosotros el modo de libertarnos del poder del demonio, si desgraciadamente no estuviésemos libres de él: y si por fortuna nuestra no gimiesemos bajo el dominio feroz del príncipe de las tinieblas, prediquemos y enseñemos á los otros el camino de la salud, alegrándonos de haberle encontrado por la misericordia y la gracia de nuestro Dios.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL LEPROSO Y EL SIERVO DEL CENTURION.

Señor mio Jesucristo, que herido con la flecha del amor del hombre, bajaste desde el solio de tu Eterno Padre al útero virginal de Maria para sanar la lepra del linage humano, mira como yo, leproso y cubierto con las manchas de diferentes pecados, te adoro rendido, para que tengas á bien limpiarme, pues puedes si quieres. Estiende hácia mí tu piadosa mano; toca, Señor, mi interior, y la carne de este leproso que te llama: ten misericordia de mí, pecador arrepentido, y manda á la enfermedad de mi pecado que me deje, Dios mio, y misericordia mia; pues no

soy digno de que entres en el fondo de mi corazon cubierto con la parálisis contagiosa de la sensualidad que me tiene rendido y postrado; atormentánme, Señor, y me mortifican y molestan terriblemente los deseos libidinosos: ven á mí mediante la infusion de tus carismas, dones y gracias: habla una sola palabra puesto que eres la palabra de la salud y la vida, y quedaré perfectamente sano. Concede misericordioso Dios esta dicha á este miserable constituido bajo tu autoridad y poder, para que adquiriera yo la potestad de repeler los pensamientos, deseos y movimientos malos, y perseverar en los buenos, y con el cuerpo y el espíritu eternamente te sirva, y con los espíritus bienaventurados te alabe. Amen.

ORACION.

SOBRE LA RESURRECCION DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

Clementísimo Señor y Dios mio Jesucristo, ven á la mística ciudad de Naim que es mi pobre alma combatida por las entumecidas olas de muchas pasiones y tentaciones: acércate á sus puertas, atajando por sus corporales sentidos, para que en ella no se ponga por obra cosa que te desagrade: acércate á ella mediante tu gracia, pon tu mano sobre mi corazon por el castigo de mis culpas, y afligido y mortificado en esta vida cesen todas las ocasiones de pecar: dále á mi alma muerta por el pecado que comience á hablar por la confesion, y que se levante por las buenas obras: restitúyela, Señor, y dála á su madre, que es tu santa gracia, á fin de que perseverando en el bien comenzado, goce un dia y por siempre de tu santa gloria. Amen.

ORACION.

SOBRE LA PACIFICACION DEL MAR ALBOROTADO.

Omnipotente y soberano Señor y Dios mio Jesucristo: ten la bondad de mandar á los vientos y á las tempestades de los movimientos engañosos de las tentaciones que turban sobremanera mi alma que esten quietas y se amansen: Ven Señor, y anda sobre las olas de mi corazon; para que todas mis cosas sean serenas y pacíficas. Descanse y huelgue en tí Dios mio, mi corazon; ya ves que es un mar grande, hinchado y soberbio; aplácale, y haz que duerma; para que dormido no cuide de cosa alguna de cuantas hay bajo del cielo; solo en Tí vele, porque solo á Tí, único bien mio, posea y abraza: solo á Tí, lumbre de mis ojos, contemple; y todo lleno de espiritual alegría pueda cantar y decir, yo

duermo y mi corazón vela; y con el Profeta pueda repetir: En paz y en el mismo Dios y Señor dormiré y descansaré. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DE LOS DOS ENDEMONIADOS.

Señor mío Jesucristo, amador benignísimo de los hombres, anegado en un mar de lágrimas suplico á tu bondad, se digne libramme de todas las manchas y ligaduras de mis pecados, y de todas las sugestiones del demonio; y libre una vez de ellas consérvame así por tu misericordia hasta el fin de mi vida: para que, para mayor gloria tuya y utilidad de mis prójimos, pueda contar con mis palabras, y demostrar con mis obras cuantas finezas dispensaste á mi alma libertada por tu gracia, á fin de que conociendo todos que la mudanza prodigiosa de mi vida, es obra de tu diestra omnipotente, estimulados con mi ejemplo corran hacia Tí, y ayudados de tu gracia se conviertan también á una mejor y santa vida. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en todo el VIII de San Mateo. En el I de San Marcos, versículos desde el 23 al 28, y desde el 40 al 45, todos inclusive. En el IV del mismo, desde el 35 al 40. En el V de idem, desde el 1.º hasta el 20. En el V de San Lucas, desde el 12 al 15. En el VII del mismo, desde el 1.º hasta el 17. En el VIII de idem, desde el 22 al 39. Y en el IX de idem, desde el 57 hasta el 62, todos inclusive.

La Iglesia usa parte de estos evangelios en los días siguientes: del capítulo VIII de San Mateo desde el versículo 1.º al 13, en la misa de la Dominica tercera después de la Epifanía. En la de la Feria V después del día de Ceniza. Y en la Misa votiva *pro Infirmis*, desde el 5 al 13.

Del mismo capítulo de San Mateo desde el versículo 23 al 27, en la Dominica cuarta después de la Epifanía.

Del capítulo VII de San Lucas desde el versículo 11 al 16, en la Misa de la Feria V después de la Dominica 4.ª de Cuaresma. En la Dominica XV, después de Pentecostés. En el día de Santa Mónica á 4 de Mayo. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA III, DESPUES DE
LA EPIFANIA.

San Math., cap. VIII, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo, habiendo bajado Jesus del monte le fue siguiendo una muchedumbre de gentes, y llegándose á El un leproso le adoraba diciendo; Señor, si quieres puedes limpiarme. Y estendiendo Jesus la mano, le tocó diciendo: Quiero. Queda limpio. Y en el instante quedó limpio de su lepra. Dijo entonces Jesus: Mira que á nadie lo digas; pero ve á presentarte al sacerdote, y ofrece el don que mandó Moises, para que les sirva esto de testimonio. Y habiendo entrado en Cafarnaum se llegó á El un centurion y le rogaba diciendo: Señor, un criado mio yace en mi casa paralítico y padece muchísimo. Dijo Jesus, Yo iré, y le curaré. Y le respondió el centurion: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero mándalo con tu paladra, y sanará mi criado. Pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, tengo soldados á mis órdenes, y digo al uno anda, y se marcha; y al otro ven, y viene; y á mi criado, haz esto, y lo hace. Oyendo esto Jesus se admiró, y dijo á los que le seguian. En verdad os digo, que no he hallado una tan grande fé en Israel. Digoos que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán á la mesa con Abraham é Isaac y Jacob en el Reino de los cielos: mas los hijos del Reino serán echados á las tinieblas exteriores; allí será el llanto, y el crugir de dientes. Y dijo Jesus al centurion. Vete, y como has creído, así te suceda. Y quedó sano el criado en aquella hora.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA IV, DESPUES DE
LA EPIFANIA.

San Lucas, cap. VIII, vs. 23 al 27.

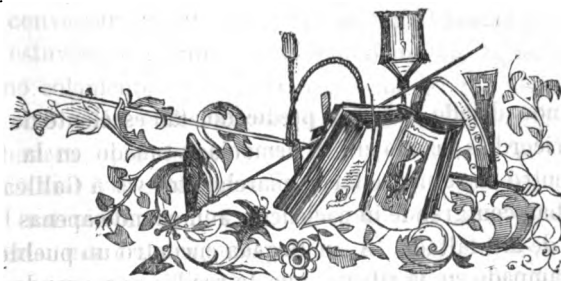
En aquel tiempo: entrando Jesus en un barquichuelo, siguiéronle sus discípulos; y de improviso se levantó en el mar tan desecha borrasca, que las olas pasaban por encima del barco, pero El dormia. Llegáronse á El sus discípulos, y le despertaron, diciéndole: Señor sálvanos, que perecemos. Dijoles Jesus, de que temeis, hombres de poca fé? Levantándose entonces, mandó á los vientos y al mar, y sobrevino gran bonanza. De lo cual, asombrados todos

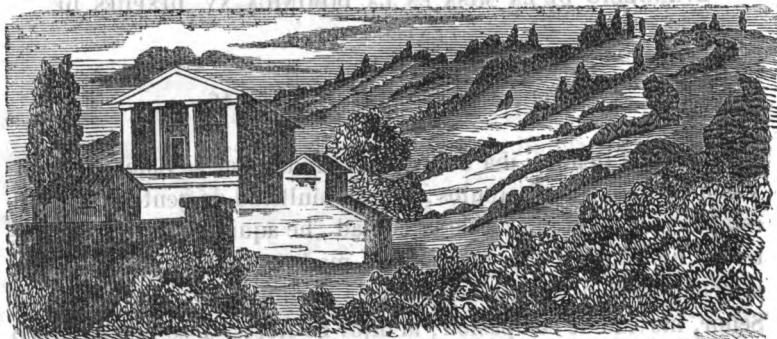
los que allí estaban, se decían: Quién es este, á quien los vientos y el mar obedecen?

EVANGELIO DE LA MISA EN LA DOMINICA XV DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Lucas, cap. VII, vs. 11 al 16.

En aquel tiempo: iba Jesus á una ciudad que se llamaba Naim, y con El iban sus discípulos, y gran multitud de gente: y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aqui que llevaban á enterrar un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, y la acompañaban muchas personas de la ciudad. Asi que la vió el Señor, movido de compasion, la dijo: no llores. Y se llegó, y tocó el féretro (y los que lo llevaban se pararon). Y dijo, mancebo, á tí digo, levántate, y se sentó el que estaba muerto, y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Con esto quedaron todos atemorizados, y engrandecían á Dios, diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.





CAPITULO XI.

DE COMO SANÓ JESUS Á UN PARALÍTICO QUE PUSIERON Á SU PRE-
SENCIA BAJÁNDOLO DESDE EL TECHO.

Habiendo dejado Jesus un predicador tan excelente de su grandes misericordias, como era el demoniaco sanado en la tierra de Gerasa, entró en su navecilla, y marchó otra vez á Galilea, donde le esperaban con grande impaciencia, aun quando apenas hacia dos dias que de allí faltada. A su llegada encontró un pueblo casi inmenso acampado en la ribera, que lo recibió con grandes aclamaciones, y le acompañó hasta la casa de la suegra de Pedro, donde tenia la costumbre de hospedarse. Parecia lo mas natural, que despues del viage le permitiesen las turbas algun descanso; pero como lo hallaban siempre tan dispuesto á recibirlos, instruirlos, consolarlos y curarlos, puede creerse que ó no temian fatigarlo, ó le creian infatigable. Habia pasado el lago con la nave, el que podia

haberlo pasado á pie enjuto (1), porque no siempre queria obrar milagros para no perjudicar el misterio de la Encarnacion: al contrario de los hombres de este mundo, que tan luego como tienen algun poder prefieren usar de él, aun cuando sea contra la verdad de la justicia: y quiso usar de la nave para enseñarnos que para atravesar nosotros el mar proceloso de este mundo y llegar á nuestra patria celestial, debemos usar de la ayuda del barquichuelo de la mortificacion y penitencia, por lo que nos dice en el Evangelio, que el Señor *llegó á su ciudad*, esto es á Cafarnaum: ciudad suya, no porque en ella hubiere nacido, sino porque la habia ilustrado con muchos y grandes milagros. Belen era su ciudad, porque allí habia nacido: Nazareth le pertenecia porque en ella fue concebido y criado: y Cafarnaum fue su ciudad porque fue largo tiempo el lugar de su residencia. San Agustin observa (2), que la llamó el Señor ciudad suya, porque era la metrópoli, y la ciudad mas insigne de Galila, en donde brilló con mas claridad la fe y la doctrina que enseñaba, por la confluencia de agentes que allí acudian; y porque confirmada á vista de tantos con muchos milagros, era mas saludable y eficaz para su conversion: ó porque interpretándose la villa de la *hermosura, de la gordura y del consuelo*, todo lo que es para muchos ocasion de pecar, necesitaba por lo mismo de muchos milagros para convertir algunos de los que á ella concurrían.

Como el Señor acostumbraba á retirarse con frecuencia á la soledad para hacer oracion y tratar detenidamente con su Padre el importantísimo negocio de la salvacion de los hombres, quisieron asegurarse los cafarnaitas del dia y hora en que podrian hallarle para conversar y tratar con El con toda libertad y sosiego; y así que estuvieron asegurados se reunió un tan numeroso concurso, que no solamente se llenó la casa, sino es que muchos se quedaron en la calle, embarazando el tránsito, y obstruyendo la puerta de manera, que no era posible acercarse á ella. Los discípulos viendo tantos oyentes juntos, conociendo que Jesus tenia mas celo para instruirlos, que el que ellos mostraban para escucharle, le pusieron una cátedra, y ofrecieron al mismo tiempo asientos á los doctores y maestros de la ley, que habian venido, no solo de Galilea y Judea, mas tambien de Jerusalem, para oír al que poseia la plenitud de la mas alta ciencia; pero con el dañado intento de examinar sus palabras, y observar crítica y severamente sus acciones.

(1) Div. Crisostom. Hom. 30. in Math.

(2) Div. Augustin. lib. 2.º de consensu Evangelist. c. 25.

La dulzura y suavidad de la doctrina de Jesús, y su honesta amabilidad, autorizada con miles de públicos milagros, le habían adquirido en toda Galilea un crédito y reputación admirable, del que heridos y lastimados en la suya, los escribas y doctores, buscaban con avidéz ocasiones para desacreditarle y perderle. Púedese mirar este viage como época de la guerra cruel que no cesaron de hacer á su persona, doctrina y discípulos, hasta la entera ruina de su nacion. Estos hombres malignantes y perversos estaban sentados á sus lados, y mientras el pueblo sencillo admiraba todas sus palabras, ellos escuchaban con intencion maligna, en cuyo acto fue interrumpido el discurso de Jesús con un suceso singular, que llamó sobremanera la atencion de todos los que se hallaban presentes.

Un pobre paralítico de tal suerte privado del uso de sus miembros, que mas parecia hombre muerto que vivo, era conducido en su lecho entre cuatro personas llenas de confianza en Jesús, y de



caridad con el enfermo, pero no podian romper la valla de la gente para presentarse al soberano Médico. Desesperando, despues de mil esfuerzos de poderle entrar en la casa, les ocurrió subirle sobre el techo, hacer en él una gran abertura, y bajarle con sogas metido en su propio lecho hasta ponerle delante del Salvador en medio de todo el concurso: y viendo Jesús la viva fé de su co-

razon, que ya se manifestaba por los efectos, determinó llenar al punto los deseos de todos, recompensando su caridad. Los fariseos previeron en parte las santas y misericordiosas intenciones del Divino Maestro; pero no presumieron que una curacion repentina y milagrosa que desde luego esperaron, viniese á descubrir la perversidad de las suyas y á causar su confusion: pues el Señor, para quien no hay acepcion de personas, nunca dejaba de hacer sus obras por respetos humanos y consideraciones puramente terrenas; y asi mirando la fé admirable del enfermo que imploraba su socorro, y la [industriosa y solícita caridad de los que se lo presentaban, movido de piedad dijo al primero: *Hijo mio, ten confianza, son ya perdonados tus pecados*: enseñándonos con esto, que la salud del alma se debe preferir á la del cuerpo, y que siendo esta la primera y mas principal necesidad, debia antes otorgar esta gracia, aunque no se la pidieron.

Los escribas y fariseos que buscaban con la mayor ansia motivos de escandalizarse en las doctrinas y obras de Jesus, creyeron con este satisfacer cumplidamente sus deseos; condenaron temerarios la doctrina del Salvador, y sin luz bastante para conocer su eficacia y virtud, susurraban entre sí, se manifestaban los unos á los otros su grande estrañeza, y se decian. *Este hombre acaba de proferir una blasfemia: él se abroga un poder que solo á Dios compete*: ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios solo contra quien se cometieron? Con estas estravagantes ideas contaban ya como seguro su triunfo, y se prometian al menos desconceptuar al Salvador y malquistarle con los pueblos que le tenian como á un gran Profeta: con todo, aun no se atrevian á pronunciarse en público temiendo conmovier las turbas, y escitar contra sí su animosidad, porque se conocia en sus semblantes que estaban esperando un gran milagro. Pero Jesus, para quien nada hay oculto, cuyo celo no era como el de los fariseos, ciego ó presuntuoso, y que sin ningun signo exterior conocia bien los interiores, se avanzó á los pensamientos, y les dijo: *¿Por qué pensais mal en vuestros corazones?* ¿Qué sospechas formais interiormente contra Mí? Creéis por ventura que vuestra presencia es capaz de imponerme para que no obre hoy un milagro á vuestra vista? ¿O os habeis tal vez figurado que por carecer de virtud para ello he dicho á este infeliz que le son perdonados sus pecados, para que nadie pueda contradecirme ignorando lo que pasa en su alma? Mas Yo quiero convenceros de que no soy blasfemo. Yo quiero aseguraros de que sois temerarios en vuestras sospechas y acriminaciones interiores, y obrando la cura milagrosa del cuerpo,

sepais que tambien puedo obrar la del alma que tan dificultosa y superior á mis fuerzas os parece. Asi, decidme: cuál cosa os parece mas facil: decir á este: *te son perdonados tus pecados*, ó decirle, levántate, toma tu cama y anda?

Admirados y sobrecogidos de terror y espanto quedaron los fariseos al oir este discurso de Jesus, y ver descubierta por El toda la iniquidad de su corazon. En El se descubria ya claramente, no solo el poder, sino la sabiduria infinita de Dios; y daba á conocer que Cristo era la cabeza y primogénito de los hijos de los hombres, juez y salvador de todos ellos, Dios y hombre todo junto; y que aun mientras vivia entre los hombres tenia la potestad de perdonarles los pecados en virtud de sus merecimientos unidos con la dignidad infinita de su persona; y por esto les añadió: para que sepais que este poder de perdonar los pecados, es mucho mas divino que el de curar los cuerpos, Yo le ejerzo con autoridad legítima sobre la tierra; considerad sin preocuparos lo que voy á hacer, abrid los ojos, no tomeis mis palabras por blasfemias, ved su eficacia. *Levántate, toma la cama y marcha á tu casa*. Yo soy quien lo quiero asi, y lo ordeno. Apenas salió esta orden de la boca del Médico omnipotente cuando quedó ejecutada. El doliente, tan incapaz de moverse, que poco antes no podia servirse de alguno de sus miembros, se levantó solo, y sin ayuda de nadie cargó sobre sus espaldas la cama á que estaba reducido, tomó el camino de su casa, y se marchó bendiciendo á Dios, y dándole mil gracias por el beneficio que acababa de recibir. Bien hubieran querido los escribas y doctores disimular el corage y la rabia de que les llenó este prodigio, que desvaneció tan completamente todas sus pérfidas maquinaciones; pero lo procuraban en vano, pues en todas sus acciones y palabras se veian pintadas la ira y la envidia que les dominaban: y las aclamaciones del pueblo que se confundian con las acciones de gracias del paralítico eran para ellos un motivo de desesperación y tormento. Jamás hemos visto, decian unos, obrar al Señor en medio de su pueblo mas estupendas maravillas: y otros llenos de inesplicable gozo no cesaban de repetir: En verdad que en este dia se ha manifestado Dios á los hombres, por los prodigios que obra su enviado y ungido.

¡O admirable clemencia del Salvador! ¡O increíble misericordia! Recibió el que antes era infeliz, y despues ya sumamente dichoso, la remision de los pecados que no pedia, y consiguió la salud del alma y del cuerpo. En verdad, Señor, que la vida y la muerte estan en tu mano, y que si determinas salvar á uno nadie te

lo puede impedir, y si otra cosa decretas nadie te puede decir por qué lo haces así. Por qué murmuras, pues, oh fariseo! Por ventura es malo tu ojo porque el Señor es bueno? Si no hay duda en que El se compadece de quien quiere, lloremos y roguemos para que tenga misericordia de nosotros. Hínchese nuestra oracion con las buenas obras, auméntese nuestra devocion, escítese cuanto sea posible nuestro amor. Levántense á El nuestras manos puras en la oracion, y no manchadas con la sangre de nuestros hermanos; no sucias con los tactos impuros; ni tampoco irritadas con la avaricia: sino un corazon sosegado y tranquilo, libre del ímpetu de las pasiones: un corazon compuesto y adornado con la mansedumbre y la paz: un corazon lavado y hermoseedo con la pureza de una buena conciencia. Nada de esto se lee que llevase consigo el paralítico, y sin embargo se lee que escribió la remision de todos sus pecados: esta es por cierto la virtud de misericordia de nuestro gran Dios, á la cual, así como es blasfemia contradecir, ó de ella desesperar; así tambien es cosa muy abominable pensar alcanzarla sin hacer buenas obras, y obrando continuamente el mal. No hay duda que puede muy bien decir el Señor á cualquiera que quisiere, se te han perdonado tus pecados, como le dijo al paralítico: pero el que espera que sin trabajo, esto es, sin oracion, confesion ó contricion, se le ha de decir esto, vive muy engañado.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que en tu Pasion subiste á la nave de la Cruz, y en la Resurreccion pasaste el mar, y en tu Ascencion veniste á tu ciudad: mira que el temor de los pecados, el de la ira de Dios nuestro Señor, el del peligro de la enfermedad que puede sobrevenir, y el miedo de la muerte incierta y necesaria, te ofrece mi alma caída en la enfermedad del pecado: dí Señor al que está sumido en ellos que confíe de la gracia del perdon, que se levante por la confesion y la contricion, que cargue con su camilla por la satisfaccion, y que andando y creciendo en virtudes vaya á su casa, que es la eterna bienaventuranza; para que viendo la multitud de los fieles estas maravillas, teman y glorifiquen á Dios tú Padre que tal poder te dió para el bien y felicidad de los hombres. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se refiere en el IX del Evangelio de San Mateo; desde el v. 1 hasta el 8. En el II de San Marcos desde el v. 4 hasta el 12: y en el V de San Lucas desde el v. 17 hasta el 26, todos inclusive.

TOMO II.

26



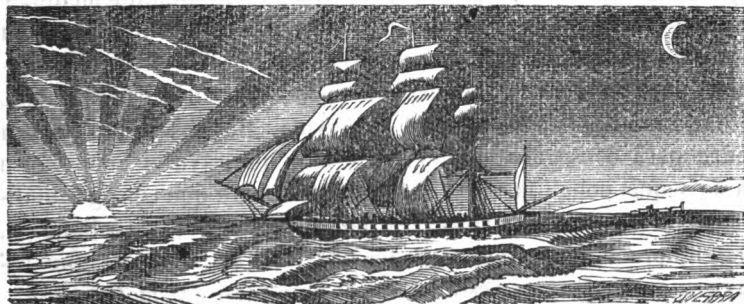
La Iglesia usa del testo de el de San Mateo en la Misa de la Dominica XVIII despues de Pentecostés : y de el de San Lucas en la Misa de la Feria VI de las cuatro témporas despues de Pentecostés; uno y otro con los versículos mencionados; el de San Mateo dice así.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XVIII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Math., cap. IX, v. 1 hasta el 8.

En aquel tiempo: entrando Jesus en un barquichuelo, pasó á la otra parte del mar, y vino á su ciudad. Cuando hé aqui que le presentaron un paralítico postrado en un lecho; y viendo Jesus la fé de este, y de los que lo presentaban, dijo al paralítico: ten confianza, hijo mio, que perdonados son ya tus pecados. Y en seguida dijeron ciertos escribas para consigo: Este blasfema. Y habiendo penetrado Jesus los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas facil decir: se te perdonan tus pecados; ó el decir, levántate, y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, dijo al mismo tiempo al paralítico: levántate, toma tu cama, y vete á tu casa. Y se levantó, y se fué á su casa. Lo cual viendo las gentes quedaron poseidas de un santo temor, y glorificaron á Dios, por haber dado tal potestad á los hombres.





CAPITULO III.

**SANA JESUS Á LA HEMORROISA, Y RESUCITA Á LA HIJA DEL
ARCHISINAGOGO.**

Aun repetían las turbas sus bendiciones al ungido del Señor porque le había dado Dios un tan grande y escelso poder, que empleaba sin cesar en beneficio de los hombres. Aun llevaban los aires los ecos de estos votos de gratitud hasta el centro de las regiones gentiles para atraer al Salvador nuevos adoradores y admiradores de su gracia y santidad. O por mejor decir, aun estaba hablando el mismo Jesus á las turbas, cuando se presentó á El uno de los Príncipes de la Sinagoga llamado Jayró, y con el modo tierno y compungido, propio de un amoroso padre, le rogó humildemente por la salud y la vida de una hija única que tenía, de edad de doce años, la que se hallaba á las puertas de la muerte. Llevado en alas del amor paternal, rompió por medio de las tur-

bas , y sin reparar en la crítica mordaz que los escribas que se hallaban presentes pudieran hacer de su conducta , y sin que le detuviera la mordiente censura de los soberbios partidarios de la Sinagoga , se arrojó á los pies del Salvador , le adoró humildemente , y le pidió fuese á su casa porque su hija se estaba muriendo , y aun él mismo ya la creía difunta ; pero le añadió , que esto no importaba , porque si El se dignaba ir á verla , y tocarla con su mano , le daría infaliblemente la salud y la vida. Dos cosas pide el buen padre para conseguir la tercera ; y son , que vaya el Señor á su casa , y que ponga la mano sobre su hija , para que consiga infaliblemente la salud y la vida : Grande , fé esclama el Crisóstomo (1), pero ignoraba que asimismo podía libertarla el Señor aunque estuviese ausente ; y por esto le rogaba que fuese , y la tocara.

¡Qué pequeña , qué pobre , que insuficiente es la grandeza de la tierra para remediar las necesidades del alma ! No hay poder en el mundo que no esté dependiente y necesitado de los auxilios de Cristo cuando sus males tocan al alma , y aun cuando no hieren ni lastiman sino la parte exterior y visible , que es el cuerpo. El Jayro , á quien San Mateo llama hombre principal , y San Marcos y San Lucas apellidan cabeza de la Sinagoga , nada tenia que hacer en los ministerios del templo , cuyas funciones eran propias de los Sacerdotes : su oficio era leer , explicar la ley , y presidir en la oración pública ; en lo que se ve que era hombre de saber y autoridad entre los judíos ; sin embargo , fue el primero que se atrevió á pedir á Jesus semejante gracia , aunque su fé no igualaba á la del centurion : por lo que la premió el Señor , sin admirarse , ni hacer elogio de ella , como de la de este. Ven Señor , le dijo , y toca con tu mano á mi hija , y vivirá. Y si esto hace , y así ruega , uno de los que parecían enemigos irreconciliables de Jesus cuando teme la desgracia de su hija , ¿qué deberán hacer los hombres para evitar la ruina , y la desgracia de su alma ? A quién no espanta la indiferencia con que se mira este mal gravísimo ? Acúdese con mucha frecuencia á Dios en las calamidades corporales , y se le pide con instancia la salud , la hacienda , y la honra perdida ; pero no es tan frecuente acudir á El para remedio de los pecados que matan al alma , ni el gemir ni suspirar , ni abandonar las ocasiones , para que se le restituya la gracia , que es su propia vida. Poco se ama esta hija tan preciosa cuando por respetos y consideraciones humanas , dejamos de buscarle medicina que la sane , y vida que la resucite.

(1) Div. Crisostom. Hom. 32. in Math.

No puede haber mayor locura que preferir el amor ageno , al amor de una cosa tan íntima y tan nuestra como la propia alma. Y si la fé del gentil fué mas perfecta que la del judio; ¿no deberá serlo mucho mas la del cristiano? El verdadero hijo de Dios que cree con viva fé no debe limitar y restringir su súplica á condiciones carnales , sino que arrojándose en los brazos de su omnipotente providencia, debe esponer con humildad la necesidad que le aflige, y dejar al arbitrio de su misericordia y bondad la eleccion de los medios convenientes para su socorro. Temerario es el que espera la salud sin pedirla al dador de ella , y tentador el que la pide con ciertas y determinadas condiciones.

Mas á pesar de la imperfeccion de la fé del judio que rogaba, le oye el Señor benignamente, condesciende con su súplica y aprovecha esta ocasion para mostrar su misericordia y poder con otro nuevo é inesperado milagro , y confirmar en la fé al que parecia estar poco firme en ella. Levantóse Jesus, que hasta entonces habia estado sentado , y siguió con presteza y humildad al hombre que le rogaba , acompañado de sus Discípulos, y de un pueblo innumerable que por todas partes le cercaba. En esto dió á los súbditos la forma de la obediencia (1); y el modo de contemporizar con los iguales; y á los superiores y prelados el de resucitar las almas muertas por la culpa, no prefiriendo sus propias comodidades al bien de sus ovejas; puesto que el Maestro Divino pospuso la suya propia , á la salud agena: sobre lo cual dice el Crisóstomo (2): tan luego como fué rogado, siguió al que le rogaba , sin demora ni tardanza; con cuyo ejemplo nos enseñó á no ser perczosos en todas aquellas obras que han de redundar á mayor honra y gloria de Dios, y provecho de las almas.

Parece muy regular que entre tanta confusion y tropel de gentes como acompañaban al Salvador, fuese su Magestad tal vez mas despacio de lo que deseaba el padre de la enferma : pero marchaba con la aceleracion que juzgaba necesaria para curar otra enferma á la que queria hacer este beneficio. Esta mujer desgraciada queria en cierto modo hurtar al Salvador un milagro que no se atrevia á pedirle. Su enfermedad la causaba mucha confusion y vergüenza, y no habia perdonado gasto ni diligencia para sanar. San Lucas y San Marcos aseguran (3), que habia gastado

(1) Remigius in Math. cap. 9.

(2) Div. Crisost. hom. 32. in Math.

(3) Lucæ VIII. Mar. V.

todos sus bienes con los médicos, y que con las medicinas se habia puesto peor. Doce años enteros habia padecido habitualmente agotándose de sangre y de fuerzas: y se juzgara dichosa, y diera por bien empleados sus caudales si á tanto precio, y á costa de tanto martirio, hubiese conseguido alivio: pero reducida á necesidad y pobreza, consumida y agotada por los remedios se hallaba en peor estado que antes. Su único consuelo era el Salvador, de quien habia oido hablar tantas maravillas; y tenia en El tanta confianza, que decia entre sí misma. Si yo pudiese solamente tocar parte de su vestido, sin duda quedará sana. Dios tendrá piedad de mí, en consideracion al respeto y á la confianza que manifestaré á su ungido.

Así pensaba esta infeliz porque convencida y desengañada por su propia y dolorosa experiencia, conocia bien la ineficacia de los remedios humanos cuando Dios suspende su virtud. No la llamaremos infiel, porque entonces entraba en el camino de la fé, y empezaba á creer: pero infiel es, no hay duda, á Dios, el que no acude á El en sus tribulaciones hasta haber agotado todos los arbitrios humanos, y experimentado su insuficiencia. ¿Cuántos medios de esta clase no surten efecto porque Dios no los bendice? Quién hace por el alma lo que por el cuerpo? A trueque de no perder la vida corporal, nos arrojamos á remedios mas dolorosos y ásperos que la misma dolencia; y nos arredra la menor penitencia para recobrar la salud del espíritu: ¡Qué necedad!

Verdaderamente penetrada la hemorroisa de una santa y sólida esperanza en la misericordia de Jesus, se mezcló entre la muchedumbre; y sufriendo empujes y baibenes se acercó como pudo y logró ponerse á su espalda. No intentó ponerse á su presencia, ya por la vergüenza que le causaba la fetidez de su enfermedad (1): ya porque por ella era segun la ley reputada por inmunda: ya para significar el rubor y la confusion que la criatura debe tener por sus culpas: ó ya en fin porque tal vez no hubiera podido lograrlo por la multitud de las turbas que al Salvador rodeaban. Mas apenas se vió cerca del Médico divino, cuando al parecer su contigüidad hizo que se aumentase su fé, y que tomase aliento su santa osadia: alarga su mano y toca la *Fimbria*, ó *ribete* del manto que á ejemplo de todos los judios observantes de la ley llevaba el Salvador en la estremidad de su vestido (2), y al punto la sangre se detiene, cesa el mal, siente ali-

(1) Div. Hieron. in cap. 9. Math.

(2) *Timbria*, era una orla ó franja que daba vuelta por todo el manto ó ca-

vio en todo su cuerpo, y se encuentra en tan bella disposicion, que cree asegurada su salud. ¡Oh Fe admirable! esclama el Crisóstomo (1). No pide que Jesus vaya á su casa, ni espera el contacto de sus manos, ni la virtud eficaz de su palabra. Solo el tocar la menor parte del vestido del Salvador le parece bastante para sanar de su envejecida dolencia. No dudó si quedaria sana, ó no: mas viendo marchar á Jesus cercado de pecadores, creyó firmemente que lejos de quedar manchado con la impureza de los que le tocaban, tenia El en sí mismo la virtud de purificar las almas y los cuerpos: y asi contenta cuanto se puede pensar, se aplaudia á sí misma de la inocente sorpresa que creia haber hecho á Jesus, y se prevenia para seguirlo á la casa del Jayro.

Jesus sabia mejor que ella lo que pasaba, y lo que ella no se atrevia á decir. Sabia no solamente que habia tocado su vestido, sino que conocia la persona que lo habia tocado, la virtud secreta que se la habia comunicado, y el modo admirable de su curacion. Pero queriendo que ella misma descubriese la gracia que se la habia hecho, se volvió al pueblo y preguntó quien le habia tocado. Todos se escusaban y defendian: la mujer curada se mantenía oculta, bajaba sus ojos, y callaba. Tomando entonces Pedro la palabra de comun acuerdo con los demas discípulos, dijo á Jesus: Maestro, veis que toda esta multitud os cerca y oprime, y preguntais quien os ha tocado? Yo sé bien lo que digo, replicó el Señor. Aqui hay alguna persona que me ha tocado de una manera que no es comun, ni vosotros comprendéis. Yo he sentido salir de Mi aquella virtud, que como Hijo de Dios tengo para la curacion de todos los males. Yo lo sé cierto, y pregunto, ¿quien me ha tocado de este modo?

Miraba Jesus alrededor de sí, y buscaba una confesion franca y sincera, y no quien le diese una noticia: y fijó su vista en la mujer, que ya no dudó que el Salvador sabia lo que ella habia hecho, por mas cuidado que hubiese puesto en ocultarlo, y precisado por el testimonio de su conciencia á descubrir la maravilla que se habia empezado á revelar, y á dar á Dios la gloria debida por ella, llena de temor y temblor fue á echarse á los pies de tan Divino

pa, la cual era cuadrada y no redonda, y á cuyos cuatro cabos llevaban unos lazos ó flecos de color morado. Quiso Dios que este distintivo en el vestido sirviera á los hijos de Israel de continuo recuerdo de los grandes beneficios que habia recibido de su mano.

Núm. cap. 15. v. 28. Deut. cap. 22. v. 12.

(1) Div. Crisost. Hom. 52. in Math.

Bienhechor, y confesó á la presencia del pueblo toda la verdad del hecho. Verdad es, Señor, le dijo, que alguna persona ha tocado la estremidad de vuestro vestido; y soy yo, Señor, la que he tenido esta libertad. Doce años he estado afligida con un flujo de sangre incurable: yo puse mi confianza en Vos, aunque no me atreví á manifestároslo: pero Vos, para quien nada hay oculto, Vos, que penetráis el corazon de las criaturas, Vos habeis oido mis ruegos, y ya estoy sana. Aqui me teneis á vuestros pies temblando; pero penetrada del mas vivo reconocimiento; y pues que me habeis oido y sanado, no querreis castigarme. Jesus, que no queria otra cosa mas que esta pública confesion del milagro por la misma en quien se habia obrado, se contentó con haber oido de su boca esta declaracion, y mirándola con mucha dulzura, la dijo, *Ten confianza hija mia, tu fé te ha curado, véte en paz*. Que fue lo mismo que decirlo: Bien conocia la viveza de tu fé: en el punto mismo en que procurabas ocultar tus intentos, Yo los favorecia y he querido premiarlos, Anda en paz, y ten por cierto que estás, y estarás enteramente sana de tu larga y penosa enfermedad.

San Gerónimo advierte (1) que no la dijo el Señor, tu fé te salvará, sino tu fé te salvó; porque ya habia creído, y desde que creyó fue salva. Y el Crisóstomo añade (2): Dícela el Señor que tenga confianza, porque era tímida, y la llama hija porque tuvo fé, y la fe en Cristo nos concede la gracia de la filiacion; y no la dijo Jesus, Yo te sané, sino tu fé te salvó, para ensalzar el mérito de esta preciosísima virtud, por lo cual somos hechos y llamados hijos de Dios: y para enseñarnos que en nuestros actos virtuosos no debemos buscar nuestra gloria, sino la de Dios: añadiéndole por último véte en paz, para que entendiera que no solo quedaba libre de la perturbacion que tantos años habia padecido á causa de su enfermedad, sino que la paz de Dios habitaria en su corazon, no solo en el cuerpo sino tambien en el alma; porque quedaba curada de las pasiones corporales, y de la mas terrible enfermedad del pecado (a).

(1) Div. Hieronim. in cap. 9. Math.

(2) Div. Crisost. Ibid.

(a) Muchos creen que esta hemorroisa, que se dice aqui sanada por Jesucristo fue Marta, hermana de Maria y de Lázaro, atendiendo á que dice San Ambrosio en la esposicion del capítulo VIII de San Lucas, que entre los beneficios que hizo Jesus á la familia de Lázaro, deben ocupar el primer lugar el haber curado á Marta de un largo flujo de sangre que padecia: el haber

Haciendo pública el Señor la fé de aquella mujer, mostró penetrar los secretos del corazon, y juntamente confirmó y corrigió la fé de Jayro. Aunque los hombres no conozcan ni sondeen los corazones fieles, ni los alaben; los conoce, y los aprueba, y alaba Dios, dador y premiador de la fé: y por esto pone el Señor en muchas ocasiones á una prueba durísima nuestra fé, para poderla alabar y premiar. La de Jayro pasó en esta por una prueba terrible, y sin embargo no desmayó, sino que al parecer creció de punto y se enardecíó. Presente estaba á una conversacion tan llena de piedad y clemencia, siendo testigo de un milagro tan manifiesto: por lo que mas convencido de que el Salvador estaba lleno de una virtud divina bastante poderosa para dar la paz en nuestro corazon, y de que no habia ya la menor duda de que El era ya el autor de la vida, y el repartidor de la humana salud, debia augurar mas felizmente por lo que miraba á la de su hija. Pero en lo mas fuerte de su esperanza quiso Dios aumentar su mérito con una nueva prueba.

La fé que nos salva, y sin la cual nada nos sirve llegar á Jesucristo, es aquella fé viva acompañada de las obras, y animada por la caridad, y que teniendo su asiento en el entendimiento y en el

lanzado los demonios del cuerpo de Maria, y el haber resucitado á Lázaro; pero de ahí no se infiere que aunque esta hemorroisa se llamase Marta, fuese la hermana de María ó de Lázaro: lo que se confirma por los dichos de San Lucas y San Marcos, que aseguran quedó reducida á la pobreza, gastando cuanto tenia con médicos y medicinas para conseguir su salud, puesto que Marta, hermana de Maria, siempre fue rica. Esto lo confirma Eusebio en el libro VII de la Historia eclesiástica, capitulo XIV, donde dice: Que esta mujer era de Cesárea de Filippo, la que despues de estar sana, mandó labrar en dicha ciudad una estatua de bronce á imágen y semejanza de Cristo, con la orla, ó fimbria de su vestido; la que colocó en un lugar descubierto de su casa: la tenia con gran reverencia, y adoraba con mucha devocion: á la parte opuesta de la imágen de Cristo hizo colocar otra estatua suya puesta de rodillas, con los brazos cruzados sobre su pecho como en ademan de rogar y suplicar al Señor, y alargando un poco su mano derecha como que quisiese tocar la orla de su vestido. Sucedió, que al pie de la imágen de Cristo, nació una yerba de ninguna eficacia y virtud; pero cuando crecia hasta tocar la orla del manto que ceñia, la adquiria tan grande y eficaz que sanaba todas las enfermedades. San Gerónimo añade, que esta imagen de Cristo se conservó en Cesárea de Filippo hasta los dias de Juliano Apóstata, y que teniendo el tirano noticia de ella, y que la mujer la habia mandado labrar para perpetuar la memoria del beneficio que de Jesus habia recibido, la mandó derribar, y colocar en su puesto una estatua suya propia, la que fue poco tiempo despues herida y destrozada por un rayo.

corazon cree con la mayor firmeza sin desesperar jamás; y esta es la que Jayro manifestó tener, y Jesus premió con largueza. Cuando con mas atencion escuchaba al Salvador y admiraba su caridad con la hemorroisa, se le acercaron sus amigos y criados de su casa, y le dicen: Vuestra hija acaba de espirar, no teneis que cansar mas al Maestro, ni obligarle á ir mas lejos; escúsale el trabajo del camino que le falta.

Fuerte, y aun espantosa debió ser para el padre la noticia de la muerte de su hija, dada en tales circunstancias, y por mas que la tuviese por cierta, no podia dejar de causarle una violenta impresion: mas á pesar del pernicioso consejo de sus embajadores perseveró firme en su esperanza, sin caer de ánimo, ni dejarse llevar de la tristeza ó desesperacion; porque Jesus, que oia lo que pasaba con su ordinaria é impasible tranquilidad, le inspiraba mas confianza, que podian quitarle los funestos avisos que le daban; y compadecido de su dolor previno todas las consecuencias diciéndole: *No temas, aviva tu fé, cree; y verás presto á tu hija con vida, y perfecta salud.*

El consuelo que derramarían estas palabras de Jesus en el corazon de aquel afligido padre, no puede explicarse. Creia, acababa de ver premiada la fé de una pobre mujer con un público milagro, y no pudiendo dudar de la inmensa caridad del que le consolaba y alentaba, caminaba confiado á su casa en compañía del Salvador. No es extraño: iba á su lado el autor de la vida, no debia en manera alguna temer la muerte (1). Al entrar Jesus en ella despidió la inmensa multitud de gente que le seguia, sin permitir persona alguna que le acompañase sino á sus amados Apóstoles Pedro, Jacobo y Juan, y dispuso que el padre y la madre entrasen con ellos en el aposento de la difunta. A su paso encontraron llenas las salas de personas que lloraban, y segun la costumbre que los judios habian tomado de los pueblos extranjeros, habian entrado músicos y plañidores asalariados, que con instrumentos y canciones lúgubres solian asistir á los funerales. Esta inquietud, tumulto, y aparato fúnebre, mezclado de costumbres gentílicas, no podia ser del agrado del Señor, y menos un concurso de gentes donde sabia habia muchos que se burlaban de su virtud; por lo que mandó cesar tanto alboroto, diciendo: *Retiraos, porque la doncella no ha muerto, sino que duerme.* Para los hombres habia muerto en verdad, porque no podian resucitarla (2); pero para Dios no habia muerto, porque

(1) Bed. in cap. 8. Lucæ.

(2) Bed. Ibid.

vivia en sus eternos decretos, y descansaba la carne que muy en breve habia de resucitar. Todos los presentes, que sabian fijamente que habia muerto, se burlaban de El; creyendo que hablaba del sueño natural, y que ignoraba la muerte. Mas no se irritó ni enojó el Salvador aunque se viese burlado en las salas de los Príncipes, ni arguyó ni increpó á los satíricos burlones, porque cuanto mayor fue la burla que quisieron hacerle, tanto mas admirable y sorprendente fue despues la manifestacion de su virtud (1). Mandólos arrojar fuera, porque no eran dignos de ver el misterio de aquella resurreccion, los que insultaban con indignos desprecios al que habia de obrarlo: y el escarnio no bastó para hacerle desistir del proyecto formado.

Luego que el Salvador hizo que se echaran de allí todos los concurrentes menos las cinco personas que habian entrado con El, se acercó á la cama donde se hallaba aun la difunta, y con voz fuerte y en lengua siríaca, que era la que entonces se usaba en aquel pais, la dijo: *Talitha cumi*, esto es, *Niña, contigo hablo, levántate*. Al pronunciar estas palabras, tomóla de la mano como si sólo tratara de despertarla, volvió el alma al cuerpo que habia dejado, se levantó la difunta, empezó á andar, y mandó Jesus que la trajesen de comer. Solo estas cinco personas quiso tener para testigos del milagro, porque á los blasfemos é irrisores de las gracias de Dios, no se han de revelar los misterios del Señor; sino á los fieles que honran y dan gloria á Dios por ello: y mandó echar á todos, y particularmente á los alborotadores, para enseñarnos á huir y evitar los aplausos del mundo. Indigno es el mundo de tener parte en las obras de Dios, y de conocer la virtud de su gracia. ¿Cómo puede esperar el hombre recobrar la vida del cielo, sino ahuyenta de sí el espíritu mundano, y no franquea su corazon á Cristo y á sus discípulos? Nadie se levanta de sus caidas sino por la santa humanidad del Salvador, que es como la mano y el instrumento de la divinidad, á la cual está unida en la persona del Verbo. De esta humanidad nace nuestra vida, porque en ella murió el Salvador, y resucitó y dió cumplimiento á su sacrificio. Como hombre tomó la mano de esta difunta, y como Dios la levantó, y la restituyó la vida. En la union de la mano viva de Cristo, y de la mano muerta de esta mujer, descubren los Santos Padres la union de la gracia y de la voluntad, y la union con que consintiendo la voluntad con la gracia, y siendo alentada y vivificada por ella, conspiran am-

(1) Div. Hieronim. in cap. 9. Math.

bas con inefable suavidad y eficacia á la justificacion y á la práctica de las virtudes.

Todas las señales de vida que hizo Jesus diera la difunta causaron no menos satisfaccion que admiracion en sus padres, que llenos de gozo y alegria por ver una hija tan querida resucitada á sus



ojos, iban á prorumpir desde luego en festivas aclamaciones, demostrativas de su reconocimiento y gratitud. Pero el Salvador previno sus intentos y les prohibió espresamente decir á persona alguna el favor y gracia que acababan de referir. Quería con esto condenar á ciertas gentes que en todas las cosas no se proponen mas fin

que su propia gloria; y queria tambien hacer conocer á todo el mundo, que si la resurreccion de esta niña era divulgada algun dia, como efectivamente lo fue en todo el pais, no seria por órden suya, ni por deseo que tuviese de su propio honor: pues jamas fué su intencion el que se ensalzasen sus milagros, los cuales únicamente obraba por el bien de los hombres, y si consentia se publicasen solo era por la gloria de su padre. La alegria empero no podia estar oculta, la gratitud y el reconocimiento debian manifestarse, y el concurso de gentes era extraordinario; era por consiguiente preciso que la conmocion fuese grande: parece pues que la idea del Salvador al imponer silencio á los padres solo fue para tener tiempo de apartarse de aquel lugar antes que se divulgase el milagro: sobre lo que dice San Gregorio (1). El es repartidor de todos bienes, pero no es ambicioso de gloria; y dá todo lo que tiene sin reservar nada para sí.

A pesar de tantas precauciones tomadas por el Salvador para ocultar el milagro; á pesar de haber asegurado que no habia muerto aquella criatura; mandándola levantar como quien dispierta á un dormido; y á pesar de haber encargado que no se publicase el suceso, en un instante corrió aquella nueva por toda la provincia: tan cierto es, que la gloria sigue siempre al que huye de ella: y todos bendecian y alababan á Dios, porque habia enviado sobre la tierra un hombre tan poderoso en obras y palabras. Este fue el último milagro que obró el Señor en Cafarnaum, antes del segundo viage que meditaba hacer á Jerusalem. Habia resuelto ir allá con sus Discípulos antes de la fiesta solemne, y habiendo salido de la ciudad con este intento tomó el camino de la capital; pero como queria predicar en todas partes el Evangelio del reino de Dios y sanar los enfermos, no hacia jornadas largas, sino que aun daba algunos rodeos recorriendo ciudades y lugares, señalándose siempre por sus misericordias que tan abundantemente por todas partes derramaba.

ORACION.

Inefable Señor y dulcísimo Jesus mio, adoro los pies de tu misericordia, y verdad, y ruegote clementísimo Señor, que sanes mi alma manchada con la sangre de mis pecados, por la imposición de la mano de tu gracia: resucítala de la muerte que la causan los deseos de una mala vo-

(1) Div. Gregor. lib. 49. Moral. cap. 48.

luntad, y los propósitos pésimos y ocultos: restitúyeme á Dios tu padre, al cual me diste por hijo adoptivo, por privilegio de gracia entre tus herederos. No te acuerdes, Señor bueno, de tu justicia contra mí, ni de ir contra este culpado: acuérdate sí de tu clemencia y mansedumbre, y del uso muy antiguo de las piedades que con este siervo miserable, Señor y Dios mio, siempre usaste. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo consta en el IX de San Mateo desde el v. 18 al 26. En el V de San Marcos desde el 22 hasta el 43. Y en el VIII de San Lucas al 41 hasta el 56 todos inclusive.

La Iglesia usa del testo del de San Mateo en el Evangelio de la Misa de la Dominica XXIII despues de Pentecostés: dice asi.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XXIII DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Math. cap. IX, vs. 18 al 26.

En aquel tiempo: Estando Jesus hablando al pueblo, se acercó á El un hombre principal, y le adoró diciendo: Señor, mi hija acaba de morir, pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá: y levantándose Jesus le seguia con sus Discípulos. A este tiempo una mujer que padecia un flujo de sangre hacia doce años, se acercó á El por detrás, y tocó la orla de su vestido: porque decia para sí: con solo tocar su vestido quedaré sana: Y volviéndose Jesus, y viéndola, la dijo: confía, hija, tu fé te ha curado. Y quedó sana la mujer desde aquella hora. Y habiendo llegado Jesus á la casa del hombre principal, y visto los flauteros y la gente alborotada, decia: Apartaos: que no está muerta la niña, sino dormida. Y se burlaban de El. Mas echada fuera la gente entró, y tomó de la mano á la niña, y se levantó, y se divulgó la fama de esto por toda aquella tierra.





CAPITULO XIII.

CURACION MARAVILLOSA DE DOS CIEGOS, Y DE UN MUDO Y EN- DEMONIADO.

La fama de Jesus y su inmensa caridad y misericordia se habian estendido tan prodigiosamente por todas partes, que aun de las ciudades gentiles é idólatras salian toda clase de enfermos y le buscaban con ansia, para encontrar el remedio á sus dolencias. Su entrada en las ciudades casi nunca podia ser oculta, porque siempre le precedia y seguia una confusa multitud que muy de lejos iba anunciando su marcha; y asi, como al salir de la casa de Jayro se encaminase á una ciudad donde al parecer queria pasar la noche, avisados por el rumor de las gentes dos ciegos, que se hallaban en el camino pidiendo limosna, fueron en su seguimiento, y clamando con dolorida voz, pero con todas fuerzas, le decian: *Hijo de David, tened piedad de nosotros.*

Fama era y opinion muy vulgar y corriente entre los judios, que Cristo habia de nacer de la descendencia de David segun la carne; y esta misma opinion y fama se habia divulgado entre los gentiles, por lo que estos dos ciegos que la tradicion tuvo siempre por gentiles, daban á Jesus el nombre de *hijo*, ó *heredero de David*, porque con él imaginaban lisongearlo mas que con otro alguno, trayéndole á la memoria la grandeza de su nacimiento, y sus derechos al trono. Asi le llamó tambien algun tiempo despues la Cananea; y lo que mas convence es, que Su Magestad se portó puntualmente con los dos ciegos del mismo modo que con aquella mujer estrangera. La intensidad de su deseo, dice el Crisóstomo (1), se manifestaba en su clamor, y en la humilde, pero fervorosa interpelacion que le dirigian; pues no se acercaron simplemente, sino clamando á voz en grito y pidiendo misericordia.

Es muy digno de advertir que mientras estuvo rodeado el Salvador de los judios que le hacian la corte, parecia no hacer caso de los dos suplicantes: no les respondió cosa alguna, antes bien como que diese muestras de que no queria escucharlos. Puede ser que este aparente desvio de Jesus fuese para probar su fé; pero lo cierto es que ellos no creyeron fuese esto una negativa del favor que suplicaban, sino un disimulo que procedia de amor, mas bien que de dureza de un corazon tan propenso á usar de misericordia: por esto no se desanimaron, sino que le siguieron constantes: y habiendo llegado al término de la jornada, dieron lugar á que se apartase la muchedumbre; y luego que el Salvador entró con sus Discípulos en la casa donde debia hospedarse, no tuvieron rubor alguno de presentarse á El con la mayor confianza.

Seria hacer un agravio muy grande á Jesus, y negarle en cierto modo uno de sus atributos mas característicos, creer ó pensar, que no habia tenido que hacerse como una especie de violencia, no deteniéndose en el camino para oir y despachar pronta y benigne-mente la ardiente súplica de los dos desventurados, porque veia bien la disposicion de su corazon, y conocia la sinceridad y firmeza de su fé; pero queria que diesen de ella otro testimonio mas explícito, á fin de mostrar cuan necesaria es esta confianza y fé en los que esperan recibir de El algun favor extraordinario. Recibiólos con aquella benignidad y dulzura que le era tan original, y á presencia de todos les preguntó: ¿Creeis que Yo puedo hacer en vuestro favor lo que me pedis? Sí Señor, respondieron ellos sin dudar ni de-

(1) Div. Crisost. hom. 33. in Math.

tenerse: sí, lo creemos firmemente. Pues si es así, continuó el Salvador tocándoles los ojos con su mano omnipotente y divina, hágase con vosotros según vuestra fé, y gozad del bien que habeis esperado; el efecto siguió á las palabras, pues al momento se les abrieron los ojos. No solo le habian llamado hijo de David, sino que levantando mucho mas arriba su pensamiento y su fé, le habian confesado Señor, que es nombre que significa autoridad y poder (1). A la confesion de la boca, siguió el tocamiento de la Divina piedad, y á este la iluminacion (2): porque así como la fé les habia iluminado el entendimiento, así el tacto de Jesus les restituyó la luz de los ojos. Ved ahí cual es el mérito de la fé de los que creen simplemente, que merece el otorgamiento de tantos dones, y el aumento de las virtudes, para que se verifique que todas las cosas son posibles al que cree. Concedióles el Señor la gracia, pero les prohibió altamente el que la publicasen.

No se duda que los dos ciegos habian sido suficientemente iluminados en su entendimiento para que conociesen á Jesus, y este conocimiento les descubrió todo el objeto del precepto que acababa de imponerles; llenos de gozo, gratitud y reconocimiento á la generosidad de su bienhechor, lo interpretaron como una insinuacion propia de su humildad y modestia; atribuyéndola mas al desprecio del honor mundano que podia resultarle de la publicacion del milagro, que á un verdadero mandamiento de callar lo que tan digno era de ser publicado; como lo indicaban á su parecer las mismas palabras del Salvador. *Ved, que nadie lo sepa.* ¿Pues Señor, no somos nosotros dos hombres bastante conocidos en toda esta tierra? Por las ciudades, villas, aldeas y caminos hemos pedido limosna públicamente, y todos nos han conocido ciegos, ¿y no quereis que nadie sepa que hemos recobrado la vista? Pues no lo verán las gentes? Ignoran acaso que pisais Vos esta tierra, en la que derramais tan abundantemente vuestras misericordias? Podrán creer que habiendo clamado y acudido á Vos, no seais el autor de tanto bien? Si vuestra modestia y humildad os incitan á mandarnos que callemos, ya conoceis que la ocultacion del beneficio es imposible; nuestra gratitud nos fuerza á que le publiquemos. Este mismo fué el pensamiento de San Gerónimo, y así dijo (3): Huyendo

(1) Div. Crisostom. Ibid.

(2) Raban. in cap. 9. Math.

(3) Div. Hieronim. in Math. cap. 9.

el Señor los aplausos y la vanagloria les impuso silencio, pero ellos en memoria de la gracia recibida no podían callar el beneficio. Dios prohíbe buscar la gloria vana; pero no prohíbe anunciar sus grandezas, sus misericordias y su gloria. Jesús les mandó callar por evitar lo primero, pero no condenó el que con la manifestación de una gracia que no podía ocultarse, se diese gloria á Dios su Padre; y se procurase la salud del prójimo; así fue que tan luego como salieron de la casa y de la presencia del Salvador corrieron á publicar por todo el mundo lo que les acababa de suceder: sus ojos abiertos y claros, hablaban mas clara y abiertamente que ellos, y el autor de este gran milagro se adivinaba por todos con la mayor facilidad.

Alegórica y espiritualmente tienen estos dos ciegos grandes interpretaciones que no pueden disimularse. Con respecto á lo primero, designan los dos ciegos los dos pueblos judío y gentil, uno y otro ciego sin conocer la luz de la verdad: y pasando el Señor, que era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, por los caminos de este mundo mismo, no podía dejar de alumbrar al uno y al otro, para que entrambos viniesen á la luz, esto es, á la Iglesia santa, y oyendo las palabras del Señor, creyeron: y creyendo, recibiesen la luz de la fé y de la verdad: pues en esta misma Iglesia á que vino Cristo por la carne, son iluminados los ciegos por la fé de Cristo encarnado: y los que creyeron la Encarnación y venida de Jesucristo, la divulgaron por todo el mundo, y de los creyentes de todas las naciones formaron un solo pueblo cristiano y fiel, simbolizando la unidad de la Santa Madre Iglesia, fuera de la que no hay salvación. Con respecto á lo segundo, esto es, espiritualmente, designan los dos ciegos el entendimiento y la voluntad. El entendimiento tiene dos ojos: el derecho es la fé de la dignidad, el izquierdo la fé de la humanidad: y la voluntad tiene también otros dos: el derecho es el amor á la bondad, ó la gloria divina; y el izquierdo el temor de la justicia y del fuego eterno. Así también es de cuatro maneras la ceguera espiritual: la primera es el error acerca de la Divinidad; la segunda el error sobre la humanidad: la tercera es la malignidad que desprecia la bondad, ó la gloria Divina; y la cuarta es la vana presunción, que desprecia las llamas del fuego eterno, y desconoce y no teme la justicia divina. Solo en el seno de la Iglesia, y á la luz de las verdades que ella nos enseña se destierran estas cegueras. Por esto Jesús no iluminó los ciegos en el camino, esto es, en el mundo; sino en la casa, esto es, en la Iglesia; en cuyo seno todo es

luz, claridad y verdad; y fuera de la que todo es engaños, tinieblas y error (1).

No fue este milagro el solo que obró Jesus en el mismo parage y en el propio dia. Habiéndose retirado los ciegos, le presentaron los habitantes de la ciudad á un hombre mudo y poseido del demonio. Como era israelita, no dilató el Salvador usar con él de misericordia, y quiso hacerlo á presencia de todos. Lanzó el demonio, desató la lengua al mudo, y este empezó á hablar. Sin duda que sus primeras palabras serian espresiones de reconocimiento y gratitud. No es extraño que hablase, tan luego como arrojó el Señor el demonio de su cuerpo, porque no era mudo de nacimiento, sino por la opresion en que le tenia el espíritu maligno (2), y quitada esta pudo hablar como antes. Guardóse en esto el órden natural de las cosas, pues arrojado primero el espíritu malo, sucedieron los demas oficios regulares del cuerpo (3). Por lo que mira á las turbas, que en gran número se hallaban presentes, quedarón llenas de admiracion, y se decian los unos á los otros: *Jamás hemos visto en Israel cosa semejante, ni se ha dejado ver entre los hombres quien obre tan grandes maravillas.*

¡Cuán diferentes fueron empero y encontrados los afectos, que estos mismos prodigios tan grandiosos y admirables causaron en el corazon de los doctores soberbios, y fariseos envidiosos! Si ellos no se hubiesen mezclado siempre entre las turbas con ánimo é intencion perversa, este language de piedad, admiracion y alegria, hubiera sido universal en cada uno de los milagros que obraba el Salvador: pero animados del espíritu de soberbia contra su Magestad, confundidos por su doctrina, desautorizados por su omnipotente virtud, y desesperados de verle obrar milagros que ni podian negarse, ni disfigurarse; se empeñaron obstinadamente en decir, que estaba poseido del espíritu infernal, y que lanzaba los demonios en el nombre del príncipe de las tinieblas. Las turbas, esto es, los sencillos y devotos confesaban las obras de Dios; pero los fariseos acechadores y calumniosos, calumniaban las obras de Dios, y atribuian á la virtud de los demonios su propia espulsion de los cuerpos (4). Negaban las obras del Señor que podian, y las que no po-

{1} Div. Crisostom. Hom. 27. oper. imperfect.

{2} Div. Crisost. Hom. 35. in Math.

{3} Div. Hilari. Canon. 9. in Math.

{4} Remigius in Math.

dian las echaban á mala parte: y cuando no podian negarlas, las calumniaban diciendo: que no eran hechas por virtud propia, ó por la de Dios; sino por la del demonio (1).

Si se examina con atenta escrupulosidad este pasage del Evangelio, se verá, que en la sencilla confesion de las turbas, está místicamente representada la fe sencilla de las naciones al anunciarles el Evangelio de la caridad y de la paz; confesando sinceramente á Jesucristo su divino autor y fundador de la Iglesia santa, en cuyo seno amoroso se ven por la misma fe introducidas: y en la malicia de los fariseos está simbolizada la infidelidad del judaismo: y asi como en los dos ciegos significaron los dos pueblos el judio y el gentil; asi en el mudo y endemoniado se prefiguró todo el género humano; y asi es, que los primeros anunciadores y predicadores del Evangelio ofrecieron al Señor el hombre mudo, esto es, el género humano, mudo en la confesion de la fe, y poseido del demonio porque estaba entregado á la idolatria. Se lanzó el demonio y se desterró esta; y lanzado habló el mudo, y confesó á Cristo. Mudo está tambien y poseido del demonio cualquiera pecador que se halla en pecado mortal. Ofrécese á Dios para que sea curado, cuando los justos ruegan por él, y se arroja el demonio de su cuerpo mediante la infusion de la gracia con que Dios le visita en la contricion y confesion de sus culpas: entonces se le desata la lengua, confiesa sus pecados, y publica las misericordias y grandezas del mismo Dios. Pero los fariseos, que atribuian estas curaciones tan repentinas y milagrosas á la virtud del príncipe de los demonios, son todos los hombres que procuran menoscabar y destruir el mérito y virtud de las buenas obras de los demas.

No desconocia, ni ignoraba Jesus lo que estos ciegos espíritus y corazones endurecidos publicaban contra El; pero esperaba ocasion todavia mas favorable para confundirlos: en vano cerraban sus ojos para no ver la luz hermosa del luminoso Sol de justicia que á su vista tenian, y no perdonaban calumnias y blasfemias para inutilizar todos sus trabajos, y oscurecer y disminuir su altísima reputacion y bien merecida gloria; porque ellos no querian ser salvos: con todo, tanta malignidad de parte de sus enemigos no le impedía obrar en todas ocasiones curas milagrosas; con cuyo desig-nio continnó su marcha á Jerusalem ejercitándose siempre en los mismos oficios de caridad y celo, con que iba atrayendo al paso una multitud innumerable de hombres y mujeres, que le seguian

(1) Div. Hieronim. in cap. 8. Math.

jornadas enteras, hasta rendirse de fatiga, y echarse en los caminos como ovejas sin pastor. No desaprovechó el Salvador una tan bella ocasion para dar á sus Apóstoles las mas importantes lecciones, y en su consecuencia les manifestó con claridad, que habia llegado ya el tiempo de repartir á todos los pueblos con profusion la doctrina de la salud y de la vida eterna, porque era mucha la mies y pocos los obreros; y que era ya preciso rogar al Señor del campo, para que enviase trabajadores que lo limpiasen y cuidasen.

¡Oh! Cuán digna es de admiracion esta tan heróica y escelentísima caridad. En esto consiste toda la gracia de su perfeccion, en procurar uno ser mas útil y provechoso á los demas, que á sí mismo. Acudamos pues, dice el Crisóstomo, á este tan piadoso Samaritano (1), á este tan solícito pastor, á este tan cariñoso, activo y saludable médico, en todas nuestras necesidades, tanto de alma, como de cuerpo. De El solo se ha de esperar la salud, á El solo se ha de pedir, y solo en El se ha de colocar toda nuestra esperanza; porque solo El conoce y sabe lo que mas nos conviene. Bueno es que no cuides de la salud del cuerpo, sino que á Dios la pidas; si te conviene, te la dará, y si vieses que no te conviene te la negará (2): aunque alguna vez nos azote ó castigue en el cuerpo, rogémosle con humildad. Esto os digo, hermanos mios, para que nadie busque ni pretenda buscar otra cosa fuera de los auxilios de la gracia de Dios. El permite que vengan sobre nosotros tentaciones y tribulaciones: El sabe cuanto tiempo deban durar, El conoce su principio y su fin, su entrada y salida: asi pues, sufrámoslo todo con paciencia; á El solo recurramos, y pongamos todas nuestras cosas bajo su proteccion y providencia. Por lo que continúa el Crisóstomo (3), oremos con diligencia y fervor, y si no recibiesemos lo que pedimos, continuemos en la oracion, seguros de que recibiremos: muchas veces se complace en diferir el otorgamiento de lo que le rogamos, y en vez de gracias nos sobrecarga de tribulaciones, para que acudamos á El mas continuamente, y de su presencia nunca nos apartemos: pues si cuales somos en la tribulacion, asi fuésemos en el sosiego y el descanso, nunca necesitaríamos ser corregidos con las aflicciones: pero sepamos, que los que consiguieron mas bellas y resplandecientes coronas, las merecieron en premio de las tentaciones y tribulaciones que sufrie-

(1) Div. Crisostom. Hom. 33. in Math.

(2) Div. August. in Math. cap. 6.

(3) Div. Crisost. Ibid.

ron: las padecieron con constancia y amor, y así se coronaron. Glorifiquemos, pues, en todas las cosas á Dios, que en todas las necesidades nos provee oportunamente, y todo lo hace por nuestro bien; firmemente seguros, que si despreciásemos y venciésemos todas las asechanzas y tentaciones que se oponen á la virtud, y perseverásemos en ella, conseguiremos inmarcesibles coronas.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, luz de la claridad indeficiente, ilumina los ojos de mi alma para que nunca se duerma con el sueño pesadísimo de la muerte y condenacion eterna; é iluminado con tu gracia, vea siempre lo que tengo de obrar, y ayudado por ella, convalezca de la enfermedad de la culpa, y cumpla debidamente todo lo que hubiese visto, y entendido que tengo de hacer: y así anuncie tus misericordias y beneficios, para gloria tuya, y provecho de mis prógimos. Abre, Señor, tambien por la infusion de tu gracia, mi boca muda por mis pecados: desata mi lengua para que anuncie tus bondades: y recibida la gracia de poder hablar, sea lo primero el acusador de mí mismo; á Ti, Dios mio, alabe, á mi prógimo edifique, y sola la verdad y tus grandezas predique. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el IX de San Mateo, desde el v. 29 al 38 ambos inclusive.

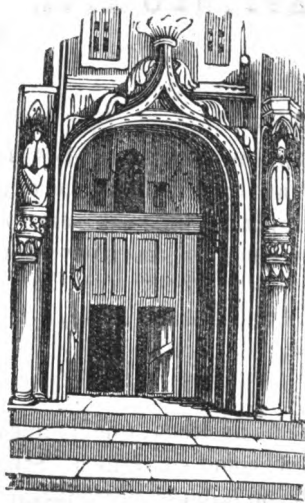
La Iglesia no lo usa como propio de la Misa de alguna Dominica ó Feria del año, sin embargo se pone, y dice así.

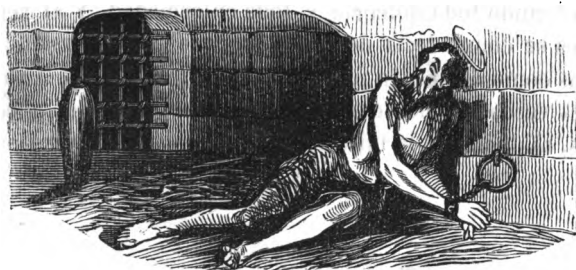
EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. IX, vs. 27 al 38.

En aquel tiempo: Partiendo Jesus de aquel lugar, le siguieron dos ciegos gritando, y diciendo: Hijo de David, ten compasion de nosotros. Luego que llegó á casa, se le presentaron los ciegos: y Jesus les dijo: ¿Creéis que yo puedo hacer eso que me pedis? Dícenle: Sí Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Segun vuestra fé, así os sea hecho. Y se les abrieron los ojos: mas Jesus les conminó, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Ellos sin embargo al salir de allí lo publicaron por toda la comarca. Mas habiendo salido estos, le presentaron un mudo endemoniado; y arrojado el demonio habló el mudo y las gentes se llenaron de admiracion, y decian: Jamás se ha visto cosa semejante en Israel. Los fariseos al contrario decian: Por arte del príncipe de los demonios espele este los de-

monios. Y Jesus iba recorriendo todas las ciudades y villas, enseñando en sus Sinagogas, y predicando el Evangelio del Reino de Dios, y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y al ver aquellas gentes se compadecia de ellas, porque estaban mal paradas, y tendidas como ovejas sin pastor. Entonces dijo á sus Discípulos. La mies es verdaderamente mucha; mas los obreros son pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe á su mies operarios.





CAPITULO XIV.

ENVIA JUAN BAUTISTA DOS DE SUS DISCÍPULOS HALLÁNDOSE EL EN LA CARCEL PARA QUE PREGUNTEN AL SALVADOR, SI EL ES EL MESIAS PROMETIDO. CONTÉSTALES JESUS SATISFACTORIAMENTE, Y HACE EL ELOGIO DE SU SANTO PRECURSOR.

Era tan pública la fama de Jesus, que no quedaba ciudad, villa ó aldea, tanto en Judea, como en Galilea, Samaria, y una gran parte de la Siria, donde no hubiese personas que hubiesen recibido beneficios de su mano, siempre misericordiosa y liberal. Los Discípulos de Juan estimulados por la envidia, mas que por el deseo muy natural entonces de aplaudir á Jesus, le llevaban todos los dias á la carcel donde se hallaba, noticias de los milagros que obraba; y mas deseoso el Santo Precursor de sanar la llaga del corazon de los suyos, que de conseguir por medio de un milagro su libertad, envió dos de sus discípulos al Salvador para que preguntasen: *¿Eres Tú aquel que ha de venir, el Mesias, ó Salvador del mundo, ó todavia tenemos que esperar á otro?*

Nø hay duda que un hombre que resucitaba los muertos, daba vista á los ciegos, sanaba los tullidos, y tenia poder sobre los demonios, hubiera podido muy bien, y á poca costa, quebrar las cadenas que oprimian á su preconizador y pariente, y concederle la libertad que la injusticia de Herodes le negaba: pero nunca hubieran los discípulos de Juan reconocido su ignorancia, ni depuesto su indiscreto celo, si no hubiesen tenido un maestro tan ilustrado y humilde; y cuando ellos creian que este habia de participar del espíritu de rivalidad que les animaba, se admiraban de que oyese las maravillas que le contaban, con aquel gusto y contento que inspira á un buen siervo la gloria de su Señor: y su admiracion rayaba en espanto, cuando conocian que lo aplaudia todo, sin poner la mira en alguna correspondencia ó retorno interesado por lo que miraba á su persona; mas esto era porque se habian olvidado de que Juan conocia bien á fondo á Jesus, no solo porque encerrado en el útero materno se habia alegrado de su visita, pues que con ella le habia santificado; sino porque cuando el Salvador fué á recibir su bautismo, Juan le habia dicho públicamente; *tú, Señor, vienes á mí para que te bautice, y yo soy el que debo ser bautizado por ti*: porque entonces habia visto la paloma que descendió sobre su cabeza, y oido la voz del Padre que dió testimonio de la divinidad de su Hijo; y porque despues él mismo lo habia manifestado claramente á todos ellos, diciéndoles en ocasion que el Salvador se les acercaba. *Ved ahí el Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo*: y Juan queria, que no solamente no olvidasen todas estas cosas, sino que se aficionasen cada dia mas á Jesus, y que se contasen en el número de sus verdaderos discípulos: deponiendo todas las dudas, por desgracia de aquel pais harto comunes en él, que los judios carnales habian esparcido sobre las señales y carácter del verdadero Mesias.

Largos y elocuentes son los comentarios que sobre este pasage hacen los Padres y Doctores de la Iglesia. San Agustin (1) dice, que enviando Juan sus discípulos á Jesucristo para que supiesen, y de El mismo aprendiesen quien era, fue lo mismo que si les hubiera dicho id, y decidle: no que yo dudo, sino que El mismo os instruya en lo que acustumbro á deciros: oíd de su boca, lo que habeis oído de la mia; y lo que habeis aprendido de la del pregonero, confirmelo en vuestros corazones la sentencia del juez. Juan no procuró su ilustracion (2), sino desterrar la ignorancia de sus dis-

(1) Div. Agust. in quæstionib. ex Novo Testament. q. 14.

(2) Div. Hieron. Can. 11. in Math.

cípulos, para que supieran que él no habia predicado ni anunciado á otro, sino aquel á quien les enviaba; y confrontando sus dichos con la autoridad y poder de Cristo, se convenciesen de que no habian de esperar á otro, puesto que sus obras daban un tan público testimonio de su divinidad. Juan en la cárcel no ignoraba que no estaba muy lejos el dia de su muerte (1), y queria unir íntimamente sus discípulos á Cristo de la misma manera que estando un cariñoso padre cercano á la muerte, quiere dejar encargados sus tiernos y queridos hijos á un tutor fiel: pues deseaba con ansia que aun viviendo él, creyesen firmemente en Jesucristo, y nada de El dudasen: porque así como un buen padre cercano á la muerte, espira mas tranquilo si deja á sus hijos ricos de buenas costumbres, y llenos de sabiduria, no recelando ya nada malo de ellos para lo sucesivo; así él, deseaba ver á los suyos perfectos y firmes en la fé de Cristo, para morir mas alegre. El no queria encomendar á Jesus sus hijos, como un padre propio los encarga á un tutor; sino que queria entregárselos como un pedagogo ó maestro entrega los extraños que recibió, á su propio padre; porque habiéndolos recibido temporalmente para instruirlos, queria entregarlos á Cristo, su Padre propio y verdadero, perfectamente instruidos; por esto le preguntaba por medio de sus discípulos, á fin de que viendo por sus propios ojos sus obras y milagros, se instruyesen y creyesen.

El Santo Precursor no dudaba que sus discípulos creian como otros muchos, que el que estaban esperando con tanta impaciencia, y que segun todas las apariencias juzgaban muy cercano, habia de libertar al pueblo de Israel del yugo de los romanos; y habia de sujetar á su imperio todas las naciones; pero conocia al mismo tiempo que era en vano cuanto les predicaba, y que no comprendian que de lo que se habian de libertar los hombres por el Redentor, era de la tirania del pecado; y que su reinado sobre las naciones, seria un reinado puramente espiritual. Costábales mucho trabajo conciliar las diferentes ideas que se formaban de Jesus, cuando comparaban el soberano poder que ejercia sobre la naturaleza, con la vida sencilla que hacia entre los hombres. Los milagros que le veian obrar, animaban su esperanza, y cuando le miraban mandar á las enfermedades y á la muerte; á los elementos y á los demonios, se decian llenos de gozo: Este es sin duda el Rey que restituirá á su esplendor la monarquia de Israel: pero decaian de ánimo, y se perturbaban al examinar su pobreza, la eleccion que

(1) Div. Crisostom. Hom. 27. Oper. imperf.

hacia entre los pobres para sus mas confidentes y ministros ; y la debilidad aparente de que le miraban rodeado ; y por esto quiso que del mismo de quien dudaban , recibiesen el mas completo desengaño , y la mas sólida y conveniente ilustracion. Asi fue , que á su pregunta no contestó el Salvador con palabras , sino que dió vista á muchos ciegos , salud á muchos enfermos , y libró de los demonios á muchos endemoniados ; y despues que á su presencia hubo obrado todos estos prodigios , les dijo : *Id , y decid á Juan Bautista lo que habeis visto , y oido. Decidle que cuando Yo lo mando , los ciegos recobran la vista , los cojos andan , los leprosos quedan limpios , los sordos oyen y los muertos resucitan.* Decidle que los pobres , que son el desprecio del mundo , por mas miserables , ignorantes y groseros que sean , vienen á Mí : Yo les instruyo , y ellos reciben y abrazan mi Evangelio ; mientras que los sabios y grandes de la tierra no pueden comprenderlo , ni resolverse á abrazar sus preceptos.

Ningun language mas elocuente , ni otro modo de espresarse mas propio de la Divinidad que el de los milagros , para darla á conocer y autorizarla. Este fue siempre el que usó el Señor en las instrucciones que dió á los judios durante su vida. Su Magestad , á mas , les ponía delante en la santidad de sus costumbres , en la magnificencia de sus obras , en la sublimidad de su moral , y en el sucesivo cumplimiento de las profecias , las pruebas mas incontestables de la verdad de su mision , y los motivos mas invencibles de la creencia que se le debia como á Cristo del Señor , enviado de Dios. Despues iba borrando suavemente de sus entendimientos las preocupaciones que los apartaban de Su Magestad , y con lecciones proporcionadas á su estado , los preparaba para la inteligencia perfecta de su doctrina , que habian de recibir algun día por la comunicacion de su espiritu. Los hombres sencillos , pero en realidad los mas sabios , que hacian que triunfase la impresion de sus milagros , el testimonio de sus virtudes , y la voz de los Profetas , sobre sus antiguas preocupaciones , aunque no estuviesen aun enteramente ilustrados sobre todos los misterios , se hicieron sus discípulos y amigos. Por el contrario aquellos , que con las pretensiones temporales , y con los furores de la envidia se endurecieron contra la evidencia de los prodigios , y contra el convencimiento de una virtud sin ejemplo , se cegaron también sobre el cumplimiento visible de las profecias. Estos fueron los incrédulos , ó por mejor decir , los insensatos , que se declararon por enemigos suyos , y fueron siempre sus perseguidores. Asi que , el decir Jesus á los discípulos de Juan : *Id , y decidle lo que habeis visto ;* equivalia á decir : *Id , y preguntad á*

vuestro maestro, si despues de todo esto, es probable sea yo el Rey de Israel, que debe venir; el anunciado por los Profetas; ó si convendrá esperar á otro distinto de Mi

Asimismo podia muy bien Jesucristo haberles añadido. Veis las obras, y no os queda la menor duda de su evidencia; pues por ellas podeis conocer cual sea la grandeza y poder de su autor. Ved si ha-go todo aquello que vaticinaron los Profetas habia de hacer el Me-sias, y conocereis si las obras dan testimonio de quién soy : si no quereis creerme á Mi, dadme crédito por ellas. Vuestro maestro, vuestros doctores y escribas, vuestros padres, y vosotros mismos, no ignorais lo que dicen los Profetas del que ha de ser enviado; confrontad mis obras con sus dichos. Isaías os dejó escrito (1): De-cid á los pusilánimes: «Ea, buen ánimo, y no temais: mirad á vues-tro Dios que viene á ejecutar una justa venganza: Dios mismo en »persona vendrá, y os salvará. *Entonces se abrirán los ojos de los »ciegos, y quedarán espeditas las orejas de los sordos. Entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos*».... Tam-bien á vuestra vista habeis observado curados los leprosos; enten-ded, pues, el espíritu de esa otra profecía (2): «Mas ay! ¿quién ha »creido, ó creerá nuestro anuncio? ¿Y á quién ha sido revelado *ese »Mesias, brazo ó virtud del Señor?*».... En verdad que El mismo tomó »sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades: »pero nosotros le reputamos entonces como un leproso, y como un »hombre herido de la mano de Dios, y humillado.» Los muertos han resucitado á vuestra presencia, y se ha cumplido aquel otro oráculo (3): «En aquel día será cantado este cántico en tierra de »Judá: Sion es nuestra ciudad fuerte, el Salvador será para ella »muro y antemural.... *Tus muertos, Señor, tendrán nueva vida; re-sucitarán los muertos míos por la justicia: despertaos, y cantad him-nos de alabanza, vosotros que habitais en el polvo del sepulcro; por-que tu rocío, oh Señor, es rocío de luz y de vida, y á la tierra de »los gigantes ó impíos Tú la arruinarás.*» En fin: os he encargado digais al Bautista, que los *pobres evangelizan*, esto es, son instrui-dos é iluminados por el Evangelio, y se convierten á la fe; para que se cumpla aquel otro dicho (4): «Consuélate, oh pueblo mio, »consuélate: porque he aqui lo que me ha dicho vuestro Dios: Ha-bladle al corazon de Jerusalem, alentadla, pues se acabó su afflic-

(1) Isaia. cap. 35. v. 4. et seqs.

(2) Isaia. cap. 50. v. 1. et 4.

(3) Idem. cap. 26. vs. 1. et 19.

(4) Idem. cap. 40. vs. 1. 2. 3. 9. et 10.

»cion : ya está perdonada su maldad : ella ha recibido ya de la ma-
 »no del Señor al doble por todos sus pecados: Ya oigo la voz del
 »que clama en el desierto : Aparejad el camino del Señor : endere-
 »zad en la soledad las sendas de nuestro Dios.... *Súbete sobre un al-*
to monte, Tú que anuncias buenas nuevas á Sion: alza esforzadamente tu
voz, ¡oh! Tú que evangelizas á Jerusalem; álzala, y no temas. Di á las
ciudades de Judá: He ahí á vuestro Dios: he aquí que viene el Se-
 »ñor vuestro Dios con infinito poder, y dominará con la fuerza de
 »su brazo: mirad, El lleva consigo la recompensa para los que le
 »sigan, y tiene á la vista su obra. Esto es, *la redencion del mundo.*»
 Decid pues á Juan, que todo lo que está escrito en los Profetas que
 ha de hacer el Mesias, vosotros lo habeis visto cumplido.

Pero el Salvador quiso cerrar su discurso con una brevísima in-
 dicacion, que fue como el compendio de cuanto acababa de decir.
Dichoso será, continuó el que no se escandalizare en Mí. Esto es: di-
 choso el que al ver mi pobreza y humildad, no se escandalizase.
 Dichosos los que, á pesar de las apariencias llanas y sencillas, que
 desprecia la soberbia de los hombres, consultaren á los oráculos
 de los Profetas, escucharen el testimonio de mis obras, y se rin-
 dieran á la voz de mis milagros. Feliz y bienaventurado aquel
 que persevere firme en la fé cuando me vea perseguido y oprimido
 de mis enemigos; y que en medio de mi sufrimiento nada pierda del
 afecto y estimacion para conmigo. Mas á pesar de tantas razones
 como en Mí concurren para que creais que soy el Mesias tan espe-
 rado y deseado, hallo poca creencia entre vosotros. Convenceos,
 y sabed; que aunque obre milagros á vuestra vista como Dios;
 como hombre tengo de ser crucificado: guardaos pues, bien, de
 despreciarme en mi muerte, ya que ahora admirais mi poder: con
 cuyas instrucciones y decisivas respuestas, se apartaron los discí-
 pulos de Juan de la presencia de Jesus.

Tan luego como se marcharon, empezó el Salvador á elogiar el
 celo y las virtudes del Bautista, de un modo sorprendente; pues
 encarándose con las turbas que á su alrededor estaban, comenzó
 á decirles. ¿Qué pensais vosotros haber visto, cuando dejando vues-
 tras casas habeis ido al desierto á visitar á Juan? Por ventura habeis
 visto un hombre inconstante en sus santas resoluciones, y ligero
 como una caña que á todos vientos se mueve? No por cierto, que
 el simbolo de Juan nunca fue ese. El era una columna inconsta-
 ble, que no se levantaba entre las prosperidades, ni caia desma-
 yada en las adversidades; sino que tanto en lo próspero, como en
 lo adverso, siempre permanecía firme: en la prosperidad era hu-

milde, en la adversidad paciente: no temblaba por el temor, ni se doblegaba por la adulacion: ni las gracias lo hacian liviano ó movedizo, ni la venganza ni la ira exasperaban su corazon: con igual serenidad y semblante recibia los que le alababan, y los que le vituperaban. Amaba igualmente á los amigos, y á los enemigos; y con la misma inflexibilidad y constancia argüia á los pobres y á los poderosos. Juan no era pues una caña débil sacudida por el viento á la que pudiese doblegar la variedad de los sucesos (1). ¿Oh acaso visteis en él un hombre sensual, delicado, suntuoso y magnífico en sus vestidos? Nada de esto visteis en él, ni nada de ello en él podiais buscar; pues no ignorais, que los que visten con delicadeza y pompa, no se encuentran en el retiro de un solitario, sino en las córtes y palacios de los Reyes. A este fin adulan muchos á los magnates, para gozar de delicias viviendo con ellos: pero los hombres que aman la justicia y la verdad, tales cosas aborrecen; y prefiriendo la necesidad y la indigencia, aman la soledad y el retiro, mas que el tumulto y el boato; sin que falten presuntuosos necios y temerarios que insulten la virtud que todo esto aborrece. El gran Diógenes, en cuyo pecho (aunque gentil) no cupo jamás la lisonja, fue insultado por un adulator de Dionisio, en ocasion que estaba lavando unas berzas para su puchero, el que le dijo: *Si quisieras adular á Dionisio, no lavarías berzas; á lo que replicó el filósofo: y si tú quisieras comer berzas, no adularías á Dionisio* (2). Digna respuesta de un sabio, que nunca deberian olvidar los que se precian de hijos y discípulos de Jesus.

Es con todo necesario no desatender la contestacion del Salvador á su propia pregunta: *los que visten con delicadeza y magnificencia habitan en los palacios de los Reyes*: y no dijo en las de los Pontífices y Sacerdotes, porque estos no deben usar sino vestidos sencillos y humildes: vestidos que indiquen virtud y modestia, porque si el Bautista no los hubiese usado así, nunca el Salvador le hubiera alabado. Cuán peligroso sea usar de cierta delicadeza en el vestir, lo espresó el Crisóstomo (3) diciendo: El vestido delicado, destruye la fortaleza del alma; y si un cuerpo rígido y fuerte deja el vestido áspero que antes usaba, y toma otro mas liviano ó afeminado, fácilmente perderá por esta molície toda su fuerza y virtud. Afeminado el cuerpo, es preciso que la alma participe de esta

(1) Div. Crisostom. Hom. 27. oper. imperfect.

(2) Horat. lib. 1. epist. ad Senecam.

(3) Div. Crisostom. Hom. 29. in ep. ad Hebræos.

blandura; y una vez dañada, todas sus obras participarán de las afecciones del cuerpo. Juan no usaba de vestidos magníficos y livianos, porque no sabia fomentar los vicios de los pecadores con la adulacion y lisonja, sino corregirlos y castigarlos con amenazas é increpaciones (1). Es propia del predicador de la verdad la rigidez en la comida, y la aspereza en el vestido: porque los que predicán la mentira, el engaño y el error, son aduladores que ansian las honras, ambicionan las riquezas, nadan en las delicias, halagan los vicios, y los ungen con bálsamo, en vez de punzarlos con el rigor de la predicacion (2). Esto no fue nunca el caracter del Bautista.

¿Quién, pues, os parece que es este hombre, á quien vosotros y otros muchos habeis salido á ver? Tal vez me direis que es un Profeta; pero yo os digo que es mas que Profeta, y que es un Angel el que teniais delante de vuestros ojos. El es de quien escribió Malaquias (3): «He aqui que Yo envio mi Angel, el cual prepara el camino delante de mí; y luego vendrá á su templo el Dominador á quien buscais vosotros, y el Angel del Testamento de vosotros tan deseado. Efectivamente, Juan mas es Angel que hombre; y os digo en verdad, que entre todos los que hasta aqui nacieron de mujer, ninguno se ha levantado mayor que el Bautista, ni en el don de la profecia, ni en lo sublime del empleo, ni en la forma de vida toda celestial, ni en la abundancia de gracias de que fué lleno por el Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Fue mas que Profeta, porque profetizó de Jesucristo, y lo vió en espíritu y en carne; por lo que tan luego como Zacarias su Padre recobró el habla, dirigiendo la palabra á su hijo recién nacido, le dijo: *tú serás llamado Profeta del Altísimo* (4). Fue mas, no solo porque fué profetizado por el Angel, sino porque profetizó encerrado en el vientre de su madre, y fue el fin de todos los Profetas que anunciaron la venida del Salvador. Fué mas, porque, como dice San Gregorio (5), el oficio del Profeta es predicar y decir las cosas que han de venir, y no enseñarlas y descubrir las de presente, y Juan hizo esto; á él solo fué dado ver, lo que los otros no vieron (6); y por un privilegio especial se le concedió ver y gozar, lo que los otros no vieron ni gozaron (7).

(1) Div. Gregor. Hom. 6. in Evangel.

(2) Div. Hieronim. in cap. 11. Math.

(3) Malachiæ. cap. 3. v. 1.

(4) Lucæ. cap. 1. v. 76.

(5) Div. Gregor. Hom. 6. in Evangel.

(6) Div. Ambros. in cap. 6. Lucæ.

(7) Div. Augustin. lib. 2.º contra litteras Petilian. c. 37.

Fue llamado Angel, y vaticinado como Angel, no por naturaleza sino por oficio, pues el mismo Eterno Padre lo anunció así á su propio venidero Hijo, cuando hablando con El sobre su venida al mundo, le dijo: *Yo envío mi Angel delante de Ti*: esto es, envío mi embajador y mensagero Juan Bautista: el cual prevendrá tus caminos predicando el remedio de la penitencia y bautizando; pa-



ra que las gentes se acostumbren al bautismo que Tú has de establecer, y abracen tu predicacion: y así como el oficio de los ángeles es revelar los divinos secretos, Juan reveló á las gentes todas el secreto de la Encarnacion, que el Angel San Gabriel solo habia anunciado á Maria y á José, á los pastores y á los Reyes (1). Y

(1) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

fué llamado Angel, por la pureza de la vida angélica que hizo en el desierto: por la virginidad que guardó; y por la casi continuada contemplacion en que siempre vivió. Con razon, pues, dice el Crisóstomo (1), bienaventurado fué Juan, que mereció tener al Salvador por pregonero de sus virtudes, diciendo: que no se levantó alguno mayor que él, entre los nacidos de mujer: mas no se entiende, continua el mismo doctor, que Juan fue mayor que todos, sino que ninguno de los mayores, es mayor que El (2); de lo que se infiere que quiso Jesucristo igualarlo con todos. Pero no obstante esto, es preciso atender á lo que despues añadió el mismo Salvador; á saber, que el menor de los ministros del Reino de Dios, esto es, de la Iglesia que iba á establecer, era mayor que Juan, por lo que mira á lo elevado de su cargo, y á los misterios que habia de tratar. Verdad sublime, que el mismo Hijo de Dios aprendió de su Padre, para revelarla á los hombres: por lo que dijo San Pablo á los romanos (3): «Gloria á aquel que es poderoso para fortaleceros en mi Evangelio, y en la doctrina de Jesucristo que yo predico, segun la revelacion del misterio, que despues de haber permanecido oculto en todos los siglos pasados, acaba de ser descubierto por los oráculos de los Profetas, conforme al decreto del Dios eterno, y ha venido á noticia de todos los pueblos, para que obedezcan la fé: á Dios dijo, que es el solo sabio, á El la honra y la gloria por Jesucristo en los siglos de los siglos.» Y á los de Efeso les dijo (4): «A mí el mas inferior de todos los Santos se me dió esta gracia: de anunciar en las naciones las riquezas investigables de Jesucristo, y de ilustrar todos los hombres, descubriendo la disposicion del misterio, que despues de tantos siglos habia estado en el secreto de Dios, Criador de todas las cosas; el que puso en ejecucion por medio de Jesucristo, nuestro Señor.» Todo lo que confirmó San Juan (5), diciendo: «La ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fue traída por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: su Hijo unigénito, que desde la eternidad existe en el seno de su Padre, El mismo es quien le ha hecho conocer á los hombres.» Y este mismo que se reputa el menor de la Iglesia que empezó en Abel, el primero de los justos, y durará hasta el postrero de los escogidos, era el propio

(1) Div. Crisost. Hom. 27. Oper. imperfec.

(2) Idem. Hom. 38. in Math.

(3) Ad Rom. c. 16. vs. 25. et seqbs.

(4) Ad Ephesios. c. 3. vs. 8. et et seqbs.

(5) Joan. c. 1. vs. 17. et 18.

Jesucristo; y así pudo decir con toda verdad, que era mayor que Juan (1).

Es indudable que entre Jesus y Juan no puede haber comparacion: otra es, y mas escelsa la naturaleza del Salvador de los hombres, Criador de todos ellos, de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos; que la naturaleza del hombre, y que todas las humanas; por consiguiente toda comparacion entre estos personajes seria injurioso á Jesus, y debe desaparecer: seria mas injuriosa entre el Criador y la criatura; entre Dios y el hombre; entre el esclavo y el señor; y si Dios se humilló hasta tomar la humilde forma de esclavo para redimir al hombre, no es extraño que se llame el menor, y que así humillado, diga que todavia es mayor que Juan.

Tambien alabó Jesucristo hasta el tiempo en que Juan habia nacido, porque era el de la misericordia y gracias del Señor, que fue el mas provechoso para el linage humano. El Reino de Dios, esto es, la Iglesia, que ha de encerrar en sí el tesoro de estas verdades, se acerca; y el Salvador trabaja en establecerlo, pero solo se concede á los que se hacen fuerza, y se vencen á sí mismos para conquistarlo. Unos batallan por él, y otros contra él; unos para ganarlo, y otros para destruirlo, si pudieran. Los que se hacen la guerra á sí mismos para domar sus pasiones, vencer los ímpetus de la carne, y reprimir el orgullo y soberbia de su entendimiento; si tienen valor para vencerse, y triunfar de sí mismo, lo arrebatan y conquistan, rindiendo su entendimiento á las verdades que encierra, y conformando sus costumbres con las máximas y leyes que establece. Desde que mi precursor empezó á predicar, hasta el dia de hoy, batallan para destruirla los que hacen guerra á su doctrina, y en los corazones de los hijos de Jacob se han levantado contra ella violentas opiniones; pero no hay que temer que los enemigos de este reino puedan impedir que se levante y establezca, ni que puedan destruir sus fundamentos. Vosotros habeis tenido hasta ahora algun leve conocimiento de esto por medio de la Ley y los Profetas, que os lo han dado á conocer desde lejos, y como en medio de una nube. Mas ya va á suceder una ley nueva á la antigua. Pasó ya el tiempo de las profecias, y tuvo su término en la venida del Bautista, Profeta nuevo, que no promete, como ha sucedido hasta aquí, un bien futuro; sino que lo muestra presente, y un bien en el que se contienen todos los demas bienes.

(1) Div. Crisost. Hom. 28. in Math.

El Reino de los Cielos padece fuerza, dice San Hilario (1), para que se entienda, que la gloria de Dios nuestro Señor es debida á los Padres de Israel; y porque siendo denunciada y publicada por los Profetas, y ofrecida por Jesucristo á los hebreos, es ocupada y recibida la fé de los gentiles, cuando por la penitencia que San Juan predicó, caminando con fervor los fieles cristianos penetraron sus altas puertas, permaneciendo en ella para siempre, asi como quien ocupa un lugar ageno. Mira, pues, que varon tan grande es Juan, en cuyo tiempo tanta gracia fué derramada en la tierra (2), que lo que en los dias de los Profetas no se hizo, en su tiempo fué celebrado; y él fué escogido por la providencia del Altísimo, para que fuese ministro de esta gracia. Desde los dias de San Juan fue abierto el Renio de los Cielos á los penitentes, de los cuales padece fuerza, y por fuerza se gana la victoria. Juan fué el primero que predicó esta penitencia, por cuya aspereza afligiéndonos con una fuerza loable que nos hacemos, y satisfaciendo á Dios por los pecados, arrebatamos con celoso esfuerzo el Reino celestial, y entramos en él casi como forzadores, y no perezosos: esto es, como quien busca, arrebatamos y toma aquello, á lo que ningun derecho tiene; y lo que es legítima posesion de los Angeles que no puede el hombre nacido ganar en la tierra, sino se hiciere fuerza muy cruel á su propia sensualidad; ganarlo domando y reprimiendo sus propios apetitos, y sometiendo los deseos de la carne á ley y fuerza del espíritu.

¡Oh! Grande violencia es preciso nos hagamos, esclama San Gerónimo (3), nosotros engendrados en la tierra, para buscar estando en ella la silla de los Cielos, y poseer por virtud lo que no tenemos por naturaleza. Y San Ambrosio añade (4): Hagamos fuerza al Reino de los Cielos; que todo aquel que hace alguna con cuidadoso estudio, se apresura á hacerla; y no se entibia por la pereza: y asi la que hacemos á nuestro natural, es porque no se pierda en las heces de los bienes de la tierra, mas antes se haga esforzada violencia para llegar á las cosas de arriba. Cuando los pecadores vuelven á penitencia, entran como en lugar ageno, y por fuerza arrebatan el Reino de los Cielos (5). Pensemos pues de continuo los males que hiciémos, y quebrantémonos siempre con lloros: arrebatemos por la pe-

(1) Div. Hilarius. Canon. 11. in Math.

(2) Div. Crisostom. Hom. 28. in Math.

(3) Div. Hieronim. in cap. 11. Math.

(4) Div. Ambros. in cap. 7. Lucæ.

(5) Div. Gregor. Hom. 6. in Evangel Idem. lib. 21. Moral.

nitencia la heredad de los justos, que el Todopoderoso se complace en padecer de nosotros tal fuerza, porque quiere que el Reino de los Cielos sea arrebatado por nuestras lágrimas, aunque no sea debido á nuestros merecimientos.

Sabed por tanto, continuó el Salvador á las turbas, sabed, que el tiempo de las promesas solo duró hasta Juan Bautista: despues de su predicacion la verdad debe ocupar el lugar de las figuras, y todas las promesas deben tener su debido cumplimiento. Juan fué en cierto modo un medio entre el Evangelio y la Ley, y si le conoceis bien vereis claramente, que es el último de los órganos de la Ley, y que ya llegó el Reino del Mesias. Mas no se entienda por esto que entonces se anularon y deshicieron los Profetas y la Ley, sino mas bien que fueron cumplidos: entonces se les quitó la imperfeccion, y comenzó á predicarse la perfeccion del Evangelio. Asi San Juan fué principio del Evangelio y fin de la Ley y los Profetas; porque allí se acaban la Ley y la profecia, donde se cumple lo que fue profetizado y prefigurado La Ley y los Profetas anunciaban y prefiguraban al Redentor, y es tan cierto que todo se cumplió en Juan, que él solo fue el que dijo: *Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo*. La Ley y los Profetas asegura Beda (1) duraron hasta San Juan, porque no pudo ser mas tiempo profetizado que habia de venir lo que en sus dias estuvo completamente realizado. San Agustin esfuerza mas esta reflexion diciendo (2): Entre todas las autoridades divinas, el Evangelio es con razon la mas escelente, porque lo que la Ley y los Profetas dijeron mucho tiempo antes que habia de venir, todo se muestra ser dado y cumplido en el Evangelio de la Ley de Gracia: por esto no cuidamos de guardar los Sacramentos, que en la Ley y los Profetas se dieron al pueblo de Israel, porque se mudaron ya en otros misterios mas claros: tenemos la verdad de la fé, que para ellos estuvo oculta, y hemos recibido la realidad de todo aquello que en figura fue anunciado. De lo que se sigue (3), que si el fin de las antiguas promesas es Juan, y él es á quien se ordenaban, él es indisputablemente el principio de la bienaventuranza que se esperaba. Hasta que vino se alimentó el mundo con la esperanza; despues se gozaron y poseyeron las cosas prometidas.

De la grandeza, escelencias y dignidad de Juan habla elegan-

(1) Ven. Bed. in cap. 7. Lucæ.

(2) Div. Augustin. lib. 1.º de Consensu. Evangelist.

(3) Div. Crisost. Hom. 36 in Math.

temente San Bernardo, y dice (1): Juan es en todo lugar mayor, y en todas las virtudes y gracias singular y maravilloso sobre todos. ¿Quién fue como él anunciado por un Angel, con tantos prodigios y tantas demostraciones de favor y de gloria? ¿Quién fue como él tan lleno de la gracia del Espíritu Santo desde el vientre de su madre? ¿De quién de los mortales se lee haber saltado como él de gozo encerrado en la cárcel estrecha del útero materno? ¿Cuándo habeis visto celebrar la Iglesia el nacimiento de alguno de todos sus Santos sino el de Juan? ¿Quién como él codició el retiro y la soledad, y marchó á ella tan temprano? ¿De quién se lee el haber conservado y hecho una vida tan alta y perfecta? ¿Quién fue el primero que predicó el remedio de la penitencia, y el Reino de los Cielos? ¿Quién mereció tener la dicha de bautizar con agua al que venia á bautizar todo el mundo con su sangre? ¿A quién se manifestó primero y se reveló con tanta claridad el misterio de la Trinidad Augusta? ¿A quién honró Dios dándole un tan público y auténtico testimonio de sí mismo? Juan fué Patriarca, y aun fin y cabeza de todos los Patriarcas. Fué Profeta, y mas que Profeta, segun el testimonio del Salvador. Fué Angel, y entre todos los Angeles elegido de un modo muy particular. Fué Apóstol, y entre los Apóstoles el primero y principal, porque fue enviado por el mismo Dios para que fuese el primer pregonero y anunciador de su venida al mundo. Fué Evangelista, pues fué el principiador del Evangelio del Reino. Fué virgen, y la regla y forma de la virgindad, y el ejemplar mas admirable de la castidad y limpieza. Fué martir, la lumbre del martirio, y el ejemplo admirable de la constancia y fortaleza de los mártires. Fué la voz del trueno que clamó en el desierto, y aterró al mundo. Fué el precursor, el adelantado del Juez, y el pregonero incansable de su omnipotente palabra. Fué Elias en el espíritu: la antorcha ardiente que brillaba á la vista del Esposo, y anunciaba su venida: y en fin, es tal su dignidad y altura á la presencia de Dios, que colocado entre los nueve coros de los ángeles ocupa un lugar muy distinguido entre los mas abrazados serafines. Hasta aqui San Bernardo.

El Salvador cerró el elogio de su precursor Santo con una de aquellas locuciones ó frases con que acostumbraba admirar y confundir la necia presuncion de los escribas y doctores de la ley: *Oiga, pues, dijo, todo aquel que tenga orejas para oir. Iba á proponer á las turbas una cosa árdua, muy alta, y figura de otra; y era preciso mo-*

(1) Div. Bernar. sermon. de Nativ. S. Joan. Baptistæ.

ver el entendimiento de los que oían , para que la entendiesen ; y convidar la voluntad para que la pusiesen en obra : animándoles á la penitencia con el ejemplo de un Gran Profeta representado en Juan. No ignorais , les dijo , que uno de vuestros Profetas tiene anunciado (1) que Elias parecerá igualmente antes de Cristo , y este Elias es tambien el Bautista : él tiene su espíritu y austeridad de vida : manifiesta su ardor y celo , y ejerce sus funciones y ministerios. Bastante os he dicho para persuadiros que esteis atentos , y que no os dejeis cegar por las vanas preocupaciones de vuestros escribas. No hay duda que Juan fue muy semejante á Elias en tres cosas : primera , en la aspereza de la penitencia : porque si este era muy velloso , traía un vestido áspero , y ceñía sus lomos con una cinta de piel : Juan vestía una túnica de pelos de camello , y con una cinta de cuero ceñía su cuerpo como aquel. Segunda : en la firmeza y constancia. De Elias se dice , que con todo esfuerzo reprendió á los reyes Acab y Ococías : y Juan reprendió con no menor valentía al incestuoso Herodes. Y la tercera es , que así como Elias ha de ser el precursor de la segunda venida de Cristo , y ha de predicar á todos la penitencia y la verdad para reunir el corazón de los padres con el de los hijos ; y el de estos con el de aquellos , para que el Señor no hiera la tierra con su anatema ; así el Bautista llegó antes de la primera venida del Salvador , preparó su camino por la predicación de la penitencia , para hacer merecedores á los hombres de la misericordia y gracia de Dios.

Pocos , ó por mejor decir raros , y aun rarísimos , son estos ejemplares en el mundo. La gran falta que hay de hombres que , reprendan con ardiente celo los vicios , ha dado lugar á que se multiplicasen tan extraordinariamente las iniquidades : á que la ambición y la codicia se extendiese por toda la superficie de la tierra , y la pobreza , la parsimonia y la virtud , se desterrasen y desapareciesen : á que sean tantos los soberbios , orgullosos , libianos y avaros ; y á que sean poquísimos los imitadores de Elias y Juan , y de los demás moradores de los desiertos. ¡ Cuándo se convencerán los hombres de la inestabilidad de las cosas humanas ! ¡ Cuándo colocarán enteramente su esperanza en el Señor ! No se ame ya mas al mundo ni se espere en él. Su esperanza engaña , su amor envilece. Solo el amor de Dios es el que llena. Llévanos á tí , Jesus amantísimo , y cumple en nosotros el misterio de la santificación anunciado por el Bautista , porque tú solo eres el que la puedes cumplir y llenar con tu caridad y misericordia infinita.

(1) Malach'æ. cap. 4. v. 5.

ORACION.

Soberano Señor y Redentor mio Jesucristo: porque tú eres el que has de venir á salvarnos, y no esperamos á otro; concédenos que presos de tu amor y temor salgamos de la vanidad, y de la vestidura de la sensualidad, al desierto de la penitencia: y enséñanos por tu misericordia á formar dentro nuestro corazon la idea necesaria para convencernos de que tú eres la verdad, por la cual los ciegos ven: la caridad, con que andan los que son cojos en tu santo amor: la humildad con que se limpian los leprosos de soberbia y otros vicios: la palabra que haces oír á los sordos: la vida que resucita á los muertos: y eres en fin la virtud por la cual son ilustrados y alumbrados los pobres, para que todos se conviertan á Tí: sáname, Señor, de todas mis espirituales dolencias, para que te ame y te goce por los siglos de los siglos. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XI del Evangelio de San Mateo, desde el v. 3 hasta el 15. Y en el VII de San Lucas desde el v. 19 hasta el 29, ambos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo como propio de la Dominica II de Adviento: dice así.

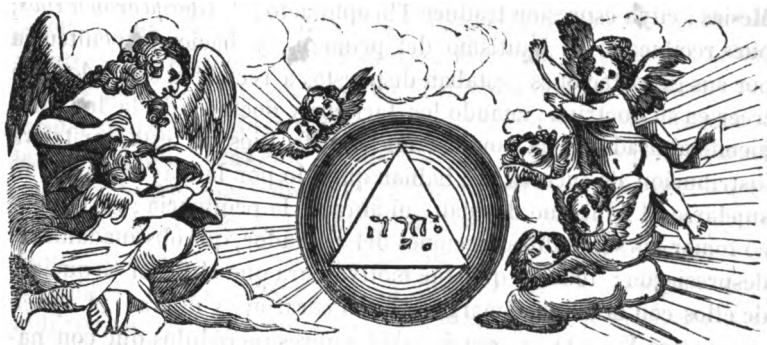
EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA II DE ADVIENTO.

San Math., cap. XI, v. 3 al 15.

En aquel tiempo: Habiendo oído Juan, que se hallaba en la cárcel, las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? A lo que Jesus les respondió: Id, y contad á Juan lo que habeis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres, y bienaventurado aquel que no tomare en Mí ocasion de escándalo. Luego que ellos se fueron, comenzó Jesus á hablar de Juan al pueblo, diciendo: ¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¿Alguna caña que á todo viento se mueve? ¿Pues qué salisteis á ver? ¿A un hombre vestido con lujo y afeminacion? Ya sabeis que los que así visten, en los palacios de los Reyes estan. Mas ¿qué salisteis á ver? ¿A algun Profeta? Sí, Yo os lo aseguro; mas es que Profeta. Porque él es de quien está escrito: He aquí que Yo envío mi Angel delante de tí, el cual te preparará el camino. *(Hasta aquí el Evangelio de la Misa.)*

En verdad os digo que no ha salido á luz entre los hijos de mujeres alguno mayor que Juan Bautista: si bien el que es menor en el Reino de los Cielos, es superior á él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el Reino de los Cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que lo arrebatan. Porque todos los Profetas hasta Juan, y tambien la Ley, prenunciaron lo que habia de venir: y si quereis entenderlo, él mismo es aquel Elias que debia venir. Entiéndalo, pues, el que tiene oídos para entender.





CAPITULO IV.

REPRENDE JESUS SEVERAMENTE ALGUNAS CIUDADES OBSTINADAS EN LA INCRECULIDAD. CONVIDADO Á COMER EN CASA DE SIMON FARISEO , DURANTE LA COMIDA ENTRA UNA MUJER PECADORA , LE UNGE LOS PIES , Y EL SEÑOR LA PERDONA SUS PECADOS.

Acabó Jesus el elogio de su Santo Precursor , y una gran parte de sus oyentes dieron públicas señales de gozo y contento , al paso que otros que se creían los mas instruidos , se mostraron como displicentes y pesarosos de haberlo oido. Es cierto que la inteligencia del discurso del Salvador no estaba al alcance de todos , porque pedía para comprenderle un entendimiento sano y un corazon puro; y los mas de ellos estaban sobremanera preocupados , y tenían el corazon emponzoñado con la envidia , porque no podían contradecir las doctrinas de tan Divino Maestro , ni destruir la prueba robustísima de los milagros con que las confirmaba y autorizaba. El pueblo sencillo y los publicanos componían la mayor parte del concurso; los escribas y fariseos la menor: y sobre esta division cae la reflexion ú observacion prudente de San Lucas (1), cuando

(1) Luc. cap. 7. vs. 29. et 50.

dice: Los publicanos y el pueblo *confesaron* con sus obras cuanta habia sido la sabiduria de Dios enviando al Bautista delante del Mesias; cuya espresion traduce Theophilacto (1), *Glorificaron á Dios*; pues recibiendo el Bautismo del primero, y haciendo penitencia por sus exhortaciones, estaban dispuestos á recibir al segundo, y á creer en su doctrina: cuando los fariseos y doctores de la ley, habiendo abusado de la condescendencia de Dios en esta caritativa distribucion de sucesos, no habian querido por la mayor parte, ni sujetarse al bautismo de Juan, ni abrazar la penitencia; ni tampoco tomar las saludables lecciones del Salvador, que obstinadamente despreciaron: todo lo que fue motivo para que el Señor se quejase de ellos con la mayor amargura de su corazon, y dijera: ¿A quién compararé Yo esta generacion de hombres incrédulos que con nada se mueven? ¿A quién serán parecidos? Yo imagino ver entre vosotros aquellos niños enfadosos y molestos, cuya ignorancia teneis, aunque ellos no tienen vuestra soberbia y orgullo; á los cuales otra porcion de ellos reprende en la plaza pública, porque se desdennaron de cantar ó llorar con ellos.

En efecto; era costumbre entre los hebreos ejercitar á sus niños en juegos honestos, que les indujesen á la virtud y les apartasen de los vicios. Dividíanse en medio de las plazas en dos bandas iguales, y mientras los unos cantaban un cántico de alegria, entonces los otros una elegia ó canto fúnebre, como burlándose de las transmutaciones repentinas de la vida presente: y acriminándose despues los unos á los otros, increpaban los primeros á los segundos porque no habian cantado y saltado con ellos; y los segundos se quejaban á su vez porque los primeros tampoco con ellos habian llorado: y ved ahí, decia el Salvador, un retrato vuestro, poseidos siempre de la soberbia, de la envidia, y del descontento. Cuánto motivo hay para reprenderlos esa dureza inflexible, con la que con tanta obstinacion resistis á los que usan de todos los medios para atraeros á la perfeccion? Aquel de quien acabo de hablaros, y cuyo elogio habeis oido, enviado de Dios, apareció entre vosotros, penitente, austero, y en todo mortificado; apenas comia ni bebia, absteniéndose como de cosas prohibidas del pan, del vino y de las viandas mas comunes; y vosotros en vez de imitar su penitencia, tan necesaria á los pecadores, digisteis: Este está poseido del demonio, y el espíritu que le domina es tétrico, horrible

(1) Theophil. in cap. 7. Lucæ.

y feroz, pues huye de toda sociedad, y de todo trato y comunicacion lícita, honesta y racional.

Dejóse ver y apareció entre vosotros el hijo del hombre, á quien el Bautista anunciaba, el que ha querido comer y beber con vosotros, no habita en los desiertos, trata familiarmente con todos, y nada tiene de singular en el modo comun de vivir; y asi mismo murmurais de su conducta, y procurais en todo desacreditarle. Ved ahí, decis; un hombre gloton y devorador: amigo de comer y beber: gusta del vino, se alegra en compañía de los publicanos, y no desdeña la amistad de los pecadores. Pero asi como estas calumnias y blasfemias no sirven sino para haceros mas culpables; asi los medios que la providencia ha empleado para obligaros al cumplimiento de vuestra obligacion, solo sirven para justificar la sabia conducta del Padre Celestial con vosotros miserables pecadores, á quienes ha tratado como á sus hijos, bien que nada ha visto en ellos que merezca esta noble cualidad. Juan con su autoridad os incitaba á la penitencia y al arrepentimiento de vuestros pecados; y no quisisteis imitarle ni arrepentiros: y comiendo y bebiendo con vosotros el Hijo del hombre, os incita á alegraros, y á dar gracias á Dios por sus misericordias, y por los favores que os dispensa por medio de su Hijo; y tampoco quereis hacerlo. Ni llorais con Juan, que os predica la penitencia: ni os alegrais con Cristo, que os anuncia la misericordia: sois rebeldes en verdad, ingratos y obstinados.

Otro documento igualmente sublime encierra esta reprension de Jesus á los escribas y fariseos. Precediendo Juan á Cristo, y predicando la penitencia, era la figura de la vida presente, que pasa con la mayor velocidad, y debe emplearse en lamentos y penitencias: y siguiendo Cristo á Juan, y predicando la paz, el gozo, la gracia y la misericordia era la verdadera imagen de la vida futura, que todo será paz, gozo, y contento eterno. Por lo que habia dicho el Salmista (1): *aquéllos que sembraban con lágrimas segarán llenos de gozo*. Pero los perversos judios, viendo la austeridad de Juan no se movieron á penitencia; ni viendo despues las dulzuras de Cristo tampoco se movieron á piedad: por lo que dice San Gerónimo (2): Cantábamos, y os provocábamos, para que al son y compás de nuestros cánticos, vosotros obraseis bien: y no quisisteis; llorábamos para provocaros á penitencia, y tampoco os movisteis á hacerla; despreciasteis una y otra predicacion, asi la que os exhorta-

(1) Psal. 125. v. 5.

(2) Div. Hieronim. in cap. 11. Math.

ba á la virtud , como la que os incitaba á la penitencia. Pero siempre tenaces en el mal , decís , que os agrada el ayuno. ¿ Por qué , pues , os desagrada Juan ? ¿ Os gusta tambien la hartura ? ¿ Y cómo es que aborreceis al Hijo del hombre ? Ved ahí en esto clara y patente la malignidad de vuestra lengua ; ella juzga y condena á los que comen y ayunan , y á unos y otros desgarrar y maldice : maldice á Dios y los hombres : no hay quien pueda librarse de su venenosa mordacidad. A estos son semejantes los maldicientes , é injustos detractores , que siempre lechan á mala parte las acciones buenas y las obras santas de sus hermanos : el que por ellos se ve injustamente censurado y escarnecido puede quejarse como Job , y decir : (1) *Tuve por hermanos los dragones , y por compañeros los avestruces. Por sí mismo , y por medio de Juan , hizo cuantos esfuerzos pudo para introducir los judios en el Reino de su Padre ; pero pudo quejarse muy bien por el Profeta , y decir (2) : « Mi amado adquirió una viña en un collado muy fértil , la cual cercó de seto , y la despedregó y la plantó de cepas escogidas , y edificó una torre en medio de ella , y construyó en ella un lagar , y esperó hasta que diese uvas , y las dió silvestres. Ahora pues , habitantes de Jerusalem , y vosotros oh varones de Judá , sed jueces entre Mí y mi viña. ¿ Qué es lo que debí hacer , y no haya hecho por mi viña ? Acaso porque esperé que llevase uvas y ella dió agraces ? Pues ahora os diré claramente lo que voy á hacer con mi viña , le quitaré su cerca y será talada ; derribaré su tapia y será hollada , y la dejaré que se convierta en un erial ; no será podada ni cavada , y crecerán en ella zarzas y espinas , y mandaré á las nubes que no luevan gota sobre ella. El hecho es , que la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel , y los hombres de Judá son su plantel delicioso ; y me prometí de ellos , juicio y acciones justas , y no veo mas que iniquidades ; y esperé la justicia , y no oigo sino clamores de los oprimidos. » Por eso se quejaba tan justamente el Señor , de la poca impresion que las predicaciones del Bautista , ni las suyas propias , habian hecho en los corazones de los escribas y fariseos.*

Nada podia esconderse á la altísima comprension del que era infinitamente sabio , y se quejaba tambien con amargura de su alma , de que se hallasen pocos fieles en Galilea , donde habia llevado la luz del Evangelio. Mas de una vez la habia hecho resplandecer en Ca-

(1) Job. cap. 30. v. 29.

(2) Isaïæ. cap. 5. v. 8. et seqs.

far-naum : tambien habia visitado á Corozain y Bethsayda : por todas partes habia anunciado el Reino de su Padre; en todas habia obrado grandes milagros ; y en ninguna habia recogido los frutos de penitencia que prometian sus divinos trabajos. Con empeño y á porfía acudian á oirlo, solicitaban sus beneficios y favores, y se aprovechaban de ellos: pero acostumbrados á recibirlos, se quedaban sin reformar sus costumbres: por esto lleno de nueva indignacion, acompañada de dolor y de piedad, dirigió su visia sobre aquellas ciudades, y exclamó ¡Ay de tí Corozain! ¡Ay de tí, Bethsayda! por que si en Tiro y en Sidonia, ciudades idólatras y corrompidas, se hubieran obrado los prodigios que se han hecho en tí, y de que has abusado, ya hubiera mucho tiempo que habrian abrazado la penitencia, que sin efecto yo te he predicado. Ya se hubieran visto sus habitantes humillados y contritos, y cubiertos de saco y cilicio, y sentados ó yaciendo en la ceniza, hubieran hecho penitencia. Por tanto os digo que habrá mas tolerancia con Tiro y Sidon, y serán tratadas con mayor indulgencia en el dia del juicio, que vosotras: porque pecaron menos aquellas ciudades gentiles, que vosotros, judios obstinados. Los gentiles ni recibieron la Ley escrita, ni tuvieron predicadores, ni vieron milagros: y asi solo quebrantaron la ley natural. Los judios empero oyeron la doctrina sana y santa; vieron muchos milagros, y despues de haber traspasado la ley natural y escrita, quebrantaron la de gracia; estimaron en poco los milagros, y serán castigados por su ingratitud: pero estos mas severamente, aquellos con mas blandura: porque es pecado mucho mas grave despreciar y reprochar la fé despues de haberla oido anunciar, que morir en la gentilidad. De lo que se infiere, que guardada la igualdad de circunstancias, será mucho mayor la pena de los cristianos, que la de los infieles; y proporcionalmente será tambien mayor segun las diversas gerarquias, grados y condiciones de los hombres, y segun la variedad de dones y gracias que recibieron de Dios, y desestimaron: porque escrito está: *que á aquel á quien se dió mucho, mucho se exigirá de él: que los poderosos, serán poderosamente atormentados.* (1)

Con aquella severidad propia solamente de su Magestad y grandeza, fijó Jesus su vista sobre Cafarnaum, y dijo: Y tú Cafarnaum, ennoblecida y ensalzada hasta el Cielo con mi presencia, doctrinas y milagros, ¿imaginas levantar allá tu cabeza? ¿Piensas que tu gloria y tus riquezas durarán para siempre? Tú serás abatida y confun-

(1) Sep. cap. 6. v. 9.

dida. En el día en que el Hijo del hombre venga como severo é inflexible juez á juzgar á los vivos y á los muertos, serás enteramente aniquilada, y precipitada hasta el profundo del abismo. Pues si los prodigios que tú has visto, y los milagros que se han obrado dentro de tus muros, se hubiesen obrado á la vista de Sodoma, quizá subsistiría hoy aquella ciudad, que fue tan terriblemente castigada, porque se hubiera enmendado y hecho penitencia. En verdad te digo que los sodomitas serán castigados en el día del juicio con menos rigor que tú. Por estas tres ciudades á quienes amenazó tan espantosamente el Señor, y en la que había predicado con tanta frecuencia y obrado tantos milagros, son designados aquellos hombres, que aunque oyen con mucha frecuencia la palabra de Dios, y ven muchos ejemplos de virtudes, se obstinan sin embargo en la maldad, y nunca se determinan á obrar el bien: por lo que guardada la proporcion y gravedad de circunstancias serán juzgados y tratados con mas severidad y rigor que muchos otros. En Corozain estan simbolizados los sábios: en Bethsayda los ricos: en Cafarnaum los carnales, que repelen á Cristo de un modo mas especial que los demas. Y debemos considerar, dice San Crisóstomo (1), que unos milagros se obraron en Corozain, otros en Bethsayda, otros en Cafarnaum; y que los que se obraron en una parte, podian ser ignorados y no conocidos en otra; pero nosotros los cristianos sabemos todo lo que obró Jesucristo, porque nos lo refiere el Evangelio: Si Cristo, pues, llora sobre aquellas ciudades porque no hicieron penitencia, pensar debemos cuánto llorará cada dia sobre nosotros, que tampoco la hacemos oyendo referir, tambien cada dia, á la Iglesia, sus escelsas y heróicas virtudes, sus eternas misericordias, y los continuos milagros que obró, y obra sin cesar, para que corramos en pos de él, atraidos por la abundancia de gracias que sobre nosotros derrama. Si Cristo hubiese venido en los tiempos de Sodoma, y tales milagros hubiese obrado, acaso los sodomitas se hubiesen convertido; y si á los que no quisieron recibir los avisos del justo Loth castigó con azufre y fuego bajado del Cielo, ¿qué tormentos nos esperan á nosotros que no queremos oir, y despreciamos al mismo Jesucristo?

Es asimismo muy digno de notarse que no dice el Evangelio que solamente entonces *acriminase Jesus y reprendiese* aquellas ciudades, sino que en aquella ocasion *las empezó á acriminar y reprender*. Si entonces empezó, cada dia las acrimina y reprende, asi como tambien amenaza diariamente á los malos cristianos que es-

(1) Div. Crisostom. Hom. 38. in Math.

tan en la Iglesia, en la que se leen estas amenazas terribles. ¡Ay! por tanto de vosotros, hombres perversos, á quienes sin cesar se anuncian estas Escrituras Santas, y cual si fueseis áspides sordos, que cada vez endurecen sus oídos, resistis oírlas y darlas entera fé: vosotros sereis para siempre maldecidos. Todas vuestras escusas para no volver á Dios son frívolas y vanas. Teneis vergüenza, decís, de confesar vuestros pecados. ¡Miserables! Decid: Cuál es peor, ¿obrar el mal, ó confesarlo? Si no os avergonzasteis de obrarlo ante Dios, ¿por qué os ruborizais de confesarlo á los hombres? ¿No temisteis provocar el Señor á venganza, y reusais incitarle á la misericordia? Hasta aquí San Crisóstomo.

El mismo Santo Doctor en otro lugar añade (1): Conviene pues entregarse mucho á la lectura de las Escrituras Santas, y debemos escrudiñarlas no superficial y simplemente, sino con escrupulosidad y diligencia: porque si así lo hiciéremos, sacaremos de su lectura cuanto nos conviene para conseguir nuestra salud eterna. Si nuestro corazón está sobradamente duro, nuestro entendimiento estremadamente ciego, y nada hemos logrado en otro tiempo, tal vez en este con la lectura santa alcanzaremos mucho. No temas, hombre, ni digas: *Nada consigo, porque nada hago de cuanto leo y oigo*. Entiende que ya ganaste mucho. Llamaste tu corazón sobre sí mismo, y le llenaste de un santo temor: esto no puede ser inútil, sino muy provechoso. Todo cuanto necesitas para conseguir tu salud eterna, todo está consignado en las escrituras. ¿Eres ignorante? Allí aprenderás. ¿Eres obstinado en el mal? Allí hallarás las amenazas del juicio divino que te harán temer. ¿Trabajas y te mortificas? Allí estan las promesas de la gloria que te alentarán y consolarán. ¿Eres pusilánime y enfermizo? Allí encontrarás medianas comidas, que si no engordan del todo tu alma, al menos no la dejarán morir. ¿Eres magnánimo y fiel? Allí te saborearás con otros manjares mas crasos y fuertes, porque son mas espirituales; despreciarás enteramente el mundo, y adquirirás una naturaleza casi como angélica. ¿Estás, en fin, herido por el diablo, y tienes un corazón canceroso á causa de los pecados? Pues allí hay tambien medicinas fuertes y saludables, que te animarán á la penitencia y te harán recobrar la salud.

Porque no se evangelizó en otro tiempo el Reino de Dios á los que pudieron creer, y se anunció á los judíos que no quisieron: so-

(1) Idem. Hem. 52. in Joann.

lo lo sabe aquel cuyos caminos son todos misericordia y verdad (1). De una manera condena justamente Dios á los malos, dice San Anselmo (2); y de otra perdona asimismo justamente los males que afligen, ó con que castiga á los pecadores. Condena justamente á los malos, porque lo tienen merecido por sus culpas: y perdona justamente los males con que aflige á los culpados, porque es conducente á la manifestacion de su bondad. Ni es precisamente misericordioso porque tenga un corazon compasivo, sino porque espande su piedad y misericordia infinita en favor de los miserables y pecadores. Compadécese del que quiere, no en justicia, sino en gracia (3); y permite la dureza y obstinacion del malvado, no porque sea injusto ó perverso, sino para justificar la justicia y la verdad de su venganza. Y porque el hombre no se contiene y refrena á sí mismo por la severidad de la ley, y era declarado reo por el entredicho ó prohibicion que Dios le habia puesto, se le anunció la misericordia, mediante la que se salvaran todos los que se refugiasen á ella; agrando mas á los que la despreciaban, y enviándoles á las promesas hechas á los judios; para que al menos se convirtiesen estos con la emulacion de los gentiles. Esta es la sublimidad de los consejos de Dios, con cuya admirable providencia, redujo á los judios y gentiles á la vida eterna que habian perdido en nuestro padre Adan.

Con estas amenazas tan terribles, cuya realizacion podia tenerse por muy segura en su dia, porque las justificaban anticipadamente los milagros, con los que acreditaba Jesus que era Hijo de Dios, lograba confirmar y fortalecer la fé de su doctrina al pueblo crédulo y sencillo, á pesar de las insidiosas maquinaciones con que la astucia de los escribas lo engañaba y corrompia: recayendo aquellas mas en particular sobre todos aquellos engañadores soberbios, que preciados de doctores y maestros de la Ley, tenian muy á menos reducirse á la sabia y prudente sencillez del Evangelio: pero como por otra parte no se le ocultaba el grande fruto que de su predicacion habia de recogerse, en aquella misma hora exclamó lleno de gozo, y dijo: Yo te alabo y glorifico, oh Padre mio, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estos sublimes misterios de vuestro Reino á los falsos y pretendidos sabios, y á los prudentes engañosos del siglo, que se aplauden de sus luces propias

(1) Ven. Bed. in cap. 10. Lucæ.

(2) Div. Ansel. in Prosologio. cap. 9.

(3) DAugust. in Enchiridion. cap. 99.

y se engrien en la prudencia de sus consejos ; y los has revelado á los pequeñuelos ; esto es , á los humildes , que no se dejan corromper ni engañar , y viven en la simplicidad de la infancia. Asi es, Padre mio , como habeis tenido por bien de arreglar todas las cosas , y tal es el orden establecido por vuestra sabiduria infinita.



En verdad , los grandes misterios escondidos desde la eternidad en el seno del mismo Dios , se manifestaron y revelaron por Jesucristo á los pequeñuelos y humildes , esto es , á los pescadores , y á otros hombres sencillos que no sabian ensorbecerse. Muy bien , á los sabios y poderosos del siglo , opuso los pequeñuelos , dice San Gre-

gorio, para demostrar que condenaba la hinchazon y la soberbia, y no la sublimidad del ingenio, ni la sólida y verdadera sabiduría (1). Para enseñarnos á huir la elevacion y grandeza, mas que todos los males y peligros del mundo, y á preferir la humildad á todos los aplausos y honores (2); porque el grande honor que pueden ambicionar los hombres está reservado á los verdaderos humildes, pues que solos ellos son los consejeros de los secretos del sumo Rey, llamados y admitidos á las noticias de la verdad. Dió gracias á su Padre, porque fueron iluminados los rústicos y sencillos (3), que conociendo su propia pequeñez, no atribuyen á sí mismos, sino al Autor Supremo, cualquiera bien que hagan: no llamó á los sabios de los judios, que preciándose de tales porque anunciaban al pueblo los preceptos de la Ley, no lo eran en verdad; porque la verdadera sabiduria no consiste en saber, ó en anunciar la Ley del Señor, sino en cumplirla, y en vivir arregladamente á ella. A los sabios segun la carne escondió Dios siempre los misterios de la verdad, no á los sabios segun el espíritu: así es, que los sabios de los judios, que siempre tenian entre manos los preceptos de la Ley, no llegaron á conocer los misterios de la verdad, y los conocieron y anunciaron unos pobres pescadores, que cada dia tenian las redes entre las suyas. No se alegró Jesus de que se hubiesen ocultado á los sabios, sino de que se hubiesen revelado á los humildes; porque si esto es digno de gozo, aquello lo es de tristeza. Con lo que se patentiza, dice San Agustin (4), que lo que dispuso á los sencillos y humildes á creer, y á recibir la sabiduria, fue la humildad; porque allí donde esta se halla, se encuentra tambien aquella; y donde está la soberbia, solo se hallan la ignominia y la afrenta (5), como se lee en los Proverbios: porque la sencillez servirá siempre como de guia á los justos.

Todas las cosas, continuó Jesus, las ha depositado el Padre en mis manos. El poder soberano como á su Hijo único, y la paciencia, suavidad y dulzura que ejerzo entre los hombres. Yo soy su Rey y su Salvador, su cabeza y primogénito; en una palabra: me ha dado el Padre cuanto es menester para mantener mi dignidad, y para salvar los que creen en Mí. Soberano y árbitro supremo,

- (1) Div. Gregor. in cap. 9. Joann.
- (2) Div. Crisostom. Hom. 39, in Math.
- (3) Idem. Hom. 38 Oper. imperfect.
- (4) Div. Agustin. in Psal. 94.
- (5) Prover. cap. 11. vs. 2. et 3.

tengo autoridad para dar leyes en la tierra y en el Cielo: y nada hay que se me oponga y resista. Asi fue, es y será siempre, y eternamente, la voluntad del Padre. Asi el Padre reprobó tambien á los que reprobó el Hijo; y eligió este, á los que eligió aquel.

Con estas palabras del Señor recibimos tambien ejemplos de humildad para que no entremos en discusiones temerarias, acerca de los motivos que tuvo para reprobár á los unos, y elegir á los otros; puesto que despues de haber hecho lo uno y lo otro nos dice, que asi fue la voluntad del Padre (1). No nos dice empero por qué fué esta su voluntad, sino que le da gracias porque asi lo dispuso, y le agradó. Sea pues próspero y adverso lo que al hombre suceda, nunca debe entrar en examinar las disposiciones del Altísimo, sino que debe darle gracias por todo, porque asi lo dispuso; y sin justicia y razon nada dispone ni ordena. Dios no le crió para que sea un examinador curioso y crítico de sus disposiciones, ni un juez severo de sus obras; sino que le crió para que le diese honra y gloria, y fuese un siervo humilde, fiel observador de sus preceptos (2).

Nadie sabe quien es el Padre, ni nadie conoce tampoco quien es el Hijo: solo el Padre le conoce, y solo el Hijo conoce al Padre, tal y tan grande como es: y solo aquel le conocerá á quien el Hijo tuviere por bien de revelarlo. No se crea, que aqui se escluye el Espíritu Santo del conocimiento del Padre y del Hijo, porque la escepcion que pone es *esencial* y no *personal*; y el Espíritu Santo tiene la misma esencia y naturaleza divina que el Padre y el Hijo. Y como Cristo Hijo de Dios vivo es mediador entre Dios y los hombres, por esto la noticia de las Divinas Personas, y sus atributos, se nos reveló por el Hijo: pero no se entienda que esto significa la compresion de la esencia y naturaleza divina, porque esto es imposible á una pura criatura.

Diciendo que Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres, y habiéndonos El mismo asegurado que todo lo depositó el Padre en sus manos, pudo muy bien añadir: venid á Mí todos los fatigados, todos los oprimidos y agoviados con trabajos y cargas pesadas: porque es tal la condescendencia de mi bondad, que lo profundo de mi doctrina no debe aterrar, ni hacer caer de ánimo á alguno de mis discípulos: ni la altura ni estension de mi poder y dominio deben asustar á algunos de mis súbditos. Venid creyendo y

(1) Divi. Gregor. lib. 11. Moral.

(2) Div. Crisost. Hom. 23. Oper. imperf.

obedeciendo: venid, no con los pies, sino con las costumbres: no con el cuerpo, sino con la fé: venid para rogarme, con la esperanza; para acompañarme, por la imitacion; para gozarme, por la gloriñcacion. Venid, los que estais encerrados; Yo soy la puerta, el que entra por ella, encuentra el verdadero y único pasto espiritual para su alma: y halla el camino que conduce á la vida eterna. Venid, los que estais enfermos; Yo soy el único médico que reparto la salud. Venid, los que navegando por el mar proceloso de este mundo, estais á punto de naufragar: Yo soy el puerto de la envidiable seguridad y descanso eterno: feliz término de vuestra carrera, y principio de una interminable felicidad. Venid, todos los que os afanais en los trabajos de este mundo: bien sea segun la naturaleza con que nacisteis; bien cargados con las culpas con que os hicisteis reos; bien agoviados con el remordimiento que no os permite vivir; ó bien atormentados con la espantosa idea del castigo que os espera. Venid, que yo os aliviaré y consolaré. ¡Oh! Y cuanto trabaja el lascivo para satisfacer sus pasiones: el avaro, para llenar sus deseos: y el ambicioso, para conseguir los honores y dignidades que apetece: y cuán poco atiende á la voz interior de la gracia con que el Señor le llama! ¡Oh dignacion admirable de nuestro buen Dios! Oh caridad inefable! Oh palabras de infinita dulzura! Oh palabras de suma eficacia y consuelo! ¡Oh! Cómo convida á los enemigos! Cómo exhorta á los reos! Cómo halaga á los ingratos!

Venid, repite, no el uno, ó el otro; no este, ó aquel, sino todos los que fluctuáis entre las solicitudes, tristezas, angustias y agonias de vuestros pecados. Venid, no para que yo tome venganza de vosotros, sino porque quiero perdonarlos todos. Venid, no porque Yo necesite de vuestra gloria; sino porque deseo vuestra salvacion: y sabed, que no solamente os descargaré y aliviaré, sino que os daré fuerza y vigor. Os fortaleceré con el pan de la doctrina santa, con el Eucarístico, y con la gracia y la gloria: y os recrearé y consolaré en esta y en la otra vida. A El pues, es preciso ir, porque es el descanso de los que trabajan; porque es el aliador de los que estan cargados; porque es el fortalecedor de los desmayados y hambrientos; y porque no vino á llamar los justos sino los pecadores á la penitencia, á la misericordia, á la gracia y á la gloria (1).

Clama el mundo al hombre, y dice, mira que yo he de faltar:

(1) Idem. Hom. 59. in Math.

clama la carne, y asegura que ha de morir y matar: y clama Cristo y dice, ven á Mí, que Yo sanaré tus dolencias, aliviaré tus cargas, te daré vida y salud; no te engaño, ni te faltaré jamás. ¿A quién irás? Baja tu cerviz, recibe el yugo de mi Ley, Yo te ayudaré á llevarlo. ¿A quién creerás? Arroja, pues, el yugo de la ley durísima del pecado, y de la afanosa solicitud de las cosas temporales, que es tan trabajosa, tan molesta y pesada; y recibe de buena voluntad el de la Ley dulce y suave de mi Evangelio: y entiende, que le llama yugo, porque une los judios y los gentiles en una sola fé: yugo de caridad y amor, porque une los hombres con Dios: de penitencia y mortificacion, porque sujeta la carne al espíritu: y de cruz y fortaleza, porque es el que llevó el mismo Jesucristo padeciendo y muriendo por nosotros; por esto le llama *yugo suyo*, porque primero lo llevó sobre sí por nosotros; antes enseñando, despues padeciendo, luego muriendo, siempre amando. O carga gratisima, y con tal ejemplo y Maestro, suave y llevadera; que siempre conforta mas y mas á los que la llevan! Cuándo conocerán los hombres tu suavidad, y te abrazarán con gozo, y llevarán con gusto! La carga que los Señores de la tierra imponen á sus súbditos, debilita paulatinamente y destruye las fuerzas de los que la sufren; pero la carga que Cristo impone, en vez de abrumar, ayuda; porque la gracia de Dios, que todo lo dulcifica y aligera, se nos dá como ayuda (1).

Nunca quiere confesar el hombre su propia y natural ignorancia, consecuencia precisa del pecado en que es concebido; pero aunque la generalidad incurra en este defecto, no faltan sin embargo espíritus humildes que la conocen y confiesan, y que acercándose á Dios por medio de la oracion, le ruegan con humildad fervorosa, y verdadera fé, se digne enviarles desde su Cielo santo, y desde el trono de su Magestad y grandeza, el espíritu de la sabiduria; para que morando en su corazon les enseñe lo que deben hacer para agradarle: y á estos parece que llamó muy particularmente el Señor en esta ocasion, y les dijo. Venid tambien á Mí los que conocéis y confesais vuestra ignorancia, y llorais inconsolables porque veis las densas tinieblas que ofuscan vuestro entendimiento: venid, y aprended de Mí, que soy un Maestro dulce, suave y humilde de corazon: Venid, y vereis como soy así, y lo sabreis por vuestra propia esperiencia. Yo os guiaré sin aspereza; Yo os enseñaré sin aquel fausto y aparato exterior con que se

(1) Idem. Hom. 28. oper. imperf.

presentan en sus cátedras, y en las Sinagogas los maestros y doctores de la Ley. Yo os instruiré sin soberbia. *Aprended de Mí*, que os enseño con las palabras, y con el ejemplo: *porque soy manso*, esteriormente en las costumbres; interiormente en los afectos de mi corazon, y nada finjo para adquirir alabanzas humanas. *Soy manso*, porque á nadie daño: *Humilde*, porque á nadie desprecio. *Y lo soy de corazon*, porque á nadie engaño. Tres cosas dignas por cierto de ser siempre imitadas: mansedumbre en la conversacion: humildad en los pensamientos: verdad en las intenciones y palabras: porque con estas tres se engendra, nutre y fomenta el verdadero amor. *Aprended de Mí* á ser tan mansos en vuestras costumbres, que á nadie dañeis: tan humildes en vuestro entendimiento, que á nadie desprecieis: y sedlo en vuestro corazon, para ue vuestras obras atestiguen vuestros afectos.

Adviértase, pues, que no dijo, aprended de Mí que soy poderoso; ni aprended de Mí que soy glorioso; sino que soy manso y humilde, y eso podeis imitarlo muy bien (1). Toda la medicina que necesitamos para sanar todas nuestras dolencias, está compendiada en estas palabras, aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazon; aprended, dice, humanos, como observa S. Agustin (2), no á fabricar el mundo; no á crear todas las cosas visibles; no á hacer milagros en el mundo; no en fin á resucitar muertos; sino porque soy manso y humilde de corazon. Y San Bernardo añade (3): ¿Qué diré del autor y repartidor de todas las virtudes, Cristo Señor nuestro, *en quien estan encerrados todos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia, y en el que habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente; esto es, real y substancialmente* (4), no se glorió acaso de la humildad, como del compendio y suma principal de su doctrina, y de todas sus virtudes? *Aprended de Mí*, dice, no á ser sóbrios, ó castos, ó prudentes, ó á tener otras de estas virtudes: sino á ser mansos y humildes de corazon: y para que aprendais, no os envio á las doctrinas de los patriarcas, ni á los libros de los Profetas, sino que Yo mismo me ofrezco á vosotros por modelo y ejemplo de humildad. Sobre todo lo que dice San Gregorio (5): *Para darnos este ejemplo y forma de humildad, vistió el Unigénito*

(1) Div. Ambros. in Psal. 118.

(2) Div. Augustin. Serm. 10. De verb. Domini.

(3) Div. Bernard. sup. cap. 11. Math.

(4) Div. Paul. ad Coloss. cap. 2. vs. 3. et 9.

(5) Div. Gregor. lib. 54. Moral. cap. 22. et 25.

Hijo de Dios el saco de nuestra mortalidad: á este fin, el que era invisible no solo apareció visible, sino abatido y despreciado: á este fin toleró y sufrió las afrentas, las mofas y escarnios, las irrisiones y desprecios, y los tormentos, la pasión y la muerte: para enseñar al hombre soberbio que aprendiese á ser humilde. Cuanta sea la celsitud de la virtud de la humildad, puede conocerse en aquel, que para enseñarla verdaderamente á los hombres, siendo sin comparacion alguna el mas grande, é inestimable de todos, se hizo pequeño en su nacimiento, en su pasión y en su muerte. De la cumbre de la mayor altura, descendió hasta lo mas ínfimo para dar gloria al género humano. Porque el origen de nuestra perdicion fue la soberbia del diablo, el instrumento de nuestra redencion fue la humildad de Dios: asi pues como el Redentor humildísimo rige y gobierna el corazon de los humildes; asi tambien el soberbio Leviathan rige el de los soberbios; y se conoce claramente que la soberbia es el signo mas distintivo de los réprobos, asi la humildad lo es de los elegidos.

De esta manera continuó el mansísimo y humilde legislador: siendo apóstoles y discípulos míos, encontrareis el descanso para vuestras almas: pues el yugo que Yo os impongo no es áspero, sino suave, y es muy ligera la carga que quiero que lleveis: es la carga ligerísima de la caridad. No dijo *hallareis descanso*, y calló; sino que añadió, *para vuestras almas*: porque la observancia de los mandamientos de Jesucristo son en este mundo descanso para las almas, y no para los cuerpos; segun observa el Crisóstomo (1): porque aunque el cuerpo trabaja y se entristece, el espíritu se alegra y se fortalece con la esperanza del premio y descanso eterno. Nada hay duro para los que aman, ningún trabajo se les hace dificultoso é insoportable (2). Amemos á Cristo, y nos parecerá fácil todo lo difícil. Sigámosle con gusto, y buena voluntad, y á vista de sus ejemplos nada hallaremos en su Ley que nos repugne. No engaña, ni pudo engañar el Divino Legislador, á los que sobre su palabra se han sujetado á su conducta, y abrazado su moral; porque nada da tanta pena al hombre como lo que se le hace abrazar contra su voluntad, ó ignorándolo él mismo. Por austero que parezca el Evangelio en él hallan suavidad y dulzura, y consuelo y alivio en las pesadumbres de la vida cuantos le observan sin repugnancia; y si alguna molestia sienten, la causa precisamente la santa impa-

(1) Div. Crisostom. Hom. 28. Oper. imperf.

(2) Div. Hieronim. in cap. 11. Math.

ciencia con que viven , por no poder unirse con su Dios con lazo indisoluble de la eterna caridad con que desean amarle.

Cuanto pudo agradar este discurso del Salvador á los pequeñuelos y humildes que á su alrededor se hallaban , viendo que les ensalzaba y alababa , y que á ellos solo reservaba sus favores , y prometia su confianza ; otro tanto y mucho mas aun , debió desagradar á los escribas y fariseos que estaban presentes viendo tan reprobada y justamente condenada su hinchazon , vanidad y soberbia. Con ojos aviesos y corazon vengativo miraban al Salvador , y cada vez mas juraban contra El una terrible venganza. Con todo, entre los concurrentes hubo uno , que , ó bien fuese por convencimiento y desengaño , ó por un efecto de política , ó por no estar tan preocupado como sus cólegas , ó por ser mas disimulado que ellos , quiso acreditar no haberse escandalizado mucho de la indignacion que el Señor habia manifestado contra la indocilidad é hipocresia de su secta: y asi , en vez de prorumpir con imprecaciones y blasfemias contra tan Divino Maestro , tuvo á bien convidarle á comer; y Jesus que sabia bien lo que habia de suceder durante el convite , y que de allí habia de resultar un gran remedio contra la soberbia de los fariseos , lo admitió con gusto. Por mas que fuese sorprendente ver á Jesus sentado en la mesa de un fariseo tan célebre como *Simon el leproso* , no debe admirar á los que conocen el caracter manso y pacífico que distinguia á aquel que á nadie desdeñaba ; y el deseo que á este animaba de justificarse á la presencia del Salvador , y hacer por soberbia , alarde de su justicia ; cuya enfermedad conocida no quiso dejar el médico Soberano sin procurar su curacion: pues aunque condenaba el proceder de sus enemigos no los aborrecia , y se hallaba con gusto en cualquiera parte donde podia ejercer con ellos los oficios de su caridad.

Sencilla y lacónicamente nos dice el Evangelio , que habiendo condescendido el Salvador con los ruegos del fariseo , entró en su casa , y se sentó á la mesa. No es extraño , porque comia con los publicanos y pecadores para tener mejor ocasion de corregir sus faltas y vicios , y reducirles á la penitencia. Simon convidó á Jesus para ocultar la soberbia y fiereza que contra él le animaba , y no supo , ó no pudo hacerlo ; faltando á todas las atenciones que segun la costumbre de los judios debió haber tenido con el Divino Huesped que en su casa estaba. No sin motivos de pública instruccion para nosotros le convidó : porque huesped tan dadivoso es digno de serlo , y si El voluntariamente se convida no debe ser desdeñado , pues donde El entra , entran con El todos los bienes , porque sus tesoros

son inagotables. Pusieronse á la mesa segun la costumbre establecida por los romanos, y adoptada por los judios de mas consideracion y rango. Sentábanse los convidados á la mesa medio recostados sobre una especie de camillas (a), con la cara vuelta hácia la mesa y los pies hácia fuera; cuya postura es conveniente notar, para entender bien toda la série de este importante acontecimiento.

Habia en la ciudad (Cafarnaum) (b), una mujer pecadora, cuyos desórdenes habian sido ruidosos: y despues que el Salvador predicaba en ella públicamente, habia hecho serias reflexiones sobre el escándalo de su conducta y sobre el peligro de su mal estado: pero ella habia formado una idea del poder y bondad de Jesus, muy diferente de la que habian concebido muchos otros de los que hasta entonces habian venido á El. Estos no habian implorado su asistencia sino solo para las incomodidades y males corporales; pero ella deseosa de salir del peligro en que se hallaba, se arrepiente de sus culpas, resuelve no pecar mas, llora y suspira por el perdon. La anima la bondad de Jesus, porque le vé en casa de un fariseo al que habia sanado de una enfermedad tan hedionda como la lepra; y no duda que tambien podrá sanarla de la asquerosa lepra de las pasiones, de que se halla acometida; y se persuade que logrará esta dicha si logra hacerle juez de su dolor, y testigo de su confianza. Llevada en alas del amor hácia tan Divino Maestro, de quien espera el tan gran bien que ápetece, solo busca una ocasion para arrojarle á sus pies; y nada la detiene tan luego como cree haberla encontrado. Sabe que el Señor come en casa de Simon, de quien era conocida; que hay un gran concurso de gentes y muchos convidados; pero no la detienen mundanos respetos ni vanas consideraciones. El amor la lleva, el amor la conduce, el amor la alienta, todo lo vence el amor.

Entra con la cabeza inclinada, fijos los ojos en la tierra, pasa por delante de los convidados, y no descansa hasta llegar á Jesus; y poniéndose entonces detrás de sus pies se arroja y postra con la mayor humildad: no se pone delante porque la memoria de sus delitos la causa confusion y vergüenza: pega su rostro contra los pies

(a) Las butacas de nuestros dias y las sillas llamadas de *columpio* que se usan entre los modernos *asiáticos*, parecen ser tomadas de las modas del judaismo. ¡Válganos Dios! ¡Y qué prurito por judaizar!.....

(b) Aunque dice el Ven. Beda que este suceso se verificó en una de las ciudades de Galilea, no la espresa, y San Agustín asegura que no pudo ser otra sino Cafarnaum: *lib 2.º De consensu Evangelist cap. 79.*

de su Salvador amantísimo con la mayor confianza, porque ya le amaba sobre todas las cosas, y con la mayor intensidad, porque ya ardía fuertemente su pecho con el fuego del amor divino; y con la misma fortaleza y vehemencia empieza á suspirar, sollozar y llorar con tanta abundancia, que las lágrimas que de sus ojos corrían, bastaron para lavar perfectamente aquellos soberanos y divinos pies, que tanto habian corrido para buscarla.

Cuán grande seria su contricion, cuán abundantes las lágrimas de su penitencia, y cuán intenso el dolor de su corazón, que salía al parecer derretido por sus ojos, puede comprnderse muy bien cuando se dice, que sus lágrimas bastaron para lavar los pies de Jesús: y cesando el llanto, los enjugaba con sus cabellos: pero creciendo mas y mas el amor en su corazón, los besaba una y otra vez con dulce ternura, sin que tantas demostraciones pudiesen satisfacer cumplidamente las ansias de su abrasado espíritu. Jesús andaba sin cesar, y sus pies santísimos estaban no solo fatigados por el cansancio de los caminos, sino como descarnados y endurecidos; y ella se los ungió con un bálsamo riquísimo que traía á prevención en un vaso ó redoma de alabastro muy precioso. Y si tales eran las demostraciones exteriores, que á todos causaban la mayor admiración, ¿cuáles serian las disposiciones interiores que mas obligaban al Señor, y sola su Magestad Divina conocia?

En la colocacion y postura de María á los pies del Salvador, se conoce su humildad; y en las lágrimas que vierte, y con las que los riega, se demuestran su verdadera penitencia y la compuncion de su corazón: y como que esconde y borra estas mismas lágrimas con los hermosos cabellos de su cabeza, acredita que no es de aquellos que hacen sus obras para ser vistos y aplaudidos de los hombres. En los ósculos, mostraba la paz interior, y el amor y caridad de que estaba lleno su corazón: y en el ungüento con que los ungia acreditaba la dulzura y devocion de sus afectuosos obsequios: por lo que dice San Gregorio (1): Pensando yo en la penitencia de María Magdalena, me siento mas dispuesto á llorar que á hablar. ¿Qué pecho habrá aunque sea de peña, al que no ablanden las lágrimas de aquella mujer pecadora, y no le sirvan de ejemplo para arrepentirse? Pensó bien lo que habia hecho, y desconoció el modo, ó la moderacion en lo que habia de hacer. Entró á pesar de los convidados, se presentó sin ser llamada, y en lugar de las viandas que en la mesa se ofrecian al Señor, derramó tiernas lá-

(1) Div. Gregor. Hom. 33 in Evangel.

grimas á sus pies. Conoced, pues, cual sea el dolor de aquella que no se avergüenza de llorar entre las delicias de un convite; y porque solo tuvo presentes las lágrimas de su torpeza, corrió para lavarse á la fuente de la misericordia. De esta manera, sin decir una palabra, solicitaba la penitente pecadora la gracia, y se disponia para ella. Lo que habia reservado para sí, para hacerlo servir á la torpeza, ya lo ofrecia y consagraba con afecto generoso y laudable á Dios. Con los ojos habia deseado las cosas de la tierra, y los humillaba por la mortificacion y penitencia sin atreverse á levantarlos para mirar al único que podia consolarla. Habia hecho servir sus cabellos para que su compostura hiciese resaltar mas la belleza de su rostro, y fuesen un adorno de su cabeza; pero ya empapados en lágrimas eran un testimonio de su arrepentimiento. Con su boca habia hablado palabras vanas de soberbia y de orgullo; y besando sin cesar con ella los pies del Redentor demostraba estar enteramente dispuesta á seguir sus pisadas. Cuantas cosas halló en sí misma para que la sirviesen al deleite, otras tantas hizo servir al servicio de su Dios. Contrapuso al número de sus crímenes el de multiplicadas virtudes, para consagrarse al Señor por la penitencia, mucho mas de lo que le habia despreciado por la culpa. Mira, pues, bien, oh hombre, esta mujer, contempla su devocion, y detente á meditar seriamente sobre ella; porque sus hechos son sobremanera grandes. Contempla la inmensa benignidad con que Jesus recibe, y la inimitable paciencia con que tolera y sufre todo lo que ella hace: y verás que cesa, y deja de comer, hasta que se concluye este misterioso negocio; y que cesan igualmente todos los convidados sorprendidos con la inesperada novedad de cuanto á su vista pasa. ¡Oh qué bondad tan grande la de Jesus! te verás precisado á clamar. Solo El es infinitamente misericordioso. Solo El podrá recibir con tanta bondad á los pecadores. Y solo El es el que puede y quiere tranquilizarlos y consolarlos.

El fariseo que habia llamado al Salvador al convite, pero que no lo habia invocado en el fondo de su corazon, lo que sin duda le hubiera sido mucho mejor; justo en la apariencia, pero verdaderamente soberbio, no daba ninguna muestra de compasion, y olvidado de su natural fragilidad, asi como de su perversa índole y tendencia al mal, murmuraba en el fondo de su corazon; y vacilando y casi perdiendo en su interior el buen concepto que de Jesus habia formado, iba diciendo entre sí mismo: Si este hombre fuera tan gran profeta como se cree, sabria sin duda alguna qué mujer es la

que llega á tocarle, y no permitiera que se le acercase una persona públicamente desonrada por sus escesos. No desconocia Jesus cuanto en el corazon del fariseo pasaba, y aunque hubiera podido reprenderle públicamente su temeridad, quiso portarse de otro modo con él, para no causarle una pública confusion, y al mismo tiempo manifestarle caritativamente su falta; y así le dijo: Simon, tengo una cosa que decirte. Decid, Maestro, respondió el fariseo, que os escucho.

Un acreedor, continuó el Salvador, tenia dos personas que le debian, debiale el uno quinientos dineros de plata, y el otro cincuenta; mas hallándose ambos tan pobres que no tenian de dónde devolvérselo, perdonó á entrambos la deuda. Dime pues ahora, ¿cuál de estos dos deudores te parece que ha de amar mas, y ser mas agradecido con el acreedor que les hizo el beneficio? Quería el Salvador dar á conocer con esta pregunta al fariseo soberbio, que en aquel momento era Dios menos amado de él, que de la mujer pecadora; y esperaba su respuesta para traerle al punto de la cuestion que se proponia desenvolver. Yo creo, respondió Simon, que el que mas le ame y agradecido esté, sea aquel á quien mas se perdonó. Bien has juzgado, replicó Jesus, midiendo el amor que inspira el reconocimiento con la grandeza del beneficio. Tu pensar es justo: pues cuanto mas se dá, mayor amor se muestra; y cuanto mayor amor se muestra, mas mérito hay para ser amado. El amor que nace de la esperanza, es semejante al que produce el agradecimiento; y así es, que despues del perdon y donacion gratuita, ama mas aquel cuya deuda era mas considerable: porque el deudor conoce que es mayor la liberalidad que con él se usó. Pues lo que no se presume de un hombre respecto de otro hombre, hasta que se le han concedido el favor y la gracia, se advierte y nota en los penitentes antes que se les perdonen los pecados. Los mas delicuentes son ordinariamente los mas fervorosos. Aman mas, porque se ven cargados de mayor deuda, y por eso esperan mayor misericordia: y si no lo crees, atiende. Voy á presentarte una comparacion: ella te procurará el convencimiento, y acallará la injusta censura con que me acriminas en el fondo de tu corazon.

Dicho esto, se volvió el Señor á la mujer penitente que á sus pies tenia, y que tanto tiempo hacia estaba esperando una mirada de compasion, y mostrándola al fariseo que la murmuraba y despreciaba, le dijo: ¿Ves esta mujer? Pues haz una justa reflexion sobre todo lo que ha hecho conmigo, y muy luego conocerás la gran diferencia que hay entre tí y ella, por lo que tú has dejado de ha-

cer. Convidado por tí, y á ruego tuyo, entré en tu casa; y contra la costumbre de la mas vulgar urbanidad no me diste agua para lavar los pies, que los tenia cansados y dolientes del camino, llenos de polvo y barro, porque ves que ando descalzo: y ella sin reparar en la inmundicia de que estaban llenos, ha venido á buscarme á tu casa, y todos la habeis visto lavármelos con sus lágrimas, y enjuugarlos con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de caridad, de cortesania y de paz, que se acostumbra á dar en su casa propia á las personas de consideracion y calidad: y ella desde el punto que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has empleado ni aun el aceite comun para ungir mi cabeza; y ella ha empleado el bálsamo



mas precioso que tenia para ungir mis pies. No te admire, pues, cuando por tantos hechos justifica lo mucho que ama, si te digo y aseguro, que le son perdonados sus muchos pecados, porque su amor tambien ha sido mucho. Si con cualquiera otro pecador no se usa de tanta liberalidad; si se le dejan muchas faltas que espiar, y penas que padecer, es porque no juzgándose tan culpado, es mas remiso en su amor. No te ensorbezcas, pues, si teniendo tú tambien necesidad de un gran perdon, se te perdona poco; porque tu amor es muy pequeño é inferior.

Tenemos necesidad de una alma fervorosa, dice el Crisóstomo (1), porque nada impide al hombre hacerse grande. Ninguno desespere de los que se hallan cargados con multitud de pecados; ni tampoco se duerma el virtuoso. No confie este demasiado, porque es muy posible que una mujer meretriz le aventaje y esceda: ni desconfie aquel, porque puede muy bien suceder que llegue á aventajar á los primeros, y mas avanzados en la virtud. Qué pensais, hermanos mios, que es el amor ¿sino fuego? (2) Y qué creéis que es la culpa, ¿sino hollin? Ved ahí la razon por qué se dijo á la mujer pecadora, que se le perdonaban sus pecados; porque habia amado mucho. La abundancia del fuego del amor consumió la multitud del hollin; y aunque este parezca duro, ninguna dureza resiste la fortaleza del fuego de la caridad, con el que todas las malezas se acaban y consumen.

Muy fácil pudo ser al fariseo hacer la justa aplicacion de esta tan importante doctrina, cerciorado como debió de quedar, y convencido de la ventaja que el amor de aquella mujer llevaba al suyo; y que por consiguiente teniendo á su vista un tan bello modelo que imitar, le era muy fácil conseguir aquellas mismas gracias y favores que la pecadora habia conseguido. No queria el Señor que aquella mujer penitente, que aun á sus pies estaba, esperase por mas tiempo la sentencia favorable que deseaba, y que era ya como consiguiente habiendo oído el razonamiento que habia tenido con Simon; ni queria tampoco quedase á este la menor duda acerca de su bondad y misericordia: y así volviéndose á la mujer lleno de mansedumbre y amor, la dijo: *Te se han perdonado tus pecados*: esto es, no solo en cuanto á la culpa, sino en cuanto á la pena; porque tu amor ha sido tierno, generoso y grande sin igual; y por lo mismo es plena la remision de tus culpas. ¡O feliz Maria! ¡O mujer dichosa, á quien en premio de su amor se conceden de una vez tantos y tan abundantes dones!

No solo Simon, sino los demas escribas y fariseos que se hallaban con él en la mesa, parece que se escandalizaron como en otras ocasiones de las palabras que el Salvador acababa de pronunciar; á saber, *se te han perdonado tus pecados*: y rumiándolas en su corazon decian: este hombre pronuncia blasfemias: ¿Quién es él, para abrogarse la potestad de perdonar los pecados, que solo á Dios pertenece? Pero Jesus, que no hacia mucho tiempo les habia demostrado

(1) Div. Crisostom. Hom. 38. in Math.

(2) Div. Gregor. Hom. 33. in Evangel.

y justificado que tenia este poder, no juzgó necesario responderles sobre este punto suficientemente declarado; y volviéndose á la mujer, que despues de oida su sentencia esperaba la bendicion de su Salvador para marcharse, la dijo: *Tu fé te ha salvado, vete en paz.* Esto es, la fé que Dios te ha infundido, porque fue confirmada por la caridad, y te hizo digna de la vida eterna. Te ha salvado esa fé, por la que no dudaste que podrias recibir lo que pedias: porque la esperanza empezó ya en tu corazon en el instante mismo en que te resolviste á buscar tu salud. *Vete en paz.* Esto es, con entera quietud y sosiego en tu corazon; porque cesarán todas las inquietudes y molestias que te hacian sufrir las pasiones que te dominaban; y no habrá en él discordancia alguna, porque se alimentará con las llamas del fuego del divino amor (1). Vete en paz: porque la paz es el fondo de la justificacion; porque es el principio de la union del hombre con Dios, asi como el pecado es el principio de la enemistad y de la guerra del hombre con su Criador, con su Redentor y con su Salvador. Vete en paz asegurada del perdon; y vive tranquila y fervorosamente despues que conseguiste un beneficio tan grande.

Y si nada hay en el mundo que nosotros podamos ofrecer dignamente á Dios por los favores y misericordias que de él recibimos (2), qué te daremos por la injuria que se hizo á su Divinidad, teniendo que cubrirse de nuestra carne mortal? ¿Qué, por tantos oprobios y azotes? ¿Qué, en fin, por la Cruz, la muerte y la sepultura? ¡Ay de mí si no le amare! Volvámosle pues amor, por lo mucho que le debemos: caridad, por los grandes dones que nos ha dado: y su gracia misma por el precio infinito de su sangre con que nos compró: porque mas ama aquel á quien mas se dá. Nadie desespere, ni ninguno desconfie de conseguir la misericordia de Dios. Clementísimo es el Señor, puesto que se compadece con tanta facilidad de los que á El se convierten de todo corazon. Mira lo que pueden á su presencia la confesion y las lágrimas, y los maravillosos efectos que producen la fé y el amor. Atiende en cuán poco tiempo se justificó esta mujer, y quedó limpia de todos sus pecados, la que estaba tan llena de ellos que aun el fariseo se desdeñaba de mirarla. Imítala, como ella lloró, que tambien alguna vez enjugará tus lágrimas el Señor.

(1) Idem. Ibid.

(2) Div. Ambros. in cap. 7. Lucæ.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que con tus palabras y ejemplos nos provocas continuamente á arrepentirnos de nuestros pecados, y á que nos alegremos por los bienes espirituales, concédeme el don de lágrimas, y con el riego celestial fecundiza la tierra árida y seca de mi corazon; para que lllore cada día toda mi vida, y sean las lágrimas mi pan cotidiano día y noche; y olvidado yo enteramente de la vanidad y miseria de este mundo, arda sin cesar en tu amor: de modo que saltando ahora por entre las asperezas del mundo, y levantándome corriendo para obrar el bien, y cantar tus alabanzas, me alegre ahora por la esperanza, y despues alabándote me goce contigo eternamente: porque mi corazon, oh Jesus bueno, vivirá siempre inquieto hasta que te posea, y en Tí descanse. Amen.

ORACION

SOBRE LAS LÁGRIMAS DE SANTA MARIA MAGDALENA.

Oh mi buen Jesus, esperanza de los penitentes, que á Maria la pecadora que lloraba á tus pies, que los regaba con lágrimas, que los enjugaba con sus cabellos, y los besaba tiernamente, para darla una prueba de tu piedad, le concediste el perdon de sus pecados: no desprecies, Jesus misericordioso á este pecador, que postrado ante los pies de tu soberana clemencia, los riega con las lágrimas de la mas íntima compuncion, y los besa con los ósculos de la mas fervorosa oracion; y has que oiga yo tu voz llena de piedad y clemencia, de suavidad y dulzura que aquella mereció oír, para que por sus méritos y tu gracia, perdonados que sean mis muchos pecados; con ella, y con todos los Santos y Espíritus bienaventurados en la gloria eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XI de San Mateo desde el v. 16 hasta el 30. Y en el VII de San Lucas, desde el 31 hasta el 50.

La Iglesia usa del de San Mateo desde el v. 25 al 30 en los días y festividades siguientes.

El día de San Pablo primer ermitaño, á 25 de enero. El de San Matias Apostol, á 24 ó 25 de febrero. El de San Pascual Bailon, á 17 de mayo. El de los Santos Mártires Primo y Feliciano, á 9 de junio. El de San Francisco de Asis á 4 de octubre; y otros varios.

Y del de San Lucas desde el v. 36 hasta el 50, usa:

En la Feria V despues de la Dominica de Pasion. En la Feria VI de las Cuatro Témporas de setiembre. Y en en el dia de Santa Maria Magdalena, á 22 de julio.

El testo del Evangelio de S. Mateo desde el v. 16 hasta el 24, dice así:

Mas, ¿á quién compararé Yo esta raza de hombres? Es semejante á los muchachos sentados en la plaza, que dando voces á otros de sus compañeros les dicen: Os hemos entonado cantares alegres, y no habeis bailado: cantares lúgubres, y no habeis llorado. Así es que vino Juan y casi no come, ni bebe, y dicen: Está poseido del demonio. Ha venido el hombre que come, y bebe, y dicen: He aqui un gloton, y un vinoso, amigo de publicanos, y gentes de mala vida. Pero queda la Divina sabiduria justificada para con sus hijos. Entonces comenzó á reconvenir á las ciudades donde se habian hecho muchísimos de sus milagros, porque no habian hecho penitencia. ¡Ay de tí Corozain! ¡Ay de tí Bethsayda! Que si en Tiro y en Sidon se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrian hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto os digo, que Tiro y Sidon serán menos rigurosamente tratadas en el dia del juicio que vosotras. Y tú; Cafarnaum ¿piensas acaso levantarte hasta el Cielo? serás, sí, abatida hasta el infierno: porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en tí, Sodoma quizá tambien subsistiera aun hoy dia. Por eso te digo, que el pais de Sodoma en el dia del juicio será castigado con menos rigor que tú.

EVANGELIO PARA VARIAS FESTIVIDADES.

San Mateo, cap. XI, vs. 25 al 30.

En aquel tiempo, exclamó Jesus diciendo: Yo te glorifico, Padre mio, Señor de Cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes *del siglo*, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí, Padre mio, *alabado seas*: por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo, sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelar.

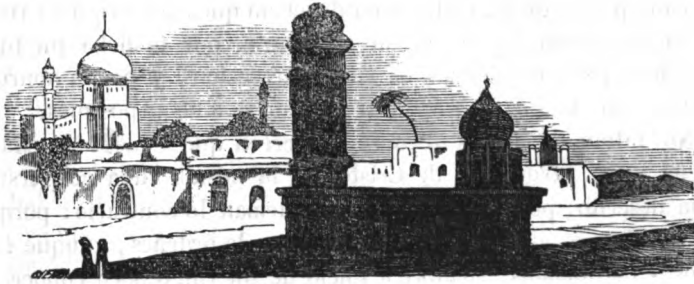
TOMO II.

velario. Venid á Mí todos los que andais agobiados con trabajos, y cargas, que Yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazon: y hallareis el reposo para vuestras almas. Porque es suave mi yugo, y ligero el peso mio.

EVANGELIO PARA LA FESTIVIDAD DE SANTA MARIA MAGDALENA.

San Lucas, cap. VII, vs. 36 al 50.

En aquel tiempo: rogaba á Jesus un fariseo que fuera á comer con él; y habiendo entrado en casa del fariseo se puso á la mesa. Cuando he aqui que una mujer de la ciudad notada por su mala conducta, luego que supo que se habia puesto á la mesa en casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo: y arrimándose por detrás á sus pies, comenzó á bañárselos con lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo. Lo que viendo el fariseo que le habia convidado, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta bien conoceria quién y qué tal es la mujer que le está tocando: ó que es una mujer de mala vida. Y respondiendo Jesus á su pensamiento, le dijo: Simon, tengo algo que decirte. Y respondió él, Maestro, dí. Cierta acreedor tenia dos deudores: uno le debia quinientos dineros de plata, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con que pagar, perdonó á entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos *piensas* le amará mas? Respondió Simon y dijo: Juzgo que aquel á quien mas se perdonó. Y díjole Jesus: Juzgaste rectamente. Y volviéndose hácia la mujer, dijo á Simon: ¿Ves á esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me diste agua con que lavara mis pies: mas esta ha bañado mis pies con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero esta desde que llegó no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con aceite mi cabeza; y esta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por lo cual te digo: que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel á quien menos se le perdona. Entonces dijo á la mujer. Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decir interiormente: ¿Quién es este, que tambien perdona pecados? Mas El dijo á la mujer: Tú fé te ha salvado: vete en paz.



CAPITULO XVI.

**ENVIA JESUCRISTO Á PREDICAR Á SUS SETENTA Y DOS DISCIPULOS,
Y EL BAPTISTA ES DEGOLLADO EN LA CARCEL.**

Varias son las opiniones y congeturas que se han formado sobre la mujer pecadora cuyo arrepentimiento y lágrimas se acaba de ver. Ninguno de los comentadores ó espositores del Evangelio duda que conservase preciosamente el resto de sus dias los frutos del favor que acababa de recibir, y que los fervores de su amor reconocido, despues de haber conseguido el perdon, hayan igualado el fervor de su mismo amor penitente cuando suspiraba aun por el momento de la gracia. Pero algunos de ellos reparan en asegurar que fuese una del número de aquellas otras distinguidas por su virtud, á las cuales permitió Jesus que le siguiesen en sus correrias evangélicas, aunque las mas de ellas fuesen de las que habia curado de sus enfermedades y librado del espíritu maligno. Entre

otras nos dice San Lucas (1) que se hallaba Juana, Esposa de Chusás, Mayordomo de la casa de Herodes, una mujer llamada Susana, y sobre todas Maria por sobrenombre Magdalena, á la que habia librado de siete demonios; ilustre en la série de la historia de Jesucristo, por la tierna y afectuosa devocion que conservó á su Divino Maestro hasta el punto de su sepultura, por la dicha que tuvo de verlo la primera despues de su Resurreccion, y por la honrosa comision que le dió de ir á llevar esta nueva á los Apóstoles.

No faltan escritores de nota que creen que esta Maria Magdalena, tan favorecida de Cristo, es la misma cuya conversion se ha descrito; pero otros suponen y afirman lo contrario; porque la naturaleza y publicidad de sus antiguos desórdenes, aunque llorados y perdonados, siempre á juicio de un vulgo poco conocedor del interior de los corazones, é inclinado á pensar pésimamente aun de la virtud mas pasmosa y conocida, debia dejar alguna tacha en su reputacion; y no convenia á la de Jesus que fuese compañera de los viajes que habia de hacer con sus Apóstoles y Discípulos. En vista de esto, pueden creer con algun sólido fundamento, que acaso Jesus se portaria con ella como con el endemoniado de Gerasa, mandándola se quedase allí en su propia ciudad para que fuese un testimonio perenne de su misericordia, y la publicase sin cesar á sus compatriotas, no permitiéndola que lo siguiese, como tampoco lo permitió á la mujer de Samaria. Mas sea de esto lo que fuese, en nada se perturba ni perjudica la narracion histórica de los trabajos del Salvador; antes al contrario, se vé mas claro con cuanto conocimiento, utilidad y ventajas los disponia, para repartir copiosamente sus gracias, en el discurso de la mision que emprendió durante la ausencia de sus Apóstoles y Discípulos, á los que habia enviado de dos en dos á predicar el Evangelio de la gracia á todas las ciudades y lugares donde El pensaba ir despues (2).

El nombramiento particular y señalado de estos setenta y dos Discípulos, á los que no prescribió un modo de vivir tan áspero como trazó á los Apóstoles en la primera mision, aunque en lo demas les dió las mismas instrucciones, los mismos mandatos, el mismo poder, y bendijo igualmente sus trabajos; fue un signo de que despues de su Resurreccion y Ascension á los Cielos, su fé habia de ser predicada y anunciada á las gentes de setenta y dos lenguas; asi como antes en la eleccion de los doce Apóstoles se signifi-

(1) Lucæ. cap. 8.

(2) Lucæ. cap. 10. v. 1.

caron las doce tribus de Israel: por esto la primera lengua entre todas, que era la hebrea, se dividió despues en setenta y dos. Los Apóstoles, que recibieron en su mision preceptos mas duros, denotaban la forma de los obispos, esto es, del primer órden, ó de los sacerdotes mayores, y los Discípulos eran la figura de los sacerdotes menores, ó pastores de segundo órden, cuales son los curas párrocos: aunque en los primitivos tiempos de la Iglesia todos se llamaron obispos. Los envió de dos en dos, para que entendiesen que habian de convertir á dos pueblos, el judío y el gentil: que les habian de procurar la salud corporal y la espiritual: que les habian de predicar los dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo: que se habia de consolar el uno al otro, y para que los pueblos se convenciesen de que era la verdad la que les predicaban, pues se hallaba de repente autorizada por dos testigos, cuyo testimonio, segun la ley (a), era irrecusable. Los envió delante de El, para que la venida de Cristo á nadie se ocultase, y le preparasen el camino y el hospedaje en el corazon de los hombres: y los envió á todas las ciudades y lugares, para que conociesen que despues de su Ascension á los Cielos habian asimismo de predicar en todos, por grandes y pequeños que fuesen (b).

Salieron, pues, y dieron vuelta por los castillos y lugares, evangelizando por todas partes, empleando en este ministerio cerca de tres semanas; plazo sobradamente dilatado para unos hombres que por primera vez se separaban de tan Divino Maestro para ensayarse en el ejercicio de tan altísimas funciones que les habia confiado, pero como aunque llevaban poder y autoridad sobre los demonios, no estaban exentos de la flaqueza de la humanidad, los llamó el Señor otra vez cerca de su persona, y les señaló á Cafarnaum para que allí se reuniesen todos antes de la solemnidad de la Pascua: mas entretanto que se verificaba la reunion de los Discípulos con el Maestro, le arrebató la injusticia y la venganza de una mujer adúltera é incestuosa á su Santo Precursor.

Gustosos volvian los Discípulos á la vista de Jesus despues de haber lanzado los demonios, y curado los enfermos mas desahuciados, sin usar otro remedio, que un óleo simple, al que dió Dios

(1) Deuteronom. c. 19. v. 15. Math. c. 18. v. 16. Div. Paul. Ep. 2.^a ad Corinth. c. 13. v. 1.

(a) Las instrucciones dadas por Jesucristo á los Discípulos que en esta ocasion envió á predicar, son las mismas que dejamos escritas pág. 13 y siguientes.

esta admirable virtud; y que figuraba desde entonces el de la Estremauncion (1). Refiriéronle cuanto fruto habia hecho su palabra en aquellos á quienes habian predicado; y como su virtud obraba donde El estaba, estendiéndose á lugares muy remotos, y haciéndose sentir á un tiempo mismo en parages muy diferentes: sobre lo que dice el Venerable Beda (2): Bien dijeron los discipulos porque dieron todo el honor á la eficacia y virtud del nombre de Cristo: pero como tenian aun una fé muy imperfecta, se alegraban por los milagros que habian obrado, y como el Señor los vió por ello casi envanecidos, para desterrar la soberbia de su corazon, y toda la vanagloria en que pudieran incurrir, les dijo: Yo estaba viendo desde el principio del mundo á Satanás caer del Cielo á manera de relámpago. Y podia decir en verdad que lo estaba viendo, porque él fué el que le precipitó. El rayo cae con la mayor velocidad, y manifiestamente, y con hedor é inflamacion: asi los demonios cayeron del Cielo en un instante, viéndolo los Angeles Santos, arrojando el pestilente hedor de su propio pecado, siempre dispuestos á inflamar los hombres por la tentacion. La causa de esta espantosa ruina fue la vanidad y soberbia que concibieron viendo su grandeza y hermosura. Así pues, lo que el Salvador quiso decirles, fue: vosotros veis que os he engrandecido y dado poder de hollar serpientes y escorpiones y toda la fuerza del enemigo: de suerte que nada podrá haceros daño. Guardaos pues con suma diligencia y cuidado de no engreiros y ensoberbeceros por la gran potestad que os he concedido sobre los demonios, no sea cosa que por esto mismo os precipiteis: gozaos, sí, y alegraos porque vuestros nombres estan escritos en los Cielos (3).

Con el ejemplo de Satanás quiso el Señor aterrarlos, para que desoyesen las voces del espíritu de la soberbia, acordándose que por ella habia sido arrojado de su sublime asiento; y animarlos á seguir la humildad, conociendo que si aquel, criado en el Cielo fue arrojado de él; ¿cuánto mejor lo serian ellos que habian sido criados en la tierra, y salido del polvo y de la nada? Si aquel por la soberbia cayó del Cielo, entiendan los soberbios que de ninguna manera podrán subir allá. Son muy dignas de notarse las palabras de San Gregorio (4) sobre este punto tan interesante: Admi-

(1) Concil. Trident. Sess. 14. cap. 1.

(2) Ven. Bed. in cap. 10. Lucæ.

(3) Lucæ. cap. 10. vs. 18. 19. et 20.

(4) Div. Gregor. lib. 23. Moral. cap. 4.

rablemente quiso reprimir el Señor la hinchazon y la soberbia en el corazon de sus discípulos , cuando con tanta oportunidad les recordó la espantosa ruina del maestro de aquel horrible vicio, para que aprendiesen en el autor , lo que de sus obras debian temer y esperar. Cualquiera por consiguiente que se convirtió, y de malo que era , comenzó á ser bueno, tema mucho ensoberbecerse por las virtudes que practica; no sea cosa caiga por la vanagloria en un precipicio mas hondo que aquel en que antes yacia. No confies demasiado en la dignidad de tu naturaleza: no te envanezcas por la sabiduria, ni por el honor, ni por el poder que tu condicion y estado te conceden: mucho mayor es la naturaleza angélica bajo todos los conceptos con que quieras mirarla, y sin embargo cayeron por su soberbia los Angeles y estan bajo tus pies. Mucho mejor, y sin comparacion alguna mas útil y ventajosa es una humilde confesion de las culpas despues de haber caido en ellas que la soberbia y la vanagloria despues de las obras buenas (1).

De este modo animaba Jesus con sus promesas, y fortificaba con sus instrucciones el corazon de los primeros doctores de su Ley y de su Iglesia. Para llenar debidamente las grandes obligaciones de su ministerio, les eran necesarias fuerzas y luces algo mas que naturales, y mas particularmente en un tiempo en que ya veian perseguido con tanta obstinacion á su Maestro por la envidia de los fariseos; y la muerte del incomparable Juan Bautista, que habia sucedido, y oyeron referir durante su mision, hubiera sido bastante para hacerles perder el ánimo, si el Maestro Divino no los hubiera fortalecido con sus instrucciones y con la gracia que como Dios derramaba sobre ellos.

Cercano estaba el dia de la Pascua cuando coincidió el del nacimiento de Herodes, y determinó el tetrarca celebrarlo con públicos regocijos y grandes diversiones, preparando al efecto un espléndido banquete, al que fueron convidados los principales magnates de la Corte (2), los gefes de la tropas, y las personas mas considerables de Galilea. La cruel Herodias, concubina del malvado príncipe, vivia siempre agitada de un tormentoso recelo á causa de las predicaciones de Juan, temiendo no se venciese por fin su cómplice, y la devolviese á su hermano: por lo que, no tanto se ocupaba en gozar de los placeres del festin, cuanto en maquinár pen-

(1) Div. Augustin. in Psal. 93

(2) Marc. c. 6. v. 21.

samientos de venganza contra el Santo Precursor, buscando una ocasion favorable para perderle. Ni los goces y delicias que disfrutaba, ni el tiempo que todo lo mitiga y consume, habian podido borrar de su corazon la osadia santa con que aquel varon respetable reprendia sin cesar á Herodes el comercio adúltero é incestuoso que con ella mantenía: y aunque era amada, casi con una especie de idolatria que debia tranquilizarla, sin embargo, el celo del hombre de Dios para ella era un crimen imperdonable, y una injuria atroz, que una mujer abandonada, sin pudor y sin religion no podia olvidar.

No se escondia á Herodes el gran prestigio que Juan Bautista tenia en el pueblo, no solo entre la gente vulgar, sino tambien entre los ricos y poderosos: su virtud tenia grandes atractivos, la austeridad de su vida grandes admiradores, y su amabilidad y dulzura le habian hecho grandes partidarios. Razones pues de alta política, y un aparente respeto impedian á Herodes determinarse á dar gusto á Herodias, sacrificando á sus caprichos el hombre que tanto aborrecia: y uno y otra buscaban al parecer ocasion de hacerlo, sin comprometer la tranquilidad del pueblo, y esponerlo á una sedicion. Tenia Herodias una hija de Filipo, á la que amaba Herodes con la mayor ternura, lo que conocido por su madre, resolvió hacerla el instrumento de sus venganzas.

Era costumbre entre los judios no sentarse las mujeres en los banquetes, y mucho menos en las mesas de los Príncipes en los dias de grandes festines; por lo que dió Herodias orden á su hija, que en el tiempo oportuno se presentase, que danzase en presencia de Herodes, y de toda su corte; y que no omitiese cosa alguna para darle gusto. Obedeció en todo la hija con tanta puntualidad á su madre, y danzó con tanta habilidad y destreza, que mereció los aplausos de todos los convidados, y sobre todos de Herodes, que queriendo dar á la saltatriz una prueba de su benevolencia y aprecio, en el primer acceso de su loca alegria la dijo: *Pídeme lo que quieras, que yo prometo no negarte nada, y te juro que te lo otorgaré, aunque fuese la mitad de mi Reino.* Aceptó la joven la oferta, pero no se atrevió á pedir sin consultar con su madre; á la que dando cuenta del suceso, pidió parecer sobre lo que habia de pedir. Llegó para aquella mujer infame la ocasion que con tanto afan habia buscado, y soltó el dique á su venganza. Sí, dijo, llena de gozo: Pues anda, entra otra vez, y no pidas otra cosa, sino *la cabeza de Juan Bautista.* Peticion que se hizo, por mas horrible y feroz que parezca; que se concedió al instante, por mas que Herodes aparen-

tase tristeza por haber hecho la promesa con juramento; y que se ejecutó prontamente por evitar la vergüenza de desdecirse, y el temor de que se atribuyese á cobardia el dejar de cumplirla.

Por mas espantoso que parezca este cuadro, no hay duda que hubo en el mundo una madre que tuvo valor para aconsejar á su hija una peticion tan sacrilega, tan detestable y cruel: que hubo una joven tan destituida de sentimientos de humanidad que se atrevió á repetirla; y que hubo un hombre tan asesino y bárbaro que en vez de bramar de cólera y de indignacion cuando se la presentaron, no tuvo valor para resistirla, alegando un juramento que ninguna ley le obligaba á cumplir: porque no hay obligacion de guardar un juramento cuando sin advertencia ni cautela se jura una cosa mala. Herodes fue engañador en el jurar, y sacrilego en el cumplir lo jurado. Juró á presencia de los convidados para que todos fuesen compañeros de su maldad; y mandó cumplir á su vista lo jurado, para que fuesen tambien cómplices en su execrable delito, no corrigiéndole ni resistiéndole. Juró tal vez, dice San Gerónimo (1), para tener una ocasion aparente de matar á Juan, y evitar la sedicion del pueblo; porque pareciese que hacia forzado lo que no hacia sino muy espontáneamente. Disimulador malvado (2) de lo que pasaba en su corazon, aparentaba tristeza en el rostro y se alegraba interiormente. Escusaba su maldad con un juramento, para ser mas impio invocando la piedad. Asi Herodes es el símbolo de todos aquellos, que cubiertos con el hermoso manto de la religion, no conciben sino pensamientos de iniquidad, y esperan ocasion oportuna para realizarlos. En Herodias se representa la lujuria, y en la saltatriz la disolucion y desenvoltura de los licenciosos y lascivos: por cuyo medio Juan, esto es, el hombre virtuoso y santo, es degollado muchas veces espiritual y corporalmente. Herodes cumplió su promesa, dió la orden, y el Bautista fue degollado en la cárcel.

¿Qué desgraciados son los pueblos cuando los palacios de los que gobiernan no estan habitados por hombres de conciencia y honor? ¿Qué desventuradas las naciones cuando sus Príncipes y Reyes son afeminados y lascivos? ¿Qué cúmulo tan inmenso de males no vienen sobre ellas cuando los poderosos y grandes no estan formados en la escuela de la religion, y no les sirven de freno sus preceptos, ni los contienen las leyes de la sana moral? Cual exhala-

(1) Div. Hieronim. in cap. 14. Math.

(2) Ven. Bed. in Marcum, cap. 6.

cion violenta que de la esfera desciende , cual nube que piedra descarga , cual peñasco horrible que de la cumbre del monte se desgaja , ó cual rio en fin salido de madre , que sordo siempre é insensible se muestra , y todo lo destruyen , todo lo arrasan , todo lo aniquilan y talan , y sin compasion alguna todo lo arrancan y arrebatan ; asi para aquellos seres desalmados destituidos de todos los sentimientos de humanidad , de religion , de justicia , de honor y de virtud ; la suerte , la fortuna , y el bienestar de las familias ; el honor y la vida de los hombres , por justos y virtuosos que sean , todo es un juguete pueril para ellos ; todo es despreciable y poco , nada juzgan



tan precioso y estimable , que tengan reparo en atropellarlo todo por no perturbar sus placeres y atender á la satisfaccion impia de sus gustos y deleites. Ellos imaginan que los demas hombres no han sido criados sino por su respeto y servicio , por esto los miran como seres de otra especie degradados á su vista y envilecidos , y no reparan en hacerlos víctimas de sus mas vergonzosas pasiones : asi el Bautista vino á serlo de la deshonestidad de Herodias y de la cobardia de Herodes. Asi el premio de la saltatriz fue la cabeza

ensangrentada del Precursor Santo de Jesus, que por orden del Tetrarea se le presentó en un plato por la mano del mismo verdugo, ejecutor de la sacrilega orden que se le habia dado. Oh y cuán bien dijo el Eclesiástico (1): *El vino y las mujeres hacen apostatar á los sabios y desacreditan á los sensatos. El que se junta con ramera, perderá toda su vergüenza; la podre y los gusanos serán sus herederos; será propuesto por escarmiento, y será borrado del número de los vivientes.* Todo lo que se cumplió perfectamente en el desventurado Herodes. Un pecado mas pequeño fue causa de un pecado mayor: porque no reprimió su voluntad libidinosa llegó hasta la lujuria; y porque no estinguió la lujuria descendió hasta el homicidio.

Cuatro cosas, cual mas cruel y horrorosa, se ofrecen en este pasage á la vista del hombre observador. Primera: la gran crueldad de mandar tan injustamente la degollacion. Segunda. hacer alarde de este tan bárbaro y cruel homicidio, mandando presentar en un plato la cabeza del degollado entre las delicias de un festin. Tercera: entregarlo como premio de su desenvoltura á una joven saltatriz á presencia de todos, y observar como á pesar de la debilidad de su sexo y de sus pocos años, mira sin horror y se mantiene firme á vista de un espectáculo tan sangriento, teniendo en ~~sus~~ **manos** la cabeza aun palpitante de un hombre Santo, con una **constancia** solo propia del espíritu mas feroz de la venganza, y solamente digna de la inmunda sangre que por sus venas corria. Y la cuarta, y mas cruel que todas, es ver como aquella reliquia tan santa y respetable pasó á manos de una mujer adúltera que tanto la aborrecia. Sobre esto se esplica el Crisóstomo con su acostumbrada elocuencia, y dice (2): Esta mujer es la antigua malicia, que arrojó á Adán de las delicias del paraíso: que hace terrenos á los hombres celestiales: que arrojó en el infierno al género humano: que quitó la vida al mundo por una manzana de un árbol: esta hizo un mal por el que todos los hombres fueron condenados á muerte: esta encontró el verdadero trabajo y las angustias que ahora condenaron al Bautista: esta deprime la puericia, pierde la juventud, atrae, inquieta, y atormenta la casi muerta ancianidad. ¡Mujer perversa! ¡Inaudita malicia, que tantos y tan graves males causó, causa y causará al mundo hasta la consumacion de los siglos!

Es preciso empero y conviene dar algunas noticias de esa tan desastrada mujer, segun nos las transmite el célebre historiador Jose-

(1) Eccl. cap. 19. vs. 2. et 3.

(2) Div. Crisostom. ex variis in Math. locis. Hom. 16.

fo (1): Algunos han creído que el primer marido de Herodias fue Filipo el tetrarca, pero no es así, sino que fue otro hijo de Herodes el Grande, y de la segunda Mariamne, hija del Sumo Sacerdote Simón. Josefo le llama también Herodes, cuyo nombre acostumbraban á tomar los Príncipes de esta familia. El tetrarca de Galilea que mandó decapitar á Juan se llamó también Herodes, aunque su verdadero nombre era Antipas.

Este Herodes Antipas, que tuvo Herodes el Grande de cierta Cleopatra, de nación judía, estaba casado hacia ya algunos años con una hija de Aretas, Rey de la Arabia Petrea, cuando en un viaje que hizo á Roma vió á la mujer de su hermano Herodes Filipo; y apasionándose de ella concertó en secreto este matrimonio incestuoso, en que consintió aquella, ó por la persona ó por el poder de Antipas. Era hija de Aristóbulo, hijo segundo de la desventurada y virtuosa Mariamne, de la dinastía de los Asmoneos, y habia dado á su esposo Herodes Filipo una hija llamada Salomé, la misma que pidió y obtuvo la cabeza del Bautista, por instigación de su madre (2). Habiendo sabido la princesa árabe que estaba resuelto su repudio entre su marido y Herodias, y que debia ceder á esta su calidad de esposa, aparentó que no lo sabia cuando regresó Herodes de su viaje, y solamente le pidió licencia para retirarse por cierto tiempo á Maqueron, fortaleza que pertenecia entonces á su padre, á cuyo reino se refugió inmediatamente. Por esta causa se encendió una guerra entre Aretas y Antipas, en que hicieron los árabes tal carnicería, que perdió el segundo todo su ejército.

Algunos judíos creyeron que Dios destruyó el ejército de Herodes en castigo de haber quitado la vida á Juan Bautista, cuya poderosa influencia temia el Rey, porque acostumbrados los judíos á seguir en todas las cosas sus consejos, pensó que su muerte podria arrastrarlos á la rebelión, y creyó que era mas provechoso para sí, quitarle la vida, que escarmentar tarde en la ruina de su poder; por esto mandó llevarlo atado á Maqueron, donde fué decapitado. San Gerónimo opina que no fué decapitado en el castillo de dicha

(1) Josefo. Antiquit. Judeor. lib. 18.

(2) Esta opinion de Josefo está contrariada por algunos Padres de los primeros siglos, y por otros rabinos, que aunque convienen en que se llamaba Salomé la saltatriz, no convienen en que fuese hija de Filipo, sino del mismo Herodes, como aseguran: pero esto lo contradice San Marcos; y la de los primeros no tiene otro apoyo sino la costumbre de aquellos tiempos, en que el nombre de Herodes era comun á todos los reyes, como el César lo era á los emperadores romanos.

ciudad, sino en Sebaste, que era otra de la Palestina, la que antiguamente se habia llamado Samaria, donde Herodes habia mandado edificar un gran palacio (1), y que despues fué sepultado en Maqueron, ciudad de la Arabia, á la otra parte del Jordan: mas esto parece contrario á la historia eclesiástica que dice, que fué muerto en esta ciudad y sepultado en Sebaste. La cabeza santa del Bautista fué llevada á Jerusalem por orden de Herodias, y sepultada con reserva y cautela no muy lejos de la habitacion de Herodes, porque temia que resucitase si se hubiese sepultado con el cuerpo: el que por revelacion del mismo San Juan hallaron dos monges mucho tiempo despues envuelto en unos sacos ó tónicas de cilicio que se creyó eran los mismos vestidos que usaba en el desierto; y trasladado á Jerusalem fué sepultado entre los cuerpos de los Santos Profetas Heliseo y Abdias.

Al dar cuenta los Evangelistas de este acontecimiento trágico solo nos dicen, que habiendo llegado á noticia de los discípulos de Juan la inesperada muerte de su maestro, fueron á pedir su cuerpo, el que se les concedió; lo pusieron en un féretro, y lo llevaron á la sepultura donde lo depositaron. La degollacion no ocurrió el mismo dia en que la Iglesia celebra esta festividad, sino muy cerca de la Pascua de los ácidos, en el año anterior á la muerte del Salvador, habiendo estado un año entero en la cárcel. Despues que los discípulos de Juan hubieron tributado á su maestro los últimos homenajes de misericordia, fidelidad y honor, y creyendo que nadie estaba mas interesado que Jesus por la persona del Bautista, fueron á llevarle la triste nueva, y á consolarse con El de la sensible pérdida que acababan de sufrir. Llegaron á Cafarnaum, casi al mismo tiempo que los Apóstoles y Discípulos de Jesus, pero aunque nada podian decirle que su Magestad no supiere, no por eso dejó de escuchar á todo benignamente: afligióse el Señor con ellos como era muy natural; y les dijo cuanto podia conducir para consolarlos: ofrecióles su proteccion y escuela para que pudiesen seguirlo, y compensar con ventajas la pérdida que acababan de experimentar.

Con los discípulos de Juan y los de Jesus acudieron tambien una inmensa multitud de gentes, que iban para ser instruidos y aliviados en sus males y dolencias, y á ser libertados de los espíritus malignos: pero el Señor no tenia aliento para negarse á ninguno: apenas salian unos, cuando venian otros; y ni aun les dejaban

(1) Div. Hieronim *De loco necis Joann.* in cap. 14. Math.

tiempo para tomar el alimento necesario : y compadecido de ellos el Divino Maestro los llevó á un lugar desierto y apartado para que pudiesen tomar algun descanso.

San Agustin cuando contempla la degollacion del Bautista , dice (1): Verificóse en Juan lo que él mismo habia predicho hablando á sus discipulos de Jesucrito : *conviene que él crezca , y que yo mengüe* (2): porque Juan menguó cuando le cortaron la cabeza , y Cristo creció cuando le estendieron en la Cruz. Y San Gregorio añade: la degollacion de Juan indica la minoracion de la fama de aquel que era tenido por Cristo por el mismo pueblo: asi como la exaltacion de Cristo en la Cruz demuestra la propagacion y aumentos de la fé; porque el mismo que antes era tenido por las tribus solamente como Profeta, fue conocido despues por todos los fieles como Hijo de Dios y Señor de los Profetas. Asi es que Juan, que habia de disminuirse , nació cuando el sol empieza á menguar en su carrera , ó á disminuirse el dia: y el Señor, que habia de crecer , nació tambien cuando el astro luminoso del dia comienza á alargar su curso , ó el dia á alargarse (3). Y que esto aun hoy dia se verifique y suceda, lo estamos viendo nosotros , dice San Gerónimo (4): Jesucristo es la cabeza de la ley que se separa de su cuerpo propio, esto es, del pueblo judáico: y se da á la muchacha gentil, que es la Santa Romana Iglesia; y la jóven lo da á su madre adúltera, que es la ingrata Sinagoga, que al fin del mundo ha de creer y convertirse. Ved ahí como muere Juan, el amigo mas íntimo del Salvador Jesus, su pariente y gran secretario del Hijo de Dios. Ved ahí como fenece un hombre tan grande y de tan singular virtud , cual si hubiese sido un malhechor. ¡Oh impiedad! ¡O crueldad inaudita! El justo es degollado; su cabeza es el precio de un baile; su cabeza se lleva en un plato, se ofrece á los convidados; ¡grande vianda! pero horrible para presentarse en un banquete régio. Solo la lujuria y la venganza pueden alimentarse con ella. Cuando se refiere la virtud de este justo, y la ferocidad del tirano que lo mandó degollar, se estremece y derrite el corazon.

Juan es la estola riquisima de la virtud , el magisterio de la vida, la forma de la santidad , la norma de la justicia , el espejo de la virginidad, el título de la pudicicia, el ejemplo de la castidad, el camino de la penitencia , el consejero de los pecadores, la regla de la

(1) Div. Augustin. Sermon. De Degollation. Joann.

(2) Joann. cap. 3. v. 30.

(3) Div. Gregor. Hom. 6. in Evangel.

(4) Div. Hieronim. in cap. 14. Math.

fé. Juan es mayor que todo hombre, la suma de la ley igual á los Angeles, la sancion del Evangelio, la voz de los Apóstoles, el silencio de los Profetas, la lucecilla del mundo, el Precursor de Cristo, el mediador de Cristo, el testigo fiel del Señor, y el medio de toda la Trinidad. Y siendo tan grande, está bajo el poder de un inces-
toso, se entrega á una adúltera, y su cabeza se adjudica en premio á una saltatriz. Oigamos esto pues, todos los que viviendo seguimos el camino de la virtud, y somos por lo mismo perseguidos y maltratados por los hombres perversos. Dios entonces sostuvo á aquel á quien antes habia sostenido en el desierto, llevando ceñido su cuerpo con una áspera correa de pieles, y yendo vestido con un saco de cilicios: á aquel que era mas que Profeta, y el mayor entre todos los que habian nacido de mujer: y que por sostener las leyes divinas fué muerto por causa de una mujer incontinente y de una corrompida meretriz. Pensando esto, suframos con paciencia, resignacion y constancia los males y persecuciones de este mundo, que los hombres malvados nos hagan sufrir para que un dia seamos coronados con los Santos que nos dieron tan nobles y gloriosos ejemplos de paciencia y sufrimiento, y viven y reinan con el Santo de los Santos (1).

ORACION.

Amantísimo Redentor y Salvador mio Jesucristo. Concédeme la dicha de que por la santa predicacion de tus Discípulos de tal manera quede enseñado, que jamás me ensoberbezca por ninguno de todos aquellos pensamientos y cosas que puedan escitar en mi corazon el enoancimiento y orgullo; sino que ayudado con tu gracia me glorie solo en tu Cruz, y en todo aquello que escite y provoque á la humildad: y que esta misma doctrina santa del Evangelio, confirme siempre y fortalezca mi corazon en la mas profunda humildad, y en el ejercicio y práctica de todas las virtudes, para que libre de todos los vicios, y adornado de todas aquellas merezca hallar en tí, en esta vida y en la otra, el descanso eterno de mi alma. Amen.

ORACION

SOBRE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

O Santo y bienaventurado Precursor de Jesus Juan Bautista, gran-

(1) Div. Crisostom. Hom. 16. ex variis in Math.

de amigo de Cristo, lucecilla que luces y ardes: ruega por mí, miserable pecador, á Dios Padre de las misericordias; para que ilumine é inflame mi corazon tenebroso y frio, á fin de imitarte sufriendo todas las persecuciones con paciencia, por Jesucristo, por su fé, por la verdad; y por la justicia; y despues de haber peleado como tú, con varonil constancia hasta la muerte, merezca por tus méritos é intercesion llegar felizmente á las reales bodas del Cordero inmaculado, que con tu dedo enseñaste al pueblo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en el VIII de San Lucas, versículos 2 y 3. En el X del mismo, desde el v. 1 al 12, y desde el 17 al 20. En el XIV de San Mateo, desde el 3 al 12, y en el VI de San Marcos desde el 17 hasta el 31, todos inclusive.

La Iglesia usa del de San Lucas en las varias festividades que se notaron en la página 20, por lo que no se repiten ahora, ni se pone tampoco el testo del mismo Evangelio por estar compendiado en el X de San Mateo que allí se estampó.

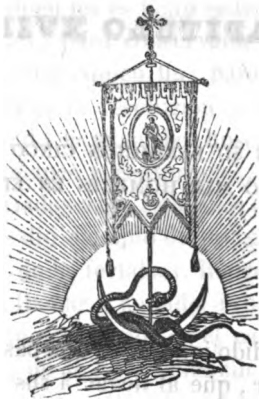
Usa tambien del VI de San Marcos en la festividad de la degollacion de San Juan Bautista á 29 de agosto, dice asi:

**EVANGELIO DE LA MISA EN LA FIESTA DE LA DEGOLLACION DE SAN
JUAN BAUTISTA.**

San Marcos, cap. VI, vs. 17 al 29.

En aquel tiempo, envió Herodes á prender á Juan, y le aherró en la cárcel por causa de Herodias, mujer de su hermano Filipo, con la que se habia casado. Porque Juan decia á Herodes: No te es lícito tener por mujer á la que lo es de tu hermano. Por lo que Herodias le armaba asechanzas, y deseaba quitarle la vida, pero no podia conseguirlo, porque sabiendo Herodes que Juan era un varon justo y santo, le temia, y miraba con respeto, y hacia muchas cosas por su consejo, y le oia con gusto. Mas en fin, llegó un dia favorable á los designios de Herodias, en que, por la fiesta del nacimiento de Herodes, convidó este á cenar á los grandes de su córte, y á los primeros capitanes de sus tropas, y á la gente principal de Galilea: y habiendo entrado la hija de Herodias, bailó, y agradó tanto á Herodes y á los convidados, que dijo el Rey á la muchacha: Pídemelo que quieras, que te lo daré: y le añadió con juramento: Sí, te daré todo lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo ella salido, dijo á su madre: ¿Qué pe-

diré? Respondióle: La cabeza de Juan Bautista. Y volviendo al instante á toda prisa á donde estaba el Rey , le hizo esta demanda: Quiero que me des luego en una fuente la cabeza de Juan Bautista. Contristóse el Rey ; mas en atencion al impio juramento, y á los que estaban con él en la mesa , no quiso disgustarla: sino que enviando á un alabardero, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El alabardero pues le cortó la cabeza en la cárcel, y trájola en una fuente, y se la entregó á la muchacha. Lo cual sabido vinieron sus discípulos, y cogieron su cuerpo y le dieron sepultura.





CAPITULO XVII.

**MULTIPLICA JESUS CON SU BENDICION CINCO PANES Y DOS PECES,
Y SACIA CINCO MIL HOMBRES EN EL DESIERTO.**

Si Jesus hubiese podido ignorar lo que pasaba en la casa de Herodes, podriamos decir, que al llegar á sus oidos la noticia de la muerte del Bautista, se habia llenado de miedo, y se apresuraba á salir de aquella tierra que creia serle fatal: tales eran las medidas que tomaba el Salvador para interrumpir la continuacion de sus trabajos, y salirse algunos dias á la soledad para respirar con sus amigos escogidos, y tomarse al parecer algun descanso: pero miserablemente se engaña y pierde la sabiduria de los hombres, cuando por sus propias luces quiere examinar las resoluciones de Dios.

Tenian sus Apóstoles la órden de tenerle pronta una de sus barcas, embarcáronse con El, pasaron felizmente al otro lado del mar de Tiberiades, y llegaron á las márgenes de una gran llanura ro-

deada de las faldas de los montes dependiente de Bethsayda. Esta plaza situada al oriente de Cafarnaum, y al mediodia de Tiberiades, estendiéndose á lo largo por la parte de Galilea á alguna distancia de la antigua Paneas, que se llamaba Cesárea de Filippo, desde que el tetrarca de este nombre la reedificó y dió á los Césares en prenda y seguridad de su dependencia. Este era el sitio que el Salvador destinaba para retiro de los suyos, y donde queria que descansasen de las fatigas de su mision, para que despues fuese mas celebrado por el grande número de milagros que en él obró. La estacion era cómoda y bellísima, pues solamente distaba cuatro dias la fiesta de la Pascua, que se celebraba en Judca, el lunes dia décimoquinto del primer mes.

El Crisóstomo dice (1): Que se marchó al desierto, para enseñarnos á huir del tumulto, y descansar en la soledad de las turbaciones que él consigo trae. Se marchó al desierto y huyó la tirania de Herodes, no temiendo la muerte, sino porque aun no habia llegado la hora de su pasion; y para ahorrar á sus enemigos, que al homicidio de Juan, uniesen otro homicidio mayor, y sobre todo, para dar á conocer á los Prelados y Ministros de su Iglesia, que tambien les es licito ceder alguna vez y huir en tiempo de persecuciones, para conservarse cuando conviene á la salud de muchos. Y se marchó en fin, para probar la fé de otros, á ver si le seguian con tanta resolucion y ánimo cuando le veian perseguido, como cuando le advertian buscado, aplaudido y celebrado de todos los principes y centuriones, cuyos hijos resucitaba y sanaba, y á cuyos criados daba asimismo la salud.

Con esta huida nos dió ejemplo de dos grandes virtudes, á saber, de la prudencia y de la fortaleza. Retirábase, habiendo tenido antes la precaucion de llamar á su lado á sus Apóstoles y Discípulos, para que cuando nos viesemos en el caso de huir el cuerpo á los que nos persiguen, no lo hiciésemos sin avisar por lo menos á los justos que podrian quedar espuestos, retirándoles del peligro en quanto esté de nuestra parte: y de fortaleza, para que todos entiendan que deben aventurarse á los trabajos que en sí misma trae la defensa de la causa de Dios: y para demostrarnos que le siguieron otras muchas personas, nos dicen los Evangelistas: Que á pesar de los peligros de la persecucion y de las penalidades del viaje, le siguieron las turbas, esto es, los sencillos, los humildes, los pobres: no los sabios del mundo, no los poderosos y ricos, no los vanido-

(1) Div. Crisostom. Hom. 41. in Joann.

sos y soberbios , porque la prudencia y la sabiduria de la carne son enemigas de Dios : y los unos y los otros se avergonzaban de seguir á Jesucristo pobre y perseguido. Seguíanle aquellos á pie, para manifestar no solo el ardor de su corazon , sino el vehemente deseo de conseguir la salud espiritual de su alma , nutriéndola con las doctrinas santas y sublimes ejemplos de Jesus , porque todas sus palabras y obras eran la doctrina viva y eficaz que penetraba hasta el alma , y la ilustraba y fortalecia. Los menores le seguian, los mayores le perseguian : porque los pobres siempre siguen á los pobres, y los ricos se desdeñan de seguir el espíritu de la pobreza y humildad.

Una cosa hay empero muy digna de reparo , y que descuella al parecer y sobresale sobre todas las demas , y es , que aunque el Salvador queria hacer este viage como de incógnito y oculto , no se escondió á las turbas , los que lo vieron y divulgaron , y salian al instante los pueblos , y corrían detras de aquel que se llevaba consigo todos los corazones. Este poder tiene la fragancia de la santidad ; este buen olor hace que corran las gentes en pos de Cristo ; y llegando á aquel desierto , lo encontraron tan poblado cual si hubiera sido una opulenta ciudad. Habíase sabido en Cafarnaum que se alejaba el Señor , y el parage que habia elegido para su retiro : le habian visto ir á la mar con sus Discípulos , y desesperanzados de poderle detener , resolvieron ir á alcanzarle. En pocas horas se divulgó el rumor de su partida , y hombres , mujeres y niños salieron en tropas á seguirle. No pudo tanta gente encontrar naves que los transportara , y tomando el camino por tierra , fueron á pasar el Jordan por la parte del lago de Genasar , y se hallaron en los llanos de Bethsayda antes que llegase á ellos la barca que conducia al Salvador. ¡Qué vuelta ! ¡Qué camino ! ¡Qué dificultades no superaron en poco tiempo , y vencieron aquellas buenas gentes para seguir á Jesus ! Veían con admiracion las maravillas que todos los dias obraba , y no esperaban sino cosas [grandes de un hombre que hacia todo cuanto podia esperarse de un Dios. Esto era lo que les llevaba tan fuertemente á El , que no hubo aldea en toda aquella comarca de donde no saliese un gran número de habitantes , á quienes el deseo de oír y hablar á Jesus obligaba á este , camino que hicieron por tierra mas presto que por el mar.

Antes de contemplar la sorpresa de los Apóstoles al verse rodeados de tanta gente , á la que una santa impaciencia parece habia hecho volar , para seguirlos y juntarse con ellos cuando menos lo esperaban , es preciso advertir el motivo que tuvo el Salvador pa-

ra no ir á la solemnidad de Jerusalem. Hacia muy poco tiempo que Su Magestad habia estado allá, y habia observado que las disposiciones de los fariseos y escribas siempre eran las mismas hácia su persona. Juzgó pues que no convenia volver á ella tan presto, no obstante que habia de predicar allí aun mas de una vez antes de padecer la muerte; porque estaba resuelto á no celebrar allí otra Pascua, sino es aquella en que El mismo habia de ser la víctima. La celebracion de esta fiesta no era de precisa obligacion sino para los habitantes de la capital y sus contornos que tenian á una distancia proporcionada la casa de Dios, fuera de la cual no debian practicarse los ejercicios públicos del culto exterior que se acompañaban de ceremonias y sacrificios: por cuya razon los Apóstoles, que no se apartaban del lado de su Maestro sin una orden expresa suya, se creyeron dispensados tambien de concurrir á ella; y como solo pensaban en descansar en la soledad, fue mayor para ellos, y algun tanto ingrata la sorpresa de verse rodeados de tanta gente, á la que una santa impaciencia habia hecho volar para seguirlos y juntarse con ellos cuando menos lo esperaban.

No desagradó tanto al Maestro como á los Discípulos ver la inmensa multitud que lo esperaba; su corazon se llenó de complacencia, y las turbas lo recibieron con grandes demostraciones de alegría. Todos se olvidaron de sus trabajos, y les parecieron nada, en comparacion del bien grande que se prometian de su presencia. Los caminantes no dejaban de estar fatigados con esceso. El Salvador los miró tiernamente compasivo como fieles ovejas, que corren en busca de su Pastor, de quien se juzgan abandonadas. Dióles Su Magestad tiempo para que descansasen algo, y despues de asegurarles que volveria presto, se subió á un monte en donde hizo sentar junto á sí á sus Discípulos: hízoles observar aquella inmensa multitud, que aunque poco ilustrada sobre su verdadera grandeza, con todo estaba tan adicta á seguirle, porque veian los frecuentes milagros que obraba, en beneficio y favor de todos los que imploraban su misericordia.

El monte donde sube Jesucristo es símbolo de la perfeccion evangélica, á donde nos conduce subiendo delante de nosotros para infundirnos ánimo con su ejemplo. Dichoso el que permanece unido siempre con Cristo: pues adonde va el Señor, irá tambien él: no subirá sino hácia la perfeccion, y por los pasos de la oracion: no bajará sino al valle de la conpuncion, con espíritu de humildad. Propio es de los Discípulos del Salvador elevarse sobre los afectos de la tierra para escuchar sentados, esto es, con ánimo sosegado y

pacífico las verdades del Cielo. Mas no ocultándose á Jesus la santa impaciencia con que las turbas lo esperaban para satisfacer su deseo, bajó al llano, y les habló con un semblante que manifestaba bien la tierna afición que les tenia. Segun su costumbre procuró lo primero darles el mantenimiento espiritual, proponiéndoles las máximas de una alta perfeccion, sembrando en sus corazones las primeras semillas del cristianismo, que acostumbraba á llamar el Reino de Dios.

Ni en lo alto del monte con sus Discípulos, ni en la llanura con las turbas, estaba el Señor ocioso ó descuidado; sino que hablaba con los unos y los otros con toda diligencia y cariño, para hacerlos mas solícitos y devotos (1). Cuatro beneficios hizo el Señor á los que le seguian: recibió á los fatigados: instruyó á los ignorantes: sanó á los enfermos: sació á los hambrientos: manifestando con esto cuanto le place y alegra la afectuosa devocion de los que en El creen: y estos indican otros cuatro beneficios que el Señor hace espiritualmente á los que le siguen. Recibe á la penitencia á los fatigados con las obras de los pecados. Ilustra con la gracia todos los que tienen el entendimiento ciego por la culpa. Sana con la justificacion los que estan llagados y heridos con la venenosa flecha de los vicios. Y alimenta y fortalece con los consuelos interiores todos los que estan debilitados y oprimidos con el peso de sus iniquidades. Los que buscan á Cristo en la soledad y le siguen por el desierto, no se cansan, y son bien recibidos de él; y curados corporal y espiritualmente, si lo necesitan. Pero nadie come el manjar de Cristo si antes no está sano: solo despues de la remision de los pecados se dá á los fieles el manjar celestial.

A las santas instrucciones de Jesus, llenas de uncion y de gracia, con las que se sanaban las dolencias espirituales de las almas, seguíanse ordinariamente las curaciones milagrosas de los cuerpos: entre la multitud se halló un gran número, que en medio de su flaqueza, habia venido de muy lejos; los distinguió Su Magestad, hizo que se acercasen á él, y los sanó á todos. ¡Qué documento tan bello! Asi deben obrar todos los hombres constituidos en autoridad, y mas particularmente los prelados eclesiásticos: deben recibir á sus súbditos con dulzura, y con mayor benignidad á los que despeñándose del monte de la santidad al barranco del vicio; y abandonando la dulce y amigable conversacion de Cristo, por atender á los vanos y torpes razonamientos del mundo, vuelven

(1) Div. Crisostom. Hom. 41. in Joann.

desengañados y arrepentidos á oír la voz del Pastor que un tiempo desestimaron. Deben enseñarlos con paciencia y sabiduría: sanarlos con eficacia; y reforzarlos con el pan de la doctrina sana. Por esto dice el Evangelio que levantó Jesus los ojos: no solo para dar á conocer su modestia, sino para significar las miradas de un buen Pastor que atiende al remedio de sus ovejas, y se anticipa á sus suspiros y á sus lágrimas. ¡Qué bienes no esperará el rebaño que con tan buenos ojos es mirado del buen Pastor! ¡Oh cuán al revés de la Sinagoga miraba el Salvador á los pequeñuelos y pobres! Pero es de notar, que en aquella soberbia asamblea no habia sino fariseos, doctores y sacerdotes; mas no Pastores. No eran aquellos ministros siervos de Dios, sino del mundo: ordenaban la doctrina y la autoridad á su propia honra, y no á la salud agena: por esto no merecen el nombre de Pastores los que engreidos con su dignidad pasan su vida en ocio, se desdennan de mirar á los humildes, desprecian é insultan con orgullo á los que se deslizan; y si alguna vez trabajan, es en asuntos muy agenos de su vocacion; consultando solo sus medros é intereses, en estos y en los demas propios de su ministerio.

Es tan entretenido como dulce el ejercicio de la caridad, y las horas y los dias se pasan sin sentir al hombre caritativo; así como el devoto se le pasan tambien sin advertirlo, cuando está ocupado en los ejercicios de piedad y devocion. Como Jesus era todo caridad, y todo su deseo se dirigia á procurar la salud de las almas, alargaba ordinariamente sus pláticas hasta la caída del sol, siendo tan grande la suavidad y dulzura de sus palabras, que como que se enagenasen las turbas, no sintiendo desfallecimiento ni desmayo aunque en todo el dia no probasen ni un solo bocado. Así se hace facil el creer, cómo estando tan cercana la noche, no pensaban las turbas en comer, ni en que se hallaban en el desierto, ni en que no tenian provisiones; ni en que era ya la hora de retirarse. Los Apóstoles empero pensaron con mucha sinceridad, que ocupado el Divino Maestro como solia en la salud de las almas, en la cura de los cuerpos, y en el consuelo de los afligidos, olvidando sus propias necesidades, se olvidaba tambien de las de los otros: y le rogaron, que enviase el pueblo á los lugares y aldeas vecinas para que buscase que comer, y donde alojarse aquella noche. Significáronle que todos tenian necesidad de tomar algun sustento; que habia pasado ya la hora ordinaria, y que era imposible hallar víveres en un desierto como aquel en que estaban. La caridad de Jesus aunque mas silenciosa y sosegada, no era menor que las de sus Dis-

éipulos; sin embargo conservaba oculto su grandioso y admirable designio hasta que viniese el momento de ejecutarlo.

La indicacion de los Apóstoles, hecha con tanta oportunidad, obligó en cierto modo al Salvador á que levantase otra vez los ojos para contemplar de nuevo aquella multitud inmensa de que estaba cubierta la campiña: y contempló con ánimo inalterable tantos hombres, mujeres y niños, cuyos semblantes sonrosados por el ardor de su pecho, lejos de manifestar necesidad ó desfallecimiento, no indicaban sino contento y alegría; y fijando despues como con cierta especie de inquietud sus ojos sobre los Apóstoles, parecia que con su mirar espresivo queria decirles: Conozco mejor que vosotros que han de menester alimento, y no se me esconde que ya es tarde; ¿pero qué necesidad hay de que se vayan? ¿No será mejor que vosotros les deis de comer? Arduo y embarazoso seria para los Apóstoles este empeño de Jesus, no comprendiendo cómo podia verificarse lo que acababa de decirles. Dirigió Su Magestad la vista y la voz á un mismo tiempo á Felipe, que entre todos ellos debia ser el que tuviese mas conocimiento del pais, no solo por ser natural de Bethsayda, lo mismo que Pedro y Andrés, sino es tambien porque siempre habia vivido allí hasta su última vocacion, y le dijo: Y bien Felipe, ¿dónde hallaremos pan para dar de comer á esta pobre gente? El Señor queria con esto probar la fé de su Apóstol, y obligarle á que manifestase en público el concepto que de su poder habia formado.

Indudablemente lo habian formado todos el mas grande y elevado; pero por mas acostumbrados que estuviesen á verle obrar maravillas inauditas, no les ocurrió la idea de que pensase el Salvador obrar una de las mayores que hasta allí le habian visto hacer. Asi pues, le respondió como admirado Felipe: Ah, Señor, pan para tanta gente? Aunque se empleen en esto doscientos dineros ó *denarios* (1), apenas tocará un pedazo pequeño á cada uno. Todos los Apóstoles apoyaron la respuesta de su cólega: mas el Señor insistia siempre, en que no podia resolverse á despedir tanta gente en ayunas, y queria que se hallase medio para socorrerlos: á lo que replicaron los Apóstoles: pues es preciso vayamos á recoger el pan del contorno, y empleemos en él la espresada suma (2).

Son demasiado sublimes los documentos que nos da el Salvador

(1) El denario era una moneda romana qu valia en aquel tiempo cinco dracmas de plata.

(2) Marc. c. 6. v. 37.

en esta ocasion para que los dejemos pasar como desapercibidos. No ve afrenta la Sabiduria increada de pedir á sus Discípulos un consejo de que no tenia necesidad. ¿Quién dirá que el preguntar es siempre argumento de ignorancia, ó que cede en descrédito de la persona dar muestras de que uno no sabe tanto como otro, ó que se puede seguir algun daño á la Iglesia de que revestidos sus ministros de aquella simplicidad y prudencia que tanto el Salvador les encarga, quieran mejor parecer humildes por la ignorancia, que orgullosos é hinchados por la ciencia vana? Mírense en esta humildad de Jesus los que tienen necesidad de consejo ó de doctrina, y no teman consultar en las cosas dudosas, y preguntar siempre que les sea necesario. Faltos los hombres de consejo, particularmente en la juventud, y avergonzándose de pedirlo, se quedan con la ignorancia; y no pueden aprovecharse de la esperiencia. La primera regla de la prudencia es preguntar lo que se ignora (1), porque el ignorante oyendo se hace sabio, y el que ya lo es alcanza nueva sabiduria. Muchos se ven confundidos, y se pierden no solo en sus negocios temporales, sino tambien en los eternos, por haber procedido sin consejo; porque escrito está: Hijo: nada hagas sin pedir antes consejo, y despues de haberlo hecho, no te verás arrepentido (2).

Probaba el Salvador la fé de los Apóstoles con su aparente ignorancia, porque como infinitamente sábio no se dirigen sus pruebas á entibiar ó debilitar nuestra fé, sino á tenerla en continuo ejercicio, para darla nuevo brillo y aumento, y ponernos en estado de merecer mejor sus misericordias: por esto quiso probarla una y otra vez, á fin de que llegado el caso conociese mejor la riqueza y la omnipotencia de Cristo, y nunca desconfiase por grande que fuese su pobreza, ni la de todos aquellos que se dedicaban á seguirle. Dudar de la providencia, es incredulidad; murmurar de ella, es ingratitud; y desconfiar, timidez y pusilanimidad. En estas miserias caen los atribulados, cuando no los alienta y sostiene la fé. Todo el ánimo nos lo arrebatara la tribulacion cuando no tenemos viva fé en aquel de quien nos viene todo consuelo. En viéndonos pobres, perseguidos, olvidados, ó aborrecidos del mundo, y de nuestros allegados y amigos, ya nos parece que todo es perdido. ¿Dónde está entonces nuestra fé? Y aunque todo nos falte, ¿por ventura nos falta, ni nos faltará jamás nuestro Dios? ¿No nos tiene mandado que siempre y en todo trance esperemos en El? Nada puede faltar

(1) Div. Hilar. in Ps. 118.

(2) Eccli. cap. 32. v. 24.

al que tiene á Cristo, y mucho menos al que todo lo deja por seguir á Cristo: por esto queria que los Apóstoles se asegurasen por todos los caminos ó medios de la certeza y grandeza del prodigio que iba á obrar.

Hubieran, no hay duda, marchado á la ciudad á comprar víveres para alimentar las turbas vista la resolucion del Macstro, si este no los hubiese detenido con una pregunta que vino á turbarles mas y á ponerlos en un nuevo conflicto. Examinad les dijo, qué pan, ó qué provisiones teneis. Que fue lo mismo que decirles: para que veais cuán distintos son mis pensamientos de los vuestros, y os convenzais de que no teneis bien formado todavia vuestro corazon y espíritu; y que mi ánimo es socorrer á estos infelices sin dilaciones ni tardanzas, y sin salir del desierto; sabed bien lo que hay que comer. Cinco panes de cebada y dos peces es toda la provision que trae un muchacho que nos sigue, dijo Andrés, hermano de Pedro; ¿pero de qué sirve esto, Señor, para tantos? Buen ánimo: esto basta: quiso decirles Jesus, cuando informado de las existencia les dijo al instante: Pues bien: disponed que se sienten los hombres. ¡Qué pobreza la de los Apóstoles! y sin embargo, ¡qué liberalidad! Se ofrecen á socorrer á otros con lo que al parecer no les alcanza para sí (1). Doce son, y tan solo llevan cinco panes y dos peces: despreciables les eran las cosas corporales, porque estaban poseidos de las espirituales. Convenia que fuesemos instruidos con el ejemplo de los Discípulos, para que aprendiesemos á repartir entre los necesitados, aun lo poco que tengamos. Era la llanura del desierto un hermoso valle, cubierto de yerba y de heno verde, y mandó el Señor á los Apóstoles que distribuyesen las turbas en *brigadas* ó *turmas* de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta, y que verificada la operacion volviesen á él con prontitud.

Si es pasmosa la obediencia de los Apóstoles, lo es tambien la de las turbas: siéntanse con la mayor puntualidad y comedimiento fiados en la palabra de Cristo. Ya nadie duda ni desconfia: y la firme confianza manifestada en la pronta y fervorosa obediencia es premiada con un milagroso banquete. Ejecútanse las órdenes, y se distribuyen cerca de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Un ejército tan numeroso en otras circunstancias hubiera sido bastante para causar hambre y carestia en el pais; y para alimentarlo, solo habia cinco panes y dos peces; pero esto en las manos de Jesus bastaba para sustentar al universo. Patente estaba al Sal-

(1) Div. Crisostom. Hom. 50. in Math.

vador la afanosa solicitud de sus Discípulos, conociendo al mismo tiempo que cuanta mas dificultad hallasen en lo que les ordenaba, tanta mayor facilidad tendrían en comprender la grandeza del milagro.

Colocadas las turbas segun las órdenes de Jesus, levantó sus ojos al cielo para mostrar que necesitaba algun socorro extraordinario de lo alto: dió gracias á su Eterno Padre, de quien habia recibido el poder para obrar una maravilla tan grande, como la que iba á ejecutar: bendijo aquellos tan cortos manjares, y mandó á los Apóstoles que se acercasen, que los fuesen tomando de su presencia, y que empezasen á distribuir. Habíalos tocado el Señor con sus manos, y de las suyas pasaban á las de los Discípulos, para que el cansancio de ellos no fuese tan grande, y los iban sirviendo á los diferentes ranchos que se habian formado tan puntualmente como se les mandaba. A cada uno daban cuanto queria, y acabado de distribuir lo que llevaban, volvian á cargarse de nuevo. No cesaron un punto las manos del Salvador, hasta que el último niño de la tropa tomó cuanto del pan y los peces apetecia. Todo el mundo tuvo tiempo y con que saciarse. Repartió el Señor, y saciáronse las turbas; pero es preciso ver, que dió gracias á Dios antes de repartir: porque es un beneficio del cielo el poder socorrer á los otros. Ingratos hay aun entre los que reciben, de los que dan lo son innumerables. Nace esto de que no tenemos fé para ver cuanto mas gana el limosnero dando, que el pobre recibiendo.

¿Pero qué es lo que repartió el Señor? ¿Acaso los panes que le dieron? No, dice San Agustin (1): No son los cinco panes que se le presentaron, sino los que El creó de nuevo; porque en sus manos estaba la omnipotencia, y el que en el principio creó todas las cosas de la nada, bien hubiera podido en el desierto crear otros panes nuevos multiplicándolos hasta lo infinito si hubiese querido. ¿Qué dirán á esto los desconfiados, que dudan de la providencia omnipotente de Dios? ¿Qué todos aquellos que niegan la Divinidad de Jesucristo, y no quieren poner en sus manos sus negocios? Poder tienen y misericordia, no hay pues porque desconfiar de El. Multiplicó los panes y los peces, dice el Crisóstomo (2), para demostrar que era tan Señor de la tierra como de los mares, y que mandaba en uno y otro elemento: y los partió, y partiéndolos los multiplicó, y multiplicados los dió á sus Discípulos para que los

(1) Div. Augustin. in Joann. cap. 6. Tract. 24.

(2) Div. Crisostom. Hom. 50. in Math.

repartiesen; en señal de que los bienes temporales se dan á los prelados para que los repartan á los pobres. Bendijo y multiplicó los panes y los peces, para que todos no solo comiesen hasta la hartura, sino que sobrasen muchos mendrugos.

Despues de esto mandó el Señor que recogiesen las sobras, pues no hay nunca razon para dejar que se pierda cosa alguna: en verdad, ninguna cosa merecia recogerse con mayor veneracion y respeto que aquellas sobras milagrosas. Los Apóstoles cumplieron inmediatamente la órden de Jesus, recorrieron la llanura, y llenaron doce grandes canastas de fragmentos, cada uno la suya, para que llevándola sobre sus propios hombros, se manifestase mas grande á vista de todos el milagro. Grande hubiera sido, saciando mas de cinco mil personas, con solos los cinco panes y dos peces; pero las sobras le hicieron mucho mayor: porque fue mas lo que sobró despues de hartos, que lo que tenian antes de comer (1). Estas maravillas las obra muchas veces la caridad, multiplicando muchísimas las dádivas en manos del limosnero: por esto la santa y verdadera caridad siempre cuenta con la providencia de Dios: ni la espantan los muchos y diversos pobres, ni las graves y urgentes necesidades, y asi merece ser consolada muchas veces con los milagros invisibles de la asistencia del Señor, y algunas con los visibles. Tambien aqui condena la Magestad Divina á los que abusan de sus bienes dejando perder lo que guardado y aprovechado pudiera servir á los pobres; en lo que se demuestra hasta donde llega la licencia de aprovecharse cada uno de lo que Dios le concede, que es hasta socorrer la propia necesidad; y lo que de ahí sobre lo destina Dios para otros.

Era preciso que aquellos hombres hubiesen estado enteramente ciegos, ó poseidos de la estupidez y de la ingratitud mas monstruosa, para que un milagro de aquella naturaleza y tan diferente de los que Cristo hasta entonces habia obrado, no tuviese grandes consecuencias, á las que si el Salvador no hubiese puesto órden, hubieran sido muy contrarias á sus humildes y pacíficas intenciones. No dudaban ya los pueblos que el que tan milagrosamente los habia alimentado era el Cristo prometido, aquel Profeta Grande que habia de venir al mundo, y á quien todos ellos esperaban: y formando una comparacion entre la multiplicacion hecha por Eliseo, y la que acababan de ver, teniéndola por infinitamente mayor, decian: *Este es el verdadero Profeta*: á lo que añade San Agustin (2): *Este es*

(1) Theophilact. in Lucæ. cap. 9.

(2) Div. Augustin. Tract. 24. in Joann.

el Señor y Dios de los Profetas á quien todos los demas anunciaron, que vino al mundo para salvarle. Este es el Cristo prometido en la Ley como Profeta mas escelso y glorioso que todos los demas: y así fue que visto el milagro el pueblo le reconoció y confesó: mas falsamente persuadido que Cristo habia de llevar la corona de Israel para restituirla á su antiguo esplendor, tomaron la resolucion de reconocerle y proclamarle por Rey.

Despues de haber incurrido en este primer error, cayeron en otro mucho mas degradante y grosero. Creyeron que aquel Gran Rey no queria sentarse en su trono por su propia virtud y poder, sino que convenia á su mayor gloria que sus mismos vasallos le subiesen á él con festivas aclamaciones, {rindiéndole homenajes, con los que no dudaban se aumentaria su reputacion y crédito, y atraeria á sí todos los verdaderos hijos de Jacob: y protegido de Dios como lo estaba, haria valer sus derechos sobre todos los de los usurpadores, y les haria la nacion mas temida y respetada de todo el universo. Así preocupados formaron su plan, y convinieron en ejecutarlo: teniéndole secreto hasta que se les presentase una coyuntura favorable.

¡Cómo se conoce que estaban los hombres enteramente ciegos! A no haberlo estado: ¿cómo podian imaginar habian de ocultarse los secretos de su corazon á aquel que tanta virtud y poder tenia? Jesus no ignoraba sus pensamientos, ni el modo de desconcertarlos; pero no queria que sus Discípulos llegasen á conocer el plan de las turbas, porque no hallándose aun suficientemente ilustrados, ni con bastante fortaleza para resistir á la tentacion de ver sobre su cabeza la corona de Israel, era muy de temer que cayesen en el lazo, si hubiesen llegado á entender el proyecto: por lo que dice San Marcos (1): que inmediatamente obligó á sus Discípulos á subir en la barca, para que pasasen antes que El al otro lado del lago hácia Bethsayda, mientras El despedia al pueblo; y que no fuesen con inquietud ni cuidado alguno por lo que miraba á su Persona.

San Mateo (2) y San Marcos usan casi de la misma frase cuando dan la noticia de que Jesus mandó en esta ocasion á sus Apóstoles á que repasasen inmediatamente el lago. El primero dice: *les compelió*. El segundo: *les obligó á la fuerza*: lo que indica la dificultad que aquellos tenian de separarse de su Maestro: pero aunque

(1) Marc. cap. 6. v. 45. *Coegit*.

(2) Math. cap. 14. v. 22. *Compulit*.

era ya muy tarde les fue preciso obedecer , y hasta despues de su partida , no fue Jesus á dar órden á los galileos para que dividiéndose por familias , fuesen á buscar donde pasar la noche en las aldeas y lugares vecinos. Aqui se vió cuán grande era el ascendiente que el Señor tenia sobre ellos , pues á pesar de ser muy entrada la noche , á pesar de estar firmes en su pensamiento de proclamarle Rey , y aun asaltados de la idea de ponerle en ejecucion sin perder tiempo , viendo que el Salvador estaba solo , obedecieron su órden , y abandonaron por entonces su designio. Jesus mientras tanto se desprendió de ellos y huyó solo al monte , donde permaneció en oracion una gran parte de la noche.

¡Cuán grandes! , y dignas de la atencion del cristiano son las consideraciones que naturalmente se desprenden de este pasage del Evangelio! Acreditáronse en esta ocasion los judios que seguian á Cristo de gente carnal , pues les estimuló mas el milagro que obró en ella para matarles el hambre , que cuantos le habian visto obrar en otras muchas , en los que se acreditaba y justificaba su poder sobre el infierno y la muerte : preferian los beneficios del cuerpo á los del alma ; por eso sus alabanzas no nacian en ellos de viva fé , ni del fondo de su corazon , y asi estuvieron siempre muy poco tiempo en su boca. Un dia le llamaron Profeta , luego adulator , mas adelante seductor y reo de muerte. ¡Oh! Cuántos imitadores tienen los judios carnales entre los cristianos! Hoy bendicen muchos á Dios porque los llena de dones , pero si mañana los cambia en trabajos , tambien ellos truecan las alabanzas en duras y pesadas blasfemias. ¡Oh! Cuán pocos son los que esclamen y digan con el Crisóstomo (1): ¿Qué diré? ¿Qué hablaré? Bendito sea Dios , dije , cuando salí á mi destierro : bendito sea Dios , digo ahora que vuelvo de él : y puesto allí nunca esta palabra se me cayó de la boca. Diversas son las causas de proferirla , pero una es siempre la glorificacion del Señor. ¡Cuán pocos los imitadores de Tobias y de Job!

Aclamáronle Profeta , pero con un conocimiento cierto y fundado en los milagros que le veian obrar , de que era el Profeta verdadero prometido en la Ley (2) , el esperado , el suspirado y deseado de los antiguos Patriarcas ; el Hijo de Dios que habia venido á ser el Gran Profeta de la nueva Ley (3): que el Padre nos envió

(1) Div. Crisostom. Hom. 12. post redit. exil.

(2) Deuteronom. cap. 18. v. 18.

(3) S. Ignatius M. Ep. ad Anthioch.

para que le oyeseamos (1), porque es su palabra viva, eterna y eficaz; y con todo ellos no le oyeron; y aun cuando les llenaba de gracias, y derramaba con profusion sobre ellos sus misericordias, le persiguieron, le apedrearon, le arrojaron de sus ciudades, y nunca cesaron de maquinarse contra su Persona: pero si le crucificaron por satisfacer su negro é implacable odio, también el estermio y la desolacion del pueblo judáico fueron una muestra de la severidad con que Dios castiga al que no oye ese gran Profeta (2). Querian proclamarle Rey, no porque consultasen la mayor gloria de Dios, sino su propia conveniencia, su bienestar y engrandecimiento: porque querian sacudir el yugo de la estraña dominacion que sobre ellos pesaba: y no advertian que el que tenia un poder tan grande como el que acababa de manifestar, no necesitaba ni su eleccion, ni sus aclamaciones; porque era Rey desde la eternidad, constituido por su Padre sobre los muros de la Santa Sion, para predicar su Ley (3). Rey era, Rey suyo, y Rey que habia de reinar sobre ellos: pero que fue perseguido en su infancia porque otros Reyes le buscaron como Rey, y como tal le adoraron. Y ellos mismos clamaron para que se borrara este título del cetro de la cruz, donde se mandó inscribir *Rey de los judios*: y como Jesus nada de esto ignoraba y todo lo veia y conocia, por eso burló con la huida los antojos de aquel pueblo, siempre ingrato, desleal y fementido.

Querian hacerle Rey, dice el Venerable Beda (4), porque le conceptuaron omnipotente y piadoso, visto el milagro que acababa de obrar; y los pueblos quieren siempre tener un Rey piadoso para gobernarles, poderoso para defenderles: Y el Crisóstomo añade (5): Querian proclamarle Rey, porque juzgaban que en los dias de su reinado vivirian una vida epulona, ociosa y alegre, sin tener que dedicarse á ninguna clase de trabajo; y conociendo el Señor sus intenciones, y no pudiendo consentir que ni aun por poco tiempo abrigasen estos pensamientos de holganza y golosina, huyó de ellos. Huyó porque no debia recibir ninguna dignidad ni poder de los hombres el que es infinitamente mas digno que todas las naturalezas é inteligencias creadas; y el que tiene poder sobre todas las potestades del Cielo, de la tierra y del abismo; por cuya ra-

(1) Actor. c. 3. v. 22.

(2) Ibid. v. 23.

(3) Psal. 16. v. 6.

(4) Ven. Bed. in cap. 9. Lucæ.

(5) Div. Crisostom. Hom. 50. in Math.

zon al solo pronunciar su nombre todas se prosternan y humillan. Huyó para enseñarnos á huir las honras, las riquezas y la pompa mundana, y para que aprendiesemos que con la huida se vencen las pasiones, y se sujetan y enfrenan todos los caprichos de la concupiscencia. Huyó cuando le buscaban para hacerle Rey, y se ofreció de buena voluntad cuando le buscaron para crucificarle. ¡Oh ejemplo digno de la admiracion de los Angeles y de los hombres! ¡Cuándo le imitarán los que viven en la tierra, ya que tiene tantos admiradores en el Cielo!

Si la huida nos admira, no debe asombrarnos menos el lugar donde huye y la ocupacion que emprende. Huye al monte, y huye para orar. Despues de las pláticas y sermones, ó de cualquiera otra obra buena, que nos pueda merecer aplausos, es preciso huir de los tumultos y concurrencias grandes, y retirarnos á un lugar solitario, para llorar y borrar con lágrimas las manchas que se contraen con las conversaciones mundanas: y para dar á Dios la gloria y consagrarle los provechos espirituales que para nosotros hubiesemos adquirido, y logrado para nuestros prógimos. Debemos subir al monte por la oracion, para llegar á la cumbre de la contemplacion: y al orar, nuestro corazon debe desprenderse de todos los afectos de la tierra, porque el que ora preocupado con ellos, viles súplicas envia á Dios. Antes estaba el Señor con sus Discípulos á la cumbre del monte: para alimentar las turbas espiritual y corporalmente bajó á la llanura; mas apenas hubo cumplido su ministerio, al monte se retiró otra vez. El hombre dedicado á los ministerios santos, ni siempre debe estar solo, ni siempre debe hallarse entre la muchedumbre; sino que debe hacer lo uno y lo otro atendiendo á la propia y á la agena santificacion. El Maestro se aflige y mortifica, consume largas vigiliass y noches enteras en la oracion, humillándose á la presencia de su Padre, é intercediendo como buen pastor por la salud de sus ovejas. Ora, no por sí, sino por nosotros; como nuestro abogado y mediador para con su Padre. Ora, para enseñarnos con su ejemplo, y confirmar con él la doctrina de la oracion, que tantas y tan repetidas veces nos inculca. Oremos pues, porque es deber nuestro seguir la doctrina y los ejemplos de tan Divino Maestro. Oremos para crecer en el conocimiento y en el amor de Dios, porque solo asi nuestra alma desmebrada y vacia de virtud, tomará aliento para imitarle en lo que hizo, y padeció por nosotros: solo asi no morirá nuestra alma de hambre, porque alimentada con la oracion, que es la mesa de los Santos, tendrá toda su refeccion en el que es la gloria del Cielo, la

paz del corazon, la alegria de los justos, la satisfaccion única y completa, la fortaleza, la verdad y la vida eterna.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, sol eterno de justicia, que alumbras los que estan ciegos por la culpa, y sentados en el umbral de la muerte y de la condenacion eterna; ilumina con tu gracia los ojos de mi entendimiento, para que desde el cieno de las mundanales ambiciones, de las delicias de la carne, y del amor de las riquezas terrenas, se levante hácia Tí; y despreciando los deleites de la sensualidad, y la posesion de los goces temporales, merezca hartarse con la refeccion de los cinco panes y dos peces espirituales, á saber, el temor del juicio divino: el horror del pecado: el dolor de contricion: la entereza de la confesion: y el trabajo de la satisfaccion. Y el deseo de mudar de vida, y aprovechar mas en la carrera de la virtud: cuyos panes y peces conserva solo la santa humildad, que es la que nos merece la gracia y la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VI de San Juan, desde el v. 1 al 15. En el IX de San Lucas, desde el v. 10 al 47. En el VI de San Marcos, desde el v. 31 hasta el 46, y en el XIV de San Mateo, desde el v. 13 al 23, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Juan como propio de la Misa de la Dominica IV de Cuaresma, dice asi.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

San Juan, cap. VI, vs. 4 al 15.

En aquel tiempo se fue Jesus al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberiades, y le seguia gran muchedumbre de gente, porque veian los milagros que obraba con los enfermos. Subió pues Jesus á un monte, y se sentó allí con sus Discípulos. Acercábase ya la Pascua, que era la gran fiesta de los judios. Habiendo pues Jesus levantado los ojos, y visto la gran multitud de gentes que habia acudido á El, dijo á Felipe. ¿Dónde compraremos pan para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decia para probarle: porque bien sabia él mismo lo que habia de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dícele uno de sus Discípulos, Andrés, hermano de Simon Pedro: hay aqui un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas, ¿qué es esto para tanta

gente? Dijo entonces Jesus: Haced sentar estas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba. Recostáronse pues al pie de cinco mil hombres. Jesus tomó entonces los panes: y despues de haber dado gracias á su *Eterno Padre*, repartiólos por medio de sus *Discípulos* á los que estaban recostados: asimismo de los peces, á cada uno cuanto queria. Despues que quedaron satisfechos, dijo á sus *Discípulos*: Recoged los mendrugos que han sobrado para que no se pierdan. Recogiéronlos, y llenaron doce esportones de los mendrugos que sobraron de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Habiendo visto aquellos hombres lo que Jesus habia hecho, decian: Verdaderamente que este es el Profeta que ha de venir al mundo. Mas habiendo conocido Jesus que habian de venir para llevárselo, y hacerle Rey, huyó otra vez al monte El solo.





CAPITULO XVIII.

SUCEDE UNA SEGUNDA TEMPESTAD, DURANTE LA QUE ANDAN SOBRE LAS AGUAS JESUS Y SAN PEDRO, Y EN ENTRANDO EN EL BARCO SE SERENA LA BORRASCA.

Al dar Jesus la órden á sus discípulos de que se embareasen, les mandó pasar primero el pequeño tránsito de Bethsayda á Cafarnaum, y despues el lago entero, para irse al otro lado á la tierra de Genesareth. No manifestó á persona alguna su intento, y despues de haber despedido las turbas y retirádose al monte, pasó casi toda la noche en oracion: y mientras que El oraba, estaba la barca de Pedro en medio del mar agitada y combatida porque les era muy contrario el viento, y los Apóstoles se fatigaban inútilmente en remar. A pesar de todos sus esfuerzos para resistir, iba la barca á ser arrojada en alta mar por la fuerza de los aires. ¡Qué conflicto! Redeados de las tinieblas de una noche obscura y profunda, ausentes del Maestro Divino aunque por momentos le espera-

ban, ¿quién habia de ir á ayudarles mientras aquel llegaba? Era tan cruel y violenta la tempestad, que con el trabajo continuo de diez á doce horas, al principio de la cuarta vigilia, esto es, de la vigilia matutina, solo habian caminado como unos treinta estadios (1). De lo que se infiere, que casi toda la noche habian estado en peligro, porque era ya la cuarta vigilia cuando el Salvador bajó á socorrerles: con lo que nos enseñó, que si difiere alguna vez, ó dilata el auxilio á los atribulados, se compadece al fin de ellos, y los consuela y conforta (2): y permitió un peligro tan largo para enseñarles á ser pacientes, persuadiéndose que si bien es el Señor benigno y misericordioso, no envia ordinariamente los socorros al principio, sino al fin de las tribulaciones, para que nos ejercitemos en la paciencia (3).

No estaban empero solos los Discípulos de Jesus: la obediencia los habia obligado á separarse de El, y ella los habia hecho entrar en el barco y hacerse á la vela; ella no podia quedar sin premio. Oraba Jesus sobre el monte, y sin duda que su oracion aseguraba á sus Discípulos en medio de los peligros: con todo eso ellos se hallaban llenos del temor; y sus angustias se aumentaban, porque no pudiendo volver á la orilla y ganar tierra les parecia cosa imposible recibir á su Maestro en la barca en el puerto de Bethsayda, ni á lo largo de la costa, donde se habian lisongeado poderlo acoger. Desde lo alto del collado contemplaba Jesus el embarazo en que se hallaban, y leia en sus corazones: oia sus fervorosas súplicas, y se complacia en ver como se afirmaban en la fé y en la confianza que tenian en El.

Misteriosa en todos conceptos la barca de Simon, es una imagen verdadera de la Iglesia, que siempre se ve combatida de las olas de la heregia, de la impiedad y del error, mientras dura la noche de la vida presente. Agitada cuando se hallan solos los Discípulos, pero sosegada cuando en ella está el Salvador: por esto en ella sola hay seguridad. Peligros hay en la nave, pero fuera de ella es

(1) Los judios, lo mismo que los romanos y otras naciones, dividian la noche en cuatro partes, que constaban de tres horas cada una: la primera se llamaba *Conticinio*, esto es, silenciosa, porque suponian que en ella todos dormian. La segunda se denominaba *Intempesta*, porque no era aun hora de levantarse. La tercera, *Galicinio*, porque era el tiempo del canto del Gallo. Y la cuarta, *Antelucana*, porque era antes de salir la aurora.—Treinta estadios son cerca de legua y media castellana.

(2) Div. Hieronim. in cap. 14. Math.

(3) Theophilact. in eundem loc.

cierta la perdicion. Cuando reconocido el pecador entra en sí mismo y trata de establecer en su corazon el reino de Jesucristo, no debe temer aunque se vea como nave en borrasca, seguro de que no le hundirán los vientos de la tentacion, si tiene propicio al Salvador: el que de todos le pareciese mas fuerte y violento, despertará mas su solicitud, avivará mas su fé, ejercitará mas su humildad, para que invoque con mas fervor á Cristo, y se convertirá en viento favorable cuanto mayor fuese la tempestad en que creia perecer. Cuando el entendimiento humano no puede socorrerse á sí mismo, entonces le salva el poder de Dios. ¿Quién tiene mas poder, el tentador para perderte, ó Dios para salvarte? El Señor te prueba, pero no te abandona. Podrá tardar, mas espéralo con fé, que el que con fé en El espera, no será confundido jamás.

Aunque Jesus ya habia probado muchas veces á sus Discípulos, y en esta por bastante tiempo, les prevenia una nueva prueba que habia de servir para la firmeza y edificacion de su fé. Baja del monte fatigado por la larga vigilia y la prolija oracion que habia tenido. Baja solo y de noche de un monte escarpado y pedregoso y descalzos enteramente sus pies: camina sobre las aguas á pie firme, sin sumergirse bajo de ellas, permaneciendo su fluidez y la gravedad natural de su cuerpo: conoció la criatura á su Criador, y le obedeció y respetó: pónese de repente á la vista de los Apóstoles caminando á paso largo sobre la superficie del mar, á corta distancia del barco, y en ademan de pasar adelante: cuanto mas se acercaba á ellos, tanto mas temian, y su espanto fue tan grande y tan general, que creyendo ver algun fantasma, empezaron á clamar. Si hubiesen comprendido bien lo que Jesus les habia dicho cuando los despidió, hubieran entendido que les significaba, que los esperaria en la altura de Bethsayda, y que haria en su compañía el viage á Cafarnaum.

Cuando inesperada ó inpensadamente se multiplican los prodigios á la vista de la criatura á la que Dios visita, ó quiere iluminar; son muy consiguientes la turbacion y el temor; y los efectos maravillosos de la gracia se reputan tal vez como ilusiones por la pérfida sugestion del maligno espíritu; asi como la soberbia é indiscreta hipocresia califica de favores é ilustraciones del Espíritu del amor y de la verdad, las que no son sino fuegos fátuos que inducen al error, producidos por el que todo es engaños, confusion y tinieblas. Asi pues se demuestra, como aun cuando cada uno de los milagros que obraba Jesus enseñaba de un modo particular á los Apóstoles, no sacaban de él consecuencias que no tenian ejem-

plar, ni acababan de formar una idea cabal del poder de su Maestro. Sabian que curaba los enfermos y que resucitaba los muertos: acababan de verle multiplicar los panes, y de alimentar con casi nada cerca de cinco mil hombres. Por poca inteligencia y penetracion que tuviesen parece que debieran haber conocido, que un hombre que tenia semejante poder lo tenia sin límites; y que no debian turbarse por cualquiera cosa extraordinaria que viesen: pero era tal su ceguedad, que de todo se sorprendian y admiraban. Se sorprendieron y admiraron porque juzgaban al Salvador muy distante de donde ellos estaban, y las grandes fatigas que pasaban les hacian como tener olvidado el gran milagro de que tan pocas horas antes habian sido testigos: por esto desconocen á Jesus aun cuando le ven obrar otro tan claro y patente, como es el caminar sobre las aguas: se ilusionan, temen, le creen un fantasma, y comienzan á clamar.

Claman, dice San Gregorio (1), porque creen la aparicion de una cosa que no existe, y temen sea algun espíritu malo que quiera dañarles. Porque tenian poca fé, por esto aparentaba el Señor que queria pasar de largo, y se portaba de tal manera con ellos, que queria como hacerse de rogar, de la misma manera que caminando con dos de ellos despues de su Resurreccion, tambien fingió que iba mas lejos porque no le conocian: pues tales apariciones comunmente suceden segun la disposicion interior de aquellos á quienes se manifiestan. Aun en aquella hora aparentaba querer pasar de largo, para que dilatada la gracia les fuese mas grata; mas dulce la liberacion del peligro, y se inflamase mas su deseo.

Benigno empero el Señor y misericordioso no quiso diferir mas tiempo su consuelo, no fuese cosa que arredrados mas por el temor se acabasen de confundir: veia que le invocaban con fé y con verdad; no quiso defraudar sus esperanzas: porque escrito está: «Pronto está el Señor para todos los que le invocan, para cuantos le invocan de veras. Condescenderá con la voluntad de los que le temen: oirá benigno sus peticiones, y los salvará. El Señor defiende á los que le aman; y exterminará á todos los pecadores (2).» Por esto les habló, y sus palabras fueron todas de alegria y consuelo: *Tened fé, les dijo; Yo soy, no temais*; que fue lo mismo que si les hubiera dicho: *Tened fé* de que sereis libres de la tribulacion que tanto os agita y conmueve. *Yo soy* el libertador, no un fantasma: el espíritu del

(1) Div. Hieronim. in cap. 14. Math.

(2) Ps. 144. vs. 18. 19. et 20.

consuelo, de la paz, y de la luz; y no el de la aflicción, del terror, y de las tinieblas. *No temais*: porque soy el que puedo y quiero libertaros de este tan grande é inminente peligro. No dijo espresamente quien era, porque conociendo como conocian la voz, luego habian de saber que era el Maestro: ó para que entendiesen era el mismo que en otro tiempo habia dicho á Moisés (1). El que es, y existe por sí mismo; este es el que me ha enviado á vosotros: y el Crisóstomo confirma este pensamiento diciendo (2): No conocian la Persona del Señor á causa de las tinieblas: habló, le conocieron



por la voz, y se desvaneció todo el temor que tenían. Cuando los hombres ó los demonios se empeñan y afanan en derribarnos por el temor, oigamos á Cristo que nos dice, *Yo soy, no temais*: esto es: Yo siempre estoy presente, como Dios permanezco, y nunca paso de largo. No perdais jamás la fé que teneis en Mí por los falsos terrores que se os pueden inspirar ó infundir.

(1) Exod. c. 3. v. 14.

(2) Div. Crisostom. Hom. 51. in Math.

Pedro entonces, el mas resuelto de todos, que segun su costumbre se animaba y recobraba mas fácilmente, y era mas pronto en inflamarse que los otros Apóstoles, demostró en este lance mas públicamente su ternura y amor para con su Maestro. Aunque por algunos instantes experimentó temor como los demas, tan luego como la razon adquirió el predominio que el miedo le habia hecho perder, y se creyó ya seguro, tuvo ánimo para dirigir el primero la palabra á Jesus, y decirle: Señor, si sois Vos á quien vemos, y no es alguna sombra fantástica, mandadme ir sobre las aguas á encontraros. Dió en esto á conocer el Apóstol la firmeza de su fé, y la grandeza de su amor, pues creyó sin alguna duda, que si era el Señor, El le ayudaria á marchar sobre las aguas, con la misma seguridad que marchaba sobre la tierra. *Ven, le respondió Jesus*, que Yo lo quiero asi. Al oir Pedro estas palabras se arrojó luego al mar. Caminó sin pensar en otra cosa, que en llegar presto al Salvador. Nada teme, y no se hunde. Feliz movimiento aquel que hace que por el desprecio caminen los hombres sobre las aguas de la mundana prosperidad; pero mas feliz el término do caminan, que es Jesucristo Salvador de las almas. Tan grande era el deseo que tenia Pedro de unirse con Jesucristo, que no queria aguardar que llegase á la nave: queria salirle al encuentro sobre las aguas, olvidándose del peligro que en ellas podia tener. En todas partes se pone Pedro como el modelo de la mas sublime y ardiente fé; ni él tampoco creyera dejar de ser sumergido, si no la hubiera tenido firmísima en el Señor. Sabia que todo lo podia, y no se le ocultaba que era tan poderoso en el mar como en la tierra. Y en esto se descubrió un milagro mayor, pues no solo Cristo andaba sobre las aguas por la virtud de su Divinidad, sino que Pedro tambien caminaba sobre ellas hácia el Salvador por la misma virtud.

Sobrevino entretanto un viento impetuoso, y Pedro perdió el ánimo sobrecogido de terror, por cuya falta de confianza mereció verse repentinamente privado del apoyo que le sostenia. Abrese desde luego el mar bajo sus pies; siente que va á sumergirse; pero al menos no se olvida que está cerca de su amado Maestro. Sálvame, Señor, le dice, que estoy perdido. Amábase mucho Jesus, y no queria dejarle perecer: alargóle su mano omnipotente y salvadora, y sosteniéndolo, dijo: *Hombre de poca fé, por qué has dudado?* Ardia la fé en su corazon, pero la flaqueza humana la debilitó á la vista del viento fuerte é impetuoso. El Señor, que le hacia caminar sobre las aguas para darle á conocer su omnipotencia y divinidad, permitió que se hundiese para que no se olvidara de su pro-

pia debilidad, y aunque caminase sobre las aguas, no se creyera igual á Dios y se ensoberbeciera. Es entregado por un poco de tiempo á la tentacion y á la prueba, para que aumentándose ó creciendo su fé por la oracion, conozca que solo por la virtud del Señor puede ser librado. No debió temer cualquiera que fuera el viento que sobreviniese, puesto que veia que la obediencia al precepto de Jesus era la que le daba agilidad, y consolidaba la fluidez de las aguas bajo sus pies. Nada hubiera podido dañarle un viento contrario por mas impetuoso que hubiese sido, si su fé hubiera sido firme. De todo lo que infiere y concluye San Gerónimo (1): Si al Apostol Pedro, que con tanta confianza habia rogado al Salvador, diciendo: Señor, si eres tú, mándame que vaya á Tí sobre las aguas; porque temió un poco se le dijo: Hombre de poca fé, por qué has dudado? Qué se nos dirá á nosotros que de esta poca fé, ni aun tenemos la mas mínima parte? Dicho esto, condujo Jesus á Pedro á la nave, y entró en ella con él: y tan luego como estuvieron dentro, cesó el viento y se acabó la tormenta, con lo que demostró el Señor otra vez, que era tan dueño de los vientos como de los mares.

Un nuevo pavor y espanto causó esto á los Discípulos de Jesus, los que al parecer no quedaron del todo asegurados, hasta que poco á poco se fueron recobrando los espíritus; porque este nuevo milagro los admiró de modo que estaban como fuera de sí mismos. Ya no pensaban en la multiplicacion de los panes, ó por lo menos no les parecia cosa tan grande en comparacion de esto; por lo cual, impelidos todos ellos de un respeto extraordinario se echaron á sus pies, diciéndole: Vos, Señor, sois verdaderamente Hijo de Dios: y le adoraron con profunda veneracion y respeto.

Turbáronse los Apóstoles que habian quedado en el barco, no solo porque oian ya de cerca la voz de Jesus, sino porque le veian y tenian en su compañía; y creian ser reprendidos por no haber seguido á Pedro echándose sobre las aguas, para ir á buscarle en el mar; pero esta turbacion carecia de fundamento por parte de aquel que era la bondad suma, y siempre recibe con infinito amor al que á El acude, sea el tiempo y la hora que fuese. Turbarse solamente debe y atemorizarse á la vista de la verdad, el que no la escucha ni da lugar á que en su corazon penetre. Jesucristo, verdad eterna, con su palabra y presencia ahuyenta el temor y cria la confianza. Los humildes conocen y distinguen perfectamente la palabra amo-

(1) Div. Hieronim. in cap. 14. Math.

rosa de aquel que es su único consuelo y esperanza, aun en medio de las densas tinieblas de una horrible tentacion. Su presencia serena todas las borrascas, y disipa los vientos de las mas espantosas tribulaciones. Preséntase Cristo en el corazon por la fé, por la esperanza y por el amor; y no hay, ni puede haber en él sólida y verdadera paz, si no estriba en este indestructible cimiento: siendo lo mas digno de atencion y reparo, que cuando menos lo piensa la criatura y se cree mas espuesta y á punto de perecer, entonces va á ella y la visita el Señor con su gracia, calmando visible y milagrosamente los fuertes embates que la contrastaban: sobre lo que dice San Bernardo (1): Muchas veces leemos que la navecilla de los Discípulos fue azotada por las olas y los vientos, pero nunca sumergida: porque siempre Dios asiste á los suyos en la tribulacion, en cumplimiento de sus promesas: asi pues, aunque la tormenta arrecie, nunca te creas abandonado; sino acuérdate que está escrito: *Yo estoy con él en la tribulacion*. Mientras en ella te halles, ¿qué otra cosa mejor puedes buscar? Bueno es pues para mí, oh Dios y Señor mio, que sea atribulado; con tal que Tú estes conmigo: y mas apetecible y gloriosa es la tribulacion, que vivir sin Tí, gloriarse sin Tí, y reinar sin Tí.

No se llega á Jesus con amor y fé sin experimentar presto los afectos de su bondad. Luego que se juntó con sus Apóstoles, habiendo cesado el viento contrario, quedó el mar enteramente tranquilo; é hicieron su camino con tanta ligereza, que les compensó los trabajos de toda la noche. No se habia perdido Jesus para ellos, ni para que no viesen medio de volverse á juntar con Su Magstad. Habian padecido, y habian obedecido. Su constancia y rendimiento les atrajeron el colmado consuelo de que gozaban. Asi que, aunque las almas fieles en el tiempo de la tentacion se imaginen á cada momento perdidas, ó cerca de perecer en medio de la tempestad y de la prueba, vendrá la serenidad: entretanto Jesus está presente, aunque al parecer escondido: El se dejará ver, y se conocerá que jamás se ha corrido por los caminos de Dios, ni con mas rapidez, ni con mas seguridad, ni con mas dicha.

San Agustin saca de aqui un gran cúmulo de doctrina, y dice (2): Tres milagros concurren y se obran pronta y sucesivamente: y son, el caminar sobre las aguas: el calmar repentinamente la tempestad; y el llegar velozmente al puerto donde se dirigen,

(1) Div. Bernard. in Psal. *Qui habitat*.

(2) Div. Augustín. Sermon. 13. De verb. Dñi.

aunque muy distantes de él ; pues sin mucho trabajo , guiados por Jesus avazaban los Apóstoles sensiblemente ; y en poco tiempo llegaron á tomar tierra sobre la costa oriental de Genesareth , á alguna distancia de Cafarnaum : para que aprendamos, que los que fielmente siguen á Cristo , calcan la soberbia del mundo ; pisan las olas de las tribulaciones , y llegan con velocidad á la tierra de los vivientes. El siglo es como el mar ; el viento fuerte , y las olas embravecidas son los apetitos y deseos de cada uno. Si amas á Dios, caminas sobre el mar ; bajo tus pies está la soberbia hinchazon del siglo. Amas al mundo , él te absorberá , porque acostumbra á tragarse á los que le aman , no á salvarlos y conducirlos al puerto. Fluctúa , y está á punto de naufragar tu corazon por el deseo , invoca el auxilio y la divinidad de Cristo. Aprende á pisar y conculcar el siglo asiéndote de la fé de Cristo : porque si tu pie no está firme , si titubeas, si no superas la fuerza de los vientos , te hundes sin remedio. Dí al Señor , perezco ; líbrame : dile perezco , por no perecer : pues solo te librará de la muerte de la carne el que por tí murió en carne.

No es de admirar dice Beda (1), si subiendo Cristo á la nave cesa de repente el viento ; pues en cualquiera corazon que entra con su gracia y amor , al instante se comprimen y callan todas las pasiones , se enfrenan todos los vicios , y se disipan las sugestiones de los espíritus malignos : porque por Cristo pasamos del golfo á la playa , de la borrasca á la serenidad , y llegamos al puerto apetecido con prontitud y seguridad. Saltar á tierra Jesus y sus Apóstoles , y ser conocidos , todo fue uno : la fama de su vuelta voló con rapidez por toda aquella comarca. Los cafarnaitas se alegraron sobremanera , y aprovecharon esta bella ocasion para recibir de nuevo otras pruebas de las infinitas misericordias del Salvador.

Con aquella moderacion y pausa que tanto distinguia á Jesus, y cuyo caracter amable y encantador le ganaba todas las voluuntades , recorria aquellos lugares y aldeas , para darles tiempo á que le presentasen todos los enfermos : los que podian caminar acudian á su presencia ; y los tullidos é impedidos se hacian llevar en camillas. El primer espectáculo que heria su vista , era una tropa de enfermos tendidos en la plaza pública implorando su socorro. Los triunfos mas bellos de los conquistadores de la tierra no tienen cosa alguna que sea comparable con estas entradas llenas de misericordia , de un hombre pobre , seguido de desdi-

(1) Ven. Bed. in cap. 6. Marc.

chados y desvalidos, cuyas aclamaciones todas son deseos ardientes que solicitan milagros y acciones de gracias que los publican: estas no respiran ni despiden de sí sino misericordia y clemencia; aquellas terror y espanto: las unas publican la salud y la vida, las otras la miseria y la muerte: las primeras convierten los desiertos en inmensas y hermosas poblaciones; las segundas reducen á cementerios las ciudades mas populosas. Un conquistador terreno es un exactor injusto, que con la espada en la mano se hace pagar los ominosos impuestos de sangre y de dinero que le dictan su ferocidad y su insaciable avaricia: el Conquistador Divino nada quiere ni exige, sino la sumision del entendimiento en obsequio de la fé y de las verdades que anuncia; porque en ello se cifra la temporal y eterna felicidad: así hace hijos que engendra la misericordia, pare el amor, y cria la mas santa y dulce esperanza. Devuelve á los padres los hijos moribundos y muertos, los criados á sus amos, y á los verdaderos dueños las cantidades que les usurpó la usura. El conquistador terreno va siempre precedido, acompañado y seguido de soldados y escuadrones, de alabarderos y littores, y de toda clase de gente armada; porque solo así cree segura su persona, y asegurada la posesion de lo que ha conquistado y robado á su verdadero y legitimo dueño: el menor ruido le asusta, la reunion mas insignificante le conmueve y agita, y aun los cánticos de alegría y contento le trastornan y amedrentan; porque sabe, que solo reina por el terror, y que sus obras no pueden ganarle corazones, ni amigos. El Conquistador Divino no necesita de la fuerza para establecer su imperio: su nombre es el de Príncipe de la Paz: su reino es el de todos los siglos: sus ministros en el Cielo son los Angeles de paz, en la tierra los pobres, los mansos y los humildes; cuyos honores no usurpa, cuyos bienes no codicia, y cuya sangre no derrama: por esto gana sus corazones con la clemencia, los domina con la mansedumbre, y reina en ellos con el amor: no teme las conmociones ó movimientos de los pueblos, ni las reuniones de las turbas, ni las ligas ó sediciones que tan frecuentemente se forman contra los usurpadores y tiranos. El uno no hace sino esclavos: el otro no hace sino libres: pero libres del poder del infierno y de la muerte. El uno se esconde y atrinchera entre sus guardias, y en los castillos y fortalezas, sin permitir que nadie á él se acerque; y el otro no solo permite y consiente, sino que busca llama, y convida, á todos los vejados y oprimidos, y cargados con las onerosas cargas de las culpas, y las insoportables de las enfermedades

mas crueles, para que vayan á El á buscar el alivio y la salud, con el seguro del que allí lo encontrarán.

Parece cierto que la fé de aquellas buenas gentes habia llegado al grado mas alto de perfeccion, al ver el entusiasmo con que todas corrian en pos de Jesus: San Gerónimo no titubea en llamarla admirable, y dice (1): Admirable fé la de aquella gente, que no contentos con la salud de los presentes, convocaban los enfermos de las ciudades del contorno, para que acudiesen á tan gran Médico á buscar su salud, firmemente persuadidos de que no se agotaria el caudal de su misericordia. Se conoce que esta fé andaba unida á la caridad, porque á todos buscaba y convidaba con el bien; persuadiéndoles á que le rogasen que por lo menos les permitise tocar el ribete ó la orla de su vestido, porque asi tambien conseguirian la salud.

Con inefable bondad, y con una clemencia que no es posible esplicar, dejaba el Señor que se acercasen á tocarle asi turbas inmensas de enfermos que le seguian, tanto que llegaban casi á oprimirle: tanta era la confianza y libertad que á todos inspiraba su liberalidad y dulzura. El feliz y buen despacho de los unos animaba á los otros, y ninguno llegaba valiéndose de su amorosa condescendencia, que no viese inmediatamente cumplidos sus deseos. Ocupado sin intermision en estos ejercicios de caridad y celo llegó el Señor á Cafarnaum, de donde solo habia estado ausente dos dias. Tal fué el descanso que tomó en este tiempo, que debiera al parecer haber destinado á un reposo necesario despues de un mes de correrias llenas de trabajo y fatiga. Aunque fatigable como hombre, era incansable como Dios, y el Espíritu de la divinidad que le animaba, infundia tan grandes alientos á la humanidad de su carne benditísima, que en todo era singular, admirable é incomprensible. Asi no solo el tiempo de sus mansiones en las ciudades ó aldeas sino hasta el penoso de sus viages, lo empleaba en la instruccion de los ignorantes, y en el consuelo de los afligidos: y asi enseñaba á sus Apóstoles, y en su Persona á todos los operarios evangélicos, que para ellos no ha de haber tiempo ni dias inútiles; y que aquellos en que no se procura la mayor gloria de Dios y el provecho del prógimo, son dias enteramente perdidos. No nos contentemos pues con atraer pecadores al Señor por medio de los ejemplos, predicacion y doctrina, sino roguemos eficazmente por ellos, para que atraidos, nunca se separen de Cristo, que es la fuente inagota-

(1) Div. Hieronim. in Math. lib. 2. c. 14.

ble de la salud. No es menos eficaz su gracia para sanar las almas, que la orla de su vestido para sanar los cuerpos. Cualquiera cosa de Cristo es mas que suficiente para santificarnos, atendido el poder de su Divinidad. Nosotros no tenemos solamente y tocamos la orla de su vestido, dice el Crisostomo (1), sino que tenemos todo su cuerpo y sangre, y lo comemos: y si los que tocaban aquella recibian tanta virtud, ¿cuánto mayor deberá ser la que nosotros percibamos sumiendo su cuerpo? Corre pues tú, cualquiera que sea la enfermedad que te aqueje, al autor de la salud y de la vida; para que merezcas alcanzar la perfecta curacion de tu alma y de tu cuerpo.

ORACION.

Clementísimo Dios y Señor mio Jesucristo: dignate por tu gran misericordia subir en el débil barquichuelo de mi pecho, y calmar los vientos impetuosos de la soberbia, y las entumecidas olas de los vicios que lo agitan y conmueven; no sea cosa que alguno de ellos me haga flaquear en la fé, y me unda y pierda para siempre. Dame consejo en medio de las turbaciones de mi espíritu, auxilio en las persecuciones, consuelo en las tribulaciones, fortaleza en las adversidades; y en toda tentacion fuerza y virtud para resistir. Librame de las tempestades del proceloso mar de este mundo; y conduceme á la tranquilidad de la quieta playa: y ahora en la vida concédeme la paz interior y exterior que sabes necesito, y despues la paz eterna de la gloria, en la que para siempre te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VI de San Marcos desde el versículo 45 al 56. Al XIV de San Mateo, desde el 23 al 36: y al VI de San Juan, desde el 16 al 21, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Marcos en el Evangelio de la Misa del sábado despues de Ceniza desde el versículo 47 al 56; y de el de San Mateo en el de la Misa de la octava de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, dia 6 de julio.

Los dos Evangelistas difieren algun tanto en la narracion histórica del suceso, pues San Marcos omite aquello que San Pedro dijo á Jesus: «Si eres tú, mándame ir hacia Tí sobre las aguas: y lo demas» que sigue, hasta que le reconvino el mismo Salvador, diciendo: «Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado?» que son los versículos 28, 29, 30 y 31 de San Mateo, en el citado capítulo XIV: siendo de advertir que San Juan tampoco menciona esta ocurrencia.

(1) Div. Crisostom. Hom. 51. in Math.

Hecha esta salvedad transcribiremos el testo de San Marcos , segun la costumbre que hemos adoptado.

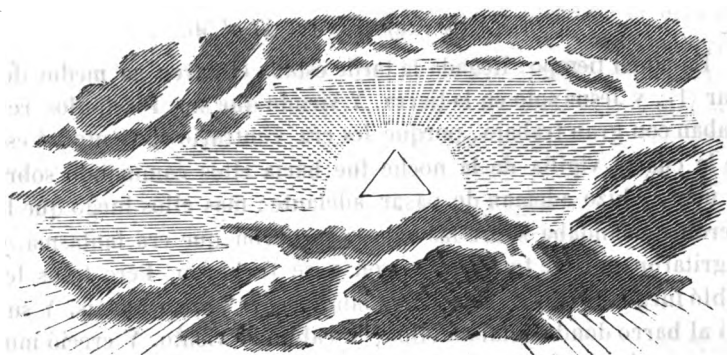
EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DESPUES DE CENIZA.

San Marcos , cap. VI, vs. 47 al 56.

En aquel tiempo : llegada la tarde estaba el barco en medio del mar (1) , y Jesus solo en la tierra. Y viendo que sus Discípulos remaban con gran trabajo , porque les era contrario el viento , á eso de la cuarta vigilia de la noche fue hácia ellos caminando sobre el mar , é hizo ademán de pasar adelante : mas ellos luego que le vieron que andaba sobre las aguas , juzgaron que era fantasma , y y gritaron porque todos le vieron y se turbaron. Pero Jesus les habló luego , y dijo: Tened confianza , soy Yo , no temais. Y subió al barco donde estaban ellos ; y calmó el viento. Y creció mucho mas el asombro en que se hallaban. Porque aun no habian reflexionado sobre el milagro de los panes : porque su corazón estaba aun ofuscado. Y habiendo atravesado el lago llegaron á la tierra de Genesareth , y abordaron allí. Mas apenas desembarcaron , cuando luego fue conocido : y corriendo por toda aquella tierra , empezaron las gentes á sacar en andas todos los enfermos , llevándolos á donde oían que paraba. Y do quiera que llegaba , fuesen aldeas , ó alquerias , ó ciudades , ponian los enfermos en las calles , y le rogaban que les dejase tocar siquiera la orla de su vestido. Y todos los que le tocaban quedaban sanos.

(1) El mar de Galilea ó de Tiberiades , esto es , el estanque ó la laguna de Genazar , ó de Genesareth , que se llama mas propiamente el mar de *Chinnereth* , ó de *Cinerot* (*), se forma por la afluencia de las aguas del Jordan en la anchura de un muy anchuroso y ameno valle. Su agua es dulce y saludable ; es muy abundante en pescado de varias clases , de una singular bondad y esquisito sabor ; y está rodeado de bellisimas y amenas ciudades. A la parte de Occidente se hallan situadas *Cafarnaum* , *Bethsaida* , *Magdalo* , *Tyberias* y *Tharicea* ; y á la de Oriente se hallan *Corozain* , *Gamala* , *Juliade* é *Hippo*. El principio de este mar dista de las aguas de *Merón* , ó del lago de *Samaconitide* , treinta y cinco millas ; y setenta y cinco de las fuentes de *Yor* y de *Dan* ; y su estrechidad dista ciento de *Asphaltites* ; y treinta y seis de *Jerusalén*. Tiene de largo diez y seis mil pasos , y seis mil de ancho. Tal es el mar dichoso por el que navegó Jesus tantas veces ; de cuyos peces y aguas comió y bebió ; en cuyas orillas habitó ; sobre el que caminó ; y cuyas tempestades y vientos calmó y aplacó.

(*) Egesipp. lib. 3. cap. 26. Josefo. lib. 3. De Bello Judaic. 18. Plin. lib. 5. c. 13.



CAPITULO XIX.

**ENSEÑA JESUS Á LAS TURBAS CUAL SEA EL VERDADERO MANJAR DEL
ESPIRITU, Y LES ACLARA QUE ÉL ES EL PAN DE LA VIDA, SU CAR-
NE VERDADERA COMIDA, Y SU SANGRE VERDADERA BEBICA.**

Era tan grande la gratitud que ardía al parecer en el corazón de aquellos hombres, á los cuales acababa el Señor de alimentar con un pan milagroso, que no perdiendo el deseo ni la esperanza de proclamarle y hacerle Rey, se habian quedado muchos á dormir sobre la verde alfombra del heno del desierto, animados de la lisongera idea, de que juntándose muy por la mañana con otros que habian marchado á las ciudades y aldeas de los contornos, con ánimo tal vez de hacer nuevos partidarios para lograr su tentativa, hallarian todavia al Señor en el desierto, y podrian realizarla. Animábales mucho mas el saber, que no habia partido con sus Discípulos, que se habia retirado al monte con el favor de las tinieblas, y que esceptuando la barca en que habian entrado los

Apóstoles, no había otra alguna en la ribera. En vano se habían puesto todos en movimiento, pues no pudieron hallarle: el mismo prodigio que le llevó á sosegar la inquietud y cuidado de sus Apóstoles, lo había apartado de la indiscreta gratitud y reconocimiento que querían manifestarle. Sorprendidos con tan estraña novedad, é ignorando el parage donde podían hallarle, hallábanse muy embarazados sobre el partido que les convendría tomar. Si Jesus permanecía aun escondido en aquella costa del lago, erraban dándose demasiada prisa en pasar á la otra; porque su proyecto se descomponía enteramente: y si permanecían allí, y Jesus había pasado á la otra parte y se hallaba dentro de alguna ciudad, se frustraba asimismo su idea, porque tal vez los habitantes de las grandes poblaciones no estarían en disposición de secundar su grito.

En este conflicto para ellos tan duro, no les costó pena creer, que un hombre á quien obedecían todos los elementos, podía muy bien haber pasado el agua sin el socorro de alguna otra persona ó barca: y viéndose lejos de él, conociendo que ningún otro multiplicaría los panes y peces para socorrerles en el desierto, se determinaron á volver en su busca. Pensando estaban como realizarían su pensamiento, y no acertaban á determinarse: el viage por tierra les era muy pesado, á causa de que las mujeres y los niños se hallaban todavía cansados, y resistían dar otra vuelta como la anterior: pero vinieron á sacarlos del conflicto unas barcas salidas de Tiberiades, que tomaron tierra junto al lugar donde el día anterior había Jesus dado de comer al pueblo con los panes que había multiplicado. Aprovecharon esta ocasión los galileos, y desesperrando de encontrar en el cantón de Bethsaida á Jesus ó á sus Discípulos, se embarcaron cuantos pudieron en los bateles, y los demás tomaron su camino por tierra para volver á su hogar (1): llevando aquellos el designio de juntarse con su bienhechor, ó al menos de adquirir noticias del lugar donde podrían hallarle.

En aquel país no era difícil encontrar á Jesus: por fortuna era día de sábado, y en iguales días tenía siempre un parage fijo: la Sinagoga. Hallarónle allí en efecto, acercáronse á El sin temor, y con una confianza demasiado vulgar, le dijeron: ¿Maestro, cómo lo habeis hecho, que os encontramos aquí? ¿Cuándo y por dónde habeis venido? Vos no partisteis ayer con vuestros Discípulos, y hoy no habeis pasado el mar con nosotros. Desentendiósese

(1) Varios traductores han confundido en este pasaje los tiempos de los verbos, como nota Grocio, y Sacy y la Biblia de Rondel.

contestar directamente á tan caprichosa curiosidad : reprendió la grosería de sus pensamientos , y sus miras interesadas ; y les demostró que ni la fé, ni el amor á la verdad, antes al contrario, bajos, indignos y terrenales deseos, los habian inducido á seguirlo y buscarlo : y pronunció con este motivo uno de los mas sublimes, interesantes y provechosos discursos que nos conservaron los historiadores del Evangelio.

Los prodigios, les dijo, de que habeis sido tantas veces testigos, eran mas que suficientes para convenceros de la Divinidad de mi Persona, de la que conservais todavia un concepto demasadamente humano ; no debiendo ya dudar de que soy Hijo de Dios, y el enviado por mi Padre para salvar al mundo, y alimentar á los hombres, no con el manjar y comida corporal, cuyo apetito y esperanza es lo único que os ha inducido á seguirme con la solicitud y ansiedad que manifestais : no venis precisamente para oir mis doctrinas : no para creer en ellas , y en Mí, por los milagros que me habeis visto obrar , sino porque comisteis del pan que milagrosamente multipliqué, porque pensais que teniendo Yo este poder, jamás tendreis vosotros necesidad de trabajar para alimentaros: por el medro de vuestra carne me buskais , no por el de vuestro espíritu: ¿cuánto mejor os seria buscar la comida espiritual que al alma sustenta, que es tanto mejor y mas sublime que la corporal, cuanta es la diferencia que va del alma al cuerpo? Cuanto seria el gusto, la suavidad y dulzura de aquel pan de cebada, es fácil de conocer, atendida la solicitud con que deseaban al parecer seguir al Salvador : pero no es extraño que contuviese como el maná todos los sabores y delicias, puesto que el fabricante y dispensador de aquellos panes era el mismo que el del maná, cuyo espíritu es mas dulce que la miel, y mas delicioso que todos los panales: era el mismo pan de la vida, pan del espíritu, manjar del alma, alimento inmortal y eterno. Asi que, les añadió, no tanto por la comida y manjar transitorio y perecedero, cuanto por el que dura y permanece para siempre, y cuyo prodigioso efecto es la vida eterna, habeis de buscarme y uniros á Mí.

¿Cuántos hay empero como aquellos judios, que buscan á Jesus, no por Jesus, sino para procurarse comodidades en la vida, para vivir en el mundo con tranquilidad y sosiego, y evitar en lo posible los males y necesidades que trae consigo el mismo vivir? Por esto decia el Crisóstomo (2), aprendamos á buscar á Jesus, y

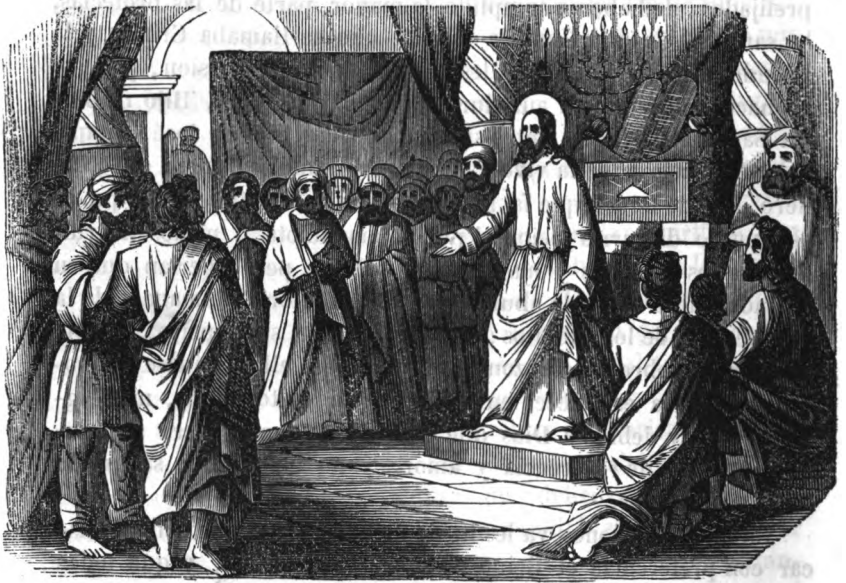
(1) Div. Crisostom. Hom. 43. in Joann.

á estar con él, no por las dádivas de las cosas sensibles, para no ser reconvenidos como lo fueron los judios, pues les dijo el Señor: *me buskais, no porque visteis mis milagros, sino porque comisteis pan hasta la hartura*: por esto no obra continuamente milagros como aquel, para enseñarnos, que no hemos de servir siempre al vientre, sino que nos hemos de unir á El para procurar nuestros adelantos espirituales. Busquémosle, pues, y unámonos con El: busquemos ese Pan celestial y divino, y recibéndole desecharemos de nosotros todos los afanes y solicitudes de la tierra.

No es ageno de este lugar advertir, que muchos de los judios, y mas particularmente los galileos, no estaban muy lejos de creer que Jesus era el verdadero Mesias anunciado por la Ley y los Profetas. La circunstancia de haber llegado á su entender los tiempos prefijados, de haberse cumplido la mayor parte de las profecias, la santidad de este Hombre Divino que se llamaba Cristo, y la grandeza de sus milagros, les hacian mucha impresion, y no se les hacia imposible ni aun duro de creer que Jesus, Hijo de Maria Santísima, al que entre sí miraban como hijo de José, aunque entonces hacia aquella vida tan pobre y humilde, fuese el verdadero Rey de Israel que la nacion esperaba. Es innegable que en este punto discurría mejor el pueblo mas idiota ó menos instruido que los doctores y maestros de la Ley; pero querian que su reinado fuese el de la abundancia, de la gloria humana y de la prosperidad de los súbditos; y no creian que su imperio se habia de ejercer sobre los corazones, para que en ellos reinase la inocencia; y para establecer en el mundo un culto nuevo, mas digno, propio y debido á Dios que el antiguo, que solo era su figura: un culto de reverencia y amor, y no un culto de sangre de toros y becerros.

En otras ocasiones ya les habia dicho el Señor que debian buscar con preferencia el Reino de Dios y su justicia, y que todas las demas cosas se les darian como por añadidura; pero como se olvidaban con mucha facilidad de las cosas espirituales, y solo atendian á las terrenas, se lisongeaban con que tarde ó temprano se declararia sobre sus pretensiones á la corona, que les restituiria su libertad, y que ellos serian el mas dichoso, el mas rico, y el mas célebre de todos los pueblos: y conservando estas esperanzas en su corazon hasta con una especie de convencimiento que rayaba para ellos hasta la línea de lo infalible, se movian poco por las lecciones que se les daban sobre la necesidad de la penitencia, la reforma de sus costumbres, la obligacion indispensable

de creer las verdades que el Salvador les enseñaba sobre la divinidad de su Persona, la igualdad con Dios su Padre, y todas las esenciales y fundamentales de la nueva religion que les predicaba. Por esto les decia con aquella energia santa que inspira la certeza de una verdad divina que se anuncia. Creed que el Hijo del hombre os dará este Pan celestial: porque Dios su Padre imprimió en El el sello de la Divinidad y de su poder omnipotente; y lo declaró Hijo suyo, y Dios igual á sí mismo. Cristo Jesus es la imagen de su Padre y resplandor de su gloria: figura de su substancia, Verbo y sabiduria suya, y en El reside de asiento y habita toda la plenitud de su Divinidad.



Esto fue lo mismo que decirles: Yo sondeo vuestros corazones, y nada ignoro de lo que en ellos pasa. Veo el interés temporal y mezquino que os lleva á buscarme por todas partes donde creéis que puedo estar; pero os veo insensibles al provecho espiritual, y á las ventajas de vuestras almas; siendo este el único fruto que Yo pretendo sacar de mis trabajos. Si vuestro afecto es verdadero, si quereis darme gusto, si quereis ser del número de mis fieles y verdaderos seguidores, es preciso que se levanten vuestros espí-

ritus á pensamientos mas altos. Ilustrados con la luz del Cielo, y sostenidos con la gracia de mi Padre, trabajad en adquirir, no el alimento corporal que perece, y por el cual no conviene á los hombres inquietarse con esceso; sino es el alimenio espiritual, que es permanente, y cuyos frutos se conservan por una eternidad. Sobre lo que dice el Crisóstomo (1): Nuestro principal estudio y cuidado debe dirigirse á buscar el alimento que conduce á la vida eterna, esto es, los bienes espirituales: á los temporales no debemos dirigirnos sino secundaria y accesoriamente, en razon de que nos es indispensable sustentar en esta vida el cuerpo que se ha de corromper en el sepulcro. Todos aquellos que fundados en esta doctrina del Salvador rehuyen el trabajo corporal, y quieren vivir en la pereza y en la holganza, abusan seguramente de ella, y serán castigados sin remedio: por esto decia San Pablo á los de Efeso (2): «El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los Cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas. Y así él mismo á unos ha constituido Apóstales, á otros Profetas, á otros Evangelistas y á otros Pastores y Doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los Santos en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo: hasta que arribemos todos á la unidad de la misma fé, y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros: por manera que no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aqui y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza.... Os advierto y conjuro de parte del Señor, que ya no vivais como todavia viven los gentiles, que proceden en su conducta segun la vanidad de sus pensamientos.... No deis lugar ó entrada al diablo: el que hurtaba ó defraudaba al prógimo, no hurte ya; antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algun ejercicio honesto, para tener con que subsistir y dar al necesitado.»

San Lucas hablando sobre esto, y aun del mismo San Pablo, nos dice (3): Que despues de haber salido Pablo de Atenas pasó

(1) Idem. Ibidem.

(2) Ad Ephes. cap. 4. v. 10. et seqbs.

(3) Actor. cap. 18. vs. 1. 2. et 3.

á Corinto : y encontrando allí á un judío llamado Aquila, natural del Ponto, que antes habia llegado de Italia con su mujer Priscila, porque el Emperador Claudio habia espelido de Roma á todos los judíos, se juntó con ellos. Y como tenia el mismo oficio, que era hacer tiendas de campaña, trabajaba en su compañía. Diciendo pues el Señor á los judíos que trabajasen para ganar un alimento que no perece ni se destruye, no quiso, ni aun remotamente insinuar, que debian entregarse al ocio y á la pereza; sino que les convenia y les era necesario que trabajasen un trabajo material, para que tuviesen que dar á los pobres; porque este es el alimento que no perece. Y les dijo esto, porque no tenian ningun cuidado de la fé, sino que querian comer y no trabajar: y á esto llamó Jesus comida que perece, hablándoles con aquella decencia y decoro que á Su Santidad y grandeza correspondian.

El Hijo del hombre está dispuesto á daros y os dará efectivamente este manjar que no se destruye, porque á este fin vino al mundo enviado por su Padre. Esto mismo contestó al Presidente de Judea en el dia de su pasion. *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo; para dar testimonio de la verdad* (1). Esto es dar pasto y comida espiritual. Daos pues vosotros prisa para que podais adquirir y tener de esta comida: A Mí me buskais, dejad por lo tanto todas las demas cosas: buscadme por Mí solo, que soy la comida permanente, que doy y concedo la vida eterna. Hasta aquí San Crisóstomo.

Muy bien entendieron los judíos que Cristo con esta doctrina les habia querido significar las buenas obras y la práctica de las virtudes, de que les habia dado tantas lecciones y ejemplos. Asi es, que luego le preguntaron, ¿qué haremos para ejercitarnos en obras agradables á Dios, y en practicar lo que Dios quiere? A lo que les respondió el Señor: Creed firmemente en aquel que Dios os ha enviado para vuestra salud, en el Mesias prometido en la Ley y en los Profetas para colmaros de bienes y conducirlos á la felicidad. Que fué lo mismo que decirles: Vosotros teneis razon en lo que me preguntais, y lo que me decís es puntualmente lo que yo quiero que entendais.

La obra de Dios por lo que mira á vosotros, hijos de Jacob y discípulos de Moisés, es que creais en aquel que ha enviado el Padre: esto es, en Mí, que os he probado mi mision con tantos milagros. La obra de Dios, pues, es la fé, con la cual hareis profesion de creer que Jesus es el Hijo de Dios vivo: y levantando enton-

(1) Joan. cap. 18. v. 37.

ces sus ojos centelleantes, y su corazon inflamado al trono de su Padre, continuó diciendo: *Esta es la vida eterna, la cual consiste en que te conozcan á Tí, ó Padre; y que Tú solo eres único y verdadero Dios: y á tu Hijo Jesucristo á quien Tú has enviado.* Ved ahí el cimiento magnífico del edificio de la virtud: el primer paso que se debe dar en la carrera de la felicidad. Ved ahí el manantial de los sólidos y verdaderos bienes, que duran para siempre. La fé animada de la esperanza y del amor del sumo bien, es el manjar y el alimento inmortal y eterno. Asi que, es necesario que á consecuencia de este principio recibais con docilidad mis instituciones, mi doctrina, mis dogmas, el Evangelio, y que acomodeis vuestra conducta á sus máximas y preceptos. No hay otra senda para llegar con seguridad al deseado término. Ninguno viene ni puede llegar al Padre sino por Mí. Yo soy el camino, la verdad, y la vida. Yo soy el manjar por el que viven los Angeles, que permanecen en la vida eterna.

Resistentes, obstinados, y muy duros se manifestaron los Cafarnaitas á consecuencia de este discurso de Jesus, y los que convencidos por un solo milagro cuyas dulzuras habian probado estaban por la mañana dispuestos á proclamarle Rey, mudaron enteramente por la tarde su pensamiento; porque ya en su concepto no se trataba de aclamar á un Rey magnífico y liberal, sino es de creer en la palabra de un hombre, que sin querer hacerse Rey, pretendia que lo reconociesen por Mesias, y por Hijo de Dios. Entonces se vió cuanto pueden, principalmente en puntos de religion las preocupaciones y el interés. Jesucristo habia obrado en público, y á la vista de todos ellos una inmensa multitud de milagros que no podian negarse, ni obscurecerse: porque les convino se aprovecharon de ellos, los admiraron, y celebraron; y cuando en su consecuencia exigia que se sometiesen á su doctrina, le resistieron cara á cara, porque humillaba su entendimiento, y contradecia los deseos de su corazon; y se determinan á pedirle nuevas pruebas ó milagros.

Con arrogancia, y hasta con cierto género de desprecio trató en esta ocasion á Jesus aquel ingrato y desconocido pueblo. No nos negamos redondamente á creer, le respondieron, lo que nos enseñais; porque es cierto que hasta aquí habeis acreditado vuestras doctrinas, confirmandolas con milagros; pero ninguno es tan grande que nos obligue á dar nuestro consentimiento en una materia tan importante. Nuestros Profetas hicieron milagros tambien, y sin embargo no nos propusieron una nueva religion, ni un nuevo

culto. Si creyeron nuestros padres á Moisés, que fue nuestro legislador, tenían muy sólidos motivos para darle crédito. Obró mil maravillas en la tierra de Egipto para darles la libertad: abrió á su vista los mares para darles paso y librarles de la persecucion de un rey tirano, y los cerró despues á su presencia para sepultar bajo las aguas á todos sus perseguidores: y despues de estos hechos que le acreditaban de legislador, de juez, y de libertador enviado por Dios, es igualmente innegable que no por una vez, no por un dia, ni por un mes, ni por un año, sino por espacio de cuarenta, los alimentó en el desierto, y los socorrió en todas sus necesidades, á pesar de que eran un millon de personas: nunca tuvieron necesidad de ocuparse en la sementera, ni en la siega, porque ni un solo dia dejó de caerles el maná del cielo, sin que tuviesen mas trabajo que recogerlo. Este es el grandioso y estupendo milagro que escita en nosotros afectuosas y tiernas emociones siempre que en nuestras solemnidades de accion de gracias cantamos aquel salmo en que está escrito: *El los alimentó con pan del cielo* (1). ¿Nos habeis manifestado Vos vuestro poder con otro milagro igual? ¿Qué prueba tan irrecusable como esta nos presentais, para que os creamos, y confesemos que sois todo lo que decís, á saber, el Mesias, el Hijo de Dios, y el pan de la vida? Qué es lo que puede obligarnos á tener tanta fe y confianza en vuestra persona? Un rey grande, un legislador eterno, el hijo de David que ha de sentarse sobre el trono de su padre, cuyas gradas han de lamer sus propios enemigos, el Mesias en fin, y el Hijo de Dios, no deben aparecer sobre la tierra en un traje tan pobre, tan humilde, y tan menesteroso como el vuestro. Si quereis que os creamos, dadnos otras pruebas: porque no es tan suficiente para convencernos como Vos pensais, el habernos alimentado por una sola vez con pan de cebada en el desierto.

Groseros, á la par que maliciosos é injustos, fueron en esta ocasion aquellos galileos, haciendo comparaciones tan odiosas entre los milagros de Jesus y los de Moisés, debiendo suponer, que cualquiera que fuese la persona de que Dios se valiese para obrarlos, todos son efectos de su omnipotencia, y de su poder y misericordia infinita: y que El solo es el que proporciona y dispone su evidencia, su claridad, su duracion y estension á las circunstancias de los tiempos y lugares. Dios es infinitamente veraz, y los milagros no pueden demostrar sino la verdad de aquello en cuya prueba dispone Dios que se hagan. Los que Moisés obró, demostraban, que era el

(1) Ps. 77. v. 24. *et alibi.*

escogido y enviado de Dios para libertar á su pueblo de la opresion de Egipto: asi como los de los Profetas justificaban que tenian comision para hablar en nombre del Cielo, á un pueblo de dura cerviz, á quien no habian podido ablandar todos los que vieron obrar al Legislador Santo en el largo espacio de cuarenta años: asi como tampoco le ablandaban, ni instruian bastantemente los que cada dia veian obrar al mismo Salvador para probar lo que era, y desvanecer todas las sospechas y dudas que sobre su Divinidad pudiesen ocurrir á un pueblo á quien dominaban en tan alto grado las equivocadas ideas que habia formado del Libertador nuevo que esperaba.

Como los designios de Jesus eran elevar poco á poco hasta la esfera de la inteligencia superior de la fé, á los ánimos y corazones estremadamente terrestres, para conducirlos sin violencia al conocimiento de su Persona, y á la adoracion de los misterios incomprendibles que les proponia; tomó el partido de desengañarlos sobre cada uno de los motivos en que apoyaban su resistencia en creerle. Lo primero que le habian echado en cara, era la superioridad del maná, que decian ser un pan bajado del cielo: lo segundo, apoyaban esta superioridad, sobre el tiempo y la duracion del prodigio; y lo tercero, se fundaba en su estension y universalidad. A todo lo que respondió Jesus segun el orden y método con que lo habian presentado, diciéndoles: En verdad, en verdad os digo: que Moisés no os dió el pan del Cielo, ni aun el maná de que hablais. Vosotros no entendeis bien el testo mismo de David de que os valeis. ¿Por ventura aspiró jamás Moisés á que le reconocieseis por autor de este prodigio? ¿Tuvo la osadia de apropiarse el divino poder, ó de atribuirse la gloria de hacer milagros por su propia virtud? ¿No reconoce á Dios por principio de todas las obras de su oficio y ministerio? ¿No hace una pública confesion de que él no es mas que un ministro fiel y obediente á sus mandatos? un instrumento para ejecutar su divina voluntad? Dios solo fué el autor benéfico del maná, asi como lo es del pan y manjar que ahora os ofrece: pan riquísimo, nobilísimo, é incomparablemente mas precioso que el maná: porque os dá el verdadero pan del Cielo, su Verbo divino, su Hijo unigénito, al Cristo autor de la vida, de la salud, de la gracia y de la verdad.

Aquel pan era formado en el aire por la mano de los Angeles, y caia en el desierto para el uso de vuestros padres; pero el pan de que yo os hablo, y que mi Padre os ofrece, es salido del seno de la divinidad que habita en el Cielo como en su palacio donde manifiesta su gloria. Cayendo el maná como un rocío sobre la tierra era mas

propiamente un pan material, terreno y corruptible, y como un suplemento de los demas manjares, que no se podian haber á las manos en aquellos desiertos. El maná conservaba los cuerpos, los alimentaba y nutria, y mantenia las fuerzas de la naturaleza; pero no daba vida perpetua á los que usaban de él, ni los libertaba de la muerte: vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; el pan empero de que yo os hablo, es el alimento de las almas, á ellas nutre, vivifica y fortalece: de él pueden usar siempre que gustaren y tuviesen hambre: él dá al mundo entero la vida eterna, y tiene esta propiedad, porque él solo es el pan verdadero de Dios bajado del Cielo.

Materiales en todo eran no hay duda, aquellos hombres tan tercos como carnales; pues ni aun con esta admirable doctrina quisieron comprender la grandiosidad del misterio de que el Salvador les hablaba: y tomando la corteza y dejando el espíritu, esto es, tomando los admirables efectos espirituales que el pan Divino causa, por los puramente materiales que causa el pan material y comun, contestaron al Señor segun el espíritu y la idea con que le contestó la Samaritana en otra ocasion muy parecida á esta; pues para librarse de ir todos los dias á sacar agua del pozo de Jacob, le pidió de aquella agua saludable, con cuyo uso se quitaba la sed para siempre. Asi ellos, bien fuese con un ánimo sincero, bien con alguna especie de burla, al oir que Jesus les hablaba de un pan que daba la vida eterna, le dijeron: *Danos Señor siempre de ese pan para que no tengamos hambre jamás.*

Ni se turbó por esto la paciencia de Jesus, ni se irritó su mansedumbre, ni desmayó, ni se entibió su caridad; antes bien dando mas vela á su enardecido corazon, esplayó con mas libertad y desahogo todo el incendio de su amor; porque esta era la ocasion favorable que esperaba, para descorrer el velo de los misterios, y hablarles con toda claridad. *Yo soy, les dijo, el verdadero pan de vida. En Mí está la fuente de la vida; y Yo solo soy quien la dá á los hombres; los que Yo mantengo los hago vivir eternamente.* Cualquiera que viene á Mí con toda confianza y amor que debe, no tendrá hambre jamás; y cualquiera que crea en Mí con una humilde sumision de espíritu, y de corazon, jamás tendrá sed: mas este pan no es para los incrédulos, como vosotros; pues como os he dicho otras veces, y vuelvo á repetir ahora, ya me habeis visto en mil ocasiones parecer lo que soy; y siempre persistis obstinados en no creermme. Pero por mas inflexible que sea vuestra obstinacion, no me hará renunciar á mi ministerio: constantemente predicaré la verdad, y estoy segu-

ro que hallaré oyentes mucho mas humildes y dóciles que vosotros.

Sobre todo lo que hasta aqui se ha dicho, discurre San Agustin con aquella profundidad que le es tan natural y propia, y dice (1): Atiende á las cosas que hizo Moisés; y observa como desconfiados é incrédulos aun los judios, piden al Señor obre milagros mayores que los que aquel obró: Tú, le dicen, nos prometes un manjar que no se descompone y destruye, y hasta aqui no nos has dado mas que pan de cebada, siendo asi que aquel nos dio el maná del Cielo. A lo que les replicó Jesus: Moisés os dió un pan significativo formado en el aire, que bajaba sobre vuestros padres como el rocío, ó la escarcha, *no como pan verdadero*: pero ahora os dá mi Padre *el pan verdadero bajado del Cielo*, esto es, *á su mismo Hijo unigénito*, á quien aquel pan prefiguraba: aquel pan era figura de este otro, *que es la verdad*. Asi es, que el mismo Salvador no dividió, sino que distinguió un pan del otro; á saber, el verdadero del falso: porque aquel fue verdadero, y no falso; *pero fué figurativo*, y asi propiamente hablando no fue aquel pan verdadero, sino figura del pan substancial que se dá en el Sacramento, y asi este es el verdadero, porque fué prefigurado por aquel. El pan de Dios, no figurativo, sino verdadero, es el que bajó del Cielo, y da la vida al mundo: porque el efecto del pan es conservar la vida, y asi el pan verdadero espiritual, es el que da y conserva la vida espiritual, lo que solamente compete, y es propio del Verbo Encarnado, cuya salida fue de lo mas alto del Cielo, esto es del Padre, de donde vino para dar la vida al mundo. El pan material no da la vida, sino que tan solo conserva la preexistente por cierto tiempo: pero el pan espiritual de tal manera vivifica, que él mismo dá la vida; porque verdaderamente empieza el alma á vivir cuando se une al Hijo de Dios; y por esto se llama principalmente pan de la vida: espresion que usó El mismo cuando dijo: *Yo soy el pan de la vida*, esto es, el que doy la vida por la divinidad que tengo: *que bajé del Cielo* por vestirme de la humanidad; y el que comiere de este pan dignamente, y se uniere con él por la fé y el amor, *no morirá, sino que vivirá*, en el siglo presente por la vida de la gracia, y en el futuro por la vida de la gloria.

No imagineis que sucedió asi á vuestros padres; ellos comieron el maná y murieron con la muerte del alma, porque solamente entendian lo que veian, y lo que no veian no lo entendian. Los justos empero que no eran semejantes á ellos, no murieron con la muerte

(1) Div. Augustin. Tract. 25. in Joann.

del alma, porque aunque comian un manjar visible, comprendieron bien que simbolizaba un manjar espiritual: para estos tenia toda la suavidad y dulzura imaginable, y para aquellos era insípido y desabrido, y les causaba náuseas y fastidio. Asi tambien la EUCARISTIA, á los que reciben y comulgan dignamente, es el consuelo de toda su vida espiritual; pero para los que la reciben y comulgan indignamente, es juicio, muerte y condenacion eterna. Hasta aqui San Agustin.

Esta tan clara esposicion de un Doctor tan eminente, nos demuestra con toda claridad, que el Salvador Divino no trató en este discurso que tuvo con los judios de inculcarles como lo habia hecho en otras ocasiones, la necesidad de guardar los mandamientos, de que conservasen la inocencia de costumbres, ó de que la restaurasen por la penitencia; ni tampoco descendió á lo que era comun á las dos leyes, y esencial al culto divino; sino que solo trató de inculcarles la fé esplicita en el Hijo de Dios, y la necesidad de la union de los fieles con su Divina Persona, que era el constitutivo esencial de la diferencia entre el culto nuevo y el antiguo; y el verdadero punto de resistencia de los judios carnales. Entre los oyentes que Jesus tenia, no solo en esta ocasion tan crítica é interesante, sino en todas las que predicaba, habia muchos que iban á oirle llevados por motivos humanos de interés, de curiosidad y de intencion maligna; pero los otros eran Discípulos de buena fé que querian ser instruidos, y seguian las impresiones de la gracia; y sobre esta diversidad de oyentes hizo declinar el Señor la continuacion de su respuesta, confirmando todo cuanto hasta aqui les habia dicho.

Vuestra incredulidad, continuó Jesus, no puede ser mas funesta: me habeis visto y no me creéis; me habeis oido, y no convencen vuestra obstinacion mis discursos; he obrado mas milagros de los que son necesarios para acreditar mi mision, y ni aun con esto me dais crédito: sabed pues, y tened por cierto que todos los hombres que me ha dado mi Padre, sin distincion de judios y gentiles, y vienen á acogerse bajo mi proteccion, para que les enseñe esos y otros grandes misterios que estoy encargado de enseñarles; á todos los recibo, y recibiré sin rehusar alguno, porque todos son suyos; por esto no resisten sus llamamientos, y atienden con docilidad al testimonio que dá de Mí, como de guia que les ha enviado para la vida eterna: y aunque no sean en grande número serán bastante para Mí, pues mi Padre con eso se contenta. Yo no he bajado del Cielo para hacer mi voluntad sobre la tierra: esto, es, pa-

ra admitir á estos en el número de mis discípulos , ó para escluir á aquellos con una eleccion arbitraria y puramente humana : Yo tengo una regla fija para mi conducta , y me conformo con ella : esta es, el perfecto conocimiento que tengo de la voluntad de mi Padre, y he bajado del Cielo para ejecutarla. Este Padre infinitamente justo , Santo y amoroso, no quiere que se pierda alguno de los que ha elegido y predestinado para que sean míos : y si alguno se perdiere será por su falta de atencion y cumplimiento á las lecciones que les doy : será porque desertará de mis banderas, y querrá perderse : pues su voluntad suprema es, que Yo los instruya , los cultive y conserve con cuidado, y que en el último dia los resucite para la vida eterna.

No estrañéis que os repita una y otra vez verdades tan interesantes y dogmas tan principales : os importa mucho creerlos y quedar de su verdad convencidos. No lo dudeis : mi Padre quiere y es su voluntad, que todos los que tienen la felicidad de ver á su Hijo dar señales de su grandeza , poder y santidad, y creen en El y en el Hijo, posean algun dia la vida eterna, como premio que ha resuelto darles cuando los resucite al fin de los siglos. En adelante será en Mí, esto es, en la fé de mi divinidad, y en la union que se contraerá conmigo, en lo que estará el derecho á la vida de la gracia sobre la tierra, y á la resurreccion para una eterna gloria. La esperanza de la vida verdadera, que conduce á la gloriosa resurreccion, ya no se fundará sino sobre el conocimiento que se tuviere del Hijo de Dios, y sobre la fé que se dará á sus palabras, segun el grado de revelacion que de esto se tuviere. Sin esta fé que Yo he venido á traer sobre la tierra, y que será el fundamento de toda justicia, las obras buenas no fructificarán para la vida eterna. Yo soy el que resucita á los hombres, como Dios, con el poder de mi divinidad : Yo soy el que en cualidad de hombre, porque mi humanidad está personalmente unida al Verbo de Dios, conseguiré y obtendré para el fiel, con la dignidad infinita de mi Persona y de mis méritos los privilegios de una resurreccion gloriosa. Este es el sentido en que el Señor es el Pan vivo bajado del Cielo, y Pan vivificante que da la salud al mundo: que El mismo, Sumo y Eterno Sacerdote, ofreció por todos el primero á su Eterno Padre ; y todo esto quiere decir Su Magestad con tan breves palabras.

Fuerte es el imperio de la verdad, no hay duda ; pero en muchas ocasiones en vez de convencer los ánimos obstinados y endurcidos, los exaspera, los irrita y enfurece : asi es que verdades tan sublimes, acompañadas de promesas tan grandes y consoladoras,

disgustaron sobremanera los de aquellos judios tan pegados á la tierra, y á todas las felicidades caducas y perecederas que en ella se gozan. No podian oir sin horripilarse, que Jesucristo les repitiera, *Yo soy el Pan vivo que bajé del Cielo*. Murmuraban entre sí, y se enfurecian. Mil miradas de desprecio se dirigian al Dios de la verdad y de la vida, y como que se anticipasen en condenarle reo de muerte en su corazon; aunque comprendian bien, que se les queria dar á entender, que Cristo en cuanto Dios, estaba en el Cielo en el seno de Dios su Padre, antes del tiempo de su nacimiento sobre la tierra, aunque en cuanto hombre hubiese nacido en el tiempo, y que su Santísima Humanidad estaba unida á una Persona Divina, que era la que habia bajado del Cielo, sin embargo esto mismo que habian entendido y comprendido, era lo que se resistian á creer, diciendo: No es este hombre Jesus hijo de Josef? No es hijo de Maria su Madre? No conocemos á su Padre y á su Madre, y á toda su parentela? ¿Cómo pues puede decir que ha bajado del Cielo?

¿Qué pequeño y limitado es el entendimiento del hombre cuando quiere con sus alcances puramente humanos subir mas arriba de su propia y natural esfera, para comprender los mas altos y encumbrados misterios, si no se apoya sobre el vehículo indeleznable de la fé? Todo le parece duro, todo difícil é imposible. Pero cuando sobre la fé se apoya, cuando cree por la fé, comprende con facilidad, discurre con certeza, y conoce con aquella claridad que parece es propia de las supremas inteligencias. Faltando por consiguiente este apoyo y vehículo á los murmuradores injustos de las doctrinas del Salvador, no pudo menos de reconvirles fuertemente, y decirles: ¿Qué es lo que extrañais? ¿Qué motivo teneis para no creer y murmurar sobre lo que os acabo de decir? Veo que me canso en vano en hablaros, y que haceis inútiles todos mis esfuerzos para instruiros, oponiendo una resistencia tenaz á todo cuanto os enseño: asi es imposible que cesen tantas contradicciones como de continuo se levantan en vuestro corazon y entendimiento. ¿Sabeis por qué no me creeis? Porque en vosotros no existe el deseo de aprovechar en lo que concierne al espíritu; porque no sois de aquellos justos que atraidos del testimonio de la verdad, que es el que mi Padre da de Mí, y dóciles siempre á su gracia, vienen á Mí á aprender como de su enviado, su doctrina y su voluntad. A vosotros os dirigen y conducen motivos muy reprecensibles: el interés, la codicia, la ambicion, son el único movil de vuestras operaciones: estos afectos mezquinos, las terribles impresiones de la carne y de la sangre, y no la sumision respetuosa á la voz de mi Padre, ni el deseo de hacer su volun-

tad, son lo que os mueve y guia. ¡Cuánta es vuestra desventura!

Oidme: prestadme toda vuestra atencion, porque os anuncio verdades, que si las despreciais obstinados, tal vez nunca podreis creerlas arrepentidos. Todo el fruto que habeis de sacar de mis discursos, depende de las sinceras disposiciones del espíritu con que os acerqueis á oirlos. El desordenado apego á las cosas terrenas, os impedirá siempre venir á Mí como discípulos míos: nunca sereis del número de los que me dió mi Padre para que los enseñe, si no hay en vosotros ese generoso desprendimiento que á ellos caracteriza: esto fue lo que me obligó á deciros en el instante mismo que llegasteis á mi presencia, que no podia mirar como un mérito vuestra venida. No, no fueron los milagros que hizo mi Padre para autorizar mi mision los que os hicieran abrir los ojos, y os dispusieran á venir para creer mi doctrina, y seguirme; sino porque ellos contribuyeron á vuestro consuelo corporal, y os suministraron los socorros para las necesidades de la vida, aun cuando menos los esperabais. Una y otra vez os he dicho, que no es este el camino que debe conducirlos, si quereis ser ilustrados. Aquellos solos que se presentan con este fin, que se elevan sobre las sugestiones de la carne y se dejan mover de las impresiones que en ellos causa la voz de mi Padre, que dá testimonio de ser El mismo el que me ha enviado; á ellos me doy á conocer, ellos se mantienen del Pan vivo que bajó del Cielo, y perseveran hasta el fin. Yo usaré con ellos del poder que he recibido; y los resucitaré en el último dia á un estado glorioso, sin distincion de judios y de gentiles.

¿Querreis acreditaros de tan necios, que ignoreis lo que los Profetas han escrito? ¿No es cierto que dijeron: Que habia de venir un dia en que todos vuestros hijos serian adoctrinados por el mismo Señor (1)? Vosotros lo concedeis: mas esta prediccion debe cumplirse en el tiempo del Mesias; pero advertid que su cumplimiento no está reservado á una nacion, ni á un parage solo de la tierra. Su prediccion abraza todos los hombres del universo, porque á todos se revelarán en el tiempo determinado los misterios mas escondidos: por esto las maravillas que hace mi Padre por Mí, son la voz de Dios, que se dirige y habla á todos ellos. El que ha oido la voz de mi Padre, que los llama á Mí, y no resiste las inspiraciones interiores que de El recibe, viene á Mí como á enviado de Dios, y se rinde, obedece y cumple las instrucciones que Yo estoy encargado de darle. No sean siempre carnales vuestros pensa-

(1) Isaia, cap. 54. v. 13.

mientos, ni terrenos vuestros deseos. Levantaos alguna vez sobre la esfera de lo humano, y procurad aprender las lecciones de la fé, que se dirigen á formar y fortalecer vuestro espíritu. No creais que el Padre puede verse con los ojos del cuerpo; nadie lo ha visto jamás en esta vida, ni podria durar mucho tiempo en la tierra su vision; solo pertenece al que El ha enviado verlo claramente, verlo siempre, y darlo á conocer á los otros: El se dá á conocer por sus obras y por sus palabras: las unas y las otras traen y conducen á Mí: á Mí vuelvo á decir, que solo he visto al Padre, y sé todos sus secretos.

De nada os servirán todos los conocimientos que hayais adquirido, ni los que podais adquirir sobre las ciencias humanas, para conseguir los que os sean necesarios sobre la escelencia, grandeza y dignidad de Dios, y sobre los misterios y arcanos que á nadie se han revelado. Por mi medio y conducto es por quien mi Padre quiere comunicarlos; pues nadie antes que Yo los ha tenido, ni nadie puede revelarlos. Ninguno conoce íntimamente á Dios, sino el que es Dios. El Hijo de Dios tiene una entera y plena revelacion de toda la economia del reino celestial, y es el único que tiene facultad y poder para establecerlo sobre la tierra. En verdad, en verdad os digo que aquel que cree en Mí, y viene á Mí conducido por mi Padre, ya tiene en su fé el principio de la vida eterna, y en la gracia de la adopcion una prenda de la resurreccion gloriosa. Como á Hijo y enviado del Padre, soy Yo el Pan de la vida: es preciso usar de este Pan bajado del Cielo, con la fé de las verdades que revelo: pero tambien en otro sentido soy y será hasta a el fin del mundo Pan de vida, que convendrá comer en forma de alimento y de sustento. Pan totalmente distinto del maná, que no pudo exceptuar á vuestros Padres, que lo comieron en el desierto, del tributo comun que todos deben á la naturaleza, ni les preservó de la muerte, ni de la corrupcion, ni les fue prenda segura de la vida eterna.

El Pan vivo que ha bajado del Cielo, es un soberano preservativo contra la muerte espiritual, que es mucho mas temible que la muerte del cuerpo. Los beneficios que vuestros padres recibieron de Moisés, tuvieron sus límites en la vida presente, los que Yo propongo haceros, miran á la vida venidera, y dan derecho á su posesion. El Pan que Yo os ofrezco, es un Pan que confiere al alma bien dispuesta que le come, el principio de una vida sobrenatural que no tendrá fin, con tal que el hombre fiel tenga cuidado de conservarlo. Yo soy, vuelvo á repetir otra vez: Yo, á quien estais mirando, soy el que ha bajado del Cielo. Yo soy el Pan vivo: cual-

quiera que comiere de este Pan, recibirá la raiz de la inmortalidad y la prenda de una vida eternamente dichosa. Este Pan, que ahora no os doy á comer, pero que os lo daré cuando llegue el tiempo, es mi carne, que será sacrificada por la salud del mundo.

Estas palabras mal entendidas, fueron causa entre los judios de una grande disputa, siendo diferentes sus dictámenes. Sorprendiéronse con la promesa de Jesucristo, y aunque la llegaron á entender puntualmente, no comprendian como podria realizarse. ¿Cómo, decian, y con qué especie de prodigio, este hombre nos dará á comer su carne á todos, y á cada uno en particular? No era tiempo aun de correr el velo á los misterios: bastaba preparar los ánimos, é írseles proponiendo. Con todo eso, despues de las pruebas dadas por Jesucristo de ser el Maestro y Doctor de los hombres, enviado por su Padre, ya era tiempo de que lo creyesen, por mucha oscuridad que encerrasen los misterios que les anunciaba. Asi fue que desentendiéndose de altercar con ellos, dejó sin contestacion las dificultades que le oponian, porque este era el único medio de hacer cesar la disputa, y apaciguar aquellos espíritus, que aunque nada creian imposible para el Señor, no se resolvian enteramente á creerlo; y pasó á confirmarles de nuevo su doctrina.

En verdad, en verdad, les replicó, que si no comeis la carne del Hijo del Hombre, y no bebeis de su sangre, que no tendreis en vosotros la prenda de la vida y de la bienaventuranza eterna: por el contrario, el que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene derecho para la vida eterna y bienaventurada. En sí mismo lleva la prenda de ella, y Yo le resucitaré el último dia, para que entre en posesion de una dicha que no tendrá fin. Pues mi carne es verdadero alimento que se come, y mi sangre es verdadera bebida: el que come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él: esto es, permanecemos uno y otro con una compañía y union íntima de afectos, con una caridad mútua, y con un amor recíproco. Esta explicacion que se sobreentiende en la doctrina del Salvador, la aclaró San Agustin de la manera siguiente (1): El que come mi carne *como espiritual comida*, y bebe mi sangre *como espiritual bebida*, queda en Mí, por la conformacion de su vida con los designios de mi voluntad y amor; y Yo en él, porque habito en él por la gracia. Por lo que la fé en tu corazon es Cristo, que habita en tu corazon: cree pues en El, y ya lo recibiste. Esta fé que obra por el amor, es la obra de Dios, como principio y fin

(1) Div. Augustin. Tract. 29 in Joann.

de todo bien : porque por la fé verdadera , el hombre se une y como que se incorpora con Dios. Creer pues en El , es creyendo amar , creyendo ir hácia El , é incorporarse con sus miembros. Esta es la fé que de nosotros exige Dios , la que obra por el amor : y así creer en El , es comer la comida que produce y causa la vida eterna.

Por todas estas consideraciones les añadió el Salvador : Y así como Yo recibo la vida , una vida toda divina de mi Padre , cuyo lugar tengo aquí , estando El , no solamente vivo , mas siendo el principio de la vida , y Criador de todas las cosas vivientes ; del mismo modo los que comen á mi mesa , y Yo mantengo con mi propia substancia , participan de la vida que mi Padre me ha comunicado : de suerte que ellos tienen , como Yo , la felicidad de no vivir sino de El , en El , y por El. Así es como vive por Mí el que me come : así somos uno sobre la tierra , y en ella empezamos á unirnos para la eternidad.

Grandes y consoladoras promesas : sublimes y elocuentes palabras , que son la espresion mas viva y positiva del amor del Maestro Divino : pero tan claras , terminantes , y espresivas , que no pueden torcerse á un sentido figurado , ni á una comida metafórica. Era preciso creer ó que prometia lo que era imposible cumplir , ó que el esceso de su amor para con los hombres le hacia posible una union admirable de la cabeza y de los miembros , con la comida real y verdadera de su cuerpo , la cual podrian contraer los hombres ; pero que no serian capaces de comprender. Y como efectivamente la sublimidad del misterio no era de fácil comprension , les repitió Jesus lo que les habia dicho al principio de esta interesantísima instruccion. Este es el Pan que bajó del Cielo : *Yo que os estoy hablando*. Yo en quien es fuerza creer como en el Hijo único de Dios : cuya carne es preciso comer con amor y confianza , para tener derecho á la vida eterna. Nada dudeis de cuanto hasta aquí os he dicho , aunque las grandes verdades que os he revelado sobrepujen en mucho el conocimiento de la Ley. Ellas son el fundamento del culto interior y sublime que la Ley prometia : pero Yo , que fuí figurado por el maná antiguo , produciré en los hombres efectos muy distintos de los que aquel producía : porque si bien conservaba por algun tiempo la vida , no libertaba de la muerte : pero el que se mantiene del Pan bajado del Cielo ; el que come mi carne , única comida que mantiene la vida del alma , tendrá en sí el principio y la prenda segura de una eternamente gloriosa.

Un pueblo acostumbrado á oír siempre doctrinas santas y admirables de la boca del Salvador, las que veía confirmadas con milagros, cuanto mas imposibles le parecían, no debía dudar de la certeza de las que acababa de proponerle, y reiterarle una y otra vez. Sin embargo, Cafarnaum y su Sinagoga, que tantas veces habian resonado en alabanzas del Divino Maestro, se escandalizaron de oír de su boca la doctrina de la paz y del amor. La mayor parte de sus oyentes, y los mismos que hacian profesion y alarde de Discípulos suyos, lejos de admirar como debían el exceso de su caridad, decían llenos de pavor: Duras por cierto, y estrañas son las cosas que nos ha dicho; ¿quién puede oírlas sin que le cause dificultad el creerlas? Claro es y evidentísimo, que en todos tiempos el hombre animal, que ha pretendido investigarlo y comprenderlo todo por la razon, no ha comprendido las cosas que son del espíritu de Dios (1); porque como el juicio de ellas se ha de formar espiritualmente, ó las tiene por indiferentes ó las califica de locura; y sobre todo, porque acostumbrado á seguir la inclinacion de los sentidos, deja enflaquecer ó apagar su fé, y jamás se eleva sobre los débiles alcances de una razon soberbia y orgullosa; por la que nunca abre sus ojos á las luces hermosas del Cielo.

Un sordo murmullo de reprobacion que residia mas en el pensamiento que en la boca, y que por lo mismo se daba á conocer poco exteriormente, no podia ocultarse al que sabia lo mas recóndito de todos los corazones; pero como no creían ser oídos repetían una y otra vez allá en su interior: ¿No es este un hombre á quien todos conocemos? ¿Pues cómo se atreve á hablarnos así de su persona? Si se le cree, El ha bajado del Cielo, ¿y qué hombre se atrevió jamás á atribuirse semejante prerogativa? Esto era sobre todo lo que mas les escandalizaba: lo demás les hubiera parecido creíble de la parte de un hombre, si á un mismo tiempo le hubiesen imaginado Dios; y supuesta esta creencia, nada les inquietara la fé de ser su carne verdadera comida: y por esto, por grande que fuese la idea que habian concebido de Jesucristo, se desvanecía su confianza, cuando este Hombre Divino, á quien creían hijo de Josef, les decía que habia bajado del Cielo. Ellos comprendían bien que quería decirles, que habia venido de Dios, que era Hijo de Dios, é igual á Dios; y este fue siempre el motivo de su escándalo, y el escollo de su indocilidad. Jesucristo empero procuró apaciguarles diciéndoles: ¡Vosotros estais escandalizados por haberme oído afir-

(1) Div. Paul. Epist. 1.^a ad Corinth. cap. 2. v. 14.

mar , que he bajado del Cielo! Dia vendrá , y no está lejos , en que vosotros mismos vereis al Hijo del Hombre , que os está hablando, subir donde estaba antes: ¿Tendreis todavia entonces dificultad de creer que bajó del Cielo , al que vereis subir allá? Dudareis aun en aquel oia que le es muy posible y fácil alimentaros con este Cuerpo, que os promete para vuestro sustento?

Permitió el Señor, dice San Agustin (1), esta duda y desconfianza de parte de los judios , en las palabras que les decia y doctrinas que les enseñaba , para ofrecer un motivo de paciencia y consuelo á todos los encargados de anunciar su divina palabra y doctrina ; cuando no solo no sean creidos, sino insultados y despreciados por aquellos mismos cuya salud procuran : pues si á El le insultaron , persiguieron y despreciaron , sus ministros han de serlo tambien cuando anuncien á los pueblos las verdades que Su Magestad fue el primero en predicar y anunciar. Oíanle los judios con todas las prevenciones de la carne y de la sangre , y por esto no le comprendian : creian que habian de alimentarse de su cuerpo y sangre como si fuese un alimento natural , ó como el pan material y la carne que se comen á bocados; y para desengañarlos de esta falsa creencia les añadió, que le verian subir al Cielo con su propio cuerpo : que fue lo mismo que decirles: Sabed, que los sentidos , la razon humana, y el corazon carnal, no pueden llegar á la sublimidad de los conocimientos que Yo os comunico. El espíritu es el que vivifica; la carne nada aprovecha para esto. Estas palabras, Yo HE BAJADO DEL CIELO, que tantas veces os he dicho, *son espíritu y vida*, ellas son el principio del nuevo culto que vengo á traer á la tierra: para entenderlas es preciso dejarse gobernar por el Espíritu de mi Padre : y cuando se creen se consigne en la fé la raiz de la vida sobrenatural y divina, que no se comunicará sino á los miembros del que ha venido del Cielo. La carne no comprende nada de esto. Ved y considerad ahora, si vosotros os hallais en la disposicion de dar fé á mis palabras.

No ignoraba Su Magestad que para el mayor número de sus oyentes habian de ser inútiles todos sus esfuerzos y trabajos, por que tenia una revelacion clarísima sobre la conducta y suerte venidera de todos los hombres, de quienes estaba constituido cabeza, Salvador y Juez. Conocia perfectamente los que serian fieles , y los que le negarian : no dudaba quien entre sus Apóstoles habia de ser el traidor ; y con todo eso lo habia llamado con tanta misericor-

(1) Div. Augustin, Tract. 27. in Joann.

dia y bondad, como á su Discípulo amado, y al que tenía destinado para cabeza de su Iglesia; y todos los conocimientos presentes y futuros, en nada disminuían la actividad de su celo; porque en el orden de la providencia, ni estrechaban las estensiones de su ministerio, ni los límites de su misión: así es que cerciorado infaliblemente de todo, les decia con la mayor claridad: necesitáis luz de lo alto y el don de la inteligencia para comprender el estado admirable de mi cuerpo en este banquete, á que convidó á todo el mundo. Solo en un sentido espiritual es mi cuerpo el alimento y vida de los hombres, pues solo les hace vivir segun el espíritu, no segun el cuerpo. Muchos incrédulos hay entre vosotros, que muestran bien cuanta razon tengo en decir, que no puede alguno venir á Mí, si no es traído por mi Padre; pero no consiste en El que no venga todo el mundo, pues á todos los que no se hicieron voluntariamente indignos ofrece su auxilio para que vengan. Yo sé quienes son entre vosotros los que no creen y se escandalizan de mis palabras; y es porque hacen juicio de ellas en el tribunal débil de su razon: es menester atender al testimonio que dá de Mí mi Padre, y abrazar los afectos que inspira á vista de mis milagros. El interés y la ambicion os harán ver en Mí un hombre poderoso en obras, y augurar un Rey bienhechor segun el mundo, á quien tenga que allegarse de los primeros; pero esto de nada sirve. Solo el espíritu de mi Padre, al cual resistís, es el que puede descubriros y hacer que conozcaís en Mí al Hijo de Dios, Pan de vida que bajó del Cielo. La letra mata, el espíritu es el que vivifica (1): y así como la paja cubre el grano, así tambien la letra cubre el espíritu.

Nada mas se necesitaba para que esta última repeticion del Señor fuese como la última mano que arrancase la máscara de los carnales, y postrase enteramente la fé vacilante de su corazon. Desde este dia tan útil á las almas sencillas que le seguian de buena fé, muchos de los que se gloriaban de ser sus discípulos renunciaron sus empeños de seguirle, se retiraron de su compañía, y no caminaron mas con El: con la mas estraña ceguedad se apartaron del sol de justicia, cuya luz no podian sufrir. Este fue el primer cisma que dividió á los fieles de la Iglesia de Jesucristo, compuesta entonces de pocas personas. Sintió Su Magestad la desercion; pero nada tenia que reprenderse: por esto no se dignó jamás de volver á llamar los que se habian apartado de El: dejó ir á estos desertores cuyo bien habia procurado, y su infelicidad fue obra de la bajeza de sus pre-

(1) Div. Paul. Epist. 2, ad Corinth, cap. 3. v. 6.

tensiones terrenas. Despojóse la asamblea de incrédulos, y en seguida preguntó el Salvador á los que habian quedado: y ¿por ventura, vosotros os quereis tambien ir, y dejarme? Que fue lo mismo que decirles: Llegó tambien el contagio á inficionar vuestras almas? El ejemplo de tantos ingratos ha impresionado vuestros corazones, y os ha hecho de su partido?

Pedro, que era el primero y gefe de todos, lleno de aquel celo ardiente que le caracterizaba y distinguia, tomó la palabra y contestó por todos á Jesus, diciendo: ¿Y á quién Señor iremos nosotros, si fuésemos tan desdichados que os perdiésemos, ó tan ingratos que os dejásemos? Vos solo sois el que teneis palabras de vida eterna: Vos el único que enseñais lo que conviene saber, hacer y creer para conseguirla: y nosotros estamos convencidos, y conocemos, creemos y confesamos, que Vos sois CRISTO HIJO DE DIOS vivo: Vos solo sois el Gefe y Maestro de la verdad: otro semejante á Tí no podemos hallar. Tú solo nos bastas, y por Tí solo lo hemos dejado todo: como no hay otro que te iguale, lejos de apartarnos de Tí, á Tí hemos de acudir. Sobre lo que dice San Agustin (1): Si nos arrojas de Tí, danos otro que sea como Tú, y le seguiremos.

En la respuesta de Pedro, dice el Crisóstomo, se manifiesta la grandeza de su amor. Este es Pedro; amador de sus hermanos, conservador de la amistad, el que responde por todo el colegio apostólico; ¿Señor, á dónde iremos? ¡Ah! esta es una espresion que demuestra un grande cariño. Ella justifica que ya apreciaban los Apóstoles mucho mas á Cristo que á sus propios padres. De tu boca salen palabras de vida eterna, esto es, palabras que prometen la vida eterna, y á ella conducen; y el que no las creyese, perecerá eternamente. En la percepcion de tu cuerpo y sangre cifras la consecucion de la vida, y en las palabras de tu predicacion la prometes, la virtud de Dios está en tu Evangelio. ¿Qué otra cosa podemos querer mayor? En la respuesta de Pedro es explícita la verdadera confesion de su fé. Sí, lo hemos conocido, lo confesamos una y otra vez: Vos sois nuestro Mesias, el Hijo de Dios (2): asi lo acreditan vuestras doctrinas confirmadas por vuestros milagros. Creemos y confesamos que sois Cristo en cuanto á la humanidad, en la que habeis sido ungido con la uncion de la Divinidad como Rey y Sacerdote Sumo, Hijo de Dios Padre por vuestra naturaleza Divina, y por consiguiente igual á El en sabiduria y poder, porque sois vos la mis-

(1) Div. Augustin. Tract. 27. in Joann.

(2) Div. Crisostom. Hom. 46. in Joann.

ma vida eterna ; en tu carne y sangre no das sino lo que Tú eres, esto es, la misma vida eterna.

Al oir Jesus tan franca confesion de la boca de su Discípulo para confirmar á todos en tan santa creencia les dijo: Yo que os he elegido en número de doce para que seais mis primeros ministros en el establecimiento de mi reino, sabed que uno de vosotros es demonio ; uno entre vosotros es pérfido, ha de hacer traicion á su Maestro, y perecer infelizmente. Ellos no supieron hasta mucho tiempo despues, quien era el infeliz de quien se les hablaba, porque su detestable empresa no habia de verificarse hasta pasado un año desde aquel dia en que lo profetizaba el Salvador. No obstante esto perseveraron los doce con algunos otros cerca de Jesus, aunque entre todos componian un número muy pequeño, en comparacion de la gran multitud que antes le seguia. Acaso Judas no meditaba aun su sacrilega y abominable traicion : pero ya sin haber concebido designio tan detestable, se disponia á él con su infidelidad ; por lo menos es muy creible que sin alguna razon que en aquella sazon subsistiese, no hubiera dicho desde entonces el Salvador hablando de aquel desgraciado apóstata ; entre los doce que he elegido, hay uno que es demonio. Y ciertamente era preciso que el desventurado tuviese un corazon de demonio, pues por todo un año, desde el dia en que el Divino Maestro descubrió su perfidia, en el que tuvo la dicha de vivir familiarmente con Jesus, de ser testigo de sus milagros ; y de tomar parte en sus confianzas, jamás le hirió su grandeza, ni le movió su bondad. Ni creyó por la fé, ni volvió por la penitencia : abandonó á Cristo en su corazon, y fue abandonado de Cristo. ¡Triste desgracia ! que nos enseña cuanto hemos de amar la union con Cristo, y temer su separacion.

ORACION.

O mi Dios y Señor mio Jesucristo, Tú que solo bastas para la salud de mi alma, concédeme la gracia de que á Tí solo desee: deseándote á Tí, solo por Tí, y no por otra cosa, á Tí solo busque: para que buscándote, te halle; hallándote, te estreche contra mi corazon; teniéndote estrechado, te ame; amándote, queden perdonados mis pecados; y perdonados una vez, no vuelva á cometerlos jamás. Ilustra te ruego, Señor, mi corazon con la luz de tu divina gracia, á fin de que teniéndote por mi conductor y guia en todos mis pasos, siempre á Tí tema, y ame sobre todas las cosas, y en todas ellas haga tu voluntad: jamás de Tí me aparte, y contigo viva constantemente unido; porque Tú solo bastas, y al que

te ama y sigue, la vida eterna prometes; á la que te ruego, que por tu misericordia me conduzcas. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VI del Evangelio de San Juan desde el versículo 22 hasta el 72 ambos inclusive.

Le Iglesia usa de varios trozos de este Evangelio como propios de las Misas siguientes.

Desde el versículo 37 hasta el 40, como propio de la que celebra en el Aniversario de los difuntos.

Desde el versículo 51 hasta el 55, lo usa en la Misa cuotidiana de los mismos. Y desde el 56 hasta el 59, en la de la festividad del Santísimo Sacramento, y en la Misa votiva del mismo. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL ANIVERSARIO DE DIFUNTOS.

San Juan, cap. VI, vs. 37 al 40.

En aquel tiempo: dijo Jesus á las turbas de los judios: Todos los que me da el Padre vendrán á Mí; y al que viniere á Mí no le desecharé: pues descendí del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que Yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite á todos en el último dia. Por tanto la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es, que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y Yo le resucitaré en el último dia.

EVANGELIO DE LA MISA CUOTIDIANA DE DIFUNTOS.

San Juan, cap. VI, vs. 51 al 55.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas de los judios: Yo soy el Pan vivo, que descendí del Cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente: y el Pan que Yo daré es mi misma carne para la vida ó *salvacion* del mundo. Comenzaron entonces los judios á altercar unos con otros diciendo: ¿cómo puede este darnos á comer su carne? Pero Jesus les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último dia.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO
SACRAMENTO.

San Juan, cap. VI, vs. 56 al 59.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas de los judios: Mi carne verdaderamente es comida ; y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne , y bebe mi sangre , en Mí mora , y Yo en él. Asi como el Padre que me ha enviado vive y Yo vivo por el Padre ; asi el que me come tambien vivirá por Mí. Este es el Pan que bajó del Cielo. No sucederá como á vuestros padres , que comieron el maná , y no obstante murieron. El que come de este Pan vivirá eternamente.





CAPITULO XX.

ACRIMINAN LOS ESCRIBAS Y FARISEOS Á LOS APOSTOLES PORQUE
ARRANCAN UNAS ESPIGAS EN DIA DE SABADO, Y JESUS LOS DEFIEN-
DE. EN OTRO SABADO CURA EN LA SINAGOGA LA MANO SECA DE UN
HOMBRE, Y CONFUNDE LA MALICIA DE AQUELLOS.

Tan emponzoñado estaba el corazon de los fariseos contra el Salvador y contra sus Apóstoles, que ni los unos ni los otros podian hacer cosa alguna, por santa y laudable que fuese, que no la envenenase muy luego su malicia, y no formasen sobre ella un crimen; siendo sus quejas mas principales y ordinarias sobre la violacion del dia del sábado. En uno de ellos, y era el primero del segundo mes, el que segun la opinion mas probable, se cree sería el sábado despues de Pentecostés (1); salió el Señor de Cafar-

(1) Los judios habian distinguido los primeros sábados despues de las tres grandes festividades, con tres diversas espresiones que en cierto modo denotaban las pascuas que les habian precedido. El primero despues de la pascua se llamaba *Sabbaton protoproton*: el que seguia á la de Pentecostés, *Sabbaton deutero-proton*: y el de despues de la fiesta de los tabernáculos, *Sabbaton*

naum, como para pasearse por la campiña, á la distancia que permitia la ley en el dia santo de descanso: acompañábanle sus Apóstoles, y le seguia segun la costumbre una turba inmensa, entre la que se habia mezclado una tropa de fariseos, que casi nunca le perdian de vista; determinados, y siempre prontos á deshacerse de él á la primera ocasion que se les presentase. La festinacion y aprecio que el pueblo le tenia, era el único é invencible obstáculo que encontraban para la ejecucion de sus pérfidos designios: por lo que uno de sus primeros objetos era desacreditarle para con la muchedumbre, á fin de que perdido á su vista el concepto, les fuese mas fácil conseguir su intento.

Los judios tenian perfectamente distribuidas sus labores campespestres, en razon de que cumplieran con la mayor exactitud los diversos preceptos que Dios les habia intimado con respecto al ofrecimiento de sus primicias. Ya se habia hecho la siega de las cebadas, despues que en la fiesta de la Pascua se habian ofrecido los haces ó manojos de las primicias: mas por lo que mira al trigo, aun estaba en el campo, aunque ya cuasi en sazón algunas semanas antes de Pentecostés; despues de cuya fiesta, era la costumbre empezarse la recoleccion en toda la Palestina, habiéndose antes ofre-

ton trito-proton: y como algunos padres y espositores sacros digan sobre este lugar, *Sabbaton deutero-proton*, esto es, primer sábadó despues de la segunda pascua, es claro, que fué el de despues de la Pascua de Pentecostés: sin que sea un obstáculo insuperable el que algunos digan, que en esta festividad era cuando se ofrecian las primicias de la cosecha; pues podia suceder muy bien, que ocho dias, y otros muchos mas despues de el ofrecimiento de las primicias, hubiese mieses maduras en los campos, y sucediese el caso que refieren San Mateo en el capítulo 12, v. 1; San Marcos en el 2, v. 23, y San Lucas en el VI, v. 1 y siguientes.

San Epifanio en la refutacion de la heregia de los Ebioneos, ó Ebionitas, número 32, dice: *El sábadó propiamente llamado despues de los ázimos, que tambien se reputaba por verdadero sábadó*; y asimismo se llamaba dia de los ázimos. Esto es lo que les habia mandado el Señor en el Levítico (cap 23, vs. 6 y siguientes). En el mes primero, el dia 14 del mes por la tarde, es la Pascua del Señor; y en el dia 15 de este mes es la solemnidad de los ázimos del Señor. Siete dias comereis pan sin levadura. El primero de estos será para vosotros solemnisimo y santo, ninguna obra servil hareis en él: sino que en los siete dias ofrecereis holocausto al Señor; pero el séptimo dia será para vosotros mas solemne y santo que los demas, durante el cual ninguna obra servil hareis en él. Lo mismo se dice en el v. 15 y siguientes: y sobre esto pueden verse el cap. 5 del libro de Josué. Teodoreto, Quest. 32, sobre el Levítico: y otros varios.

cido los panes de trigo nuevo á los Sacerdotes. Parece no solo verosímil, sino muy probable, que los Apóstoles estuviesen ocupados la víspera antecedente en las funciones de su ministerio, y que no habiendo tenido lugar para dejar prevenido el alimento necesario para el día siguiente, tuviesen hambre. Pusieronse, pues, á coger algunas espigas, á estregarlas entre las manos, y á comer, paseándose, los granos de trigo que podían sacar. No escrupulizaron sobre esta accion tan sencilla, y el Señor que los estaba mirando no les prohibió este pequeño alivio de su necesidad. En esto se descubre la simplicidad evangélica. Comían granos de las espigas, porque eran como palomas, de las que es propio comer granos. Tenían hambre, ya en razon de su pobreza, ya por causa de las turbas que los tenían todo el día en continuo movimiento y ocupacion; con lo que se da á entender á los ministros del Evangelio, sea cual fuese su categoria y clase, que deben posponer la preparacion de la comida corporal, á



la procuracion de la salud de las almas: sobre lo que dice el venerable Beda (1): No teniendo los Discípulos ni aun tiempo para comer por causa de la importunidad de las turbas, tenían hambre como hombres, pero cogiendo espigas hacían como que la entretenían y consolaban: lo que indica la austeridad y pobreza de su vida, pues cuidaban poco de tener viandas sazonadas, contentándose con las comidas mas sencillas que hallarse pudieran. Pero los hom-

(1) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

bres envidiosos, nada miran que les parezca inocente en aquellos que no aman. De otra manera, cómo sería fácil perder á un enemigo virtuoso, si se hubiera de aguardar á que cometiese delitos? Así los fariseos, llenos de aquella orgullosa hipocresia que les caracterizaba en todo lo que á la religion concernia, afectaron escandalizarse sobremanera: y acercándose atrevidos á los Discípulos de Jesus, les dijeron: ¿Cómo os atreveis á hacer lo que no es lícito en dia del sábadó, y así escandalizais al pueblo?

No tuvieron valor para arguirles de infractores de la ley, como ladrones de lo ageno; porque segun la misma les era permitido entrar en el sembrado de su amigo, ó prógimo, cortar espigas, y desgranarlas con la mano (1): por esto les acusaban de quebrantadores ó inobservadores del dia Santo, porque como los discípulos son como los espejos de los maestros, querian que la falta de aquellos, si lo hubiese sido, refluyera contra el Salvador. No buscaban la vindicacion de la ley, sino una ocasion para calumniar: ni tampoco podian acusar á otros de infractores de aquella, cuando ellos cada dia pecaban contra la Ley. El que se entristece cuando otro peca, manifiesta tener un fondo de justicia; pero el que reprende sin misericordia, carece de perfeccion.

Mas como el celo que aparentaban los fariseos, era mas que celo por la observancia de la Ley, un odio inveterado y feroz contra Jesucristo, abandonaron muy luego á los Discípulos, para dirigirse abiertamente contra El; presentáronsele, y le dijeron. ¿No advertís lo que pasa entre vuestros secuaces y familiares? ¿No veis como á vuestra vista quebrantan la Ley? ¿Cómo es que siendo Vos tan exacto observante de ella permitis que tan escandalosamente se infrinja?

No dudó el Salvador que tenia un deber de justificar á sus Apóstoles, vindicándoles de una tan calumniosa acusacion, y para lograr esto, y desvanecer la imputacion de culpabilidad de que pudieran acusarle, les dijo: Os precias de sabios, y en vuestra acusacion acreditais bien que no lo sois. ¿No habeis leído lo que hizo David agoviado por la hambre juntamente con sus gentes, en tiempo del gran Sacerdote Abiathar? (2). Si lo tuvierais presente no hallariais que notar en los míos. Bien veo lo que mis Discípulos hacen, pero no advierto en ello un motivo para que los censureis ni reprendais. ¿Dónde está el escándalo y la infraccion de ley que

(1) Deuteronom. cap. 23. v. 25.

(2) Lib. 1. Reg. cap. 21. vs. 4. et seqs.

vuestro irritante celo condena? Tenian hambre, cogieron algunas espigas, y se comieron sus granos, ¿y por esto son vuestros clamores? Dónde está el quebrantamiento del dia del sábado? ¿Qué diriais si hubieseis vivido en tiempo de David, y le hubieseis visto entrar en la casa de Dios, tomar los panes de proposicion, comer de ellos, y repartirlos á los que con él iban, aunque eran panes consagrados al Señor, y ni David, ni sus gentes eran Sacerdotes ó Levitas? Vosotros no podeis ignorar que segun el rigor de la letra de la Ley solo los hijos de Aaron pueden alimentarse de estos panes, mas sin embargo, decidme: ¿cometió David en esta ocasion algun delito? No fué para él un motivo legitimo de dispensacion la necesidad en que se hallaba? No podia negarse un tan público suceso, ni la justificacion de Abiathar, ni la religiosidad de David; ni que aquellos dos hombres virtuosos y sabios habian creido muy prudentemente, que era mejor dispensarse en caso de necesidad de una observancia legal, que faltar á la caridad que se debe al prógimo, y á sí mismo: de lo que se infiere, que la necesidad hace lícito en algunas ocasiones lo que sin ella seria ilícito. Asi que, hambrientos los Discípulos, se hizo lícito por la necesidad, lo que pudiera tenerse por ilícito segun la Ley. Los fariseos alababan como un acto de misericordia muy heróico y sublime, lo que el Sacerdote Sumo habia hecho con David y los suyos; y reprendian tan ágricamente la transgresion de los Discípulos, que aun querian hacerla refluir contra el Maestro; con lo que se demuestra, que patentizaban toda la malicia de su corazon, en vez de vindicar la santidad de la Ley.

Otras razones de no menos peso y autoridad me asisten para acriminar y condenar vuestra conducta hipócrita y malignante. ¿No habeis leído en la Ley, que los Sacerdotes en el templo no guardan el descanso del dia del sábado, y que lo hacen sin pecar? No degüellan las víctimas que se ofrecen al Señor? no encienden el fuego para los holocaustos, y hacen otras muchas cosas, que en lugar de deshonrar al Señor, lo santifican, porque todas ellas tienen por fin el culto de Dios y el servicio del templo? Si pues por el respeto que se tiene al templo consagrado, todo lo que en él se practica exceptúa de la Ley á los Ministros que en él se emplean; con cuánta mas razon deben juzgarse exentos los que se hallan en la imposibilidad de obedecerla, por satisfacer á mi voluntad, y por elegir lo que saben que me es mas agradable que una observancia legal? Sabed por tanto vosotros, *Yo os lo digo*, que este que veis en vuestra presencia, y á quien os atreveis hacer representaciones tan vivas, *es mas grande, y mas digno de respeto que el*

templo mismo. Todo lo que es mas conforme á sus divinas inclinaciones, se debe preferir al culto exterior de la religion, que se practica en la casa de Dios. El Hijo del hombre, el primogénito de los hombres, á quien pedis razon de su conducta, como es mucho mayor que el templo, es tambien dueño y Señor del sábado; tiene derecho de interpretar la Ley, y de moderarla, y aun de abrogarla si lo creyese conveniente. Pudiera pues, usar de su autoridad en ocasion mas oportuna, y en circunstancias mas puestas en razon?

El Maestro Divino, infinitamente sabio, quiso convencer en esta ocasion al incrédulo fariseismo, no solo con razones y doctrinas ajenas, sino tambien con su propia autoridad. Lo primero con la aseveracion de la verdad: porque no hay duda, que es mucho mejor el templo espiritual, que el figurativo: y si el servicio de este pudo bastar á los Sacerdotes de legítima disculpa para la transgresion del dia del sábado, cuánto mas podrá escusar á los Apóstoles la fé y creencia en este templo espiritual, que es el mismo Jesucristo, dueño y Señor del templo? Lo segundo los convenció por los afectos de piedad: por qué prefiere el Señor las obras de caridad y misericordia, á las ceremonias de la antigua Ley: y como el dar de comer á los hambrientos y necesitados es una obra de aquellas tan gratas y aceptas al Dios de la misericordia y de la caridad, y el observar el sábado y ofrecer las víctimas era solo un precepto ceremonial; les patentizó el Señor la mayor importancia de lo primero, que de lo seguído. Por último quiso convencerlos por la manifestacion esplicita de su poder: porque El es, el que espresamente puede disponer en todo aquello sobre lo que tiene un dominio y autoridad absoluta; y como la tiene en el Cielo, en la tierra, y en todo lo que hay en ellos, podia mandar absolutamente sobre el sábado, y sobre sus discípulos, y dispensar á estos de la observancia de aquel. El mismo hizo el sábado por causa del hombre, para que en él descansen y se dedique al servicio de Dios; pero no hizo al hombre por causa del sábado: por lo que dice San Ambrosio (1): Asi como puso el dia de sábado, tambien pudo destruirlo: pues el que lo hizo por causa del hombre, Señor del sábado es: pero quiso tener mas cuidado de la salud de los hombres, que de la observancia de aquel dia, permitiendo á sus Discípulos que cogiesen espigas, y matasen el hambre que los atormentaba. Cristo no está debajo de la observancia de la Ley, sino que es el Le-

(1) Div. Ambros. lib. 5. in Luc.

gislador supremo que la manda , y puede dispensarla , y mudarla cuando le pareciere: asi es que no peca, el que para la observancia ó dispensacion de aquel dia , se sujeta enteramente á la voluntad de Cristo. La sujecion que quiso tener á la Ley fue voluntaria, ó de voluntad , y no de necesidad; asi que, si algunas veces se sujetó por humildad , en otras se sobrepuso á ella para demostrar su autoridad.

San Crisóstomo (1) añade: No se hizo el sábado para que el hombre descansa de tal manera en él , que todo el dia esté sumido en la ociosidad: sino porque en esta ociosidad ó descanso que se le concede , se entregue á la meditacion , conozca que Dios es su Criador, y el Hacedor supremo de todas las cosas; y aun cuando pretenda averiguar la causa de este mismo reposo , se le patentice la existencia de este Dios Criador: puesto que El mismo, dando la Ley del sábado, dijo: *Ninguna obra servil hareis en dicho dia; sino tan solamente aquello que pertenece al alma*: Esta es la verdadera santificacion de la fiesta, ocuparse la criatura en las cosas puramente espirituales; y desocuparse, ó desentenderse de todas las corporales y terrenas..... Considera pues bien, y mira á los Discípulos de Jesus, constituidos y colocados en una tan extrema necesidad y pobreza; compadécete de ellos aunque la sufren y padecen con alegria, por el amor á tan santa virtud, y por seguir los ejemplos de tan Divino Maestro. ¿Qué cosa tan digna de admiracion ver los Príncipes de este reducidos á una tan grande pobreza , que les fuese preciso sustentarse de tan simple comida como los animales, estando presente el Criador Supremo? Admira, oh hombre, á los Discípulos de Jesus, asi oprimidos por el hambre, y no podrás menos de celebrar su generoso desprendimiento. Ningun cuidado ni afan pasaban por las cosas temporales. Despreciaban las mesas carnales, combatidos estaban de una hambre continua, y con todo eso no abandonaban á Cristo. ¡Oh! Cuán dulce era aquella comida para los hambrientos! Les pareció tan exquisita, como aquella antigua del desierto pudo parecer, y ser efectivamente para sus padres tan dulce como la miel: puesto que de ella estaba escrito: Les sació con miel que mandó de la piedra. La piedra era Cristo, que es el manjar celestial, y la fuente inagotable de aguas vivas, que contienen todos los gustos y sabores. Los miraba el Señor; y tenia por ellos la mas viva compasion, porque los amaba con la mayor ternura (2). Sin

(1) Div. Crisostom. Concione. 1.^a de Lázaro.

(2) Div. Crisostom. Hom. 40. in Math.

embargo se alegraba, tanto por lo mucho que ellos con esto merecían, cuanto por el grande ejemplo que nos dejaban, con tanta austeridad y paciencia.

Indudablemente resplandecieron con este motivo un admirable cúmulo de virtudes: una estremada pobreza, un asombroso desprecio de las pompas mundanas, una pública condenacion de las viandas sazonadas con diversos condimentos para escitar el gusto del paladar, una templanza verdaderamente santa, contra una gula voraz é insaciable; y una frugalidad extraordinaria con la que condenaban la glotoneria brutal de los apetitos inestinguibles: porque como dice San Agustín (1), codiciar los placeres y regalos del cuerpo, y evitar mañosamente todas sus incomodidades y fastidios, es accion propia de la vida salvage y ferina. A lo que añadia San Bernardo (2), es cosa ridícula, querer honrar á los Santos con convites; cuando ellos con las abstinencias, ayunos y mortificaciones procuraron agradar á Dios. La insaciabilidad, la glotoneria y los deleites debian despreciarse, porque no solo dañan al cuerpo, sino que matan el alma. Mientras se goza el paladar con las delicias de los manjares, se mata el alma del que come, clamaba San Gregorio (3); conmute pues el sábio los deleites del cuerpo con los del alma, porque el que gustó una vez las dulzuras del espíritu, cuida poco de las del cuerpo.

Todo esto, y aun mucho mas parecia encerrarse en la respuesta de Jesucristo á los maliciosos escribas, y como si no fuera bastante para acriminarles con rigor, les añadió: sin duda, que vosotros no habeis entendido bien aquel célebre testo de uno de vuestros Profetas (4), en el que dice espresamente el Señor: Yo quiero mas la misericordia y la caridad que los sacrificios. Si lo hubieseis entendido, no condenariais tan fácilmente á los inocentes; lo que fué decirles: Empleados únicamente mis Apóstoles en obras de misericordia para con el prógimo, siempre mucho mas agradables á Dios, que las que mas estrechamente se mandan por la Ley, no se reservaron tiempo la vispera del sábado para preparar la comida para alimentarse en él. El Hijo del hombre, dueño de la Ley, los dispensa de ella: tiene sus razones para hacerlo: y vosotros hombres duros, y malignos intérpretes, los habeis condenado sin razon.

(1) Div. Agust. Serm. 49. ad Fratres. in eremo.

(2) Div. Bern. in vigilia S. Andreæ.

(3) Div. Gregorio. in Pastoral. parte 3.^a cap. 20.

(4) Oseæ. cap. 7. v. 6.

Por orden del Hijo del hombre se guarda el sábado, y por agradarle y complacerle se ejercita la misericordia: así que, si en la concurrencia de la una, y otra Ley, se falta á la del sábado, porque él acepta la misericordia, usa de su derecho y voluntad suprema; verificándose así los oráculos de los Profetas. Nunca pudo ser el pensamiento del Señor, que por guardar el descanso del sábado, se prive el hombre del alimento necesario; ni que este se niegue á las obras de caridad, preferibles á la observancia de aquella Ley; porque esta seria una justicia vana, hipócrita y supersticiosa. En la alternativa de que se hallaron los Discípulos del Hijo del hombre hicieron buena eleccion, y este como dueño y Señor del sábado, la ratifica: pero aunque sus respuestas hacen callar á los fariseos, y queda altamente reprobada su acusacion criminal, sin embargo perseveran constantes, y cada vez mas enardecidos contra la persona del Salvador.

La misericordiosa condescendencia que Jesus habia tenido con sus Apóstoles, el modo enérgico y terminante con que les habia defendido, y las estravagantes preocupaciones de sus adversarios; le pusieron en el caso de aclarar dos importantes verdades por la confirmacion de los primeros en la fé que en El tenian, y para la edificacion y enseñanza de todos. En la primera estableció el orden que se debe guardar entre los diversos ejercicios de piedad, y enseñó la preferencia que merece la instruccion de los ignorantes, ó el alivio de los desdichados, en competencia de las obras exteriores de la Ley. Doctrina prudente y saludable que directamente combatia las máximas farisáicas, segun las cuales la dureza mas sin piedad para con el prógimo, puesta en paralelo con la transgresion de una observancia legal, era solo una pequeña falta; y aun la hacian meritoria, si en el caso de ser imposible el cumplir con las obligaciones, se sacrificaban á la Ley de Moisés, las leyes mas sagradas de la caridad y de la naturaleza.

En la segunda, que tenia una tendencia mas directa á la manifestacion de las importantes verdades que los mismos Doctores y Maestros de la Ley aparentaban desear, pero cuya certeza no querian confesar dominados por la feroz incredulidad que los cegaba; se declaró el Salvador con aquella noble franqueza que le caracterizaba, patentizando la divinidad de su Persona, atribuyéndose una autoridad igual á la de su Padre, y haciéndose la aplicacion literal y personal de un testo sagrado, en que el Profeta propone hablando al verdadero Dios, Dios soberano que adoran los judios, diciéndoles sin rodeos: que es mas grande que el templo, y que es

el dueño del sábado; porque como Dios ha impuesto la Ley de este día, y ha sido adorado siempre en el Templo.

Admirable es, no hay duda, en este caso la conducta del Salvador: con ella muestra no solo el espíritu de justicia de que está lleno, sino el de la sabiduría, integridad y fortaleza, que se oculta bajo aquel traje y aspecto tan modesto, humilde, y pobre; dándonos de esta heroica virtud el mas sublime documento. Con su justicia pone fuera del tiro de los insultos farisáicos la inocencia de sus discípulos, aunque no desconoce que pone en un inminente riesgo su propia tranquilidad; porque la aclaracion de una verdad tan grande como importante, que con tanta avidez buscaban los judios, debia rendir y desarmar á sus enemigos; mas por desgracia no produjo en su corazon sino la irritacion y la venganza: pero resuelto á apurar todos los tiros de su aborrecimiento, se espuso con gusto á experimentar sus esfuerzos, de los cuales su poder y su sabiduría lo ponian en estado de detener los efectos hasta el punto preciso que juzgase conveniente. Mas en cuanto á su humildad y pobreza, y á la que en esta ocasion resplandeció tambien en sus Apóstoles, no cesan los Padres de la Iglesia de formar sobre ella los mas sublimes elogios.

Nunca, jamás, dice el Crisóstomo (1), podrá haber un punto de comparacion entre la pobreza de la criatura por grande y estremada que sea, y la de Jesus: porque El era por su naturaleza Divina infinitamente rico, era Dios y Señor de los Cielos y la tierra, y no solamente aceptó la penuria de la pobreza, sino hasta las afrentas y oprobios de la misma. Cuando nosotros somos natural ó voluntariamente pobres, y tales nos hacemos por Cristo, nuestra pobreza no es afrentosa, sino meritoria y honrosa, y esto aun para los mismos malos, mas la pobreza voluntaria de Cristo no fue asi. Nadie la conocia, ni sabia que el era pobre por su voluntad, y por esto era mirado con desprecio. Se le miraba privado de casa, de posesiones y de riquezas, y era casi generalmente desatendido: solo era buscado de los ricos y poderosos de la tierra, cuando le necesitaban para que sanase sus enfermedades, ó para que libertase sus hijos de los demonios, ó los resucitase: y hasta esta misma virtud parecia como eclipsada y perdida á la vista de los mismos que le buscaron, cuando ya no le creian para ellos necesario. Tan triste es la condicion de la pobreza, que ni las amistades antiguas, ni los mismos vínculos de la sangre parecen aprovecharle: pues

(1) Div. Crisostom. Hom. 67. in Math.

la mayor parte de los hombres rehusan la amistad y hasta el parentesco de los pobres. ¡Qué aberración! ¡Qué ceguedad! Qué locura!

Contempla bien, oh hombre, la extraordinaria pobreza de Jesús, y observa que no hay otra que con la suya pueda compararse, y de ahí aprende, que los pobres no deben ser despreciados porque al Señor representan, aunque sea infinita la distancia que hay de uno á otros pobres; y de una á otra pobreza. Habiendo de nacer al mundo, no eligió una espléndida casa, ni una madre rica, sino pobre; y la dió por esposo un humilde artesano. Nació en un establo, y fue reclinado en un pesebre. Queriendo elegir Discípulos no los escogió Presidentes ó Magistrados; ni sabios, ni ricos, ni nobles, sino pobres; y entre los pobres los mas ignobles é idiotas. Tratando de ponerles una mesa, no les puso sino pan de cebada, y alguna vez lo mandó comprar de la plaza. Si les brindó con un asiento, los mandó sentar sobre el heno. Su vestido siempre fué humildísimo. Sus viages siempre fueron á pie; y para sentarse El mismo, nunca tuvo otro asiento mas que la dura tierra. Ni tuvo cama donde morir, ni sepulcro donde enterrarse, y esto siendo el Rey inmortal de los siglos, y el Señor de todo el universo. Contempla esto, oh hombre, y avergüenzate de no imitar á Jesús, y de despreciarle en los pobres que le representan.

En el sábado siguiente entró el Señor segun su costumbre en la Sinagoga para enseñar, porque en los dias de sábado era mayor la concurrencia del pueblo en aquel lugar. Sabia bien Su Magestad que lo acechaban, mas no por eso dejó de predicar y de obrar un nuevo milagro á la vista de sus adversarios, aunque ya tenia previstas todas sus consecuencias. Obraba el Señor como los astutos cazadores, que tienden sus lazos y redes, donde conocen que concurren con mas abundancia las fieras y las aves, porque queria salvar á todos los hombres, y atraerles al conocimiento de la verdad (1); en cuya accion resplandecen principalmente tres cosas. La primera es la fortaleza de su espíritu y la magnanimidad y grandeza de su corazón: pues no solo no temia las asechanzas de sus enemigos los escribas, sino que verdaderamente puede decirse que los buscaba, presentándose sin miedo donde ellos estaban y donde sabia habian de presentarse nuevas ocasiones para redargüirles y confundirles: condenando de este modo la cobardia y pusilaminidad de aquellos, que debiendo hacerlo, no tienen valor para desplegar los labios en defensa del prógimo injustamente ultrajado ó calumniado. La se-

(1) Ven. Bed. in cap. 6. Lucæ.

gunda , es la veracidad de su doctrina ; y así como Dios infinitamente veraz , que siempre la verdad habla , enseñaba en público , y no en secreto : por lo que pudo decir á los pontífices y magistrados en el dia de su juicio , cuando buscaban falsos pretestos y testigos para condenarle , Yo he hablado siempre públicamente á la faz de todo el mundo , y en secreto nada hablé ; ¿ por qué me preguntais á Mí ? preguntad á los que me oyeron . Esto es , contra la perfidia y mala fé de los hereges , los que mas hablan en secreto que en público ; porque como enseñan la mentira y el error no se atreven á pronunciar sus doctrinas sino como á escondidas , y cubiertos con el velo misterioso del incógnito , ó con el negro de las tinieblas : por ser propiedad del que obra mal , aborrecer la luz , y no venir jamás á ella para no ser redargüido por sus obras . Y en tercer lugar se descubre la inmensidad de su celo , porque en cuanto hacia , solo se proponia la mayor gloria de Dios su Padre y la santificacion y salvacion de las almas , confundiendo y condenando de este modo el hipócrita designio de todos aquellos que en cuanto hacen solo buscan la gloria vana , el lucro y las comodidades temporales .

Tampoco concurrían á las Sinagogas con deseo de aprovecharse de las lecciones y doctrinas que en ellas se daban , todos los que asistian : porque muchos de ellos eran enfermos , paralíticos ó lisiados , y se presentaban ó se hacian conducir por ver si conseguian la salud del Médico Soberano , que no permitia que alguno marchase sin ella . Este deseo tan natural en la criatura , unido á una gran fé , llevó entre los asistentes á uno que tenia seca la mano derecha , el que queria pedir á Cristo que lo curase de su enfermedad . Los escribas y fariseos habian concurrido por un motivo realmente distinto : la envidia y la venganza guiaban sus pasos , y á pesar de ser tan torcidos , se amartillaban por observar los del Salvador ; y como no dudaban que á las Sinagogas concurrirían con mas frecuencia los enfermos , y que el Señor no se resistia á las súplicas de los afligidos ; era aquel el lugar donde le esperaban para ver que resolución tomaria , con ánimo de quejarse altamente de su proceder , levantar contra El una sedicion , y hacerle perecer en medio de la confusion y el tumulto .

Para conseguir tan depravado intento , no dudaron en que les era indispensablemente necesario escitar animosa y vivamente el celo del pueblo en favor de la Ley , y contra Jesucristo : pero Su Magestad , que siempre obraba preventivamente , procuró con mayor firmeza grangearse su afecto ; obrando con tanta precaucion , como

si no fuera dueño de los corazones , como si no pudiera moverlos, y obrar á su arbitrio; y como si se viera precisado á tomar como los demas hombres todas las medidas ordinarias de la prudencia.

Cual aguerridas huestes formadas en batalla y ardiendo en coraje y rabia, que á su parecer estan seguras de la victoria; para quienes toda dilacion es sobremanera molesta; y que observan el curso rápido del sol , temerosas de que su llegaba al ocaso no les estorbe conseguir el apetecido triunfo , se hallaban los fariseos acusando de tardia la prudencia de Jesus porque no empeñaba la accion. Ellos miraban sus combates como de hombre á hombre, en los cuales muchas veces acostumbra el mas audaz á conseguir la victoria: por esto no quisieron esperar que el Salvador diese la señal de la acometida, sino que ellos mismos le atacaron bruscamente con una pregunta capciosa, con la cual imaginaron aturdirle y emborazarle. *¿Es lícito, le preguntaron, curar en día de sábado?* Su propia precipitacion desconcertó sus ideas, y destruyó enteramente sus planes; asi que, cuando ellos esperaban una respuesta categórica y general con la que pudiesen manifestarse escandalizados; y apoyar sobre ella su plan de persecucion; supo el Divino Maestro eludir su malicia, buscando entre la concurrencia un infeliz que escitase su compasion, para que avivados en todos los sentimientos de humanidad, fuese mas luminosa é irresistible la justicia de su respuesta, y mas afrentosa para ellos mismos la propia confusion de los adversarios.

No estaba lejos del Salvador un infeliz que tenia seca y sin movimiento su mano derecha: á este llamó la bondad Divina, y le dijo: *Levántate; ven acá, permanece en pie ahí en medio á la vista de todos:* y dirigiéndose luego á los escribas, les dijo: Voy ahora á haceros una pregunta y espero á ella una contestacion franca y decisiva: *¿Creeis vosotros que en el día del sábado es permitido hacer bien al prógimo, ó que es mas á propósito ese día para procurarle mal?* Decid: *¿Cuál es mejor segun vosotros, librar á un hombre en tal día, ó dejarlo perecer por no darle socorro?* Aterrados quedaron los que se preciaban de maestros y doctores de la Ley, al oir las preguntas que les dirigia la Sabiduría increada: y temiendo que el pueblo á quienes habian tratado de sorprender y engañar, se indignase contra ellos si se avanzaban á decir que las obras de caridad estaban prohibidas y proscritas en día de sábado; y que era mejor ver friamente morir á un hombre en tal dia, que darle la mano y socorrerle para libertarle del peligro; se quedaron mirando los unos á los otros, sin atreverse á responder: pues cualquiera que fuese su respuesta ha-

bia de producir efectos totalmente contrarios á los que deseaban , y sobre todo su propio descrédito. La presupuesta, que en ellos hubiera sido la mas consiguiente, habria escitado la animosidad del pueblo , que guiado ya por la rectitud de la razon y la justicia, tal vez no se hubiera contenido dentro de los límites de la prudente y justa moderacion, y los hubiese destrozado. Y la contraria era la confesion de la santidad del Salvador , y por consiguiente la de su propia criminalidad é injusticia.

Su vergonzoso silencio era una prueba positiva de su derrota, y queriendo el Señor estrecharlos todavia mas, les dijo: ¿Nada respondeis? Yo juzgo de vuestros pensamientos por el modo con que sois conduciros en ocasiones mucho mas importantes: y asi decidme: ¿Habrá alguno entre vosotros, que viendo á su oveja caída en el hoyo en el dia del sábado, no corra luego á levantarla y sacarla del precipicio? ¿Y qué es una oveja en comparacion de un hombre? Alejad, pues, ese silencio ruboroso que os oprime, y ni aun casi respirar os permite: confesadlo de buena fé, y publicad que es lícito y permitido ejercitar la misericordia en el dia del sábado. El pueblo manifestó quedar sumamente complacido al oír de la boca de Jesus esta importante aclaracion, y las miradas de gozo, veneracion y respeto, que le dirigian, eran un indicio inequívoco de su atenta y afectuosa gratitud.

No necesitaba esta demostracion pública de aquiescencia á su doctrina, y adhesion á su persona, para dirigir su vista hácia el lugar que ocupaban los escribas, y lanzar sobre ellos una mirada ardiente de indignacion, mezclada sin embargo de piedad, por la ceguedad de sus corazones: despues de lo que revistiéndose al parecer de la autoridad propia de un Dios, que va á obrar un gran milagro á la vista de un pueblo incrédulo, para autorizar su divinidad, volviéndose al infeliz que esperaba con fé el momento de la misericordia y de la gracia, le dijo: *Estiende esa mano que tienes seca*, y obedeciendo sin réplica tan terminante mandato, la estendió á vista de todo el pueblo; y al momento volvió á tomar su estado natural la mano seca, y la vieron como la izquierda, llena de carne, con fuerza y movimiento.

Sobre este cúmulo de hechos y doctrinas importantísimas hablan los Santos Padres y Doctores, discurriendo con aquella elegancia, profundidad, y sublimidad que á cada uno caracteriza y distingue: El Venerable Beda (1) dice: Porque escusó y defendió

(1) Ven. Bed. in cap. 5. Lucæ.

altamente á sus Discípulos, cuando los acriminaban sin justicia los fariseos por la supuesta infraccion del dia del sábado; poseidos de venganza le observaron tambien á El, con ánimo decidido de calumniarle, si curase en el dia mismo. En este caso, le acusarian de infractor de la Ley; y si no curase, le condenarian como imbécil y cruel; porque eran iniquos observadores de los hechos, y de todas las palabras de Jesus. En las suyas eran fingidos, traidores en sus hechos, y sarcásticos é insultadores aun cuando le vieron entre tormentos. Conocia muy bien el Señor toda la malignidad de sus pensamientos, y por esto mandó al hombre enfermo que se acercase á El, que se levantara, y permaneciese en pie en medio de todos; para que el milagro fuese mas manifiesto, para que fuese mas terriblemente redarguida y confundida la malignidad de aquellos tan obstinadamente ciegos; y para que, aunque con otras palabras reproducida la misma cuestion que ellos movieron, fuesen ellos mismos los que se viesen forzados á dar la cumplida solucion. Su vergonzoso silencio motivó la propuesta del caso de la ovejuela caida en el hoyo, y precisó al Señor á que la resolviera, primero con palabras declarando que era lícito y permitido sanar á un enfermo en dia de sábado, puesto que lo era sacar á un animal de un hoyo, siendo tan notable como es, la diferencia entre un hombre y un animal irracional; y el motivo que media entre la curacion del primero, y dar la libertad al segundo: aquel fué criado á imágen y semejanza de Dios, el otro no: y si este por no sufrir una pérdida temporal se saca del precipicio en que cayó aunque sea dia de sábado, ¿no deberá curarse con mas razon el otro, interesando tal vez no solo la salud temporal sino tambien la eterna?

San Crisóstomo destruye con muy pocas palabras toda la supercheria de los fariseos, y dice (1): A vosotros os es lícito salvar una oveja en dia de sábado, y á Mí no ha de serlo el salvar á un hombre dándole la salud? Ni trabajo para ello la medicina, ni aun mi mano sobre él estiendo: solo hablo una palabra, y el enfermo queda sano; por ello no quebranto la Ley de vuestro sábado: sin una obra material, consumo la obra de la virtud. ¿En qué se funda pues vuestra acusacion? Sois avaros, oh fariseos. Amais mas á una oveja, que al hombre que es vuestro prógimo. Alabais el socorro que al animal se presta, y acusais de criminal la caridad que con el hombre se ejerce. Y el Doctor Máximo (2) dirime con muy

(1) Div. Crisostom. Hom. 67. in Math.

(2) Div. Hieronim. in cap. 12. Math.

pocas palabras esta cuestion. Si por consultar dice, no el bien de un animal, sino vuestra criminal avaricia, os dais prisa para sacar en dia de sábado á uno que cayó en la fosa, ¿con cuánta mas razon yo podré por caridad libertar y curar en el mismo á un hombre, que es sin comparacion alguna mucho mas apreciable que la oveja? Los malos deseos y las malas obras son una verdadera violacion del dia del sábado, no las obras de caridad. Interpretando la Ley á vuestro capricho, decis osados, que en aquel dia debe abstenerse el hombre de obrar el bien; siendo como es muy cierto, que solo debe abstenerse de obrar el mal: asi es, que se os dice, *nunguna obra servil hareis en él* (1): esto es, ningun pecado, porque el que lo comete, es siervo del pecado: y el que peca no gozará del descanso eterno que el Señor tiene prometido á todos los que observan los preceptos de su Ley.

A la doctrina incontestable del Salvador, siguió repentinamente el milagro, que siendo tan público, llenó de desesperacion á todos sus rivales y enemigos; los que no pudiendo desvirtuar por sí solos la altísima reputacion que con estos hechos tan continuados se adquiria; ni romper los vínculos con que cada dia unia y estrechaba mas asi el pueblo sencillo y fiel; convirtiendo su furor en estravagante locura, saliéronse fuera prontamente, y comenzaron á decirse los unos á los otros, ¿qué haremos con este hombre, que con tanta prontitud como facilidad se desenreda de los lazos que le armamos, y los convierte contra nosotros? Está visto, que por nosotros solos no podemos: preciso es buscar quien nos ayude: con cuyo designio eligieron por compañeros á algunos cortesanos de Herodes, Tetrarca de Galilea. No es extraño. Salian de la vista del sol, no debian ver sino tinieblas: se apartaban de Cristo, luz verdadera, no podian menos de caer en lamentables precipicios. Dejaban al autor de la vida, debian morir para siempre, porque debian morir en su propio pecado. Crimen tanto mas horrible cuanto que no se apartaban de él solamente para dejarle, sino para confabular y concertar entre los compañeros de iniquidad, el modo de perderle y matarle.

No hay duda que la liga proyectada no daba crédito ni reputacion á los escribas, porque los herodianos eran conocidos por hombres sin religion. ¿Pero á dónde no recurrirá el malvado, y de qué medios no se valdrá, cuando trata de deshacerse de un rival tan justo y poderoso como Jesus, al que tantos testimonios públicos de

(1) Exod. c. 20. v. 10. Levit. c. 25. v. 3.

su divinidad hacian sobremanera temible y amable? Nada se ocultaba empero al justo contra quien se coligaban, y aunque no los temia, resolvió ponerse por entonces á cubierto de la persecucion de los fariseos, porque esperaba el dia que la providencia incomprendible de su Padre tenia señalado para el sacrificio: pero le bastaba para conseguir su objeto, y desconcertar completamente los planes de los envidiosos, todo lo que logró retirándose lo restante del dia á las riberas del mar de Galilea.

ORACION.

Señor Dios Omnipotente, que pusiste á la disposicion de los hombres todas las cosas que estan bajo la bóveda del cielo, para que solo el hombre á Tí sujeto, viviese en el mundo seguro. Que criaste todas las cosas exteriores para servicio del cuerpo del hombre, pero al cuerpo para servicio de su alma, y al alma para que á Tí solo amase y sirviese. Que das pasto y comida á los jumentos y fieras del campo; á las aves del cielo y á los peces del mar: concédeme todas las cosas necesarias para la vida, á fin de que provistas así por Tí mis necesidades pueda mas desahogadamente consagrarme á tu servicio: y en todas las necesidades y penurias concédeme una paciencia sufrida, y una resignacion santa para que jamás me desmaye. Mira Señor que soy manco é inválido para obrar el bien, sánname pues por tu misericordia, y hazme bueno, ápto y fuerte para todo aquello que conduzca á procurar tu mayor gloria. Haz que estienda mis manos á la justicia y no á la iniquidad; para que asociado y coronado con los justos, eternamente te alabe, Amén.

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el XII de San Mateo, desde el v. 1.º hasta el quince; y en el VI de San Lucas desde el v. 1.º hasta el 11, todos inclusive.

La iglesia no usa la letra testual de este Evangelio como propia de ningun dia: sin embargo siguiendo la costumbre adoptada ponemos el de San Matheo, que dice así.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. XXII, vs. 1.º al 15.

En aquel tiempo: pasando Jesus en el dia del sábado por junto unos sembrados, sus Discípulos teniendo hambre empezaron á coger espigas, y comer los granos. Y viéndolo los fariseos le dijéron: Mira que tus Discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado.

Pero El les respondió: ¿No habeis leído lo que hizo David, cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados de la hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de proposicion (a), que no era lícito comer ni á él, ni á los suyos, sino á solos los sacerdotes? ¿O no habeis leído en la ley, cómo los sacerdotes en el templo trabajan en el sábadó, y con todo eso no pecan? Pues Yo os digo, que aquí está uno que es mayor que el templo. Que si vosotros supieseis bien lo que significa, mas quiero la misericordia que no el sacrificio: jamás hubierais condenado á los inocentes: porque el Hijo del hombre es dueño aun del sábadó. Habiendo partido de allí entró en la Sinagoga de ellos, donde se hallaba un hombre que tenia seca una mano: y preguntaron á Jesus, para hallar motivo de acusarle, ¿si era lícito curar en dia de sábadó? Pero El les dijo: ¿Qué hombre habrá entre vosotros, que tenga una oveja, y si esta cae en una fosa en dia de sábadó, no la levante y saque fuera? ¿Cuánto mas vale un hombre que una oveja? Luego es lícito el hacer bien en dia de sábadó. Entonces dijo al hombre: extiende esa mano. Alargóla, y quedó tan sana como la otra. Saliendo empero de allí los fariseos, se juntaron para urdir tramas contra El y perderle. Mas Jesus entendiendo esto se retiró.

(a) Los panes de proposicion ó de ofrenda, eran doce: los que se ofrecían todos los sábados á Dios, en el tabernáculo en nombre de las doce tribus. Haciéndose de harina floreada, y cada uno de ellos debia tener dos décimas de un Ephí, esto es, de una medida que equivale á muy poco mas de tres celemines y medio castellanos: se colocaban sobre una mesa limpiísima, seis á un lado, y seis al otro, la que se ponía ante el Señor. Sobre los panes se ponía incienso muy fino, claro y trasparente, para que fuese tambien un monumento de oblacion al Señor: y una y otra ofrenda eran un pacto ó fuero perpetuo, que los hijos de Israel tenían obligacion de ofrecer á Dios. El Señor los cedió á Aaron, y á sus hijos por derecho perpetuo, para que los comiesen en el lugar Santo, por ser cosa santísima y ofrecida al Señor. (Levit. c. 24, v. 5, 6, 7, 8 et 9.)





CAPITULO XXI.

**RETIRASE JESUS DE LA SINAGOGA: SIGUÉNLE MUCHOS ENFERMOS Y
SANA Á UN ENDEMONIADO, CIEGO Y MUDO.**

No es siempre un vigoroso y violento ataque, dado á un enemigo, el testimonio mas positivo de la pericia de un buen general. El que conoce bien los planes de su adversario, prefiere en algunas ocasiones una retirada honrosa, porque sabe que de ella ha de sacar mayores ventajas; y burlando con maña las intenciones de sus rivales, suele coronarse de gloria inmarcesible; mientras entregados los otros á la desesperacion corren á una muerte segura, por satisfacer una venganza injusta; y como nunca ha habido en el mundo un hombre mas sabio, ni mas prudente, ni mas conocedor del corazon del hombre que Jesus, cada una de sus retiradas, aun las mas misteriosas y secretas, mas tenian el aire de triunfo, que de fuga: casi siempre eran á la orilla de los mares, y aunque las

verificara en las horas mas silenciosas de la noche, muy luego se veia cercado de una muchedumbre casi inmensa, que parecia como una escolta destinada á defenderle, si necesitaba emplear tales refuerzos contra los ataques bruscos de los escribas. Tal era el crédito, reputacion y fama de Jesus, que do quiera que fuese le seguian fieles é infieles, fariseos y publicanos, y en pos de El se hermanaban al parecer judios y samaritanos; los habitantes de Jesusalen y los de Galilea; los idumeos, y los pereos: los que moraban en los paises del otro lado del Jordan; y aun los de los contornos de Tiro, y de Sydon: llevando todos consigo muchos enfermos y poseidos del demonio á quienes libertaba el Señor de sus enfermedades.

Reritóse en esta ocasion el Señor de las turbas, para quitar á los escribas todo motivo y ocasion de ser con El impios, porque aun no habia llegado el tiempo prefijado por el Padre para que padeciera muerte y pasion, ni se habian cumplido los oráculos de los Profetas. Huyó para dar á los suyos este ejemplo, á fin de que cuando en algunas ocasiones huyesen de los enemigos, no se les imputase la huida á pecado. Huyó para dar á todos este grandioso ejemplo de humildad y paciencia, pues se le miraba huir, cuando á una orden suya todos sus perseguidores hubieran sido sepultados en el abismo. Huyó para que no dudasesmos de su humanidad, pues aunque no temia la muerte, huia como hombre para eludir los conciliábulos de la iniquidad: y con tal motivo huyendo nos enseñó, que sin duda debemos huir de aquellos que cada dia se hacen peores aun á vista de los buenos consejos y ejemplos; pues los hombres envejecidos en el mal, dificultosamente ceden á la fuerza de la razon. Asi que, sabiendo el Señor los pensamientos de los escribas, no se esperó mucho tiempo; sino que huyó por no irritar mas su locura, porque no es facil que esta se aplaque con la fuerza de la razon. La ignorancia, con la razon se vence; la malicia empe- ro, con la razon se irrita.

Esta retirada de Jesus fue mas bien un indicio de su misericordia, que de temor que tuviese: pues no solo no queria irritarlos con su presencia, sino que separándose de su vista, queria hasta quitarles la ocasion de que pudiesen irritarse; no fuese cosa que despues se le pudiese acusar de cómplice en el delito que cometiesen; por esto no solo se aleja, sino que para animar mas á los que le siguen, y alentar á los que van en su busca, obra muchos milagros á su vista, para que no creyesen que como huia, se habia estinguido en El el poder de obrarlos. Los maestros y doctores de la ley le perseguian, vistos los milagros; por esto no sanaban de la ce-

guedad en que vivian. Seguíanle los necios é idiotas atraídos de su buen nombre, y le seguian con amor, y por esto eran curados. Los fariseos deseaban perderle, la turba indocta se esmeraba en amarle: los primeros eran repelidos, los segundos eran curados; y lo eran de una manera tal, que apenas se acercaba el Señor, obligaban los espíritus inmundos á los mismos energúmenos á que se inclinasen é hiciesen reverencia, y clamaban por su boca, y decian: **TU ERES HIJO DE DIOS**; pero Su Magestad les mandaba que callasen. El que quiera pues ser curado, el que quiera verse libre de los peligros de la muerte, y de la condenacion eterna, siga é imite á Jesus, que no hay duda que sanará.

Como era público y á todos manifiesto, que bastaba tocar los vestidos del Señor para quedar repentinamente sanos los enfermos, todos querian acercarse y le oprimian sobremanera: mas como la soberbia de los fariseos, y el orgullo de los herodianos se hallaba ya tan mortificado, atendia mucho Jesus á no exasperar mas sus ánimos, para que no creyesen que trataba de insultarles y aumentar mas su confusion: por lo que ordenó á la multitud de personas que naturalmente agradecidas publicaban por todas partes sus beneficios, que no los divulgasen, para que no renovasen sus quejas los fariseos, con motivo de la transgresion del sábado: y para poder consolar tambien en su miseria á los gentiles, de los cuales muchos en estas grandes concurrencias se mezclaban con los israelitas para conseguir la salud. Tal era la moderacion de Jesus, que si no le impelian la gloria y el honor de su Padre, ó no le precisaban las obligaciones de su ministerio, queria mas bien sacrificar el honor que se le debía, que aprovecharse de todas sus ventajas á espensas de la paz: y seguramente que si la envidia no hubiera hecho implacable y feroces á sus enemigos, y estos no hubieran sido de la clase de los malos sacerdotes y doctores falsos, su dulzura, suavidad y condescendencia hubieran logrado en ellos apologistas y defensores.

Como el Señor no iba á caza de la mundanal estimacion de los hombres, sino que buscaba el convencimiento de los incrédulos, y la salud de los que en El creian, por esto se mostraba tan cauto, como humilde en sus procedimientos; pues con este espíritu de abnegacion y humildad lo habia anunciado su propio Padre, el que queriendo dibujar con su propia mano la imagen de su Hijo, nos lo trazó con unos rasgos harto dignos del amor y tierna adhesion de sus Discipulos. «Ved ahí, decia el Señor, al que Yo elegí Hijo mio muy amado, en quien he puesto toda mi complacencia. El es

mi Hijo por naturaleza, y El se ha hecho mi siervo por obediencia. Yo lo llenaré de mi Espíritu: El anunciará la verdadera doctrina: El mostrará á las naciones el camino de la salud. El espíritu de reconciliación, dulzura y suavidad será el que le anime, y sus grandes y sólidas instrucciones no degenerarán jamás en contiendas, y disputas ágrías y contenciosas. No levantará una voz estentórea y altisona, ni clamará cual demente furioso, ó destemplado ébrio en medio de las plazas públicas. No quebrantará la caña medio quebrada, ni apagará la mecha que aun está humeando. La paciencia será la arma y el escudo con que peleará las batallas de su Padre, y con ella sola logrará que triunfe su justicia. Con esta benignidad y dulzura, y con la de sus ministros despues de su muerte, precisará á sus enemigos á rendirse á la verdad. De esta manera será completísima la victoria que alcanzará el Evangelio sobre las supersticiones gentiles, pues abrirá el reino de Dios á todas las naciones, y ellas pondrán su gloria en invocar su nombre.

Es preciso no haber leído nada de la historia del Salvador para no reconocer en su persona el cumplimiento literal de esta tan clara predicción, y para no admirar la semejanza perfecta de la pintura con el divino objeto que representa. Con todo eso, su dulzura y suavidad nada tenían de debilidad y flaqueza: y ganaba los corazones sin timidez ni cobardía: y como su paciencia no nacía del principio de una debilidad temerosa, no desdecía en cosa alguna la dignidad de su conducta, ni la santa libertad de su ministerio augusto: predicaba con admirable celo, y como á su predicación seguían, ó precedían siempre milagros asombrosos, sola la feroz é implacable envidia de los fariseos, ponía recelosas dudas sobre las eternas y luminosas verdades que anunciaba; los Discípulos empero y el pueblo sencillo, en cuyos corazones no se albergaba aquel vicio ponzoñoso, le oían con tanto fervor que ni aun tiempo para comer pan se reservaban; sobre cuya continua y santa ocupación dice el venerable Beda (1): ¡Oh! qué feliz ocupación la del Salvador! ¡Oh! cuán bienaventurada la concurrencia de las turbas que incesantemente le siguen! Tan empeñado estaba el uno en enseñar, y los otros en aprender, y en procurar su salud espiritual y eterna, que ni al Maestro, ni á los Discípulos, ni á las turbas que los seguían les quedó ni siquiera una hora de tiempo para alimentarse. Ojalá que á los maestros y doctores, y á los fieles de nuestros tiempos nos sucediese otro tanto! Ojalá que tan ardiente fuese en unos

(1) Ven. Bed. in cap. 3. Marc.

el deseo de enseñar, y tan vehemente en otros el de aprender, que ni siquiera una hora les quedase de tiempo para comer el pan cotidiano! Qué felices serian entonces los pueblos! Qué dichosas las naciones! Todas descansarían en el seno de la mas envidiable paz, y la nave de la iglesia caminaria á vela tendida con viento próspero y bonanzoso al puerto de la felicidad.

El Señor, que por todas partes se contemplaba asaltado de las turbas, deseaba desembarazarse de ellas, ya para dar lugar á que de algun modo se mitigase el rencor de los fariseos, que cada vez se irritaba mas con los milagros: ya para tratar mas desahogadamente con su Eterno Padre sobre el importantísimo negocio de la salvacion de los hombres. A este fin habia mandado á sus Apóstoles que le tuviesen pronta una barca, y encaminándose con ellos á la orilla del mar, despidió á las turbas; embarcóse y transfretó, y se encaminó á la ciudad: pocos eran los dias que pensaba detenerse en ella, pero en este corto intervalo se le presentó la ocasion de hacer un milagro, que aunque por todas sus circunstancias era gloriosísimo para Jesus, le acarreó sin embargo tan tremendas contradicciones, que no bastando toda su prudencia, amabilidad y dulzura para disimularlas, se vió forzado á acudir al valor y firmeza de que estaba revestido, y le pedian el interés y la gloria de su Padre, para refutarlas y reprimirlas.

Presentáronle un hombre mudo y ciego, que estaba poseido del demonio. No eran necesarios tantos males para merecer la misericordia siempre compasiva de nuestro buen Jesus: uno solo bastaba para escitarla, é inclinarle á que usase de ella. Hacia el infeliz en muchas ocasiones grandes estremecimientos, y así fue que no pudo conducirse á la morada de su libertador, sin llamar la tranquila atencion del pueblo, y obligar á una inmensa multitud á que fuese en su seguimiento; la que firmemente persuadida de que el Señor obraria un gran milagro, queria satisfacer su piadosa curiosidad: y entre la muchedumbre pia mezcláronse como siempre cierto número de fariseos y escribas, que tambien deseaban contentar su maligna inquietud. Era muy necia la astucia de los malignantes para apostárselas con la sabia prevision del Salvador; así que, aunque ellos procuraban ocultarse, no podían jamás lograr sus intentos; pero como el bienhechor liberalísimo solo atendia á las peticiones de los desgraciados, que encontraban su mas seguro apoyo en las exigencias de la misma insaciable caridad de que estaba animado, salian prontamente consolados. Echó pues al demonio del cuerpo del hombre: y se le abrieron los ojos, y

desatósele la lengua. El poseído tuvo en un instante el cuerpo sano, y el espíritu libre; el ciego veía ya perfectamente, el mudo hablaba; y tantos milagros obrados en uno solo llenaban de admiración al pueblo, y alentaban su esperanza. Lo que entonces sucedió visiblemente una vez, todos los días se renueva espiritualmente (1) en la conversión de los infieles; arrojados los demonios de sus cuerpos reciben primero la luz de la fé, y después las bocas que estaban cerradas se desatan en divinas alabanzas. El que se halla poseído del demonio está ciego y mudo (2), porque no cree en Dios, y está sujeto al diablo: porque no entiende ni confiesa la fé, y no da alabanzas á Dios. Nadie piense que es bastante para el hombre fiel conocer á Dios, es también necesario confesarle: por esto cura al ciego y mudo. Abrele los ojos para que conozca, la boca para que confiese. El que conoce, y no confiesa, aunque tenga sanos los ojos del entendimiento, perseverará sin embargo mudo. El que viendo, pues, no cumple los preceptos de Dios, y el que hablando no confiesa las misericordias de Dios, y no publica sus alabanzas, este permanece todavía ciego y mudo (3).

Cuanto tiempo el pecado domina el corazón del hombre, tanto tiempo es esclavo, y se halla poseído del demonio. De tres maneras veja el enemigo malo, domina y esclaviza al hombre desventurado. Véjale con la soberbia en el entendimiento, con la concupiscencia de la carne, con la ambición ó avaricia; porque todo lo que hay en el mundo, es, concupiscencia de los ojos; concupiscencia de la carne; soberbia de la vida; cuyas tres cosas hacen al demonio mudo. El habla se dió al hombre para alabar á Dios, y darle gracias: para hablar la verdad, y edificar al prójimo: para confesar el pecado, y pedir perdón de él á Dios. La primera habla la quita al hombre la soberbia, porque usurpa para sí la alabanza que á Dios se debe: la segunda la quita avaricia, que solo atiende á sí, y descuida enteramente al prójimo: y la tercera la quita la lujuria, que aparta constantemente al hombre de Dios; así es, que Sodoma se interpreta silencio, ó la ciudad muda; porque poseída de la lujuria jamás se acordó de pedir perdón al Señor. También la soberbia hace al hombre ciego sin dejarle ver las cosas que á su salud convienen, y que le son indispensablemente necesarias para ver y conocer aquel que de sí mismo dice: *Yo soy*

(1) Div. Hieronim. in cap. 12. Math.

(2) Div. Augustin. lib. 1.º de quæstionibus evangelicis.

(3) Div. Chrisostom. Hom 4. in Math.

la luz del mundo, el que me sigue no camina entre tinieblas. Cuando el hombre empieza á alabar á Dios, á edificar el prójimo, y á acusarse á sí mismo, entonces no se halla poseído del demonio.

Admirado el pueblo porque cada milagro de Jesus se le representaba como bajo un nuevo aspecto, clamaba y decia: Este hombre que todos los dias hace tantas maravillas, ¿no será el verdadero Hijo de David, tantas veces anunciado, y por tantos siglos suspirado? No será este el heredero legítimo de su trono, y el Primogénito que debe ser Rey de los judios, y el Mesias prometido?

Esta duda tan fundada, esta observacion tan racional y justa, esta pregunta tan prudente, exasperaba mas é inflamaba la venganza de los fariseos, que en esta ocasion ningun motivo tenian ni aun para paliarse. Todas las circunstancias de esta tan grande ocurrencia deponian en favor de Jesus, y acreditaban la ignominiosa confusion de sus enemigos. El prodigio era público é incontestable, tanto por la complicacion de los males, como por la prontitud de la cura. Esta no tenia para ellos la falta de haberse verificado en dia de sábadó. El favorecido no era infiel, ni estrangero, era como ellos un descendiente de Jacob, y discípulo de Moisés; por consiguiente estaban obstruidos todos los caminos que podian prestar ansias á la calumniosa maledicencia: ¿qué recurso pues les quedaba que buscar para satisfacer su implacable resentimiento? Mas, ¿cuándo se confesó vencida la sinrazon, ni se mostró satisfecho el aborrecimiento? Un solo ardid les quedaba, y preocupados frenéticamente por la injusticia que los dominaba echaron mano de él, olvidados de que la sabiduria de Jesus tenia infinitos recursos para desbaratar sus planes, y confundir todas sus maquinaciones.

Para hacerse partido entre el pueblo, aparentaron por él una hipócrita compasion, manifestando querian libertarle del mas espantoso engaño. Hombres crédulos, le decian, no veis que ese Jesus á quien mirais como al Hijo prometido de David, no es mas que un engañador? Es cierto que lanza los demonios de los cuerpos, pero no lo hace por el poder de Dios, ni por la virtud que de él haya recibido, sino que lo hace precisamente por la de Beelzebub príncipe de aquellos, de quien él mismo está poseído (a).

(a) El Venerable Beda en la esposicion del capítulo 11 de San Lucas, dice: Los nombres de los idolos tomaron su origen de *Belo*, que fue el padre de *Nino*, el que edificó, ó mejor dicho restauró, la famosa ciudad de Ninive. Belo fué el primer rey de los Asyrios, y su hijo Nino le erigió una estátua despues de su muerte: los criminales que se refugiaban á ella implorando su favor, obtenian de Nino el perdon de sus delitos: de donde provino el que

Nada mas horrible podia decirse contra el Salvador: mas no era esta la vez primera que habian vomitado semejante calumnia contra Jesus: pero cansado ya Su Magestad divina de ver puesta en juego una tan sórdida maquinacion para desacreditarle, y pervertir la sana fé del pueblo, quiso cerrar de una vez bocas tan sacrílegas, y destruir con una sola é incontestable reflexion, un escándalo tan abominable. Miraba á sus calumniadores derramados en diferentes tropas, donde se hablaba del caso que acababa de suceder. Sabia las máximas que iban publicando, y conocia hasta sus mas ocultos pensamientos. Juntó cerca de su persona toda la gente, y sin otros preámbulos, empezó su propia vindicacion y defensa.

Todo reino dividido en partidos, bandos, ó facciones contrarias, vendrá á ser presa de sus enemigos, y no hay duda que se arruinará. Una ciudad cuyos habitantes se hacen la guerra, y una familia cuyos miembros se despedazan, no puede subsistir largo tiempo: y es preciso que lo que sucede en este mundo material y

empezasen á venerarla como un numen tutelar y benéfico; y que algun tiempo despues se le hiciesen honores solo debidos á la Divinidad: tal fue el principio de la idolatria. Recibida esta costumbre, los Caldeos comenzaron á llamar á sus simulacros con el nombre de *Beel*. Los Palestinos los apellidaban *Baal*, los Moabitas *Beelphegor*, y asi cada provincia ó nacion los saludaba con un nombre particular, cuya derivacion empero venia de aquel primitivo. Los judios adoradores del verdadero Dios, para burlarse de los gentiles los llamaron *Beelcebub*, que suena lo mismo que *Príncipe de las moscas*, por la casi infinita mullitud de ellas que en su tiempo habitaban, á causa de la mucha sangre que en él se derramaba. En este simulacro decian que habitaba el príncipe de los demonios, ya porque en él tuvo principio la idolatria, ya porque no se encontraba otro idolo mas eficaz que aquel, y ya en fin porque su invocacion y culto se habian generalizado mas entre los gentiles: y aunque en algunas provincias se hallaban á mas otros dioses especiales, este sin embargo era el proclamado como Dios supremo y universal. A tal extremo pues llegó la perversidad de los escribas, que por la virtud de este idolo detestable, decian que Jesus obraba los milagros, y lanzaba los demonios de los hombres. Los Palestinos le llamaron *Baal*, significando la elevacion en que estaba colocado el idolo: y los Moabitas *Beelphegor*, porque le adoraban sobre el monte *Phegai*; y los judios le añadieron la particularidad de *zebub* para hacer eternamente odiosa la memoria de *zebub*, criado de Abimelec, hijo de Gedeon, el que despues de haber asesinado setenta hermanos edificó un altar á Baal, y destinó un Sacerdote á su servicio, cuya principal ocupacion era ahuyentar las moscas que en él se reunian: de donde provenia que el nombre de *Beelcebub* fuese entre los judios, de espanto, y horror, y significativo de lo mas despreciable.

:

visible, suceda y se verifique tambien en el reino de las tinieblas. Si un demonio pues está en guerra abierta con otro, si el uno es-pele al otro del cuerpo que poseia, es claro que ellos estan en guerra entre sí, y en este caso, ¿cómo estará el reino de Satanás? Sin duda que su poder se irá cada dia debilitando, y no estará muy lejos de su entera ruina. Convenceos por tanto de la sinrazon de los pensamientos de iniquidad que se os inspiran. Por otra parte: si Yo arrojo los demonios en nombre de Beelcebub, en nombre de quién los lanzan los hijos de vuestro pueblo, de los cuales he tomado mis Discípulos, y los lanzan bajo de mi conducta? Como Yo lo hago, lo verifican ellos, y vosotros no ignorais que no emplean sino la invocacion de mi nombre. Ellos saben bien que en virtud del poder que Yo les he comunicado mandan á las potestades del infierno: ellos detestan á Beelcebub, y tienen horror al príncipe de los demonios: ellos por lo mismo serán vuestros jueces, y en el dia último os condenarán echándoos en cara los abominables designios que teneis acerca de su Maestro. ¡Ah! Sois unos ignorantes malvados: sois ciegos antojadizos y soberbios, y vuestra propia ceguedad no os permite ver las contradicciones en que incurris. Son unas mismas mis obras, y las de mis Discípulos, y aprobais en ellos por amor carnal lo que en Mí condenais por envidia. Os lo aseguro: ellos mismos serán vuestros jueces, y os condenarán, atestiguando en mi presencia contra las pasiones que os ciegan para que no veais la verdad. Este es el castigo de los envidiosos y soberbios: no ver la luz, para caer en el reino de las tinieblas.

Argüia Jesus con esta valentia á los escribas y fariseos, para que quedase firmemente sentada la doctrina de que El lanzaba á los demonios de los cuerpos por la virtud divina que en El residia; y para obligarles á conocer y confesar de que el reino de Dios habia llegado entre ellos; y que el Rey de los judios que esperaban empezaba á establecer su imperio, y á aclarar sus derechos: porque ¿quién si no El podia, ni puede arrojar del corazon del hombre los enemigos de su Reino? No hay duda, que es uno de los mas grandes consuelos que puede tener la criatura el verse dominada del Espíritu de Dios. Entonces debe tomar aliento para correr con nuevo fervor por su santo camino, pues ya puede conocer que no es del demonio, sino de Dios; que no pertenece al reino de las tinieblas, sino al de la luz: que no habitan en él la soberbia, la envidia y las mas feas pasiones; sino la reina hermosa de las virtudes, la caridad: y así como no es posible que un vicio lance del corazon otro que le domine, así tampoco es posible que un demonio es-

pela de él, á otro demonio : el dedo solo de Dios, que es espíritu ardentísimo de la caridad sin el cual no se aborrece al pecado, ni se ama á la justicia, es el único y solo que los arroja y espele.

Todo esto les quiso dar á entender cuando les añadió : *Cuando el fuerte armado guarda su casa, seguro está lo que posee.* Que fue lo mismo que decirles : Ya veis la guerra que hago al infierno, y los despojos que le quito. ¿Y cómo puede suceder que entre alguno en la casa de un hombre de valor, y robusto, y que le quite todos sus bienes, si antes no ha conseguido arrojar al poseedor injusto que los tiene, que tiene bastante brío para defenderlos? Sin esta prevencion no es posible asegurar la casa y disponer de lo que en ella se halla con toda seguridad. El corazon del pecador es la casa del diablo, y la guarda astuto y prevenido con las armas de su malignidad, ayudándose tambien de la carne, y del mundo, para mejor asegurar su posicion. El hombre en cuyo corazon el demonio habita, tiene muerta su fé, desconoce su propia infelicidad, y halla paz y descanso en lo que le aleja de Dios, que es su vida: por esto es preciso despertarle, y ayudarle para que pueda romper las cadenas con que está aprisionado. Cuando Yo, pues, he librado á vuestra vista á este desventurado del poder del demonio, me he portado como *Fuerte armado*, he acreditado poder mas que el príncipe de las tinieblas, he encadenado á Satanás: le he quitado el que pueda dañar á los que creen en Mí: y asi es que vosotros veis, que con autoridad soberana lanzo á todos los demonios que Belzebub ha derramado por este pais para atormentar de mil maneras á los desgraciados hijos de Jacob. Resolved ahora allá en el fondo de vuestro corazon esa cuestion para vosotros tan interesante; y ved quién es mayor, y mas fuerte: el que manda, ó el que obedece? El que vence, ó el que sucumbe? Cristo es la virtud y fortaleza de Dios; destruyó en la tierra la tirania del infierno, y encadenó y amarró para siempre en la cruz á su desventurado príncipe, dejándole sin fuerzas ni poder alguno con la virtud de su sangre.

Bien hubiesen querido los escribas y fariseos que el Divino Salvador no les hablase con tanta firmeza, claridad y energia, á presencia de las turbas; pero interesaba á la gloria de Dios su Padre, y Su Magestad no podia ser indiferente: sobre lo que dijo San Crisóstomo (1): Nada hay peor, ni puede haber mas malo en el mundo, que esa tremenda emulacion con que los fariseos miraban á

(1) Div. Crisostom. Hom. 42. in Math.

Jesús: ninguna malicia es superior á la suya: así como el cerdo in-mundo se deleita revolcándose entre el cieno, ó el demonio se complace en la desgracia del hombre, así el envidioso de los bienes del prójimo se alegra de todos los males que le suceden: y así como los escarabajos se alimentan de hediondo estiércol, así ellos también se deleitan y complacen en la desgracia de su prójimo: y éste era precisamente el carácter de los fariseos. Testigos presenciales de las victorias y triunfos de Jesús, hubiesen preferido que sus hermanos viviesen vejados y oprimidos por el demonio, á tener que confesar aquellas, y las consecuencias que de ellas debían seguirse: pero obstinados en no mirarle como á Mesías, y en fascinar hasta con furor al pueblo, protestaban que nada habían visto en Él, que les obligase á creer que lo era.

De todo lo dicho se infiere, que el que tales prodigios obraba, era el verdadero Cristo ó Mesías prometido, porque en su venida al mundo había de debilitarse y destruirse el poder del demonio: mas no por esto deben los hombres permanecer enteramente seguros y quietos, porque aunque su único y verdadero príncipe es mas fuerte que su adversario, confía éste sin embargo muchísimo en la debilidad y flaqueza de la miseria humana. Vemos y trabajemos, dice San Gregorio (1); sin despreciar á nuestro enemigo, fiados en la mayor virtud y fortaleza de nuestro Príncipe. Si nos atrevemos á pelear con él, esperanzados, no en nuestras propias fuerzas sino en los auxilios de la gracia de aquel que nos ha prometido estar con nosotros en la tentación para librarnos de ella, no hay duda que venceremos: pero si despreciamos el combate porque dudamos de la asistencia del que es todo poderoso, ya somos vencidos: porque el demonio es débil como una hormiga, cuando se le resiste; pero es fuerte como un león cuando sus sugerencias se admiten. Y San Gerónimo añade (2): Graves y terribles te parecerán las tentaciones, si á tí solo te miras; si miras, y confías en Dios que es el mas esforzado entre todos los guerreros, te parecerán un juego, una niñería y una sombra. Dios y la criatura se conforman muchas veces con los actos de su voluntad, pero Cristo y el diablo, nunca.

Estas tan claras y preciosas doctrinas de los padres y doctores de la Iglesia, parece que esplanan hermosamente el sentido de la sentencia que despues pronunció Jesucristo: *El que no es conmigo, contra Mí es; y el que no recoge conmigo, desparrama*. No queria el Señor

(2) Div. Gregorio. lin. 5. cap. 16.

(1) Div. Hieronim. in cap. 12. Math.

dar cuartel á la soberbia afectacion de los fariseos, queria desvanecer hasta sus reticencias, y destruir todos sus atrincheramientos: y asi fue esto decirles. No declararse por Mí habiendo visto los milagros que obro , es hacer profesion de ser mi enemigo; y no unirse conmigo para arredilar bajo mis órdenes ovejas de la casa de Israel es disiparlas y perderlas. Con el temor de veros forzados, y confesaros vencidos con la evidencia del testimonio que os doy , atribuis al demonio las obras de Dios. Sois blasfemos. Es preciso ser enemigos irreconciliables , para abrazar estos recursos , de los que no se prevalen sino hombres desesperados: oid por tanto lo que aun me faltó que deciros. Sabed ; pues, que todo pecado, y la blasfemia, se perdonará á los hombres que hiciesen verdadera penitencia : esto es en cuanto á la culpa; y en cuanto á la pena solo tendrán que espíar en la otra vida la temporal de que muriesen deudores, por no haber satisfecho en esta. Pero el pecado contra el Espíritu Santo que vosotros cometeis ultrajando su santidad, dando al demonio la gloria de sus milagros, por su naturaleza no merece perdon, ni en este siglo, ni en el futuro. No en este, por que es de pura malicia grave, sin admitir las excusas de la ignorancia, de la inadvertencia, ó de la fragilidad: ni en el futuro, porque en él no se perdona lo que merece pena eterna, y en este no se borró con la penitencia. No es, no, vuestra blasfemia de aquellas faltas ligeras, que aunque no se retracten y espíen en esta vida, pueden esperar espíacion en la otra , porque no se oponen directamente al principio por el que se concede el perdon de los pecados ; asi como se opone el que se comete contra el Espíritu Santo.

A varias clases se reducen estos pecados que mas propriamente pertenecen al espíritu de la blasfemia , y son por su naturaleza tan difíciles de perdonar , que se califican de imperdonables ; y son, la *desesperacion*, la *presuncion*, la *obstinacion*, la *impenitencia final*, la *envidia feroz de las gracias que Dios concede á nuestros hermanos*, y la *impugnacion ó contradiccion decidida de las verdades conocidas* ; todos los que se llaman imperdonables por la ninguna excusa que tienen, por cuya razon las criaturas rara vez se arrepienten de ellas : y en esto consiste la diferencia que hay entre la blasfemia y el espíritu de la blasfemia. La primera se hallaba entre las turbas, el espíritu de la blasfemia entre los fariseos : porque sabiendo las escrituras, contradecian las obras de Cristo estimulados solamente por la envidia; y poseidos de una muy refinada malicia blasfemaban de Dios, atribuyendo al diablo los milagros obrados por Jesucristo, que no ignoraban eran esencialmente pro-

pios de la divinidad. Aunque son muchos los que blasfeman con la lengua, son muchísimos mas los que lo verifican con sus malas acciones, y con su vida. Muchos blasfeman, dice San Agustín (1), obligados por la fuerza, estos pecan contra el *Padre* por la flaqueza y debilidad de su naturaleza, que contradice y se opone á la omnipotencia que al Padre se atribuye. Otros blasfeman engañados, y estos por su ignorancia pecan contra el *Hijo*, al que se le atribuye la sabiduría. Otros en fin pecan con muy refinada malicia, y estos pecan contra el *Espíritu Santo* porque la malicia se opone á la bondad. El primero y el segundo pecado se perdonará á los que hagan condigna penitencia, porque siempre van acompañados de circunstancias atenuantes; pero como al tercero no le acompañan algunas que merezcan disculpa, ó no se perdonarán, ó al menos su perdón será mucho mas dificultoso. Inescusablemente merece castigo, el que si hubiese querido, hubiera podido evitar el delito.

El espíritu de la blasfemia no se perdonará al hombre, porque el que es así blasfemo, nunca llega á hacer penitencia, y por consiguiente nunca llega á merecer el perdón: por esta razón decía San Juan (2): *Hay un pecado de muerte, y no hablo yo de tal pecador cuando digo que rogéis por él.* Por tal pecado, y por tal pecador no se ha de rogar, porque en vano se pide el perdón del pecado, cuando el pecador no se corrige. El pecado contra el Espíritu Santo es la obstinación, ó la pertinacia del entendimiento, que proviene de la presunción, ó de la desesperación: y se dice que peca contra el Espíritu Santo el que lo comete, porque este Espíritu Divino es el amor del Padre y del Hijo, y la bondad de entrambos: así el que desespera, ó presume le hace una injuria muy especial, porque le juzga ó sin misericordia, ó muy injusto: y así como por la misericordia perdona, así también por la justicia no puede dejar las ofensas sin el merecido castigo (3). No se lisonjee pues el que tal pecado comete, que podrá espiarlo en esta, ó en la otra vida, por muchas penas que padezca; porque es un delito de una muy atroz malicia, digno de un castigo interminable. El Agustino cierra con llave de oro esta importantísima cuestión con estas palabras (4): Digo á vuestra caridad, que tal vez en todas las Escrituras Santas no se ha suscitado una mayor, ni mas difícil cuestión, que

(1) Div. Agustín. Tract. 27. in Joann.

(2) Ep. 1. Joan. cap. 21. v. 16.

(3) Div. Gregorio lib. 16 Moral. c. 31.

(4) Div. Agust. Sermon. 11. De verbis Domini.

la que está concebida en estas palabras: *El que blasfemase contra el Espíritu Santo, no tendrá su pecado perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero.* ¡Oh amenaza sobremanera espantosa! ¡Oh justicia de Dios terrible! En verdad que la presuncion, la desesperacion, la obstinacion y la impenitencia son males sobremanera terribles. Concédeme Señor que te conozca, y que conociéndote te ame, y amándote en Tí espere, y á Tí solo se dirijan todos los afectos de mi corazon.

No parece se daban por entendidos los escribas y fariseos con estas tan claras reconvenciones del Salvador á ellos precisamente dirigidas, porque trataban de engañar y corromper al pueblo, dándole á entender que Jesus estaba poseido del demonio, y que sus milagros eran obra del infierno. Hasta cuando, pues, les añadió, abusareis de vosotros mismos, y de los otros, queriendo ser, y siendo en efecto pecadores réprobos y obstinados, y aparentando una santidad que estais muy lejos de tener? Un árbol que solo lleva mal fruto, ¿cómo es posible que sea tenido por bueno? ¿No os acordais de lo que otras veces os he dicho, que se juzga de los árboles por sus frutos, y de los hombres por sus obras? No os lisongeis, ni engañeis á vosotros mismos. Procurad hacer buenos frutos y ser árboles buenos, si quereis que el mundo os tenga en buena opinion; porque mientras seais malos y no deis sino malos frutos, no tendreis motivo de quejaros, si os culpan y condenan. Hombres malignos, ¿por qué desatendeis estas verdades tan palmares? La raiz del arbol es el origen y principio de su vida y de sus frutos: si aquella está emponzoñada, su vida será melancólica y triste, y su fruto desabrido y amargo: pero si aquella está sana, su vida será vigorosa y alegre, y su fruto alcanzará perfecta sazón, madurez y dulzura.

Esta sola consideracion era mas que suficiente para que formando los fariseos un juicio comparativo entre Jesus y sus obras, hubiesen conocido por ellas toda la grandeza y escelencias de su santidad. Sus obras no eran malas ni vanas, como las que se hacen por arte mágico; sino que eran buenas y saludables, como las que se obran por la virtud de Dios. Arrojar los demonios de los cuerpos, es una obra buena, por consiguiente no pueden nacer de un principio malo como es el diablo; sino que traen su origen de uno bueno cual es el Espíritu Santo. Necia por tanto y calumniosa era la imputacion con que aquellos acriminaban á Cristo, diciendo, que lanzaba los demonios por arte del Belcebub. Por esto les dijo Jesus, que eran una raza de víboras, semejantes á aquellos de quienes

traian el origen , que no sabian sino morder y emponzoñar , permaneciendo en disposicion tan maligna , y dejándose dominar de la envidia cruel , ¿ cómo era posible que hablasen ni una sola palabra buena? De la abundancia del corazon nacen las palabras ; asi que , estando emponzoñado el de los escribas no podia su boca proferir sino calumnias y blasfemias. Un hombre de bien , saca buenas cosas de un buen tesoro : y asi de un corazon lleno de rectitud y sinceridad , no pueden salir sino palabras edificantes. Esta es la regla por la cual todos los hombres serán juzgados por el Soberano Juez. Vosotros me aborreceis , les añadió Jesus ; esto es público , ya nada debe maravillarme. Mudad de corazon para conmigo , me vereis á otra luz ; y hablareis otro lenguaje. En verdad os digo , que son vanas todas las ilusiones con que procurais tranquilizaros , y engañar á los que os oyen para hacer prosélitos. Vosotros crecis que no se peca gravemente con la lengua , que las palabras contra el prójimo son sin consecuencia , mientras no se llega á las obras , y á los efectos. Ese es un error grosero que os pierde , y hace desgraciados á cuantos siguen tan detestable máxima. Toda palabra mala sugerida por la ociosidad , principio de todos los vicios , será examinada y condenada en el juicio tremendo , que de las obras y palabras á todos hará Dios ; y segun la bondad ó malicia de todas y cada una de ellas , serán los hombres condenados ó salvados.

De lo dicho hasta aqui se infiere cuanto mas ágríamente será reconvenido , y mas terriblemente castigado en el dia de la justicia de Dios , el hombre que haya calumniado las obras de la Divinidad , y blasfemado contra el Espíritu Santo ; porque lo manifestado claramente por Jesus á los fariseos , equivalia á decirles segun San Gerónimo (1): Si una palabra ociosa no se pronuncia sin gran peligro del que habla , y en el dia del juicio cada uno ha de dar cuenta estrecha de las que habló , ¿ cuánto mas estrecha tendrá que ser la cuenta que vosotros habeis de dar por vuestras groseras calumnias y blasfemias! Si se desea saber lo que sea una palabra ociosa , puesto que de ella se ha de dar tan estrecha cuenta en el tribunal de Dios , es preciso oir al Grande San Gregorio (2): palabra ociosa es aquella , que carece de una razon de justa utilidad , ó de propia necesidad. Y si de una palabra ociosa , ó de uno vano y ligero pensamiento , tan minuciosa cuenta se ha de dar á Dios en el dia novísimo , pensar debe bien , cuantos , y cuán graves pecados cometerán

(1) Div. Hieronim. in cap. 12. Math.

(2) Div. Gregor. Hom. 6. in Evangelio.

muchos con la lengua. De tal manera pesa Dios los pensamientos de cada uno, considera los caminos, y cuenta los pasos; que ni aun los mas pequeños pensamientos, ni las mas ligeras palabras que acá en el mundo se miraron con desprecio, quedarán sin examen en su juicio. Y San Crisóstomo aun avanza mas al parecer, y dice (1): Entiéndese por palabra ociosa, no una mala, sino una buena, pero que no produjo ningun bien en el que la oía, porque no le edificó. Si por una palabra buena, porque no causa edificacion al pueblo hemos de dar cuenta á Dios, ¿qué esperamos de las palabras malas? Y si por estas hemos de ser severísimamente juzgados? que será de nosotros por las obras malas?... Aprendamos á guardar nuestra boca, para que no hable palabras ociosas ó malas; porque así como un vaso que no se cubre se llena luego de polvo é inmundicia, y lo que hay dentro se enfria y corrompe; así sucede tambien en el corazon; si la boca, que es lo que le cubre, no se cierra con la prudente y debida custodia.... La lengua ha de guardarse mas que á una virgen: es un caballo de regalo, que si se le pone freno, y se le enseña á andar con pausa, puede descansadamente montarle aunque sea un rey; pero si no se le enfrena, y se le permite saltar y brincar por donde quiere, en vez de servir de asiento para un rey, solo lo será de los demonios. Y así no titubeó Orígenes en decir (2): Dios abre la boca de aquellos que hablan sus palabras y anuncian sus grandezas; pero la de aquellos que hablan la mentira, las chocarrerías, torpezas, y detracciones, el falso testimonio y la calunnia, el engaño y la blasfemia, la abre el demonio. Grande es, pues, el peligro que hay en hablar cosas ociosas y vanas, cuando son tantas las útiles y divinas de las que sin riesgo ni peligro alguno podemos conversar.

Terrible fue no hay duda para los escribas y fariseos esta reprehension de Jesus: pero tambien era grande el escándalo que habian dado al pueblo. La sencilla credulidad de los que le seguian necesitaba de preservativos, y los que se habian contagiado con las malas doctrinas no podian curarse sino con remedios estremos y violentos. Una gran parte de los que se hallaban presentes, trataron de aprovecharse; pero los enemigos de la inocencia y de la virtud, todavia pensaron en continuar abusando de la buena fe de sus hermanos. Aunque con alguna mayor reserva llevaron adelante sus planes, y se revistieron de todas las apariencias de moderacion; á la que los forzaba la afectuosa consideracion de un pueblo, que

(1) Div. Crisostom. Hom. 43. in Math.

(2) Origen. Hom. 3. in Exod.

todos los dias veia esplayarse en su favor la ardentísima caridad de Jesus: mas este preparó el corazon de una pobre mujer, para que siendo en su presencia pregonera de su grandeza, fuese para ellos un motivo de nueva confusion y tormento.

Aun estaba el Señor acriminando la incredulidad farisáica, cuando de entre las turbas se alzó una mujer, y esforzando cuanto pudo su voz, dijo: *Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron.* Esta confesion tan ingénua como generosa, no pudo menos de ser un dardo que traspasó el corazon de los incrédulos: y Dios que por su medio defendió la inocencia del justo, condenó abiertamente la dureza de sus enemigos; estableció el reino de la verdad, y dispuso se publicara la gloria de la redencion, que se resistia á creer la pérfida obstinacion de la Sinagoga. Esta mujer era una figura de la Iglesia, que nos asegura es dichosa y bienaventurada sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra, aquella que nos dió en Jesus fruto bendito de su vientre el don mas precioso y rico, y el tesoro de mayor valor que á los hombres se podia dar, pues nos dió á Dios mismo hecho nuestro hermano, y al Salvador y Redentor por tantos siglos suspirado y deseado. En verdad que fueron bienaventurados los pechos de la criatura que alimentaron al Criador: los pechos que conservaron la vida, al que es autor de la misma vida, y la vida universal, y el gozo, el contento, y la vida feliz y eterna de todas las criaturas. Mujer tan ennoblecida por la Trinidad angusta que el Padre la elevó á la altísima dignidad de Hija suya, el Hijo á la de Madre, y el Espíritu Santo á la de Esposa. Esposa verdadera de Dios, que concibió por y gracia de su amor el Eterno é inmaculado Esposo, y parió sin lesion ni detrimento de su virginidad, uniendo á esta los honores de maternidad, siendo Virgen Purísima antes del parto, en el parto, y despues del parto, y Madre de Dios hecho hombre glorificado y bendito como fruto dichosísimo de su vientre.

Al oir Jesus la esclamacion de aquella mujer la tomó como por pretesto para cerrar con una doctrina muy importante el discurso que habia pronunciado, y refutar con ella la pérfida simulacion de la hipocresia farisáica. *Bienaventurados mas bien,* replicó Jesus, *los que escuchan la palabra de Dios, y la cumplen con fidelidad.* Leccion sublime, que mejoró y perfeccionó muy notablemente el celo de aquella mujer. Aunque era muy imperfecto el testimonio que daba de la Divinidad del Salvador, y de la verdad de su predicacion, lo aceptó agradablemente Su Magestad, y su fervorosa intrepidez la hizo digna de que la instruyese aquel mismo cuya honra procu-

raba. Premió su buena voluntad, y perfeccionó su confesion. Engrandeció ella en Maria la maternidad y no reparó en la humildad y en la caridad con que su Hijo la ennoblecíó. Atendió á las entrañas que le concibieron, y no al corazon que fue templo del Espíritu Santo, antes de la concepcion del Hijo. Alabó la leche con que ella alimentó al Verbo, y no la palabra con que fue alimentada por el Padre: por lo que Jesucristo rectificó el desconcierto de su alabanza haciéndola comprender que el espíritu es antes que la carne, y que en vano procura el hombre alimentar su cuerpo con el pan cotidiano, si no nutre y fortalece su alma con el pan espiritual de la divina palabra, y por esto la dijo, *mas bien, son bienaventurados los que la oyen, y la cumplen con fidelidad*. Cual nube preñada siempre de benignas influencias nunca deja sin frutos el corazon sobre que descende. Como el temprano rocío de la mañana, ó con el agua ó la nieve que del cielo bajan, allá otra vez no vuelven, sino que riegan la tierra y la fecundizan; así tambien la palabra del Señor, no torna otra vez hacia el lugar de donde salió, ella hará todo cuanto quiera el Señor, y producirá el efecto para que la envió (1). Es lámpara que alumbrá á los hombres, y los guía por las sendas por donde deben caminar (2), sin cuya hermosa luz el hombre caminaria constantemente extraviado.

Bienaventurados pues los que la cumplen, porque entonces caminan con cierto y firme paso por el camino de la perfeccion, y se hallan dispuestos y preparados para emprender todo género de buenas obras. El que oye y cumple la palabra de Dios no incurre en los pecados de infidelidad que cometen tantos idólatras á quienes no se ha anunciado la luz del Evangelio: detesta los errores y las ilusiones de tantos hereges que cierran obstinadamente los ojos á esta tan divina luz: huye la ignorancia y los desórdenes de tantos malos católicos que maliciosos descuidan asistir á los templos para no oir la voz de los pastores: y conoce aquellas verdades prácticas que la corrupcion del siglo, el contagio de los malos ejemplos, y las lisongeras ilusiones del amor propio ocultan siempre á la criatura, y nada de esto es extraño, porque antes ya habia dicho Dios por su Profeta (3), Yo haré que mis palabras sean un fuego en tu boca, y que este pueblo sea como la leña que ha de ser devorada por el fuego de tu celo. Y poco despues le añadió, mi palabra es

(1) Isaia. cap. 55. v. 11.

(2) Ps. 118. v. 105.

(3) Hieremia. cap. 5. v. 14.

como un martillo que hace pedazos la piedra (1). Por esto, al contemplar David los maravillosos efectos que la palabra de Dios causaba en el corazón de la criatura tampoco titubeó en decir: Ardorosa es Señor, bella, y luminosa tu palabra, y por esto la amó siempre tu siervo con la mayor ternura (2). Y tales han sido en todos tiempos los maravillosos efectos que la palabra de Dios ha producido, que tanto en los días de los Profetas, como en los tiempos apostólicos, y aun en los posteriores á aquellos, los reyes mas soberbios, los pueblos mas obstinados, feroces y salvages, y los pecadores mas embrutecidos, todos se han humillado á su intimación tremenda hecha por el ministro de Dios en la tierra, y conducidos por esta luz brillante caminaron unos al martirio, otros á la soledad, y los pueblos entraron en la senda de la civilización, de la caridad y de la paz, conduciendo los hombres á la perfección y á la práctica de toda especie de buenas obras.

ORACION.

Señor y Dios mio Jesucristo, Maestro mio sapientísimo, dignate por tu bondad inmensa dirigir de tal manera mis acciones con tu sabiduría infinita, que jamás estienda mi mano á la iniquidad ni á la injusticia, sino que ejercitándome siempre en las buenas obras, jamás ejecute sino lo que á Ti agrade, y jamás atienda sino á lo que conduzca á tu mayor gloria, y á conseguir mi salvación, y la de mis prógimos. Virtud verdadera, arroja de mí el demonio por la contrición: Tú que eres la palabra eterna del Padre, sana á este mudo para la confesión: Luz indeficiente é inmensa, ilumina á este ciego por la satisfacción: y para que el fuerte armado no me posea y domine, quítale todas sus armas convirtiendo en obsequio tuyo todas las fuerzas interiores de mi alma, y todos los sentidos exteriores de mi cuerpo. También te ruego y deseo, oh Dios mio altísimo, que cuantas veces me sugiera el espíritu maligno tentaciones abominables de blasfemia, otras tantas quiero que te bendigan y alaben por mí todas las criaturas del cielo y de la tierra, á fin de que los cánticos de alabanza, y acción de gracias por tus inefables misericordias, resuenen en tu presencia como salidas de mi boca en perpétuas eternidades; y la blasfemia del tentador maligno sea siempre el testimonio de su eterna perdición. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XII del evangelio de San Mateo, desde el versículo 15 hasta el 37 ambos

(1) Idem. cap. 23. v. 29.

(2) Psal. 118. v. 140.

inclusive: y en el XI de San Lucas, desde el 14 hasta el 28 tambien inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Lucas para el Evangelio de la Dominica III de Cuaresma: dice asi.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

San Lucas, cap. XI, vs. 14 al 28.

En aquel tiempo: estaba Jesus lanzando un demonio que era mudo, y asi que hubo echado al demonio, habló el mudo, y se maravillaron las turbas. Mas algunos de ellos dijeron: en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa El los demonios. Y otros tentándole le pedian que les hiciesen ver algun prodigio en el cielo. Pero Jesus penetrando sus pensamientos les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, y caerán sus casas una sobre otra. Si pues satanás está tambien dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? ya que decis vosotros que Yo lanzo los demonios por arte de Beelzebub. Mas si Yo lanzo los demonios con el poder de Beelzebub; ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por tanto ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si Yo lanzo los demonios con el dedo ó virtud de Dios, es evidente que llegó ya á vosotros el reino de Dios. Cuando el fuerte armado guarda su casa, seguro está lo que posee. Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le desarmará de todos sus arneses en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo, contra Mí es: y el que no coge conmigo desparrama. Cuando el espíritu inmundo hubiere salido de algun hombre, anda por lugares áridos buscando descanso: y no hallándole, dice: Volveré á la casa mia de donde salí. Y al llegar á ella, la halla barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; y entrados, habitan allí. Con lo que el último estado de aquel hombre, viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Pero Jesus respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.



CAPITULO XXII.

**PIDEN LOS JUDIOS Á JESUS UN SIGNO Ó MILAGRO, Y EL SEÑOR LOS
REPRENDE Y AMENAZA.**

No bien habia acabado el Salvador su discurso acriminando la conducta de los fariseos y escribas , condenando enérgicamente sus blasfemias, cuando los mas audaces entre ellos, cubriéndose de nuevo con una nueva máscara de mas maligna hipocresia se acercaron á El , y con todas las apariencias de respeto le dijeron. Maestro: no creais que somos vuestros mortales enemigos , ni enteramente inflexibles á vista de vuestros milagros ; pero para confirmarnos mas bien en vuestras creencias, que para hallar ó descubrir en Vos algun motivo de duda , quisieramos que ahora á nuestra vista obráseis alguno de aquellos prodigios que no tienen ejemplar , que llevan en pos de sí los ojos , el entendimiento y el corazon. No de esos que afectan precisamente la carne y la tierra ; sino

de aquellos que obrándose al parecer en el cielo son mas sorprendentes y admirables. Ellos hubieran deseado ver la gloria de Dios como sus padres en medio del desierto, y que el Señor les hubiese hablado desde el centro de una nube (1) como lo verificó allí, poblándoles en seguida el aire de codornices, y cubriéndoles la tierra de pan: ó que las lluvias y los truenos venidos de repente sobre ellos les hubiesen demostrado que obraban mal á la presencia del Señor, como sucedió en los dias de Samuel, cuando sus mismos padres pidieron á Dios un Rey á semejanza de los gentiles (2): ó en los de Josué cuando en la bajada de Beth-horon llovieron grandes piedras sobre el ejército de Amalec, y el Sol no se movió de encima de Gabaon, ni la luna de encima del valle de Ayalon (3): ó en fin como en los de Elias, cuando por dos veces distintas bajó fuego del Cielo sobre los soldados de Ococias, y consumió á cincuenta cada vez con sus capitanes enviados por el Rey para prender al Profeta (4): estos eran los prodigios que pedian al Señor, y ellos hubieran querido ver.

Insensibles é ingratos como sus padres, hubieran hecho el caso que ellos hicieron de tan grandes milagros, y hubieran perseguido y calumniado por ellos al que los obraba con su propia virtud y poder. ¿Por ventura no calumniaban y perseguian al que obraba otros no menos estupendos, los que veian por sus propios ojos, tocaban con sus propias manos y redundaban en su propia utilidad y beneficio, ó en la de sus prójimos y hermanos? ¿Qué hubieran dicho pues de los que hubiesen visto obrarse en el cielo? No hay duda que lo mismo que decian de los que se obraban en la tierra. Que los magos en Egipto tambien obraban al parecer milagros en el Cielo, ó que Jesus los obra por la virtud de Beelzebub, como ya lo habian divulgado; ó le hubieran calumniado de cualquiera otro modo: sobre lo que es muy digno de oirse lo que en este particular dice San Crisóstomo (5): Habiendo visto muchos y grandes milagros, pedian uno, como si jamás hubiesen visto alguno. Y en verdad que no los vieron, porque los contemplaban con los ojos de la carne, y no con los afectos espirituales del alma. Testigos malvados, parciales é injustos nunca hubieran depuesto en favor de la

(1) Exod. cap. 16. vs. 10. 13. et 14.

(2) Lib. 1. Reg. cap. 12. vs. 17. 18. et 19.

(3) Josué., cap. 10. vs. 11. et 12.

(4) Lib. 4. Reg. cap. 1.º vs. 10. et 12.

(5) Div. Crisostom. Hom. 44. in Math.

verdad: habian visto miles de prodigios, y pedian otros nuevos, resueltos á contradecir los unos y los otros, á calumniarlos todos, y á no rendirse á alguno. Ciegos envejecidos en el crimen, se atreven á tentar al Señor persuadidos de que podrian engañarle. Maestro le llaman, no por devocion y respeto, sino porque con esta adulacion creen halagarle; olvidando que tan poco tiempo hacia le habian blasfemado; y que lo único que les convenia era admirarse, sobre-cogerse de respeto á su vista, y creer en él; pero conociendo el Señor que lo mismo se les daba adularle, que llamarle endemoniado y maestro, dejó á un lado al parecer la blandura y se dispuso á tratarles con rigor.

Pedian mal, continúa el Crisóstomo, por esto su súplica no podia ser bien despachada. El Señor, que obraba milagros con extraordinaria largueza cuando se le pedian con humildad y confianza, no queria ser pródigo de ellos por la voluntariedad curiosa de la soberbia, ni obrarlos por la sugestion maligna de los impios: y revisitiéndose por tanto de aquella magestad imponente que llenaba siempre de terror á sus adversarios, dirigiéndose no solo á ellos, sino á la generalidad de las turbas que le seguian, para instruir y corregir á todos, y sobre todo á los espíritus soberbios y envenenados contra El, les dijo: Esta raza de hombres infieles, esa generacion perversa y adúltera, pide ahora un nuevo milagro para asegurarse de la verdad de mis palabras. ¿Y seria razon concederles lo que quieren? Deben ellos imponerme la ley, y escoger á su autojo? Generacion mala en sus obras, adúltera en su fé, porque abandonado el propio esposo, esto es Dios, se dedica á oir mejor los ídolos de las pasiones de su corazon, que á Mí que soy enviado de Dios: esta generacion pide un signo ó milagro en el cielo, pues Yo se lo pondré en las entrañas de la tierra, para que no crean que me vengo de sus calumnias, ó que me venzo por sus halagos. No tendrá otra señal sino que la del profeta Jonás: esto es: Yo no le daré un signo de mi poder en el Cielo cual lo pide, para multiplicar sus calumnias; sino uno de mi humildad, y una prueba demostrativa de los desprecios á que tengo de verme reducido. No le daré un signo de gloria, sino uno de desprecio y de pasion: pues asi como este profeta estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, asi tambien la Cabeza y el Primogénito de los hombres estará tres dias escondido en el corazon de la tierra.

Endurecidos estaban y sobremanera obstinados los Ninivitas. Habian insultado y despreciado á los profetas del Señor, pero instruidos por Jonás que despues de tres dias de haber estado encerrado

en el vientre de la ballena en 'castigo de su inobediencia , habia sido conducido por el animal , y arrojado vivo á sus playas por órden espresa del Señor para predicarles la penitencia ; creyeron la palabra del enviado de Dios , y se esmeraron en hacerla. Tal es la señal que Yo os anuncio , les dijo Jesus , y la verán los judíos de la presente generacion , á los que he sido enviado. Si : ellos verán salir del sepulcro al Hijo del hombre , tres dias despues de su pasion , y entonces juzgarán si debieron dar fe á sus palabras , y si debian mirar sus obras y milagros como operaciones del espíritu inmundo. Tres cosas sucedieron en el milagro de Jonás , que fueron signos demostrativos de lo que habia de suceder en la muerte , sepultura y resurreccion de Jesus ; y fueron , la absorcion de la Ballena ; la detencion del Profeta en su vientre , y la evomicion. La absorcion lo fue de la muerte , la detencion lo fue de la sepultura , y la evomicion lo fue de la resurreccion : por lo que les dijo Jesus , que no se les daria otro signo ó señal sino el de Jonás profeta , para que se convirtiesen y viviesen : no porque antes de su muerte no se les hubiesen de dar otras señales ; esto es , no hubiesen de ver otros milagros ; sino porque la pasion y muerte de Cristo fue el principal y último ; fue el milagro de los milagros , en el que todos se contenian ; y se dijo que se daria á los judíos , porque si estos creyesen en él se salvarian ; y si no se condenarian : asi como el milagro de Jonás fue el de los ninivitas , creyeron , hicieron penitencia y se salvaron : si no hubiesen creído , no hay duda que hubiesen perecido.

No les dió un signo demostrativo de su divinidad en el cielo , que era lo que buscaban , porque se habian hecho indignos de él por su demasiada curiosidad y malicia : sino que les dió una señal del profundo de los mares , del centro del abismo , y del sepulcro de la muerte , como se habia verificado en el Profeta que nombró : les dió el signo verdadero de su encarnacion , no el de su divinidad ; el de su pasion , no el de su gloria. A los Discípulos empero que en El creian , les dió signos del cielo , primero en su transfiguracion , y despues quando real y verdaderamente subió á su vista á los Cielos con su propia virtud y poder. A los escribas no les dió , ni aun les ofreció signos en el cielo , porque queria condenar en la tierra su necia y orgullosa obstinacion. Los ninivitas , les dijo , se levantarán en el dia del juicio , al mismo tiempo que se levantará esta generacion , y la condenarán. Esto es , los gentiles é incrédulos representados en la locucion de Jesus por los ninivitas , se levantarán contra la generacion actual de los judíos , y manifestarán que

esta debe ser condenada, porque aunque gentiles hicieron penitencia al oír la predicación de Jonás, y los judíos crédulos y adoctrinados por la ley de Moisés, no quisieron hacerla no solo oyendo la predicación de Jesucristo, sino ni aun viéndola confirmada por los muchos prodigios que obraba. Los gentiles creyeron un Profeta que era un hombre puro, y los judíos no quisieron creer al Señor de los Profetas, que era Dios y hombre verdadero. Los gentiles creyeron á un extraño y peregrino en su tierra, los judíos no quisieron creer á su conciudadano. Aquellos recibieron un Profeta, estos repudiaron á Jesucristo. Aquellos ni instruidos por la ley, ni avisados por los Profetas se convirtieron al Señor, y conocieron su pecado: estos instruidos con tantos preceptos de la ley, avisados por tantos Profetas, y convencidos con tantos milagros se apartaron del Señor. Aquellos que siempre habían sido el pueblo del diablo, en tres días se hicieron el pueblo de Dios: estos que siempre habían sido el pueblo de Dios, en un día se hicieron el pueblo de Satanás (1).

La reina de Sabá, ó del Austro, tan célebre en vuestra historia, se levantará también contra esta generación de judíos, que escuchan sin fruto las mas saludables instrucciones. Su celo opuesto á vuestro descuido y negligencia, formulará la sentencia de vuestra salvación eterna. Ella vino de las estremidades de la tierra para oír á Salomón, y recibir de su boca los oráculos de la sabiduría. Ella era una mujer débil, vosotros sois hombres esforzados. Aquella caminó por diversos países y naciones, vosotros me tuvisteis en medio de vuestro pueblo y nación. Aquella pasó trabajos é incomodidades, vosotros no tuvisteis que sufrir alguna. Aquella alabó al extranjero, vosotros reprobasteis y condenasteis á vuestro compatriota. Aquella fue á buscar al que solo conocia por la fama, vosotros despreciasteis aquel á quien autorizaban sus muchos y repetidos milagros. Aquella buscó al hombre puro, vosotros desechasteis al que era Dios y hombre. Aquella presentó á Salomón ricos donativos, vosotros al Hijo de Dios solo le ofrecisteis desprecios, oprobios, tormentos y cruz.

Y qué quiere decir Salomón y toda la sabiduría de este príncipe, en comparación del que revela hoy entre vosotros los misterios del reino de Dios? Nada os mueve, y nada os persuade. Mas perversos que vuestros padres, habeis llegado á ser incorregibles: y la desdicha es, que no os conocéis. Este que á vuestra vista teneis,

(1) Div. Crisostom. Hom. 44. in Math.

es mucho mas que Salomon. Este es Dios, aquel no era mas que hombre. Aquel solo tenia ciencia de las cosas terrenas, Jesus la tenia infinita, y por consiguiente era universalísima. Salomon edificó un templo que podia faltar, y que faltó efectivamente: y siendo tan débil la reina del Austro por su naturaleza de mujer, ambicionando la sabiduria, el deseo de conseguirla daba fuerza á su debilidad, y fue en busca del que pronuncia sus oráculos: y estos siendo varones y sacerdotes, cuyo primer estudio debia ser el de la sabiduria, y su único afan el buscarla, la despreciaron cuando en sus Sinagogas se espresaba con la mayor claridad, cuando en el templo les enseñaba, y cuando clamaba en medio de sus plazas: formando el mas triste y lastimoso contraste, una mujer que corre en busca de un hombre sabio, y unos hombres que debian serlo, que huyen de Dios, que es la sabiduria infinita y eterna. Una mujer que por tener la dicha de recibir instrucciones de un sabio le ofrece donativos, y unos hombres que debiendo aspirar á serlo desprecian los dones del Cielo por no recibir los consejos de la sabiduria que se los ofrece. Criminalidad horrible, imitada de los cristianos negligentes, que estando todo el dia ociosos resisten ir á la iglesia para no oir la voz de Cristo, y aun estando en ella, se salen dejanto solo allí al que en ella les habla por boca de sus ministros. Dos grandes pensamientos son los de la Iglesia al llamar á sus hijos para que oigan la voz de la sabiduria que en su seno les habla. El primero es que no sepan pecar, el segundo que dejen de pecar: el primero lo proporciona la sabiduria; el segundo la penitencia: y así no es extraño que Jesucristo cerrase este importantísimo discurso con una misteriosa parábola que encerraban tambien grandes instrucciones.

Durísima habia sido no hay duda para los escribas y fariseos la precedente acriminacion, pero era mayor la dureza de su corazon, y el olvido voluntario de los beneficios de Dios; por lo que no titubeó el Señor en compararles con los cuerpos poseidos de los demonios, y les dijo: Habiendo sido echado el espíritu inmundo del cuerpo de un infeliz, que atormentaba, avengonzado de haber sido vencido, se pasea por los lugares áridos y desiertos, buscando un asilo donde ocultar su confusion, y gozar de algun reposo. No lo encuentra, y despues se dice á sí mismo, volverme he á mi casa de donde salí, á la morada antigua que me forzaron á abandonar, y al volver á ella la encuentra desocupada, barrida y adornada, y restituida enteramente á su primer ornato y hermosura. Ningun otro demonio habia entrado en ella despues que salió; y al ver esto,

desesperado de poder entrar otra vez si él solo intentaba el asalto, váse, y asocia consigo otros siete espíritus peores que él. Dan el asalto, apodéranse de la plaza, ponen en ella su alojamiento, y se establecen, introduciendo por todas partes el desórden y la confusión. Con este designio habian vuelto, y así vino á suceder, que el último estado de aquel hombre antes poseido del demonio, liberado despues por Dios, y que por sus torpes reincidencias volvió á caer en poder de su feroz enemigo, fuese sin comparacion alguna mas deplorable que su estado primero, del que habia tenido la dicha de salir.

¿A quién no hace temblar este despecho del enemigo comun contra los que le lanzan de sí convirtiéndose verdaderamente al Señor? Sale forzado de la ciudadela del corazon humano, pero sin levantarle nunca el cerco: antes bien redoblando sus ardides para tomarla otra vez. ¿Por qué desgracia se olvidarán tan frecuentemente los hombres de esta importante doctrina? Nunca debiera apartarse de los ánimos de todos los que comienzan á servir á Dios. ¡Ah! Si así fuera, no se verian tantas recaidas, y serian muchas menos las desgracias de los hombres si contra las asechanzas del diablo, opusieran una vigilancia cristiana, porque escrito está: Resistid al diablo y huirá de vosotros (1).

Inquieto anda el diablo en perdiendo el dominio del corazon que antes señoreaba: brama como un leon furioso dando vueltas en torno de la criatura, buscando la presa que devorar, y por consiguiente es preciso resistirle con las armas de la fe (2). No se contenta con encadenar al hombre: su deseo es amarrarle de tal modo que no pueda jamás romper la cadena de su pecado, que se endurezcan mas en la maldad, y que así muera. Esta es la mayor desdicha de una alma criada para poseer á Dios, el que venga á hacerse descanso del diablo: en riesgo está de serlo el corazon recién convertido que se huelga en el camino de la penitencia, y no aspira á la perfeccion: así que, preciso es que el que está en pie procure no caer (3): porque cogido es muy fácilmente del diablo, el que por no resistirle con valentia desde el principio de la tentacion tiene el corazon vacío de santos afectos: el que escrupulosamente barre de él ciertas faltas ligeras, y no tiene escrúpulo de meterse en grandes pelibros: el que le adorna con las prácticas exteriores de

(1) Ep. cath. Jacob. c. 4. v. 7.

(2) Ep. 1.^a Petr. cap. 5. v. 8 et 9.

(3) Ep. 1.^a Ad Corinth. cap. 19. v. 12.

piedad, y no destierra de él la torpe hipocresía. Esta limpieza y adorno estan convidando al diablo, le hacen cobrar aliento, porque vé el corazon preparado para darle hospedage. Entonces es nuevamente aprisionado el pecador con mayor crueldad en pena de su ingratitude y perfidia: por ella desterró de sí al Espíritu Santo con todos sus dones y gracias, y en cambio se apoderan de él siete demonios, que le amarran á sus pasiones para que esté mas lejos de la santa libertad del espíritu: y así es, que los que desprecian la vocacion á la fe, y miran la segunda gracia de la conversion como cosa de juego, tienen unos novísimos ó postrimerias tristes, funestísimos, y desesperados.

Todo esto que se desprende naturalmente del lenguaje misterioso de Jesus á los escribas y fariseos, no indica sino lo que El mismo queria oportunamente recordarles, para que entendiesen que su ingratitude habia llegado á colmo; pues aunque eran hijos de Jacob no querian convertirse á El, ni aun aprovecharse de sus doctrinas. Las acriminaciones esplicitas del Salvador envolvian otras de no menor consecuencia y peso. Las idolatrias de vuestros padres quiso decirles, obra del demonio que los poseia, fueron lloradas, y se espieron con la esclavitud de Babilonia: de allá vinieron llenos de religion y de inocencia de costumbres. La morada de su corazon, que el espíritu inmundo habia ensuciado, se purificó con el fuego. Mas hoy el espíritu de las tinieblas, sostenido de una legion de sus mas perversos ministros, ha vuelto á entrar en su habitacion antigua, y la ha desfigurado de tal suerte, que los hijos son mas corrompidos y malos que sus padres, y se muestran menos capaces de enmienda que jamás fueron ellos. Mala fue esta generacion en el desierto, cuando á la vista del mismo Dios cuya Magestad se dejaba sentir entre la espesura del humo, los truenos y relámpagos sobre la eminencia del monte, se atrevió á idolatrizar á la falda de la misma montaña: mala cuando murmuró contra Moisés, y contra Dios mismo en el propio desierto bañado aun con la sangre de sus hijos: mala cuando por ella fueron creidos los exploradores que decian mal de la tierra de promision. Pero fue peor cuando posesionados ya de la tierra prometida antes de la venida de Cristo sacrificaron sus hijos á los demonios: y fue incomparablemente peor cuando despues de venido Jesucristo al mundo, lo crucificó entre dos ladrones haciéndole morir afrentosamente en la Cruz.

Este modo de reconvenirles tan modestamente echándoles en cara toda la ingratitude de que estaban llenos, muy superior en ma-

licia á la que habia dominado el corazon de sus padres , representaba peregrinamente á los doctores y maestros de la ley , cuyos errores y escándalos pervertian sobremanera al pueblo: y cuanto mas parecida era la pintura , tanto mas merecian sufrir verla colocada en mayor publicidad: ellos debian sufrir una tan grande mortificacion , por causa de la horrible ingratitud con que correspondieron á los dones y gracias que antes habian recibido. Con lo que deben entender tambien los cristianos , que son mucho mayores y mas graves los crímenes que se cometen despues del bautismo , ó la penitencia , porque es menos malo no haber conocido el camino de la verdad , que despreciarla , ó hacer poco caso de ella despues que se conoció: ó mas claramente dicho ; es mucho mas leve y perdonable cometer un pecado por ignorancia , que con ciencia cierta de que se obra una maldad : y será mucho menor la venganza que tome el Señor contra los que pecan por ignorancia , que la que toma contra los que pecan por pura malicia , ó por un cierto y seguro desprecio de la gracia. Llagas , una y otra , y otra vez desgarradas , si no se vuelven enteramente cancerosas , son por lo menos de mas difícil curacion.

Bien deseaba Jesus que los escribas y fariseos concibiesen un justo horror á la ciega dureza y obstinacion que tanto los dominaba , y que contra ella se precaviesen tambien las almas de tantas turbas dóciles y sencillas que iban en pos de El , y le seguian con tierna y candorosa fe: y mientras los primeros permanecian como inmobiles porque no sabian responder una palabra á este discurso tan lleno de espresion y viveza que el Salvador habia pronunciado; y los otros moviéndose poseidos de diferentes afectos se aprestaban para ir en su seguimiento: hallándose todavia en el mismo parage donde habia libertado al poseido , mudo y ciego , cuyo milagro ocasionó las blasfemias de sus enemigos , y la severa y pública correccion que se vió precisado á dar á su impiedad , se habian obstruido tan enteramente las entradas y avenidas de la casa que nadie podia ni aun acercarse á ella ; cuando he ahí que llegó desde Nazareth á Cafarnaum la Madre del Salvador acompañada de sus sobrinos , esto es , de los hijos de las hermanas de su purísimo Esposo San José , que comunmente se llamaban hermanos de Jesus , llevados todos y mas particularmente su benditísima Madre , en alas del amor , y de un vivísimo deseo de verle y hablarle.

Es muy digna de admirar la sin par y ejemplarísima modestia de aquella Virgen prudentísima que se queda fuera de la casa sin valerse de la autoridad de madre , para no interrumpir la palabra

del Hijo, ni echar á perder el fruto que podia hacer en el corazón de los que le oían; y así fue que encargaron á algunas personas le dijese, que su madre y hermanos que estaban fuera deseaban hablarle. Muchos de los presentes se tomaron la pena de trasladar esta noticia á Jesus, pero unos se lo decían para tentarle, accecharle y explorar su voluntad, á ver si dominado por los afectos de la carne, dejaba ó interrumpía la predicación, á fin de tener con ello un fundado motivo para negarle la divinidad, y decir que era un puro hombre, nacido y pegado á las afecciones de la carne; y para que conociendo el pueblo que tenía padres y hermanos carnales, no le tuviesen por Hijo de Dios; porque Dios no engendra carnalmente á nadie; y en el caso de que esto no hiciera, es decir, no dejase la predicación, tener asimismo motivo de calumniarle por ello, diciendo: No tiene este la virtud que debe tener todo hombre justo: fuera está su madre, que debe ser honrada y respetada: allí están sus hermanos á quienes la naturaleza y la ley mandan amar, y siendo tan vergonzoso hacerlos esperar fuera, allí los tiene entretenidos, sin mandarles que entren. ¿Y es este el que predica la observancia de la ley, y tan abiertamente la quebranta?

No sabían los que así pensaban cuanto mas digno era de Cristo el deseo de obedecer á Dios su Padre, que el amor de la sangre. El diablo había observado bien (1) que El persuadía eficazmente al pueblo ser Hijo de Dios, cuando sin rebozo le había dicho, que el que le hablaba y enseñaba era mas que Salomón; y temeroso de verse abandonado de todos, si Jesus llegase á persuadir al pueblo que era Hijo de Dios, se valió de la presentación de su madre y primos para obscurecer todo el prestigio de su Divinidad. Vino pues, alguno, hecho el abogado del diablo, hablando por una boca humana palabras verdaderamente diabólicas, diciendo: *He aquí que tu madre y tus hermanos se hallan fuera, deseando hablarte.* Como si dijera: Por qué te glorias, ó Jesus, de haber bajado del cielo, siendo así que tienes raíces en la tierra? Ahí están tu madre y tus hermanos. No puedes ser Hijo de Dios, pues te engendraron los hombres. No puedes negar que eres Hijo de esa mujer, la naturaleza te convence... Hasta aquí el Crisóstomo. Jesus empero, que de todo se aprovechaba para enseñar sólidamente á todos los que le seguían, y que para lograr sus intentos descubría siempre con la mayor facilidad los misterios escondidos en las palabras mas triviales que ellos no comprendían; les dijo: ¿Qué es lo que decís, y de

(1) Div. Crisostom. Hom. 25. in Math.

quién me hablais? ¿Qué entendeis por mi madre y mis hermanos?

No podian los circunstantes contestar á Jesus, y conociendo Su Magestad la turbacion de que se habian poseido, les añadió: A vuestro juicio apelo para que me digais, quiénes son los que Yo amo con igual afecto, y aun mayor al que tienen los hombres á sus parientes mas cercanos, y á aquellos mismos de quienes recibieron el ser? Diciendo esto, volvió los ojos y estendió la mano sobre sus Apóstoles, y sobre algunos discípulos que tenia cerca de sí, y señalando á estos, dijo á los otros: Ved aqui á los que Yo llamé mi Madre, y mis hermanos, porque Yo los amo como los buenos hijos aman á sus padres, y como los hermanos deben amarse. En este sentido se puede comunicar el nombre de mi madre, de mi hermano, y de mi hermana, á cualquiera que procura saber con cuidado la voluntad de mi Padre y la pone por obra. No dió Jesucristo esta respuesta como despreciando la generacion de la carne y de la sangre, ni como quien se avergüenza de haber sido concebido; sino para manifestar cuanto ventaja y es preferible la cognacion espiritual, á la carnal: dando despues razon de su dicho, añadió: y no creais que solo entran en este parentesco y cognacion mis discípulos, sino que tambien cuento en él todos los fieles y justos; estos son mi madre y mis hermanos. Todo aquel que de corazon, palabra y obra, con sus preceptos, consejos y ejemplos hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre: mi hermano y mi hermana porque soy Hijo de Dios, y mi Padre me dió potestad para hacer hijos suyos á todos los que creen en su nombre. El que se hace hermano de Cristo creyendo en él, se hace tambien como su madre predicándole, anunciándole y engendrándole en el corazon de los prójimos con sus doctrinas y ejemplos: así que los que son hijos y herederos de Dios por la gracia, se hacen hermanos, madres y herederos de Cristo, que es Hijo de Dios por la naturaleza; y á ellos llama hermanos y madre, porque á ellos ama con el amor de hermano verdadero, y de hijo bueno (1).

No negó á su Madre, dice San Gerónimo (2), porque no creyesen sus enemigos que habia nacido hijo de algun fantasma; pero prefirió los Apóstoles á sus propios parientes para darnos á conocer que debemos preferir el amor de la virtud y el cumplimiento de la voluntad de Dios, á todos los respetos de la carne, y de la

(1) Div. Crisostom. Hom. 45, in Math.

(2) Div. Hieronim. cap. 12. in Math.

sangre. Ni tampoco reprocha imperiosamente su Madre y sus parientes, sino que manifiesta que la union de las voluntades por Dios, vale mas á la presencia Divina, que la que se hace solamente por consideraciones puramente carnales (1). Asi, segun costumbre santa, enseñó el Señor en esta ocasion á las turbas, que le seguian, este documento tan interesante; y transfiriendo á un sentido espiritual y moral, lo que se decia en otro material y humano, se le vió practicar lo que antes habia dicho. El que ama á su padre y á su madre mas que á Mí, no es digno de mi amor y cariño. Respetaba y amaba á su Madre Santísima, mas que hijo alguno pudo respetar ni amar jamás á la suya propia; pero creyó que á la sazón no era tiempo ni lugar de manifestar su afecto. No queria tantos testigos de una inclinacion legitima, de la cual el pueblo á quien instruia, no pudiese sacar algun fruto para su edificacion. Aprovecháronse en efecto las turbas de la instruccion del Salvador, y admiraron su conducta; pero esto no impidió que se tuviese todo el respeto y consideracion que se merecian las personas que desde tan lejos habian ido á buscarle. La muchedumbre se retiró, se deshizo la asamblea, y Maria Santísima y sus sobrinos pudieron conferenciar largamente con el Señor.

Con el amor, pues, con que Jesucristo manifestó en esta ocasion amar á su Madre, y á sus parientes, debemos nosotros amar los nuestros. Les amaba no porque eran tales, sino porque mas que los otros se empeñaban en hacer la voluntad de su Padre: asi se ve, que aquel es pariente mas cercano de Cristo, que es mejor; porque como asegura San Gerónimo (2), no distingue Su Magestad sus parientes por la sangre, y por los sexos, sino por los hechos: y no el grado mas cercano es el que acepta el Señor, sino el mas alto en virtud y santidad (3). No confie por tanto ninguno en la proximidad al trono por la rama de su nobleza, si no tiene bastantes virtudes para merecer. Una sola es la verdadera nobleza, y consiste en hacer la voluntad de Dios: esta es la mejor y la mas principal: ella sola á Dios nos acerca, con El nos une, y de tal manera con El nos estrecha, que no permite nos separemos jamás.

Aprovecháronse las turbas y todos los circunstantes de la doctrina de Jesucristo, y quedaron tan admirados de su conducta, y de la prudencia y santidad, que en sus palabras y en sus obras res-

(1) Div. Ambros. lib 8. in Lucam.

(2) Div. Hieronim. Id.

(3) Div. Gregor. Ep. 32.

plandecia, que deseosos de congraciarse la voluntad del Señor, hicieron paso á Maria Santísima y á sus sobrinos y tuvieron ocasion y libertad de hablarle todo el tiempo que quisieron: pero sin poder penetrar ninguno de los que allí estaban el motivo de esta conferencia y visita. Créese con algun fundamento, que asustados los parientes de Jesus por la gran conspiracion que los escribas y fariseos iban formando contra Su Magestad, solicitaron el que volviese á su patria, porque convencidos ya sus parientes de su santidad y justicia parece habian tambien mudado de opinion acerca de su persona: y es lo cierto que aunque el Salvador tuviese bien distintos motivos para volver á su patria, de los que sus propios parientes podian figurarse, regresó allá poco tiempo despues de esta entrevista con su tierna y amantísima Madre.

ORACION.

Dulcísimo Señor y maestro mio Jesucristo, concédeme para bien de mi alma el signo ó señal de tu divina gracia que me arrebató aquel antiguo, y gran dragon, haciéndome cometer tantas culpas y pecados. Por tu misericordia Señor líbrame de sus garras. Haz que llore y me arrepienta de las culpas pasadas, y que no cometa otras nuevas. Seca en mi corazon el humor de la concupiscencia, para que el espíritu malo no pueda tener descanso en él; para que cuando yo le barra con las escobas de la confesion, pueda despues adornarle con las preciosas alhajas de las virtudes; y no le halle aquel vacio, y le ocupe otra vez. Concédeme tambien que oiga tu palabra creyendo por la fé, y que la guarde cumpliéndola con mis obras; y guiándome Tú, permanezca siempre unido á tu voluntad, cumpliendo tus preceptos, siguiendo tus consejos, é imitando tus ejemplos, á fin de que logre un dia ser contado en los hijos y herederos de tu reino. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XII de San Mateo, desde el versículo treinta y ocho al cincuenta ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la feria IV, despues de la dominica primera de Cuaresma, dice así:

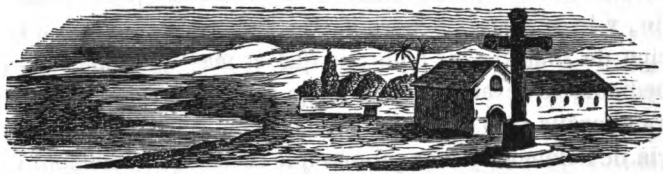
EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV, DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XII, vs. 38 al 50.

En aquel tiempo, dijeron á Jesus algunos de los escribas y fari-

seos: Maestro: deseamos verte hacer algun milagro. Mas El les respondió, y dijo: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio: pero no se le dará el que pide, sino el prodigio de Jonás profeta. Porque asi como Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena, asi el hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. Los ninivitas se levantarán en el dia del juicio contra este pueblo, y le condenarán, porque ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonás: y hé aqui uno que es mas que Jonás. La reina del mediodia se levantará en el juicio contra este pueblo, y le condenará, porque vino de las estremidades de la tierra para oir la sabiduria de Salomon, y hé aqui uno que es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando donde hacer asiento, y no lo encuentra. Entonces dice: tornaréme á mi casa de donde salí. Y al volver la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí: viniendo á ser el último estado de aquel hombre peor que el primero. Asi sucederá á esta raza perversísima. Estando aun El hablando al pueblo, hé aqui su Madre y sus hermanos; estaban fuera, y querian hablarle: Díjole uno: Mira que tu Madre y tus hermanos estan fuera preguntando por Tí. Pero respondiendo El al que se lo decia, replicó: ¿Quién es Mi Madre, y quiénes son mis hermanos? Y estendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Hé aqui Mi Madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana, y mi Madre.





CAPITULO XXIII.

DE LAS PARÁBOLAS DE JESUS A LAS TURBAS, Y Á SUS DISCIPULOS.

No es difícil de comprender que Jesús tuviese no solo admiradores de su doctrina, y milagros, sino muchos miles de seguidores que corriesen en pos de El, atraídos por la suavidad y eficacia de sus palabras, lo asombroso de sus portentos, y por el deseo de alcanzar alguna parte en sus misericordias; puesto que nada gana en el mundo mas partidarios y amigos, que el hacer beneficios; aunque la gratitud y buena correspondencia en muchos solo dure el tiempo de recibirlos. El corazón amantísimo del Salvador no tenía límites en su caridad, y su celo no menos ardiente que aquella los desconocía también: por esto no quiso dejar á Cafarnaum, de donde se alejaba por algunos días, y donde había una multitud de personas, que habían venido resueltamente para oírle de todas las

ciudades de la provincia, sin repartirles el pan de la divina palabra: pero como la casa donde moraba era pequeña para tanta gente que deseaba instruirse, se marchó con sus discípulos á la orilla del mar; siguiéronle efectivamente las turbas, y se preparó para pescar de en medio de las aguas, los hombres que existian en la tierra; pues era tan grande la multitud, que para no ser oprimido le fue preciso entrar en la barca, que le sirvió de cátedra magestuosa para enseñar.

San Crisóstomo (1) se empeña en averiguar el motivo por qué Jesus subió en esta ocasion á la nave, y dice: Subió Cristo á la nave para no tener á sus espaldas persona alguna, sino para tener á su presencia todos sus oyentes: para que le oyese el pueblo, y oyéndole se deleitase su oído, y viéndole se alegrase su vista. El venerable Beda añade (2): La nave significa la Iglesia que el Señor habia de edificar en medio de las naciones, desde cuyo centro su voz habia de resonar en todas ellas por la predicacion de los Apóstoles; por cuya razon se hallaban en el barco juntamente con el Señor, que los habia de enviar: y como la enseñanza que ellos habian de esparcir por todo el mundo era el reino de los Cielos, ó el reino de Dios; esto es, el establecimiento de la nueva Iglesia, compuesta indiferentemente de judios y gentiles; ó por mejor decir, de estrangeros antiguamente idólatras, puesto que los hijos del pueblo santo por su adhesión obstinada á las preocupaciones de su nacion serian casi en su totalidad escluidos; propuso el Señor á las turbas cuatro parábolas diversas, hablándoles segun la costumbre del tiempo y del pais, y muy propias para sanar los distintos males á que estan sujetas mas especialmente las diversas condiciones de los hombres, á fin de que las medicinas fuesen proporcionadas á la multiplicada variedad de los males de que cada una de ella adolece.

Tampoco habia en las turbas una sola voluntad, como observa S. Gerónimo (3), por lo que era preciso hablarles con varias y diversas parábolas, para que segun la diversa aplicacion que de ellas pudiera hacerse recibiesen tambien varias correcciones, pues asi como á unos gustan las comidas picantes ó saladas, y á otros mas lenes y suaves; á fin que cada uno reciba el alimento que necesita, segun la naturaleza de su estómago. Es cierto que pa-

(1) Div. Crisostom. Hom. 25. in Math.

(2) Ven. Bed. in cap. 6. Joann.

(3) Div. Hieronim. in cap. 13. Math.

ra la clara inteligencia de ellas se necesitaba una alma sincera y un corazon puro, cuyas cualidades eran bastante raras entre las personas que se hallaban presentes, y Jesus deseaba con mas ansia instruir. Tambien era preciso llevar mucha desconfianza de su propio juicio, y resolverse á pedir con humildad al predicador la inteligencia de las cosas, que no se comprendieron bastantemente; como asi lo hicieron los Apóstoles, pidiendo á Jesucristo con la mayor humildad la esplicacion de lo que no entendian, la que el Maestro Divino les otorgaba siempre con la mayor benignidad: pero esta humilde peticion era lo que mas resistia la soberbia de los fariseos; asi se vieron estos entregados á la mas negra ceguedad del entendimiento, y á la mayor dureza del corazon, mientras los otros iluminados con el espíritu de la verdad, que con su muerte les mereció el Divino Maestro, ilustraron, y aclararon mucho en sus entendimientos, para provecho suyo, y nuestro, las noticias y conocimientos que recibian al tiempo de la instruccion: aunque es fuerza advertir, que no les dió Jesus todas las instrucciones en parábolas, sino muchas; mezclando las cosas claras con otras oscuras, para llevarlos desde la inteligencia de las que entendian, á la de aquellas mas oscuras y que no entendian.

En estas cuatro parábolas colocó el Señor el curso magestuoso de la Iglesia que fundaba, desde el principio hasta el fin: esto'es, desde la misma predicacion de Jesucristo hasta el fin del mundo. En la primera tomó la similitud de la semilla que se confia ó arroja á la tierra por la mano del sembrador, cuya cuarta parte es tan solamente la que da fruto: en ella se simboliza ó denota la predicacion de Jesucristo, y la de los Apóstoles que predicaron indistintamente á los judios buenos y malos; siendo asi comparativamente los menos, los que creyeron, porque sus tres cuartas partes quedaron en la infidelidad. El labrador, dijo, arroja el grano sobre la tierra, y aunque lo distribuye con la mayor igualdad, una parte de él salta al camino público, es pisado de los que pasan, acuden las aves del cielo y se lo comen. Otra parte cae sobre un terreno pedregoso donde encuentra poca tierra, y aunque nace, se muere luego; pues no teniendo labor profunda, y aumentándose la sequedad por los ardores del sol, como echó poca raiz, y no pudo recibir alimento de la tierra, se secó, y se murió. Otra tercera parte cayó entre malezas y espinas, allí brotó, crió, y se fortificó; pero como no se tuvo cuidado de desmontar y limpiar la tierra, crecieron las espinas con mayor prontitud y llegaron á ser tantas, tan unidas y compactas, que la buena semilla se sofocó, y pereció sin dar fruto. La

cuarta tercera parte por fin cayó en tierra bien preparada, y de buena miga y sustancia; nació, creció, y maduró á su tiempo, y se recogieron de ella treinta, sesenta, y aun ciento por uno.

Parece que los Apóstoles no quedaron bastante satisfechos con la indicacion de esta parábola misteriosa, aunque el Salvador la habia propuesto con tanta claridad y sencillez; y como para llamar mas la atencion de los escribas y magistrados dijo en alta voz: *El que tenga oídos para oír, que oiga*: dando así á entender á todos, que la sublimidad de la doctrina propuesta pedia un sério y detenido examen, que no bastaba atenerse al sentido material de la letra, ni á un examen superficial, sino que era necesario profundizarla para sacar provecho de ella. Los Apóstoles que tenian mas confianza con Jesus, y que conocian que no comprendiendo ellos el sentido de la parábola, lo comprenderian menos los demas, preguntáronle animados del mayor celo: ¿cómo era que habiendo juntado tanta gente con el objeto de instruirla, no les hablaba sino por enigmas? A lo que contestó Jesus: yo hago una muy notable diferencia entre vosotros, y los demas que no escuchan. Yo os contemplo movidos de un sincero deseo de saber las verdades saludables, y Dios os concede el privilegio de oír al descubierto los misterios de su reino sobre la tierra; y si no estais aun del todo capaces para ello, ya se acerca el tiempo en que recibireis luz de lo alto: pero este privilegio no es comun á todos los hijos de Jacob que se juntan alrededor de Mí, pues los mas de ellos estan resueltos á abandonarme con la misma facilidad que se me juntaron, tan luego como mi doctrina no lisonjee sus gustos: para ellos no puede haber mas que doctrinas enigmáticas, y lecciones obscuras. Oid por tanto con intencion recta, creed por el testimonio que mi Padre da de Mí, y esperad con fe al espíritu destinado á ilustrar á los hombres de buena voluntad; y á proporcion de vuestros esfuerzos se os comunicarán nuevos grados de inteligencia, y luces mas estensas. Pero al que escucha con perversidad de corazón mis lecciones, le sucederá todo lo contrario; y en lugar de adquirir nuevas luces, se verá mas ofuscado su entendimiento.

Me habeis preguntado á mas, ¿por qué uso de parábolas y enigmas? ¿No sabeis que hablo á hombres que ven, y no quieren ser ilustrados? que oyen, y no quieren reflexiones? que entienden, y no quieren comprender? Ah! Si no fueran tan duros de corazón, bien pronto comprenderian la mudanza que ha de hacer en el mundo mi doctrina en perjuicio de sus miras ambiciosas y detestables; abjurarían sus falsas creencias y se convertirían: mas ellos estan

obstinados; levantarán contra Mí tempestuosas sediciones, y se cumplirá contra ellos el dicho de Isaías. *Vosotros oireis con vuestros oídos, y no entenderéis: Vereis con vuestros ojos, y no conoceréis.* ¿Y á quién ha de ser? Al Mesias prometido en la ley: al Mesias suspirado y deseado: se os manifestará con señales incontestables, le vereis, y no querreis conocerle. Sí: el corazon de este pueblo está endurecido: han tapado sus orejas, y cerrado sus ojos; sordos, y ciegos voluntarios, temen ver, y entender, por el temor de que los mueva y convierta: bien hallados en sus males, desprecian todo género de remedio. Vosotros empero sois bienaventurados y dichosos; porque veis con vuestros ojos, y ois con vuestros oídos: muchos profetas y justos desearon ver y oir lo que vosotros veis y ois; y no lo lograron: mas supuesto que no entendeis mi parábola, oíd su esplanacion.

Su primera esplanacion ó interpretacion, es de la semilla, y del Hijo de Dios, que saliendo del seno del Padre, esto es, del seno de la invisibilidad, se hizo visible al mundo, y sembró en él la semilla de su divina y celestial doctrina; la que cayó en cuatro lugares, á saber, tres partes de ella en tierra mala, y que no podia dar fruto, y la otra parte en tierra buena, que daba fruto de tres maneras multiplicado. Sembró muchas especies de semilla. Primero con el dedo de su omnipotencia sembró en el corazon de todos los hombres los preceptos de la ley natural: tales son aquellos de que *No quieras para los otros, lo que no quieres para tí: y haz á los otros, lo que quieres que hagan por tí.* Por medio de los ángeles sembró despues las revelaciones: por Moisés la ley escrita, esto es, los preceptos, y las prohibiciones: por los profetas las promesas y las amenazas: y últimamente salió á sembrar por sí mismo la ley evangélica en el corazon de todos los fieles. Ni deja tampoco de sembrar en nuestras almas, no solo cuando enseña, sino tambien cuando siembra en ellas la buena semilla de las virtudes. Salió pues del seno de su Padre (1), el que está en todas partes, no como el cuerpo que ocupa un lugar, sino como el que todo lo lleva con su poder, magestad y grandeza: y acercóse mas á nosotros por el vestido de nuestra carne en la encarnacion, para sembrar su semilla el que tiene el oficio de sembrar la ciencia y la gracia por la palabra de su doctrina: porque El es el verdadero sembrado: y el Predicador es solo la espuerta de aquel; y mientras siembra, esto es, mientras indiférentemente esparce su doctrina, cae una parte de la semilla en

(1) Div. Crisostom. Hom. 45. in Math.

medio del camino, que es el corazon engañado por los errores; vago por la lascivia, pisado por las sugestiones de la carne, y no solo estrujado por las varias tentaciones de los vicios y sugestiones de los demonios, como el grano que está espuesto en medio del camino, sino mas pisado y estrujado aun por las concupiscencias de la carne; y con el rápido y frecuente tránsito de tantas y tan terribles oleadas, la semilla de la divina palabra se pisotea, se desprecia, y no nace; y si nace no da fruto, porque echa muy pocas raices. Las aves del cielo, esto es, los espíritus aéreos, que son los demonios, que se llaman aves del cielo, ya porque habitan, ó porque vagan por los aires; ó ya por la velocidad con que vuelan y discurren por todas partes para provocar todos los hombres al mal, se lo comieron: esto es, lo arrebataron con la perfidia de sus sugestiones, impidieron su fruto, y asi arrancaron del corazon no solo la palabra, sino hasta la memoria de la palabra, á fin de que ni la memoria, ni el entendimiento se acuerde jamás de lo que no quisieron practicar: é impedido el fruto de la divina palabra, se impide la fé, y de este modo no sean salvos. Estos son los que oyen, pero no se aficianan á la divina palabra, porque el demonio la arranca de su corazon.

Las palabras de Dios se han de conservar en el corazon, y asi como la semilla se oculta y esconde bajo la tierra, asi tambien aquellas se han de esconder y guardar en la memoria para que fructifiquen: pues de la misma manera que se desespera de la salud corporal de un enfermo, que por el vicio del estomago no retiene en él los alimentos: asi tambien es muy de temer el peligro de la muerte y condenacion eterna de aquellos que no retienen ni conservan en su memoria las palabras de vida que son el alimento del alma, mediante el que se conservan y aumentan los frutos de justicia que la aseguran la eterna. Al oir esto debe humillarse la fé de nuestro corazon, y adorar con todo rendimiento al Verbo, que es la palabra eterna del Padre, sembrado en el suelo por la encarnacion como la primera semilla de la humana salud, y hecho sembrador de la palabra omnipotente que da vida al mundo. Esta palabra cae en muchas ocasiones sobre un corazon de piedra, duro, protervo, rebelde y obstinado por la soberbia, y aunque nace al parecer, abrasado luego por los ardores de la tentacion, pierde el verdor de la fé porque no tenia profundas raices; esto es, la estabilidad de la paciencia, ni el humor de la devocion y de la gracia. En los corazones duros, nace algunas veces con prontitud la semilla de la compuncion, cuando oyen las amenazas de la justicia eterna:

na; pero encrudeciéndose el viento de la persecucion, ó de cualquiera otra tentacion y tribulacion, luego se marchita y seca. Estos son los que oyen y de algun modo se aficionan, pero como no se proponen hacer lo que oyen, y se les dice que deben hacer, no echa fruto la semilla divina, porque le falta la raiz del santo propósito: son como árboles trasplantados, y como les falta la fijeza de la raiz, degeneran con mucha facilidad, y convierten en mala substancia la buena que recibieron; esta degeneracion, les causa la muerte: para que produzcan frutos enteramente contrarios debe oirse con atencion, con docilidad, con hambre y sed de la verdadera justicia. La semilla es esencialmente buena: no falta quien la siembre; ¿quién tendrá la culpa de que no fructifique?

¿Pero cómo ha de fructificar esta semilla en los que tienen abierto su corazon á los afectos del mundo, que son las uñas del diablo? Depositario es el hombre de las verdades eternas que oye, de las inspiraciones santas que recibe, de los deseos, de los impulsos que le llevan á Dios; si no abriga estas semillas, si no las fomenta, si no clama á Dios para que las guarde y las haga fecundas, ¿quién le ayudará y salvará en el día de la tentacion y de la desgracia? Seguramente que será cierta su ruina y perdicion eterna, nada le servirá de disculpa en el tribunal de la justicia divina.

Cae esta semilla junto al camino, porque cae en el corazón de los cristianos que estan dentro la Iglesia, sus creencias empero, sus afecciones, sus costumbres y sus deseos, estan, si no enteramente dentro el camino de los gentiles, muy lindante con ellos; porque la impiedad los afecta, la incredulidad los domina, la licencia los devora, y en nada viven con arreglo al espíritu de la Iglesia: dicen que moran dentro de la fé, y siguen todas las máximas y costumbres del gentilismo; y así la semilla buena y santa es devorada por la rapacidad de los vicios, conculcada por los afectos inmundos, que son las uñas con que el diablo las arrebata. Depositadas en un corazon abierto, son arrebatadas por la impetuosidad de los vientos de las tentaciones: no tienen abrigo que las fomenta y abrigue, y en vez de clamar á Dios para que las guarde y fecundice con el rocío de la divina gracia, vuélvenle ingratos la espalda, corren al bando opuesto, y le abandonan enteramente.

Deslízase otra entre las espinas y tampoco dá fruto: porque así como las espinas chupan la sustancia del campo, roban al grano parte del rocío y de la lluvia, y se le atraviesan en el camino para que no medre; así los cuidados del mundo, la ambiciosa codicia de atesorar riquezas, la afanosa solicitud en conservar las ad-

quiridas, y el goce indebido de los deleites, roban todas las atenciones y afectos del corazon, impiden el favor del cielo, debilitan el fervor del espíritu, y no dejan prosperar la celestial semilla. Las riquezas y los honores son espinas, porque asi como estas lastiman y ensangrientan el cuerpo, asi aquellas lastiman y hieren terriblemente el corazon que llegan á dominar; y formando entre sí una torpe alianza, que complica siempre mas y mas la esperanza de adquirir, el temor de perder, y el afan de conservar, obstruyen enteramente el paso á las creces de la virtud, que queda por ellas enteramente sofocado. Espinas buscan para su campo y no espigas para su granero, los avaros, los soberbios, los vengativos, los idólatras y los incrédulos, los blasfemos y sacrílegos, los lascivos y adúlteros, los matadores injustos, los pérfidos calumniadores, y todos los amadores del mundo, porque el amor del mundo es viento que seca y abrasa, y fuego que consume y esteriliza; por consiguiente el corazon donde entra queda enteramente estéril.

Otra comparacion no menos hermosa sale de la elocuente pluma del Crisóstomo (1). Asi como la oveja no puede pascarse mucho entre las zarzas, ó sin enredarse enteramente entre las espinas, ó al menos sin dejar entre ellas una gran parte de su lana: asi tampoco nadie puede entregarse á los afanes y cuidados del mundo, ó sin perder enteramente entre ellos los afanes fervorosos del espíritu, ó sin debilitarlos de tal manera, que lleguen al estado de verdadera nulidad. Hay una muy notable diferencia entre los vicios y las virtudes: aquellos son espinas que de cualquier parte que vengan, se clavan en el corazon, le punzan y le detienen, y las virtudes son perlas, margaritas preciosas, que siempre llenan de gozo y contento el espíritu del que las mira y posee.

Espinas son las riquezas y cuidados del mundo, que hieren y lastiman el alma, en el mundo mismo, en el juicio y en el infierno. En el mundo la punzan de tres maneras; á saber, por el trabajo de adquirirlas, por el temor de conservarlas, por el dolor que causan cuando se pierden. En el juicio la punzarán espontáneamente; porque el Señor dirá á los avaros: *Yo tuve hambre, y no me disteis de comer: Yo tuve sed, y no me disteis de beber*; cuyas punzadas serán de tal manera penosas y afectivas, que obligarán á los mismos réprobos á que deseen su aniquilamiento y completa destruccion, diciendo á los montes y colinas que caigan sobre ellos, para que las cubran y sepulten para siempre. En el infierno atormentarán estas

(1) Div. Crisostom. Hom. 32. oper. imperfect.

espinas al alma , porque de ellas se encenderá un fuego que por un efecto maravilloso , tendrá el poder de abrasarlas eternamente , creciendo de virtud para destruirlas. Es muy digno de notarse el orden con que presentó el Maestro Divino estas tres clases de semillas que no fructifican. La primera no nace , sino que estrujada por las pisadas de los traseuntes es comida de las aves. La segunda nace , pero el tallo que arroja crece muy poco , y luego se seca. Y aunque nace la tercera , y arroja tallos que crecen , tampoco llegan á dar fruto porque las espinas los sofocan. La cuarta semilla empero cae en tierra buena , que es *negra* , por el desprecio que tiene de sí misma ; *crasa* , por la abundancia de sus afectos , y muy bien cultivada por el ejercicio práctico de todas las virtudes ; y asi da el fruto abundante y sazonado de las buenas obras : por cuyo motivo dice el venerable Beda (1): En tierra buena , es la conciencia de los escogidos , que hace todo lo contrario de las tres anteriores , no solo porque recibe muy liberal y cuidadosamente la semilla que se le arroja , sino porque la conserva con gran solicitud y constancia entre lo próspero y adverso , hasta que llega á dar sus frutos ; dando en una parte el fruto treinta veces multiplicado , en otra sesenta , y en otra ciento , en lo que se representan los tres estados de los fieles , esto es , el de los que comiezan , el de los que aprovechan y continúan , y el de los perfectos.

Son los que comienzan como la tierra , que da el fruto trigésimo , ó como vulgarmente se dice el treinta por uno , porque conservan estos la fé de la Santa Trinidad , y cumplen fielmente lo mandado en los preceptos del decálogo. Los que continúan y aprovechan , son como la tierra , que dá el fruto sexagésimo , ó el sesenta por uno : porque á mas de creer y cumplir lo dicho , se ejercitan en obras de misericordia , y esparcen por todas partes el fuego de la caridad. Los perfectos estan oportunamente comparados á la tierra buena , que dá el fruto centésimo , ó el ciento por uno , porque guardan y cumplen no solo todos los preceptos de la ley , sino hasta los consejos del Evangelio. Estos grados de incipientes , proficientes , y perfectos , lo descubrió mas bien el Salvador con claridad en otra parábola diciendo : fructifica la tierra primero yerba , despues la espiga , y últimamente el fruto sazonado y maduro en la espiga misma ; y estos son los que escuchan con docilidad la palabra de Dios , la meditan con atencion , refrescan con frecuencia la memoria de ella , evitan la liviandad y ligereza , que disipa el espíritu ; la

(1) Ven. Bed. in cap. 8. Lucæ.

inconstancia , que muda el corazon : las pasiones , que lo dividen ; los objetos engañosos , que lo arrastran ; los deseos desordenados , que lo tiranizan , y llevan con paciencia las tribulaciones que lo purifican . Asi se vé fructificar la Divina palabra en todas estas tres clases á proporcion de su fervor : asi se comprende como es que unos no dan mas que el treinta , otras el sesenta , y otras el ciento : y asi en fin , se descubre como es que la semilla produce primero la yerba ; y creciendo la caña , da la espiga ; y presenta esta , y ofrece luego en la espiga dorada el fruto sazonado y maduro .

Otras aplicaciones no menos útiles que asombrosas hacen otros padres y doctores de la Iglesia del multiplicado fruto de esta parábola misteriosa . El fruto centuplicado y centésimo que produce la semilla santa , es el de los mártires , dice San Agustin (1) : mas por el desprecio de la vida , y deseo ardentísimo de morir por Jesucristo , que por la santidad de la misma vida ; por mas que no sea fácil concebir esta santidad de vida ; sin un vehemente deseo de darla por Jesu. El fruto sexagésimo es el de los que conservan la santa virginidad , domando los apetitos de la carne , con los rigores de la penitencia . Y el fruto trigésimo , es el de los desposados , ó el de los que viven unidos en el estado del matrimonio ; aunque en verdad tienen una lucha bastante terrible que sufrir , para no ser vencidos de la concupiscencia . Asi que da el fruto treinta veces mayor , el que sufre constantemente una lucha terrible por la conservacion de los bienes eternos : lo da sesenta veces mayor , el que por la conservacion y custodia de los internos castiga su cuerpo y le mortifica con azotes , y con otras privaciones y castigos : y lo da cien veces mayor , el que da enteramente su vida por medio del martirio , para unirse con Dios en la eterna . Asi Job , antes de su tentacion , dió el fruto trigésimo conservando la justicia , y viviendo justamente en medio de la opulencia : perseverando justo despues de la pérdida de sus bienes y de sus hijos dió el sexagésimo ; y dió el centésimo , cuando conservó la misma simplicidad de corazon , y su nunca desmentida paciencia insultado por su propia consorte y amigos , llagado de pies á cabeza , tendido sobre un muladar (2) . Jesucristo anunciaba su Evangelio y su reino para que fuese entendido de todos , y asi no pudo menos de dar á sus Apóstoles la esplicacion correspondiente para la inteligencia de sus parábolas : asi es que les dijo por San Marcos (3) , que no se encen-

(1) Div. August. lib. de Santa Virginitate , cap. 45.

(2) Div. Crisostom. Hom. 32 oper. imperfecti.

(3) Marc. cap. 4. v. 21.

dia la antorcha para ponerla bajo el celemin . ó para esconderla debajo de la cama : y San Lucas añadió (1), que no debia ocultarse bajo alguna vasija , ni cubrirse ó sofocarse su luz , con algun velo espeso , que pudiera impedir que alumbrase ; sino que por el contrario debia colocarse sobre algun candelero para que alumbrase bien , y todos los que entraban en la casa quedasen iluminados con su luz : que fue lo mismo que decirles : Yo no pretendo , Apóstoles míos , que se quede oculta alguna de las verdades que os anuncio : mi doctrina ha de ser conocida y manifestada al universo . Las acciones que Yo hago en particular , han de hacerse públicas y llegar á noticia de todos para que sirvan á la santificacion del mundo . Esta es mi voluntad y en su dia tendrá su debido cumplimiento . Si penetrais bien lo que os digo , en esto encontrareis una importante profecia , á cuyo cumplimiento bien presto os hallareis en estado de contribuir . A vosotros , pues , es á quien mas particularmente se dirige toda la fuerza de mis razonamientos y discursos , recoged en vuestro interior con el mayor cuidado todo lo que me oyéais ; vosotros sois los elegidos para anunciar mis doctrinas , conservadlas y guardadlas en vuestro corazon : para su inteligencia y esplicacion recibireis luces de lo alto , las que se os darán segun fuere vuestra aplicacion y diligencia : pero si esta no fuese correspondiente á las gracias que se os dispensen , bien pronto perdereis las que ya juzgais poseer . Si ya hubiereis recibido mucho como premio debido á vuestra fidelidad , cada dia recibireis mas ; porque aquella y el uso que hagais de los dones recibidos , será la medida de las liberalidades de mi Padre . El es tan dadivoso y liberal , que abre los tesoros infinitos de su ciencia y sabiduria á los que la desean , y los reparte con la mayor profusion á los que cooperando con su gracia se esfuerzan para encontrarlos ; pero los retira , encierra y esconde de aquellos que dominados por la tibieza ó negligencia , los disipan y desprecian .

Remigio , Theophilacto , y otros varios espositores sagrados , dudan si estas pequeñas advertencias fueron hechas por Jesus á los Apóstoles estando ellos solos , ó antes de despedir al auditorio , ó concurso que habia asistido á la doctrina ; pero San Marcos (2) nos induce á creer , que se hicieron estando solos el Salvador y sus Apóstoles , porque cuando se hallaba con las turbas usaba siempre el estilo figurado , que nunca dejó en el discurso de su predicacion :

(1) Lucæ , cap. 8. v. 16.

(2) Marc. cap. 4. v. 10.

siendo doctrina corriente entre todos los historiadores sagrados, que el Señor jamás quiso hablar de otro modo á unos hombres indóciles y preocupados, á los cuales la disposicion de su ánimo no los hacia dignos ni capaces. De aqui nace al parecer no solo el órden metódico y sublime con que Jesus se elevaba en sus discursos, pasando de una á otra comparacion; sino la dulce y agradable violencia con que los arrastraba, como para forzarlos á creer en el próximo castigo del pueblo judáico, en la reprobacion del antiguo culto, en la Divinidad de su persona, y en el establecimiento de su Iglesia: y como su primera parábola se tomó de una semejanza de la agricultura, que era la ocupacion favorita de los judios y su principal riqueza, continuó Su Magestad valiéndose de ella para ultteriores parábolas, en las que queria fundar la esplanacion de otras doctrinas no menos interesantes.

En una segunda parábola, que es de la cizaña que el enemigo del hombre sembró en la hermosa heredad del gran padre de familias, describió clara y perfectamente el estado de la Iglesia despues de su Ascension gloriosa á los cielos, y de la muerte de sus Apóstoles y Discípulos. El reino del cielo, dijo, se ha hecho semejante á un hombre que sembró buena semilla ó buen grano en su campo; y en tanto que dormian los jornaleros vino su enemigo, sembró la noquilla é cizaña en medio del trigo, y se marchó.

Fácil es de conocer que este hombre sembrador del buen grano era el mismo Jesucristo, que aunque era Hijo de Dios desde la eternidad, se habia hecho hombre por nuestro amor; y con llamarse hombre queria recordar anticipadamente á todos los hombres sus hermanos, lo que tan misericordiosamente habia de padecer por ellos, para libertarlos de la esclavitud de la muerte y del pecado. Que por la buena simiente se entienden los hijos del reino, esto es, los que pertenecen á la vida eterna, de que serán participantes en el reino de Dios, puesto que renacieron no de semilla corruptible (1), sino de la incorruptible, que es la palabra de Dios vivo, la cual ha de durar por toda la eternidad. Y por el campo en que se hizo esta tan grande sementera no puede menos de entenderse el mundo todo; en cuya estension está indicada é inclucida la vocacion de los gentiles; con lo que, se presentaba el mundo todo á los ojos de Cristo, como un vasto campo á la vista del sembrador. Por el enemigo en fin que entra en el campo mientras el amo y los criados duermen, y siembra la cizaña en medio del trigo, no puede menos de cono-

(1) Ep. 1. Pet. c. 1. v. 23.

cerse el diablo enemigo implacable del hombre por la envidia y por el odio que tiene á Jesucristo, pues considerando á todos los hombres como á la herencia y rebaño del Salvador, quisiera destruirlos á todos por causar algun daño á su dueño.

Con esta dañada intencion siembra entre los fieles cristianos la perversidad, y la cizaña de la heregia, que es una yerba negra y mala, por la que pueden entenderse todos los vicios y errores que pierden y destruyen el espíritu; asi como las malas yerbas pierden y destruyen el trigo: y asi como la cizaña se sobresiembra ó entrena-ce en la buena semilla, asi la heregia se mezcla entre las buenas escrituras, y se revuelve con ellas: por lo que dice San Agustin (1): No nacen las heregias, ni otras falsas doctrinas, que enlazan y derriban las almas y las llevan al profundo del infierno, sino cuando no se entienden bien las escrituras; y cuando con audaz atrevimiento se contradice ó afirma en sentido contrario, lo que en ellas es claro y manifiesto.

Con mas particularidad se dice, que Jesucristo tiene tres campos propios en que siembra tres maneras de grano ó de pan. El primero es el mundo; en el que sembró el grano de la palabra de de Dios y la doctrina de la verdad. El segundo es la Iglesia, en el que sembró hombres fieles, que son los hijos del reino celestial, y estos los varones muy santos que son contados entre los hijos del reino. El tercero es el alma; en el alma siembra dos buenas semillas, la primera es la buena voluntad; y esta debe dar fruto de buena obra: la segunda es el conocimiento de sí misma y del mundo, y de Dios nuestro Señor. De su propio conocimiento le nace dolor, como de semilla fructuosa, segun la bella frase del Eclesiástico, *el que añade ciencia, añade dolor* (2). Del conocimiento del mundo, le nace temor; considerando que anda el hombre en medio de lazos. Del conocimiento de Dios, le nace amor, sabiendo que es el Criador, Redentor y Glorificador. La primera de estas semillas la siembra el Señor en el campo de la voluntad, y la segunda, en el de el entendimiento; mas el demonio nuestro enemigo siembra cizaña sobre esta buena semilla, esto es, errores y malos pensamientos en el entendimiento, y propósitos malos en la voluntad: mas esto que el demonio siembra, se mata tambien y se destruye de otras tres maneras. La una es el fuego de la contricion: la segunda, cortando la cizaña, ó malas yerbas de los vicios en la con-

(1) Div. Augustin. Tract. 18. in Joann.

(2) Eccle. cap. 1. v. 18.

fesion; y la tercera es arrancando su raíz por medio de la penitencia ó satisfaccion. Estudiar por tanto debe el cristiano, y procurar, que lo que en ella siembra Dios, florezca con santos deseos y produzca abundantes frutos de buenas obras.

Mas como el astuto enemigo cree tener á todas horas franca la entrada en el vedado del corazon, es preciso cercarlo con la valla inespugnable de la fe; ararlo con el arado de la mortificacion, y regarlo con las lágrimas de la compuncion, para que despues el Señor lo visite y fecundice con el rocío de la divina gracia: sin lo que es sobremanera temible la mezcla de la mala semilla con la buena, aun en el bellissimo jardin de la Iglesia, que es la heredad escogida, y mas privilegiada del Señor: pues desgraciadamente se ven con la mayor frecuencia introducirse en ella los hijos de las tinieblas, y mezclarse con los hijos de la luz. Por fortuna empero, esta malicia del diablo, la convierte Dios en bien de sus escogidos, los cuales con la contradiccion y pruebas duras á que los esponen los malos, se ejercitan en la paciencia; se arraigan en la humildad; crecen en mérito; y escarmientan con las agenas caidas.

No se descubrió por de pronto la traicion del enemigo del hombre; creció la cizaña á la par que el trigo, y fue preciso esperar que arrojara tambien su espiga. De esta suerte suelen estar ocultos ciertos vicios, hasta haber echado raices en el corazon, y dado su fruto: mas entonces es cuando se manifiesta el celo verdadero, y el amor ardentísimo por la mayor gloria de Dios. Manifiesta la maldad horrible, se patentizó tambien la fidelidad de los siervos: acercáronse al Padre de familias, y le digeron: ¿Por ventura, Señor, no sembrasteis buen grano en vuestra tierra? ¿De donde pudo pues nacer la cizaña? ¡Ah! dijo el señor, fácil es de adivinar. El enemigo del hombre buscó tiempo y ocasion para sembrarla. Este enemigo, es el diablo, porque debajo de la semejanza de la razon humana engañó al hombre desde el principio, lo venció, y esclavizó. Los siervos son los padres antiguos y los cristianos primeros que florecieron en la primitiva Iglesia, los que maravillándose de la obstinada perversidad de los hereges que se levantaron contra ella, llegaron á Dios por la oracion, y le rogaron se dignase manifestarles el origen de tanto mal. Oyó el Señor su súplica, y se les reveló que de esto era autor el demonio, permitiéndolo empero el mismo Dios para probar la firmeza y constancia de los fieles. Tres semillas perversas y pestilentes sembró el demonio en el corazon del hombre, á saber, la ignorancia, la culpa, y la miseria; por lo cual vino del cielo el labrador celestial Cristo Redentor nuestro, y trajo para

bien y provecho del hombre otras tres semillas enteramente contrarias, que son, la sabiduría, la gracia, y las esperanzas de gloria. Este cultivador eterno, Dios y Señor de todos los hombres, Criador de los cielos y de la tierra, sembró en ella la semilla de la fe, y de su doctrina; y el enemigo del hombre sobre-sembró errores y malidades de muchas maneras. Sembró Cristo en el mundo paz y caridad fraternal; y sobre-sembró el demonio envidia, venganza, y mala voluntad. Sembró Dios en el campo de afuera, que es el cuerpo, limpieza, inocencia y pureza; y sobre-sembró Satanás liviandades inmundas, carnalidades y torpezas. ¿A quién no hará recelo-so y cauto la pérfida simulacion con que el astuto enemigo nos en-cubre sus dañados intentos?

El celo ardiente de los siervos fieles no quedó al parecer satisfecho con esta aclaracion del gran Padre de familias, y corriéndolo con velocidad hasta el punto que ellos lo creian necesario, le dijeron: ¿Quieres que vayamos y arranquemos estas cizañas ó malas yerbas? No, contestó aquel: no. Guardaos muy bien de eso: no fuese cosa que arrancando la mala yerba, desarraigais el trigo tambien. Dejad que crezcan uno y otro hasta el tiempo de la siega: entonces diré Yo á los segadores, que cojan primero la cizaña, que la aten en pequeños haces para quemarla, y que recojan despues el trigo para mis troges. El celo que nace de la caridad se presta con mucha prontitud para destruir la obra del demonio: por esto es muy justo se lllore con amargura, ver cuán pequeño es el número de los siervos, que preciándose de fieles no se aventuran á esponer su honra y su vida para defender la heredad santa del Señor: adviértase empero que por mas justo que parezca algunas veces este celo, no es siempre conveniente ni oportuno. El tiempo y la sazón de remediar los males solo Dios lo sabe: y el que no impetra para esto las luces del cielo, está muy espuesto á errar; y tal vez á desbaratar los designios de la Providencia, que sufre á los malos, ó para esperar su conversion, ó para ayudar por este medio á la salvacion de los buenos. Y dijo que no queria, para manifestar que toda precipitacion en la administracion de justicia, es muy perjudicial y sospechosa. Precipitase la justicia quando antes no la preceden la correccion fraterna, y las amonestaciones saludables: y es dañosa quando el que debe administrarla es participante en el crimen, y esto es en injuria de la fe y de la Iglesia: sobre lo que debe oirse á San Agustin (1): Algunas veces se deben tolerar los malos

(1) Div. Augustin. lib. 3. contra Parmen.

por la paz de la Iglesia; mayormente cuando se teme, que podría originarse un cisma por castigarles como merecen. Por último, es sospechosa la justicia cuando no hay entera certidumbre del delito cometido por ciertas y determinadas personas; y aunque aquel conste indudablemente, si no son por otra parte bien conocidos los autores de él, no deben ser estos arrancados como la cizaña, y entregados al fuego.

Al decir el Padre de familias á sus criados, dejad á la cizaña que crezca con el trigo hasta el tiempo de la siega, fue lo mismo que decirles: Dejad que vivan los malos entre los buenos hasta el fin de los siglos, y hasta el dia del juicio, entendiéndose precisamente de aquellos, por cuya tolerancia no viene daño universal á la Iglesia; pues los hereges públicos y pecadores notorios, deben ser pública tambien y notoriamente castigados. Asi da el Señor lugar á los tales criminosos para que hagan penitencia: y á los príncipes y prelados da ejemplos de discrecion y paciencia, para que no se precipiten estremadamente en el castigo de los malos: avisándonos al mismo tiempo para que no usurpemos el juicio de las cosas ocultas, sino que lo reservemos para Dios, que da á cada uno segun sus obras. No es tampoco menos digno de reparo y atencion, que este mandato del Señor no es contra lo que previene el Apóstol cuando hablando de la correccion de los malos, dice: *quidad al malo de entre vosotros*: porque el mandamiento del Señor, no se entiende sino de los pecadores dudosos: mas lo que ordena el Apóstol se entiende de los públicos y manifiestos: por cuya razon no es bien crean los superiores y prelados, que estan competentemente autorizados para no remediar con eficacia y celo los males que cunden entre sus súbditos.

Por tres causas espera y sufre Dios que los hereges y los malos hagan voluntariamente penitencia, y permite que no sean castigados con muerte prematura, repentina y acelerada. La primera, para que se conviertan si quieren, y en su conversion, y despues de ella, sean ayudados de los buenos. La segunda, para animar mas la gratitud de los justos, á fin de que conociendo que son al parecer elegidos y favorecidos con la gracia de Dios, se esfuercen no solo en perseverar, sino en aprovechar cada dia, y cada vez mas, para obrar el bien, agradar á Dios, y cooperar á la santificacion de las almas. Y la tercera es, para que aprovechen á los buenos, obligándoles á crecer en merecimientos, por las persecuciones que sufren de parte de los malos. Nadie duda, que los malos son de sumo provecho á los buenos, porque los atribulan y martirizan; y con esta tribulacion y

martirio se lima la escoria de las culpas y faltas que hubiesen cometido; y se manifiesta á todos la virtud que antes tenían escondida. Les aprovechan en fin porque los estimulan á trabajar sin descanso en el camino de la virtud; estos estímulos alejan de ellos todo sopor ó pereza, y caminan con mas aceleracion hácia la patria dichosa, siendo para ellos ocasion de una gran corona; porque las tribulaciones en que los ponen, no hacen otra cosa sino esmaltar con piedras preciosas las coronas inmarcesibles que en la gloria tienen preparadas: y puesto que los malos aprovechan á los buenos, permite la Divina Providencia que vivan con ellos. ¡Admirable paciencia que tiene Dios con todos! ¡Insensato el que no se aprovecha de ella y la imita, conservando la paz y la caridad con su prógimo hasta el fin!

Tanto como tiene de consoladora la doctrina de Jesus manifestada hasta aqui, tiene de espantosa la que despues sigue. *Coged primero la zizaña y atadla en manojos para quemarla.* Este será el mandato del supremo y rectísimo Juez en el dia de la siega, que será el del juicio final, y esto se dirá á los segadores, que serán los Angeles. Segregad los buenos de los malos: colocad aquellos á mi derecha, los otros á mi izquierda. Vengan los primeros á gozar del reino de mi Padre que les está preparado: vayan los segundos malditos al fuego eterno: apartadlos de la compañía de los buenos, y sufran esta pena de daño, y no vean mas el rostro de mi bondad: atadlos como haces de la mala cizaña, y sean arrojados para siempre á los fuegos inextinguibles; sufriendo eternamente esta pena de sentido. Espantosa será esta siega para los que merezcan ir al incendio, y no al granero de Jesucristo. Cuál fueres, oh hombre! al tiempo de la siega, tal serás para siempre. ¿Quiéres ser trigo entonces? Procura pues serlo ahora. ¿Quién sabe si ya empuñó la hoz el segador? ¿Cuántas mieses siega Dios del campo de la vida antes de maduras? No hay edad, ni salud que no pueda ser asaltada de la muerte. Y adviértase que no dijo el Salvador que se haria un solo haz de toda la cizaña, sino que se harian pequeños haces: para denotar que cada uno será castigado segun la manera y medida de su culpa, y de su perversidad. Formaránse tambien en el infierno como diversas clases y gerarquias: estarán los soberbios, con los soberbios; los avaros, con los avaros; los inmundos y sucios, con los impuros; los glotones, con los golosos; para que los que fueron compañeros en la culpa, sean atormentados con la misma pena. Pero si bien esta pena será diversa en cuanto sea pena de sentido, por la diversidad de tormentos, será una

sola como pena de daño ; porque siempre será la carencia de la vision de Dios. Estas dos penas esplicó muy claramente el Señor, cuando dijo: *Allí habrá llanto, y rechino, ó temblor de dientes*. El llanto, es indicio de un dolor penoso, por el daño de carecer de la vista de Dios; y el temblor de dientes manifiesta una pasion atormentadora, cual es, la que á uno corporalmente aflige; y aunque los teólogos no se determinen á decir que allí habrá lágrimas corporales, que pudieron designarse bien con los lloros que dijo Jesus, no titubean en afirmar, que estos, y el temblor de dientes, denotan por lo mismo las dos penas de daño y de sentido, que son estas dos palabras que El mismo denotó. Este será el desastroso paradero de la vida mundanal, y de las obras contrarias al Evangelio. Cuántos hay que al mismo tiempo que invocan, y predicán una desmedida y desenfrenada libertad, para entregarse sin freno ni temor alguno al goce de las pasiones y placeres brutales, están ya hechos manojos, y atados, para ser arrojados al fuego eterno? Cuántos, por un momento de gozar, tendrán que llorar eternamente, y que temblar? Ahora avisa Dios al hombre con tanto amor y misericordia, porque si por desgracia suya le desoye y desprecia, en el dia tremendo de su ira le juzgará sin misericordia.

Mas el trigo, dijo el Señor, introducidle y conservadle en mi granero. Los graneros de Dios son las mansiones y espacios inmensos de la gloria. Trigo llama Jesucristo á sus siervos escogidos y justos, porque se trillan en la era del mundo con aflicciones y penas, y con tentaciones diversas, de manera que ninguna paja queda en él: por esto añadió, y *brillarán como el sol*: esto es, por el dote de la claridad, que redundará al cuerpo por la gloria que gozará el alma: sobre lo que dice el Crisóstomo (1). No resplandecerán solamente como el sol. Sino mucho mas que el sol: pero porque no conocemos otro cuerpo mas luminoso, y de mas grande brillo que el sol, usa el Señor con nosotros de estos ejemplos mas conocidos y familiares para escitar nuestro conocimiento hácia lo mas sublime. Esta comparacion es solo en cuanto al cuerpo, porque el alma glorificada será mucho mas hermosa que el sol: y asi como en este bellísimo astro se manifiestan cuatro dotes muy principales, tambien se ostentan en el alma llena de los resplandores de la gloria: que son *claridad, ligereza, sutileza é impasibilidad*. Claridad; porque en las criaturas inferiores, ninguna cosa hay tan clara como el sol. Ligereza; porque en el breve espacio de doce horas corre des-

(1) Div. Crisostom. Hom., 48. in Math.

de Oriente á Poniente, formando un círculo sobre nuestra cabeza, cuya inmensa distancia nadie ha podido medir. Sutileza; porque pasa por medio de los cristales, y no los rompe. E impasibilidad: porque penetra su ardiente rayo por medio de las cloacas y lugares inmundos, y no se inficiona ni corrompe. Y añade en seguida, *en el reino de su Padre*, para que se entienda que como hijos del rey Eterno, recibirán de El el reino de la hermosura. ¡ Oh! cuán glorioso es el reino, en el cual resplandece tan santa compañía, donde tan hermosamente brillan los justos, y donde permanece tan perfecta claridad! Oh! cuán dichosa es la patria donde se goza tan cumplido deleite! Oh! cuán afortunada es la ciudad donde se vive en perpetuo día, donde tan alta dignidad se goza, y donde se vive para siempre en el goce de tan inmensa y deliciosa caridad! Ciudad santa: ciudad pacífica: ciudad de Dios, donde con El vive y reina el justo; en tí morarán para siempre la inocencia, la virtud y la paz, sin sentir las tristes alternativas de la persecucion, del escándalo y de la contradicción. Todos tus moradores serán perfectos y santos, porque es santo y perfecto el que en tí vive y reina: por tí respiraré, amada patria mia, y no sosegaré mi alma hasta que en tí eternamente descanse (a).

(a) Omitiendo las varias observaciones que hacen los Evangelistas en la narracion de estas parábolas, se han puesto solamente las recitaciones del Evangelio, tales como en los antedichos dias los canta ó recita la iglesia. San Marcos en la parábola de la cizaña, y del buen trigo, no hace memoria sino de este, ó de la buena semilla que solo á los justos pertenece: los cuales dice, serán cogidos como trigo bastante bueno, y puesto en las trojes de la eterna bienaventuranza; al paso que la cizaña será echada en el horno del fuego eterno: en cuya consecuencia, compara el reino de los cielos, esto es, la Santa Iglesia regida por Dios, la que rige á los hombres; al sembrador, que sembró el trigo en la tierra; demostrando en cierto modo casi hasta la evidencia misma, el modo como se forma, con qué medios se estiende, y sobre qué principios se gobierna. Dícenos pues San Marcos, que al contemplar el hombre que siembre su trigo en el campo, debemos conocer que trabajó mucho en el tiempo de la sementera, pero que despues trató de descansar hasta la siega; que durmió por la noche, se levantó de día, y con la tranquilidad propia de un labrador desembarazado de mil cuidados, que ya al parecer no necesita su tierra, vió brotar el grano, crecer la yerba, y llegar el trigo á madurez, sin que al parecer supiese el dueño del campo lo que en él pasaba, pues una vez sembrada la tierra fructifica ella misma por su gran fecundidad..... Bondad admirable de Dios; misericordia infalible; providencia incomprendible, que en todas partes te derramas en beneficio de los hombres, ¡cuándo te conocerán estos debidamente, y conociéndote te bendecirán y ala-

ORACION.

Señor mio Jesucristo, criador y redentor mio, pues siendo Tú quien eres, y sin mirar lo poco que yo soy, has tenido á bien de abrirme los ojos, y colocarme en la casa de tu morada, ayudándome siempre como Padre, para que goce de la semilla y frutos del Evangelio; ténme, Señor, de tu santísima mano, y no permitas que los enemigos de mi alma siembren en mi corazon la cizaña de la falsa doctrina: ampárame Señor para que siempre sea tuyo: y amándote en esta vida merezca reinar contigo en la eterna. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIII de San Mateo, desde el v. 3 hasta el 43, ambos inclusive. En el IV de San Marcos, desde el 3 hasta el 20: y en el VIII de San Lucas, desde el 4 hasta el 15, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de el de San Lucas para el evangelio de la misa de la Dominica de sexagésima, segun se halla en los citados capítulo y versículos.

Y del de San Mateo, desde el versículo 24 hasta el 30 ambos inclusive, para el de la misa de la Dominica V despues de la Epifania. Uno y otro dicen asi.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA V, DESPUES DE LA EPIFANIA

San Math., cap. XIII, vs. 24 al 30.

En aquel tiempo: dijo Jesus á las turbas esta parábola. Semejante es el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo: mas en tanto que dormian los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo muy crecido en caña, y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Llegáronse entonces al Padre de familias sus criados, y le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? Pues, ¿cómo es que tiene cizaña? Díjoles él: Mi enemigo es quien la sembró. Replicáronle entonces los criados: ¿Quiéres que vayamos, y la arranquemos? A lo que contestó: No, porque no suceda que arrancando la cizaña, arran-

barán! ¡Bendito seais Señor, y bendita sea vuestra misericordia infinita por los siglos de los siglos!

TOMO II.

52

queis juntamente el trigo; dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de segar diré á los segadores: coged primero la cizaña, y haced gavillas de ella para el fuego; el trigo empero, metedle despues en mi granero.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

San Lucas, cap. VIII, vs. 4 al 15.

En aquel tiempo: concurriendo muchísima gente, y dándose prisa en salir de las ciudades para presentarse á Jesus, les dijo como por semejanza: salió un sembrador á sembrar su simiente; y al esparcirla, cayó una parte de ella á lo largo del camino, y fue pisoteada, y las aves del cielo la comieron. Otra porcion cayó entre piedras, y despues de nacida se secó porque no tenia humedad. Y otra cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra; y habiendo nacido dió fruto á razon de ciento por uno. Diciendo esto, clamaba despues en alta voz, y decia: El que tenga oidos para escuchar, atienda bien á lo que digo. Preguntábanle sus discípulos, que queria decir esta parábola. A los cuales respondió asi. A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demas se les habla solamente en parábolas: de modo que viendo no vean; y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es este. La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados á lo largo del camino, significan aquellos que la oyen, pero luego viene el diablo y les arranca la palabra del corazon para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal, son aquellos que oida la palabra la reciben con gozo: pero no echa raíces en ellos; pues creen por una temporada y al tiempo de la tentacion vuelven atrás. La semilla caida entre espinas, son los que la oyeron, pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan, y no llega á dar fruto. Mas la que cayó en buena tierra, denota aquellos que con un corazon muy bueno y sano oyen la palabra de Dios y la conservan cuidadosamente en él, y dan abundantes frutos mediante la paciencia.





CAPITULO XXIV.

CONTINUA LA MATERIA DEL CAPITULO PRECEDENTE.

Grande son sobremanera y sublimes las instrucciones que nos dió el Maestro Divino en las anteriores parábolas; pero no son menos grandiosas y admirables las que se encierran en las siguientes. En las primeras indicó con precision y claridad, para que fuesen reconocidos, los frutos que obra la predicacion de la divina palabra sostenida por su gracia, en todos los hombres que movidos por ella se presentan fieles para ser recibidos en la Iglesia y contados en el número de sus hijos adoptivos; quedando hechos miembros vivos suyos y herederos de su reino. Es cierto que el hombre nada puede por sí para llegar al Evangelio, creer sus misterios, y practicar sus máximas, si la gracia de Jesucristo, en la cual se encierra el principio y la raiz de todo bien, como el fruto en la semilla, no lo.

previene y no lo acompaña; y así como jamás llevará trigo la tierra, si no se arroja en ella simiente de trigo, así tampoco nuestra alma producirá obras de salud, si no se hace fecunda por la gracia del Divino Redentor. Esta es la siembra, la siega y la cosecha de que nos habló Jesús en estas parábolas. Esta gracia empero queda infructuosa y estéril aunque sea dada con la mayor abundancia, si la voluntad no se determina libre y generosamente á hacer que fructifique: así como el trigo mejor, arrojado á la tierra, no produce en ella nuevo trigo si le niega su calor para hacer que brote en su seno, y si no ejercita su actividad para reproducirlo con usura, en beneficio del hombre que la regó con su sudor.

La incredulidad maldiciente podría tal vez tomar alas aun de estas mismas esplicaciones del Evangelio, si el maestro sapientísimo no las hubiese venido á confirmar con estas parábolas no menos misteriosas y profundas. En la tercera, que es del *Grano de mostaza*, se describe elegantemente el estado de la Iglesia que siguió á la resurreccion del Divino Redentor, porque el tiempo que vivió Jesucristo entre los hombres, en el que se encerró al parecer su ministerio en los estrechos límites de la Palestina, no fue propiamente para Su Magestad la hermosa estacion de la cosecha del grano, lo fue sí de las espinas tormentosas y cruelísimas de su pasion. Sembrada estaba de su mano la celestial semilla, regóse con su purísima y preciosa sangre, y á su tiempo no podia menos de dar fruto sazonado y grato al gusto del sembrador: pero antes no se miraba sino en un bosquejo ligero la futura grandeza de su reino, y apenas se percibian los primeros cimientos de su Iglesia, que con tanto estremecimiento y asombro del cielo y de la tierra acababan de echarse sobre el Gólgota. Esta grandeza, que habia de ser el fruto de los rápidos progresos de su Evangelio, fue la que se anunció con las nuevas figuras, para la instruccion de los siglos venideros; combatiendo con bastante anticipacion las muchas heregias que despues se habian de levantar.

Para combatir el grande cúmulo de errores que el infierno hizo pulular en el mismo seno de la Iglesia, dispuso su fundador divino que naciesen tambien en medio de ella muchos grandes y santos doctores, para que abroquelados de la verdad custodiada en las Escrituras, y transmitida por las tradiciones apostólicas, y escudados con el escudo de la Iglesia y de la razon, refutasen y destruyesen las semillas de la heregia: mas aunque al principio estos varones sábios, humildes y santos fueron despreciados, permitiéndolo Dios para mayor gloria de su Iglesia y castigo de los perversos,

fueron despues, con no menos afrenta de estos, muy estimados y ensalzados: por todo lo que se ve muy claro, que esta tercera parábola del grano de la mostaza significa la grandeza de la Iglesia, la escelencia de la predicacion de la fé, y su expansion por todo el universo mediante el anuncio del Evangelio.

Semejante es, dijo Jesucristo, el reino de los cielos al grano de la mostaza, que tomándolo el hombre lo sembró en su campo, el que aunque es mas pequeño que todas las otras semillas, cuando crece llega á ser mayor que las demas yerbas. Llámase muy propiamente el reino de los cielos la predicacion del Evangelio; porque enseña á regir y gobernar el cuerpo y el alma; para que crezca en santos y fervorosos afectos, pensamientos y deseos, mediante los que llegan los hombres á ser ciudadanos del reino celestial. Párese al grano de la mostaza, que aunque es pequeño contiene en sí mucho ardor; para que se entienda que la predicacion de la fé inflama el corazon de los que oyen con el fuego del amor divino; pues destruye la ponzoña del vicio, y toda heregia y error; purga la cabeza que es la razon, y enardece la voluntad; cuyas virtudes son propias y características del grano de la mostaza. Tomóle en su mano Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y hombre verdadero, y lo sembró en su anchuroso campo, que es el universo: y á pesar de ser tan pequeño el grano, estendió luego sus ramas hasta los confines de la tierra, y por las estremidades de los mares; porque la fé es tenida por los infieles por la mas pequeña entre todas las ciencias y disciplinas, solo porque enseña todo aquello que los infieles y hereges tienen en menosprecio; y no se prueba su verdad con la vanidad pomposa de los sábios del mundo, sino con la sencillez humilde de los discípulos de Jesus.

¡Cuán adorable se descubre y manifiesta la sabiduria infinita de Dios mirada bajo este punto de vista! Se acomoda en todo á nuestra rudeza, y á nuestra corta capacidad é inteligencia; nos habla como de igual á igual, y por las cosas mas menudas de la tierra, nos declara las grandezas de las celestiales, y la sublimidad de los divinos misterios. Imperceptible era en su principio á los ojos de la carne el grano fecundísimo de la fé: pero ello es innegable, que á pesar del desprecio con que lo miraron los soberbios del mundo, creció tanto que sobrepujó en poco tiempo la sabiduria de los gentiles, y la obscureció, mostrando al mundo sus tinieblas; enseñando con esta bella comparacion al hombre que nunca debe perder de vista su pequeñez, si quiere elevarse hasta la altura de los cielos. Muy pronto pasa y se marchita el verdor y la lozania de las criaturas, y de todas

las cosas de la tierra : él es como el de las yerbas y hortalizas que luego se marchitan , y se convierten en estiércol y basura ; pero el verdor y lozania de la fé duran para siempre. Sentados á la sombra fecundizadora de tan magestuosas ramas , se miran como abortan las nacencias de los vicios , y sofocarse todos sus vástagos ó renuevos : aliméntase con sus frutos el espíritu , y desde luego se mira inflamado de la verdad , que corta de raiz los progresos de los engaños de la carne. Anegado en el mar vastísimo de las miserias humanas busca una tabla de salvacion para salir de ella , y desde luego se le ofrece el árbol majestuoso de la Cruz : contempla el fruto que de él pende , y se le descubre todas las grandezas de la fe que le dirige y le ilustra , la que antes no sabia comprender. Pequeña es la semilla que produjo este árbol tan magestuoso : llega con sus ramas al cielo , y presenta al Eterno Padre el fruto preciosísimo que une el cielo y la tierra , que repara la caida del hombre , que le reconcilia con Dios , y le devuelve exaltado al mismo que bajó del cielo por su grande amor al hombre , y para darnos la muestra mas grande de su humildad : y si despues las doblega ó inclina , es para estenderlas con no menor misterio , hasta los confines de la tierra. Domó el Señor y sujetó todo el universo , no con la espada sino con el leño : con el leño nos salvó á todos , y con el leño domó y enfrenó hasta el poder del infierno ; para enseñarnos que el camino de la exaltacion sólida y verdadera es el de la humillacion y de la cruz.

A este árbol magestuoso vienen á descansar todas las aves del cielo , esto es , las almas de todos los creyentes : vienen por la fé , y habitan en sus ramas por el amor : y esto denota tambien el triunfo completo de la verdad , y la perfeccion de la caridad , que será en la otra vida. Y si aun estando perseguida la verdad , y siendo imperfecta la caridad , son tan admirables los progresos que hacen una y otra en la Iglesia , ¿ qué será en la eternidad cuando sea del todo aniquilado el reino de la mentira y de la concupiscencia ? ¡ Ah ! entonces se conocerá con toda claridad , que la pequeña raiz de la fé produjo el tronco magestuoso de este árbol por la esperanza , y estendió mas pasmosamente sus ramas por la caridad. Entonces se verá por qué los príncipes y reyes se hicieron pequeños á su vista , humillándose hasta el polvo de la tierra , creyendo que en la humillacion profunda consistia su verdadera grandeza , y ensalzamiento : porque los pequeñuelos y humildes , los pobres y despreciados se hicieron robustos y firmes , esperando el cumplimiento de las promesas inefables y consoladoras ; y porque los ti-

bios y helados se convirtieron en celosos y ardientes, detestando sus pasadas miserias, suspirando por la mudanza de su corazon, y pidiendo á Dios con lágrimas el trueque de sus afectos y amores. Y se verá en fin en qué se funda la diferencia tan grande en el modo de obrar que ha habido siempre entre los verdaderos cristianos y los gentiles: los unos entregados á la oracion y al llanto, á la compuncion y á los suspiros, á la penitencia y al retiro, presentándose á Dios como víctimas deseosas de ser sacrificadas en sus aras, mientras los otros desconociendo á Dios, ó repudiándole en el fondo de su corazon, y en todos sus actos, solo pensaban en entregarse á todos los goces y deleites, corriendo desenfrenado por los senderos espinosos de la sensualidad: y no será difícil de conocer que esta tan notable diferencia consiste solamente en una cosa muy pequeña; tal es, el no haber plantado oportunamente en su corazon el menudo grano de la mostaza; ó en el haberle impedido su crecimiento y medros despues que se plantó allí por el bautismo, y se le regó por la confirmacion.

Si se descende á otras consideraciones mas particulares, se nos manifestará tambien con bastante claridad, la estraordinaria sorpresa que debió causar en el ánimo de todos los judios que seguian á Jesus, esta tan misteriosa parábola; aun cuando algunos pudiesen de alguna manera comprender el sentido misterioso y profético que encerraba. Cómo es posible habian de decir, que esta pequeña semilla de la nueva fe y religion que este hombre ha venido á sembrar entre nosotros, siendo recibida de tan pocos, y teniendo ya en un principio tantos y tan poderosos enemigos y contrarios, haya de crecer tan maravillosamente de siglo en siglo, que venga á formar un árbol como inmenso, elevando sus ramas hasta el cielo, y hasta las estremidades de la tierra, siendo asi que nuestra religion y ley despues de mas dos mil años que existe, habiendo tenido desde su origen un millon de creyentes, no ha sujetado nacion alguna, ni aun ha podido salir de los estrechos límites de la Palestina? Si la falsa preocupacion no hubiese cerrado sus ojos, y cegado su entendimiento, bien pronto hubieran conocido que uno de sus mas acérrimos partidarios tuvo que subir á este árbol para ver á Jesucristo, porque no se puede ver á este Príncipe sino en el árbol de la Iglesia y de la fe, cuya representacion tenian el sycomoro y zaqueo. Los que desean ver y conocer á Dios suben á las mayores alturas con las alas de la virtud y de la contemplacion, y se esfuerzan á volar hasta merecer la gloria. Diversas son las ramas donde reposan estas aves misteriosas, porque diversas son las del

Evangelio, y diversas sus doctrinas, consejos y preceptos: ellas son las medicinas con que han de curarse las diversas enfermedades del espíritu, por lo que son muy variados y diversos los consuelos que el Señor derrama sobre el justo que en El cree y espera. Levantado su corazon de la tierra, vuela al cielo por el deseo de la gloria; y menospreciadas las delicias de las cosas temporales, se transforma enteramente con el deseo de los goces eternos; siéndole satisfactorias las fatigas de este valle de miserias por la esperanza de los deleites inestinguibles: por tuya razon decia David (1): ¿Quién me dará alas de paloma para volar y descansar?

Alas como de águila que vuela hasta la esfera del sol, debe tener la criatura por la fe, volando á la region mas alta por la esperanza, y descansando en ella por la caridad; porque solo asi podrá unirse eternamente con el Dios Redentor de su alma, á quien debe consagrarse en la vida mortal y transitoria, para vivir despues con El en la incorruptible y permanente.

Cuan infatigable sea el verdadero celo por la salvacion de las almas, se conoce en el modo con que se procura instruir á los hombres en todo aquello que les conviene para que la consigan. El de Jesucristo fue siempre el mas ardoroso y constante, como lo demuestran los varios medios de que se valia para enseñar las sublimes verdades que anunciaba: nunca se daba por satisfecho, y todo al parecer le parecia poco cuando se trataba de anunciar á los ignorantes las escelencias y grandezas del reino de su Padre, y la eficacia y sublimidad de su celestial doctrina. Semejante es tambien les dijo el reino de los cielos á la levadura que toma una mujer y la mezcla con tres celemines de harina: deja la levadura con la masa el tiempo competente, y con la fermentacion toma un acrecentamiento maravilloso. Sin la levadura está la harina friay desabrida, mas mezclada con ella se aviva, y recibe calor y sabor; y sus partes antes desunidas entre sí forman una sola masa que fomenta. Tal es el corazon humano: sin la caridad es frio y muerto para todo lo bueno; penetrado de este calor se enciende, se aviva, y como que cobra nuevo espíritu; y por él, y en él, se une con los demas para fomar con ellos un cuerpo, ó dígase mejor un sólo pan, digno de la mesa de Cristo. Esto es precisamente lo que se vió cumplido en el establecimiento de la religion de Jesucristo: despues de haber fermentado por decirlo asi en un rincon de la tierra, se extendió por todas partes del mundo; porque fermentando en el corazon de

(1) Psal. 54. v. 7.

los Apóstoles la caridad y la fe, se llevaba esta mujer preciosísima, casta esposa del Cordero inmaculado, la Iglesia Santa, á todo el universo; mediante la predicacion del Evangelio, y mientras ellos esparcian la harina de la doctrina celestial, ella mezclaba el fuego, ó la levadura de la caridad en los corazones que la recibian, y por este medio se compaginaban y unian entre sí los miembros de este cuerpo místico, de los que habia de componerse el nuevo pueblo de Dios.

Y en verdad. Porque ¿qué son sin esta levadura evangélica todas las criaturas de la tierra? Dónde está, ó de qué manera se introduce y permanece en ellas el fuego de la caridad, la vida de la fe, y la union fraternal ó la concordia? Sin ella, no hay sino miseria, desabrimiento, sequedad, amargura de corazon y propension á todo lo malo: pero con ella estan precisamente el amor y la gracia. Sin ella anda siempre muy distante de nosotros el conocimiento de la verdad, mucho mas todavia el deseo de vivir con ella, y nos despeñariamos sin duda en mil precipicios, si no los abuyentara de nosotros la levadura de Cristo mediante la fermentacion de la caridad; pero enfervorizados con ella se consume y perfecciona en nosotros la obra de Dios, desaparecen las tinieblas del entendimiento, y las dolencias ó flaquezas del corazon, porque esta maravillosa levadura tiene la dichosa cualidad de vivificar y hacer creer: por lo que dijo el venerable Beda (1). La mujer, que puede considerarse la alma santa, esconde la levadura, que es la caridad, en tres maneras de harina, esto es, en las tres maneras de amar que á todos estan señaladas; á saber, en el corazon, en el alma y en el entendimiento; puesto que se nos dice que con estas tres fuerzas hemos de amar; porque ellas son como los tres puntos cardinales de donde parte el gobierno y buena direccion de todas nuestras operaciones. La fuerza racional ó de la razon, es á la que pertenece la direccion y gobierno de todas las obras; á la concupiscible es á la que incumbe desear, ó desechar las cosas que vienen á nuestra noticia; y á la irascible corresponde amar ó aborrecer las que son mas ó menos conducentes á los consuelos de la vida: en las cuales la caridad ó la doctrina se esconde hasta que convierte y muda toda el alma en su perfeccion, que es obra que aqui se comienza y en la gloria se acaba.

San Hilario (2) dice: que la harina es el pueblo formado de muchas personas: y las tres medidas son los tres estados de los fieles

(1) Ven. Bed. in cap. 8. Lucæ.

(2) Div. Hylari. Can. 13. in Math.

figurados en Noé, en Daniel y en Job : porque de los tres hijos de Noé procedió todo el linaje humano ; al cual la sabiduría de Dios encomienda en la vida presente la fé y la caridad y la santa doctrina hasta que todo sea bien sazonado de levadura : que quiere decir : hasta que en el fin del mundo, cumplido el número de los justos, vengan los fieles á la gloria de la resurreccion: entonces llena el alma de Dios ; y penetrada de la virtud de su espíritu, quedará sin rastro de tinieblas , ni de dolencia , ni de flaqueza , ni de corrupcion ; será inflamada y encendida en caridad perfecta , porque tanto como ahora es pequeño el fuego ó la llama del amor, será grande y abrasador en la hora postrera. Momento dichoso, hora feliz, tú serás el principio de una eternidad gloriosa, donde la criatura gozará el sumo bien por quien suspira , sin miedo de perderle jamás.

Pequeñas parecieron siempre á los soberbios de la tierea estas grandes pinturas del reino de Dios , sacadas de las humildes semejanzas de la naturaleza, para pintar la constitucion y los progresos de la Iglesia : ellas confundian el orgullo de los sabios, que no hacen caso de la verdad , si no está adornada con la elocuencia del siglo : mas ellas ocuparon á Jesus, y entretuvieron á las turbas hasta el fin del dia , en cuya hora las despidió el Salvador. Una gran parte de los asistentes ya verdaderamente fieles , convencidos por las maravillas que le habian visto obrar, y suficientemente ilustrados con sus lecciones, no perdieron nada por el modo enigmático con que habia propuesto su doctrina , esperando que los sucesos y el espíritu enviado del cielo , daria de todo plena y perfecta inteligencia. La mayor parte de los otros oyentes , ciegos voluntarios, ú obstinados, no merecian mayor luz, porque hubieran abusado de ella : pudiéndose creer , que si sus corazones tibios, indolentes , ó prevenidos , se hubieran dejado mover siquiera de una santa curiosidad, les hubiera servido la instruccion de una preparacion provechosa para recibir mas bella luz. Para alentar la debilidad de los flacos, tomó el Señor su naturaleza, por consiguiente acomodábase enteramente á sus capacidades é ignorancia para instruirles. Su vida respira en todo caridad y deseo de nuestro bien. Mas como tambien era preciso que se cumpliesen en todo los oráculos de los profetas, debia hablar á su pueblo en estilo enigmático y figurado de las parábolas, pues David habia dicho (1) : Yo les hablaré en parábolas, y por este medio revelaré á los hombres los misterios escondidos desde el principio del mundo.

(1) Psal. 77. v. 2.

En otras ocasiones habia hablado Jesus á las turbas claramente, y no en parábolas; pero entonces no les esplicaba tan directamente el reino de los cielos, ni les hablaba del establecimiento y progresos de su nueva Iglesia: en esta puso todo su conato en hablarles de lo uno y de lo otro, por esto su locucion era siempre figurada, porque deseaba que sus discípulos se moviesen á preguntarle alguna cosa sobre las parábolas misteriosas que no entendian. Eran rudos, y por lo mismo usaba el Señor estas semejanzas corporales, para que por ellas fuesen traídos al conocimiento de los secretos divinos. Por las fuerzas y la razon natural no se puede llegar al conocimiento de los misterios de fé, por esto queria Jesus que por el ejemplo de las cosas visibles que se entendian, se elevasen al conocimiento de las invisibles que no comprendian: y de ahí provenia la continua repeticion del Salvador: *Oiga todo aquel que tenga orejas para oir*. San Gerónimo dice (1): que siempre que Jesus usaba de estas palabras era para dar á entender á los que le escuchaban, que las que proferia tenian muy grandes y misteriosas significaciones: y el venerable Beda (2) añade: Los oidos para oir son las orejas del corazon; y los sentidos interiores que son oidos espirituales, para entender y obedecer las cosas que son justas, y de Dios nos vienen. Tres maneras de oidos parece que da á entender Jesucristo, deben tener los hombres para oir las palabras materiales, entenderlas y ponerlas por obra. El primero es el oido corporal, demostrado por esta espresion, *El que tenga orejas*. El segundo es invisible dentro del alma, de el que dice, *para oir*. Y el tercero comprende á entrambos, del cual se dice y añade esta palabra imperativa, *oiga*. El primero es del alma sensitiva: el segundo es la potencia intelectual; y el tercero es la virtud afectiva que pertenece á la voluntad.

A estos modos de oir quiso aludir el Psalmista cuando dijo (3): *Oye hija y vé, é inclina tu oreja*. Oye, esto es: en cuanto á lo primero con el oido corporal: y vé, en cuanto á lo segundo, ó con la potencia intelectual; é inclina tu oreja, que equivale á decir, doblega el afecto de tu voluntad. Y en esto que se nos dice, que Jesucristo clamaba en alta voz cuando asi hablaba, se demuestra la grandeza y escelencia de su fervor en la predicacion, por lo que, y para demostrarla con claridad decia San Agustin (4): Con muy sonora y magestuosa voz clamó nuestro Señor Jesucristo: clamó con sus

(1) Div. Hieronim. cap. 13. in Math.

(2) Ven. Bed. in cap. 8. Lucæ.

(3) Ps. 44. v. 11.

(4) Div. August. lib. de quæst. Evangel.

palabras y con sus obras; con su voz, y con su vida; con su descendimiento, y con su subida; para que nos convirtamos á El. Clamó, y clama todavía á los sordos para que oigan: clama á los dormidos para que despierten; clama á los que pasan, ó caminan por el desierto de este mundo para que atiendan: clama á los ignorantes, para que entiendan: clama á los que erraron y van perdidos, para ponerlos en el camino; clama á los pecadores para que se arrepientan: ¡y clamó en verdad, predicando á las turbas, y á cuantos le oían: clamó orando á su Padre, y rogándole por nosotros: clamó resucitando á Lázaro; y clamó en fin muriendo en una cruz: pero ni aun entonces cesó de clamar. Sin cesar da voces desde los cielos, clama á nosotros porque nos mira cargados con la carga pesadísima del pecado, y nos dice (1): *Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados; y Yo os aliviaré.* Mas es tal nuestra ingratitud que no nos avergonzamos de hacer el sordo, y de despreciar tantos clamores. ¡Desventurados de nosotros! Un día llamaremos, y no se nos oirá: clamaremos al Señor y habrá pasado el tiempo de la misericordia: arrojados de su presencia, seremos entregados á nuestros implacables verdugos. La rabia, la desesperacion, el fuego, el tormento eterno; estos serán los frutos de nuestra sordera. ¡Qué desdicha!

Despues que así en alta voz hubo clamado al pueblo, escitándole á vivir en continua vigilancia, y á no olvidar las doctrinas que le habia enseñado, se retiró como solia á la casa de su mansion ó residencia ordinaria en Cafarnaum. No era seguramente con el ánimo de permanecer y descansar allí mucho tiempo; porque para lo primero, no le daban lugar las turbas, ni se lo consentia el celo ardoroso de que estaba animado; y lo segundo no se lo permitieron mucho tiempo los Apóstoles. Confusos entre la multitud de parábolas que acababan de oír, ninguna les habia causado mas impresion que la de la cizaña sembrada por el enemigo en el campo del padre de familias: y como la consideraban de mucha importancia, y no sabian comprenderla, se determinaron á suplicar al Divino Maestro que se la esplicase.

No desagradó á Jesus el deseo de los Apóstoles, y para avivar mas la fé de sus corazones, les dijo: A vosotros, discípulos míos, es dado conocer los misterios del reino de Dios, y no á los demas que estaban con vosotros: que fue lo mismo que si les hubiera dicho. A vosotros incumbe saber este secreto como á verdaderos creyentes:

(1) Marc cap. 11. v. 28.

á vosotros como mas humildes y obedientes: á vosotros porque sois mis amados y allegados: á vosotros como á desechados y aborrecidos del mundo: á vosotros porque deseais saber las cosas divinas con corazon recto: y como á verdaderamente dignos de saberlas, y á vuestros sucesores, y á los que por vuestra doctrina se llegaren á Mí, se os dará por gracia de Dios, y no por vuestro merecimiento á conocer abiertamente y sin obscuridad de parábolas los misterios del reino de Dios: esto es, los secretos é inteligencia de la Escritura Santa, que contiene los principios fundamentales de la vida del cuerpo y del espíritu, las grandezas y escelencias de aquel reino, y la profundidad de la verdad evangélica, que lleva al creyente al reino celestial. Asimismo puede entenderse el misterio del reino de los cielos, por el reino de la Iglesia militante; porque los Apóstoles en el nombre de Jesucristo eran ministros de la iglesia, y á ellos por lo tanto pertenecia saber los secretos divinos; para bien de la misma Iglesia, y de los creyentes en lo presente, y hasta el fin del mundo; puesto que ellos y sus sucesores han de ser los anunciadores de las misericordias, y de los juicios y justicias de Dios, y todas estas cosas estan previstas y ordenadas en los decretos de la Providencia eterna, y de las disposiciones adorables del Altísimo: por consiguiente, puede llamarse muy bien misterio del reino de los cielos el secreto de la Iglesia.

A los que estan fuera de este reino, no quiso el Señor concederles esta gracia, porque estando fuera de la congregacion de los fieles, ó de los creyentes, no se les puede declarar: tienen cerrados los sentidos, y no cuidan de entrar en la asociacion católica, donde únicamente se enseña la verdad: por cuya razon les hablaba, y enseñaba con parábolas, para que viendo, no viesen; y oyendo, ne entendiesen; así quedaba encubierta la verdad á los malos, y los malos y los buenos se veian precisados á buscarla en la esplicacion de lo que no entendian. Cuando á Su Magestad le pedian con candor el socorro de su luz, le ofrecian una cosa para El mucho mas dulce y grata, que el alimento y el descanso; por lo que la pregunta que le habian hecho los Apóstoles le sirvió de gran consuelo: y gustoso por verles ansiosos de instruccion, no les hizo desear mucho tiempo, lo que tan de veras apetecian. Habia dicho que al que tenia le seria dado mas, significando que al que tenia obediencia, se le daria el deseo de las demas virtudes proporcionándole los medios de adquirirlas, y recibiria la inteligencia de las palabras y de las Escrituras, y quiso acreditarse de cumplidor fiel y veraz de sus promesas.

... El Hijo del hombre á quien seguís, y al que teneis por dueño y maestro, es el solícito padre de familias, ó el afanoso labrador, que sembró el buen grano en su campo, que es el mundo todo. La buena semilla son los hijos de la casa que entran en el reino de Dios. La cizaña ó el mal grano son los hijos perversos é indóciles. El hombre enemigo que siembra la cizaña entre el trigo bueno, es el demonio. El tiempo de la siega es la consumacion del siglo; y los segadores son los ángeles. Sucederá pues en la consumacion del siglo, lo que sucede al tiempo de la cosecha: entonces se junta la cizaña para arrojarla al fuego. Asi el Hijo del hombre enviará á sus Angeles los que quitarán de su reino todos los escándalos, y todos los que cometen la maldad. Luego que junten á toda esta gente perversa los arrojarán al fuego abrasador, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes. Entonces por el contrario los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol en medio del firmamento, porque los reconocerá por hijos suyos, y herederos de aquel en el que serán coronados con la corona de honor y de gloria que desde el principio del mundo les está preparada: y concluyó con lo que acostumbraba á decir al pueblo, cuando le proponia enigmas sin explicacion: *El que tiene oídos para oír, procure comprender bien lo que ha oído.*

Con el objeto de que sus Apóstoles sacasen todo el provecho posible de las instrucciones que les daba, continuó haciéndoles otras explicaciones del reino de los cielos, y del estado naciente, y progresos de su Iglesia, con otras parábolas no menos instructivas.

Semejante es, dijo el reino de los cielos, ó mi Iglesia, á un tesoro escondido en un campo. Bien sabeis, que el que es tan afortunado que le descubre, no hace alarde de su buena fortuna, sino que lo esconde en la tierra lo mas profundamente que puede por temor de que alguno se lo quite, y luego va, y gozoso por el secreto que tiene oculto en su pecho, vende todo lo que posee, y compra aquel campo.

Esta es una de las mas bellas descripciones de la Iglesia despues de la promulgacion del Evangelio por todo el mundo mediante la predicacion de los Apóstoles. Apenas el armonioso eco de estas trompetas evangélicas resonó hasta las estremidades de la tierra, cuando muchos hombres eminentísimos en letras y profanas ciencias se convirtieron al Señor, y comenzaron á ejercitarse en provecho de las almas. La fe es este tesoro hallado y escondido en el ameno campo de la Iglesia, como asegura San Ambrosio (1): y

(1) Div. Ambros. Sermon. in Psal. 118.

el que conoce su valor y mérito, vende toda las cosas que posee, esto es, renuncia todos los bienes caducos y perecederos de la tierra, para poseer aquel; porque el que no renuncia todo lo que posee no puede ser discípulo del Señor. También este tesoro puede ser significativo ó demostrativo del Verbo Divino escondido bajo el velo de nuestra humanidad como quiere San Ireneo (1): ó la sagrada Escritura, ó la Iglesia, ó la predicacion evangélica, ó el cielo mismo, como enseña San Agustin (2); que todos estos sentidos caben en aquella palabra: pero significa una sola de estas cosas, ó todas ellas, tanto colectiva como distributivamente, cada una de ellas es, no hay duda, ese tesoro de inestimable valor y mérito, para cuya adquisicion siempre da muy poco el hombre, aunque dé todo lo que posee. El solo es un monton de riquezas sin mengua, sin escasez, donde se halla el deleite sin hastio, contento, gozo, regalo, y cuanto pueda llenar el alma de verdaderos bienes. Y se llama escondido, porque donde principalmente ponen riqueza estas cosas, es en nuestra alma, hija esclarecida y amadísima de aquel gran Rey tan celebrado y magnífico, de la que se dice (3): *que toda su gloria y belleza estan en su interior*. Esto era lo mismo que de muchos siervos del Señor decia el grande Apóstol (4): que tenian el exterior de pobres, é interiormente eran ricos: que aparecian tristes, y andaban muy alegres: que eran como muertos, y vivian con toda verdad. Y como si estas verdades santas necesitasen alguna confirmacion, ó mas bien fundándose en ellas, no titubeaba el sol de Claraval en decir á sus monges (5): no penseis hermanos mios, que estos sacos de cilicio que nos cubren, son miseria ó menosprecio, que no son sino velos de nuestra gloria interior, como el luto con que el príncipe encubre los oros y los brocados: el mundo ve nuestras cruces, pero no ve la tranquilidad, la paz y la gloria interior de nuestro pecho.

Este tesoro preciosísimo está escondido en el corazon de los santos, porque el espíritu de humildad, de abnegacion y de mortificacion, les prohíbe altamente hacer alarde de sus virtudes, ni de los dones y gracias que de Dios reciben: asi Moisés escondia su rostro para que no viese el mundo la gran merced que de Dios habia recibido, y San Pablo ocultó por espacio de catorce años las re-

(1) Div. Iren. lib. 4. cap. 43.

(2) Div. August. lib. De quæst. Evan. lib. 1. c. 13.

(3) Psal. 44. v. 14.

(4) Ep. 2.^a ad Corint. cap. 6. v. 9. et seq.

(5) Div. Bernard. in Spec. Monachor.

velaciones que Dios le habia hecho. El que sabe donde se halla escondido este tesoro, va y vende todo lo que tiene para comprar aquel lugar. Adviértase bien, que no dice que vende parte de lo que tiene, sino todo. Sea mucho, sea poco, todo cuanto tenemos, y á nosotros con ello, todo lo hemos de dar, negándonos y desprendiéndonos de todo afecto terreno, para ganar la bienaventuranza. No hemos de tener cosa tan amada en esta vida, que si es menester no la demos por Dios y por su servicio. Por objetos tan santos, y tan dignos, debemos menospreciar todos los bienes temporales, y los deleites de la carne y todos los deseos de esta vida; y trabajar con infatigable desvelo para adquirir los tesoros celestiales. El que quiere poseer las cosas del cielo, debe mirar con sumo desprecio los bienes del suelo.

Para gloria y alabanza de la virginidad propuso tambien el Salvador Divino esta misteriosa parábola: y asi el tesoro escondido en el campo, es la santa virginidad escondido entre la tierra de la carne. A propósito de esta significacion deben considerarse tres cosas: primera, que el tesoro se halla: segunda, que hallado se esconde: y tercera, que despues de escondido es tenido en mas, ó en mayor estimacion y aprecio que todas las demas riquezas. Este tesoro no se halla en los carnales: no se esconde en los vanagloriosos, y no es tenido en mayor estimacion y aprecio en los avaros: gózanle empero tres virtudes que son, la virginidad, la humildad y la pobreza. La virginidad sabe hallar el tesoro para que se posea; la humildad lo sabe esconder porque no se pierda; la pobreza lo sabe tener en mayor precio que todo otro bien, porque no sea menospreciado. Todo pues, todo, debe darlo el hombre por adquirir y conservar este tesoro.

En otra segunda parábola, que es la de la perla preciosa, ó margarita, vino el Señor á confirmar cuanto habia dicho en la primera, demostrando tambien en ella el estado sucesivo de la Iglesia. Semejante es, dijo, el reino de los cielos á un comerciante que busca piedras preciosas, y hallada una tan preciosa como desearla podia, vendió todo cuanto tenia, y la compró. Aqui se vé por una parte bien marcada la diligencia y trabajo, y aun el ansia con que hemos de buscar los bienes celestiales, en la afanosa solicitud del mercader; y por otra, el como hemos de poner los ojos y los deseos en las cosas de mas valor y precio entre las del orden sobrenatural; asi como este mercader los puso entre las mas preciosas de la naturaleza.

Muchos padres y doctores sapientísimos entendieron por esta

perla ó margarita preciosa la vida monástica y contemplativa, porque así como ella se halla encerrada en una concha en el profundo del mar, así también la vida contemplativa se halla mejor en la soledad y recogimiento de los claustros y religiones. Dicese una, y preciosa. Una, porque junta el hombre con Dios por la contemplación que se tiene en la soledad de los claustros; y preciosa, para demostrar las ventajas de la vida contemplativa, á las de la vida activa; aunque en alguna ocasión particular pueda esta ser más fructuosa que aquella. El reino de los cielos, que se toma en este lugar por la Iglesia militante, es semejante al hombre negociador, que anda en busca de buenas perlas: porque así como el tal hombre, por el deseo que tiene de una, todas las cosas vende y la compra, hallada esta, que es la suavidad y dulzuras de la vida contemplativa, va luego al mercado de las cosas espirituales, y vende todo cuanto tiene por el menosprecio que hace de los bienes transitorios, y la compra por los esfuerzos con que procura la preciosidad de los descansos eternos.

Otras tres cosas no menos importantes que las anteriormente dichas son las que debemos aprender en esta misteriosa parábola, á saber. El oficio de los santos; el estudio de las costumbres, y el deseo de la gloria. El oficio de los santos se nota en el negociar la adquisición de buenas margaritas: el estudio de las costumbres se advierte en el afán de buscarlas; y el deseo de la gloria se descubre en el ahínco con que todo esto se obra. Oh cuán bienaventurado es el que sabe negociar espiritualmente, ora sea cuanto al estado de la vida activa, entendiéndose y ejercitándose en las obras de misericordia; ora cuanto al estado de la perfección contemplativa, abandonando y renunciando todas las cosas del mundo por seguir á Jesucristo: ora sea en fin cuanto al grado de la más excelente perfección ganando las almas con la fuerza del buen ejemplo, atrayéndolas con el ardor heroico de la caridad, é inflamándolas con el fuego ardentísimo de la predicación, y anunciación de la divina palabra. Oh cuán bienaventurado es el negociador que sabe buscar, no mercaderías y ganancias dañosas, como las buscan los codiciosos, sino saludables y honestas como las buscan los santos. Bienaventurado el que con aquellas sabe bien grangear, y ganar; y se va despidiendo de su carne propia, por la mortificación; y vende la tierra por comprar el cielo, con el desprecio que hace de todas las cosas visibles: entonces compra la margarita preciosa, rindiendo y sacrificando su propia voluntad á los designios de la de Dios que le conduce, y apartando su corazón de todas las cosas temporales.

Otra tercera parábola les insinuó Jesucristo, para enseñarles á temer, cuanto con las anteriores pudo haberles impulsado á confiar. En estas procuró inflamar el corazon de sus oyentes con el amor de la eterna bienaventuranza; y en la última les enseñó á temer, para que se guardasen de los males, y pusiesen por obra las virtudes, y así les dijo: Que el reino de los cielos era semejante á una red echada en el mar, en la que se cogian de todas clases de peces.

La primera idea que se escita al parecer en el entendimiento del que oye esta parábola, tanto mas misteriosa, cuanto su significacion parece mas impropia, es, la de que por ella se entiende la Iglesia, ó la predicacion del Evangelio; la cual esparcida por toda la tierra, coge indiferentemente ó admite en su seno hombres de todas clases, estados y oficios; buenos los unos, malos los otros; pero mezclados todos ahora y confundidos. Pescadores eligió el Señor á sus Apóstoles, obligándoles á cambiar de pesquera, aunque no de oficio; la predicacion pues que les encarga, y la Iglesia que les encomendó, estan perfectamente figurados en la red, mediante la que cada uno es traído al reino eterno desde las olas y tempestades del presente siglo; para que no se sumerja en el profundo de la muerte y de la condenacion eterna. En el anchuroso mar de este mundo fue echada esta red, y en medio de tanta diversidad de peligros y amarguras como en él se hallan, juntó dentro de sí misma de toda clase de pescadores, es decir, de toda clase de pecadores, porque la Iglesia es madre de todos, y á todos llama, y á ninguno desecha, cualquiera que sea su condicion ó linaje; puesto que á la presencia de Dios no hay escepcion de personas. Pero añadió el Señor, que tan luego como estuvo llena, la sacaron á la orilla; y escogieron los buenos en unos vasos, pero á los malos los arrojaron fuera.

Temible cosa es por cierto el ser arrojado como malo é inmundo del seno de la Iglesia santa, fuera de la que no hay salvacion: y será mucho mas terrible y espantosa esta separacion cuando se haga á presencia de todas las gentes, y de todos los santos y espíritus bienaventurados en el dia del juicio. En aquel dia quedará enteramente cumplido el número de los justos: la red será sacada á la ribera, que es la otra vida, y autorizados entonces los ángeles por el mismo Dios, separarán los pecadores réprobos, del lado de los justos, y los arrojarán de la presencia del Señor.

Dice el Evangelista que todo esto sucederá en la consumacion de los siglos, para darnos á entender que se habrá acabado ya el

tiempo de los merecimientos, y nada podrá el hombre merecer para sí para remediarse: y porque cesará entonces la sucesion y cualidad de las cosas mudables; cesará el movimiento de los cielos, el de la tierra, y por consiguiente el de todas las cosas que de unos y otra la reciben segun la natural sucesion de aquel. Autorizados los ángeles saldrán del cielo; el mundo todo será llamado á juicio: se abrirán los sepulcros, serán juzgados los vivos y los muertos, y se verificará la separacion de los unos y los otros. ¡O qué llamamiento tan dulce! ¡O qué separacion tan espantosa! ¡O qué sentencia tan inmutable! Entonces serán echados los réprobos al fuego eterno para que ardan para siempre. La Iglesia purificada será ofrecida á Dios Padre toda renovada y compuesta, como esposa sin mancha y sin arruga.

Indecible será el gozo de los justos al verse trasladados entonces á las celestiales mansiones donde todo será gozo, contento y perpetua paz. Las vírgenes prudentes disfrutando goces sin término en los tálamos del Paraíso bendirán sin cesar á su eterno é inmaculado Esposo, mientras que repudiadas las necias por el mismo, verán cerrarse á su vista las puertas del celestial reino, en el que ya no podrán entrar jamás.

Allí habrá un llorar eterno para los malos, allí empezará el remordimiento y la desesperacion sin fin: allí el temblor y el crugir de dientes á causa del estremado frio: aunque tarde y sin provecho se arrepentirán y gemirán los malos; se enfurecerán é indignarán contra sí mismos porque tanto se obstinaron y endurecieron en su corazon despreciando la gracia y los auxilios sobrenaturales con que el Señor los favorecia para provocarles á la penitencia. Entonces conocerán claramente el motivo porque en tantas y tan repetidas ocasiones permitió el Señor les hablaran mientras vivian de la pena y tormento eterno, que los malos en el otro mundo han de sufrir justicia terrible de Dios que brilla pasmosamente al lado de una misericordia no menos asombrosa! Para que ninguno pueda excusarse por ignorancia hace que tantas veces se hable á los hombres de las penas del infierno y de las delicias de la patria.

Con su acostumbrada amabilidad preguntó despues Jesus á sus Apóstoles y les dijo: ¿habeis entendido bien todas estas cosas? diéronle sí. No podia ignorar Jesus lo que habian de responderle; mas sin embargo les preguntó para despertar en ellos mas y mas el deseo de saber y para hallar pie en su respuesta para continuar su importante instruccion. No queria Jesus que sus Apóstoles oyesen la doctrina de la misma manera que la oian las turbas, sino que

queria que la entendiesen. Con esto enseñó á todos los ministros de su Evangelio y muy particularmente á los prelados y predicadores, lo que deben saber y obrar, para que puedan presidir, enseñar y predicar á otros; por lo que les añadió: por eso todo maestro docto en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

De notar es que Jesucristo en su Evangelio usa la palabra *Scriba*, que la glosa traduce *Maestro*, y San Agustin (1) *Escribano*, porque los Apóstoles, añade, son escribanos y notarios de Jesucristo, que escriben su santa palabra en las tablas del corazon de los fieles, enseñándoles lo que deben hacer para agradar á Dios, y conseguir su salvacion; cuyo oficio y deseo les hace en todo semejantes al padre de familias. Como si dijese: el que es tal, á mí mismo me parece en la vida y en la predicacion, enseñando con autoridad del Viejo y del Nuevo Testamento, de las que está verdaderamente entretendida toda la red de mi Iglesia. O como da á entender San Gregorio (2), por nuevas cosas se declaran todas aquellas que publican y enseñan la suavidad y grandeza del reino de los cielos: y por vieja se entiende la enseñanza que predica el espantoso tormento del infierno; á fin de que las graves penas espanten á los que no se animan por la esperanza de los premios con que se les convida. O por nuevas cosas pueden entenderse las dulces amonestaciones con que los ministros del Señor alegran el corazon de los justos para que caminen por el sendero de la virtud, así como por las viejas tambien se pueden comprender la indignacion y el celo con que se reprende á los pecadores para apartarlos del camino torcido de los vicios: por cuya razon debe el ministro del Evangelio que la palabra de Dios anuncia, acomodarse en todo á la capacidad y necesidades de sus oyentes, para lo cual debe tener recogidos un gran tesoro sacado cuidadosamente del Antiguo y Nuevo Testamento; debe estar armado de la caridad y del celo santo de la salvacion de sus prógimos, instruyendo y manteniendo en sus pechos el deseo de su salvacion; así como el verdadero padre de familias está obligado á procurar á sus hijos y domésticos, no solo el sustento corporal, sino tambien el espiritual, para que en la consumacion de los siglos consigan su salvacion eterna.

(1) Div. August. in quæst. in Math.

(2) Div. Gregor. in Hom. 34. in Math.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, hazme salir de la vida vieja, para que la semilla de tu santa palabra que sembraste en mi entendimiento, y la del buen propósito que hiciste nacer en mi voluntad, y las flores de las virtudes que con tu gracia se ostentaron en mis hechos, no sean comidas de la vanagloria, ni pisoteadas en la carrera del menosprecio, ni se sequen metidas entre las piedras duras de la obstinacion: ni se ahoguen entre las espinas de los cuidados de esta vida: mas antes fructifiquen y prosperen en la tierra buena y muy perfecta del corazón misericordioso, humilde y alegre: haz, ó dulce Jesus, que me desposea de todos los afectos y amores de la tierra para adquirir el único y verdadero tesoro que es amarte á Tí sobre todo lo que hay dentro y fuera de mí. Ya que por tu bondad he sido admitido en el reino de tu Iglesia Santa que Tú fundaste; y que con tu Padre omnipotente y el espíritu de tu amor, presides, riges y gobiernas, no sea yo del número de los malos cristianos, ni de los hijos desterrados é ingratos á su vocacion, que viven como si no lo fueran, sino que viva yo de tal manera, que en el día del juicio universal, cuando se haga la separacion de los buenos y de los malos, merezca ser colocado á tu diestra, para recibir tus misericordias y tus gracias. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIII de San Mateo desde el versículo 31 hasta el 52 ambos inclusive: en el IV de San Marcos, versículos 31 y 32; y en el 43 de San Lucas, v. 17, 20 y 21 tambien inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo desde el versículo 31 al 35 para el Evangelio de la misa de la Dominica sesta, despues de la Epifania, y desde el versículo 44 al 52 para el Evangelio de la misa de Santa Paula viuda, á 24 de enero, de Santa Inés, *secundo*, á 28 del mismo, y en otras varias festividades, y muy particularmente en el comun de Santas vírgenes y mártires: de vírgenes tan solamente, y de no vírgenes ni mártires, como se ve en las misas *Me expectaverum*, etc. *Vultum tuum*, etc. *Cognovi Domine*, etc. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VI DESPUES DE LA EPIFANIA.

San Mateo, cap. XIII, vs. 31 al 35.

En aquel tiempo: dijo Jesus al pueblo esta parábola: Semejante

es el reino de los cielos al grano de la mostaza , que le toma un hombre y le siembra en su campo ; el cual es la mas menuda de todas las semillas, mas despues de crecido es mayor que todas las otras legumbres, y hácese árbol tan grande que vienen á él las aves y anidan en sus ramas. Otra parábola les dijo: semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma la mujer y la envuelve con tres *satos*, ó celemines de harina, hasta que toda la masa haya fermentado. Todo esto habló Jesus al pueblo en parábolas, sin las cuales no solia predicarles, para que se cumpliese lo que estaba dicho por el Profeta: Abriré la boca para hablar con parábolas, publicaré cosas que han estado escondidas desde el principio del mundo.

EVANGELIO DE LA MISA DE SANTA PAULA Y DEMAS QUE SE HAN CITADO.

San Mateo, cap. XIII, vs. 44 al 52.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos esta parábola : Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, el cual hallado por un hombre le encubre de nuevo, y gozoso por el hallazgo va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los fieles, á un comerciante que busca piedras preciosas, el cual, hallada una piedra preciosa, fue y vendió todo cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos, á la red que echada en el mar coje toda suerte de peces, la cual en estando llena la sacaron á la orilla; y sentados escogieron los buenos y los metieron en cestos, y los malos los echaron fuera. Asi sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán á los malos de entre los justos, y les arrojarán en el horno del fuego, en donde habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Habeis entendido todas estas cosas? Dícenle sí. Entonces les dijo: por eso todo maestro docto en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.





CAPITULO XXV.

**REPRENDE JESUS Á LOS FARISEOS Y DOCTORES DE LA LEY, Y ACRI-
MINA TERRIBLE SUS PENSAMIENTOS Y SU CONDUCTA.**

Astuta siempre y avizora la malicia de los judíos, se lisongea-
ba, aunque entre muy amargos desengaños, que á pesar del caracter
de divinidad, y de la altísima sabiduría que resplandecía en todas
las obras de Jesus, habia de encontrar un dia ocasion para acusarle
jurídicamente ante los tribunales de la nacion, y perderle: mas
viendo que salian fallidas todas sus esperanzas, burlados todos sus
esfuerzos, y que eran inútiles todas sus tentativas, maquinaron
pérfidamente insurreccionar el pueblo contra él, para hacerle pe-
recer sin formalidad de justicia en medio de un tumulto popular, y
vengarse de este modo de la superioridad de su virtud, de la esten-
sion de su poder, y de todas las acres invectivas con que á la vista
del pueblo mismo los reprendia. Grande era la empresa, pero no

desconfiaban de salir con ella, y para ello no habia medio que les pareciese injusto, ni accion por villana que fuese que no se les figurase muy caballerosa y leal.

Como nunca dejaba el Señor de predicar, valiéronse un dia despues del sermon, del pretesto de convidarle á comer en casa de uno ellos que celebraba un festin. Convidáronle, no para que con la comida recobrase sus fuerzas, sino para pillarle en algun renuncio, acusarle y perderle: y asi es, que á las casas de los fariseos no iba, sino convidado; y asistia á los convites de los publicanos aunque no fuese rogado. Entró pues en la casa del fariseo donde halló un gran número de ellos, asociados de otra crecida porcion de maestros y doctores de la ley. No ignoraba Su Magestad que iba á ser examinado y observado, y que ninguna de sus acciones se quedaria sin una muy rígida censura; mas con todo condescendió, animado precisamente de la ardentísima caridad de que estaba lleno, para no despreciar ninguna ocasion de amonestarles, obrando como médico celoso que asiste con mas asiduidad y esmero á los que se hallan gravemente enfermos, uniendo en mil ocasiones la industria á la ciencia, para ver si logra salvarlos.

Entró, nos dice el Evangelio, y se sentó á la mesa con los demas convidados, sin tomar alguna de aquellas precauciones á que veia sujetarse escrupulosamente el resto de los concurrentes; lo que causó una grande sorpresa al fariseo que le habia llamado: ofendióse por tanto de la conducta de Jesus, y llevó muy á mal, que un hombre á quien creia honrar convidándole á su mesa, se dispensase tan públicamente de los diferentes lavatorios y abluciones usadas entre los judios antes de tomar el alimento. Mas Jesus lo habia hecho á propósito y con todo estudio, para tener ocasion de representar á toda la secta de los fariseos sus vicios ocultos, y reprehenderlos ágricamente; asi que conociendo por algunas señales exteriores, y mas porque penetraba los corazones, la soberbia hipócrita del que le habia convidado, mudando repentinamente su natural dulzura en indignacion, le dijo: Estoy viendo que murmurais en el fondo de vuestro corazon, y que siendo como sois sobremanera negligente en procurar vuestra purificacion interior, teneis gran cuidado en la limpieza de los platos que usais, y aun de las asas de los jaros que habeis de tocar; siendo asi que son estas cosas muy exteriores y de poca consecuencia. ¿No seria mucho mejor os limpiarais de la rapiña y de la maldad de que estais llenos? Vuestro porte el dia de hoy, es sobremanera hipócrita, falaz y engañador. Con vuestras afectaciones malignas, con vuestras detes-

tables tradiciones, y con vuestras ceremoniosas abluciones y prácticas, engañais al pueblo incauto, enseñándole á que mida la santidad de vuestra vida por las falsas apariencias de limpieza que ostentais. Estas son bellas, no hay duda: pero vuestros corazones y vuestras almas estan llenos de iniquidades y latrocinios. ¡Necios! Ignorais por ventura que el que crió, é hizo el exterior del hombre, crió tambien su alma con sus potencias! Vosotros decís, que se honra al Criador teniendo mundas y limpias las cosas que crió; ¿y es por ventura menos criador del alma que del cuerpo? Lo es menos del interior, que del exterior? Brillan menos su omnipotencia y sabiduria en lo uno que en lo otro?

Esto es precisamente lo que quiso significar el Señor condenando la doctrina de aquellos que detestan la fornicacion, la inmundicia, el hurto, la rapiña y otros semejantes, como pecados muy graves; y reputan como muy leves la ira, la venganza, la blasfemia, la soberbia y la avaricia, que arrastran á los hombres á apartarse de Dios, y los inclinan al servicio y culto de los ídolos (1). ¡Ay de aquellos que ponen todo su afan en ocuparse de cosas pequeñas, y esterioridades frívolas, y cuidan poco de las de gran interés y cuantia! No hace el hombre todo lo que puede y debe, cuando no procura que su alma sea la que tenga al menos el primer lugar, ya que no sea el único, en todas sus obras y cuidados; porque Dios descubre en ella las menores imperfecciones y manchas: por esto sin duda les añadió: ¡Necios! si quereis purificaros como debeis en vuestro interior, sacad de vuestras arcas, no solo el dinero que ha juntado allí la injusticia, sino el que Dios os dió, ó vosotros justamente habeis adquirido. Dadlo de limosna segun podais, y se borrarán las feas manchas de vuestros pecados: este es el medio mas eficaz y á propósito para purificar vuestros espíritus: se apagarán hasta vuestros malos deseos, se moderará vuestra codicia, y todo en vosotros estará con orden y decencia. El cuerpo quedará limpio, y el alma se santificará: Dios estará gozoso, y los hombres no podrán menos de quedar edificados.

En verdad, les dijo el Señor, Yo os doy este consejo; lo que os sobre dadlo de limosna. Esto es, lo que os sobre despues de haber restituido, lo que injustamente reteneis, usurpado de los demas: porque lo primero es restituir, y despues entra el hacer limosna: ó como dice Beda (2), dad lo que os sobre, despues de apartar lo ne-

(1) Ven. Bed. in cap. 11. Lucæ.

(2) Ven. Bed. Ibidem.

cesario para vuestro alimento y vestido: porque no se manda hacer la limosna de manera que quede uno desnudo y hambriento: sino que se dé despues de cubiertas las primeras y propias necesidades; y luego todo será limpio para vosotros: pues la limosna tiene muy grande virtud para alcanzarnos de Dios la remision de nuestros pecados. A Nabuco decia Daniel (1): Redime, ó rey, tus pecados con limosnas. O entiéndase si no el hacer limosna de lo sobrante, que se haga de tal modo, que despues de tantas culpas cometidas, se ordene de tal manera la verdadera limosna que empiece por nostros mismos. Empiece esta limosna limpiándose interiormente el hombre por la fe y el bautismo, creyendo en Jesucristo; y si despues de recibido este, manchase otra vez con la culpa el blanco ropage de la inocencia, límpielo por la penitencia: pues el que quiere hacer la limosna segun el orden de la perfecta y verdadera caridad, por sí mismo debe empezar.

De esta manera y con su acostumbrada dulzura enlazaba Jesus con celo ardiente las mayores demostraciones de su bondad, dejándose ver aquel de un modo claro, cuando reprendia severamente todo género de pecados animado de la gloria de su Eterno Padre: y como conocia hasta donde llegaba el fingimiento hipócrita de los fariseos, dirigió todos sus esfuerzos á desengañar al pueblo sencillo que veia notablemente espuesto: ¡Ay de vosotros, continuó en seguida el Señor! ¡Ay de vosotros! pues contentos con pagar el diezmo del anís, del comino, y de toda especie de legumbres, no teneis cuenta con la justicia que debeis guardar para con el prógimo! ¡Vosotros dais á los sacerdotes lo que la ley les señala, y os dispensais de las obras de misericordia, que os encomienda Dios con preferencia á las observancias legales! ¡Vosotros omitis lo mas importante á que la ley os obliga, y creis satisfacerla completamente cuando pagais el diezmo de una cosa pequeña! Yo no digo que os debais eximir del pago de los diezmos: esta es una obligacion que conviene cumplir, pero sin que por ello quedeis dispensados del cumplimiento de lo demas que ella manda. Esto no es hacer misericordia y dar limosna, porque es faltar á la justicia y á la caridad: cumplir con estas dos virtudes, es lo primero, porque ella se nos manda para mayor gloria y honor de Dios; y conviene tambien no omitir el pago de aquellas décimas y limosnas, que estan destinadas á la subvencion de los sacerdotes, y al socorro de los prógimos. Entended que no se compra la impunidad por la limosna,

(1) Dan. c. 4. v. 24.

mientras el pecador permanece en la iniquidad: así es que los fariseos se lavaban exteriormente mediante la solución de aquellos diezmos, pero no quedaban limpios en su interior, porque les faltaba el baño de la justicia y de la caridad.

Muy oportunamente se unen en este lugar estas dos virtudes, porque la justicia sin caridad, se convierte con mucha frecuencia en espantosa crueldad.

De dos maneras entienden los Padres de la Iglesia el pago ó solución de las décimas que tan religiosamente aparentaban los fariseos satisfacer. El uno decía respecto á sí mismo, porque aunque como ministros del templo recibían décimas del pueblo, de las recibidas y de lo que ellos percibían de sus campos, debían pagarlas al sacerdote sumo; y para aparentar una santidad que no tenían, las pagaban de lo más pequeño y despreciable. Estimulados por la codicia obraban con esta apariencia de virtud, procurando inducir con su ejemplo á los demás al pago religioso de las décimas, desde lo más grande hasta lo más pequeño. Puede entenderse también este pago con respecto á los demás, pues por medio de su doctrina y de sus persuaciones, les inducían á pagarlos con la más estricta fidelidad.

Infelices de vosotros, escribas y fariseos, pues os encomienda el Señor la fidelidad y buena fe, y vosotros engañáis á todo el mundo. No se condenan las obras de supererogación que se pueden practicar santamente; mas es fuerza advertir, que siempre se debe empezar por las de justicia y precepto, sobre las que se funda la más sólida virtud. ¡Insensatos! sois unos guías ciegos, de quienes se puede decir, que tragáis camellos enteros, esto es, que cometeis grandes y horribles pecados; y sin embargo por una muy refinada hipocresía, procuráis evitar faltas muy ligeras: en vosotros se verifica aquel proverbio tan trillado y sabido, esto es, que pasáis la bebida por un lienzo muy delicado temiendo tragaros un mosquito, y os engullis, en verdad, un camello. Estas son vuestras obras: este es el ejemplo que dais á los otros: os preciais de muy observantes de pequeñeces, y menospreciáis las cosas más grandes y necesarias; tal es el objeto de vuestra falsa virtud.

Ay de vosotros, vuelvo á decir, fariseos hipócritas! Os presentais en medio del templo, oráis largamente, y con estas apariencias de piedad esperais conseguir limosnas y presentes de las pobres viudas para enriqueceros de sus despojos, para comeros sus bienes y arruinar sus familias. Temed, porque llegaron al cielo los suspiros de la viuda y los clamores del pupilo; patentes están á la pre-

:

sencia del Eterno vuestras obras de iniquidad: sereis tratados con el mayor rigor. Descubrióse toda la maldad de vuestro corazon: no hay en vosotros ni una chispa de celo santo por la religion y por la ley: vuestros deseos son seducir y engañar con tan largas oraciones.

Ay de vosotros, impostores crueles, celotas engañadores! Libres á vuestro parecer de todo remordimiento, correis las tierras y surcais los mares, para hacer un prosélito, y atraer al judaismo á un extranjero ó gentil; y despues que os creéis dichosos por haber afiliado en vuestra secta un nuevo discípulo, le instruís tan mal, que sale mucho peor y mas digno del infierno que los mismos maestros. Vuestras tradiciones funestas, vuestras máximas perniciosas y vuestros envejecidos odios, que es lo primero que les comunicais, no producen en su corazon y espíritu, sino errores y vicios, que la corrupcion del vuestro aumenta mas, y hace de mas difícil desarrollo. Ay de vosotros, doctores y guías ciegos, que descaminais y perdeis á todos los que os siguen por la obstinada necedad de vuestro corazon, induciéndoles á cometer toda clase de iniquidades! Qué concepto formarán de vosotros los hombres si atienden á los sofismas de vuestra ciencia vana? Vosotros les enseñais que á nada queda obligado el que jura por el templo, pero el que jura por el oro del templo, hace un juramento válido, y que en conciencia lo debe guardar y cumplir. Engañadores necios, abrid vuestros ojos, reflexionad un poco, decid cuál es mas santo, cuál es mas digno, cuál tiene respetos mas dignos de veneracion, el oro que en sí es profano, aunque se ofrezca para el culto y adorno del templo, ó el mismo templo que es santo, y es el lugar donde Dios mas particularmente reside y mora, y donde oye y despacha con mas benignidad y prontitud las súplicas y plegarias de sus hijos? Tambien decis con vanidad presuntuosa, que el que jura por el altar á nada queda obligado, pero sí el que jura por la víctima que sobre el altar se ofrece; porque ella es una cosa tan santa que no puede violarse el juramento que por ella se hace sin cometer un horrible sacrilegio. ¡Desdichados! de dónde nace tan monstruosa necedad sino de la insaciable avaricia que os domina, y del deseo de aprovecharos de los dones que al templo se ofrecen? Malaventurados ciegos, abrid vuestros ojos, y ved á cual de estas dos cosas debeis mayor respeto, á la ofrenda que sobre el altar se pone, ó al altar mismo que estando consagrado á Dios, á la ofrenda santifica?

Insidiosas son y llenas de errores todas vuestras doctrinas; y como os moveis á todos vientos, y os doblegais con facilidad hácia las cosas que os halagan, condenais hoy lo que ayer enseñá-

bais; y enseñais hoy lo que ayer condenabais. Enseñado habeis en otro tiempo que los juramentos que se hacian por las criaturas, por altas y nobles que fuesen, á nada obligaban, y que sin escrúpulo alguno podian muy bien dejarse de cumplir: mas hoy afirmais todo lo contrario, y decís que son los mas sagrados é inviolables los que se hacen por el templo, y por los dones que en él se ofrecen. Corregid, pues, y poned freno á vuestra inconstante veleidad: detestad vuestros envejecidos errores y fatales abusos, y sabed desde hoy para siempre, que el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay sobre él: que el que jura por el templo, jura por él y por el Señor que en él habita como en su casa propia; y finalmente, que aquel que jura por el cielo, jura no solo por él, sino por Dios, que ha establecido en él su trono.

Dominados por la avaricia habeis caido en estos groseros errores; pero no son de menos bulto ni menos dañosos los que os ha causado la ambicion. Ay de vosotros, fariseos soberbios, que dominados por la ambicion feroz anhelais los primeros asientos en las sinagogas, y buskais con avidez en las plazas públicas las atenciones y respetos de todo el pueblo! Desdichados de vosotros, os pareceis á los sepulcros! La podredumbre que estos encierran está escondida. Los vivos que caminan sobre las losas frias de los muertos no sienten los hálitos malignos de la infeccion; pero dejará esta de ser menos grande porque se percibe menos? Y en verdad que comparó muy bien el Señor en esta ocasion la hinchada ambicion de los fariseos á los muertos que yacen en los sepulcros, porque el alma muerta está en el cuerpo del hipócrita y del pecador. Dícese sepulcro, esto es, *semi-pulcro*, porque tales son los hipócritas; blancos por fuera, hediondos por dentro. Y tales no son los hijos de la esposa, esto es, la Iglesia Santa, que de sí misma dice, negra soy, pero hermosa. Negra por fuera, hermosa por dentro. Reprende aqui tambien el Señor toda falsa simulacion y apariencia de santidad, para que nos apartemos de ella. Por lo que á los fariseos reprende, quiere hacer que nosotros seamos mejores; sobre lo que dice S. Crisóstomo (1): No nos maravilla que fuesen los fariseos como sepulcros, sino que lo sean los cristianos que deben ser como templos. No es por ventura el extremo de la miseria y de la desgracia que se convierta de repente en sepulcro que solo despide hedor, el que antes era templo que exhalaba la fragancia del buen olor?

(1) Div. Crisostom. Hom. 84. in Math.

Sin que Jesucristo hubiera sido muy dueño de los corazones de cuantos le oían, y hubiese podido represar los movimientos de venganza é ira que en ellos debían evitarse, no hubiera seguramente hablado un lenguaje tan ardiente en presencia de los mismos interesados, que en razón de los grandes puestos que en la nación ocupaban, se creían los más delicados y sensibles, y por consiguiente más autorizados que todos los demás para correr á la venganza. Jesús, empero, era el Hijo de Dios, estaba lleno de gracia y de hermosura, y con su sabiduría infinita sabía encadenar cuando quería las pasiones más fogosas de sus contrarios. Como era omnipotente, tomaba también de cuando en cuando un aire de autoridad divina tan imponente y magestuosa, que no solo lo reducía á silencio, sino que desconcertaba todas las ideas y planes que su aborrecimiento les impulsaba á formar. Confundidos y avergonzados los fariseos no se atrevieron á replicar al Señor. Solo un escriba ó doctor en la ley se creyó bastante autorizado á dirigirle alguna réplica, aunque afectando la mayor moderación. Maestro, le dijo, no advertís que vuestras invectivas contra los fariseos recaen sobre nosotros que tenemos á nuestro cargo predicar la ley, y que por lo mismo deshonorais en nuestras personas el ministerio público que ejercemos? No sería más conforme que á la presencia del pueblo os explicaseis de un modo que pusiese á cubierto nuestra reputación? No, no, replicó el Maestro Divino abrasado en ardiente celo de la gloria de su Padre: no conviene, ni para vosotros, ni para la ley, ni para los pueblos, que se contemple y se lisonjee á unos intérpretes que la corrompen y la adulteran; ni que se toleren unos maestros que engañan y seducen á aquellos á quienes tenían un deber de hablar la verdad: así que, con vosotros hablo también, desdichados escribas y funestos doctores, que imponéis á vuestros hermanos cargas insoportables que no pueden mover, y es tal vuestro necio orgullo que ni aun con la punta de vuestro dedo quereis llegar á ellas para ayudarles; que fue lo mismo que si les hubiera dicho: por vuestra propia autoridad añadís cosas á la ley que la hacen pesadísima é insoportable, y vosotros os creéis autorizados para no guardarla.

Como si todo esto hubiese parecido poco á Jesucristo continuó todavía su discurso diciendo: Ay de vosotros, escribas y maestros de la ley, que os ocupáis en edificar sepulcros para honrar la memoria y las cenizas de los Profetas! Miserables de vosotros, que de tan corta cosa os honráis! Os habeis olvidado que esos huesos

que aparentais honrar, son los de aquellos que murieron víctimas del furor de vuestros padres? En esto dais un testimonio irrefutable de la perversidad de vuestro corazon, de que no les teneis mas amor que el que vuestros padres les tuvieron, y de que como ellos teneis la malvada inclinacion de persegnir á los enviados de Dios tan luego como se atrevan á amenazaros con los castigos del cielo que mereceis: sobre lo que dice espresamente el venerable Beda (1): Cuán mísera es la condicion de los que presiden los pueblos! Juzgan para sí contumeliosa la palabra de Dios; y apenas oyen referir los castigos que esperan á los réprohos, cuando ya se creen aludidos; siendo asi que entonces su voto debiera ser el mismo que el del Salmista cuando decia (2): Ojalá, Señor, que se enderezasen mis pasos á observar tus justísimas leyes. Entonces no seré confundido cuando tuviere fijos mis ojos en todos tus preceptos. Te alabaré, Señor, con corazon sincero y recto porque aprendí los juicios ó disposiciones de tu justicia. Observaré tus justos decretos, no me desampares jamás.

Los escribas y doctores de la ley eran los que desataban las cuestiones ó dudas legales. Los fariseos, empero, eran los sacerdotes de los judios, y se creian mas religiosos que los demas, porque en razon de la santidad de su ministerio, vivian como separados y divididos de todos. Mas Jesus, que era el corrector público de los vicios, no coartaba su ministerio, ni tenia condescendencias con las personas, cualquiera que fuese su categoria, con detrimento de la verdad. Públicos eran y manifiestos los pecados de los escribas, como lo eran tambien los de los fariseos; y asi á nadie insultaba ni ofendia cuando públicamente avisaba y corregia: por lo que pudo muy bien decirles: si vosotros os disponeis á seguir el ejemplo de vuestros padres, bien presto sacrificareis á vuestra envidia todos los enviados de Dios. Juzgó oportuno el Señor, dice San Gerónimo (3), y quiso humillar su soberbia, echándoles en cara que eran hijos de homicidas, cuando edificaban sepulcros para aparentar una bondad que no tenian, y un deseo de gloria en favor de su pueblo, del que no estaban animados. Y asi fue, que luego continuó diciéndoles: Manifiestos son vuestros deseos, mas ya estan previstos por la sabiduría de Dios, cuando dijo: Yo les enviaré Profetas y Apóstoles, y á unos quitarán la vida, y á los otros per-

(1) Ven. Bed. in cap. 11. Lucæ.

(2) Ps. 118. vs. 5. et seqs.

(3) Div. Hieronim. Hom. sup. c. 11. Lucæ.

seguirán. Concluid por tanto la obra que comenzaron vuestros padres, y aprended el castigo que preparais contra vosotros mismos. Sí, Yo os lo anuncio, y mi promesa no fallará: esta generacion será castigada tan severamente como si ella hubiese derramado la sangre de todos los Profetas, que ha caido sobre la tierra desde el origen del mundo: desde la sangre de Abel justo, hasta la sangre de Zacarias hijo de Baraquias, que fue muerto entre el templo y el altar (1); así será castigada esta generacion. Esta nacion á la que hablo ahora, sufrirá tambien castigos horribles, porque tan ingratos sus hijos como los de la generacion pasada, perseguirá, ultrajará, y dará muerte á los Profetas de Dios, y á los pastores que enviará el Mesias para su conversion. No lo dudeis: será castigada. Llenóse la medida de la justicia Divina, porque Israel y Judá llenáronla de de sus abominaciones, y el Altísimo se cansó de sufrir tantos pecados.

¡O Jerusalem ingrata! Veleidosa é inconstante Jerusalem, que persigues á los Profetas, y apedreas aquellos que envia el cielo para que te prediquen la penitencia! ¿Cuántas veces quise reunir tus hijos en derredor mio para!librarlos de la justicia Divina, y tú no lo quisiste? Cuántas, y cuántas les ofrecí mi proteccion procurando guarecerles con ella, así como la gallina guarece sus polluelos bajo sus alas, y tú lo rehusaste? ¡Desgraciados hijos de esta ciudad desventurada, abrid vuestros ojos! La venganza del cielo tronará prontamente sobre vuestra cabeza: el Señor ha resuelto abandonaros temporal y *espiritualmente* (2). En castigo de vuestra rebeldia, y para vuestra confusion, sereis entregados en manos de un enemigo soberbio y victorioso: vuestras casas serán saqueadas y demolidas: arrasados serán los muros de vuestra ciudad: toda ella se verá desierta, y poblada solamente de cadáveres: la hermosura de vuestras campiñas se convertirá en un erial y espinoso desierto; y vuestras almas, en fin, entregadas á las llamas eternas, coronarán el cuadro de la justicia de un Dios, que después de haber esperado mucho tiempo con paciencia, castiga espantosamente los ultrages que se le hacen.

No quiso tampoco el Divino Maestro pasar en silencio el abuso

(1) Zacarias fue muerto en el Parvis exterior que dividia la morada de los Sacerdotes del altar de los Holocaustos.

Barachias su padre, fue el que profetizó en el reinado de Dario, el que dió el permiso para la reedificacion del Templo. *Petav. in Libris Chronol.*

(2) Exposicion de Euthymio. *De derelictione spirituali.... ad confusionem vestram.*

criminal que hacian de su saber los doctores y legistas presuntuosos. ¡Ay de vosotros, les dijo, que os apropiáis la llave de la ciencia, y con todo eso no entraís en los secretos de la verdadera doctrina; pues no me reconocéis, ni por mis milagros, ni por las escrituras, ni por los caracteres con que ellas me señalan, ni por los oráculos con que ellas me anuncian, ni aun por las doctrinas de misericordia y de paz que os enseño! A vuestro cargo está instruir los pueblos, para introducirlos en el reino del cielo, y con vuestras perniciosas máximas y detestables ejemplos, á ellos y á vosotros habeis cerrado sus puertas: esto es, deteneis á la puerta de la verdad, á los que se presentan para reconocerla, y estando prontos á creer en Mí, les apartais furiosos de esta saludable creencia.

Es sobremanera sorprendente el celo con que Jesucristo dió en esta ocasion una reprimenda tan fuerte á los escribas y fariseos, acostumbrados á recibir siempre del pueblo lisongeras adulaciones; asi es que formando desde luego como causa comun contra el Salvador, hicieron todos los esfuerzos imaginables para obligarle á callar, reduciendo la disputa á gritos y á furor. Prevenidos estaban anticipadamente los Apóstoles y Discípulos contra la soberbia de los fariseos, y contra los errores de la Sinagoga; pero con esta tan fuerte reprimenda, detalló perfectamente aquel, para quien nada hay oculto, el carácter horrible, los perversos afectos, los abominables sentimientos, y las detestables costumbres de todos ellos: siendo innegable, que por espantoso que sea el retrato, es sin embargo el mas natural y parecido. Este es, por desgracia de los hombres, el de todos los sábios soberbios, el de todos los envidiosos, y el de los hipócritas de todas las naciones y siglos. ¡Desventurado el pais donde ellos lleguen á dominar! De allí desaparecen al momento la justicia, la verdad y la paz: el crimen recibe el premio que á la virtud se debe; la mentira se entroniza, crecen el engaño y el dolo, y la guerra mas feroz y sangrienta, viene á sustituir las delicias de la mas envidiable paz. La ambicion se apodera de los corazones miserables, y las pasiones que se enardecieron, corren hasta inflamarse por la irritacion: el mundo todo no presenta entonces sino la imagen espantosa de un monte volcanizado, á cuya falda nadie acercarse puede sin ser sofocado por los vapores que de sus entrañas salen por el espeso humo que sus bocas despiden; ó sin ser reducido á cenizas por los borbotones de espumante lava, que las encrucijadas abiertas por entre la dureza de las peñas, por la fuerza de las llamas, de continuo por todas partes arrojan.

Parece que San Agustín (1) habia dicho en su tiempo, como lamentándose de la aspereza con que los ricos y poderosos reciben las correcciones, y de lo mal que les sientan: nuestros príncipes y magnates cuando reprenden en público á los pobres que en algo faltan, no paran hasta confundirles; pero no hacen caso de los delitos abominables que los ricos y poderosos cometen. Por cuya razon comparaba Anaxágoras las leyes á las telarañas, que enredan y aprisionan las moscas, los mosquitos y otros pequeños insectos; al paso que los otros animales orgullosos y fuertes las rompen con desprecio: y San Crisóstomo dice (2): Si fuese posible tomar debida venganza contra los ricos delincuentes, verias llenarse de ellos todas las cárceles del universo: pero tienen las riquezas un mal espantoso. Es memorable tambien el dicho de Sócrates, que refiere Valerio Máximo, el que dice; que viendo conducir al suplicio á un ladron, se echó á reir; y preguntado por qué reia, respondió: *porque veo grandes ladrones que conducen á un ladron pequeño. Quitad la justicia del mundo y vereis que los reinos no son sino grandes latrocinios, y los latrocinios no son sino pequeños reinos.* Los pequeños sacrilegios se castigan en el mundo, al paso que los grandes se llevan muchas veces en triunfo. Con verdad, pues, y elegancia contestó el pirata á Alejandro Magno cuando reconviniéndole este por qué infestaba los mares con sus piraterias, le respondió con altanera libertad: *Por la misma razon que tú talas y destrozas todo el universo: sin que haya entre los dos mas que una sola diferencia; y es que porque tu robas con una grande armada y un poderoso ejército, te llaman Emperador; y á mí me llaman ladron por que lo hago con un pequeño barquichuelo.* No se glorien empero los ricos y poderosos porque no son juzgados en el mundo, ni castigados con el rigor y severidad de las leyes como lo son los pobres: tiempo vendrá en que recibirán con usura las penas á que por sus crímenes se hicieron acredores. No haya enhorabuena en la tierra ningun juicio ni tribunal donde los pobres é inocentes sean juzgados con mansedumbre, que en el dia terrible del Señor ante su tribunal tremendo comparecerán los pobres, y en aquel juicio severo, pedirán justicia al Juez inexorable contra los poderosos, que no solo les juzgaron inicuaamente, sino que les condenaron con indecible crueldad. O cuántas injusticias se hacen en el dia de hoy en una pequeña ciudad, exclamaba en su tiempo S. Cipriano (3), por las que

(1) Div. Augustin. lib. 4. de civit. Dei cap. 4.

(2) Div. Crisostom. Hom. 84. in Math.

(3) Div. Cyprian. Lib. De Duodecim abusibus.

nada seria de admirar que el pais entero fuese reducido á la nada. De una manera muy distante se juzga al extraño, y al doméstico. De una al mayor, y de otra al menor. De una al pobre, y de otra al rico. De una al pariente y al prógimo, y de otra á aquel con quien el juez no está unido por los vínculos de la sangre y de la amistad: todo lo que es altamente contrario á la ley santa del Señor.

Cuantos males cause á las naciones la mala administracion de justicia, se conocen claramente por los bienes que la justicia hace, De la justicia del Rey, proceden la seguridad de la patria, la paz de los pueblos, la union de los ciudadanos, la fortaleza de los soldados, la curacion de todos los males, el gozo de todos los hombres, el consuelo de todos los pobres, la seguridad de la posesion de los bienes, y de ella nace al parecer la buena temperatura de los humores, la calma de los mares, la fecundidad de la tierra, y en cada uno de todos los pechos la esperanza cierta de la bienaventuranza futura.

Nada puede añadirse á las terribles reconvencciones que el Salvador divino hizo á los fariseos y doctores de la ley, ni á la claridad y precision con que manifestó todos los pensamientos y secretos de sus corazones, ni á las oportunas quanto severas aplicaciones que despues de Su Magestad Divina, hicieron los padres y doctores de su Iglesia de los principios de verdadera justicia. Contentémonos con rogar á Dios con humildad de corazon, para que la católica Iglesia no tenga en su seno fariseos soberbios como los tuvo la Sinagoga: que los doctores de la Ley de gracia no hagan pesado é insoportable el yugo suave de Jesucristo, como lo hacian los doctores de la Ley antigua, presentándose con una dureza de entendimiento y de espíritu enteramente contraria y repugnante al de amor y caridad de nuestro Legislador Santísimo; y que la escuela de Jesucristo se preserve siempre de aquellos hombres engañadores que exageran las leyes porque se dispensan de ellas. ¡Cuánta cautela! ¡Cuánta prevision! ¡Cuánto conocimiento no es necesario para precaucionar á los fieles sencillos contra la levadura de la falsa doctrina de los arrogantes y presuntuosos sabios! Si para conocerlos es preciso un don particular del Señor, y la discrecion y discernimiento de espíritus con que acostumbra su bondad favorecer de cuando en cuando á sus hijos amados, á quienes concede particulares distinciones, para denunciarlos al público y esponerlos á la censura rígida del pueblo, es indispensable, no hay duda, una autoridad que emane verdaderamente de aquel que obtiene la suprema entre todos los monarcas

:

del universo: porque solo así es heredero del valor de Jesús, el que le tiene para arrostrar la orgullosa ira de los presuntuosos de la tierra, puesto que los lobos disfrazados no consienten que se les arrebate impunemente y sin riesgo la inocente oveja que se propusieron devorar.

El Redentor dulcísimo de los hombres, cabeza principal, ejemplar y modelo de todos los pastores, experimentó en sí mismo la contradicción mas horrible desde el momento en que quitó á los fariseos la máscara de la hipocresia con que se cubrían. Sin concederle un momento de tregua, armábanle nuevos lazos, preparábanle cautelosas celadas y hacíanle nuevas y multiplicadas preguntas, mas capeiosas las unas que las otras. Los escribas sucedían á los fariseos, y estos á aquellos, ó bien para oprimirlo con su número, ó bien para embarazarlo con la impertinente multitud de sus sofismas. A toda costa deseaban arrancar de su boca una respuesta que teniendo diversas interpretaciones pudiese ser delatada en sentido odioso á los magistrados: y estos por su parte solo esperaban alguna delación con que colorear la injusticia atroz que meditaban. Pero todo fue en vano: era imposible que se escapase al hombre Dios infinitamente sabio, una respuesta indiscreta. Despreció el Señor las astucias de sus enemigos, respondiendo con gran magestad y sosiego á las importunas preguntas de todos ellos: añadiéndoles por último esta amenaza espantosa: Gente ingrata, nación infiel, presto me separaré la muerte de vosotros, y no me vereis mas hasta el último día, en el que reconocereis, á pesar vuestro, que yo soy aquel de quien habló el Profeta; esto es, aquel que viene en el nombre del Señor, y que merece los respetos, las alabanzas, y bendición de todos los pueblos. Entonces los que hubiesen creído en Mí, los que hubieren hecho penitencia y se hallaren en el número de los escogidos, todos dirán llenos de consuelo y alegría: Bendito sea para siempre el que viene en el nombre del Señor: esto es, dice S. Crisóstomo (1), *en su segunda venida*: y esto lo dirán tambien los incrédulos con los judíos, que entonces se convertirán; y á estos precisamente alude el profeta Oseas (2) cuando dice: Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin Ephod y sin Therapfines ú oráculos, y despues de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo y del descendiente de David, su Rey y Salvador:

(1) Div. Critost. hom. 46. in Mat.

(2) Ose. cap. 3. vs. 4. et 5.

y buscarán con santo temor y respeto al Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Dios y Salvador mio, consuelo de mi corazon, concédeme la gracia de que antes que me acerque á recibir el manjar espiritual que me tienes preparado, á saber, antes de recibir tu preciosísimo Cuerpo en la Santa Eucaristia, sea reengendrado, bautizado, y espiritualmente lavado por la santa confesion; á fin de que, libre de todas las asechanzas y acusaciones de mis enemigos, pueda dedicarme con todo el fervor de mi corazon, á adorarte, alabarte y vendecirte. Concédeme tambien que evite toda simulacion é hipocresia: toda arrogancia y ambicion; para que jamás peque contra Tí, ni contra mi prógimo, por la mentirosa usurpacion de la virtud, ó de la perfeccion; por el deseo de una vanidosa singularidad; por la temeridad de la injusticia de mis juicios; ó por la perversidad de alguna mentira ó engaño; para que jamás me haga participante de la vanidad de los fariseos; sino que guiándome Tú, con tu santa verdad, á Tí vaya, y por Tí viva eternamente en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al 11 de San Lucas desde el versículo 39 hasta el 54: y al 23 de S. Mateo, desde el versículo 13 hasta el 39 ambos inclusive.

La Iglesia usa de varios trozos de estos Evangelios en diversos dias; á saber, del evangelio de S. Mateo desde el versículo 34 al 39 en la festividad del proto-martir S. Esteban; y como de los otros trozos no hay un Evangelio continuado, se pone á continuacion la letra testual del de S. Mateo como primero en el orden de los Evangelistas, y como que contiene con alguna mayor minuosidad los hechos que se han referido: dice asi.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. XXIII, desde el versículo 19 hasta el 39 ambos inclusive.

En aquel tiempo dijo Jesus á los escribas: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos á los hombres: porque ni vosotros entraís, ni dejais entrar á los que entrarían, impidiéndoles que crean en Mí. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que devorais las casas de las viudas, con el pretexto de hacer largas oraciones: por eso recibireis sentencia

mucho mas rigurosa. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque andais girando por mar y tierra, á trueque de convertir un gentil: y despues de convertirlo, le haceis con vuestro ejemplo y doctrina digno del infierno dos veces mas que vosotros. ¡Ay de vosotros, guias ó conductores ciegos! que decís: el jurar uno por el templo no es nada, no obliga: mas quien jura por el oro del templo, está obligado. ¡Necios y ciegos! ¿qué vale mas, el oro, ó el templo, que santifica al oro? Y si alguno, decís, jura por el altar, no importa: mas quien jurase por la ofrenda puesta sobre él, se hace deudor. ¡Ciegos! ¿qué vale mas, la ofrenda, ó el altar que santifica la ofrenda? Cualquiera pues que jure por el altar, jura por él, y por todas las cosas que se ponen sobre él. Y quien jura por el templo, jura por él, y por aquel Señor que le habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está en él sentado. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que pagais diezmo hasta de la yerbabuena, y del eneldo, y del comino, y habeis abandonado las cosas mas esenciales de la Ley, la justicia, la misericordia y la buena fé: estas deberiais observar, sin omitir aquellas. ¡Oh guias ciegos! que colais cuanto bebeis, por si hay un mosquito, y os tragais un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiáis por defuera la copa y el plato, y por dentro en el corzon estais llenos de rapacidad é inmundicia. ¡Fariseo ciego! limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de afuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos á los hombres, mas por dentro estan llenos de huesos de muertos, y de todo género de podredumbre. Asi tambien vosotros en el exterior os mostrais justos á los hombres: mas en el interior estais llenos de hipocresia y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que fabricais los sepulcros de los profetas, y adornais los monumentos de los justos, y decís: si hubieramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubieramos sido cómplices en la muerte de los Profetas. Con lo que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de los que mataron á los Profetas. Acabad pues de llenar la medida de vuestros padres. ¡Serpientes, raza de víboras! ¿cómo será posible que eviteis el ser condenados al fuego eterno?

Lo que sigue es el Evangelio de la Misa del proto-martir S. Esteban.

Porque hé aqui, que yo voy á enviaros Profetas y sabios, y escribas, y de ellos degollareis á unos, crucificareis á otros, á otros azotareis en vuestras sinagogas, y los andareis persiguiendo de ciudad en ciudad: para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarias, hijo de Barachias, á quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán á caer sobre la generacion presente. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! que matas á los Profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuántas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? Hé aqui que vuestra casa va á quedar desierta. Y asi os digo: en breve ya no me vereis mas, hasta tanto que digais: bendito sea el que viene en el nombre del Señor.





CAPITULO XXVI.

**ELIGE UN HOMBRE AL SALVADOR PARA QUE SEA ÁRBITRO Y JUEZ
ENTRE ÉL Y SU HERMANO; Y ES REPRENDIDA LA DEMASIADA
CODICIA DE UN RICO.**

Son tan maravillosos y sorprendentes los efectos de la justicia, que por mas que el hombre quiera encerrarlos en el fondo de su corazon, á su despecho y pesar no se descubran alguna vez; y siendo tan grande la de Jesucristo, claro es que no podia permanecer escondida ú oculta mucho tiempo: asi es que á pesar de la fuerza de sus razonamientos, y de la energia de sus reprensiones, por mas terribles que fueran, era buscado de las turbas, y á todas partes seguido de ellas, porque la rectitud de sus juicios cautivaba tambien los corazones: pero como era en ellos infalible, y era asimismo eterna su justicia, ni se entiviaba, ni desmallaba su celo por violentas que fuesen las persecuciones que contra El suscitase la envidia feroz de sus enemigos.

Pocos meses habian pasado despues de la terrible reprimenda que dió á los escribas y fariseos, cuando oprimido por una multitud de turbas que en pos de El corrian, tuvo ocasion de añadir algunas pinceladas notables al retrato horroroso que de sus enemigos habia hecho. Sabia bien la candorosa sencillez de sus Discípulos, y se dirigió mas particularmente á ellos, para que se cautelasen contra la faustosa doctrina de los fariseos, y el desarreglo con que cubrian hipócritamente sus perversas costumbres. Ellos, les dijo el Maestro Divino, tienen astucia para todo, y saben ocultar con maña toda la perversidad de su alma, del conocimiento de los hombres; pero al fin ella se descubre sin remedio, pues nada hay tan oculto en el mundo que no se llegue á conocer. Así les dió á entender al mismo tiempo que lo propio sucederia en el reino de Dios, cuyo establecimiento les confiaba. Vosotros, les añadió, que sois mis Apóstoles, descubriréis hoy privadamente las máximas de este reino, y vosotros las predicareis en medio del día, y á vista de todo el mundo. Vosotros las direis en secreto y al oído de los fieles, y se publicarán sobre los techos de las casas. Entonces vosotros y los fariseos, sereis conocidos de todo el mundo por lo que sois, y se declarará la guerra: ellos la llevarán contra vosotros hasta el último extremo. Pero desde luego os prevengo á vosotros que sois mis amigos á quienes amo, y que me amais, que no temais á vuestros perseguidores, y que no cedais en nada del valor y firmeza de vuestra conducta. No por eso os prometo que no os podrán alcanzar sus tiros, y que sereis insensibles á sus golpes: que no seria digno de los ministros que Yo elegí el no saber sufrir, padecer y aun morir por Mí.

Facil es de conocer toda la sublimidad y grandeza, no menos que la importancia de esta doctrina de Jesus, á sus Apóstoles. Enviábales á predicar el reino de los cielos, habíales revestido con todo el aparato de su poder y autoridad divina, queria salvar de la perdicion, y atraer otra vez al redil de su padre las ovejas descarriadas de la casa de Israel, y debia anunciarse la verdad santa á los gentiles é idólatras, y por último queria enseñarles no solo el desinterés, sino hasta el desprecio del oro, de la plata, y de todas las cosas necesarias para la decencia de la vida; y era preciso por lo mismo revestirles del espíritu de desprendimiento: y como no se le ocultaba que habian de sufrir persecuciones, que serian llevados ante los tribunales, que serian acusados, calumniados, aborrecidos y entregados por fin á la muerte, por aquellos que ellos mismos no podian pensar; los armó de la entereza de la fé, de la li-

bertad con que debian declarar los mandatos pertenecientes al misterio ocultísimo del reino de Dios, á fin de que cuando viesan cumplirse todas estas cosas permaneciesen firmes é intrépidos contra las persecuciones del mundo que les acababa de anunciar; á todo lo que aludió aquella sola espresion, no os aterreis, ni confundais, á vista de los que matan el cuerpo aunque sea con durísima y violenta muerte: hecho esto, ya nada les queda que hacer, al alma no pueden llegar.

Esto mismo ya se lo habia repetido otra vez el Señor, como lo acuerda S. Mateo; y por esto les refirió aqui de nuevo los motivos de confianza que les debia suministrar el poder y la misericordia de su Padre celestial, sin cuya voluntad no podia perecer ni un solo cabello de su cabeza. Recordóles de nuevo la obligacion que tenían de no avergonzarse de la profesion de predicadores del Evangelio, so pena de ser negados y desconocidos de su maestro en el dia del juicio: renovándoles por último las promesas de su proteccion, y de la asistencia de la gracia del Espíritu Santo en el tiempo de sus tribulaciones; cuando de repente fue interrumpido su discurso por un hombre importuno que imaginaba tener que proponerle cosas muy importantes. Señor, le dijo, con libertad indiscreta; yo tengo un hermano que rehusa darme parte en la herencia de mi padre; se ha alzado con toda ella: ordénale, pues, que la divida conmigo. Imaginábale el que pedia, revestido de la calidad de Profeta; creia por lo mismo que el Salvador podia mandarle, y no se persuadia que su hermano se atreviese á apelar de las sentencias. El Redentor dulcísimo queria enseñar á ese hombre y á todos en general, que no habia bajado del Cielo para mezclarse en negocios temporales; y por esto le respondió con todo el lleno de su amabilidad y dulzura: hombre, dime, ¿quién me ha constituido juez ó árbitro de vuestras particiones? pensais vosotros que Yo he venido al mundo para entender en vuestras quejas, y evacuar vuestros pleitos? *Hombre*, le dijo, para demostrar que era carnal y terrenal, y que su pretension era puramente terrena, y nada tenia de espiritual: y le añadió, *¿quién me ha constituido juez y particionero vuestro?* para demostrarle que sus resoluciones y juicios no serian jamás sobre las posesiones de la tierra, sino sobre las celestiales. Que fue lo mismo que si le dijera: yo no soy Dios de la disension ó de la dispersion; sino que lo soy de la coleccion, de la paz y de la union; porque vine á pacificar á los hombres, con Dios y con los Angeles, y para que muchos no tengan sino un solo corazon y una sola alma: para que no esten divididos por varias y diversas cosas

de la tierra, sino que vivan hermanados y unidos por la caridad, y sean todas las cosas comunes entrejellos: para que ninguno de ellos sea menesteroso y pobre, sino que todo lo que cada uno tenga, se reparta entre todos segun la respectiva necesidad de cada uno. El que no junta conmigo, á Mí no se reune y mis consejos no sigue: es destructor de la fraternidad y autor de disensiones: sobre todo lo que, dice el Venerable Beda: (1) Con razon se llama hombre el que se atreve á interrumpir con motivo de divisiones terrenas el admirable discurso que el Maestro Divino pronuncia sobre los gozes celestiales y la paz del corazon, porque escrito está, (2) ¿habiendo entre vosotros celos y discordia, no es claro que sois carnales y que procedeis como hombres? Y San Ambrosio (3) dice: muy bien hace en declinar de las contenciones y disputas de las cosas de la tierra, el que precisamente habia venido para las celestiales. Rehusa ser juez y árbitro en los pleitos puramente terrenales, el que lo es por su naturaleza y autoridad eterna, de los vivos y los muertos. No solo pues ha de mirar el hombre lo que pide, sino á quien lo pide. No es por consiguiente reprochado sin motivo este hermano, que queria ocupar en el conocimiento de las cosas corruptibles, el dispensador de las celestiales.

Hermoso ejemplo es este que no deben echar en olvido los predicadores del Evangelio, y los repartidores de los dones espirituales; porque menos aptos se mostrarán para las cosas espirituales, los que se mezclen en los negocios seglares y contenciones puramente terrenas. En atencion á esto dijeron los Apóstoles consolando á todos los discípulos de Jesus (4): no es justo que nosotros descuidemos la predicacion de la palabra de Dios, por tener cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sugetos de buena fama llenos del Espíritu Santo, y de inteligencia, á los cuales encarguemos este ministerio: y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oracion, y en la predicacion de la divina palabra. Pero de qué manera tan distinta suceden hoy las cosas! Dominados por el falso celo, y por el deseo de sostener una autoridad precaria, se entrometen muchos en conocer y juzgar causas ajenas enteramente y contrarias al modesto ejercicio de la oracion, y al de la predicacion de la divina palabra; arrastrados y

(1) Ven. Bed. in cap. 12. Lucæ.

(2) Ep. 1. ad Cor. cap. 3. v. 3.

(3) Div. Ambros. lib 7. in Luc.

(4) Actor. c. 6. v. 2.

conducidos por el espíritu destructor de la avaricia. Nadie mejor ni con mas derecho que Jesus pudo hacerlo: sin embargo no quiso, por no dejar el alto ejercicio de las cosas espirituales, para entrometerse en las temporales; y para que no se creyera que él queria favorecer la avariciosa codicia del que le suplicaba, dirigida precisamente la súplica á la reconvencion del hermano, por el apego y amor á las cosas de la tierra.

Despues que el Salvador cuasi puede decirse que despreció la súplica del que le rogaba, volvióse á los discípulos, y á las turbas que tenia presentes, y les dijo: ya veis á lo que se reduce el amor de los bienes de este mundo, y como aparta á los hombres de la atencion que deben tener á las cosas del cielo. Yo estaba hablando de las mas sublimes de la religion; ya habeis visto como se me ha interrumpido para la decision de un pleito. Guardaos de la solicitud de los cuidados inquietos que lleva tras sí una codicia que no se puede satisfacer. Persuadios á que no se vive ni con mayor felicidad, ni por mas largo tiempo, por haber multiplicado riquezas, y ensanchado y dilatado prodigiosamente grandes posesiones. Nada en el mundo puede llenar las exigencias ambiciosas del corazon del hombre: nada tampoco puede librarle de la muerte. Escuchad sobre este particular una parábola bien triste por cierto; grabadla profundamente en vuestras almas, y procurad no olvidarla jamás.

Un hombre poderoso tenia una dilatada y hermosa heredad que le daba frutos con abundancia. Recreábase con frecuencia con esta lisongera idea, meditaba sobre la multitud de sus bienes y riqueza, y decia: ¿dónde echaré ahora todos mis granos? No tengo lugar suficiente para encerrarlos. Esme preciso tomar sobre ello una resolucion. Ya sé que haré, dijo al instante: demoleré mis casas y edificios pues son viejos: edificaré otros mayores y mas capaces, encerraré en ellos cómodamente la gran cosecha de este año, que aumenta mucho mis riquezas, y me deja verdaderamente acomodado. A vista de esto bien podré decir, alma mia, alégrate: y empecemos á gozar de las delicias de la vida. Mira los bienes que posees, ellos te servirán para alimentarte muchos años: bastante hemos trabajado, tratemos de descansar; holguemos, hagamos festines y divertámonos. No pienses en otra cosa que en comer, beber y darte buena vida. ¡Qué locura! miraba en aquellos bienes su mayor felicidad, y como el colmo de su dicha; pensaba gozarlos solo, sin que persona alguna, ni aun los pobres tuviesen en ellos la menor parte; y este hombre, que no hizo cuenta con el árbitro Soberano de la vida y de la muerte; ni con la providencia de Dios,

y de su justicia, de la que dependia el cumplimiento de sus deseos y proyectos; mientras se alimentaba y saboreaba con sus lisonjeras ideas, tuvo noticia de que Dios habia sentenciado su causa, y que habia salido condenado en su justo juicio. ¡Oh necio, en qué piensas! Esta noche será arrancada tu alma de tu cuerpo, y de todos estos bienes que te prometes gozar mucho tiempo; quién será el poseedor despues de tí? Ten por cierto que la muerte te los arrebatará, y pasarán á otro dueño. Ved ahí la muerte de los ricos: ellos atesoran para sí; ó por lo menos asi lo imaginan, y se les pasa la vida en prevenir comodidades, las que ó no las gozan jamás, ó las gozan por muy poco tiempo. Dichosos los que no son ricos, sino por los intereses de Dios, y con el designio de enriquecer á los pobres; de los que Su Magestad es padre. Ellos solos son los que sacan verdaderas ganancias de los bienes que recibieron, porque todo su comercio se funda en la caridad.

S. Agustin (1) discurre con su acostumbrada elocuencia y profundidad sobre este rico desventurado, y dice: Afligiase este rico en medio de su opulencia, y era infeliz entre sus bienes presentes, porque debia serlo mas en la eternidad. Su herencia no le dió tan pingües réditos, como le causó atroces tormentos. Sus grandes afanes crecieron con su avaricia, y nacieron sus angustias de la mayor abundancia que Dios le habia concedido. Pensaba en el fondo de su corazon, sin atreverse á pronunciar una palabra para no ser oido; porque los ricos avaros poseidos de miedo, temen aun el ser mirados de otros hombres. Deseaba preparar graneros, y se olvidaba de que graneros bien preparados tiene el gran padre de familias en los vientres de los podres. Olvidóse de que á todos es comun la misma naturaleza, y deseando ensanchar los graneros temporales, se olvidó de los pobres de Cristo. Codicioso decia: ¿dónde juntaré mis bienes? Cuando mejor debiera haber repetido, ¿cómo los repartiré entre los pobres? Para mí solo no me dió Dios tantos bienes en la tierra, debo pues repartirlo entre mis hermanos necesitados. Y San Ambrosio añade (2): No son bienes del hombre los que al hombre no acompañan siempre: la misericordia sola es el bien inseparable del hombre, pues le acompaña en la vida y en la muerte.

Satisfecho el rico avaro en la consideracion de los bienes que á su vista tenia, dijo á su alma: ¡alma mia, muchos bienes tienes!

(1) Div. Augustin. Serm. 20. De Verb. Dm.

(2) Div. Ambros. lib. 7. in Luc.

Mejor hubiera dicho , uno solo , porque este era la gran misericordia que en ellos podia haber vinculado para su alma. Prometíase gozarles muchos años : y su deseo debió precisamente haber sido, que otros muchos hombres infelices los hubieran gozado con él. El rico, pues, no puede fabricar graneros permanentes donde sus granos deposite, si no los consigna en la mano del pobre ; y lo que es mas necio aun , y detestable , es , que se trace una vida muy larga, cuando de ella no puede disponer ni un solo momento ; y el alien-to que respira puede ser el último de su vida. Tienes , pues , ¡oh rico! concluye S. Ambrosio, abundancia de granos encerrados en tus graneros, pero allí no tienes encerrados los años que has de vivir. No seas necio, reparte con profusion cuanto Dios largamente te dá: el crimen no está en recoger , sino en retener , y puesto que todos los años te da Dios, tambien todos los años debes repartir , y siempre á proporcion de lo que Dios te hubiese dado ; si mucho, mucho: y si poco, tambien de este poco al pobre debes repartir con generosidad y alegría.

Satisfecho con la vista de sus bienes y con la esperanza de gozarlos, continuó el desgraciado rico diciendo á su alma : *Descansa*, esto es, del trabajo, ó de trabajar mas en tu vida. A la peste de la avaricia , añadió la enfermedad vergonzosa de la pereza , y el descuido de rogar á Dios aun para que le concediese nuevos bienes temporales ; hé aqui la *ociosidad* espantosa, madrastra de todas las virtudes. *Come*, añadió, hé aqui la *golosina*. *Bebe*, hé aqui la *embriaguez*. *Ten espléndidos convites*, y hé aqui como vinieron á unirse la *voluptuosidad* y la *lascivia* á todos los demas vicios; cuyos cuatro males acostumbran siempre á seguir la abundancia de riquezas. Estos fueron los cuatro gravísimos crímenes por los que descendió fuego del cielo sobre la infortunada Sodoma. A este propósito parece que dijo el eclesiástico: nunca negué á mis ojos nada de cuanto he deseado: ni vedé á mi corazon el que gozase de todo género de deleites, y se recrease en las cosas que tenia yo preparadas: antes bien juzgué ser esta mi suerte, el disfrutar de mi trabajo ó industria. Mas volviendo la vista hácia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me habia afanado, vi que todo era vanidad de vanidades, y afliccion de espíritu, y que nada hay estable en este mundo.... Por cuyo motivo he dado de mano á todas estas cosas, y he resuelto en mi corazon no afanarme mas por nada de este mundo: visto que despues de haber uno trabajado con sabiduria y doctrina, y desveládose, viene á dejar lo adquirido á un holgazan: cosa que ciertamen-

te es una vanidad, y mucha desdicha. Porque ¿qué frutos saca el hombre de todos sus afanes y de la aflicción de ánimo con que se atormentaba en este mundo. Llenos están de dolor y de amargura todos sus días; ni aun por la noche goza de reposo su alma... ¿Quién podrá regalarle y abundar en delicias tanto como yo. Sin embargo yo soy verdaderamente un infeliz.

Según el Venerable Beda, no fue reprendido este rico porque cultivase la tierra, y conservase sus frutos: sino porque colocase toda su esperanza en ellos; y porque computando su felicidad por su abundancia, nada cuidase de repartir á los pobres, estando el mandato espreso del Señor que dice: *Da de limosna lo que te sobrase*, y solo procurase reservar este sobrante para sí en el tiempo futuro. Habló y pensó interiormente, creyendo que nadie le observaba y contemplaba; y á sus deseos respondió prontamente la voz de la justicia divina amenazándole con que en aquella misma noche se le arrebataría la vida. Deseaba como necio, y olvidábase de que en Dios, desear, hablar y querer una cosa, es hacerla de repente según la espresión del Salmista. *El lo dijo y todo quedó hecho*. (1) Muy bien, dijo San Basilio, le dió la justicia de Dios el nombre de necio, porque negó con su hecho la bondad de Dios, y desconfió de su providencia (2). El Venerable Beda añade (3): Tú que te prometías nadar muchos tiempos en delicias por los cuantiosos bienes que habías juntado, arrebatado esta noche prematuramente por la muerte, dejarás á los otros todo lo que con tantas maquinaciones y afanes lograste reunir. Y San Gregorio (4) concluye: En la noche fue arrebatado, el que mucho había juntado; y el que tanto se afanó para gozar muchos días, se vió privado del primero siguiente para empezar á gozar. De noche se le arrebató el alma; porque á obscuras vivía su corazón. Murió de noche, y fue privado de la luz eterna, aquel á quien le falta la luz de la consideración para proveer, y proveer, lo mas preciso y conveniente para el día de su verdadera necesidad. La mano del pobre es la tesorería del rico: y el mas rico para Dios es aquel que despreciando por Dios todas las riquezas transitorias, las deposita en la mano del pobre.

Por este rico se entiende todo hombre que congrega bienes tem-

(1) Ps. 148. v. 5.

(2) Div. Hom. 6. in Ditescentes.

(3) Ven. Bed. in cap. 12. Lucæ.

(4) Div. Gregor. lib. 22. Moral. cap. 2.

porales para vivir en la ociosidad y el regalo ; sucediendo con mucha frecuencia, que regularmente disfrutan poco, los que mucho se afanan por gozar mucho : míranse solo los tiempos presentes, y se desprecian los futuros; por esto, cayendo improvisadamente sobre ellos los demonios exactores injustos, llenan sus corazones de amarguras y remordimientos eternos, tanto como ellos pensaban gozar y disfrutar de bienes temporales. Muy fácilmente, dice San Gerónimo (1), desprecia todas las cosas, el que se persuade que dentro de muy poco ha de morir; porque como la muerte dice muy claro el abandono de la vida, nada de ella estima el que muerto se contempla. Llenos estaban los graneros del rico, pero no estaban satisfechos los deseos de su corazón. La avaricia nunca se ve harta, siempre roba, y jamás se sacia: ni á Dios teme, ni del hombre se avergüenza: no perdona al propio padre, y desconoce la verdadera madre: no contemporiza con el hermano, ni guarda fé á el amigo: oprime á la viuda, é invade demente y furiosa los tesoros del pupilo. ¿Qué locura es esta, amontonar oro para perder el cielo? La avaricia es una culebra de dos cabezas, y mata con la lengua de una y otra. Con la una, invade y roba lo ageno; y con la otra, se deleita con la posesion injusta de lo robado. (2) ¿ Crees tú que Dios es injusto porque distribuye los bienes con desigualdad? Tú abundas mientras el otro mendiga, para que consigas el mérito de una buena dispensacion, mientras gana el otro la laureola de la paciencia. Y si tú reputas como propio lo que á otros debes dar, ¿no te constituyes acaso un verdadero usurpador de lo ageno? Lo que posees, y en tu gaveta conservas, es el pan del hambriento, la túnica del desnudo, la sandalia del descalzo; y á tantos injustamente injurias, cuantos son aquellos á quienes justamente debias dar. (3) Y San Crisóstomo concluye (4): Todo lo que Dios nos da, nos lo da para que á otros demos: y para que de lo que recibimos, hagamos partícipes á los menesterosos.

ORACION.

¡O Señor! No me llares á juicio en la mitad de mis dias, ni permittas que muera con muerte improvisa y repentina; antes bien concéde-

(1) Div. Hieronim. ad Heliodor.

(2) Div. Gregor. lib. 15. Moral. c. 10.

(3) Div. Basil. hom. 6. in *Ditescentes*.

(4) Div. Crisost. lib. 1.º de *Providencia*.

me tiempo y lugar para que pueda hacer penitencia verdadera y fructuosa de mis culpas, que sea á Tí grata y acepta; despreciar todas las cosas terrenas; y darte en esta vida una tan condigna y cabal satisfaccion de mis pecados, que despues de ella merezca sin impedimento alguno verte, llegar á Tí seguro y alegre, y eternamente poseerte. Tú eres, Señor, mi única esperanza. Tú eres mi única posesion y gozo: Tú eres la parte que me toca en el reino de los Cielos, y Tú eres el único que me la has de restituir. Allí, Señor, descansaré contigo, en compañía de mis hermanos, tus Santos y escogidos: allí te gozaré, y me alegraré eternamente, poseyéndote con ellos en la eterna gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo pertenece al XII de San Lucas desde el versículo 12 hasta el 20 ambos inclusive.

La Iglesia no lo usa de su testo en ninguna Dominica ni FERIA del año; pónese sin embargo su traduccion testual, que dice así.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Cap. XII, vs. 12 al 20.

En aquel tiempo: dijo á Jesus uno de sus oyentes. Maestro, díle á mi hermano que me dé la parte que me toca de la herencia. Pero Jesus le respondió: ¡Oh hombre! ¿quién me ha constituido á mí juez ó repartidor entre vosotros? Con esta ocasion les dijo: Estad alerta, y guardaos de toda avaricia: que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que posee. Y en seguida les propuso esta parábola: Un hombre rico tuvo una estraordinaria cosecha de frutos en su heredad: y discurría para consigo diciendo: ¿qué haré, que no tengo sitio capaz para encerrar mi grano? Al fin dijo: haré esto: derribaré mis graneros, y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré á mi alma: ¡oh alma mia, ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe y dáte buena vida! Pero al punto le dijo Dios: Insensato, esta misma noche han de exigir de tí la entrega de tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado? Esto es lo que sucede, concluyó Jesus, al que atesora para sí, y no es rico á los ojos de Dios.



**SANA JESUS Á UN PARALÍTICO, DESPUES DE TREINTA Y OCHO AÑOS
DE ENFERMEDAD, EN LA PISCINA DE JERUSALEN.**

Ignorando los motivos que pudo tener el reverendo padre Ludolfo de Sajonia para no seguir en su obra la narracion de los sucesos del Evangelio, que siguen otros historiadores de mucha erudicion y fama; nos concretaremos estrictamente al órden que él tiene establecido, y diremos con él: despues de estas cosas subió Jesus á Jerusalem para celebrar una fiesta de los judíos, esto es, la Pascua de Pentecostés, que era la de los frutos nuevos, y en aquel mes se ofrecian al Señor las primicias de los frutos. Esta parece la opinion mas probable. En esta solemnidad hizo Cristo obras muy señaladas en distintas ocasiones. En ella echó del templo á sus profanadores, declaró la necesidad del bautismo, é hizo aquel gran convite de los cinco panes y dos pcces, del cual tomó ocasion para

hablarles del pan que bajó del Cielo para dar la vida al mundo.

No falta quien cree, y aun asegura, que esta era la que se llamaba *fiesta de PHURIN, DE LAS SUERTES, Ó DE MARDOQUEO*, establecida en memoria de la proteccion con que favoreció el Señor á su pueblo contra los intentos de Aman, la que se celebraba el día 15 del último mes. Los que así piensan, aseguran que aquel año cayó la fiesta en día de sábado, y no debía distar mucho de la Pascua. Estas circunstancias solamente se encuentran en la fiesta de las suertes el año 32 de Jesucristo, el cual, segun el orden del calendario de los judíos, era un año *embolístico*. En este tiempo y festividad, se supone que entró Jesus en Jerusalem sin ser esperado, y juzgó que para disponer los ánimos á oír sus lecciones, convenia despertarlos desde luego, llamándolos con un milagro tan claro y manifiesto que no fuese posible tener la menor duda de él.

Tres fiestas principales acostumbraban á celebrar los judíos, en las que era preciso que todos hubiesen al templo santo del Señor: estas eran, la solemnidad de los *Acimos*; la de las *Hebdomadas*, por otro nombre la de *Pentecostés*, y la otra se llamaba de los *Tabernáculos*. La primera, que se llamaba tambien *Phase*, que se interpreta *Tránsito*, se celebraba todos los años en el primer mes, que equivale á nuestro marzo, en memoria del beneficio de haberles libertado el Señor de la esclavitud de Egipto. Tambien nosotros celebramos espiritualmente esta fiesta, cuando abandonados los vicios, pasamos á las virtudes.

La segunda fiesta, esto es, la de las *Hebdomadas* ó *Pentecostés*, se celebraba en memoria de haber dado Dios la Ley á su pueblo, lo que fué el día 50 despues de su salida de Egipto. Esta fiesta celebramos tambien nosotros cuando obedecemos con puntualidad las leyes santas del Señor.

La tercera fiesta, que era la de los *Tabernáculos*, la que se llamaba por otro nombre *Plenopegia*, se celebraba en memoria del beneficio de la proteccion que visiblemente les habia dispensado Dios en los cuarenta años que caminaron por el desierto, habitando bajo tiendas de campaña, y á la sombra de las ramas de los árboles; significando que Dios les habia conducido por la tierra del desierto á la de Promision: y esta fiesta celebramos nosotros mientras que como peregrinos pasamos el desierto de este mundo; debiendo tener en tanto que le pasamos ramos verdes de virtudes en el fondo de nuestro corazon, para llegar á la patria dichosa que el Señor nos tiene prometida.

A estas fiestas sube el Señor como hombre, para celebrar con

los hombres las solemnidades prescritas en la ley. A ella se sujeta el Legislador eterno y concurre á la celebracion de la Pascua. Adviértase bien, que santifica Jesus la fiesta, y no la profana. Los que miran con desprecio las leyes y las costumbres de la religion, deben conocer la terrible acusacion que de ellos hace el Señor, puesto que, en las fiestas y solemnidades en que debieran aprovechar en la virtud, prevarican en su corazon, y escandalizan á los sencillos, pasándolas en profanas diversiones.

Sube Jesus á Jerusalem, que era la ciudad mas célebre, no solo de Judea, sino de todo el Oriente; y aunque habia degenerado de su antigua piedad, no dejaba Dios de obrar allí de tiempo en tiempo una maravilla, que aunque pública y sabida de todos, no servia para hacer mejores á los que la veian. Aun permanecia en Jerusalem una grande Piscina llamada por otro nombre *Bethsaida*, ó la *Piscina Probática*. Tambien se llamaba *Piscina superior*, porque descargaban sus aguas en otro estanque, al cual se daba el nombre de *Piscina inferior*, ó *baños de Silóe*, en el cual las aguas que caian de arriba, estaban sosegadas y se movian con silencio. Esta *Piscina Probática* era la misma que habia mandado construir Ezequias despues que el Señor le prolongó su vida, segun aparece en el libro IV de los Reyes (1), y estaba comprendida en aquella parte de la ciudad que mandó reedificar Nehemias, hijo de Arboz, prefecto de la mitad del cuartel de *Bethsur* hasta frente del sepulcro de David, y hasta la casa de los valientes de este Rey (2).

Hay quien asegura que tenia el nombre de *Piscina Probática*, porque era el estanque en que los sacerdotes lavaban las víctimas de los sacrificios, por cuya razon la llamaron algunos *Piscina de la oveja*; pero en lo que no hay duda es, en que las aguas que bajaban del templo iban á parar allí, y formaban un baño saludable para toda clase de enfermedades. En él estaba perfectamente representado el lavatorio de la justicia cristiana, que obró en nosotros la sangre del cordero de Dios, hecho víctima por los pecados del mundo. Esta *Probática Piscina* era tambien uno de los mas bellos ornamentos de la ciudad, por los cinco pórticos ó galerias cubiertas con que la embelleció Nehemias al tiempo de restablecerla, despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia. En el agua de esta Piscina ve dibujado San Agustin el pueblo judaico, circumbalado de los cinco libros de Moisés como de otros tantos pórticos (3). La

(1) Lib. 4. Reg. cap. 20. v. 20.

(2) Lib. 2. Esdræ. cap. 3. v. 16.

(3) Div. Augustin. in Joann. c. 5. Tractat. 17. núm. 2.

historia no nos da otras noticias de este célebre monumento, ni aun en los siglos mas vecinos á los del Evangelio; por lo que es preciso sujetarnos á lo que hemos dicho, y conformarnos con la narracion sucinta del Evangelio.

Estas galerias ó pórticos estaban frecuentemente llenos de toda clase de enfermos, que esperaban que el Angel moviese las aguas de aquel baño, porque el que primero entraba en ellas despues del movimiento que las daba el Angel, quedaba infaliblemente curado de cualquiera enfermedad por grave é inveterada que fuese. Desesperábanse los incrédulos á vista de un suceso tan milagroso que no podia dudarse, y que guardaba una especie de período regular, aunque el dia no era fijo, ni siempre el mismo: lo que era causa de que siempre se viesen alrededor de ella multitud de enfermos, que formaban como un grande hospital. Como Jesus era infinitamente misericordioso, concurrió á aquel lugar para ejercer su misericordia; y al caminar por medio de tantos hombres que allí habian concurrido, los unos con la esperanza de ser curados milagrosamente, aunque para uno solo habia de ser el milagro, y llevados los otros de la curiosidad de presenciarlo, fijó su vista el Salvador clementísimo en un desventurado, que hacia 38 años que padecia una cruel enfermedad, á causa de la cual habia perdido el uso de todos sus miembros, y se veia precisado á hacer que lo llevasen en su cama; no habiendo perdido las esperanzas de recobrar su salud, á pesar de las tentativas inútiles que en tantos años habia hecho: á él se acercó Jesus, y sin preguntarle ni el tiempo que llevaba de enfermedad, ni cuál era la que padecia, porque nada de esto ignoraba, solo le preguntó si queria ser curado.

Tampoco podian ocultarse los deseos del paciente al que era infinitamente sabio; pero convenia que él mismo los manifestase, que declarase la insuficiencia de sus esfuerzos, y las diligencias que sin ningun fruto habia practicado; y asi al oir la pregunta del Salvador, le contestó: ¡Ah Señor! mi único y sólo deseo, es el conseguir la salud. Para lograrla, hago que todos los años me conduzcan á este puesto, donde me veis padecer; mas como no tengo un hombre que se interese por mí, y tenga el cuidado de arrojarne el primero al agua despues que el Angel viene á moverla, me quedo siempre sin la salud que tanto apetezco. Mientras mis esfuerzos hago, se me anticipa otro, mírole salir del baño sano y robusto, quedándome con el dolor de verme conducir otra vez á mi casa enfermo, como antes estaba.

No podian menos estas palabras de conmover las entrañas mise-

ricordiosas del Señor: y levantando su mano y dirigiendo su voz al enfermo, dándole al mismo tiempo su bendicion augusta y sacrosanta, le dijo: *Ya estás sano, levántate, toma tu cama, y anda: y en seguida, obrando con la fuerza y eficacia de su palabra el milagro portentoso de la curacion del paralítico, se apartó insensiblemente, y desapareció de en medio de la multitud que allí se habia juntado. Obediente el paralítico mientras tanto á la intimacion de su bienhechor, lleno de vigor y fuerzas, se levantó, tomó su cama, cargóla sobre sí, y sin que la carga le sirviese de peso ni de incomodidad alguna, echó á andar libre y desembarazadamente, á vista de todo el mundo. Este milagro, que era una prueba de la bondad del Salvador, y un efecto visible y grandioso de su poder, fue condenado por los judios como una profanacion y quebrantamiento de la ley, por haber sido hecho en día de sábadó. Con esta falsa apariencia de piedad, con que ordinariamente coloreaban su odio y sus celos, inquietaban al paralítico, alterando su gozo, y diciéndole que no podia llevar á cuestras su cama, sin violar la ley del Sábado. El alegaba en su defensa el mandato del que le habia curado, y esta era en verdad toda su justificacion. Fácil es de conocer que aunque esta curacion repentina renovó la memoria de otras tantas como Jesus en iguales dias habia obrado, creyeron no sin fundamento que el Señor se hallaba en aquel recinto; pero como Su Magestad hasta entonces no se habia dado á conocer en aquel día, abandonaron el prodigio á la admiracion del pueblo, y se dirigieron al curado, no tanto para acriminar su obediencia, cuanto por averiguar el paradero de Jesus.*

Yo bien sé, les decia, que no tengo facultad para quebrantar el precepto de la ley, pero el que me sanó, me dijo: *levántate, toma tu cama, y marcha.* Es muy verosímil que El sepa tanto como vosotros sobre la observancia de este día; juzgad lo que quisiereis; la repentina y perfecta curacion que en mí ha obrado con sola la virtud y eficacia de su palabra, me indica que tiene un poder muy superior al vuestro; por consiguiente yo no tengo de hacer sino lo que él me mandó.

De furor y corage bramaban los escribas y fariseos, tanto por oir la contestacion contundente del paralítico, cuanto porque habiéndole preguntado quién era el hombre que tal mandamiento le habia impuesto, no solo no supo decir su nombre, sino que aseguraba no lo conocia, ni lo habia vuelto á ver despues de su curacion. De diversas maneras piensan algunos autores sobre este particular. Hay quien cree que por una especie de ingratitud muy or-

dinaria en los hombres, no procuró el paralítico averiguar quién fuese su bienhechor, contento solamente con gozar el grande bien que acababa de recibir; estos son los menos; así como hay quien opina que Jesus inmediatamente despues de haber obrado el milagro, se retiró de entre el concurso como á escondidas, como parece lo indica con claridad el contesto del Evangelio; para darnos á entender que cuando hacemos algun bien á nuestro prójimo, siempre conviene mucho que recatemos nuestra persona, para evitar las cortesias de la gratitud en favor nuestro, y el que por ello seamos mas queridos y obsequiados. Los escribas y fariseos no podian negar la verdad del milagro, porque miles de testigos presenciales los hubieran desmentido y confundido, y hubiera cerrado la boca á su desenfrenada maledicencia la curacion perfecta de un mal conocido por incurable treinta y ocho años hacia.

San Pedro Crisólogo (1) esposita esta órden terminante de Jesus dada al paralítico de esta manera: *toma tu camilla y anda*. Esto es, lleva al que antes á tí te llevaba, para que sea prueba de tu salud lo que hasta ahora ha dado testimonio de tu dolencia; para que la camilla de tu dolor sea indicio de mi milagro; para que la grandeza de la carga muestre ser tambien grande tu fortaleza. Así el penitente lleva la carga del pecado, en el que antes permaneció como descansando, cuando cumple la penitencia que por aquel se le impuso; y camina mas que con los pies del cuerpo, en el aprovechamiento de la virtud. La camilla en que está tendido el pecador miserable, es el deleite que al parecer siente cuando le comete; y en tantas ocasiones queda impedido de llevarla, cuantas son las que por la costumbre en el pecado recae. Así pues, llevando la camilla y andando, manifestó que el milagro de la curacion perfecta se habia obrado interiormente en el alma, y exteriormente en el cuerpo.

Tres cosas mandó el Señor al paralítico, y son: que se levante, que tomase su camilla, y andase; para manifestar que se le habia restituido perfectamente su salud; y estas tres son particularmente las que se requieren para probar la justificacion del pecador. Primera, que se levante apartándose de los pecados. Segunda, que tome su camilla llevando la carga de la penitencia que por aquellos se le impone. Y tercera, que camine, andando siempre de lo bueno á lo mejor, y de virtud en virtud, hasta la cumbre de la santidad. Treinta y ocho años hacia que padecia el enfermo, y sin embargo no desesperaba. Grande ejemplo de paciencia

(1) Div. Petr. Crisol. Serm. 50. circa fin.

que se de á los pecadores, para que insistiendo en las súplicas de la oracion, tengan grande esperanza de conseguir la salud de aquel, que dice: pedid, y recibireis; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá; porque la verdadera conversion es obediente á la voz de Cristo, y con ella desaparece la enfermedad del alma, y se habilita el hombre para merecer cada vez mas las misericordias del Señor.

Injustos en todo los fariseos, aparentaron escandalizarse de la obediencia del paralítico; pero ella encierra para nosotros la grandísima y no menos importante instruccion, de que para asegurar nuestra curacion espiritual, es preciso obedecer los mandatos del ministro de Cristo. Aunque se habia escondido Jesus quiso comenzar esta nueva visita á Jerusalem por un milagro tan ruidoso; para que se oyesen despues con mas atencion sus santas y saludables doctrinas, que habian de empezar tambien en aquel dia, por el mismo paralítico. Hízose como en contradicho con él en el Templo, y le dijo: Ya ves como estás sano: guárdate bien de pecar en adelante, y teme no te suceda alguna cosa peor que la enfermedad de que acabas de salir. Levantó los ojos el que habia estado paralítico, reconoció á su bienhechor, y le rogó que le manifestase su nombre para conservar preciosamente la memoria de aquel á quien debia un bien tan grande: y queriendo que su Soberano médico fuese de todos reconocido y honrado, marchó á decir á los judios que Jesus era á quien debia la salud.

Antes de analizar los funestos efectos que esta noticia produjo en el ánimo iracundo de los hipócritas, preciso es decir algo sobre el encuentro de Jesus y el paralítico en el Templo. Subió Jesus á él en cumplimiento de la Ley, y para dar gloria á Dios su Padre, porque le habia hecho el dispensador de sus misericordias y gracias. Y subió el paralítico al Templo, porque es el lugar de la oracion, y para dar gracias á Dios de la sanidad que habia recibido. Colocado entre las turbas, no conoció al Señor; pero en el Templo le halló y le conoció. No se halla fácilmente á Jesus entre la multitud confusa de los hombres, y entre la turbacion que ocasionan los cuidados temporales; hállase empero en el retiro espiritual, en el secreto del corazon, y en el templo de nuestro espíritu, donde se digna habitar por su gracia. Ningun retiro mejor que el templo, ningun asilo mas seguro, ningun refugio mas santo para los que de veras desean conservar la gracia recibida, y medrar y crecer en ella, huyendo de los lazos del siglo, orando, y oyendo la palabra de Dios que nos habla allí al corazon. ¿Y qué diremos de aquel que

por la mañana busca á Jesucristo en la piscina de la penitencia, y por la tarde busca la enfermedad que le pone paralítico en el sucio albañal de la corrupcion. No se halla Cristo en los lugares donde se pierden á un mismo tiempo la inocencia y el alma; hállese solamente en aquellos, donde se destierra de esta toda clase de abominacion; donde se la enriquece y adorna con la gracia, y donde se une íntimamente con él por el fervor de la oracion. Por último, debemos notar con S. Agustin, (1) que si queremos conocer las gracias del Salvador, y llegar á su perfecta vision, liemos de hair la turba incitativa y seductora de los malos pensamientos y perwersas inclinaciones! nos hemos de apartar de la reunion y asociacion de los hombres malos: hemos de correr al templo de nuestro corazon y de la oracion interior, esto es, al secreto de una buena conciencia, para que nos hagamos nosotros mismos el templo vivo de Dios, donde su Magestad se digne habitar y permanecer.

No era esto lo que pensaban los fariseos, pues en vez de admirar, como el pueblo crédulo y sencillo, las bondades del Señor en beneficio de los hombres, lo acusaron públicamente como transgresor de las leyes mas santas, procurando formar contra El un partido poderoso para desacreditarle, y bastante fuerte para quitarle la vida. No pueden ser verdaderos milagros, decian, los que se hacen por un hombre quebrantador de los preceptos de Dios. Buenos es restituir la salud á un enfermo, pero no puede serlo el ordenar á un discípulo de Moisés que en el dia del sábado vaya cargado con su camilla, quebrantando impunemente el precepto de la Ley á vista de una innumerable multitud. No: no puede ser, repetian, hombre de Dios, y tener un poder venido de Dios, el que tan poco respeto tiene á sus órdenes: como si las obras admirables y santas que obraba Jesus no hubiesen sido mas propias para santificar que para profanar el dia del sábado. De aqui inferian y publicaban, que no pudiendo autorizar Dios aquellos prodigios, por ser, segun decian, contrarios á la Ley, necesariamente debian obrarse por la influencia y poder del espíritu de las tinieblas: y si alguna vez no se atrevian á denunciarlo asi al pueblo, que se hacia lenguas para publicar las maravillas que Jesus obrada, lograban al menos suscitar dudas, que detenian en algunos los frutos de la predicacion.

A estas atroces calumnias, respondia el Salvador, que en cuan-

(1) Div. August. Tract. 17. in Joann.
TOMO II.

to obraba seguía constantemente el ejemplo de su Padre, que era el autor del sábado; el que no cesaba de obrar, ya en la conservacion y gobierno del mundo, ya en la produccion de una infinitud de criaturas, que se veían nacer cada momento. Los escribas y fariseos eran suspicaces, y percibían también como los demás la fuerza y eficacia de esta justificacion, que no podían negar ni destruir; mas bien presto prevalecía en su corazón y tomaba grande incremento el odio que á Jesús profesaban; y faltos de toda razon, que aun los más rudos no dejaban de tener, se persuadían que la fuerza de sus invectivas y recriminaciones algo había de poder para la consecucion de sus depravados intentos. ¿Por qué fatalidad estremadamente grande para ellos mismos, preocupados y ciegos, no habían de detenerse en el examen sencillo de las palabras de Jesús? Si así lo hubieran hecho no hay duda que comprendieran fácil y claramente, que el Padre y el Hijo eran inseparables: y que lo eran por lo mismo sus obras: y no tan solo eran inseparables las obras del Padre y del Hijo sino también las del Espíritu Santo: porque así como la igualdad é inseparabilidad es de las personas, lo es también de las obras. Síguese de aquí, que todas las obras de la Trinidad augusta se llaman indivisas ó comunes á las tres Divinas Personas, porque todo lo que obra el Poder, lo modera y ordena la sabiduría, y lo confecciona y conserva la bondad: y así es, que nos enseñan Jesucristo y su Iglesia que todo lo que hagamos en el nombre de Dios y á mayor gloria suya, lo hagamos diciendo: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ó en el nombre de la Santa é Indivisa Trinidad*. Para que así como es indivisa la operacion, así también sea inseparable la invocacion. Así Cristo se escusó legal y legítimamente por sus obras hechas en días de sábado; pero como de esta escusacion se sigue que Cristo es igual á Dios su Padre, le perseguían por lo mismo como blasfemo con más encarnizamiento y furor; porque la blasfemia es pecado mayor que la violacion del sábado, y lo castigaba la Ley con mayor terribilidad y rigor: por lo que se añade en el Evangelio, que los judíos le perseguían con más ahínco y furor buscando ocasion de matarle, no solo porque quebrantaba el sábado, sino porque decía que Dios era su padre natural y consustancial.

Hasta aquí el odio de los escribas y fariseos puede decirse que había ido vagueando, permaneciendo unas veces como amortiguado ó suspenso, y otras como apagado ó muerto. Mas desde este día empezaron los actos públicos de hostilidad y la guerra sin descanso ni tregua que en adelante hicieron siempre á Jesús, sin cejar en ella

hasta conducirle al suplicio: importa por lo tanto formar una idea justa de la preocupacion de sus corazones, y de la dureza y obstinacion de sus ánimos. Sabian bien estos hombres feroces que habia en su Ley dos crímenes ó pecados que se castigaban con la pena de muerte: tales eran la violacion del sábadó y el pecado de blasfemia; por cuya razon todos sus conatos se dirigian á poder convencer al Salvador de uno de estos dos crímenes. Escusóse legalmente del primero, y por consiguiente le creyeron convencido del segundo, porque en su disculpa legal, habia probado que era Hijo de Dios é igual al Padre: no atreviéndose empero á condenarle por esta razon sola, á fin de justificar con mas claridad el pecado de Blasfemia que le imputaban, recorrian el sentido de las Escrituras, de las que se creian depositarios, y corrompian las tradiciones de sus padres para demostrar al pueblo que aquel no podia ser en manera alguna el Hijo de Dios enviado, ó el Mesias prometido, sino un hipócrita engañador; á fin de que, depuesta toda veneracion y respeto entrasen mas fácilmente en la horrible conjuracion que contra El meditaban. El Mesias, decian, que esperamos ha de ser un Rey glorioso segun el mundo, guerrero y conquistador: hará pedazos el yugo de los romanos que nos oprime, y sujetará las naciones. Como lo deseaban con tanto afán, así era tan firme esta su persuasion; y tergiversando y corrompiendo, segun su modo de pensar, los oráculos de todos los Profetas, solo aplicaban al Mesias que ellos ~~esperaban~~ los que podian convenir al sosten de sus mentidas esperanzas y groseras preocupaciones. Al Mesias que tenian á su vista le veian pobre y abatido, y despreciando las escrituras de los Profetas que su pobreza y abatimiento espresaban, no querian recibirle. No podian negar que habia aparecido entre ellos en el tiempo mismo que se prometian muy cercano su libertador. El es, decian, de la sangre de David; El es tambien heredero de su trono; y se da por fin por el Mesias; pero es un hombre pobre, sencillo y sin pretensiones. En vez de aparecer amable y complaciente con los que encuentra en posesion de gobernar é instruir el pueblo, corre el velo á su ignorancia, les quita la máscara, y los desacredita. No habla de guerras, ni de conquistas, ni de victorias, ni de triunfos; antes al contrario su sermón favorito es la renunciacion y despego de las cosas del mundo, y es tal en esta parte su austeridad, que no practica sino lo que predica: el fausto y la magnificencia son siempre el motivo de sus mas severas acriminaciones, acompañándose solamente de hombres idiotas y groseros. En medio de esto hace milagros, sana enfermos, multi-

plica los alimentos para dar de comer á los que le siguen, y resucita los muertos. Como su poder no se oculta, tampoco su sabiduría se esconde. Esplana con la mayor claridad el sentido de las Escrituras, aplícase á sí mismo las profecias, y las verifica. Enamora y atrae á los pueblos con la santidad de su vida, los gana con su caridad, y anuncia en todas partes que es el Rey de los judios, el enviado y el Hijo de Dios, y el prometido á su Nacion.

En verdad que la necia obstinacion y ceguedad de los espositores de la Ley era bien digna de compadecerse: No quisieron entender jamás que la exaltacion y la gloria que á los hombres se habia prometido por la venida de Jesucristo, era la gloria celestial y no la terrena: mas como buscaban esta y no la otra, por esto permanecieron en la infidelidad. No buscaban la gloria de Dios sino la suya, por esto no pudieron creer en Cristo abatido y pobre: porque solo en El cree el que como El se humilla y no se envanece: por esto dice el venerable Beda (1): De ninguna manera puede evitarse mejor el vicio de la vanagloria, que encerrándonos en el recinto de nuestras conciencias, considerando nuestras miserias, y no olvidando que somos tierra y polvo; y si aun [despues hicieremos alguna cosa buena, conozcamos que por nosotros mismos nada podemos, y demos toda la gloria á Dios por lo poco que hicieremos. Y San Crisóstomo añade (2): Huyamos de la vanagloria con todo cuidado: ¿pero cómo la venceremos? Mirando solo y deseando] aquella gloria que está en el Cielo, de la que esta vana nos arroja. ¿Qué esperanza podremos tener de salud ó de salvarnos para siempre, si solo tenemos presente aquello que se nos manda olvidar, olvidando todo lo que nunca debieramos perder de vista? ¿Puede haber una desgracia mayor para el hombre que esa insensibilidad con la que pasamos los dias de nuestra vida, y aunque oigamos referir que las desgracias que al mundo sucedieron en los dias de Noé, y los incendios de Sodoma, imitemos las iniquidades de aquellos, diciendo, que queremos aprender con la esperiencia para saber como hemos de obrar? Para nuestra enseñanza se escribieron todas estas cosas, para que los que no quieren creer, las que se les anuncian como futuras, se convenzan por la esperiencia de las pasadas: y comprendiéndolas, respiremos algun tanto ó tengamos alguna especie de consuelo en esa tan afrentosa esclavitud en que yacemos sumidos; y sea para nosotros tan ventajoso este convencimiento, que por él

(1) Ven. Bed. in cap. 5. Joann.

(2) Div. Crisostom. Hom. 39. in Joann.

los males de la tierra se nos conviertan en bienes, y despues goce-
mos de los eternos.

No llegando pues los fariseos á comprender y á convencerse de la exactitud y certeza de estas verdades, nada habia mas difícil para ellos que reconocer en Jesus el verdadero Mesias prometido: por esto se esforzaban en persuadir al pueblo que no lo era, ni podia serlo. Su interés les estimulaba á ello, y por esto se atuvieron y obstinaron en que no lo era, prevaleciendo siempre el error á pesar de los remordimientos é inquietudes que les causaba la verdad. ¡Qué leccion tan espantosa para los que en todo tiempo se obstinan á desconocerla ó á negarla! En este estado, para el hombre bien triste seguramente y lamentable, resiste con furor el examen sosegado y detenido de los primeros pasos y resoluciones, porque teme encontrarse con la verdad de que huye: y cuando un juicio comparativo le obliga á confrontar los hechos y los dichos que pueden oscurecerla ó evidenciarla, siempre trata de eludir todo aquello que pudiera causarle una saludable impresion. Cuanto en otras ocasiones no le pareciera ni aun verosímil, impresionado siniestramente, viene á ser una razon sólida que á su parecer convence; y acostumbra á recibir lo falso como verdadero, y lo malo como bueno, ama las tinieblas como á luz, y vive entre los vicios mas groseros, sin tener valor para reprendérselos, ni alma para detestarlos. ¡Qué estado tan infeliz! Casi es imposible que haya otro mayor.

Si registramos con severa imparcialidad la historia de la Iglesia desde su mismo establecimiento, veremos que asi se formaron todos los grandes perseguidores que ha tenido, y los mas insignes herejes que el infierno ha abortado. Cerraron los ojos á los destellos de la mas radiante luz: desconocieron á Jesucristo á pesar de la multitud de milagros con que los Apóstoles atestiguaban la verdad de su doctrina, y que eran los enviados por el Señor; y porque empezaron por no amarlo, vinieron á hacerse enteramente ciegos para no conocerlo. Como Hombre enviado por Dios su Padre, predica Jesus su doctrina; y cuando lo atestigua y confirma curando á vista de un pueblo inmenso un paralítico de treinta y ocho años, se desprecia y aun se condena el milagro porque lo obra en dia de sábado, y manda al curado que camine cargado con su camilla en señal de que ha recobrado perfectamente la salud: y cuando los Apóstoles y sus sucesores obran milagros á la presencia de los mas encarnizados perseguidores, siempre halla la obstinacion furiosa motivos para detestarlos. Lo que para un entendimiento claro y un corazon dócil es un motivo sólido para creer; en un ánimo preocupado.

siempre se convierte en motivos de odio y de obstinación insuperable. Castigo espantoso con que el Señor acostumbra á castigar á los que se resisten á oír su voz y á seguir sus mandamientos.

ORACION.

¡O Señor y Dios mio! Salvador amantísimo y Médico Soberano de mi alma: sáname de los largos y penosos males que tantos años hace me afligen y atormentan. Parálítico en mi cuerpo y en mi espíritu no puedo ir á Tí si no me sanas con tu misericordia, y si no me llevas con tu gracia. Hazme levantar Señor, para que huya del pecado y de todas las ocasiones de ofenderte: mándame que lleve la carga de mi camilla haciendo de él verdadera penitencia, y que siga caminando, aprovechando en el bien obrar, y subiendo de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfección: y perfectamente sano por tu bondad, cuide de no pecar mas en lo restante de mi vida, no sea que me suceda alguna desgracia mayor. Concédeme tambien, oh Jesus mio, que siguiéndote con humildad desprecie toda gloria humana y terrena, que nunca desee sobreponerme á los demas; sino que solamente busque tu gloria, y á tí solo desee agradar, para que despues eternamente te pueda gozar. ¡Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al quinto del Evangelio de San Juan, desde el versículo primero hasta el veinticuatro, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la Misa de la Feria sesta de las Cuatro Témporas de la Cuaresma, desde el versículo primero hasta el quince, y como propio de la festividad del glorioso Arcangel San Rafael, tambien desde el versículo primero hasta el cuatro todo inclusive, uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA VI DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

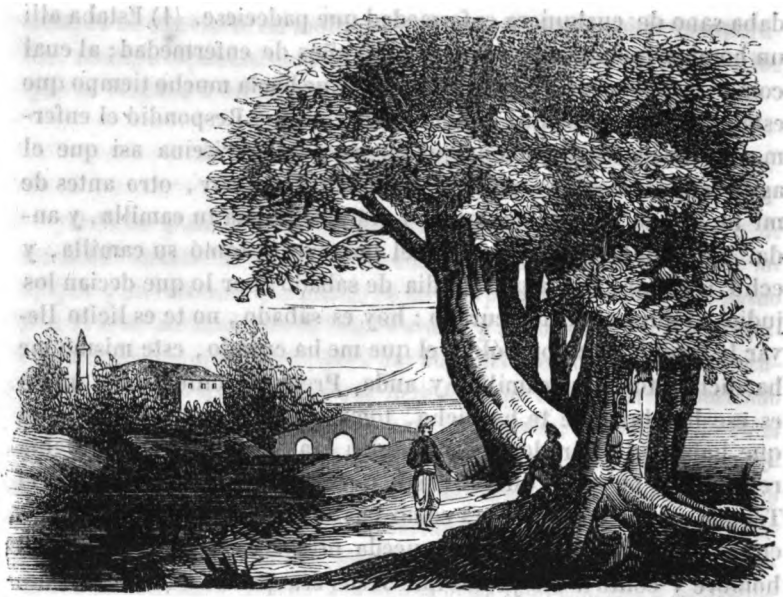
San Juan, cap. V, vs. 1.º al 15.

En aquel tiempo: era el dia de la fiesta de los judios y fue Jesus á Jerusalem. Hay en Jerusalem una Piscina que se llama probática, y en hebreo Betsaiga, la cual tiene cinco pórticos. En ellos yacia una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, parálíticos, que aguardaban el movimiento de las aguas. Un ángel del Señor descendia de tiempo en tiempo á la Piscina y se movia el agua. El primero que entraba en la Piscina despues de movida el agua que-

daba sano de cualquiera enfermedad que padeciese. (4) Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años de enfermedad; al cual como viese Jesus tendido, y conociese que hacia mucho tiempo que estaba enfermo, le dijo: ¿Quieres ser curado? Respondió el enfermo: Señor no tengo persona que me meta en la Piscina asi que el agua está conmovida: por lo cual mientras yo voy, otro antes de mí ha bajado ya. Dícele Jesus: Levántate, toma tu camilla, y anda. Y al punto quedó sano aquel hombre, y tomó su camilla, y echó á andar. Era aquel un dia de sábado, por lo que decian los judios al que habia sido curado: hoy es sábado, no te es lícito llevar la camilla. Respondióles: el que me ha curado, este mismo me ha dicho: toma tu camilla, y anda. Preguntáronle pues, quién es ese hombre que te ha dicho, toma tu camilla y anda? Mas el que habia sido curado no sabia quien era. Porque Jesus se habia retirado de la gente que allí habia. Despues le halló Jesus en el Templo, y le dijo: Bien ves como has sido curado: no peques mas en adelante, para que no te suceda otra cosa peor. Fuese aquel hombre y contó á los judios que Jesus era quien le habia curado. (*Hasta aqui el Evang. de la Feria VI de las Cuatro Témeps. de Cuaresma.*)

Pero estos por lo mismo perseguian á Jesus, por cuanto tales cosas hacia en dia de sábado. Entonces Jesus les dijo: Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incesantemente, y Yo ni mas ni menos. Mas por esto mismo andaban tramando los judios con mayor empeño el quitarle la vida: porque no solamente violaba el sábado, sino que decia que Dios era su Padre propio, haciéndose El igual á Dios. Por lo cual tomando la palabra, les dijo: En verdad, en verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre: porque todo lo que este hace lo hace igualmente el Hijo. Y es que como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace: y aun le manifestará, y hará en él, y por él, obras mayores que estas, de suerte que quedeis asombrados. Pues asi como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo dá vida á los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente á nadie; sino que todo el poder de juzgar le dió al Hijo, con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre: que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. En verdad, en verdad os digo, que quien escucha mi palabra, y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna, y no incurre en sentencia de condenacion, sino que ha pasado ya de muerte á vida.

(1) Hasta aqui el Evangelio de la Misa de S. Rafael Arcangel.



CAPITULO XXVIII.

DE LA HIGUERA ESTÉRIL, Y LA MUJER ENCORVADA DIEZ Y OCHO AÑOS.

El que no conociera el caracter mansísimo de Jesus, y su eterno é infinito amor, podria tal vez creer que el Salvador amantísimo de los hombres retenia en su corazon algunos sentimientos ó afectos de rencor, ó de ira, al ver que despues de haber hablado con tanta claridad á los escribas y fariseos, y á todos los judios, se apartaba de Jerusalem, dejando á sus habitantes cada vez mas sumidos en la incredulidad, y se retiraba otra vez á Galilea. Llevaba consigo el Señor á las diferentes ciudades, lugares y aldeas por donde transitaba, á sus Apóstoles y discípulos: los que como coadjutores suyos anunciaban tambien el reino de Dios; y las misiones del Señor producian en muchas ocasiones grandes y maravillosos efectos. Con el mismo ardor que siempre enseñaba al pue-

blo cuanto le convenia, para hacerle sentir todas las dulzuras de la pobreza voluntaria á fin de apartarle de la multitud de males que causa la avaricia en el corazon que llega á esclavizar. Enseñando de esta suerte, y predicando sin cesar, caminaba muchas veces todo el dia seguido de innumerables turbas, que embelesadas con la dulzura y suavidad de sus palabras, ni sentian el cansancio del camino, ni desmayaban por el hambre; porque se alimentaba su alma con el pan de la divina palabra. Asi caminó el Señor hasta las fronteras del antiguo reino de Judá, y al entrar en una ciudad de Galilea, se le acercaron unos judios que le dieron una muy triste noticia, la que sirvió al Maestro Divino para dar á sus Apóstoles y á cuantos le seguian, una muy bella é importante instruccion.

Acabábase de celebrar la fiesta de las Trompetas, ó de la Neomenia del séptimo mes: la que cayó en dos dias diferentes para los galileos y para los judios de la Judea, segun su diferente modo de colocar el primer dia del mes: por cuya razon se diferenciaban todas las solemnidades que dependian de la diversa forma del calendario respectivo: circunstancia que es preciso no olvidar, para la justificacion del importante, aunque desgraciado suceso, que en ella sucedió. Pilatos, gobernador y presidente de la provincia de Judea por el César, habia mandado que se quitase la vida á un pequeño número de galileos, cuando juntos hacian sus sacrificios en la casa de Dios, mezclando asi su sangre con la de las víctimas que al Señor ofrecian.

Aunque eran diversos los rumores que corrian sobre este desgraciado suceso, parece, sin embargo, lo mas cierto, que un galileo llamado Judas, hombre sedicioso, se habia hecho caudillo de una tropa en su misma provincia, y que decia en alta voz á los de su partido: que no se habia de pagar tributo á los Romanos, ni ofrecer sacrificios por la salud del César: (1) lo que llegado á noticia del gobernador, quiso hacer un ejemplar castigo para contener en su debida obediencia á los galileos. Envió, pues, sus soldados, los que llegaron á tiempo que estaban para hacer los sacrificios, y fueron aquellos miserables sacrificados; y su sangre corrió mezclada con la de las víctimas. Mas no dejaba de haber quien los reputase por muy hombres de bien, y se resentian los mas de que hubiesen sido tratados con tanta crueldad. Otros empero mas timoratos al parecer, decian: que aunque no

(1) Josef. lib. 18. Antiq. c. 1. et 2.

hubiesen sido culpados á la presencia de los hombres, debian serlo sin remedio á la de Dios, y que algun pecado oculto les habia acarreado este castigo. Preocupados en esta parte los judios, se persuadian con razon, que por lo que mira á Dios, no hay suceso fortuito, y que nada sucede sin la direccion de su providencia; por lo que añadian, que no permite su Magestad estos accidentes en que la vida de los hombres es sacrificada, sino para castigar en este mundo pecadores señalados, de que quiere dejar grandes ejemplos.

Contóse al Salvador este hecho, á fin de saber lo que su Magestad opinaba sobre el modo y la ocasion con que habian sido sacrificados, interesándose tambien en esta declaracion de Jesus dos partidos igualmente poderosos, cuales eran el de Pilatos en Jerusalem y el de Herodes en Galilea; el que se manifestaba altamente ofendido, pues que los galileos sacrificados eran de su jurisdiccion; pero como todos venian á coincidir en el mismo pensamiento aunque opinasen de distinta manera respecto á la jurisdiccion, juzgó prudente el Salvador aclarar precisamente la verdad, sin entrometerse en el otro intrincado laberinto. Díjoles, pues: No conviene creer que estos galileos, degollados todos de una vez en el tiempo de su sacrificio, sean los hombres mas criminales y los mas perversos de la nacion. Yo os aseguro que asi los elegidos é inocentes como los pecadores y réprobos, estan espuestos á tales acontecimientos. Lo que hace la muerte desgraciada no es una mala fortuna, sino la impenitencia del pecador. Dios lo ha permitido asi, pero no seais tan temerarios que os juzgueis autorizados para concluir ahí contra ellos. Volved sobre vosotros mismos y considerad que sin distincion de galileos y judios todos tendreis una suerte semejante, y perecereis si no hacedis desde luego penitencia de vuestras culpas.

Del infortunio de estos galileos es preciso sacar este precioso fruto, el de la penitencia; pues que, infinitamente justo el Señor, tiene determinado el castigo de los pecadores temporal y eterno; y de él sola la penitencia nos libra, que es la segunda tabla despues del naufragio: y lo mismo que de estos se ha de decir de aquellos diez y ocho judios que fueron oprimidos por la ruina de una de las torres de Siloé. Vosotros tambien imaginais que eran los mas delincuentes de Jerusalem, y que la justicia de Dios los juntó allí espresamente para que todos pereciesen; y asimismo en esto os engañais. Yo os lo repito una y otra vez: no juzgueis á vuestros hermanos tan temeraria y prematuramente: mucho mejor obrariais, y mas provecho os acarrearía pensar en vosotros mismos, aplacar al

Señor con vuestra penitencia, y procurar por este medio impedir una desolacion general, en la que sereis sin duda arrollados y confundidos. Habitantes de Jerusalem y de la Judea, oid mis amonestaciones: reconciliaos cuanto antes con Dios, pues de lo contrario todos perecereis en la ruina y desolacion de vuestras murallas, como perecieron vuestros hermanos bajo de las de la torre de Siloé. Para que os convenzais de esta verdad oid esta parábola; y haciendo de ella una justa aplicacion, vendreis á conocer claramente, no solo el estado presente de vuestra capital, de vuestro templo, de vuestro pais, y de vuestro pueblo, sino tambien el fin que todo ha de tener.

Judá y Jerusalem eran dos objetos que siempre tenia Jesus á la vista, y sobre ellos discurría con tristeza presagiando y anunciando con toda claridad su ruina: en ella habia de verificarse su muerte, y la reprobacion del pueblo de Dios que á ella habia de seguirse, era el objeto continuo de su predicaciones: apresurábase á dar á los hijos de Jacob pruebas positivas del deseo que tenia de salvarles, y solo le faltaba entregarse por ellos y morir por la salud del mundo. Para entender pues las parábolas del Salvador, y la multitud de instrucciones que sobre este particular les daba, conviene no perderlo de vista ni un solo instante; por lo que dice el venerable Beda (1): Los judios oprimidos y muertos por la torre, significan los que de entre ellos no quisieron hacer penitencia, y en el tiempo señalado por el Altísimo han de perecer sepultados entre las ruinas de los muros de la ciudad santa. La torre que los oprimió, significa aquel que es la torre de nuestra fortaleza, que no sin razon fue la de *Siloé*, que se interpreta enviado, denotando muy bien aquel que vino al mundo enviado por el Padre, y es la piedra angular que con su peso omnipotente oprimirá todos aquellos sobre los que cayese; por lo que pudo muy bien el señor referirles la parábola de la higuera que no daba fruto y ocupaba la tierra inútilmente; la que queria con razon cortar su propio dueño, puesto que tres años hacia que no le daba higos, burlando así todas sus esperanzas. Mas el cultivador de la viña interpuso su ruego en favor del árbol ingrato, pidiendo para él un año mas de paciencia al propio dueño, ofreciendo cavarla y estercolarla; y si aun con esto, le dijo, no dá fruto, obedeceré vuestras órdenes y la cortaré.

Grande es, y sobremanera interesante el sentido de esta misteriosa parábola. Los acontecimientos en ella figurados son los únicos

(1) Ven. Bed. in cap. 13. Lucæ.

que pueden aclarar toda su inteligencia, aunque á primera vista ya se observa que ella señalaba á los oyentes de un modo claro é inteligible el estado presente y las calamidades futuras de la nacion judáica.

En esta semejanza manifestó Jesus en primer lugar la gran paciencia de Dios y la gran negligencia del hombre en dar á su Divina Magestad los frutos de virtudes que debe darle. La higuera plantada en medio de la viña señalaba la Sinagoga plantada en medio de la casa de Israel, y la nacion de Judá: los tres años que el dueño la habia visitado sin hallar fruto en ella, denotaban las tres maneras con que el Señor habia procurado instruirla, á saber, con la intimacion de los preceptos de la Ley, con los oráculos de los Profetas, y con los primeros y ya muy radiantes fulgores del nuevo Evangelio de paz y caridad que les anunciaba. En cuyos tiempos habia buscado Dios entre los judios el fruto de las buenas obras, y no las habia hallado sino en muy pocos, los que podian computarse como ningunos respecto de tanta muchedumbre. Y aunque tantos cultivadores como Dios la habia enviado, habian cavado á su alrededor con el azadon de las agudas y terribles invectivas para humillarla, y habia procurado abonarla ó estercolarla con el miedo y terror de los divinos juicios, manifestándole ademas el hedor y abominacion de sus pecados, cuya memoria suele humillar á los hombres, compungirles, y obligarles á la penitencia; sin embargo, los colonos ó cultivadores sirvieron de poco á causa de la pertinaz obstinacion del judaismo, y por esto los judios merecieron ser cortados á la presencia del Señor.

De otra manera esplican otros la significacion misteriosa de esta higuera, y los tres años que estuvo sin dar fruto. Entienden por la viña toda la estension de la Tierra Santa ocupada por el pueblo de Dios, y por la higuera infructuosa plantada en medio de esta viña entienden la ciudad de Jerusalem, que era la capital de la tierra de promision. Por los tres años en que el dueño visitó la higuera buscando en ella fruto sin hallarle, dicen estar representadas las tres épocas de las tres grandes aflicciones con que castigó Dios á su pueblo para procurar su enmienda: en el primer año creen estar figurado el tiempo que pasó desde que David estableció en Jerusalem el centro de la religion y de la monarquia hasta la época en que en razon de su esterilidad fue destruida por Nabucodonosor y conducidos cautivos á Babilonia casi todos sus hijos. En el segundo año creen que se comprende la época de su restablecimiento despues de la vuelta de aquella cautividad hasta la espantosa de-

solacion que sufrió por Antioco, rey de Siria. Y el tercer año, dicen, que significa la época de paz que adquirió por la heroica resistencia de los Macabeos, en la que volvió á florecer el culto público, y se restableció el gobierno soberano de la nacion, hasta la venida de Jesucristo, enviado de Dios, en cuyo tiempo se vió cumplimentada enteramente la profecia de Jacob, pues despojados los judios de su autoridad, gemian bajo el cetro de hierro de los romanos, dominando en Jerusalem, en nombre del César, un presidente de esta nacion.

¡Admirables juicios de Dios, por cierto, que siempre estan fuera del alcance y penetracion de los hombres! Vino Jesus á buscar frutos á la higuera y no los encontró, aunque habia sido cultivada con tanto esmero. Rogó por ella á su Eterno Padre y le concedió este cuarto año, que se entiende desde la predicacion del Mesias hasta la fatal irrupcion de las armas romanas. El amantísimo Salvador se encargó por fin del cultivo de la viña y de la higuera, la cavó con su predicacion, la abonó con sus milagros, la regó con sus sudores, y no se perdonó trabajo y fatiga alguna para ver si daria fruto: mas no aprovechándose la higuera de tantos trabajos no dió fruto alguno, y fue cortada de raiz. ¡Ingrata, desconocida, y siempre rebelde Jerusalem, despreció todos los medios de salud que se la ofrecieron: la abandonó el señor, permitió se entregase enteramente á las pasiones violentas, y vino á ser subyugada, destruida, y reducida á cenizas por los romanos.

Otra interpretacion que no carece de grande analogia se dá tambien á la misteriosa parábola de la higuera infructuosa: créese que representa tambien por sí misma en todos los tiempos del cristianismo, el alma rebelde á los llamamientos y avisos del Cielo, y á las inspiraciones interiores de la gracia: cuyos cultivadores son los prelados y sacerdotes del Señor. Cualquiera alma de por sí es el árbol, la viña, el huerto, y el campo que cada uno debe cultivar por sí mismo, cavar, abonar y regar para que dé fruto. Pero ay! que entre los cristianos hay muchos rebeldes, incrédulos, é indóctiles que ocupan inútilmente la tierra, que no dan fruto alguno, y que con sus largas y obstinadas resistencias caminan con precipitacion á la pena que Dios los señaló! Sobre lo que dice San Gregorio: (1) Vino el Señor tercera vez á visitar la higuera, esperando, avisando, y visitando con su gracia á todo el género humano, antes de la publicacion de la Nueva Ley; pero se queja de no hallar fru-

(1) Div. Gregor. Hom. 31. in Evang.

to en ella despues de estas tres visitas , porque algunos depravados corazones no les corrigieron los preceptos inspirados de la ley natural ; ni les enseñaron los escritos en la ley dada á Moises , ni les convirtieron los milagros obrados por el Altísimo durante su predicacion. Con temor pues debe oirse la voz que dice: *córtala: porque inútilmente ocupa la tierra*. Cada uno, segun su modo, debe dar el fruto de buenas obras; y si no lo dá , ocupa inútilmente la tierra como la higuera estéril.

Cultivadores son de la viña y de la higuera todos los que presiden y mandan en la Iglesia de Dios, y lo son tambien los justos y santos que estan dentro de ella, y ruegan por los que estan fuera. Todos á una voz estrechan é interpelan al Dios de la misericordia, diciéndole: *déjales, Señor, tambien este año*: esto es, este tiempo de la gracia, para que cavando alrededor de su corazon, reprendiendo sus vicios, les arrojemos el estiércol de la mortificacion y penitencia, despertándoles del sueño mortal en que yacén sumidos: porque cavar alrededor del corazon, es doblegarle con la humildad, surcarle con la penitencia, y prevenirle con la paciencia: ninguna tierra es tan blanda y humilde como la recién cavada; y la memoria de los pecados ejercita la paciencia, aguijonea con la compuncion, y obliga á dar el deseado fruto del arrepentimiento; por cuya razon decia el mismo S. Gregorio: Con el estiércol de la penitencia revive el árbol del corazon; y por la consideracion del pecado se reanima para obrar el bien. Nada hay mas inmundo que el estiércol, y sin embargo nada hay mas provechoso y beneficioso para la tierra.

Despues de todo esto no será en vano traer á la memoria la doctrina del grande Agustino, sobre este punto tan interesante (1): Nada hay, dice, en que el hombre mas deba pensar, como en mirarse á sí mismo, estudiarse á sí mismo, discurrir sobre sí mismo, buscarse á sí mismo, y procurar hallarse á sí mismo: en este examen y estudio encontrará necesariamente en sí mismo lo bueno y lo malo; lo que le agrada y lo que le desagrada; lo que le llena y lo que le hace estar vacio: y si vacio se halla de buenas obras y merecimientos interiores, ¿por qué ha de buscar con tanta avidez los bienes y los honores exteriores? ¿De qué le aprovecha tener llena de oro su gaveta si tiene de buenas obras vacia la conciencia? ¿Quieres, oh hombre, grandes bienes tener en tu casa, y tú no quieres ser bueno? Avergüénzate de tener tu casa

(1) Div. Augustin. Serm. 144. De tempor.

llena de bienes y tu corazon lleno de males. Si te preguntan, si males quieres tener en tu casa, ó si quieres que la habiten malos, seguramente dirás que no: no quieres tener la esposa, ni el hijo, ni el criado, ni tu posesion, ni tu túnica, ni aun tu sandalia mala; y con todo quieres tener mala vida? Monstruosidad abominable. Todas las cosas que te rodean las quieres bellas, elegantes, hermosas y apreciables; y tú solo quieres ser, y eres para tí mismo, sórdido, inmundo, feo y despreciable. Si las cosas que posees, y de las que está tu casa llenas pudiesen responderte, por cierto que clamarian á tí y á voz en grito dirian: tú nos quieres tener para tu servicio porque somos apreciables y buenas, y nosotras no queremos para dueño sino un hombre bueno y apreciable. Reconvenccion tan terrible como justa, y á la que seguramente el hombre malo no podria responder.

Parecia lo mas regular que la mortandad de los galileos ordenada por Pilatos, y referida por algunos judios á Jesucristo, la que dió ocasion á esta parábola, fuese un motivo suficiente para hacer apartar al Señor de la idea de regresar á la capital, donde era mirado como originario de Galilea; y donde las disposiciones del gobernador eran poco favorables á los habitantes de aquel pais. Mas como el Señor nada tenia por qué temer, porque no habia llegado aun el tiempo de ejecutar las órdenes de su Padre celestial, ni cosa alguna le obligada á apresurarse, sin inmutar su resolucion de volver á Jerusalem para uno de los dias de la próxima fiesta que se celebraba con mucha mas solemnidad que la de las Trompetas ó Neomenia, se detuvo en el mismo parage; y verosimilmente en el sábadó próximo, acaso ocho dias despues de aquel acontecimiento, y tres antes de la fiesta, pasó, segun tenia de costumbre, á la Sinagoga de la ciudad limítrofe de Judea, donde esperaba el dia de partir, con ánimo de continuar instruyendo á sus oyentes para que se animasen á hacer pronta penitencia.

Pública era ya la parábola misteriosa de la higuera estéril condenada á ser cortada y arrojada al fuego, y nadie dudaba que ella indicaba con claridad la destruccion de la Sinagoga, sobre cuyas ruinas debia levantarse magestuosa y recta la nueva Iglesia de Dios; y un nuevo milagro del Señor vino á demostrarlo completamente. Hallábase en el concurso del sábadó una pobre mujer, á quien afligia terriblemente el demonio hacia ya diez y ocho años con una enfermedad que la humillaba y mortificaba sobremanera; pues sin dar señal alguna de estar poseida, no podia ocultar su vergüenza y confusion á cuantos la miraban. Estaba encorvada tan

violentamente hácia la tierra por la impresion y fuerza que la causaba el espíritu maligno, que tenia contraídos todos sus nervios; pero de tal manera, que no podia levantar sus ojos al Cielo, ni aun fijarlos en las personas que le hablaban. Todos los esfuerzos del arte no habian sido bastantes para curarla, lo que demostraba que su enfermedad no era natural. El médico Soberano, que habia bajado del Cielo para romper las fuertes ligaduras con que el demonio tenia aprisionados los hijos de Adan, no pudo mirarla sin moverse á compasion, y quiso sacarla de situacion tan aflictiva y triste.

Si la desventurada hubiese podido mirar á Jesus, asi como el Salvador la miró á ella, seguramente hubiera comprendido que no estaba muy lejano el instante de su salud: mas no siéndole esto posible, oyó al menos la voz del Señor que la llamaba, y desde luego concibió en su corazon muy grandes y lisongeras esperanzas. *Acércate á mí, le dijo Jesus, y ella obedeció al instante.* La Magestad Divina puso su mano omnipotente sobre su cabeza, y la dijo: *mujer, ya estás libre de tu enfermedad:* y sintiendo en sí en aquel mismo instante todo el efecto de la misericordia omnipotente de Dios, levantó su cabeza, y se puso derecha por primera vez despues de diez y ocho años. La que por tanto tiempo solamente habia visto la tierra, levantándose derecha mirando hácia el Cielo encontró por primer objeto de sus ojos al Mesias prometido, al hombre Dios, al libertador universal de todas las criaturas. ¡Con qué ternura le miraria! ¡con qué escesos de gratitud y reconocimiento le adoraria! ¡y con qué cánticos de alabanza no cantaria las grandezas de Dios y la magnificencia de sus misericordias! Las voces de gratitud que salian mas bien del corazon que de la boca de aquella mujer, eran repetidas con entusiasmo por un pueblo inmenso admirador de aquel prodigio, y nada se hubiera oido en la Sinagoga sino cánticos de loor, acciones de gracias, y demostraciones de júbilo, si el Archisinagogo, ó gefe de la misma Sinagoga, no hubiera turbado la alegría pública con otra pública acriminacion dirigida á Jesus; la que por fin vino á convertirse, como era regular, contra el mismo que la habia dirigido.

Dicho se está, y repetido hasta el fastidio, que el crédito y la reputacion del Salvador causaban horribles celos á todos los escribas y fariseos, y que cada vez que le veian obrar uno nuevo, la desesperacion y la rabia se apoderaba de ellos con nuevo furor. La sencillez, la prontitud, la facilidad con que Jesus obraba los milagros, no daba lugar á sus enemigos para prevenirse contra él, é im-

pedirle con calumnias y acusaciones injustas que los obrase ; por consiguiente debian estas entrar despues de verificado aquel , cuando las turbas lo celebraban , cuando su grandeza habia ya cautivado el corazon de los hombres mas timoratos y justos , y cuando ya por ellos era adorado y bendecido Dios , que habia dado tal y tan grande poder al que para la salud de todos habia enviado. Ven-góse pues el Archisinagogo como acostumbraban á bacerlo todos sus colegas , manifestando indignacion porque Jesus habia obrado el milagro en el dia del sábado. Pero es de advertir , que en vez de dirigirse al que habia obrado el portento , se encaró con los circunstantes , entre los que habia muchos que tambien deseaban ser curados , y les dijo : Seis dias hay en la semana que pueden emplearse en el trabajo , y son los únicos en que este es permitido. Venid , pues , en cualquiera de ellos , presentaos en este sitio para que os curen , si creéis ó esperais conseguir la salud : pero respetad el dia del sábado ; este es el dia del reposo santo , el dia que el Señor consagró á su culto ; en esto solo debeis emplearlo.

No dejó pasar el Salvador desapercibido el discurso fatal del fariseo , y lleno de aquel celo santo que en su pecho rebotaba , deseoso de ilustrar al pueblo y de contener las maquinaciones malignas de los fariseos , volviéndose al Archisinagogo , y á los escribas y fariseos que con él estaban , les dijo : ¿ Quién hay entre vosotros , oh cautelosos hipócritas , tan escrupuloso observador del descanso del dia santo , que no desate á su buey ó á su jumento del establo para llevarle á beber en aquel dia , como en cualquiera otro de los demas ? ¿ Cómo os atreveis á murmurar porque he roto las cadenas que tenian diez y ocho años há oprimida esta hija de Abraham , á la que era imposible levantar los ojos al Cielo ? Bien se conoce que no es la religion del sábado la que os mueve , para que tanto al pueblo como á mí dirijais tan injustas acriminaciones. ¡ Ah ! bien se conoce que hay otra cosa oculta en el fondo de vuestro corazon.

Bramaron de corage y de rabia los enemigos implacables de Jesus , porque nada podian oponer á la contundente reflexion que acababa de hacerles ; la que entusiasmó tanto al pueblo , cuanto á ellos llenó de furor y venganza : y asi como habian oido la justa censura que contra ellos se habia fulminado , tuvieron que oir tambien los gritos de alegria que en la Sinagoga resonaron. A su confusion , siguió su vergüenza y su ignominia ; pues el pueblo , que juzgaba las cosas sin la prevencion é interés que los fariseos , aplaudia todos los milagros de que era testigo , y alababa al Dios de la gloria que habia dado á Israel un tan generoso dispensador de sus benef-

cios. Una luz tan visible ofuscaba los fuegos artificiales y fátuos de los escribas, y una virtud tan grande, como humilde, condenaba sus incorregibles desórdenes, que cubrian con el faustoso oropel de sus hipocresias.

En vista de esto, y no pudiendo resistir la fuerza de las doctrinas del Salvador, se apersonaron con El; y aparentando una compasion que no tenian, quisieron intimidarle con un aviso tan ridiculo como acaso falso. Sal de aqui, le dijeron, cuanto antes; deja este pais, porque Herodes, que manda esta provincia, ha resuelto quitarte la vida. No debia recelar el que nada podia temer, y aumentando con su contestacion la inquietud y la rabia de aquellos hombres perversos, les dió á conocer que nada temia por entonces de parte de los hombres: Decidle á esa zorra (asi llamó á Herodes) que sin temer sus amenazas, permaneceré aqui algun tiempo, pues es menester que yo emplee algunos dias mas en hacer bien á los que me hacen mal; en librar á los endemoniados; y en dar salud á los enfermos; que despues de esto no me durará muého la vida; y que mi muerte pondrá fin á sus desconfianzas y sospechas; que tengo ánimo de pasar, aunque de priesa, por sus tierras para ir dentro de poco tiempo á Jerusalem; pues en esta ciudad, siempre fatal á los Profetas, debo morir, como ellos, por la defensa de la justicia y la verdad.

Como á competencia brillan las elocuentes esposiciones de los padres y doctores de la Iglesia sobre los interesantes pasages de este Evangelio, es preciso oir algunos de ellos. Sola la gloria retiene Dios para sí de sus obras maravillosas, dice San Agustin; la utilidad, empero, toda cede en beneficio y favor nuestro (1): da Jesucristo una prueba grandiosa de su humildad cuando no se desdeña de tocar un enfermo, por grave y asquerosa que sea su enfermedad. Aunque la inclinacion de aquella mujer deba contemplarse como la enfermedad exterior que la aquejaba, por la violencia con que el demonio la atormentaba; con todo, tiene una muy grande significacion que no debe dispensarse ó pasarse en silencio. Encorvada la mujer mira siempre hácia la tierra, para que no fije jamás sus ojos en el hombre, pues su vista es para el hombre peligrosísima. No se afane mucho la criatura, ni se mezcle en los negocios de la tierra, no sea cosa le suceda lo que á la mujer encorvada: el peso de los cuidados mundanales es horrible; cuanto mas la criatura se

(1) Div. August. Sermon. 31. De Verb. Dñi.

entrega á ellos, tanto menos puede levantar la cabeza para contemplar á Dios.

Deseando las cosas visibles se pierden las invisibles, esclama San Gregorio (1): aquel hombre está encorvado, porque está inclinado á la culpa; no puede dirigir su vista á lo alto, porque le falta la justicia. Entregado á los deleites voluptuosos, solo puede amar y pensar en las cosas caducas y transitorias; y no llamándole la contemplacion de las celestiales, no suspira ni apetece el goce de los deleites que no han de tener fin jamás: á este, pues, si Dios no le toca con su gracia, y no pone sobre él la mano de su misericordia, permanecerá siempre encorvado, no se levantará por medio de la justificacion, y será eternamente infeliz: porque todo pecador que solo piensa en la tierra, jamás levanta su vista al Cielo, y solo ama lo que ve y lo que sin intermision ocupa su pensamiento. En un todo es parecido á la mujer encorvada que jamás al Cielo pudo mirar. Si una vez conocimos por la gracia de Dios los bienes de la Patria celestial, y á ellos queremos aspirar, avergoncémonos de estar encorvados á la presencia de Dios. Nunca falten de nuestra vista la higuera infructuosa ni la mujer encorvada.

Luego, concluye San Agustin (2), el que es estéril debe hacer penitencia para hacer fruto digno de la penitencia; y el que se halla doblegado para mirar hácia la tierra, alégrese y levántese contemplando la felicidad eterna: y si por sí mismo no puede, invoque á Dios, que es fiel, omnipotente y veraz, y hará que abunde en nosotros la gracia. Y con razon debe levantarse el hombre, porque él solo tiene recta y erguida su cabeza para que atienda mas á las cosas celestiales y eternas que á las caducas y perecederas. A las bestias crió el Señor inclinadas á la tierra, buscando en ella el pasto para alimentarse; y al hombre le colocó sobre dos pies para que caminando recto, sus ojos, su corazon y sus pensamientos, siempre estuviesen en el Cielo. No haya pues, oh hombre, discordancia alguna entre tu corazon y tu rostro: con este levantado hácia el Cielo, y el corazon inclinado hácia la tierra, serias un monstruo.

San Basilio corrobora armoniosamente (3) todo cuanto el sol Agustino dice. Las bestias de la tierra á ella miran siempre; pero el hombre, que es como un árbol celestial plantado en la tierra, y que de ella ha de trasplantarse al Cielo, al Cielo precisamente mi-

(1) Div. Gregor. Hom. 31. in Evangel.

(2) Div. Augustin. Sermon. 31. De Verb. Dñi.

(3) Div. Basil. Hom. 9. in Exameron.

ra; y cuanto se diferencia de las bestias en su estructura corporal, otro tanto las aventaja en la dignidad, hermosura y belleza de su alma. ¿Cuál es la figura de los animales cuadrúpedos? No solo su cabeza, sino tambien todo su cuerpo, está inclinado á la tierra, y á la tierra mira; como que su patria y su esperanza única es la tierra: camina sobre su vientre, y todo lo que puede indicar carnal voluptuosidad está en ellos manifiesto. Tu cabeza, empero, oh hombre, está levantada hácia el Cielo; tus ojos contemplan su hermosura y belleza, á fin de que si alguna vez te viciases esclavizándote bajo el peso de tus pasiones, sirviendo á tu vientre y á los demas apetitos de la carne, entiendas que á las bestias tú mismo te comparas, y en todo á ellas te asemejas: otros cuidados hay mas dignos de tí, otras solicitudes que deben serte mas propias; tú debes buscar lo que está mas arriba, á Jesucristo que está sentado á la diestra de su Padre: á semejanza de Dios eres formado; á Dios debes en todo parecerte: tu domicilio está en los Cielos; aquella sola es tu verdadera patria, la celestial y santa Jerusalem. Por último, San Bernardo con su acostumbrada elocuencia nos dice (1): tener el alma encorvada ó doblegada hácia la tierra, es buscar con afan y saborearse con avidez con las cosas de la tierra. Una cosa torpe es en el hombre, cuya figura es recta, inclinarse como las bestias y pensar como ellas piensan. Dióle Dios al hombre hermosa y recta estatura en su cuerpo, para que el hombre exterior sepa que el hombre interior, á imagen de Dios formado, ha de vivir siempre en la reetitud de la justicia. Nada hay mas indecente que tener un ánimo doblegado hácia la sensualidad, encerrado en un cuerpo que está recto hácia el Cielo. Si el hombre, pues, al Cielo sus ojos alza, si libremente le mira, si su espíritu se deleita en la contemplacion del sol, de la luna y de las estrellas, ¿con qué motivo ha de tener su ánimo inclinado á la tierra, sus afectos en la tierra, y pegado siempre como el inmundo cerdo al barro y al estiércol de la tierra?

Hasta los poetas gentiles Boecio y Ovidio hablaron tambien de la figura y estructura del cuerpo humano, y ambos á dos en sublime metro dijeron (a): que era cosa muy deforme y fea, que levanta-

(1) Div. Bernard. Serm. 24. *Curbitas animæ.*

(a) Qui recto cœlum vultu petis, exersisque frontem.
In sublime feras animum, ne gravata pessum
Inferior sidat mens corpore celsius levato.

Boetius, lib. 5. De consol. metro 5.

Pronaque cum spectent animalia cœtera terram,

tado el rostro del hombre y su frente hácia el Cielo, inclinasen su ánimo y su vista hácia la tierra, y el mismo Aristóteles observó tambien (1), que las aves que vuelan hácia el Cielo cierran sus ojos con el párpado inferior del ojo, pero que los animales grandes y cuadrúpedos todos lo cierran con el párpado superior. Entiéndense por las aves los varones espirituales, que cerrando sus ojos á la tierra, y á todo lo que en ella hay, siempre estan atentos y miran al Cielo y á las cosas celestiales. Por los animales grandes y cuadrúpedos se entienden los hombres mundanos, que los tienen cerrados para todas las cosas celestiales, y abiertos para las mundanas y terrenas. Por esta mujer encorvada se significa el alma pecadora, y el corazon avaro. *Mujer*: porque por la ausencia de la caridad está arrecida de frio. *Encorvada*: porque instigándola el demonio, está de tal manera inclinada por una larga costumbre á los amores terrenos, que ya no puede de modo alguno levantar su corazon al Cielo. *Tenia un espíritu de enfermedad*: porque estaba enferma, esto es, flaca y débil para todas las cosas espirituales. *Diez y ocho años*: porque estaba envejecida en la iniquidad. Y significa tambien un corazon avaro, porque todos los vicios del hombre envejecen cuando él envejece, sola la avaricia parece que todos los dias rejuvenece. San Ambrosio tambien (2) corre una hermosa pincelada sobre estos pasages del Evangelio, y dice: Tan dulce como es esta parábola, es de fácil comprension. Compara el Señor un vínculo á otro vínculo, y una ligadura á otra ligadura, para confundir en el acto la hipócrita y pérfida simulacion de los judios: porque siendo asi que ellos en el dia del sábado desatan los vínculos ó ligaduras de sus jumentos para llevarlos á beber, reprenden injustos al Señor que les desata y libra de la ligadura del pecado. El Archisinagogo entendia muy malamente la ley que alegaba, cuando no queria que en el dia del sábado se ejercitasen los hombres en obras de misericordia y piedad. Contrariando esta doctrina curó el Señor en dia de sábado, porque la curacion y el obrar milagros que se ordenaban á la mayor gloria de Dios, y á promover la piedad y devocion entre los fieles, podian sin duda alguna verificarse en dia de sábado; y mucho mejor en este dia que en otro

Os homini sublime dedit cælumque tueri
Jussit, et erectos ad sydera tollere vultus.

Ovidius, lib. 1.º Metamor.

(1) Aristotel. in. lib. De Animalibus.

(2) Div. Ambros. lib. 7. in Lucam.

cualquiera , porque estaba aquel ordenado para el mayor culto de Dios y para promover mas y mas la devocion del pueblo.

Cierra por último San Bernardo con llave maestra , y concluye hermosamente contra el Archisinagogo , diciendo (1): Cae la burra , y hay quien la levante: perece el alma , y no hay quien procure sanarla: luego es un infiel el que prefiere el cuidado de su caballo , ó de cualquiera otra bestia que le pertenezca , ó aunque sea el de su propio cuerpo , al cuidado que debe tener por su alma: para libertar á aquellos , ó para sanarlos , no se repara en dispendios , en incomodidades y en peligros ; y para sanar el alma y libertarla de los lazos con que la aprisionó el diablo , todo son temores y reparos ; siendo asi que es mucho mayor la obligacion que tenemos de cuidar de aquella , que de cuidar de nuestro propio cuerpo. Sobre infiel , es un hipócrita engañador el que hace lo primero y desprecia lo segundo : y sobre infiel é hipócrita , comete un grave pecado.

No podía menos de manifestar sentimiento y pena en su corazon el amantísimo Jesus , cuando no satisfecha la audacia de los escribas consintiendo las reconvenções injustas que el Archisinagogo dirigió al pueblo , autorizaron tambien aquella especie de amenaza que en el nombre de Herodes se le hizo , por cuya razon trató de zorra á aquel desgraciado príncipe , pues en ella estan figurados todos los príncipes malos. La zorra es un animal dañino , rapaz , engañador , que camina tortuosa y siniestramente , y despide de su cuerpo hedor y fetidez. Asi es todo príncipe malo , y asi era tambien Herodes: doloso y engañador , porque siempre maquinaba maldades é iniquidades : rapaz y codiciador del oro ageno , porque era ambicioso y avaro : tortuoso en sus pasos , porque era perverso é injusto en la formacion de los juicios y en la administracion de justicia : fétido , por fin , y hediondo , por la infamia de su nombre ; por todo lo que deseaba matar á Cristo y á todos los que en él creian , por lo menos en cuanto estaba de su parte y de su voluntad pendia. Cuan perjudicial y dañoso sea para una ciudad y un reino entero un príncipe como Herodes , es fácil de conocer. Malicioso en extremo y sobremanera infiel , queria extinguir la religion , y aun acabar con su fundador divino , en el mismo instante en que este la plantaba y nacia. El que , pues , impide el nacimiento de la santidad y los progresos de la religion en el corazon de la criatura , y la persigue hasta esterminarla , ó al menos deseando su esterminio ,

(1) Div. Bernard lib. 4. De Considert. ad Eugenium.

este tal es, como Herodes, perseguidor de Cristo. Dijo, por tanto, muy bien el Salvador cuando le apellidó *zorra*, pudiendo haber añadido, decidle: que yo lanzo y arrojo los demonios de los cuerpos, sin que puedan resistirme; siendo así que cada uno de ellos tiene mas poder que él; y que si á ellos no les temo, menos le temo á él: que me intereso en la sanidad y la salud de las almas y de los cuerpos; que perfecciono mis obras, *hoy y mañana*, esto es, muy pocos días, hasta el tiempo de mi pasión; y que en el día tercero consumaré mi ministerio por la muerte; así que Herodes no puede impedirme que haga lo que yo pretendo y deseo.

Esplanó consiguientemente el Señor el lugar donde habia de morir, y lo indicó con toda claridad: en Jerusalem. En el seno de esta ciudad ingrata, donde perecieron tantos de mis Profetas: allí debo perecer yo tambien, que soy la cabeza de todos ellos: allí debo ser sacrificado segun sus oráculos y vaticinios, pues todos ellos escribieron de Mí: allí, en fin, donde no mandan Herodes ni Pilatos. De lo que se infiere, y es claro, que mi muerte no está en su poder, ni en el poder de los hombres, como ni tampoco la hora ni el tiempo. Bien sé cuándo debo morir, pero él lo ignora: bien sé el lugar donde debo padecer, pero él no lo sabe. Ojalá que á imitacion de Cristo todos los ministros del Evangelio y todos los fieles no cesasen ni se apartasen de la confesion de la verdad por temor de los principes injustos y de los hombres malos, sino que imitando al Pastor supremo, Padre y cabeza del cristianismo, y fundador divino de su Iglesia, Cristo Señor nuestro, todos le confesasen y defendiesen, publicando con constancia y libertad santa todas las verdades que por nuestro bien nos enseñó. ¡Qué feliz seria entonces el mundo! ¡Qué dichosos todos los hombres!

ORACION.

Oh Señor y Dios mio, líbrame de las crueles cadenas del demonio que hacen mi alma esclava, y la impiden hacer con fervor el fruto de buenas obras y perseverar en ellas con constancia hasta el fin: no permitas que en el día de tu visita sea mi corazon hallado sin frutos, y por lo mismo sea por tu orden cortado y arrojado al fuego eterno. Concédeme, Señor y Dios mio, que jamás me vea inclinado á la tierra por la culpa, sino que caminando con rectitud por el camino de la justicia, me dirija al Cielo ayudado de tu gracia: ni consientas que doblegada la rectitud de mi entendimiento y la fortaleza de mi corazon, piense ni ame las cosas transitorias y caducas de la tierra, sino que levante hácia Tí todos

los afectos de mi alma por medio de la contemplacion, y á Tí solo desee, á Tí solo ame, en Tí solo piense, y de Tí solo espere las imperecederas riquezas de la eterna felicidad. Oh Señor, mírame por la piedad: llámame por las internas inspiraciones: sáname por la remision de mis pecados: tócame por el dolor y arrepentimiento de todos ellos; y levántame á la cumbre escelsa de tu gloria por el amor ardiente del corazon, con el que eternamente te ame, para que con los Santos te goce, y con ellos para siempre te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIII de San Lucas desde el versículo 1.º hasta el 47.

Contéstanle San Mateo en los capítulos 7, 13, 19, 20 y 23. Y San Marcos en los capítulos 4 y 10: todos ellos con pocos versículos en cada uno de dichos capítulos.

La Iglesia lo usa como propio en el sábado de las Cuatro Témperas del mes de setiembre. Dice asi:

**EVANGELIO DE LA MISA DEL SÁBADO DE LAS TÉMPORAS
DE SETIEMBRE.**

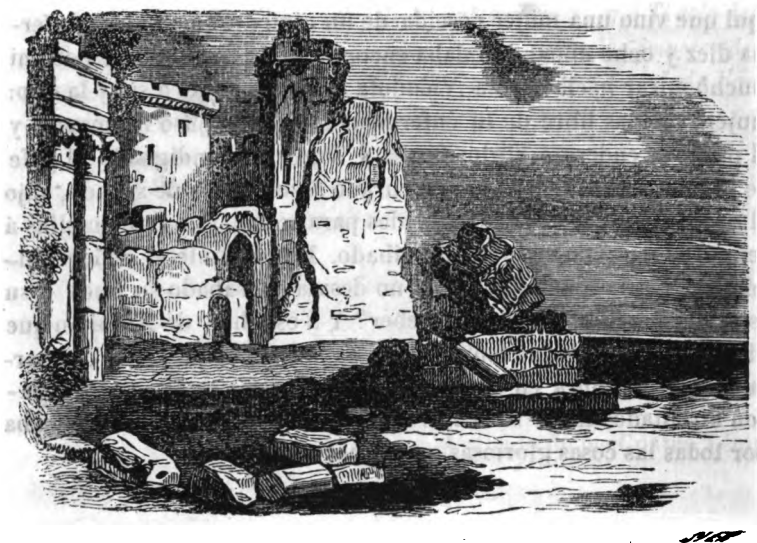
San Lucas, cap. XIII, vs. 4 al 47.

En aquel tiempo: vinieron algunos y contaron á Jesus lo que habia sucedido á unos galileos cuya sangre mezcló Pilatos con la de los sacrificios que ellos ofrecian. Sobre lo cual les dijo: ¿Pensais que aquellos galileos eran entre todos los demas de Galilea los mayores pecadores, porque fueron castigados de esta suerte? Os aseguro que no: y entended que si todos vosotros no hicieseis penitencia, todos igualmente perecereis. Como tambien, aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató: ¿Pensais que fuesen los mas culpados de todos los moradores de Jerusalem? Os digo que no: mas si vosotros no hiciereis penitencia, todos igualmente perecereis (a); y añadióles esta parábola: Tenia uno plantada una higuera en su viña, y vino á ella en busca de fruto, y no le halló; por lo que dijo al viñador: ya ves que hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro: córtala pues: ¿para qué ocupa ya la tierra? Pero él le respondió: Señor, déjala aun este año, yo cavaré á su alrededor y la echaré estiércol, á ver si asi dará fruto: y si no despues la cortarás. Enseñando Jesus un dia de sábado en la Sinagoga, hé.

(a) Aqui empieza el Evangelio de la misa.

aquí que vino una mujer poseída de un espíritu que la tenía enferma diez y ocho años: y andaba encorvada, sin que pudiese poco ni mucho mirar hacia arriba. Viéndola Jesús, la llamó á sí, y la dijo: mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos: y al punto se enderezó y glorificaba á Dios. Mas indignado el gefe de la Sinagoga de que hubiese curado Jesús en día de sábado, dijo al pueblo: seis días hay destinados para trabajar; venid en ellos á ser curados, y no en el día de sábado. Respondióle el Señor: hipócrita, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey ó su asno del pesebre y le lleva á beber? Y á esta hija de Abrahán que diez y ocho años había tenido atada Satanás, ¿no fué lícito desatalla de esta ligadura en día de sábado? Al decir estas cosas quedaron afrentados todos sus contrarios, y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.





CAPITULO XXIX.

**CONVIDADO JESUS Á COMER EN CASA DE UN FARISEO CURA A UN
HIDRÓPICO, Y ENSEÑA LA HUMILDAD Y LA MISERICORDIA.**

Desgracia es para los espíritus fuertes de este siglo, amantes de luz segun dicen, pero verdaderos hijos de las tinieblas, que los historiadores sagrados, que en algunas cosas nos han dado detalles tan minuciosos de la vida del Salvador, en otras hayan pasado en silencio los lugares donde hizo mansion durante sus correrias, y no nos hayan descrito la série de sus marchas y jornadas; sino que se hayan contentado con referirnos algunos de sus milagros, y algunos discursos de religion y moral de los que pronunciaba para instruir á las turbas que le seguian; porque de este modo, no tendrian aquellos motivo alguno para desvirtuar y ridiculizar, como lo hacen, algunos hechos de Jesus, solo porque les falta la data puntual del dia y lugar donde se verificaron. Pe-

ro por fortuna , todo cuanto del Salvador divino se ha escrito, todo está sostenido por su propia grandeza , todo arrastra el corazón de los fieles ; y fijo desde el principio la atención pública de un modo tan completo , cabal y satisfactoria , que acaso por esto mismo no repararon los cronistas sagrados en dejar de escribir ciertas actitudes, que en otras historias serian de mas bulto y consecuencia. Sin entrar por tanto en la investigación de si habia salido el Señor de Jerusalem la mañana siguiente al sábado en que abrió los ojos al ciego de nacimiento , para hacer una incursión á la Galilea, ó si antes de dejar este pais despues de haber confundido al Archisinagogo , y á los demas fariseos que le censuraban, por haber libertado en dia de sábado del poder del demonio á la mujer encorvada; es preciso decir, que despues de obrado este gran portento , obró otro no menos grandioso en otro dia de sábado de los siguientes, y acaso en el inmediato , en beneficio de otro desgraciado que padecia tambien una horrible enfermedad, y en la casa de un fariseo de los mas distinguidos de la secta, gefe ó principe de los de aquel canton de Galilea, que habia convidado á comer al Salvador.

Motivos hay superabundantísimos en la historia de la vida de Jesus para afirmar que cuanto mas se aumentaba y estendia su gloria entre cierta clase de gentes de todos los pueblos, tanto mas crecian la envidia y aborrecimiento que los escribas y fariseos le tenían. Muchos eran á su parecer los motivos que habia para perseguir á Jesus, pero ninguno en su concepto mas fuerte y poderoso, que el de la violación de las fiestas del sábado ; y de este mismo se valieron para formar nueva querrela contra Su Magestad en el dia de aquel convite.

Entrando Jesus, nos dice el Evangelista, en casa de uno de los principales fariseos, un sábado. á comer el pan, le estaban ellos acechando. Pocas palabras por cierto parecen estas; pero en ellas se descubre toda la mala fé y el odio inveterado de que estaban poseidos los fariseos contra el Salvador. Mas censores y adversarios encontró Jesus en el lugar del convite, que amigos y apasionados: mas espías, que hombres destinados á hacer los honores y la corte al nuevo huésped; y mas corazones preocupados por la mas implacable venganza, resueltos á sorprenderle, acusarle, y condenarle si posible les fuese, que amigos resueltos á defenderle. Consumidos por la envidia observaban con ojos linceas las mas pequeñas acciones de Jesus, por si advertian motivo en alguna de ellas para clavar en su conducta el aguijon mortífero de que estaban arma-

dos. No es fácil resolver si los fariseos de Galilea pensaban ya de la misma manera que los de Jerusalem acerca del Salvador, ó si entre los primeros habia algunos de un caracter mas sencillo y menos violento, que deseaban instruirse por sí mismos y asegurarse de todos los pensamientos, acciones y doctrinas del Maestro Divino, antes de decidirse á hacerle como los de Jerusalem una guerra irreconciliable. Fuere, empero de esto, lo que fuese, lo cierto es, que todos le observaban con escrupulosa atencion.

De paso es preciso observar, que aunque parece sonar el nombre de convite no era la que se presentó á Jesus, sino una mesa muy económica y frugal, puesto que nos asegura el Evangelista, que entró el Señor *para comer pan*. Necesidad indica esta palabra, mas bien que delicias ó glotonerías. Por el nombre de pan, se señala precisamente el alimento necesario para la conservacion de la vida, escluyendo todo lo supérfluo, como asegura el venerable Beda (1); añadiendo, que el Salvador se contentaba con muy poco, y que de ninguna manera queria ser gravoso al que le habia convidado. Entró el Señor al convite, rogado, porque á los de los fariseos no asistia de otro modo, y al de los publicanos asistia, aunque no le rogasen. Resistia la asistencia á los primeros, porque se apellidaban justos y sanos; por consiguiente no tenian necesidad de médico; pero los publicanos se confesaban pecadores y enfermos, y tenian por lo mismo necesidad de médico que los curase. Asi pues entra súbitamente y sin ser llamado en las casas de estos, porque como ciegos, necesitaban luz; y El era la verdadera luz del mundo, que habia venido para iluminar todos los que estaban preocupados por las tinieblas de la muerte: y no asistia sino rogado á los convites de los otros, porque considerándolos llenos de soberbia, queria precipitarles en la carrera de la humildad, haciendo que le rogasen. Observábanle con grande atencion: y en esto se descubre la gran perversidad y malicia de sus corazones. Cazadores insidiosos, le presentaban la comida cual si fuese una incauta avecilla, para cogerle en el lazo que le tenian preparado.

Como la necesidad y la desgracia buscan siempre al que puede socorrerles, asi tambien los pobres y los enfermos averiguaban los pasos de Jesus, y los parages donde podian encontrarle, por hallar y conseguir prontamente el remedio que necesitaban. Estimulábalos á buscarle con tanto afán, y á correr en pos de El, la prefe-

(1) Ven. Bed. in cap. 14. Lucæ.

rencia con que el Señor les miraba ; y llenos siempre de una grandiosa y no menos admirable esperanza , en todas partes se presentaban á El, y entre muchos era esta tan grande, que firmemente persuadidos de que solo con verles Su Magestad se moverian á compasion sus entrañas, llenas siempre de amor, se ponian ante El mirándole de hito á hito , y sin hablarle solo una palabra, siendo por consiguiente los ojos los únicos y fieles intérpretes de todos sus deseos. De esta misma fé y confianza, pareció animado un hidrópico, que habiendo sabido que comia el Salvador en casa del fariseo, [fue desde luego á buscarlo, y se colocó delante de Su Magestad sin hablarle una palabra; persuadido de que le bastaba dejarse ver de médico tan caritativo y amoroso, para moverle á compasion, y conseguir repentinamente su salud. Efectivamente, no se engañó en el fondo de su corazon. Vióle Jesus y resolvió curarle; pero quiso atajar y prevenir la censura mordaz é injusta de los fariseos, y para prevenirla, ó al menos para desvirtuarla enteramente, se anticipó á ella; y volviéndose á los doctores de la Ley, y fariseos que le rodeaban, les dijo: Qué opinais vosotros; ¿es permitido curar á los enfermos en dia de sábado? Esta pregunta, que ellos no esperaban, les puso en un embarazoso conflicto para darle pronta respuesta. Si decian que estaba prohibido, no podian presentar un testo de la Ley que asi lo espresase; y si decian que era lícito curar, aprobaban lo mismo que tenian ánimo de reprender. Un silencio sepulcral, y una inclinacion de ojos hácia la tierra, fue la demostracion inequívoca de su confusion. El Salvador llevó adelante los empeños de su misericordia, tomó por la mano al hidrópico, lo curó, y le ordenó que se volviese á su casa. Tocóle el Señor con su mano para curarle, no por necesidad que tuviese de esta accion, sino por humildad; y para manifestar tambien que bajo el velo de su carne, estaba escondida su Divinidad. Despreciadas las asechanzas de los fariseos, sana al hidrópico, el que por el miedo que tenia á los fariseos, por ser aquel dia de sábado, no se atrevia á pedir al Dios de la caridad el remedio que necesitaba. No hay duda que los afectos tan encontrados y contrarios del hidrópico y de los fariseos, debian formar un espantoso contraste á la presencia de Jesus; tanto mas subido por una parte, y rebajado por otra, cuanto mayor era y mas ardiente la caridad de su corazon, la fé del hidrópico, y afrentosa é injusta la envidia de los fariseos.

De ninguna manera puede santificar mejor el hombre los dias dedicados al Señor, que absteniéndose de pecar, y ejercitándose en

buenas obras. Los fariseos no podían condenar esta doctrina, que era la que el Señor anunciaba con sus palabras, y confirmaba con sus hechos: por esto callaron cuando les preguntó Cristo, sin demorar por ello de llevar adelante los planes de iniquidad y de perdición que habían meditado. Mas si al vergonzoso silencio en que permanecieron, sucedió el hecho auténtico y decisivo de la curación del hidrópico, ¿quién no creará que el ejercicio y práctica de la caridad, es el mayor y mas grande correctivo que los hombres virtuosos deben siempre oponer á la encarnizada persecución de los malvados?

Segun la orden de Jesus, se habia retirado de su presencia el hidrópico, y en seguida dió claramente á entender á los fariseos que nada se le escondia de lo que ellos pensaban en su corazón por el bien que á aquel infeliz acababa de hacer: y para demostrarles que ya en otra ocasion habia cerrado la boca á otros de sus hermanos, porque por un hecho igual en dia de sábado querían acriminarle, les dijo: Respondedme, si podeis; ¿qué haria cualquiera de vosotros si por desdicha suya viese caer en dia de sábado á su jumento ó á su buey en una profunda fosa? no es cierto que iriais á sacarle con toda presteza de aquel peligro aunque fuese en dia de sábado? Esta reflexión concebida en tan cortos y precisos términos les impuso otra vez un vergonzoso silencio, acabó de abatir su orgullo, y cerró sus bocas maldicientes, pues ninguno de ellos se atrevió á oponerle cosa alguna: mas aunque la justificación del Salvador no estinguió para siempre, como debia suceder, el odio de sus enemigos, impidió al menos por entonces todos sus progresos, y puso á Su Magestad en estado de dar severas reprensiones á los que se habian erigido en jueces de su conducta: y habiendo conseguido con esto el Señor humillarlos completamente, creyó llegado el caso de usar con ellos de toda su autoridad.

No era Jesus un acechador insidioso de la conducta de los fariseos, era infinitamente sabio y previsor, y ninguna de las acciones de sus émulo, ni aun sus propios pensamientos, ni sus mas ocultos deseos se le escondian, por pequeños é insignificantes que fuesen. Habia notado el Salvador, que los fariseos que habian concurrido á la mesa de su huésped habian buscado con solicitud los primeros asientos, y no ignoraba, que si alguno que no fuese de su secta, ó no tuviese su nombre se antepusiese á ellos, lo mirarian con indignación; con cuyo motivo, y aunque fuese la ocasion de un festin, la juzgó la muy oportuna para dar sabios consejos, ó reprensiones saludables á aquellos que se gloriaban

de ser los maestros de Israel ; y usando de aquella libertad santa , y admirable prudencia , que siempre le habia distinguido , les dijo : Cuando fuereis convidados á algun banquete de bodas , guardaos bien de sentaros luego en la mesa para tomar el primer asiento ; porque podrá suceder que algun hombre mas distinguido que vosotros sea del número de los convidados , y que se presente cuando vosotros ya hayais tomado asiento : en este caso el esposo que os convidó , se verá en la precision de deciros , dejad el asiento que tomasteis y cededlo á esta persona , que debe ocupar un lugar preferente , porque es mas digna que vos. Si desde luego hubieseis tomado un lugar menos distinguido ú honorífico , ninguna vergüenza tendriais que sufrir ; pero qué confusion tan grande si despues de las representaciones del dueño de la casa os vierais forzados á bajar y á buscar el último asiento ?

Aunque esta tan sabia y prudente reflexion ya indica un documento sublime , y tan claro que no hay necesidad que se esposite , conociendo sin embargo Su Magestad que la soberbia de los fariseos no lo comprenderia tan claramente como El deseaba , les añadió : por esto os conviene buscar en tales ocasiones un pretexto ó razon para tomar el último asiento en la mesa del festin , y entonces , cuando viniese el que os llamó y os vea sentado en el último lugar , no podrá menos de haceros subir mas arriba , y os resultará una gran gloria á la presencia de todos los demas. Que fue lo mismo que si les dijera : con estas diferencias , y con esta urbanidad es con lo que un hombre se hace verdaderamente grande , se da honor á sí mismo , y se grangea la estimacion de todo el mundo ; pues es un principio recibido en el trato de la vida , que *todo hombre que se exalta , será humillado ; y que cualquiera que se humille será exaltado*. Seguramente que esta candorosa pero terrible acriminacion del Salvador , no podia menos de afectar y confundir unos hombres tan soberbios y orgullosos , qué en todo apetecian una tan grande preferencia exterior que condenaba la verdadera humildad , y reprobaban altamente el sentido comun y la buena crianza.

Y en efecto , nada hay á los ojos del mundo que tanto degrade al hombre , y que le haga tan odioso y ridículo , como el tenerse por mas que nadie , y tomar para sí lo mejor en cualquiera materia. Nada hay mas despreciable , mas grosero y descortés que los soberbios , que ni siquiera tienen talento para disimular su orgullo : la verdadera grandeza se funda en la humildad , en todo es modesta , y vive siempre guarecida contra el espíritu de ambicion , con-

tra el amor de la gloria, y contra el ímpetu de las otras pasiones que agitan el ánimo y llegan á turbar el órden exterior de la sociedad. La esperiencia de todos los siglos y de todas las naciones atestiguan que nunca perdieron los hombres ni su virtud, ni su mérito, ni su grandeza, ni su honor, por no preferirse á otros, ni pretender que les amen mas, ó que les den mas honra exterior que la que por su clase y estado merecen: antes al contrario, las historias de todas las naciones y tiempos atestiguan y confirman, que los grandes disturbios del mundo, la guerra de las naciones, la ruina de los pueblos y la desgracia de las familias, siempre provinieron de haber deseado y apetecido los hombres mucho mas de lo que por su clase y posicion en la sociedad podia corresponderles.

La repension de Jesus no podia caer en mejor lugar ni venir mas á tiempo, porque los fariseos eran soberbios hasta la locura: y es de presumir que los que estaban sentados en la mesa con Jesucristo se habrian portado de tal manera con Su Magestad y con sus discípulos, que hubiesen preferido la antelacion á todos ellos, y por consiguiente debian aplicarse á sí mismos con toda esactitud esta sublime leccion.

Persuádense empero algunos que en esta humildad que Jesus aconseja y manda, entran aquellos actos de pura urbanidad y cortesía que acostumbra á hacerse entre la gente que se llama cortés y bien educada, prescindiendo de todo principio de religion y de modestia, pero no es asi. Habla precisamente el Señor de aquella humildad que es la enemiga capital de la soberbia, que la reprueba y la condena, pero no de aquella que los ambiciosos y soberbios hacen servir como de andamio para subir á los puestos mas honoríficos y elevados; porque esta es en el fondo verdadera soberbia: es una refinada hipocresia, es una simulacion y una perfidia. La verdadera humildad debe nacer del conocimiento de nuestra miseria, del conocimiento de nuestra propia indignidad, y del deseo de asemejarnos á Cristo: por lo que conviene saber que la humildad meritoria, á la que se debe la gloria de la verdadera exaltacion, consiste en tres cosas: primera; en el aniquilamiento de la propia estimacion, mediante la que tanto se abate el hombre á sí mismo, que cree con toda verdad que es nada, no solo á la presencia de Dios, sino á la de los hombres mismos: reconociendo á Dios por verdadero dador de todo lo que posee y goza en la tierra, tanto en bienes de naturaleza y fortuna como en bienes de gracia. Segunda; en el desprecio de todas las honras y dignidades que en la tierra se le pueden dar y ofrecer: por medio del ejercicio de esta humildad, el hombre quie-

re para Dios todo el honor y la gloria; y aunque se vea sublimado á los mas grandes honores ó enriquecido con las mas sublimes virtudes, no se engrie por esto ni se ensoberbece, sino que todo lo retorna á aquel de quien todo mana y fluye. Y la tercera consiste en dar á todos los demas la antelacion y preferencia en todas las cosas; lo que induce con sumo aprecio de nuestro prógimo, pues consideramos que todos son mas dignos y merecedores que nosotros, que son mayores sus méritos y mas heróicas sus virtudes. Porque cuando el hombre se juzga á sí mismo mas digno y merecedor que los otros, los desprecia mas bien que los honra.

Vendrá despues el Señor, y al que hallare prevenido con esta virtud tan acendrada le honrará y sublimará, dándole en primer lugar el dulce nombre de amigo, y haciéndole despues subir á un puesto mas preferente y distinguido: así será su gloria mayor á presencia de todos los convidados, que no podrán menos despues de envidiar las grandes distinciones con que el dueño de la casa le honre. Para conservar esta humildad, por la que tantos honores la criatura á presencia de Dios merece, es preciso acordarse que es uno un pecador vilísimo, indigno de todo don y gracia de Dios, y de ninguna manera merecedor que Dios oiga sus oraciones y súplicas. Este es el camino real que conduce á la Patria: esta es la puerta por la que se entra en la posesion del Reino: este es el manto de oro purísimo que cubre perfectamente á los hombres, y los hace gratos, aceptos, y apreciables á los ojos de Dios y de los hombres: de modo que, tanto como se alegran los Angeles en el Cielo de ver en la tierra verdaderos humildes, tanto confunden estos con su humildad á sus propios enemigos, que llegan alguna vez á convertirlos en apolo-gistas y amigos (1).

A los convidados instruyó el Señor en la humildad, y luego declinó á otra leccion no menos sublime é importante para pagar en cierto modo el agasajo y hospitalidad al que á El y á sus discípulos habia convidado, y dirigiéndose á él mismo le dijo: Cuando prevengas algun banquete oye lo que debes hacer, para no perder á la presencia de Dios el mérito de tus espensas. No convides á tus amigos, á tus hermanos, á tus parientes, ni á tus vecinos si fuesen ricos y acomodados como tú; porque en tal caso no dejarán de convidarte á su tiempo, y de retornarte cada uno, tal vez con usura, cuando le llegue la ocasion. Estas compensaciones ocupan el lugar de la paga, los hombres las esperan sin advertir que ellas cierran

(1) Div. Crisostom. Hom. 66. in Math.

la puerta á las liberalidades de Dios. ¿Quereis, pues, encontrar en la otra vida las espensas que haceis y prepareis en esta? Cuando diereis un convite, llamad á él á los pobres, y entre estos á los que comunmente se ven mas abandonados, como son los ciegos, cojos, é impedidos. No os aflijais porque de ellos nada tengais que esperar en el mundo: vuestra compensacion y dicha vendrán de mas alto. Esperad hasta el dia de la resurreccion de los justos: ¡ah! allí os espera el Gran Padre de las misericordias, el Señor infinitamente rico, el único que sabe premiar la caridad de los hombres: mirad hasta donde se estiende el mérito de la vuestra, y conoceréis la largueza y liberalidad inmensa de la de Dios: la vuestra pasajera y corta; y la de Dios perpétua y eterna.

No nos turbemos, pues, dice San Crisóstomo (1), cuando no recibamos en la tierra compensacion á los favores y beneficios que á nuestro prógimo hicieremos: turbémonos si, cuando la recibamos: porque si aqui ya la recibimos, no debemos esperarla allí: si el hombre no retribuye, Dios compensa largamente. No desprecies, pues, á los enfermos, á los ciegos, cojos, y tullidos como si de nada fuesen dignos; piensa bien lo que son, y en el fondo de su interior hallarás toda su preciosidad. Vistiéronse de la imagen del Salvador; son los herederos de los bienes y del Reino futuro; los llaveros del Reino de los Cielos; los mas elocuentes acusadores y los mas bellos defensores, á quienes atiende y entiende perfectísimamente el Juez, no con oírles hablar, sino solo con mirarles. A estos huéspedes se les deberia recibir, no en la escalera, ni en los cuartos donde estan los arneses de los caballos, ni en los de los criados, sino en los estrados y salas principales; pues en ellos á Cristo se recibe, y Cristo es el pobre que en su persona nos pide. En la casa del varon limosnero no se atreve á entrar el diablo. No digas que el pobre es sucio y asqueroso; lávale, y hazle despues sentar en la mesa contigo: si tiene el vestido androjos y sucio, quítale aquel y vístele otro nuevo. En su persona Cristo á tí se acerca: deja hombre de ser necio y de hablar vanidades y locuras; recibe al pobre, y el pobre será tu premio.

Si los ricos se dejasen llevar de las inmensas ventajas que deben necesariamente producirles el cambio de las riquezas, depositándolas en las manos del pobre, y los convites hechos á ellos en obsequio de la caridad, no hay duda que no se verian tantos miserables sumidos en las mayores calamidades; que la caridad cristiana se

(1) Div. Crisostom. Hom. 3. in Ep. ad Colosen.

estenderia al socorro de muchos infortunios, y que la viuda, el pupilo y el huérano encontrarían padres en la tierra que enjugarían verdaderamente sus lágrimas y cubrirían su desnudez; mas porque la insensibilidad y la dureza del corazón desoyen los tristes clamores de las víctimas de la desgracia, mientras ellos consumen en prodigalidades y lascivias lo sobrante de sus tesoros, por esto el Señor les enseñó con tanta claridad, reprendiendo los abusos de sus glotonerías: así hizo provechosa y utilísima, aun para sus mismos discípulos, la ocasión de un convite: así, en vez de murmuraciones y de otras conversaciones muy impropias que por lo regular se tienen en las mesas, hizo brillar los principios de religión y de sana moral que venía á establecer entre los hombres, consagrando á tan importante tarea todos los momentos de su vida, enalteciendo la gloria de su Padre, en la que estaba tan sobremanera interesado; y como el Salvador manifestaba con bastante claridad que los judíos serían escluidos del reino de Dios por la dureza de su corazón y la obstinada infidelidad que manifestaban, estaban con estremada inquietud y sobresalto todos cuantos le oían. Uno empero de los circunstantes, ó mas crédulo y movido interiormente que los demás, ó tal vez mas avieso y sagaz, tomó pie de este gran discurso de Jesús, y deseoso de oírle mayores esplicaciones sobre el espiritual y eterno banquete de que les hablaba, le dijo: ¡Dichoso aquel que fuere admitido en el banquete del reino de Dios!

No habia entendido bien el fariseo rudo y carnal toda la sublimidad del discurso doctrinal del Salvador: él creyó que en la resurrección futura de los justos de que se les hablaba, los bienaventurados en el cielo habian de alimentarse con manjares corporales, y que Cristo les prometia también un reino temporal y eterno, es decir, un reino que en el mundo durase para siempre. Como carnal, esperaba carnales y corporales remuneraciones, y prescindia de la vida espiritual del alma dichosa y feliz, que era todo el objeto de la predicación de Jesús, la que consiste en la visión y fruición de la hermosura de Dios y de la divinidad de Cristo, que se llama asimismo pan de la vida; sobre lo que dice San Agustín (1): Este hombre suspiraba como quien espera un gran bien que de lejos le ha de venir; y este bien mismo por quien suspiraba y de lejos esperaba, sentado con él estaba á la mesa, tenía-le á su vista, y de su presencia gozaba; pero como era carnal y terreno, como desatendia el sentido espiritual, y no queria abrir los ojos á los milagros

(1) Serm. 38. de Verb. Domini.

de Jesus , por esto no le conocia. Porque ¿quién puede ser este pan del Reino de Dios sino el mismo que dice: Yo soy el pan vivo que bajé del cielo? No prepares pues solamente, oh cristiano, para recibirle tu boca y tu garganta, sino que debes preparar tu corazón. Bienaventurado por tanto el que se alimentará de este pan, que es la refeccion y el alimento espiritual de las almas eternamente en el reino de Dios, viéndole y gozándole; por cuya razon se dice en el Eclesiástico: *los que comen de este pan todavía tendrán hambre*, no porque hambre padezcan los espíritus como la padecen los cuerpos, sino porque se fastidian muy pronto y se desmayan por la ausencia de aquel, que siendo todo amor purísimo, es el único y verdadero alimento del alma. Este es el colmo de la dicha; esta es la cumbre del honor, y esta es la felicidad mas grande que el hombre puede ambicionar. Muchos hay que desean ser felices, pero muy pocos los que descan la felicidad que les conviene.

ORACION.

Oh Señor, Dios mio y Padre amantísimo Jesucristo, estiende la mano de tu misericordia, cógeme y protégeme, no sea cosa que prevalezca en mí la hidropesia de los deleites carnales, de la avaricia y de la soberbia: inspírame la humildad verdadera que tú deseas ensalzar: humilla esta alma mia presuntuosa y soberbia, para que desee sinceramente el ínfimo lugar que le corresponde, y por tu piedad merezca subir al altísimo, que tú le ganaste con tu santísima vida, pasión y muerte; á fin de que por tu misericordia y bondad me conozca, y conociéndome me humille, y humillándome por Tí sea ensalzado. No consientas en mí la humildad fingida, que nace de la refinada soberbia, sino que sea humilde por conocimiento de mí mismo, por la persuasión de mi indignidad, por el espíritu de la penitencia, por el ansia de seguir tu Evangelio, y por el ardentísimo amor de asemejarme á Tí. Dador opulentísimo de dones y gracias, haz que nunca aparte mi vista de las necesidades de los pobres, para que socorriéndoles á ellos sea yo socorrido con el pan celestial, que eres Tí mismo, y le coma en tu reino, gozándote eternamente en compañía de los espíritus bienaventurados que sin cesar te bendicen y alaban en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIV del Evangelio de San Lucas, desde el versículo 1.º hasta el 15 ambos inclusive: y la contestan San Mateo en diversos parages y trozos de los capítulos 5, 10, 16, 18, 22 y 23; y San Marcos en los capítulos 8 y 9.

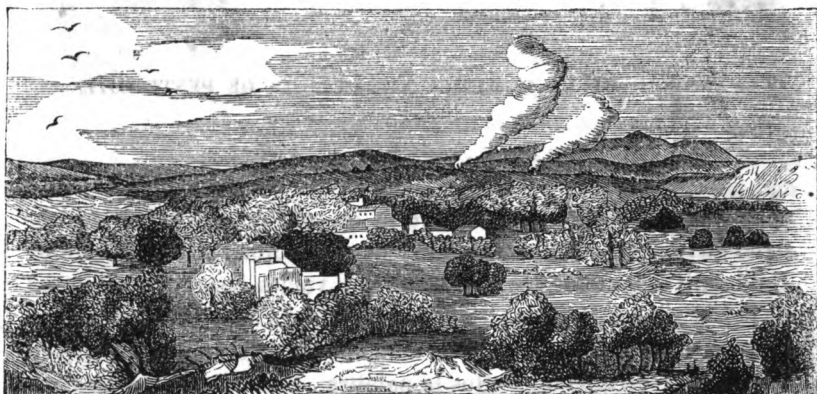
La Iglesia lo usa como propio en la misa de la dominica XIV despues de Pentecostés, desde el versículo 1.º hasta el 11 ambos inclusive: dice así:

EVANGELIO DE LA DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Lucas, cap. XIV, vs. 1 al 11.

En aquel tiempo, entrando Jesus en casa de uno de los principales fariseos un sábado á comer el pan, le estaban ellos acechando. Habia allí delante de él un hidrópico, y vuelto Jesus á los doctores de la Ley y á los fariseos, les dijo: ¿Es lícito curar enfermos en sábado? Callaron ellos; mas Jesus tomando á este hombre le sanó y le despidió. Y dirigiendo á ellos la palabra, dijo: ¿Quién de vosotros si se le cae en el pozo el asno ó el buey no le sacará luego en dia de sábado? Y no podian responderle á esto. Considerando tambien cómo los convidados escogian los primeros asientos, les propuso esta parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que entre los convidados haya otro mas honrado que tú, y viniendo el que os convidó á tí y á él, te diga: da á este ese lugar, y entonces te veas obligado á ocupar el último con afenta tuya propia; sino que cuando fueres convidado vete á colocar en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: amigo sube mas arriba. Lo que te acarreará honor á vista de los demas convidados: así es que cualquiera que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (*hasta aqui el Evangelio de la dominica*). Decia tambien al que le habia convidado: Tú cuando das comida ó cena no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes ó vecinos ricos, no sea que tambien ellos te conviden á tí y te sirva esto de recompensa, sino que cuando haces un convite has de convidar á los pobres; y á los tullidos, y á los cojos, y á los ciegos, y serás afortunado, porque no pueden pagártelo, pues así serás recompensado en la resurreccion de los justos. Habiendo oido esto uno de los convidados, le dijo: ¡Oh bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios!





CAPITULO XXX.

DE LOS CONVIDADOS A LA GRANDE CENA DEL PADRE DE FAMILIAS, A LA QUE SE ESCUSAN TODOS DE ASISTIR.

Si los fariseos hubiesen sido menos preocupados, y hubiesen oído á Jesus con atencion y fervor como debian, hubiesen sabido aplicar las grandes y preciosas verdades que sus palabras encerraban, y sin duda hubieran logrado satisfacer las ansias que aparentaban tener encerradas en el fondo de su corazon. Mas al mismo tiempo que el Salvador procuraba, no solo ilustrarlos, sino atraerlos así con tanta suavidad y dulzura, tambien á la par procuraba amenazarlos, con el designio de arrancar la obstinacion de su ánimo y guiarlos por el camino de la verdad. Muchos hay entre los cristianos, que en todo parecidos á los soberbios fariseos, son mas inclinados á la satisfaccion de los goces y deleites temporales, que á probar las dulzuras de los que alegran y fortalecen el espíritu, le

llenar de gozo en la tierra, y son como el principio ó las primicias de los deleites eternos que han de disfrutar en el cielo: y para manifestar Su Magestad que los que estan poseidos de este tédio mortal, no son dignos de sentarse en la mesa de los convites eternos, les añadió otra parábola, en la que al mismo tiempo que les manifestó la abundancia de la largueza divina, redarguyó y acriminó la multiplicada ingratitud de los judios, que habian sido llamados á los convites celestiales antes que las demas naciones de la tierra: primero por los Profetas: segundo por Jesucristo: tercero por los Apóstoles; y á pesar de esto rehusaron entrar por la puerta de la fé, y por esto fueron llamados los gentiles.

Un hombre, les dijo el Señor, preparó una grande cena, y convidó á ella muchas personas. *Un hombre*: esto es, Jesucristo Dios y hombre verdadero, que es hombre en razon de la verdad de su naturaleza humana, y que es uno en razon de la singularidad de su persona respecto á los demas. Este hombre, que es el gran padre de familias que compró á todos sus hijos, que son los de toda la naturaleza humana, con el precio infinito de su sangre, les preparó la gran cena de la gloria y la refeccion permanente en la eterna bienaventuranza, en la que se goza Dios con sus santos y escogidos, para que todas las criaturas se gozasen en ella tambien. Y es de advertir que se llama cena porque es la refeccion última; pues asi como la una se prepara á la caida del sol, y despues de ella ya ninguna otra refeccion se toma hasta el dia siguiente, asi tambien se nos da la vida eterna al declinar el dia de la vida presente, despues de la que ya nada la criatura puede esperar sino, ó su refeccion eterna en el cielo, ó su condenacion eterna en el infierno. Llámase *cena magna ó máxima*, porque el hombre no es capaz de comprender toda su inmensidad y grandeza. *Llamóse á ella á muchos*, porque Dios quiere salvar á todos los hombres. A unos llamó por medio de sus Angeles, á otros por los antiguos Patriarcas, á otros por los Profetas, á otros por Sí mismo, á otros por sus Apóstoles, á otros por la predicacion de sus ministros, á otros por las inspiraciones interiores de la gracia, á otros por medio de las prosperidades y beneficios, y á otros en fin por medio de las adversidades y castigos. Y *envió á su criado*, esto es, al predicador evangélico; porque aunque estos son muchos en número, no son mas que uno en el espíritu de la fé y de la caridad. *Envíóle á la hora de la cena*, esto es, en la última edad y tiempo de la gracia, porque aunque en las otras edades eran llamados á la cena todos los hombres, ninguno sin embargo era recibido á ella, sino que todos los que un dia habian de cenar con el Padre

de familias bajaban al limbo para esperar aquella hora : y se decia á los convidados que viniesen , esto es , que se dispusiesen para celebrar las bodas del cordero , para las que todo estaba ya preparado.

Antes de la venida de Cristo no estaba todavia preparada aquella cena , porque nadie podia entrar en la vida eterna : sacrificado empero el cordero inmaculado , se abrieron las puertas de los palacios eternos ; y despues fueron enviados los Apóstoles á aquellos á quienes antes lo habian sido los Profetas. Por esto denota en primer lugar esta grande cena la vocacion de los pueblos á la fé de la encarnacion , en la que Jesucristo unió á sí , esto es , á su naturaleza divina , con lazo indisoluble , toda la naturaleza humana y toda la Iglesia. Esta fue la mas estrecha , la mas tierna , la mas rica é inviolable alianza de cuantas se habian visto en el mundo , por la cual entendemos lo ventajosa que es al alma la íntima union con que quiere unirse Dios con ella en su mismo hijo , por la fé y por la caridad.

Mas espresamente denota tambien y significa esta cena el convite magífico y suntuoso , el mas espléndido y rico que jamás los siglos pudieron ver ni aun pensar , que nos preparó Jesucristo en la Sagrada Eucaristia. Los convites de los hombres muy ordinariamente se hacen por necesidad , por deleite , por interés ó por otras causas , que pueden ser indicios de mayor necesidad en el que convida que en el convidado ; pero solo Jesus convida á su mesa y se da á Sí mismo en manjar , sin necesidad propia , por pura bondad , con ansia de comunicarse á Sí mismo y de hacer á sus huéspedes participantes de su gloria y eterna felicidad. Y por fin , denota este convite la alianza perpétua del esposo y de la esposa , esto es , de Jesucristo con su Iglesia , y de todos los escogidos con Dios ; sin que falte quien diga que aquella cena consiste principalmente en tres cosas , á saber : en la vision beatífica de las Tres Divinas Personas : en la sociedad de los ángeles y en la compañía de todos los santos.

Siendo esto asi , como es indudable , es sobremanera horrible ver que los convidados todos se escusaron con muy frívolos y despreciables pretextos. El primero dijo : que habia comprado una casa de campo y que le era preciso ir á verla , añadiendo al criado : yo os ruego agradezcais de mi parte al amo la fineza del convite , y que me tengais por escusado. El segundo encareció la imposibilidad de presentarse , con el pretexto de que habia comprado cinco pares de bueyes , y que tenia necesidad de irlos á probar , por cuya razon rogó , como el primero , que se le tuviese por escusado. Y el tercero dijo : acabo de casarme ; es absolutamente imposible el que

deje la esposa tan presto, por lo que rogaba tambien se le tuviese por dispensado de asistir. Todos se escusaron y se retrageron por sus obras malas, porque amaron y prefirieron mas las cosas corporales y terrenas que las celestiales y espirituales, por lo que dice San Gregorio (1): Todos se escusan, si no con la palabra, al menos con el pensamiento y con la obra; todos, dice, esto es, por la mayor parte; porque respectivamente son muy pocos los que se salvan. Muchos son los llamados, pero pocos son los que vienen; porque aunque son muchos los que á Dios se sujetan por la profesion de la fé, son muchísimos los que viviendo mal resisten y contradicen el convite. Pero ay de aquellos que asi lo hacen. Un hombre rico hace un convite en la tierra, y todos los convidados se dan prisa para asistir á él; y Dios convida y todos se escusan. Convida el hombre, porque la necesidad en muchas ocasiones le obliga, y convida á aquellos á quienes cree necesita: por grande que sea el convite y suntuoso, siempre es momentáneo y corto: y convida Dios, no por necesidad, sino de muy buena voluntad, y con misericordia y caridad eternas, no á un convite transitorio y de poca duracion, sino á un convite eternamente duradero, y todos los convidados se escusan, con escusaciones tan voluntarias como necias: las unas demuestran soberbia, las otras avaricia, las otras indican lujuria; y todos dicen que no pueden asistir: por consiguiente todos se hicieron indignos de entrar á las bodas del Cordero.

Compró el primero la villa, y espresó que debia ir á verla. Hé aqui la ambicion de las dignidades y de la presidencia en el mando. Hé aqui la dominacion, hé aqui la soberbia; porque los soberbios son los que á otros quieren dominar. Dijo otro que habia comprado cinco pares de bueyes: hé aqui la avaricia espresamente manifestada por la necesidad de irlos á probar. Hé aqui la expansion de los sentidos corporales, de los deseos y afectos del corazon, y de la inclinacion vehemente á todas las cosas terrestres y mundanales: pues por los bueyes que la tierra surcan y revuelven, se entienden las cosas terrenas. Otro, por fin, dijo que con motivo de su casamiento, y de tener que estar con su esposa, no podia tampoco asistir, y esta es la verdadera espresion de los afectos carnales y libidinosos; y dijo muy bien que no podia ir, porque entregado el corazon á estos afectos, es sobremanera débil para obrar las cosas divinas, por cuya razon dijo muy bien un célebre poeta cristiano: *la villa, los bueyes y la mujer cerraron la puerta á los lla-*

(1) Div. Gregor. Hom. 36. in Evang.
TOMO II.

mados: el mundo, sus ovidados y la carne, cerraron el Cielo á los bautizados.

A estos tres vicios parece que quedan reducidas, y como en ellos encerradas, todas las cosas que privan al hombre la fruición de los gozes celestiales, porque como dice San Juan, todo lo que hay en el mundo es, *ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ó soberbia de la vida* (1). Sobre lo que añade San Agustin: Todos vosotros, los que venis á la cena de Dios, no queráis amar al mundo; ni á las cosas que son del mundo. El amor de las cosas terrenas es la liga con que se cogen las espirituales y eternas penas: porque todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambicion del siglo. La de la carne por los deleites; la de los ojos por las riquezas; y la soberbia de la vida por las honras. El mundo da á sus seguidores un ramillete compuesto de estas tres flores, *deleites, honras y riquezas*: y bajo de ellas estan escondidas las tres punzantes y matadoras espinas que San Juan nos refiere: cébalos el mundo con prosperidad, con gozo y con disimulaciones y consentimiento de sus pecados, y luego los mata para que sean eternamente atormentados. Quitemos, pues, de enmedio escusaciones vanas y malas, y vengamos á la cena, en la que precisamente ha de engordar nuestra alma con el manjar celestial y divino que el Esposo nos tiene preparado. No nos lo impida el engreimiento, no la soberbia, no la vana curiosidad, no la sensualidad de la carne, no los deseos corrompidos del corazon; todo esto nos aparta de Dios. Vengamos, sentémonos en la mesa, embriéguese nuestro espíritu con la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo, y nuestro gozo será satisfecho y completo (2).

Estas excusas dadas por los convidados obligaron al siervo á que diese cuenta de todas ellas al gran Padre de familias, el que no pudo menos de irritarse contra la ingratitud horrible de aquellas gentes. Y viéndose al parecer así desairado, dijo al siervo: Anda prontamente, recorre las plazas y las calles de la ciudad y recoge los pobres, los impedidos, los cojos y ciegos que encontrases y tráemelos aquí. Misteriosa es, no hay duda, esta especie de ira del Padre de familias, esto es, de Jesucristo, contra todos los menospreciadores de su cena; porque como dice San Agustin (3): La

(1) Ep. 1. Joann. cap. 2.

(2) Div. August. Serm. 33. De Verb. Dñi.

(3) Div. August. in Ps. 78.

ira de Dios es la venganza que su Magestad toma contra el pecador ingrato; y justamente se irrita y enfurece por causa de las negligencias de los hombres, que despreciando la cena dispuesta que les ha de dar la vida eterna, prefieren llenar su vientre de las comidas viles y despreciables. *Hizo salir á su siervo por las calles y plazas de la ciudad*, porque así como las puertas de estas están cerradas muchas veces, se entendiese precisamente el llamamiento de los judíos, que estaban como encerrados dentro las legales observancias, y eran como los ciudadanos de Dios. Eran pobres por la falta de gracia y de virtud, y débiles por la falta de buenas obras, y ciegos por la del verdadero conocimiento, y cojos por la de rectitud en sus intenciones y afectos: *é introduce, le dijo también*, todos los humildes, que reputándose por indignos, desean entrar y no se atreven; y á estos quiere Dios llamar á sí por la penitencia, é introducirles en su convite eterno; pues en lugar de los Príncipes, y Sacerdotes y Doctores de la ley de los judíos despreciados de Dios por su soberbia, llama el Señor á su cena á los sencillos, á los humildes, á los publicanos y á los pecadores.

Porque reusan venir los soberbios, dice San Gregorio (1), son elegidos los pobres, pues eligió Dios lo enfermizo y despreciable del mundo para confundir lo orgulloso y fuerte. Los pecadores soberbios son despreciados, y los pecadores humildes son elegidos. A aquellos elige Dios á quienes el mundo desprecia, porque muy regularmente sucede que el desprecio del mundo obliga al hombre á entrar en sí mismo y á levantarse á Dios. Llámense los pobres, los ciegos y los cojos, los débiles y enfermos, porque cuanto mas despreciados del mundo, oyen tanto mas pronto la voz del Señor; porque no tienen en el mundo donde distraerse y deleitarse. Vienen los mendigos, porque convida aquel que siendo infinitamente rico, por nosotros se hizo pobre, á fin de que con su pobreza nosotros nos enriqueciesemos. Vienen los débiles y enfermos, porque les convida el Médico, y los robustos y sanos no tienen necesidad de El: vienen los cojos, porque les convida el que endereza todos los pasos torcidos, y los encamina derechamente á la consecucion del último fin. Vienen los ciegos, porque los convida la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene al mundo. Mas despues de todo esto, y obedecido puntualmente el amo, quedaban todavia en la mesa muchos asientos vacios, lo que visto por aquel, dijo á su Señor: *cumplióse exactamente todo lo que*

(1) Div. Gregor. Hom. 36. in Evang.

mandasteis y aun queda un lugar bastante espacioso que llenar. Pues anda, dijo el Señor, sal de la ciudad, marcha por los caminos, recorre los vallados, ruega, suplica, empeña, y aun precisa á cuantos encontrases, para que vengan á mi casa á fin de que se llene completamente mi mesa. Porque desde ahora declaro, que ninguno de aquellos que fueron llamados y reusaron venir al convite, ninguno se sentará en mi mesa ni gustará de mi cena.

Manifiesta es y clara con este motivo la vocacion de los gentiles, que como agrestes y salvages estaban dispersos por los campos, echados por los caminos y espuestos á todos los peligros de la gentilidad misma en que vivian; y á estos, como que se les forzó á entrar por la constancia é importunacion de la predicacion de los Apostoles: llámanse los que se miran apartarse del mal por las fervientes exhortaciones con que se les enseña: y se les obliga ó hace violencia con la dureza de las conminaciones con que se les atrae. Y así es que á los judios solo se les mandó llamar, y á los gentiles ordenó que se les hiciera violencia; porque para los primeros debia bastar un llamamiento menor, puesto que tenian la Ley y los Profetas; y como los gentiles estaban como dormidos ó aletargados, sin tener quien los instruyese y disipase las tinieblas en que yacian sumidos, era por lo mismo necesario un llamamiento mayor, y como una fuerza que les impeliese ó violentase, con el santo y laudable designio de que se llenase la casa paterna, esto es, el Cielo, donde se ha de hacer y celebrar el convite eterno al número determinado de los predestinados, que no ha de quedar incompleto. Por esta violencia entiéndese tambien la que se hace á los hereges, que castigados por la Iglesia, abjuran de sus errores y vuelven al seno de la buena y cariñosa madre: y todos aquellos, en fin, que desengañados de la mala correspondencia del mundo, vuelven otra vez á Dios, al que por el mundo habian abandonado.

Preciso es que tenga el corazon endurecido y obstinado el que no conozca las grandes impresiones que Dios quiere hacer en el de las criaturas por medio de esta misteriosa parábola: pues si bien resplandecen por una parte en ella el amor y la caridad de Dios, por otra brillan sus amenazas y justicias, haciendo retremblar y estremecer la voluntad mas depravada. No hay duda, tarde ó temprano venga Dios el menosprecio de su palabra y la injuria hecha á sus ministros: mensageros son del Eterno, anunciadores de sus misericordias, pregoneros de sus justicias. Por su medio nos llama el Señor á la vida de la fé, á los consuelos de la religion, á

la fruicion de la mesa santa. Dichoso el que reconociéndose pobre y falto de poder y de fuerzas, confiesa su pequeñez, oye la voz del ministro augusto, clama por él al Padre celestial, y por él espera la consecucion de su verdadera salud y la riqueza eterna. Para la salvacion no hay acepcion de personas: toda especie de gentes son llamadas á este gran convite: gentiles y judios, nobles y plebeyos, ricos y pobres, y aun estos por su nombre; porque es mas fácil hacer escalera del Cielo de la pobreza que de la riqueza, pues vemos muchos pobres bien hallados en su pobreza, y pocos ricos desprendidos de su riqueza. ¡Cuánto mas valdrá esta razon para los que voluntariamente se hacen pobres de espíritu, y por Dios se desprenden de los bienes temporales!

De advertir es, y causa admiracion, que no se negaron los pobres á admitir el convite que despreciaron los ricos. Escucharon al siervo enviado, agradecieron la liberalidad y misericordia del Señor que los llamaba, y hallaron cabida en su misma mesa, esto es, en el seno de Dios, donde celebra su eterno banquete con los escogidos: pero como este mismo seno es un océano insondable, como es un piélago inmenso de claridad y de luz, no pudo llenarse con la vocacion de los judios, y mucho menos habiendo entre ellos tanto número de ingratos. Llamáronse los gentiles, y aunque todos entrasen en este gran festin, no se llenaria su inmensidad; sin embargo, contadas estan en el Cielo y dispuestas las sillas para los escogidos: no hay, pues, que temer que falte lugar para los que de veras quieran salvarse. ¡Oh cuán bueno es el Señor! ¡Cuán admirables son todas sus obras! ¡Cuán deliciosos y amables sus tabernáculos! ¡Oh cuántos medios inventa su caridad infinita para atraer á sí y dar entrada en su mismo seno á los descaminados y perdidos que quiere salvar! ¿Qué temes, miserable pecador? ¿Por qué desconfías de la misericordia que te está aguardando? Mira los medios ingeniosos de que se vale para que no te pierdas. A unos convida, á otros llama, á otros atrae, á otros compele. Si no te basta la gracia del convite y de la vocacion exterior, animada de la suave eficacia de su espíritu, ruégale que te compela por un medio estraordinario, que rompa la cadena de tus vicios, y te descarne de tus pasiones, y ahuyente de tí las ocasiones de pecar y perderte.

Si los fariseos hubiesen procedido de buena fé y querido aprovecharse de las doctrinas de Jesus profundizando las Escrituras Santas como con frecuencia les enseñaba el Divino Maestro, la inteligencia é interpretacion de esta parábola misteriosa no les hu-

hiera sido difícil, puesto que la bondad del Señor, que tan liberalmente les instruía, no tuvo á bien esplanarla como lo habia hecho con otras: pero los sucesos que se verificaron despues, que se verifican aun, y que seguirán verificándose hasta la consumacion de los siglos, nos han dado su mas genuina y exacta explicacion, y su sentido literal se ofrece por sí mismo.

Si se atiende á la persona de Jesus, á su altísima dignidad, al grande é importante ministerio que ejerce; se verá que El es el verdadero enviado por su Eterno Padre como Hijo único suyo: que el banquete es la doctrina santa del Evangelio y la Sagrada Mesa eucarística. Que la casa es la Iglesia católica: que los primeros convidados son los hijos de Jacob y las ovejas descarriadas de la casa de Israel; y que los primeros que resisten la asistencia son los ministros de la ingrata Synagoga y todos los encargados de la direccion, ya civil, ó ya religiosa de los hijos del pueblo santo. Que volvió el Enviado á su Padre, y se sentó á su diestra despues de su pasion y muerte, y llevó consigo al banquete de la gloria los pobres y los enfermos que estaban encerrados y detenidos en el seno de Abraham desde el principio del mundo (esperando su redencion. Y que enviando desde allí en cumplimiento de su promesa el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, les hizo salir despues para llamar en los caminos y en los vallados á los gentiles dispersos en lugar de los judios, ocupando los primeros en la Jerusalem militante el lugar que dejó vacio la incredulidad de Israel. Para los nuevos llamados, pues, fue la verdadera felicidad en premio de su obediencia, porque ninguna puede prometerse el que desprecia los estímulos de la divina gracia, y desoye la voz de Dios que le llama, para que vaya á El y se salve. Muchos fueron los llamados por la ley natural, muchos por la ley escrita, y muchísimos mas por la predicacion evangélica; pero pocos son los que vinieron y entraron por la fé, y aun de estos muy pocos los que viven de la fé, y menos los que perseveran en esta vida hasta el fin.

No es estraño que concluya el Señor su elegante discurso diciendo á los fariseos que presentes se hallaban: Mas yo os digo, que ninguno de aquellos varones que fueron llamados, esto es, ninguno de los que es escusaron y no quisieron venir, gustará mi cena. Terrible juicio es esta exclusion perpétua de los convidados, que una vez sola desestimaron el convite; y mucho mas terrible si se atiende no solo la verdad, sino la infalibilidad y justicia de aquel que lo pronuncia: y mucho mas terrible si se atiende que no solo significa que no gustarán la cena, sino que ni tampoco la verán; porque los

Santos la gustan y lláven también en esta vida presente, según que escrito está, *gustad y ved cuán suave es el Señor* (1). Sobre lo que dice San Gregorio: muy de temer es esta sentencia del Señor. Nadie pues desprecie el venir, no sea cosa que ya que se escusa siendo llamado, no pueda entrar cuando quiera (2). Seguramente que el que no entrare siendo llamado, hambriento y vacío ha de quedar después. Este es el gran peligro á que se esponen los que desprecian el llamamiento de Cristo: en la vida presente serán privados de la refeccion espiritual de la gracia, y en la vida futura lo serán de la gloria. Considerar debemos pues bien la altísima dignidad á que somos llamados cuando el Señor nos convida con tanto amor, y despreciando todo lo caduco y perecedero para obtemperar su llamamiento, preparémonos para conseguir lo futuro, que es permanente y eterno. Permanezcamos pues conservando la altísima dignidad que en el principio, esto es, en el Santo bautismo recibimos por la fé, y busquemos cada día con afán el reino futuro. Pensemos que todo lo presente son sueños y sombras, y que lo venidero son realidades eternas. Si nada hay en el mundo tan precioso como la vida, nada hay tan estimable ni precioso fuera de este mundo corruptible, como la vida eterna: y puesto que á la vista nos pone el Señor este grandioso y admirable ejemplo, no despreciemos nunca su misericordia y su gracia, que son la prenda segura de la felicidad eterna.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que queriendo salvar á todos los hombres les preparaste la refeccion eterna en la celestial bienaventuranza, llamando á muchos á ella de muchas y diversas maneras; no permitas que yo miserable pecador sea excluido de aquella gracia general que veniste á repartir á muchos. Qué será de mí, Dios mio, si al clamor de tu piedad que me atrae hácia tí opongo yo la rebeldía de un corazon obstinado? Quién me abrirá la puerta de tu casa si no me dejas yo atraer de Tí ahora que me convidas y de tantas maneras me compeles para que á Tí me acerque? Enséñame, Señor, á pisar la soberbia, la ambicion, la avaricia, la concupiscencia de la carne, y todos los deseos que de tí me separan y alejan, todos los goces que me cierran la entrada á tu eterno convite; y ya que soy pobre en gracia y virtud, débil en el bien obrar, ciego en el verdadero conocimiento, y cojo para caminar derechamente hácia Tí, sé Tú mismo

(1) Ps. 33. v. 9.

(2) Div. Gregor. Hom. 36. in Evang.

mi maestro, mi defensor, y mi guía, ahuyenta todo aquello que de Tí me separa, y con tu gran misericordia introdúceme Tú mismo en los espacios eternos de la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIV de S. Lucas, desde el versículo 16 hasta el 24 del mismo, ambos inclusive. Contéstanse S. Mateo y S. Marcos en diferentes parages de sus respectivos Evangelios.

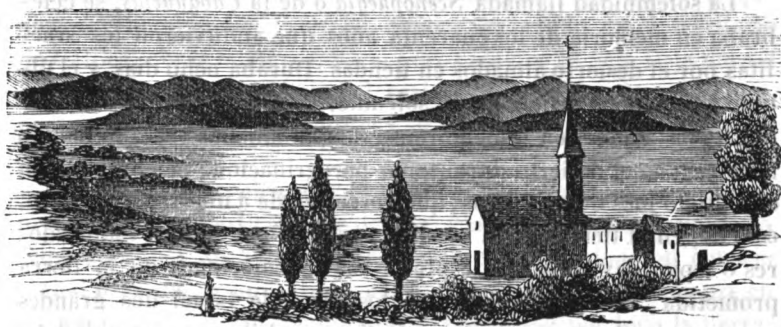
La Iglesia lo usa como propio de la Dominica *infra octavam* del Corpus, dice así :

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA INFRA OCTAVAM DE
CORPUS CRISTI.

San Lucas, cap. XIV, vs. 16 al 24.

En aquel tiempo: dijo Jesus á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos, y á la hora de la cena envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba preparado. Y empezaron todos como de concierto á excusarse. El primero dijo: he comprado una Granja y necesito ir á verla: ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas: ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: acabo de casarme y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: sal luego á las plazas y á las calles de la ciudad y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun sobra lugar. Y dijo el Señor al criado: sal á los caminos y á los cercados, y compele á los que hallas á que vengan para que se llene mi casa. Dígoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.





CAPITULO XXXI.

**DE LA SCENOPHEGIA, FESTIVIDAD DE LOS JUDIOS, Ó SEA FIESTA
DE LOS TABERNÁCULOS; Y DE LA VISITA QUE HIZO JESUS Á MARTA
Y MARIA EN BETHANIA.**

Despues de estas grandes doctrinas y parábolas misteriosas, permanecia Jesus en Galilea enseñando en las sinagogas de aquel pais, dando vueltas por todos sus pueblos, porque no queria marchar á Judea, pues no ignoraba los designios de los judios sobre su persona. Durante todo el año treinta y dos de su vida, no habia ido á Jerusalem, ni á la fiesta de la Pascua, ni á la de Pentecostés, y mucho menos á la de las trompetas ó de la espiacion, que no eran tan solemnes. No tenia miedo á la resolucion formada por los príncipes y sacerdotes de apoderarse de su Persona para hacerle morir; puesto que no habia llegado aun la hora determinada por su Padre: sin embargo, vivia retirado de la capital, y recorria los paises sujetos á Herodes sin poner el pie en alguna de las tierras donde

los gefes de su nacion pudieran tener alguna autoridad.

La solemnidad llamada *Scenophegia* ó de la *Cabañuelas*, se celebraba en memoria de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto alojados en tiendas. Duraba ocho dias, y el último era como el primero muy solemne, y en ellos comian á la sombra de los árboles en remembranza de que muchas veces lo habian hecho asi en el desierto durante su peregrinacion. Celebrábase en el séptimo mes de los judios, que corresponde á nuestro setiembre, esto es, en el tiempo de la vendimia, respecto á que los exploradores ó espías enviados para explorar las inmediaciones de la tierra prometida, habian presentado á los hijos de Israel dos grandes uvas en un mismo sarmiento en testimonio de la gran feracidad del terreno que Dios habia prometido darles. Acordábanse los judios con esto de los beneficios que el Señor les hizo desde que los sacó del Egipto hasta que los introdujo en la tierra prometida; pues no queria Su Magestad que se les olvidasen los riesgos y miserias de su primer estado, para que nunca viniesen á caer en el muy afrentoso pecado de la ingratitud. Asi como era tan solícito el Señor en procurar toda la felicidad imaginable y deseable entonces á los hijos de su pueblo, asi tambien queria que por medio de la celebracion de aquellas fiestas levantasen con nuevo fervor su corazon á Dios, esperando firmemente el cumplimiento de sus ultteriores promesas, viendo que se habian verificado las primeras con tan puntual exactitud.

Instando pues la festividad de la *Scenophegia*, los *humanos*, esto es, los parientes de Jesus, ó los sobrinos y sobrinas de José y de todas sus familias; los que habian mudado mucho en su modo de pensar acerca de su Persona desde que se habia hecho el hombre mas célebre de su nacion, se acercaron á El y le rogaron subiese con ellos á Jerusalem en esta gran festividad, añadiendo á sus ruegos para inclinarle á aquel viage, que aunque absolutamente se podia dispensar de él no era con todo bien parecido que se valiese de la permission que tenian los mas distantes de ir solamente á la fiesta de Pascua, en razon á que acudian á la ciudad y al templo los judios de todas partes, ya por devocion, ya por obligacion. Y sobre todo, para obligarle á salir de Galilea y marchar á Jerusalem, le recordaban que era aquel un pais menospreciado de los judios, y que si queria adquirir reputacion y nombradia para Sí y los suyos, no debia vivir en un territorio pobre, y encerrado entre tinieblas; sino que debia dejarse ver en los grandes pueblos y ciudades mas nobles; y recordándole por fin que tenia en la Judea discipulos celo-

sos de su gloria, á los que era preciso que les mostrase, como lo hacia con los demas, los efectos de su virtud poderosa. Sobre lo que dice el venerable Beda (1): Tú, Señor, encerrado en el territorio de Galilea, obras milagros, y son pocos los que lo ven. Deja pues el oscuro retiro y ven á la ciudad real donde habitan los príncipes, para que visto por ellos merezcas su aprecio y consigas á su vista grandes alabanzas.

Los amigos carnales, que en la gloria de Jesus buseaban la suya propia para ser participantes de ella, y deseaban ser aplaudidos y celebrados por los milagros que El obrase, le daban un consejo carnal para que se adquiriese por este medio gloria y alabanza en el mundo y su gran nombradia se estendiese por toda la tierra: por lo que le aconsejaban que no hiciese milagros como á escondidas, sino que los obrase en público y á la vista de muchas gentes; porque es propio de los amadores de la gloria vana que todo aquello que puede acarrear y merecer esta se haga en público: que es lo mismo, continua el mismo Beda, que si le hubiesen dicho: haces milagros, pero los haces en secreto: manifiéstate, aparece ante los hombres, date á conocer á ellos, justificuente tus obras y serás de ellos aplaudido y honrado. En lo que, aunque parientes de Jesus, no manifestaban entera y pura fé. Y como le aconsejaban mal, porque le persuadian que buscasse la gloria del mundo, por esto les recusó y no admitió sus consejos, dándonos ejemplo con esto de no admitir ninguno de los pérfidos consejos que nos dan los hombres para merecer la gloria y estimacion del mundo.

Para el perfecto conocimiento de los hechos gloriosos de Cristo en esta ocasion, y aun para el de la letra del Evangelio, es muy justo y conveniente recordar lo que ya hemos dicho en otra ocasion, á saber; que no siendo iguales en un todo los calendarios de los judios y de los galileos, empezaban estos sus fiestas un dia antes que aquellos; y como todas ellas tenian octava, á escepcion de la de Pentecostés, cuyo rito era diferente, duraban para ellos nueve dias enteros, porque no les era permitido salir de Jerusalem el último dia, que para ellos era el noveno, y no siendo sino el octavo para los judios era dia de fiesta en la ciudad. En este año, pues, que era el treinta y dos de Jesucristo, empezó la fiesta de los tabernáculos para los galileos en la feria tercera, y no se acabó en Jerusalem hasta la feria cuarta de la semana siguiente: de manera que el sábado, ó la feria séptima, dividia la solemnidad para los galileos en

(1) Ven. Bed. in cap. 7. in Joann.

dós partes perfectamente iguales ; de la cual cuatro dias le precedian y cuatro le seguian: lo que hizo llamar al sábado que dividia por medio la solemnidad de los tabernáculos de este año, la *Fiesta de enmedio* ó sábado *intermedio*, que es lo que dice San Juan: *Die festo mediante*. El primer dia en que principiaba la fiesta, segun el rito de los galileos, era el en que la parentela de Jesus queria hallarse en Jerusalem. Mas por lo que respecta al Salvador estaba resuelto á no dejarse ver en ella sino la segunda fiesta, esto es, durante el sábado ó la fiesta intermedia. Sobre esta distincion versa precisamente la conversacion que tuvo Cristo con sus hermanos sobre la subida á Jerusalem.

El Señor, que como antes deciamos, queria [darles el grande é instructivo ejemplo de no buscar la gloria vana sino el de huir la, viendo el empeño tan activo de los suyos en persuadirle lo que El condenaba públicamente, no solo con su doctrina y palabras, sino tambien con sus obras, les respondió resueltamente: para vosotros siempre es tiempo de entrar en Jerusalem, pero mi tiempo no ha llegado aun. Lo que fue decirles: ya os entiendo; y bien sé lo que seria menester hacer para daros gusto. Vosotros podeis dejaros ver en Jerusalem cuando quisierais, allí no correis riesgo alguno, pues los judios no os aborrecen. ¿Y por qué os habian de querer mal á vosotros en quienes no ven cosa alguna que dé temor á su envidia ni asuste á su conciencia? No sucede empero lo mismo conmigo, porque no puedo dejarme ver en medio de el mundo corrompido de la Judea sin dar público testimonio de que las acciones que en ella se ejecutan son obras de iniquidad. Mi nombre causa celos á los príncipes del pueblo, y mis milagros asustan é inquietan á los sacerdotes. Asi es que luego que me ven en Jerusalem, todo es rumor, todo se conmueve, todos se declaran, y todos toman su partido. Yo tengo que tomar medidas y precauciones que vosotros podeis omitir sin correr por ello riesgo alguno. Yo bajé del cielo para hacer la voluntad de mi Padre y no la mia: y asi no rehusó hacerle el sacrificio de mi vida en el lugar que ha querido escoger para recibirlo. Cuando llegare el dia me verán presentarme con aliento, pero no debo prevenirlo. Entretanto á Mí me toca evitar con mi sabiduria los lazos que me arman, y cuyo efecto no quiere mi Padre que suspenda con un milagro de mi poder. Por lo que mira á vosotros no teneis razon alguna para deteneros. El tiempo insta para llegar antes del principio de la ceremonia y hacer las prevenciones ordinarias de la fiesta. Yo no quiero ni ir allá, ni partir en vuestra compañía, porque eso seria darme á conocer con demasiado ruido.

Yo no os detengo, pero no me habéis mas de seguiros. El día de la fiesta que os llama no me verá en la capital.

Si los parientes de Jesus hubiesen meditado bien y comprendido esta doctrina sublime del Salvador, no hubieran podido menos de descubrir en ella una reprension terrible que encierra, dirigida precisamente á ellos por corregir la ambicion desmedida de gloria vana que manifestaban. Mi tiempo, les dijo, no ha llegado aun: esto es, el tiempo de manifestar mi gloria; porque esta no se manifestará hasta despues de mi resurreccion: pero si llegó vuestro tiempo, esto es, el tiempo de desear las glorias y alabanzas del mundo; pero ah! que con ellas sereis engañados y los engaños os acarrearán graves perjuicios. Vosotros buskais las glorias del mundo, y á él consagrais vuestros afectos, por consiguiente siempre teneis preparado vuestro tiempo. Los mundanos siempre tienen en el mundo preparado su tiempo y sus glorias: porque aman lo mismo que el mundo y con él siempre convienen; por lo que siempre hallan preparado en el mundo lo que buscan. Los justos empero que solo buscan la gloria de Dios y su bien y dicha espiritual, nunca tienen preparado su tiempo en el mundo; porque le desprecian, y con él desprecian tambien todo lo que él ama. A vosotros, empero, el mundo no puede aborreceros, porque sois de los amadores del mundo, de los que siguen sus máximas, y de los que estan unidos con él con todos los lazos de la amistad y del amor.

De varias maneras entiende San Crisóstomo (1) esta subida de Jesus con sus parientes al templo de Jerusalem para la fiesta de los tabernáculos, y el amor que les dijo les profesaba el mundo. A vosotros ama el mundo por la semejanza y simpatias que con él tenéis: pero á Mí y á los míos aborrece por la desemejanza y antipatias que con él tenemos: ni en voluntad, ni en deseos, ni en obras nos asemejamos. Sus obras son malas, y en vez de aprobarlas las acriminamos y condenamos. Las glorias y satisfacciones de los hombres son varias como sus fiestas. Los mundanos tienen sus fiestas temporales que consisten en disfrutar, gozar y comer, y los justos tienen las suyas espirituales, que solo consisten en los goces y deleites del espíritu: por lo que añade, les dijo Jesus muy bien: Vosotros que buskais la gloria mundana y los deleites que el mundo da, subid á esta fiesta, en la que quereis ver y ser vistos para satisfacer la curiosa vanidad y concupiscencia de vuestros ojos y la grosera alegría temporal de vuestro corazon: subid á ella: sa-

(1) Div. Crisost., hom. 47. in Joann.

tisfaced todos vuestros apetitos carnales, y la ansia de los deleites que os fatigan: Yo que nada de esto busco, y que nada de todo ello me alegra no subiré con vosotros á esta festividad, porque el tiempo de mi gloria, segun mi humanidad, no ha de llegar para Mí hasta que haya corrido la carrera de la humildad; esto es, la carrera de mi pasion, despues de la que vendrá precisamente la gloria de la inmortalidad.

O de otro modo. Subid vosotros á este dia de fiesta ó al principio de esta solemnidad, porque entonces se entregaban mas los judios á los convites y saraos que al fin: Yo no subiré á esta fiesta, esto es, á su principio, porque no llegó todavia mi tiempo. El mas apto para enseñar la doctrina de la verdad, que era el objeto de la venida de Jesucristo al mundo, no era el principio de la solemnidad por los motivos que se han indicado, sino cerca del fin; porque menos glotones ó mas templados, estaban mas dispuestos para oir. Diciendo, pues, el Señor: *Subid vosotros*, ni lo aconsejó, ni lo mandó, ni les invitó para que subieran, sino que previno, predijo y manifestó lo que querian aquellos, cuyo corazon estaba poseido de los deseos mundanales. Ellos querian asistir siempre á la fiesta y no á la vigilia: porque siempre querian lo que les alhagaba, no lo que les mortificaba. De esta clase hay tambien muchos en el siglo presente que siempre quieren fiestas, pero nunca vigiliass; siempre quieren hallarse entre la embriaguez y destemplanza, pero nunca entre la mortificacion y la penitencia; siempre entre la vanidad y las risas, nunca entre el hambre y la sed, la turbacion y el llanto.

Por tres causas poderosísimas no deben las criaturas concurrir á estas fiestas diabólicas. La una es por deber ser nuestra vida una vigilia continuada, por cuya razon debemos siempre ayunar y llorar nuestros pecados á fin de poder llegar á la fiesta de la patria celestial: en cuyo concepto escribió muy oportunamente San Mateo el célebre dicho del Salvador: *bienaventurados los que lloran*, esta es la vigilia, *porque ellos serán consolados*, este es la fiesta. Pero los hombres vanos quieren celebrar aqui la fiesta, y no hacer la vigilia; sin advertir que tendrán por fuerza que llegar á ella. San Lucas espresó muy oportunamente este pensamiento cuando dijo: *ay de vosotros que estais hartos*, esta es la fiesta, *porque luego tendreis hambre*, esta es la vigilia. La segunda causa es porque la vida presente no es mas que un destierro, y seria muy necio el peregrino que quisiese celebrar fiestas desterrado en pais extranjero: sino que para celebrarlas debe esperar el regreso á su patria. Nuestra patria

que es el Cielo, y porque los pecadores hacen de este destierro su patria, por esta razon desterrados serán para siempre y espulsados de la celestial. Y la tercera porque esta vida es lugar de trabajo, por cuya razon los siervos de Dios deben trabajar sin descanso, porque del trabajo viene despues á El. Los hombres vanos y voluptuosos quieren vivir siempre en la ociosidad, y por su desgracia pasan de ella despues á los trabajos eternos.

Con toda claridad nos manifiesta esto la diferencia que hay del modo de desear y de vivir entre los buenos y los malos. El tiempo de la gloria de los malos siempre es la vida presente: árboles de mala calidad plantados en terreno malo, en él viven y en él florecen: pero el tiempo de la gloria de los buenos, es el futuro, en él vivirán y reinarán con Cristo, y llegarán á la gloria por el camino de los padecimientos y tribulaciones que recorrieron en este destierro. Digan pues los devotos y timoratos, los penitentes y mortificados, y todos los que caminan por el camino de la perfeccion á aquellos que les convidan á los convites, embriagueces, destemplanzas y lascivias: *subid vosotros á esta fiesta*, que nosotros que tales cosas no apetecemos de ninguna manera queremos subir. El verdadero siervo de Cristo no debe deleitarse en tales cosas: soldado muy delicado es y de ninguna manera apto para resistir las grandes luchas á que está continuamente espuesto, el que quiere á un mismo tiempo alegrarse con el mundo y reinar con Cristo; porque escrito está: ay de aquellos que tocan el pandero y la vihuela y bailan al son de los instrumentos músicos, pasan entre delicias los dias de su vida, y en un instante bajan á los infiernos. Estos son los que dijeron á Dios: *apártate de nosotros*, que no queremos saber nada de tus mandamientos (1). Recibieron estos en verdad los bienes en su vida. San Agustin sobre este mismo concepto dice (2): Seamos rectos de corazon, no llegó todavia el tiempo de nuestra gloria. Dígase á los amadores del mundo, cuáles eran los hermanos del Señor, vuestro tiempo siempre está preparado y dispuesto, pero el nuestro no llegó aun. Sí, tengamos valor para decirlo, porque somos el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo: porque somos sus miembros, y digámoslo con firmeza porque conocemos quién es la cabeza de este cuerpo místico que todos formamos: porque El mismo se dignó decirlo para enseñarnos: cuando pues nos insulten los amadores del siglo esta debe precisamente ser nuestra única y verdade-

(1) Job. cap. 21. vers. 12. 13. et 14.

(2) Div. August. Tract. 28. in Joann.

ra respuesta: *vuestro tiempo siempre está preparado, pero el nuestro todavía no llegó.*

No es fuera de propósito esta elocuente reflexion del grande Augustino: bien conocia el santo doctor que nunca era el mismo tiempo para los ricos y para los pobres, para los seguidores del mundo y los servidores de Dios: para aquellos, en fin, en cuyos corazones no habitan sino la ambicion y la avaricia, estando perpétuamente desterrada de ellos la caridad. En efecto, el tiempo de los ricos siempre está preparado, porque en cierto modo está en su bolsillo: si hace frio visten bien y calientan sus habitaciones; y si el calor les aflige ó incomoda, las refrescan y se procuran toda especie de consuelos. De la misma manera tambien en todas las demas molestias, aflicciones é incomodidades del cuerpo, siempre tienen el remedio prevenido y pronto, y asi es que tienen siempre su tiempo preparado: mas á los pobres sucede en este mundo todo lo contrario, de otra manera empero en el otro siglo.

Despues de esto se quedó Jesus en Galilea; mas luego que partieron sus hermanos, fue tambien El^{la} la fiesta, no manifestamente, sino en secreto. De la compañía de sus hermanos parece que huyó el Señor porque era otro su espíritu, y el huir de aquella comitiva tan empeñada en honrarle, confunde la soberbia de los grandes y poderosos de la tierra, que en todo tiempo y ocasion, y hasta en los mismos templos del Señor y en las mayores solemnidades de la Iglesia, se presentan en ella con un lujoso acompañamiento para llamar sobre sí las miradas y atencion de todos con su faustosa ostentacion, olvidándose que las grandes festividades de la religion no han de manifestarse tanto con el lujo y adorno exterior de los cuerpos, quanto con las galas interiores de la virtud, que son las que adornan el espíritu y hacen celebrar con aparato verdaderamente religioso los dias santos consagrados á Dios, porque escrito está: terrible eres Tú, oh Señor: ¿y quién podrá resistirte á Tí desde el momento de tu ira? Desde el Cielo hiciste oir tus juicios: la tierra tembló y se quedó suspensa al levantarse Dios á juicio para salvar á todos los mansos de la tierra. El hombre que esto medite, te alabará; y en consecuencia de sus meditaciones celebrará fiestas en honor tuyo (1). Asi, pues, debes tú celebrar tus festividades si quieres que á ellas venga Jesus; porque los que las celebran con faustosas ostentaciones en público para ser vistos de los hombres recibieron ya su paga.

(1) Ps. 73. vs. 8. et seqbs.

El amantísimo Salvador, que queria cumplir exactamente la voluntad de su Padre, no podia dejar de concurrir á esta solemnidad, á la cual asistió en secreto y sin acompañamiento alguno; pero antes de manifestar lo que en ella pasó, es indispensable hacer una pequeña digresion.

Parece que esta fue la ocasion en que los escribas de Galilea dijeron á Jesus lo que hemos referido ya en el capítulo anterior, á saber: *que se marchase de allí porque Herodes queria matarle*; y que en esta jornada ó tránsito fue en la que se detuvo Jesus en Bethania, castillo fortificado, y tan vecino á Jerusalem que en un dia de sábado se podia andar el camino sin contravenir á la Ley, llegando á él á la caída de la tarde de la feria sesta. Por mas reflexiones y vueltas que se den á los Evangelios Santos, no aparece de ellos con la claridad que seria de desear, ni aun con alguna mayor y mas probable congetura, el lugar donde pueda colocarse con mas verosimilitud que aqui lo que refiere uno de los historiadores sagrados de la visita que quiso hacer su Magestad á dos personas de Bethania que le fueron siempre fielmente adictas. No era esta la vez primera que el Salvador las habia honrado con su presencia. Cuanto en los Evangelios se lee, todo nos indica con claridad las atenciones de Jesus para con la virtuosa familia que habitaba el castillo, y los fervorosos respetos de esta para agradecérselas. Mas adelante veremos en el gran milagro que obró el Señor en beneficio de la cabeza principal de aquella familia, y en los ruegos ardientes de sus dos fervorosas hermanas, el ejemplo de la amistad mas santa y el modelo del reconocimiento mas vivo. Prescindiendo por tanto de las dudas é incertidumbres que no pueden aclararse, no hay inconveniente alguno en insertar en este lugar, como en el suyo propio, este bello pasage del Evangelio que en el suyo San Lucas nos refiere.

Entró Jesus en este castillo donde habitaban las dos hermanas de Lázaro, Marta y Maria, y le halló lleno de estrangeros, que sin duda serian varones religiosos de las diversas familias de Jacob, los que con motivo de la solemnidad habrian venido á visitar aquella familia virtuosa. El afecto que Jesus la profesaba, y la franqueza con que en él se alojaba, nos obliga á que lo miremos como el asilo de la piedad, la morada de la inocencia y la escuela del fervor. Marta, la mayor de las dos hermanas, estaria escesivamente ocupada en el frecuente ministerio y asistencia de todos los huéspedes. El Salvador, que tenia motivos para no dejarse ver, se retiraria sin duda con el pequeño número de los discípulos que le seguian siempre que iba como de secreto, á alguna estancia sepa-

rada, á la que parece muy verosímil fuese Maria á hacerle los honores debidos á su persona, y á eir con atencion y respeto las sublimes lecciones que siempre salian de la boca de su Magestad Divina. No es difícil creer que embelesada Maria con la suavidad de las palabras de Jesus, se olvidase de que su hermana estaba sola, y ocupada con mucho trabajo. Marta, que no podia con tanto, se fue á hablar á Jesus con un poco de aceleracion, y le dijo: Señor, ¿no haceis reflexion que mi hermana me deja sola en un tiempo en que necesito de su socorro? Yo os ruego que la deis orden de que venga á ayudarme para asistir á tanta gente como tengo en casa.

Varias son y muy grandes las reflexiones que hacen los Padres y Doctores de la Iglesia sobre la entrada de Jesus en el castillo de Bethania, sobre la fervorosa contemplacion de Maria sentada á los pies del amantísimo Maestro, y sobre las quejas de Marta, siempre ocupada en las atenciones de la casa; pues parece que entró en él el Salvador para recomendar el ejercicio de la vida contemplativa y santificar las obras de la vida activa.

Este castillo, santificado con la entrada de Jesus en él, es una viva imagen del vientre purísimo de Maria, santificado y consagrado con la Encarnacion del Verbo. Este fue el primer hospedage que tomó el Salvador entre los hombres, cuando con pasos de gigante vino presuroso del Cielo á la tierra para quebrantar las cadenas del pecado. Habíala antes llenado de su gracia, y héchola depositaria del amor con que la eligió para morar en ella; y en esto vemos con toda claridad indicados los vistosos adornos con que Dios quiere esté engalanado el corazon que le hospeda. No busca el Señor en él ninguna de aquellas cosas que regularmente se buscan para adornar los palacios donde han de hospedarse los príncipes de la tierra, sino que busca el ejercicio y práctica de las virtudes, como son la caridad, la humildad, la union con Dios, la modestia, la pureza y la uncion de su espíritu; porque las alhajas de la casa donde se hospeda Cristo no pertenecen al reino terreno, sino al reino celestial.

Otra consideracion no menos importante viene como á avivar la amortiguada fé del corazon de la criatura, cuando vemos á Cristo que entra como huésped en el castillo donde moran Marta y Maria. Vino Cristo por nosotros, y para nosotros, y para quedar hospedado en nosotros. Dióle el Eterno Padre á la Virgen como Hijo, cuando le concibió por el amor y gracia del Espíritu Santo. Dióle la Virgen á los hombres como Rey, Redentor y Salvador, cuando nos le dió en su nacimiento. Dáse El mismo á los hombres como

verdadero Salvador, cuando toma el nombre de Jesus; y dase tambien como victima por medio de la comunión, que es una estension de la Encarnación. Tan ingenioso hizo á Cristo el amor eterno con que nos amaba para hacerse de muchos modos el huesped amantísimo de nuestras almas. También es muy digno de advertirse que aunque Jesus fue hospedado por Marta alabó á Maria, para demostrar las ventajas que hay de la una á la otra ocupación de la vida. Marta, ocupada precisamente en los cuidados domésticos, parecia como mas estraña á los ejercicios de la vida contemplativa, á la que se manifiesta mas inclinada Maria; y aunque se dice que Marta hospedó al Señor en su casa, no significa esto que la vida contemplativa esté escluida de hospedar á Cristo. Marta le hospedó en su casa y Maria en su espíritu: Marta admitió la persona y Maria recibió la palabra; y asi Cristo fue hospedado por la santa ocupación y por la elevada contemplación. A la una y á la otra es provechoso el hospedage de Cristo: á la ocupación da fortaleza, á la contemplación da sabiduría, El que es la sabiduría y la fortaleza del Padre.

Si despues de esta primera entrada ocupa nuestra consideración el interior de la casa, y al reflejo de las diversas ocupaciones de Marta y Maria analizamos las quejas de Marta, al contemplar la santa ociosidad de Maria, no podremos menos de admirar con San Bernardo (1) la dicha que cabe á toda casa donde se observan las santas quejas de una hermana tan laboriosa como Marta: pero no deberemos pasar por alto que una sola vez se quejó Marta de su hermana, y Maria nunca se quejó de Marta: el tenerse esta por sola sin la ayuda de Maria, denota el abandono y el riesgo en que está la vida activa cuando le falta el socorro de la oración. Asi es que nunca se le oyó á Maria el quejarse porque su hermana la hubiese dejado sola contemplando y escuchando la palabra del Señor. Nótese, empero, bien, que Marta no se queja de la santa ociosidad de Maria, y sí pide la mande el Señor que la ayude. Bien ordenada está, no hay duda, la vida activa, cuando conoce la necesidad que tiene de la vida contemplativa; ¿pero estaba por ventura ociosa la que no trabajaba en las obras de Marta? ¿Por ventura en la casa donde se hospeda Cristo no hay que hacer otra cosa mas que dar de comer á Cristo? Carnal es, y no se paladea en las cosas del espíritu, el que tiene [por inútil y desaprovechada en la Iglesia aquella porción nobilísima que se dedica á la oración. Sea

(1). Div. Bernard. Serm. 3. in Asump. B. M. V.

cada uno fiel en seguir el espíritu de su estado y de su vocacion, porque el Señor conduce por los caminos menos trillados, que mirados por la falsa perspectiva de los necios se ofrecen torcidos á sus ojos, á las criaturas todas, á los respectivos cabales fines para que las crió. Asi pues, Jesucristo, que era el testigo y el juez de la respectiva fidelidad de entrambas hermanas, oyó la queja de Marta, observó el silencio de Maria, y respondió fallando en la duda propuesta. La respuesta de Jesus dejó á Marta enseñada y á Maria aprovechada y alentada. No reprendió Cristo toda la solicitud de la vida activa, sino la que causa turbacion y estorba el cuidado de la propia salud.

Es muy conveniente oír en esta ocasion al Máximo entre los doctores, San Gerónimo, porque su doctrina, si no dirime, al menos esclarece una interesante cuestion (1): introdúcese el Santo Doctor escribiendo á Paula y á Eustaquio, reconviniendo al parecer á Marta en su ocupacion, y le dice: ¿Cuándo tendrá fin esta servidumbre imperfecta? ¿Por ventura no tendrá el Señor de dónde alimentar sus pobres sino por tí? Retírate, Paula, al desierto, y procura mejor imitar la santa contemplacion de Maria, aunque seas como ella acusada. De tres maneras, ó por tres causas, es acusada Maria: la acusa el fariseo de *temeridad ó de presuncion*, porque siendo pecadora se atreve á tocar á Jesus estando sentado en la mesa: Judas la acusa de *prodigalidad*, porque derrama un bálsamo precioso y unge con él la cabeza y los pies de Jesus: y su hermana la acusa de *ociosidad*, porque está á los pies del Maestro Divino oyendo la doctrina santa y á ella no la ayuda: mas en todas tres acusaciones calla Maria paciente y sufrida, y nunca se defiende, porque el Salvador siempre la escusa. Al fariseo le hace ver que lo que él juzga presuncion, no es en Maria sino devocion: á Judas, y á los demas discípulos que habian oído la acusacion, les demuestra que aquel derramar el ungüento no era prodigalidad, sino piedad: y á Marta, su hermana, la enseña que el estar sentada Maria á sus pies no era ociosidad, sino una ocupacion mas santa que la que ella tenia. Maria, cuyo corazon y entendimiento estaban fijos en su Dios, y atraídos con una santa y admirable suavidad, á los clamores de su hermana, despertó como de un sueño; se mostró tímida por su aparente descanso, é inclinada su cabeza en la tierra, calló: y con su silencio remitió la causa al Juez que presente tenia para que la fallase segun su justicia; sin atreverse á

(1) Div. Hieronim. Ep. ad *Paulam et Eustachium*.

responder una palabra por no interrumpir la santa contemplacion en que se hallaba.

El Señor disculpó, como era justo, á su querida y amante discípula, y volviéndose á su hermana, la dijo: Marta, Marta: tú estás solícita, inquieta y conturbada, y te distraes á muchas cosas cuando una sola es necesaria. Maria escogió la mejor parte, de la cual no se verá privada jamás. Esta duplicada repeticion del nombre de Marta, es signo de amor, é indica claramente la intencion que tenia el Salvador de avisarla de una cosa que la interesaba, y fue lo mismo que si le hubiera dicho: las obras de la vida activa inducen solicitud en el corazon, distraccion en el entendimiento y turbacion en el ánimo. Si quieres, pues, vivir con alegría, no te ocupes en muchas cosas á la vez, porque estas complicadas ocupaciones te harán mucho menor de lo que eres. Lo que es necesario para vivir bien, es unirse estrechamente con Dios por medio de la contemplacion. Dios no es mas que uno, y sobre todas las cosas debe ser buscado. Esta unidad de Dios reclama la union del entendimiento de la criatura con Dios, y esta union no se consigue sino por medio de la contemplacion: asi como por el contrario, atendiendo esta á los cuidados de la vida activa, que son muchos, parece que se divide el alma, y como que se distrae por medio de muchas operaciones. Maria escogió la mejor parte, la mas segura y la mas digna. No quiso decir el Salvador que la eleccion de Marta fuese mala, sino que la de Maria es la mejor; significándole con esto que no debia producir quejas de ninguna clase por la santa ocupacion de Maria. Llamóla el Señor muy buena, ó mejor que la de Marta, para indicarle que aqui en la tierra empezaba ya á gustar las bondades, las alegrías y las dulzuras que despues habia de gozar en la vida futura en la patria celestial.

Nótese tambien que el dicho de Jesus á Marta, no es una reprension, porque su ocupacion era buena; sino que se alaba la de Maria como mejor, y al añadir que de ella no se veria privada jamás, fue como si le dijera: la ocupacion de Maria empezó en esta vida, en ella se aumentó, y en la otra vida se perfeccionará completamente; ahora no ve Maria el objeto de su amor sino como por entre figuras y enigmas: lo ve como el que mira su imagen dentro un espejo: entonces lo verá cara á cara; y este fuego amoroso que aqui empezó á arder en su corazon, cuando viere el objeto de su amor entre los resplandores de su gloria, entonces crecerá con tanta estension como un volcan. La caridad, que es verdadero amor, nunca disminuye, y el amor que en la tierra se tiene, sube como

llama á la patria, y allí crece y se esplaya. El fuego está en Sion, pero el camino en Jerusalem: así Maria escusada por el Salvador permaneció sentada á sus pies con mas seguridad, y descansó con mayor alegría. Sobre lo que dice San Agustin: El la respondió á Marta por Maria: y se hizo su abogado: el que con respetuoso silencio fue por ella interpelado como juez. Como tal dió su sentencia, y defendió á la que á El se habia acogido. Ocupada estaba Marta pensando como habia de alimentar al Señor, y ocupada estaba Maria alimentando su espíritu con las doctrinas del Maestro Divino. Marta preparaba el convite, y Maria se alegraba en él. Mas grande era la suavidad del entendimiento y del corazon de Maria; porque en la refeccion espiritual es siempre mucho mayor el gozo y la satisfaccion del ánimo, que en la corporal lo es la del vientre.

Notarse debe tambien, que en esta accion distinguen los padres y doctores dos actos realmente distintos: uno que consiste en el ejercicio de las virtudes morales y dispone para la contemplacion; por lo que dice San Gregorio (1): los que desean atrincherarse en el fuerte de la contemplacion, deben antes prepararse y probarse en el campo de la accion. Calmados los tumultos de las pasiones por el ejercicio de las virtudes morales, dispónese el alma para elevarse libremente en la contemplacion; de lo que se infiere, que la tal accion de la virtud se ordena á la contemplacion que es su fin; el fin siempre es mucho mejor que aquellas cosas que á él conducen. La otra accion es la que se sigue de la contemplacion; procediendo inmediatamente de su plenitud; como es el enseñar, el trabajar en la direccion de las almas, y en hacer otras obras semejantes: de cuya accion dicen algunos que es mejor que la misma contemplacion; y de esta, es claro que no habló Jesucristo.

Estas dos hermanas amadas de Jesus, parece que indican dos vidas espirituales con las que se ejercitan y viven los hijos de la Iglesia. Marta la vida activa, por la que nos asociamos y unimos á nuestro prógimo con el vínculo de la caridad. Maria la contemplativa, por la que suspiramos por la union con Dios; y así se dice, que Marta recibió á Cristo en su casa, y no Maria. Esta al parecer no la tenia; porque la vida contemplativa desprecia por Dios todas las riquezas y pórsones en la tierra. A la alma que se entrega á la vida contemplativa, bástale estar siempre á los pies de Dios, y oír su palabra; fortalecerse y alimentarse con ella, antes que dar pábulo á su vientre. Bástale entregarse á la leccion y á la oracion es-

(1) Div. Gregor. in cap. 14, lib. 1. Reg.

piritual con la mayor asiduidad, y estando ocupada siempre en la contemplacion de las bondades de Dios, derramar lágrimas abundantes de compuncion para obtener el perdon de sus pecados, suspirando dulcemente por la eterna vida.

Digimos antes que San Gerónimo en su epístola á Paula y á Eustaquio, diviniza al parecer una cuestion obscurísima y enmarañada en la Historia Evangélica, pues que á una sola Maria atribuye tres cosas que parece dieron lugar á que algunos pensasen haber sido, no una, sino tres Marias; la una que entró á buscar su médico en casa de Simon el Fariseo, y recibió la salud espiritual y el perdon de sus pecados: la otra Maria hermana de Marta y de Lázaro: y la otra Maria Magdalena, una de las piadosas mujeres que acompañaron constantemente á Jesus desde Galilea en todos sus viages, sin haberlo jamás abandonado ni aun en su último suplicio, ni despues de su muerte.

Desde los primeros siglos de la Iglesia se afanaron sin descanso los primeros sabios en la investigacion y aclaracion de esta parte de la Historia, y despues de lo mucho que han trabajado, escrito y disputado los antiguos y modernos intérpretes para aclararlo y resolverlo, nos han dejado todavia en tinieblas, sin esperanzas de poder saber la verdad, fluctuando en el caos de mil varios y encontrados discursos, y aun en el dia tiene á los sabios divididos. Algunos siguen con tenacidad la opinion de que fueron tres: otros creen que solamente fueron dos: y los mas siguen con San Gerónimo la opinion de que no fue mas que una: esta es la mas comun y la mas generalmente recibida. Dejando aparte pues la opinion de los que dicen que fueron tres, como mas improbable é inverosímil, y resueltos á seguir la mas comun y general de que no fue sino una, preciso es presentar el apoyo y autorizacion que creen tener en su favor aquellos que dicen que fueron dos, para que destruido aquel, aparezca mas cierta, clara y fundada la que con San Gerónimo seguimos.

Está fuera de duda entre los Evangelistas mismos por sus sencillas relaciones, que la mujer pecadora es idéntica, y sin duda alguna la misma que Maria Magdalena; sin que pueda por su relacion inferirse, que esta sea realmente distinta de Maria hermana de Marta y de Lázaro. Para establecer esta verdad es preciso seguir fielmente los hechos del Evangelio. La mujer pecadora es la primera que empieza á sonar en el Evangelio, y San Lucas es el único de los cuatro Evangelistas que nos habla espresamente de ella, refiriéndonos circunstanciada y detalladamente su conversion en el capítulo

séptimo de su Evangelio. Este notable suceso, segun las mas probables conjeturas, y las narraciones del mismo San Lucas, parece se verificó no mucho tiempo despues del público y portentoso milagro de la resurreccion del hijo de la viuda de Nain. Parece tambien estar fuera de duda que se verificó en la misma ciudad donde tenia su residencia Simon el fariseo, de lo que quieren inferir los que dicen que fueron dos las Marias, que esta mujer pecadora era de Galilea. Nada de esto nos dice San Lucas: calla la provincia y el pueblo del nacimiento, y aun el nombre, apellido, oficio, profesion ó estado de aquella mujer; reduciendo toda su narracion á estas muy singulares palabras: *habia en la ciudad una mujer pecadora*. Y esta al parecer no suena otra vez en la Historia Sagrada, ni la nombra con semejantes dictados ningun otro de los Evangelistas. El mismo San Lucas en su capítulo octavo nos habla de una mujer llamada *Maria Magdalena*, pero sin declararnos tampoco su patria, ni su genealogia; y para dárnosla á conocer mas bien añade dos circunstancias muy notables: primera, que *esta es* aquella de quien habian sido arrojados siete demonios, de la que tambien habla S. Marcos en su capítulo décimosestº tratando de la resurreccion de Jesucristo, y diciendo espresamente que Jesus apareció á *Maria Magdalena*, de la cual habia antes lanzado siete demonios. Y segunda: que *Maria Magdalena* fue una de aquellas religiosas mujeres que habiendo recibido de Jesus estrordinarios beneficios, como la libertad de los espíritus malignos, y la curacion de otras varias enfermedades, fueron siempre adictas á su persona, lo siguieron en todos sus viages, y le suministraron en muchas ocasiones lo necesario para su subsistencia, y la de sus discípulos.

Los mas antiguos doctores de la Iglesia, asi griegos como latinos, infieren de las notas y advertencias de San Lucas, que esta *Maria Magdalena* es idéntica, y sin duda alguna la misma mujer pecadora, que antes habia referido; añadiendo algunos, que es la misma sin duda, por ser oriunda de la ciudad de *Magdala*, ó tal vez del mismo Nain, no muy distante de aquella. Y siendo los espíritus malignos la representacion de todos los vicios, pecados, y enfermedades, concluyen; que no hay la menor duda en afirmar, que estas no fueron dos, sino una sola; pero realmente distintas de *Maria* hermana de *Marta* y de *Lázaro*. ¿Y qué motivo tienen para asegurar que esta pecadora, ó *Maria Magdalena*, no es esta hermana de *Lázaro*? ¿Por ventura, el verla afanada cuando asi la nombran en los fervores de la contemplacion altísima á que estaba entregada? ¿O acaso tal vez el no darla á conocer con estas señales

cuando era precisamente pecadora? Hermana de santos, pudo ser muy bien el escándalo de Jerusalem, y á esta ciudad indican todos los Evangelistas cuando con este nombre comun la apellidan y significan: lo que no sucede cuando nombran á Tiro, Sidonia, Samaria, Jericó, Nain, Cafarnaum, y otras que hay necesidad de nombrar. Diciendo pues San Lucas, que habia en la ciudad una mujer pecadora, se entiende sin repugnancia alguna Jerusalem. El castillo de Betania, donde tenian su ordinaria morada y residencia estos tres hermanos, distaba muy corto trecho de la ciudad y se reputaba como un suburbano de la misma, y no obsta tampoco que Marta y Lázaro fuesen virtuosos, para decir que su hermana Maria fuese pecadora. Como á tal pudo salir de su castillo afrontada tal vez, y corrida, porque la modestia de su vida no correspondiese ni á la nobleza de su cuna, ni á la santidad de sus hermanos; para ir en busca de aquel que es el origen y la fuente inagotable de la santidad. Acababa el Señor de obrar en Nain el portentoso milagro de la resurreccion del hijo de la viuda, y la que estaba muerta por la culpa, no debia tener reparo en ir á buscar en su verdadera fuente la salud y la vida. Parece que viene á confirmar esta misma opinion su propia entrada y presentacion en casa del fariseo. Las personas vulgares y de poca representacion ó mérito en la sociedad, no tienen fácil entrada en la casa de los grandes. Grandes y poderosos eran entre los judios los escribas y fariseos, y á no haber sido conocida por su grandeza ó nobleza la mujer pecadora, es indudable que el fariseo la hubiera mandado lanzar de la sala del festin. Por último, nada prueba contra esta opinion, el que San Lucas no la nombrase como pecadora por su propio nombre, antes al contrario confirma tambien hasta cierto punto las anteriores reflexiones; pues por el honor de la familia callaria seguramente esta circunstancia tan notable, asi como calló el nombre propio de San Mateo en obsequio á su dignidad de Apostol y Evangelista, cuando refiere su llamamiento y conversion; y para saberlo fue preciso que el mismo San Mateo nos lo revelase. Síguese pues de todo lo dicho, que las Marias no fueron tres, ni dos, sino una sola, y que fue precisamente esta hermana de Marta y de Lázaro.

Por último, la susceptibilidad de los autores que dicen, que esta Maria no pudo ser la pecadora, se atrinchera entre dos reflexiones que creen como incontestables, y las presentan como el mas sólido argumento de su opinion: y son, el haber hecho Jesucristo el encomio de la hermana de Marta, diciendo que habia elegido lo mejor; y que jamás le faltaria el objeto de su eleccion. La mujer pecadora

fue alabada por el Salvador, no por uno, sino por muchos conceptos, y en su conversion eligió seguramente lo mejor. Eligió á Jesus, y se unió intensísimamente con El por medio del amor; amor sólido, amor grande, amor perfecto, porque todo lo despreció por el amor de Jesus: por lo que la perdonó el Señor sus pecados, porque *le amó mucho*. Este amor no podia ser anterior por haber sido su vida criminal: Cristo no podia mentir: luego es claro que la calificación de este amor hecha por la verdad eterna, declara, que fue mucho, porque fue desde su principio grande, sólido y perfecto: por consiguiente hizo Jesus con esta declaracion el mas grande y cumplido elogio de la pecadora: y el que hizo de esta misma mujer en el castillo de Bethania, no fue sino una confirmacion ó continuacion del primero: asi como el hecho de la misma de sentarse á los pies del Maestro para oir sus doctrinas, puede tambien mirarse como una continuacion del que comenzó en casa del fariseo. Aqui se postra y llora para obtener el perdon, supuesto que es pecadora; y en Bethania se sienta porque sabe que está ya perdonada. Postróse en casa del fariseo porque iba á ofrecer la dádiva de su corazon y de su amor, y como era pecadora se presentaba tímida; y sintióse en Bethania confiada, porque se habia aceptado la ofrenda; y la justicia estaba aplacada. Los fervores de la contemplacion que en el castillo manifesta, no son sino las llamas ardorosas de aquel amor que la arrastró á casa del fariseo, y la obligó á rendirse; pero sentada, ó postrada, en una y otra parte está rendida á la violencia del amor.

Este amor inegable y nunca desmentido, adquirido y conservado siempre á los pies de Jesus, fue el que la alentó en la pasion para que no abandonase á su Madre, átravesase con ella la calle de la Amargura, subiese con ella al Gólgota, permaneciese junto á ella al pie de la Cruz, y para que fuese la primera que despues de muerto el Redentor, y estando aun clavado en el suplicio, se arrojase ardiente á sus pies divinos, los regase de nuevo con sus lágrimas, y los adorase con la mayor ternura: y fue en fin, el que la impulsó para que despreciando los peligros y la ferocidad de los centinelas, corriese tambien de madrugada con otras al sepulcro para ungirlo: y de aqui fluye la razon poderosa, que debilita, enerva y destruye completa y victoriosamente la segunda razon que alegan los sostenedores de la opinion de que Maria Magdalena, ó la pecadora, no pudo ser la hermana de Marta y de Lázaro.

De positivo sabemos, dicen, que Maria hermana de Marta era del castillo de Bethania, y era rica y opulenta; y de la pecadora no

sabemos sino que era galilea, y no nos consta su casa, ni su patrimonio, al contrario hay motivo para pensar que no tenia casa ni hogar alguno. Y siendo esto así: ¿de dónde podía sacar el gasto para aquel bálsamo de nardo precioso que derramó á los pies de Jesus, lo que el mismo Judas estimó de un valor de mas de trescientas monedas de plata? Ni de dónde saldria el valor de aquellas cien libras de mirra y aloes para ungirlo en el sepulcro? Son casi inmensas las pruebas de razon y congruencia, que de las aducidas hasta aqui pueden deducirse, para probar y demostrar que las Marias célebres en el Evangelio no fueron tres, ni dos, sino una sola, á la que corresponden todas las circunstancias que en él se refieren: y que esta fue precisamente la hermana de Marta y de Lázaro; pecadora un tiempo, despues arrepentida, compañera fiel y discípula de Jesus; sin que las sutilezas de algunos metafísicos escritores basten para destruir esta opinion, que tiene en su apoyo la de San Gerónimo y la de otros muchos padres y doctores de la Iglesia.

Incomprensible siempre el Señor en sus juicios y resoluciones, dejó á las dos hermanas y á sus Apóstoles, para pasar la noche en oracion, y encomendar á su Padre celestial la ejecucion de los designios que habia formado para la mañana siguiente. Este dia era el sábado ó la fiesta intermedia de la solemnidad para la cual Su Magestad habia fijado su entrada en Jerusalem y en el Templo. En ella lo habian buscado con gran empeño en el principio de la solemnidad como el Señor lo tenia previsto. Amigos y enemigos, todos deseaban verle; los unos para alabarle, los otros para vituperarle. Estaba dividida notablemente Jerusalem respecto de su Persona, y la division dependia de la diversidad de intereses de cada uno de los judios: buscábanle algunos pocos con sana intencion, otros por mera curiosidad y deseo de verle obrar algun milagro, y otros, en fin, para darle muerte. Los grandes soberbios, los devotos hipócritas, los sábios envanecidos, y los magistrados prevaricadores, todos lo aborrecian. Apenas se encontraban en estos diferentes órdenes de la república un pequeño número de personas prudentes y desinteresadas, que no quisiesen contribuir en perderlo: y aun era preciso á los que en El creian, disimular sus afectos, y tener oculta su buena voluntad para no perderse á sí mismo.

El pueblo, fiel espectador de los sucesos, atento observador de los milagros, y celoso escudriñador de las doctrinas de Jesus y de las de los fariseos, aun no estaba enteramente corrompido: pero la obra de la seduccion general hacia progresos muy sensibles. Seis meses antes habia salido Jesus de la capital, y confundido y abo-

chornado á sus injustos detractores con un estupendo milagro, que confirmó en la buena opinion que de El tenian á todos aquellos á cuya noticia habia llegado. Los que de Galilea se presentaban en Jerusalem confirmaban la buena opinion de Jesus, y persuadian fuertemente á sus partidarios de que en la que habian formado acerca del Salvador no se equivocaban. Estos, que pueden muy bien llamarse sus discípulos, no eran muy numerosos; y aun poco á poco se disipaban; porque los sacerdotes y los escribas no omitian diligencias ni calumnias para desacreditarlo enteramente.

Habiase divulgado en la ciudad la llegada del Salvador á Bethania, y muchos le creian en Jerusalem, cuando aun estaba como oculto en el Castillo: y como no le hallasen entre la muchedumbre los principales cabezas de la conspiracion, se preguntaban á sí mismos y se decian con desprecio é insulto: dónde está ese Jesus Nazareno? No hay duda que estará escondido en alguna parte de la ciudad, y el temor que tiene á los magistrados le impedirá presentarse en la solemnidad. Los mas celosos y alentados de sus discípulos contrariaban la doctrina de los escribas, y le anunciaban como un hombre santo. Lo que El enseña, decian, es todo puro, todo celestial y divino. No cabe duda que El es el gran Maestro que Dios envió al mundo para la verdadera enseñanza de los hijos de Israel: dichosos serán, sin duda, los que le crean, y cumplan puntualmente sus doctrinas. Otros, empero, preocupados y verdaderamente engañados por las doctrinas maldicientes de los escribas, replicaban y decian: no, no es asi. El es un engañador, que abusa del pueblo ignorante. No puede venir de parte de Dios un hombre que con su ejemplo enseña á quebrantar el sábado en todas partes donde predica: nosotros vimos que lo ejecutó á nuestra vista, y escandalizó á todos nuestros doctores; por cuya razon no se atreve á presentarse en Jerusalem: ni en las Pascuas, ni en la fiesta de Pentecostés lo hemos visto, y lo mismo sucederá en esta solemnidad. Sin embargo de todo esto, nadie se atrevia á hablar públicamente de El por el miedo que tenían á los judíos.

Es de advertir que este murmullo que habia en Jerusalem, dice San Agustin, que nacia de la contienda (1). ¿Y qué contienda es esta? Porque unos decian: bueno es: y otros decian, no; sino que engaña al pueblo. No le nombran por su propio nombre tanto los que le querian con intencion sana, cuanto los que le deseaban con ánimo dañado. Estos tenian como á menos el nombrarle, porque su

(1) Div. August. Tract. 28. in Joann.

nombre les era pesado. Los que hablaban de El y le buscaban con veneracion y respeto, no se atrevian á nombrarle por miedo de los judios. Sobre lo que dice San Crisóstomo (1): No se diga que habia en Jerusalem una grande opinion formada, porque es preciso distinguir entre la opinion del pueblo y la de los príncipes y sacerdotes. Yo creo que aquella era la de la muchedumbre: pero la de los príncipes estaba enteramente corrompida: y unos y otros añade San Agustin (2), eran reos á la presencia de Dios: porque reo es el que calla la verdad, y reo es el que dice la mentira; y aunque la muchedumbre no callaba al parecer la verdad, sin embargo, la celaba y ocultaba por miedo de los judios.

En medio de esta confusion se presenta Jesus en Jerusalem, y persuadido íntimamente de la disposicion de los ánimos, no quiso entrar en compañía de sus hermanos ó parientes. No se hospedó en casa alguna de la ciudad. No se dejó ver sino en el templo, lugar de refugio y en todos tiempos mirado como inviolable asilo. La admiracion fué estrema, porque se presentó en el instante mismo en que los fieles ya desesperaban de verlo, y los incrédulos no estaban preparados para sorprenderlo. En poco tiempo se vió rodeado de gente: hizo silencio, y empezó con un discurso de religion que no nos han conservado los historiadores, pero cuya materia es preciso fuese grande, misteriosa y sublime, cuando los mismos magistrados y doctores de la ley, arrebatados por una parte por la fuerza irresistible de la verdad, y por otra envidiosos y como fuera de sí, clamaban y decian: ¿cómo sabe este las letras sagradas sin haberlas estudiado jamás? Este hombre, decian otros, sabemos que ha pasado toda su vida en un oficio mecánico; jamás ha frecuentado las escuelas; no ha estudiado como nuestros sabios, ni debería saber mas que nosotros. ¿De dónde, pues, ha sacado tanta doctrina? ¿De qué fondo saca tantas maravillas como salen de su boca? El Señor, que penetraba bien lo que pasaba en el corazon de los escribas, tomó de ahí motivo para continuar su instruccion, escitando de esta manera mas la admiracion del pueblo, y confundiendo con mayor firmeza la malicia de los magistrados y príncipes de la Sinagoga.

Mi doctrina, dijo, respondiéndoles en alta voz, *no es mia, sino de aquel que me envió*. No es una ciencia adquirida en las academias á fuerza de mucho tiempo y trabajo; no se aprende en la es-

(1) Div. Crisost. Hom. 48. in Joann.

(2) Div. Augustin. Tract. 28. in Joann.

cuela de los hombres, porque no es fruto del estudio ni produccion del entendimiento humano. Yo no la he inventado ni perfeccionado. En este sentido os digo que no es mia, sino de aquel que me envió. A mi Padre se la debo. De El es de quien Yo la he recibido para comunicarla al mundo. De su divino seno la he sacado. Si alguno quisiere hacer de esto el debido juicio, y saber si es de Dios de quien yo la tengo, es preciso que tenga un entendimiento puro y un corazon recto. Si Yo hablara de Mí mismo, buscara mi gloria delante de los hombres y me gloriaria de mis pensamientos y discursos. Asi es como lo hacen los sabios presumidos del mundo, y asi lo hicieron los que os profetizaron en mi nombre, y Yo no los habia enviado ni les habia hablado visiones mentirosas, adivinacion, vanidad y engaño de corazon; os profetizaron porque buscaban su gloria: mas Yo, que veis que refiero toda la honra y gloria á mi Padre que me ha enviado, de ninguna manera debo ser para vosotros sospechoso. El que asi os habla, es fiel y veraz; y por consiguiente no debeis suponer en él fraudes ni injusticias.

Despues de esto continuó el Señor su discarso con denodada valentia, y encarándose con los doctores de la Ley, cuyos corazones penetraba, les dijo: ¿Por ventura no os dió Moises la Ley, y con todo eso ninguno de vosotros la cumple? Que fue lo mismo que decirles: Yo sé bien que vosotros promoveis sediciones en el pueblo y maquinais secretamente contra Mí acusándome de que no observo religiosamente la ley del sábado, y para justificar vuestro dicho enteramente calumnioso y falso, añadís con sobrada imprudencia que di pruebas de ello en esta ciudad la última vez que estuve en ella. Vosotros os engañais: y Yo estoy pronto á convenceros de que en todo este gran pueblo á quien hablo, no hay un solo hijo de Jacob, ni un discípulo de Moises, que observe la Ley tan literalmente como Yo. Con qué motivo, pues, se me denigra en Jerusalem, y se me trata como á enemigo del Legislador, y por esto intentais matarme? Acaso por haber hecho una obra de misericordia en dia de sábado?... Una agitacion y efervescencia general se excitó en medio del pueblo al oír esta aseveracion de Jesus; y á ella respondieron inmediatamente las turbas, instigadas sin duda y seducidas por los fariseos, y dijeron: estás endemoniado: ¿quién es el que ha pensado en eso? Replicóles Jesus con la moderacion que le era propia, á pesar de lo incivil y grosero de la respuesta que se le habia dado, porque conocia bien que en la mayor parte de las turbas no nacia de un interior malvado, aunque no ignoraba que no estaba lejos el dia en que una parte de aquel mismo pueblo, amoti-

nado y enfurecido por los mismos escribas, clamaria en el pretorio de Pilatos y diria: *quítale de nuestra vista y crucifícale*; y les dijo: Una obra hice en sábado y todos os maravillais. ¿No es cierto que Moisés os dió la circuncision, no porque traiga de él su origen, sino de los Patriarcas que la recibieron de Dios? y si por no quebrantar la Ley circuncidais al hombre en día de sábado, sin que esto se mire como infraccion de la Ley, sino por el contrario cumplimiento de su observancia; ¿por qué llevais á mal que en el día mismo del sábado sanase Yo á todo un hombre?

Volved, volved sobre vosotros mismos, y conoced que la cura milagrosa de un paralítico obrada con una sola de mis palabras en el día del sábado, no es mas contraria al descanso del día séptimo que la circuncision de vuestros hijos. ¿Son por ventura las obras de misericordia menos meritorias que las de la Ley? ¿O acaso no son aquellas preferibles á las de la Ley misma? Y si estas se hacen todós los días de la semana inocentemente, ¿por qué aquellas no se harán con mérito en el día de sábado? No juzgueis por lo que parece, ni segun lo que aparentan las cosas: juzgad imparcialmente: ni la adulacion, ni el respeto á persona alguna, ni la hipocresia, ni la simulacion tenga lugar en vuestros juicios, y sean ellos subordinados en todo á la Ley, á la razon, á la equidad y á la justicia.

No podia dejar esta contestacion de Jesus de hacer una honda y muy fuerte impresion en los ánimos de todos los que la oyeron, sin que se encontrase alguno que no quedase satisfecho, ó que se atreviese á reclamar. Mas viendo que habian enmudecido los escribas y fariseos, y que no se atrevian á llevar adelante las pérfidas intenciones de la Sinagoga, admirados por una parte de la libertad con que Jesus les hablaba, y por otra del estupor y cobardia que se habia apoderado del corazon de los escribas, decian en alta voz: ¿no este aquel hombre á quien buscan nuestros príncipes para darle la muerte? Vedlo ahí en medio de nosotros y nadie le inquieta ni se atreve á decirle una palabra. ¿Será tal vez porque los príncipes de los sacerdotes habrán conocido verdaderamente que este es el Cristo prometido? Mas esto no puede ser. Cuando Cristo venga nadie sabrá su generacion, y de este sabemos su procedencia, su patria y sus padres. Este es galileo de la ciudad de Nazaret.

¿Cómo se conoce que Dios habia cegado enteramente el entendimiento y el corazon de los perseguidores de su Hijo! Los judios acreditaron su torpe ignorancia acerca de la patria, origen y procedencia de Jesus. Habian echado en olvido que el lugar de su na-

cimiento fue en Bolem de Judá, como estaba anunciado por los Profetas, y que de aquella ciudad, aunque la mas pequeña en el reino de Judá, habia de salir el que dirigiese y gobernase todo el pueblo de Israel: que asi lo habian anunciado ellos mismos á los Magos del Oriente cuando llegaron á Jerusalem en busca del recién nacido Rey de los Judios, y que como á tal su genealogia y ascendencia subia hasta David. Persudióronse que Cristo era galileo y natural de Nazaret, fundándose en la larga mansion y continuada residencia que hizo el Señor en esta ciudad por espacio de treinta años: y asi era que fortificados en su preocupacion, y creyendo que de Nazaret nada bueno podia salir, ni aun como Profeta querian recibirle. Pero Jesus, que no creia oportuno ilustrarles sobre su genealogia y procedencia temporal como hombre, sino que queria darles lecciones mas importantes é indicarles su origen divino y su mision celestial, orillando la cuestion primera é introduciéndose desde luego en la segunda, les dijo: Yo no he venido á hablaros de mi nacimiento y procedencia temporal: mas sí quiero que sepais que Yo no he venido de Mí mismo, ni por mi voluntad, sino del que es la verdad por esencia, y vosotros no lo conoceis. Yo sí que lo conozco, porque procedo de El, y soy una misma cosa con El: Dios me ha enviado, y autoriza mi mision con la multitud de milagros que obra á una peticion sencilla que le hago; ni miente ni puede mentir. El es verídico y no quiere engañaros. Vosotros no lo conoceis como Yo lo conozco, porque de El vengo y tengo el ser, y El es el que me ha enviado.

Como los judios no comprendian bien estas importantes verdades, y lejos de procurar adquirir su inteligencia formaban una resistencia tenaz en el fondo de su corazon, desestimaban no solo las doctrinas que Jesus les enseñaba, sino hasta los milagros mas asombrosos y extraordinarios con que las confirmaba. Y si ponian resistencia á dar entero crédito á los oráculos de los Profetas, que á cada paso veian á su vista confirmados; ¿cómo era posible que creyesen que venia de Dios, y que como Dios era la segunda de las tres Divinas Personas? ¿Y que en cuanto hombre, pero hombre Dios por la unión hipostática de su santísima humanidad con la Persona del Verbo, era enviado á los hombres por la voluntad de Dios su Padre? Y no comprendiendo los príncipes de la Sinagoga estas verdades importantísimas, procuraban por ello prenderlo; pero ninguno osó poner en El las manos, porque aun no era llegada su hora: entretanto muchos del pueblo creyeron en El, y decian: cuando viniere Cristo, ¿hará por ventura mas milagros que

los que este hace? ¿Nos dará pruebas mas incontestables de su mision, ó en mayor número que Jesus? Luego á Jesus es á quien debemos honrar como al Mesias: de otra manera nunca podriamos salir de la ilusion que nos oprime, y nos vieramos precisados á renunciar nuestras esperanzas. Prudente, justo y sólido raciocinio que formaron los verdaderos creyentes: ¡ojalá que siempre hubiesen permanecido fieles á este su santo propósito, por lo menos los que le habian formado; la desgracia de Israel y de Judá tal vez no hubiera sido tan grande! ¡Quién sabe si llevando Dios mas adelante los designios de su misericordia, hubiera permitido que se hubiesen convertido verdaderamente á El!

Cual corre plácidamente por entre la menuda yerba un manso arroyuelo, y serpenteando por ella llega hasta las estremidades de un ameno y dilatado prado, que hace revivir y reverdecer; asi corrian insensiblemente estos rumores favorables á Jesus por entre el pueblo sencillo y fiel, hasta llegar á los oidos de los fariseos, infundiéndoles graves y espantosos recelos, tanto que los obligaron á temer: por lo cual, reuniéndose muy luego en su Sanhedrin, y temiendo que la chispa de la fé, que se hacia un incendio, inflamase prontamente á todo el pueblo, resolvieron de comun acuerdo mandar ministros para que lo prendiesen y trajesen á su presencia. No podia ocultarse á la comprension infinita del Salvador este tan perverso designio, y mientras llegaba la hora de ejecutarlo, aprovechó su Magestad el tiempo intermedio para ponerlo en noticia de las turbas, para darles esta nueva prueba de que su mision era toda celestial y divina, aunque tampoco de esta importantísima leccion habian de aprovecharse. Poco es el tiempo, les dijo, que me resta de estar en vuestra compañía: es preciso que Yo vuelva á aquel que me envió. Esperad por tanto un poco, que lo que ahora no podeis ya lo podreis despues.

Bien claramente les manifestó Jesus con estas palabras que nada ignoraba de todo cuanto pasaba en el fondo de su corazon. Los ministros que habian ido á prenderle quedaron sorprendidos y espantados á la vista de un hombre Dios, y desarmados del todo por la vehemencia de sus discursos, perdida enteramente su fiereza, se olvidaron al parecer del objeto de su mision; y aprovechando el Señor esta tan repentina mudanza, continuó su discurso diciéndoles: Entonces os vereis privados de Mí enteramente: y arrepentidos de vuestras iniquidades, y resueltos á seguirme, me buscareis; pero no os será dado encontrarme: en vano deseareis verme y hablarme, como lo haceis al presente; pero por mas esfuerzos que hagais no po-

dreis venir al lugar donde Yo me hallo; será inaccesible para vosotros y para todo hombre mortal. ¡Oh! Cuánto estorbo os hace ese tupido velo que vuestra razon cubre: despejadlo, corredlo y os serán bien claras las verdades que os anuncio.

Por mas que los judios se esforzasen para comprender este discurso del Salvador, no podian descubrir el secreto misterioso que encerraba. Jesus no les habia dicho, *no podreis venir donde Yo estaré, sino donde estoy*; significando con esto el Cielo, donde estaba ya en cuanto Dios, y donde iria á tomar asiento en cuanto hombre en un trono debido á su humanidad (1), porque estaba sustancialmente unida á la persona del Verbo, y comprado ademas con el mérito infinito de su sacratísima pasion y muerte; y siendo todo esto para ellos un arcano misterioso, se decian á sí mismos: ¿A dónde puede ir que nosotros no le podamos encontrar? ¿Si querrá ir á predicar á los gentiles que estan dispersos por todo el mundo? ¿Qué quiere decir cuando nos amenaza que por mas que le busquemos no le podremos encontrar, porque irá á un lugar á donde no podremos llegar? Esta repeticion tristísima de los judios llamó la atencion de San Agustin, y le obligó á decir (2): Esto sucede cada dia á muchos cristianos, que buscan al Señor y no le hallan; porque le buscan, no allí donde está, sino allí donde no está. Cristo no se halla entre las delicias, ni entre las riquezas, ni entre los honores: por esto los que allí le busquen, seguramente que allí no le han de encontrar. Ya habia dicho Job (3) que este grandioso y purísimo tesoro no se halla en la tierra de los que viven en delicias. El abismo de la tierra, dice, no está dentro de Mí; y el mar afirma, ni conmigo: en lo que estan figurados los avaros y los soberbios. Las exigencias de los avaros son como el abismo cuyo seno profundo no se halla; y como las olas entumecidas de los mares son los soberbios, cuya orgullosa hinchazon viene á estrellarse inútilmente contra la peña. Hállase Cristo precisamente entre la humildad, entre la pobreza y entre la mortificacion: estas tres cosas trajo el Señor al mundo, y con ellas quiso nacer; ellas fueron las únicas señales que los Angeles que le anunciaban dieron á los pastores para que le conociesen (4): Hallareis un tierno infante; ¡oh cuánta humildad! Envuelto en unos pobres pañales; ¡oh cuánta

(1) Div. Crisostom. Hom. 49. in Joann.

(2) Div. Augustin. Tract. 41. in Joann.

(3) Job, cap. 28. vs. 13. et seqbs.

(4) Lucæ. c. 1.

pobreza! Y reclinado en un pesebré: ¡oh cuánta mortificación?

Mientras los espíritus groseros del judaismo no acertaban á salir de su ignorancia, ni á aprovecharse de los primeros rayos de la fé que empezaban á desplegarse á su vista, seguia el Señor clamando en medio del Templo en el dia último de la festividad, y decia en alta voz: Si alguno se halla agobiado de la sed, venga á Mí para beber una agua mucho mejor y mas abundante que todas las de la tierra; porque os aseguro que cualquiera que cree en Mí, tendrá dentro de sí, segun dice la Escritura, una fuente de agua viva que manará siempre de su seno. Puede ser que en el mismo instante en que Jesus clamaba con tanto fervor en medio del Templo, llegasen los enviados de los Sacerdotes sumos para apoderarse de su persona, pero lo cierto es que no lo verificaron, porque el Señor se manifestaba con una actitud tan imponente, que con sola su presencia á todos imponia y aterraba: y como el pueblo judaico era tan inconstante y variable, que en una sola conversacion pasaba con mucha frecuencia de uno á otro extremo, aun de los mas opuestos y distantes, pudo tambien suceder que por un efecto de los sentimientos de su rectitud natural, se dejase impresionar de las santas doctrinas del Salvador, tanto ó mas que en otras ocasiones se habia dejado preocupar por las pérdidas sugestioness de los maestros artificiosos, que con pretesto de religion, y so color de justicia, deseaban precipitarle y perderle.

El concurso que en aquel dia se habia juntado en el Templo, era, no hay duda, el mas á propósito para que la injusticia y la venganza hubiesen conseguido todos sus depravados intentos; pues se componia de una tropa bastantemente confusa de israelitas de todo el pais, mezclada de un número muy considerable de habitantes de Jerusalem, la mayor parte, empero, gentes sin letras, sin crédito y sin autoridad; y asi la sola alegoria de Jesus, pronunciada en muy pocas palabras, fue suficiente para que el pueblo numeroso se mantuviese en una expectativa fiel, lo que pudo tambien contribuir en gran parte al estupor sorprendente que se apoderó del corazon de los enviados por la Sinagoga.

Era maravilloso y en todos conceptos notable el modo con que Jesus con una sola palabra pasaba de las cosas de la tierra á las del Cielo; y asi, tal vez, conociendo la necesidad que tendrian los concurrentes al Templo de beber agua por el calor del dia, les suministró el admirable exordio con que principió su discurso: y como estaban tan acostumbrados á su modo de predicar, todos se convencieron de que aquella introduccion metafórica encerraba un

grande misterio que el Salvador no tardó en explicar, aunque tenia motivos muy grandes para esplanarla con la mas cautelosa reserva; y el discípulo amado que recostado sobre su pecho en la noche de la pasion bebió en la verdadera fuente los raudales inagotables de la mas alta sabiduria nos las desenvolvió y aclaró, escusando á los fieles de los siglos venideros las dudas de una interpretacion arbitraria. *Hablaba Jesus*, dice San Juan, *del espíritu que habian de recibir algun dia los que creyesen en El. Pues el espíritu*, añade el mismo, *aun no se habia dado porque Cristo no se habia glorificado.*

El Evangelista nos dice que clamaba Jesus: y con esto nos manifiesta el fervor de sus deseos y la grandeza de sus afectos, para informarnos é instruirnos del afectuoso fervor con que debemos trabajar en el negocio de nuestra salud eterna. El que tenga sed, decia, esto es, el que desea la agua de la gracia, la doctrina de la vida, y la gracia del Espíritu Santo, venga á Mí de buena voluntad, pues Yo á nadie quiero arrastrar por la fuerza: si alguno desea mucho y su deseo es fervoroso, á este llamo: generalmente hablo y á ninguno escluyo, cualquiera que sea su condicion y estado: cada uno segun su sed en Mí que soy Dios hallará su bebida, pues por esto soy la fuente de agua viva. Venga, no solo con el cuerpo, sino con los pasos de una fé bien formada en su corazon: venga no con los pies, sino con los afectos; no caminando, sino volando en alas de mi amor, y apartándose del amor del mundo: y beba con abundancia la agua saludable de la sabiduria y del Espíritu Santo hasta la superabundancia; y entonces brotarán de su vientre, esto es, de su interior y del fondo de su corazon, rios de agua viva que purificarán los entendimientos y vivificarán los animos en la doctrina sana, en la benevolencia, y en la continua accion de gracias; porque la fé y la bondad de un alma fiel á todas debe derivarse y comunicarse; pues no fluyen aguas vivas del vientre de aquel que solo crec ha de ser para sí mismo lo que beba en el mas puro manantial: asi es que el que bebe en él para hacer bien á su prógimo no se seca, sino que continuamente mana; por cuya razon dijo el grande príncipe de los Apóstoles San Pedro (1): comunique cada cual al prógimo la gracia ó don segun que la recibió como buenos dispensadores de los dones de Dios.

El Señor llama á sí todos los sedientos, cuyo corazon está vacio del amor del mundo, á las aguas de la gracia ó del amor de Dios: sobre lo que dice San Agustin (2): si en tí habita el amor del mundo

(1) Ep. 1.^a Petri. c. 4. v. 10.

(2) Div. August. Tract. 32. in Joann.

no esperes que entre en tu corazon el amor de Dios. Vaso eres, pero lleno: derrama lo que tienes para recibir lo que no tienes: arroja fuera de ti el amor del siglo para que puedas llenarte del amor de Dios. Rio llama San Crisóstomo (1) al Espíritu Santo, porque asi como un rio nunca atrás vuelve, ni se está parado, sino que siempre corre, asi aquel que recibió el Espíritu Santo no vuelve otra vez á los pecados ni se está quieto en la necia ociosidad, sino que siempre corre á lo mas fuerte, esto es, á lo mas áspero y de difícil ejecucion para progresar en la virtud. Dícese tambien agua viva el Espíritu Santo porque derrama en el corazon de la criatura dones multiplicados, la continuacion y la perseverancia, sin la que nada le valdrian todas sus obras meritorias y precedentes. En cuyo concepto dijo San Bernardo: Quita la perseverancia y todo obsequio perdió su mérito; todo beneficio su gracia, y toda fortaleza su alabanza (2).

Si los judios hubiesen penetrado bien el espíritu de la verdad de que estaba lleno el Salvador, y el deseo vehementísimo que le animaba de instruirlos sólidamente en un asunto que tanto interesaba á su felicidad presente y futura, temporal y eterna, fácilmente se hubieran persuadido de que los milagros de Jesus eran el lenguaje de su Divinidad, que en El se verificaba todo cuanto estaba escrito en la Ley y en los Profetas, y sin reparo ni duda alguna le hubiesen respetado como al verdadero enviado de Dios y como al Mesias prometido á los hombres. Es cierto que para llegar á esto necesitaban una fé probada y un convencimiento íntimo de todos los estados de humillacion por donde habia de pasar Jesus; y esto fue lo que precisamente faltó al mayor número de aquella desventurada nacion. Las humillaciones, los tormentos, y la muerte del Redentor eran la condicion indispensable á que habia aligado Dios la efusion de su Espíritu sobre los discípulos de su Hijo; pues hasta que llegase al trono de su gloria y á la diestra de su Padre no se habia concedido á Jesus el enviarlo sobre la tierra.

Distinguiendo como distinguir se debe entre las promesas y dádivas que hacia Jesus al pequeño escuadron que le seguia con la mayor fidelidad, y las que hacia y milagros que obraba en favor de aquel pueblo incrédulo á quien entonces con tan fervorosa caridad El mismo instruia: se verá claramente que el espíritu propio de su Evangelio no se derramó con toda propiedad sobre los fieles cuan-

(1) Div. Crisost. Hom. 50. in Joann.

(2) Div. Bernard. Ep. 129.

do el mismo Jesucristo los instruía en persona durante el curso de su misión; porque efectivamente, este don perfecto no se derramó sobre todos ellos ni aun sobre los Apóstoles hasta el día en que recibieron toda la plenitud del Espíritu, de la gracia y del amor: y si bien la tradición constante del pueblo de Judá era de que había de escuchar la voz de aquel que según todas las apariencias parecía el Mesías, y que se debían de seguir todos sus grandes ejemplos, sin embargo, las multiplicadas inectivas de los doctores de la Ley contra la persona de Jesús hacían claudicar á los que parecían más adheridos á su Persona. Con todo, el fervor se generalizaba y clamaban unos diciendo: este es un verdadero Profeta, sin faltar quien asegurase que El era el Mesías; los escribas y todos sus seguidores lo desconceptuaban y menospreciaban diciendo: ¿pues qué ha de venir el Mesías de Galilea, la última de nuestras provincias? No es posible que este sea aquel famoso descendiente de David, mayor que todos los Reyes, más Santo que los Profetas, más legislador que Moisés: ni que sea el deseado de las gentes, la gloria de todos los fieles, el Salvador de todos los hombres y el Hijo de Dios; y así aunque algunos de los que se hallaban presentes eran oficiales y ministros de justicia, y habían ido con determinación de prenderlo, no lo ejecutaron entre tanta confusión y alboroto, porque temieron por una parte al pueblo, y por otra, aterrados por la multitud de las verdades que salían de la boca de Jesús, le respetaron, retirándose confusos de su presencia.

Aunque no fuesen tantos y tan multiplicados los motivos que tienen los hombres para persuadirse de la nulidad de todos sus deseos y determinaciones contra los designios de Dios bastaría para justificarlos el ver regresar á la presencia de los fariseos sus ministros y enviados sin haberse atrevido á emprender cosa alguna contra la persona de Jesús. Los pontífices y fariseos que los esperaban con impaciencia, al observar que volvían sin El, les preguntaron con azoramiento y enojo el motivo porque no habían cumplido bien con su comisión: á lo que no pudieron menos de contestar, que sus palabras tenían tal eficacia y un atractivo tan grande, que encantaba y ataba las manos para cualquier ejecución: que jamás hombre alguno había hablado como El, y que no se le podía oír sin quedar como absortos y encantados. Que fue lo mismo que decir: habla tan bien que no parece hombre puro, sino algo más: por lo que sería muy temerario poner las manos sobre El: ¡Ojalá que vosotros os hubieseis hallado presentes! ¡Ojalá que hubieseis oído sus palabras! A buen seguro que jamás maquinariais en adelante alguna cosa contra El.

Enfurecidos y llenos de rabia los fariseos replicaron á sus enviados: tambien habeis sido vosotros de los engañados y seducidos? Ah, esto seria tolerable en personas de ninguna instruccion, en personas del ínfimo pueblo, á quienes se seduce con facilidad por causa de su ignorancia; pero en vosotros seria un crimen imperdonable. ¿Habeis visto por ventura entre sus seguidores y discípulos algun hombre de especial nota, alguna persona constituida en dignidad, algun fariseo ó doctor, en quienes precisamente se hallan la ciencia y la discrecion? Seguramente que no. La gente que le sigue es la hez del pueblo, la que le escucha es la ignorante y maldita de Dios, pueblo novelesco que jamás ha estudiado la Ley, y cuyos sentimientos merecen ser reprobados. Sin embargo, es preciso advertir que en este pueblo ínfimo y al parecer despreciable, se encuentran con mucha frecuencia la piedad, la devocion y las virtudes todas mas que entre el pueblo orgulloso y soberbio; y esto mismo parece que es lo que quiso dar á entender el mismo Dios cuando amenazó á Jerusalem su espantosa ruina por boca de Isaías, haciéndole decir: Oid Cielos y tu oh tierra presta toda tu atención, pues el Señor es quien habla: He criado hijos, dice, y los he engrandecido, y ellos me han despreciado. Hasta el buey reconoció á su dueño y el asno el pesebre de su amo: pero Israel no me reconoció, y mi pueblo no entendió mi voz ni hizo caso de ella. ¡Ay de la nacion pecadora, del pueblo plagado de iniquidades, de la raza malvada, de los hijos depravados! Han abandonado al Señor, han blasfemado del Santo de Israel (1). Y como la doctrina de Cristo, las aseveraciones de los ministros enviados para prenderle, y la fé del pueblo, tan claramente manifestada, no bastaban para represar la malicia de los fariseos, sino que perseveraban constantes en la acriminacion de sus enviados y del pueblo sencillo y fiel, se levantó Nicodemos, que era discípulo oculto del Salvador y le apreciaba mucho, y como maestro y doctor dijo libremente á sus compañeros: que no podia acomodarse á su parecer; que procedian con mucha precipitacion; y que la ley prohibia dar sentencia contra un hombre sin haberle oido y examinado. Lleno estaba su corazon de justicia, y esta resplandecia en sus palabras y queria que brillase en sus obras; porque en verdad nadie puede ser legalmente condenado si por sí mismo no es confeso ó por otros convenido; debe ser juzgado estando presente y no ausente, porque para el juicio y condenacion de un hombre no es lícito proceder con ligereza, sino con

(1) Isaías, cap. 1. v. 3.

circunspeccion y medida. Mas los perversos fariseos preferian ser antes jueces condenadores que hombres conocedores de la justicia y la verdad.

Hallábase solo este virtuoso israelita entre tantos hombres perversos y malvados, los que burlándose de él le decian como por burla é insulto: ¿acaso eres tú tambien galileo? Bien das á conocer tu ignorancia. Estudia las Escrituras y verás como jamás ha salido profeta alguno de Galilea. Nicodemus, empero, creia con muy viva fé que si tan solamente una vez oyeran á Jesus con paciencia y sin prevencion alguna, que su palabra seria de tanta eficacia que muy luego serian en un todo parecidos á aquellos que habian sido enviados á aprenderle, y que convertidos al Señor creerian en El asi como aquellos habian creido; por cuya razon queria inducirles á oir á Cristo para que se convirtiesen oyendo la dulzura de sus palabras asi como él se convirtió. Mas ellos obstinados, llenos de envidia y agitados por la venganza, despreciaron la persuasion de su compañero, y divididos en todos sus pareceres se apartaron de aquella junta regresando otra vez á su casa sin concluir el negocio para el cual se habian juntado. Volviéronse vacios de fé, engañados por sus malos deseos á su casa, esto es, á la malicia propia de su corazon, á la impiedad y á su temeraria infidelidad; llenos de pesar por no haber podido satisfacer los pensamientos de iniquidad que en su corazon habian meditado y concebido.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Redentor dulcísimo de mi alma, guia y camino á quien deseo constantemente seguir, concédeme la gracia de que con todos los deseos de mi corazon, suba por medio de la penitencia y el arrepentimiento al dia de la fiesta de la solemnidad eterna: de que á ella siempre me prepare, á fin de que cuando llegue el tiempo de que Tú me visites, merezca llegar felizmente á aquella para contemplarte cara á cara, y allí eternamente gozarte. Por mí, Señor, viniste al mundo en carne mortal, y por mí uniste prodigiosamente tu naturaleza divina á la naturaleza humana: muévase pues las entrañas de tu eterna misericordia en favor de este indigno siervo tuyo, pecador y reo; y por los méritos de aquella Marta piadosa que te llevó por espacio de nueve meses como huésped en su vientre virginal, y de aquella Maria que retenia y conservaba en su corazon tus santas palabras y consoladoras promesas; esto es, por los merecimientos y ruegos de aquella tu clementísima Madre, y Madre mia, dignate venir á mi alma por la infusion de tu gracia, para que

nada ame sino á Tí, nada busque ni nada desee sino á Tí solo, que eres toda mi esperanza y todo el deseo de mi corazón. ¡ Oh fuente verdadera de aguas vivas! mira que tengo sed, y que aunque soy en tu divina presencia un pecador miserable, suspiro incesantemente por tu gracia: á Tí vengo y por ella con todo el afecto de mi alma suspiro: dame pues, Señor, que de ella beba, pero con tanta abundancia, que los dones de tus gracias rebosen en mi corazón, y por sola tu benevolencia refluyan en mis prógimos y les aprovechen; para que viendo Tú el buen uso que yo haga de las misericordias que me concedas, por él merezca, Señor, verme colmado de tus gracias en la vida, y de tu gloria en la eternidad. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VII de San Juan y al X de San Lucas, desde el v. 38 al 42 ambos inclusive.

La Iglesia usa una parte del primero como Evangelio propio de la Misa de la Feria III, después de la Dominica de Pasion, desde el versículo 1 al 13.

Otra parte como propio de la Feria III, después de la Dominica IV de Cuaresma, desde el versículo 14 hasta el 31.

Y otra parte como propio de la Feria II, después de la Dominica de Pasion, desde el v. 32 hasta el 39, todos inclusive.

Y de el de San Lucas como propio de la festividad de la Asuncion de Maria purísima á los Cielos, desde el versículo 38 al 42, tambien inclusive. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III, DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

San Lucas, cap. VII, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo: andaba Jesus por Galilea, porque no queria caminar por la Judea, porque los judios descaban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judios llamada Scenopegia. Y le dijeron sus hermanos: sal de aquí, y vé á Judea, para que tambien tus discipulos vean las obras maravillosas que haces. Porque nadie hace las cosas ocultamente si quiere ser conocido en público: ya que tales cosas haces manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creian en El. Díceles, pues, Jesus: Mi tiempo no llegó todavia; el vuestro, empero, siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros: mas á Mí me aborreee porque doy testimonio de él, que sus obras son malas. Id vosotros á esta fiesta; Yo no voy.

todavía á ella; porque mi tiempo aun no se ha cumplido. Dicho esto, El se quedó en Galilea. Mas luego que partieron sus hermanos, El tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino en secreto. Buscábanle pues los judios en la fiesta, y decian: ¿Dónde está aquel? y era mucho lo que se susurraba de El entre el pueblo. Porque unos decian: sin duda es bueno. Otros, al contrario, decian: no, antes engaña al pueblo. Mas ninguno hablaba abiertamente de El, por miedo de los judios.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE LA DOMINICA
IV DE CUARESMA

San Juan, cap. VII, vs. 14 al 31.

En aquel tiempo: estando ya la fiesta á la mitad de los días, subió Jesus al Templo, y enseñaba. Y maravillábanse los judios, y decian: ¿cómo sabe este las letras sagradas sin haber estudiado? Respondióles Jesus, y dijo: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Si alguno quisiere hacer su voluntad, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si Yo hablo de Mí mismo. El que habla de sí mismo, busca su propia gloria, mas el que busca la gloria del que me envió, ese es veraz, y no hay injusticia en él. ¿No os dió Moisés la Ley? ¿y ninguno de vosotros guarda la Ley? ¿Por qué quereis matarme? Respondió el pueblo, y dijo: estás endemoniado: ¿quién es el que trata de matarte? Respondió Jesus, y díjoles: Una sola obra hice, y todos os maravillais. No obstante, Moisés os dió la circuncision (no porque sea de Moisés, sino de los Patriarcas), y en sábado circuncidais al hombre. Si por no quebrantar la Ley de Moisés es circuncidado el hombre en sábado, ¿cómo es que os indignais contra Mí porque he curado á un hombre en todo su cuerpo en día de sábado? No querais juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto. Decian algunos entonces en Jerusalem: no es este á quien buscan para darle la muerte? Y ved ahí que habla en público y no le dicen nada. Si será que nuestros príncipes conocieron que este es el Cristo? Mas este sabemos de donde es; pero cuando venga el Cristo ninguno sabrá de donde es. Entretanto, prosiguiendo Jesus en instruirlos, clamaba en el Templo enseñando, y diciendo: á Mí me conocéis, y sabeis de donde soy, y Yo no he venido de Mí mismo; mas el que me envió es veraz, al cual vosotros no conocéis. Yo sí que le conozco, porque de El tengo el ser, y El es el que me ha enviado. Buscaban pues ellos como prender-

le y nadie puso en El las manos, porque aun no era llegada su hora. Entretanto muchos del pueblo creyeron en El.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA II DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

San Juan, cap. VII, desde el v. 32 al 39.

En aquel tiempo: enviaron los príncipes y fariseos ministros para que prendiesen á Jesus. Pero Jesus les dijo: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y voy á aquel que me envió. Vosotros me buscareis y no me hallareis: y donde yo estoy vosotros no podeis venir. Entonces dijeron los judios entre sí: á dónde irá este que no le hayamos de hallar? Acaso se irá por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: me buscareis y no me hallareis: y donde yo estaré vosotros no podeis venir? En el último dia de la fiesta estaba Jesus en pie, y clamaba diciendo: Si alguno tiene sed venga á Mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí manarán, como dice la Escritura, rios de agua viva. Esto lo dijo por el Espíritu Santo que habian de recibir los que creyesen en El (*hasta aqui el Evangelio de la Misa*), pues aun no se habia comunicado el Espíritu Santo, porque Jesus todavia no estaba en su gloria. Muchas de aquellas gentes habiendo oido estos discursos de Jesus decian: este ciertamente es un Profeta. Este es el Cristo, decian otros. Mas algunos replicaban: por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? No está claro en la Escritura que del linage de David y del lugar de Betlehem, donde David moraba, debe venir el Cristo. Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su Persona. Habia entre la muchedumbre algunos que querian prenderle; pero nadie se atrevió á echar la mano sobre él, y así los ministros volvieron á los pontífices y fariseos. Y estos les dijeron: cómo no le habeis traído? Respondieron los ministros: jamás hombre alguno ha hablado *tan divinamente* como este hombre. Dijéronles los fariseos: qué, tambien vosotros habeis sido seducidos? Acaso alguno de los príncipes ó de los fariseos ha creído en El? Solo ese populacho que no entiende la Ley es maldito. Entonces les dijo Nicodemo, aquel mismo que de noche vino á Jesus y era uno de ellos, y les dijo: por ventura nuestra Ley condena á algun hombre sin haberle oido primero, y examinado su proceder? Respondiéronle, y le dijeron: eres acaso tú como El galileo? Examina bien las Escrituras y verás que

:

el Profeta *que esperamos* no ha de ser originario de Galilea. En seguida se retiraron cada uno á su casa.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DE LA ASUNCION DE
MARIA PURÍSIMA Á LOS CIELOS.

San Lucas, cap. X, vs. 38 al 42.

En aquel tiempo: entró Jesus en una aldea, y una mujer llamada Marta le hospedó en su casa. Tenia esta una hermana llamada Maria, la cual, sentándose á los pies del Señor, estaba escuchando sus palabras. Marta andaba afanada en las haciendas de la casa, la cual se presentó á Jesus y le dijo: Señor, no echas de ver que mi hermana me ha dejado sola en las haciendas de la casa? Dila pues que me ayude. Mas respondiéndola el Señor, la dijo: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas distraida en muchísimas cosas: á la verdad que no hay sino una sola que sea necesaria. Maria ha elegido la mejor parte, y de ella jamás se verá privada.





CAPITULO XXXII.

LIBRA JESUS Á UNA MUJER ADÚLTERA.

Pasadas que fueron todas estas cosas en el Templo Santo de Jerusalem, y como la ciudad no suministrase á Jesus un lugar seguro donde retirarse, queriendo tambien por otra parte ocultar su poder bajo las precauciones de una advertida prudencia, salióse del Templo á la caída de la tarde del día en que se cerraba la fiesta y se retiró al Monte de las Olivas, seguro asilo suyo hasta entonces, donde pasó la noche en oracion; y al despuntar el día de la mañana siguiente (muy probablemente á la hora del sacrificio matutino) entró Jesus en la casa de Dios; en lo que se manifiesta el grande celo que le animaba por la salud y salvacion de las almas. Tan luego como se supo su llegada, corrieron á El en tropas las turbas de los judios y lo rodearon; en lo que se patentiza tambien el grandioso deseo que estos

tenian de aprovecharse de sus instrucciones. Sentóse Jesus y se puso á predicar. Fueron avisados de esto los escribas y fariseos, y como habian dejado por algun tiempo los medios violentos ó de fuerza, juzgáronse dichosos de tener actualmente en las manos la ocasion de poner al que miraban como á su enemigo en una prueba de la cual se lisongeaban que no saldria con ventajas, sino que en ella habian de encontrar otras muy robustas para calumniarle ó para perderle.

Los escribas, que poseian bien las Escrituras, y los fariseos que querian parecer siempre mas religiosos que los demas, y que por lo mismo eran los verdaderos magistrados que juzgaban y condenaban ó absolvian toda clase de delinquentes, acababan de recibir en su tribunal una mujer que habia sido cogida en adulterio; y aunque estaban ya sentados para juzgarla, oyendo que Jesus se hallaba en el Templo rodeado de multitud de oyentes, mudaron de resolucion; se levantaron y marcharon con ella á buscar al Juez Soberano y rectísimo. Ellos sabian que Jesus era mansísimo: muy amigo de usar de misericordia, y que la predicaba sin intermision; por lo que se habia ganado, segun ellos entendian, la gracia y el favor del pueblo. Presentáronle la mujer para que por el voto unánime y por aclamacion general fuese como adúltera condenada á morir apedreada; tentando antes, sin embargo, y esperando la sentencia de Jesus para calumniarle y despreciarle como cruel si segun el testo matante de la Ley dispusiese tambien el apedreo; y despreciándole en fin como hombre sin misericordia si predicándola como la predicaba, la condenase á aquella muerte tan cruel; y condenándole á El juntamente con la mujer adúltera como prevaricador de la Ley si determinaba en uso de su misericordia el que fuese absuelta.

Necios y obcecados por el espíritu de la venganza creian que el Dios de la misericordia y de la justicia podia ser sorprendido y faltar á alguna de estas dos cualidades inseparables de la Divinidad, en las que era infinito como en todos sus demas atributos y perfecciones; y asi seducidos y engañados presentáronse al Señor y le dijeron: Maestro, esta mujer que traemos á vuestra presencia ha sido sorprendida en un adulterio: la Ley ordena que las personas delinquentes en este delito sean apedreadas. El caso no es dudoso, y siendo cierto el hecho solo falta pronunciar y decidir segun el derecho, sobre lo cual deseamos oir vuestro parecer. La Ley como está escrita en el Levítico (1) dice: *Si alguno adulterare con la mujer de otro mueran sin remision asi el adúltero como la adúltera.* Y en el Deu-

(1) Levit. cap. 1. v. 10.

teronomio (1) se lee: *Si un hombre pecare con la mujer de otro, ambos á dos morirán adúltero y adúltera, y quitarás el escándalo de Israel.* Mas á pesar de esto, y habiendo predicado el Salvador y dicho muchas veces á sus discípulos, que no habia venido á la tierra para castigar los pecadores, sino es para salvarlos á todos, parecia un preámbulo seguro de la gracia y del perdon el ser entregados los culpados al Tribunal de Jesus, lo que previsto por los inicuos fariseos, y no dudando que el Señor tomara el partido de la misericordia y exhortaria la pecadora á penitencia, creyeron asegurado el triunfo que esperaban. Mas el prudentísimo Jesus evitó uno y otro extremo, pues sin desviarse del camino de la justicia, entró de lleno en el de su misericordia, y temperó de tal manera su juicio, que ni contradijo la Ley ni declinó del sendero de la piedad. Inclínose por tanto Su Magestad hácia la tierra, escribia con el dedo en ella sin hablar ni una sola palabra, manifestando estar distraido de algun modo del negocio que se le proponia con algun pensamiento mas sério: sobre lo que dice Euthymio en este lugar: *Esta es cosa que acostumbran á hacer con mucha frecuencia los hombres probos y justos que no quieren responder á cosas importunas é indignas. Conocida pues por Jesus la páfida maquinacion de los que le hablaban, fingia escribir en la tierra por no atender á lo que le decian.*

Este aparente entretenimiento del Señor escitó mas la cólera de los fariseos, que cansados de que durase tanto tiempo, le instaron con mas empeño y viveza, diciéndole: queremos saber lo que pensais sobre la pregunta que os hemos hecho. Levantóse entonces el Señor, y mirándoles con aquella severidad que no imponia solamente, sino que aterraba y confundia á los malvados, les dijo: *Yo pienso que el que de vosotros se halle sin pecado, tire contra esta mujer la primera piedra.* Y pronunciadas estas palabras inclinóse despues de nuevo Jesus sobre la tierra, y continuó como antes escribiendo con su dedo sobre ella. Es preciso recordar el testo de otra ley escrita tambien en el Deuteronomio (2), para conocer que el fallo del Salvador en esta ocasion fue dado, como siempre, en todo conforme á ella, Dice, pues: *Por deposicion de dos ó tres testigos perderá la vida el que es digno de muerte. Ninguno será condenado á muerte por el dicho de un solo testigo contra él. La mano de los testigos será la primera en tirar piedras para matarle, y despues todo el pueblo acabará de apedrearle; á fin de espeler al malo de en medio de*

(1) Deuteronom. cap. 22. v. 23.

(2) Deuteronom. 17. vs. 6. et 7.

44. Oyendo, pues, ellos la respuesta de Jesus, y entendiendo la reprension, agitados por los remordimientos de su conciencia, se fueron escabullendo uno á uno, comenzando desde los mas ancianos y respetables hasta los últimos.

San Agustin dice (1): que se inclinó y escribió sobre la tierra para denotar dos cosas; primera: que se apartaba con humildad de la rigidez de la justicia. Y segunda, para demostrar que los nombres de aquellos hipócritas acusadores nunca serian escritos en el Cielo. Escribia en la tierra, para enseñar que siendo de tierra el corazon humano suele dar en muchas ocasiones el fruto de las acciones malas; y escribia con el dedo, cuya flexibilidad es tan notoria, para demostrar la sublimidad de la discrecion que en todo juez debe residir. Enseñónos con esto, que oidos los malos procederes de nuestro prógimo, no seamos fáciles en juzgarlo desde luego con temeridad, sino que examinándolo con las reglas de la prudencia, los depositemos en el fondo de nuestro corazon, y solícitamente discutamos sobre ellos con suma y esquisita discrecion.

No falta quien presuma con grande fundamento (2) que escribia el Señor sobre el polvo los pecados mas vergonzosos de los fariseos que lo tentaban, y que su accion era relativa á la sentencia que acababa de pronunciar. Solo Jesus, que estaba muy enterado de los secretos de aquellos corazones perversos, podia fallar con tanto acierto, pues no podia engañarse en un solo punto; y para no elegir el lado mas sensible, tomó el partido de avergonzarlos y confundirlos; pudiendo tambien presumirse que este continente y modo de proceder de Jesus encerrase la resolucion que habia formado de fatigar á estos pretendidos celadores de la Ley, á fin de que conociesen que le hablaban de un negocio en que no le convenia mezclarse, mientras se trataba en forma de rigurosa justicia, y no podia terminarse sino por una sentencia de muerte. Usó de lleno de justicia el Señor, porque accion de justicia es el que el juez sea justo y no reo de pecado; pues para juzgar á los demas, debe el hombre ser justo en el fondo de su corazon. Séneca, aunque gentil, no titubeó en afirmar (3): que para administrar recta justicia debia el hombre examinarse á sí mismo, y si se hallaba bueno buscar otro parecido á él; pero que si se hallaba malo en su corazon, tenia un deber de perdonar á los demas.

(1) Div. Augustin. Tract. 33. in Joann.

(2) Alcuinus in cap. 8. Joann.

(3) Séneca, lib. de Justit. c. 1.

Los Santos Agustin, Gerónimo y Ambrosio opinan de distinta manera sobre lo que Jesus pudo escribir. El primero dice: que escribió lo que con su voz espresó, y contestó á los judios; esto es, *el que de vosotros no tenga pecado, tírele la primera piedra* (1): y así El mismo usó una verdadera fórmula judicial, pues primero escribió la sentencia, despues la pronunció. San Gerónimo dice que escribió estas formidables palabras: *Tierra, tierra, trágate estos hombres malvados*. Y San Ambrosio afirma (2) que escribió: *¡Tierra, tú acusas á la tierra! Tierra, tierra, tierra, mia es la equidad, mio es el juicio, mio es el juzgar á este ó á aquel*. Y formó despues distintos caractéres que indicaban la ineptitud de los escribas para juzgar aquella mujer y llevar á efecto su juicio; los que leídos por los mismos acusadores, les llenaron de tal manera de vergüenza, que todos se marcharon de su Divina presencia uno tras otro, corridos y avergonzados, dejando sola á la mujer. Pudo muy bien el Señor trazar con su virtud omnipotente cáctéres tales que cada uno leyese en ellos sus propios pecados, y nada percibiese de los demas, como si á cada uno de ellos, y á todos en general, les dijera: Si esta que me presentais es pecadora, tambien vosotros sois pecadores; y si ella debe ser juzgada, vosotros tambien. Escribió dos veces para manifestar mas la firmeza de su sentencia; y se inclinó negando el rostro á los escribas, para demostrar que ellos eran indignos de su presencia: y así, despues de haberlos mortificado y herido con el celo de su justicia, les desatendió apartando de ellos su vista. ¡Ay de aquellos á quienes el mansísimo y dulcísimo Jesus llegue á tratar con tanto rigor!

Otro motivo muy particular indican otros, por el cual parece que quiso Su Magestad Divina estar inclinado con el rostro á la tierra; y este fue el darles así mas libertad para que con mas precipitacion se retirasen de su presencia: pues levantada su cabeza, y fija en ellos la vista, sabia el Señor que esto hubiera sido para ellos un gran estorbo. Se marcharon, y confesaron paladinamente con su retirada que todos eran pecadores: no hubo necesidad de testigos que los acusasen. De acusadores y jueces que pretendian ser, se convirtieron en reos confesos y convictos de muy graves y atroces crímenes. Huyeron, en fin, porque conocieron la verdad y la terribilidad de la sentencia pronunciada por Cristo, y se convencieron de que todas sus maquinaciones y astucias estaban no solo

(1) Div. August. Tract. 53. in Joann.

(2) Div. Ambros. Ep. 58.

descubiertas, sino destruidas. Se desesperaron, porque no habian podido sorprender á un hombre tan comedido en sus palabras y resoluciones, y marcharon uno en pos de otro; los ancianos dieron la señal y el ejemplo de retirada, los mas jóvenes los fueron siguiendo, y en poco tiempo se vió vacío el lugar que se habian abierto los soberbios fariseos. Quedó solo Jesus, y cerca de El la mujer adúltera, en la que tenia todo el pueblo fija su vista. Quedó solo Jesus, es decir, la misericordia; y quedó solo á su vista la mujer que representaba la miseria. Muy oportunamente se verificó esto, porque nada necesita tanto de misericordia como la miseria. Este momento debió parecer muy dulce á la delincuente, pues si ella se hallaba siempre con algun temor mientras estaba en medio de feroces acusadores, es muy verosímil mirase como segura su absolucion cuando se dejaba enteramente su suerte á la decision de Jesus.

Levantóse el Señor para demostrar que con su misericordia iba á levantar tambien á aquella desgraciada hija de Adán que estaba caída en el lago de la miseria. El, que es la fortaleza de los débiles, la esperanza de los pecadores, el consuelo de los justos y el remedio universal de todos, cuya sola vista consuela, alegra y conforta, miró á la mujer y la dijo: ¿Dónde estan los que te acusaban? Como si quisiera decirle: los que vinieron á buscar y pedir justicia contra tí, se han fugado del juicio de la justicia. Aquel que desbarató los adversarios con la lengua de la justicia levantándola y fallando, lleno de mansedumbre, la preguntó otra vez y dijo: ¿Ninguno te condenó? Y á esta segunda pregunta respondió la mujer, aunque llena de confianza, confusa y avergonzada, como se puede inferir, y dijo: Ninguno, Señor, me condenó. A lo que respondió Jesus, ni Yo tampoco: retírate, y en adelante no quieras pecar mas.

¡Qué gloriosos son todos los pasos de este esclarecido Príncipe, Rey y Señor de todos los siglos y Salvador amantísimo de los hombres! Aunque no hubiese en su preciosísima vida millares de ellos que demuestran con toda claridad su eternal clemencia en beneficio y favor de los desgraciados, este acto heroico de aquella, usado en pro de una mujer pecadora, bastaria para hacer de Jesus el mas amable de todos los hombres: y mirado al través del ignominioso celo de justicia de que estaban poseidos los fariseos, ensalzaria tanto mas su misericordia infinita y sin término, cuanto condenaria la implacable venganza de los malvados; pues en aquella se ve el innato deseo de salvar á todos, que en el corazon de Jesus re-

side, y en nosotros se descubre siempre la dañina intencion de perseguir á todos y no perdonar á nadie, aunque fuese el mas justo é inocente. Ninguna cosa por tanto merecian mas que la mortificacion que experimentaron; porque nada tampoco podian hacer mas contrario á las sanas intenciones de Jesus.

Sentado estaba enseñando en el Templo, cuya accion demuestra sosiego y tranquilidad. En el Templo, muy de mañana, siendo asi que los falsos maestros de Israel, los enemigos de su doctrina y envidiosos de su gloria, fueron á turbar su reposo y á distraer su enseñanza, no para ver castigado un crimen, sino para aprovecharse de este mismo crimen para calumniar la conducta irreprochable del Salvador. Bajo las apariencias de un celo santo, ocultaban un corazon mas abominable á los ojos de Dios, que aquellas mismas culpas que aparentaban desear ver prontamente castigadas. Fingian honrar al juez, é intentaban envolverle en la misma pena de la que le presentaban como culpada. Mas el silencio de Cristo descubrió toda su malignidad, tal vez su injusticia, y acaso su complicidad en el crimen cuya venganza deseaban; y asi pudo muy bien ser motivo de que Jesus no condenase á la mujer adúltera, el saber que sus acusadores eran mas culpables que ella. No hay duda que el adulterio era un crimen, pero debia sujetarse al tribunal competente: su juicio era una atribucion del magistrado público. La acusacion que contra ella formulaban no estaba conforme con las actuaciones criminales de los hebreos, pues los acusadores no presentaban deslindadas las circunstancias del caso, para declarar si la mujer era culpable; por cuyas consideraciones el Salvador mansísimo tampoco la condenó.

Mas á pesar de esta conducta de Jesus, y de la respuesta terminante que dió á los acusadores, es forzoso advertir que el que tiene obligacion por su oficio de reprender, y aun de castigar á los malos, no debe faltar á la recta administracion de justicia, ni á lo que previenen las leyes; aunque en su corazon se halle reo de los mismos delitos por que condena á otros: y si bien se aconseja y manda á los jueces reos que hagan penitencia y procuren ponerse en estado de justicia interior, no se les permite que destruyan la necesidad y los fueros de la justicia misma, cuando en el fondo de su corazon se hallen verdaderamente criminales. Absolvió Cristo á la mujer adúltera: mas no tildó ni rompió la Ley que la condenaba. Perdonó la ofensa por lo que miraba al juicio de Dios; pero nada habló contra los magistrados, cuyo deber era conservar la moralidad pública, que es la única base indestructible so-

bre la que se afianzan la paz y la tranquilidad de las naciones.

Si detenidamente se miran todos estos actos de Jesús, se verá que en ellos resplandece el celo santo, la caridad heroica y la admirable mansedumbre que formaron el caracter del hombre Dios; y que con todos y cada uno de ellos recomendó el Divino Salvador á sus ministros el modo con que deben tratar á los pecadores, guardando la severidad y el rigor de los pecados. Absuelve Cristo á la pecadora, mas no disminuye ni sobredora la fealdad de su culpa. Siempre misericordioso y pio, hace alarde de perdonarla; pero no quiere que este perdón le sea ocasion de recaer, y así añade: *vete, y no peques mas*. Perdónala porque es bueno; prohíbele la recaída, porque es justo. Nunca abre el Señor las puertas de la penitencia sin cerrar las de la recaída. ¿De qué sirve al enfermo la medicina si descuida en conservar la salud recobrada?

Una circunstancia muy particular hay que advertir en esta ocasion, y es que Cristo pronunció dos sentencias; una de justicia, y otra de misericordia: y para pronunciar entrambas siempre se puso de pie y conservó recta su estatura. Se levantó para pronunciar la sentencia de justicia contra los acusadores, y como en seguida se volvió á inclinar, se levantó otra vez para pronunciar la sentencia de misericordia en favor de la acusada: porque lo uno y lo otro, á saber, el castigar y el perdonar es propio del divino poder, á quien corresponde conservar siempre íntegra la misericordia y la justicia. En el juicio de la justicia salvó la misericordia, y en el de la misericordia salvó el de la justicia; porque escrito está que todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. ¡Oh admirable é inefable bondad de Cristo, esclama San Anselmo! Podia haber condenado justamente, y quiso mejor libertar misericordiosamente. Habiendo aterrado á todos los fariseos con su primera sentencia, y arrojádoslos del Templo, es sumamente consolador oír la dulzura, suavidad y eficacia de la voz con que pronuncia la de la absolucion: y confundidos los fariseos, y despedida la mujer adúltera, salió del Templo seguido de una multitud de turbas que alababan la bondad de Dios y le bendecian, porque habia hecho aparecer en la tierra un hombre tan singular y benéfico. Un hombre que arrostraba el poder de los soberbios y orgullosos para consolar á los miserables y caidos. Un hombre Dios que justificaba con sola su palabra, sin que nadie se atreviese á condenar lo que El habia absuelto.

Incontestable y fuerte argumento es este para confundir las doctrinas de todos aquellos que niegan el poder de las llaves que Jesús,

fundador de esta Iglesia Santa, dió al Príncipe de los Apóstoles y su primer Vicario en ella; y para destruir completamente los necios errores de los insensatos Novacianos, que decían no podía recobrarse la gracia una vez perdida. Es cierto que causa un horrible espanto, y mas espantosa tristeza la ausencia que hace del alma el Espíritu Santo arrojado de ella por la nueva reincidencia de la culpa. Es asimismo innegable que el diablo entonces la avasalla con mas furor, la encadena con mas fuerza, y la pone en el inminente riesgo de morir en la impenitencia final; pero no es cierto que la gracia perdida no pueda recobrarse otra vez por la penitencia, y que el alma arrepentida no sea digna del perdón. Mas en esto, si bien por una parte debe entrar la esperanza en la misericordia de Dios, por otra debe arredrarnos la terribilidad de su justicia y el riesgo inminente á que se esponen los que por su voluntad á Dios ofenden, y los que su penitencia difieren hasta un momento que no saben si se lo concederá el Señor. Si Dios, pues, nos libró por su misericordia y clemencia infinita de la desventura del pecado, agradecerle debemos el inestimable don que nos hizo, correspondiendo á él con la penitencia, y precaviendo la recaída con la vigilancia continua de la oración, con la mortificación de los sentidos y con el enfrenamiento de todas las pasiones. Y puesto que el Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, invocarle debemos, clamar á El, gemir, suspirar y llorar, á fin de que la penitencia verdadera de los males pasados sea el remedio y el antidoto que nos preserve de caer en otros nuevos.

ORACION.

Oh clementísimo Jesus, que libraste misericordiosamente á la mujer cogida en adulterio de las acusaciones de sus enemigos, y la despachaste en paz previniéndola no quisiese pecar mas; aqui tienes postrada ante Tí á mi pobre alma verdaderamente adúltera, que tantas veces se apartó de Tí, que eres su verdadero esposo, cuantas consintió las pérfidas sugestiones de sus enemigos: acúsame, Señor, mi propia conciencia, acúsame mis obras y mis acciones malas: no entres, Señor, en juicio con ellas: no te acuerdes de sus antiguas iniquidades: libra de las instancias de tan fuerte acusador, á la que es en tu presencia pecadora y rea, despáchala en paz y absuelta en tu tremendo juicio, porque á Tí solo es propio, oh Señor, compadecerte siempre y perdonar, pues que tus misericordias no tienen número, ni fin. Ahuyenta de mí la ociosidad, que retarda el aprovechamiento, y el descuido, que abre los puertas á la perdición.

Dame celo para guardar perfectamente tus leyes y preceptos ; lléname de tu espíritu , que es todo caridad y paz : y concédeme fortaleza para castigar mis culpas , fervor para dolerme de las ajenas , y perseverancia en el bien obrar , para que una vez arrepentido , siga por el sendero de la justicia , y no desmaye hasta que merezca poseerte , bendecirte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VIII del Evangelio de San Juan , desde el versículo 1 hasta el 11 , ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la Misa del sábado de la tercera semana de Cuaresma ; dice así:

San Juan , cap. VIII , vs. 1 al 11.

En aquel tiempo : se retiró Jesus al Monte de los Olivos , y muy de mañana volvió al Templo , y concurrió á él todo el pueblo : y sentándose los enseñaba. Y los escribas y fariseos le presentaron una mujer cogida en adulterio , y poniéndola en medio , le dijeron : Maestro , esta mujer acaba de ser cogida en adulterio. Moisés en la Ley nos tiene mandado apedrear á las tales. Tú que dices á esto ? Mas esto le decian tentándole para poderle acusar : pero Jesus inclinándose hácia bajo , escribía en tierra con el dedo , y perseverando ellos en preguntarle , se enderezó y les dijo : El que de vosotros esté sin pecado tire contra ella la primera piedra ; y volviéndose á inclinarse escribía en tierra. Mas ellos oyendo esto se salían uno tras otro comenzando desde los mas viejos , hasta que dejaron solo á Jesus y á la mujer que estaba en medio , y enderezándose Jesus , le dijo : Mujer , dónde estan los que te acusaban ? Ninguno te ha condenado ? Y ella dijo : Ninguno , Señor : díjola Jesus : Ni yo te condenaré. Vete , y no peques mas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

O. M. I. S. C. S. M. E.



INDICE DE TODO LO CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO TOMO.

	Págs.
CAPITULO I. De la eleccion de los doce Apóstoles, y de la instruccion que Jesucristo les dió.	5
Observaciones sobre el capítulo que antecede.	23
CAPITULO II. Sermon de Jesucristo en el monte y de las ocho bienaventuranzas.	32
CAPITULO III. Continuacion del sermon de Jesucristo en la montaña.	54
Observaciones sobre el capítulo que antecede.	80
CAPITULO IV. Continúa Jesucristo dando instrucciones á sus Apóstoles y Discipulos, y les prescribe las reglas de la generosidad y beneficencia que han de tener los hombres entre si.	83
CAPITULO V. Amplia mas Jesucristo el precepto de la caridad cristiana mandando amar á los enemigos y hacer bien á los que nos aborrecen.	91
CAPITULO VI. Explica Jesucristo la pureza de intencion con que deben hacerse las buenas obras.	99
CAPITULO VII. De la Oracion Dominical, y de la pureza de intencion que se debe tener en el ayuno.	108
CAPITULO VIII. De la confianza en Dios, y del desprecio de los cuidados de la tierra.	120
CAPITULO IX. Conclusion del sermon de Jesus en el monte: condena los juicios temerarios, y amenaza á los que asi juzgan á sus prógimos. Da advertencias para el conocimiento de los falsos profetas. — E indica el empeño que deben formar los hombres para entrar por la puerta estrecha de la salvacion.	130
CAPITULO X. Cura Jesus milagrosamente á un leproso y al criado del Centurion: resucita al Hijo de la Viuda de Nain: sosiega el mar alborotado, y da libertad á dos poseidos de los espíritus inmundos.	155
CAPITULO XI. De como sanó Jesus á un paralítico que pusieron á su presencia bajándolo desde el techo.	196
CAPITULO XII. Sana Jesus á la hemorroisa y resucita á la hija del Archisnagogo.	203
CAPITULO XIII. Curacion maravillosa de dos ciegos y de un mudo y endemoniado.	215
CAPITULO XIV. Envía Juan Bautista dos de sus discipulos hallándose él en la carcel para que pregunten al Salvador si El es el Mesias prometido.	

Contéstales Jesus satisfactoriamente , y hace el elogio de su Santo Precursor.	224
CAPITULO XV. Reprende Jesus severamente algunas ciudades obstinadas en la incredulidad. Convidado á comer en casa de Simon Fariseo , durante la comida entra una mujer pecadora , le unge los pies , y el Señor la perdona sus pecados.	241
CAPITULO XVI. Envía Jesucristo á predicar á sus setenta y dos discípulos, y el Bautista es degollado en la carcel.	267
CAPITULO XVII. Multiplica Jesus con su bendicion cinco pares y dos peces , y sacia cinco mil hombres en el desierto.	282
CAPITULO XVIII. Sucede una segunda tempestad , durante la que andan sobre las aguas Jesus y San Pedro , y en entrando en el barco se serena la borrasca.	299
CAPITULO XIX. Enseña Jesus á las turbas cual sea el verdadero manjar del espíritu , y les aclara que El es el pan de la vida , su carne verdadera comida , y su sangre verdadera bebida.	312
CAPITULO XX. Acrimanan los escribas y fariseos á los Apóstoles porque arrancan unas espigas en el día de sábado , y Jesus los defiende. En otro sábado cura en la Sinagoga la mano seca de un hombre , y confunde la malicia de aquellos.	338
CAPITULO XXI. Retirase Jesus de la Sinagoga : siguenle muchos enfermos , y sana á un endemoniado , ciego y mudo.	356
CAPITULO XXII. Piden los judios á Jesus un signo ó milagro , y el Señor los reprende y amenaza.	376
CAPITULO XXIII. De las parábolas de Jesus á las turbas y á sus Discípulos.	390
CAPITULO XXIV. Continúa la materia del capitulo precedente.	411
CAPITULO XXV. Reprende Jesus á los fariseos y doctores de la Ley , y acrimina terriblemente sus pensamientos y conducta.	431
CAPITULO XXVI. Elige un hombre al Salvador para que sea árbitro y juez entre él y su hermano ; y es reprendida la demasiada codicia de un rico.	448
CAPITULO XXVII. Sana Jesus á un paralítico despues de treinta y ocho años de enfermedad en la Piscina de Jerusalem.	458
CAPITULO XXVIII. De la higuera estéril y la mujer encorvada diez y ocho años.	472
CAPITULO XXIX. Convidado Jesus á comer en casa de un fariseo cura á un hidrópico , y enseña la humildad y la misericordia.	490
CAPITULO XXX. De los convidados á la cena grande del Padre de familias , á la que se excusan de asistir.	502
CAPITULO XXXI. De la Scenopegia , festividad de los judios , ó sea fiesta de los Tabernáculos ; y de la visita que hizo Jesus á Marta y Maria en el castillo de Bethania.	518
CAPITULO XXXII. Libera Jesus á una mujer adúltera.	549

FIN DEL INDICE.



Biblioteca de Catalunya

23-8:

1664

DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA

Biblioteca de Cataluña

BIBLIOTECA DE CATALUÑA



1001980117

369.749

232.9

Digitized by Google

